



DE LAS CLASES PELIGROSAS AL ENEMIGO INTERIOR

CAPITALISMO, MIGRACIONES, RACISMO

Saïd Bouamama

© 2021, Saïd Bouamama

Edición original: *Des classes dangereuses à l'ennemi intérieur. Capitalisme, immigrations, racisme*, París, Éditions Syllepse, 2021

© 2025, de esta edición, Traficantes de Sueños.

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© 1983, imagen de cubierta, Alain Bizo

Primera edición en castellano: Febrero de 2025.

Título: De las clases peligrosas al enemigo interior. Capitalismo, migraciones, racismo

Autor: Saïd Bouamama

Traducción: Isidro López Hernández

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-19833-34-1

Depósito legal: M-2772-2025

DE LAS CLASES PELIGROSAS
AL ENEMIGO INTERIOR
CAPITALISMO, MIGRACIONES, RACISMO

SAÏD BOUAMAMA

TRADUCCIÓN

ISIDRO LÓPEZ HERNÁNDEZ

prácticas cōnstituyentes

traficantes de sueños

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I. CONSTRUCCIÓN NACIONAL, GÉNESIS DE LA CLASE OBRERA E INMIGRACIÓN	21
Las migraciones internas	22
Un colonialismo interior...	28
... Y su misión civilizatoria	33
Especificidades francesas	39
Las inmigraciones europeas	46
El movimiento obrero y la inmigración	53
II. CAPITALISMO, INMIGRACIÓN Y LUCHA DE CLASES	61
La estructura desigual de las relaciones económicas internacionales	62
Una variable de ajuste para las economías de los centros dominantes	68
Una competencia generalizada entre las fuerzas de trabajo	72
La segmentación del mercado laboral	77
Discriminaciones racistas y segmentación del mercado laboral	83
Algunas cifras de los segmentos de sobreexplotación contemporáneos	90
La «raza» como medio de gestión de las relaciones de clase	95
III. PROLETARIZACIÓN DEL MUNDO Y POLÍTICAS MIGRATORIAS	101
Las mutaciones de las lógicas de las políticas migratorias	107
La función sistémica de la lógica de la fortaleza	108
La función sistémica de la inmigración selectiva	115
La función sistémica del permiso de residencia precario	120
El discurso de acompañamiento ideológico	126
El «umbral de tolerancia»	126
La crisis migratoria	132
El «gran reemplazo»	137
IV. DE LA NACIONALIDAD A LA LÍNEA DE COLOR	145
El buen uso de la comparación	146
Palabras para nombrarlos	151
Palabras para nombrarnos	157
Integracionismo y ocultación de la discriminación	163
¿Integración de la sociedad o integración en la sociedad?	163
El contexto emergente del nuevo integracionismo	166
La patologización de la desigualdad social	169
Inmigrantes que emigraron desde ninguna parte	175
El tabú del color	179

V. LAS DISCRIMINACIONES RACISTAS, UN ARMA DE DIVISIÓN MASIVA	183
La ocultación de algunas advertencias de la investigación	183
Una realidad predecible y previsible	184
Una investigación dominada para una población dominada	187
La magnitud de la discriminación racista	192
Los empleos reservados y sus efectos estructurales duraderos	192
La segregación residencial: discriminación en la vivienda y «residencia asignada»	195
Un sistema de discriminación racista	197
El sentimiento de discriminación y su negación	201
El sentimiento de discriminación	201
La negación de la discriminación	206
Los efectos destructivos de la discriminación racista	211
Etnización, racización, racialización y orden social racista	212
Daños invisibles para la salud física y mental	216
La adaptación forzada y la tendencia a la segmentación por colores del mercado laboral	220
VI. UNIDAD Y DIVERSIDAD DEL RACISMO	227
Prehistoria e historia del racismo	227
Etnocentrismo, xenofobia y racismo	229
Las figuras históricas del racismo	235
Las figuras contemporáneas del racismo	239
La diversidad contra la igualdad	240
La nueva islamofobia o la primera figura del racismo «civilizatorio»	243
La negrofobia o el retorno de la raza	250
El ave fénix del antisemitismo	256
El ave fénix del antigitanismo	263
Racismos civilizatorios y enemigos internos	270
VII. DEBATES Y POLÉMICAS EN EL ANTIRRACISMO. LA FABRICACIÓN DE UNA DESCALIFICACIÓN DEL DISCURSO ANTIRRACISTA	273
Del judeo-bolchevismo al islamo-izquierdismo	274
Génesis de un neologismo descalificador	274
El precedente judeo-bolchevique	279
La policía del vocabulario: el ejemplo del racismo de Estado	285
Racismo de Estado y Estado racista	286
La búsqueda militante de un vocabulario apropiado a la experiencia racista	291
El desprecio por el conocimiento profano y el oscurecimiento de ciertos tipos de investigación	294
La lógica de la disolución y la inversión: el ejemplo del racismo antiblanco	299
La disolución o negación de lo sistémico	299
La retórica de la inversión: el ejemplo del racismo contra los blancos	303

VIII. DEL COMUNITARISMO AL SEPARATISMO. LA CONSTRUCCIÓN DEL MIEDO SOCIAL COMO MODO DE GOBIERNO	311
Algunas figuras históricas de la secesión	312
Los pueblos originarios de Francia	312
Del «judío errante» al judío «apátrida»	314
El separatismo comunista	316
El «entre sí» de unos, el «comunitarismo» de otros	319
La banalidad del «entre sí»: de los «guetos del Gotha» a los barrios gentrificados y las viviendas suburbanas	319
Del «entre sí» al «comunitarismo»	323
La mezcla social o la nueva misión civilizadora	327
Lo «social» explícito y lo «étnico» implícito	330
Una lógica de demonización	334
La demonización de las afinidades de los subalternos	334
El crimen supremo: la «no mezcla»	339
Una confusión deliberada: no mezcla forzada y no mezcla elegida	344
La función sistémica del discurso sobre el comunitarismo	347
Acoso a los militantes del centro de la ciudad	347
La producción de consentimiento a través del tratamiento de excepción	349
IX. VIGILAR Y CASTIGAR: LA VIOLENCIA POLICIAL SISTÉMICA	353
Vigilancia y represión policial	354
La guerra de Argelia y la policía de inmigración	359
Peligrosos por naturaleza, dóciles ante la firmeza	359
La memoria incorporada	362
El control de las «clases peligrosas»	367
El modelo de «conquista territorial»	368
¿Una lógica de guerra?	372
Una extrema derecha activa en la policía	380
Un legado de larga data	380
Una estrategia de infiltración continua	384
Indicadores preocupantes	387
CONCLUSIÓN	391

A mis nietos, Yamin y Yuri, con la esperanza de que puedan vivir en un mundo sin racismo ni dominación.

INTRODUCCIÓN

El «inmigrante» funciona [...] como un extraordinario analizador de las regiones más oscuras del inconsciente.

Pierre Bourdieu¹

La Ley contra el «separatismo» islámico anunciada para su presentación al Consejo de Ministros del 9 de diciembre de 2020 trazó los contornos de las elecciones presidenciales de 2022. Como era de esperar, la inmigración, el islam, los barrios populares, etc., vuelven a estar en el centro de los debates políticos y de las polémicas que los acompañan. La derecha ya está en pie de guerra por un texto considerado demasiado «blando», mientras que la extrema derecha lo ve como una confirmación y un reconocimiento de sus tesis. Los jefes de los medios de comunicación hacen su agosto advirtiendo de un peligro inminente vinculado al «comunitarismo» o de una catástrofe continua causada por la inmigración y sus herederos franceses. En un impresionante alarde de individualismo, cada uno de ellos presenta sus propias propuestas para proteger la República, la laicidad, la libertad de expresión, etc., supuestamente amenazadas por este pseudo «separatismo»: prohibición del velo para las acompañantes adultas a las salidas de los colegios, o simplemente en la calle; restablecimiento de la doble pena,² deportación de los menores no acompañados o de las mujeres que lleven velo, restablecimiento de la pena de muerte, organización por el Estado del «Islam de Francia», reapertura de las colonias penales, etc.

Una vez más, se ha impuesto política y mediáticamente un debate pantalla, relegando a un segundo plano la gestión calamitosa de una pandemia sin precedentes, la masificación del empobrecimiento y la precariedad, que conduce a un desclasamiento generalizado extendido ahora a las clases medias, un movimiento social de gran amplitud que, desde los *gilets jaunes*

¹ Pierre Bourdieu, prefacio del libro de Abdelmalek Sayad, *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*, París / Bruselas, De Boeck Université, 1997, p. 9.

² Se llama doble pena a las condenas a cárcel y deportación al país de origen para los migrantes. Estas se generalizaron en Francia a partir de la segunda mitad de los años noventa. [N. del T.]

[chalecos amarillos] hasta el movimiento contra la reforma del sistema de Seguridad Social, pasando por las movilizaciones contra los crímenes racistas, visibiliza una crisis de legitimidad de las políticas neoliberales de las últimas décadas, una violencia policial que ahora se extiende a toda protesta social —cuando durante mucho tiempo fue el «privilegio» de los barrios obreros y de sus habitantes—, la intervención militar del ejército francés en todos los frentes, etc. Para lograrlo, la vieja receta del miedo vuelve a movilizarse en forma de una retórica bélica que apela a una lógica de unidad nacional contra un «enemigo interior» y a acallar diferencias sociales y desacuerdos políticos ante el peligro escenificado.

El atroz asesinato de un profesor «decapitado» en octubre de 2020 por un joven de 18 años ha sido interpretado por el presidente de la República, su ministro del Interior, numerosos políticos y nuestros famosos columnistas como una prueba de la veracidad del peligro y de la necesidad urgente de una respuesta firme. El asesino responsable de este horrible acto pretendía castigar a este profesor por haber utilizado una caricatura del profeta del diario *Charlie Hebdo* en una secuencia didáctica sobre la tolerancia.

Todos los que rechazan esta lógica de guerra son reducidos a la caracterización de «islamo-izquierdistas» que, por cálculo o por ingenuidad, constituyen la base del «islamismo». La instrumentalización de una emoción colectiva ante la ignominia da lugar, como es lógico, a una serie de actos, algunos espontáneos, otros muy bien organizados, contra los musulmanes o supuestos musulmanes —el ataque a dos mujeres que llevaban «velo» en París, la pegada de una caricatura del Profeta en las paredes de varias mezquitas, el depósito de jamones en las estanterías *halal* de los supermercados, etc.— y contra los propios «islamo-izquierdistas», escribiendo la palabra «*collabo*» [colaborador] en la sede del PCF en París y exigiendo la sustitución de los responsables del Observatorio de la Laicidad acusados de no compartir la visión belicista y excluyente de este principio democrático, etc.

Hemos llegado a este punto al terminar este libro, cuyo proyecto y contenido se basan en los debates que hemos mantenido en numerosas conferencias sobre la inmigración y sus descendientes, sobre los barrios obreros y los procesos sociales que en ellos tienen lugar, y sobre las políticas de las últimas décadas en relación con estas zonas y sus habitantes. A menudo tenemos la impresión de que estas cuestiones se abordan de forma fragmentaria, aislando cada una de ellas del contexto general (histórico, económico, ideológico, político, etc.). Pero aislar una parte (o partes) de la totalidad que la determina es un esfuerzo consistente en la comprensión de los retos globales que presentan estas cuestiones. Los hechos descritos anteriormente, es decir, la gestión basada en el miedo a un acontecimiento social despreciable, por un lado, y las reacciones islamóforas provocadas

por esta gestión, por otro, solo son posibles si tenemos en cuenta este reduccionismo metodológico, que se ha convertido en algo habitual entre los columnistas y otros «expertos» que pueblan los informativos y que, por tanto, influyen en la opinión pública en una única dirección. El objetivo principal de este libro es ofrecer una recontextualización histórica, económica e ideológica de las diversas cuestiones relacionadas con los inmigrantes, sus herederos franceses y los territorios en los que viven. No pretendemos ser exhaustivos, sino simplemente recordar algunos hechos de estos diferentes contextos, sin los cuales las fuerzas dominantes pueden imponer fácilmente sus lecturas de la realidad a una parte importante de quienes desean combatirlas.

En términos históricos, la idea generalizada de que la inmigración contemporánea plantea dificultades al resto de la sociedad o constituye un peligro para ella, implica una reescritura de la historia de la inmigración pasada. La historia de la integración armoniosa de los inmigrantes europeos se utiliza para poner de relieve la imposibilidad de «integrar» a los inmigrantes contemporáneos. Para ello, se borran de la memoria histórica el discurso y el trato a que fueron sometidos los inmigrantes europeos en el momento de su llegada. En cuanto al trato, los sucesivos inmigrantes han sido sistemáticamente asignados a empleos y sectores superexplotados, viviendas segregadas y permisos de residencia inciertos. Desde el punto de vista del discurso, estos inmigrantes «europeos» fueron estigmatizados sistemáticamente como portadores de todos los males sociales, tanto en el discurso político como en los medios de comunicación. Desde los «migrantes interiores» (bretones y otros auverneses) hasta los inmigrantes «europeos», la estigmatización ideológica de estos inmigrantes refleja sus funciones económicas.

Desde el punto de vista económico, estas inmigraciones sucesivas se basan en circunstancias similares —lo que no excluye, por supuesto, características secundarias específicas— y en un método de integración en la sociedad francesa igualmente comparable. Las causas que pueden identificarse, entonces como ahora —en el caso de los inmigrantes europeos o de los procedentes de las colonias y luego de las antiguas colonias— se encuentran en la destrucción de las economías campesinas comunales y familiares, basadas en una agricultura y en una economía de subsistencia, por parte de un capitalismo que solo puede funcionar expandiéndose, es decir, destruyendo a su paso todos los demás modos de producción. En este sentido, la colonización es una generalización por la fuerza armada de las relaciones sociales económicas capitalistas, que conduce a los mismos resultados —pero de forma mucho más radical y rápida—, que los obtenidos por la ruina del campesinado europeo. Los campesinos desposeídos son ahora «libres» para transformarse en los proletarios que el sistema capitalista necesita.

Entonces como ahora, serán una variable para el ajuste estructural mediante la segmentación del mercado de trabajo, que permitirá explotar a todos los trabajadores y sobreexplotar a algunos. La desigualdad de derechos sociales, sindicales y políticos, la discriminación legal basada en la nacionalidad, la amenaza de deportación y la represión de la disidencia se han utilizado para imponer su asignación a las posiciones laborales de sobreexplotación. En otras palabras, la «raza» se ha utilizado constantemente como medio de gestión de las relaciones de clase para enmascararlas, para dividir a los trabajadores que tienen un interés estratégico en unirse en función de su origen, y para hacer invisible la sobreexplotación proporcionando una explicación esencialista de la condición social de los sucesivos inmigrantes como resultado de un «fracaso en la integración», causado a su vez por una diferencia pseudocultural. El esencialismo fue (y sigue siendo) el acompañamiento ideológico de esta gestión de las relaciones de clase.

Esta invariabilidad de la función económica no impide en absoluto la existencia de variaciones ligadas a la correlación social de fuerzas en cada secuencia histórica. Según la forma en que las organizaciones del movimiento obrero han tratado las cuestiones relacionadas con la inmigración, su grado de asignación a determinados empleos y sectores y la sobreexplotación que la ha acompañado han sido más o menos fuertes y más o menos duraderos. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo pasado se produjo un cambio importante en el equilibrio del poder social, tanto a escala nacional como mundial. Lo que se ha dado en llamar «globalización» es una estrategia de las clases dominantes para recuperar las concesiones sociales ganadas a través de las luchas durante más de siglo y medio. Estamos asistiendo a la destrucción, paso a paso, de todos los obstáculos a la lógica capitalista impuestos por las luchas sociales anteriores, una especie de gran venganza histórica. La competencia mundial entre las fuerzas del trabajo que implica la globalización capitalista (o, más exactamente, esta nueva fase de la globalización capitalista) exigía un nuevo modelo de migración y un nuevo marco ideológico. A diferencia de la fase anterior del capitalismo, el acceso a la mano de obra sobreexplotada se obtiene ahora principalmente mediante la deslocalización de empresas y, en segundo lugar, mediante la importación de inmigrantes. Esto ha conducido, por un lado, al cierre de las fronteras como parte de la justificación de la construcción de la Europa Fortaleza y, por otro, a una estancia más precaria de los nuevos inmigrantes en sectores de la economía que no pueden deslocalizarse. El apoyo ideológico adopta la forma de discursos sobre el «umbral de tolerancia», la «crisis migratoria», el «gran reemplazo», etc.

En nuestra opinión, es este nuevo contexto mundial de «globalización» el que debe tenerse en cuenta a la hora de analizar las diversas cuestiones contemporáneas relativas a la inmigración y los barrios populares. No solo

no hay crisis migratoria (en el sentido de una afluencia masiva que supere la pseudocapacidad de acogida), sino que las estructuras demográficas europeas hacen necesaria una afluencia migratoria a fin de contrarrestar o frenar el envejecimiento de la población. No hay afluencia masiva de nuevos inmigrantes, a pesar de las consecuencias catastróficas de las políticas neoliberales impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial y de los efectos destructivos de las guerras por los minerales y la energía que libran las grandes potencias, porque es a los países vecinos a donde emigran los miserables de la tierra de la globalización capitalista.

El nuevo modelo migratorio responde, pues, a otras necesidades. La primera es mantener la mano de obra barata en un lugar para que esté disponible para los empleos deslocalizados. Esto ha llevado al cierre militarizado de las fronteras europeas y estadounidenses, con el resultado de que las fronteras mediterráneas y mexicanas se han convertido en gigantescos cementerios. La segunda necesidad es captar mano de obra cualificada (la famosa «fuga de cerebros» africanos, por ejemplo) que ya no puede emplearse localmente debido a la destrucción de los servicios públicos impuesta por los planes de ajuste estructural del FMI. De ahí el cínico principio de la «inmigración selectiva», que consiste en recuperar la mano de obra cualificada cuyos costes de formación no ha sufragado la economía francesa. La crisis del covid puso de manifiesto el gran número de médicos extranjeros que trabajan en los servicios de urgencias. La tercera necesidad es proporcionar una mano de obra «competitiva» para los sectores que no pueden deslocalizarse.

El primer resultado de esto es la producción legal de trabajadores sin papeles, ya que la espada de Damocles de la deportación y las limitaciones de la supervivencia les obligan a aceptar condiciones laborales y salariales similares a las de los empleos deslocalizados en los países dominados. El «estatuto» de los trabajadores sin papeles, que antes era de corta duración, se prolonga ahora durante varios años, lo que crea una importante reserva de mano de obra que no tiene más remedio que aceptar este tipo de empleos. En segundo lugar, precariza la residencia de los inmigrantes «regulares», que ahora están bajo la constante amenaza de que no se les renueve el permiso de residencia. Todas las leyes sobre residencia que han proliferado en las últimas décadas han tendido a la inestabilidad, haciendo a los inmigrantes «regulares» cautivos de ciertos trabajos y de ciertos sectores. En tercer lugar, existe un sistema de discriminación racista que afecta a los franceses herederos de los inmigrantes de las antiguas colonias. Al contrario que en el caso de los inmigrantes europeos, para quienes el trato discriminatorio terminaba con los hijos franceses de estos inmigrantes, ahora dura al menos varias generaciones para los herederos de inmigrantes poscoloniales. El estigma xenófobo adquiere ahora una dimensión

transgeneracional. Además de la nacionalidad como criterio de discriminación legal, el origen o el color son también criterios de discriminación ilegal, si bien generalizada.

El capitalismo globalizado organiza así una verdadera pirámide de fuerzas de trabajo en cada uno de los países del centro dominante. Lejos de detenerse en la inmigración, esta lógica piramidal se extiende luego al conjunto de la mano de obra a través de la desregulación, la flexibilización y la multiplicación de los estatutos, en particular los estatutos precarios. Es este proceso global lo que pretenden enmascarar o legitimar ideológicamente una serie de nuevos (o reelaborados) discursos que dan forma a las polémicas mediáticas y políticas recurrentes sobre la inmigración o los jóvenes de los barrios populares: la «crisis de integración», el «comunitarismo», el «asalvajamiento», etc.

Estos nuevos discursos proceden invirtiendo el orden de las causas y las consecuencias. Los resultados del trato desigual se presentan como causas relacionadas con una esencia, cultura o religión particulares. De este modo, la discriminación racista, que ya no puede negarse debido a su magnitud, se atribuye a las víctimas. La discriminación en el acceso a la vivienda se convierte así en el resultado del comunitarismo. La discriminación en la educación deviene resultado de la cultura familiar. La discriminación en el empleo muta en consecuencia de una pseudocrisis de integración. La denuncia de estas discriminaciones puede interpretarse como un victimismo patológico o como una maniobra estratégica para acceder a un bien escaso e inmerecido (empleo, formación, vivienda, etc.). Las consecuencias de la discriminación racista en la vida de quienes la sufren y en la sociedad en su conjunto son de gran alcance. A nivel colectivo, se difunde la imagen de una parte de la población francesa como problemática por motivos de color y origen. En cuanto a las trayectorias personales, se producen daños invisibles (o, más exactamente, invisibilizados por el discurso dominante) tanto en la salud física como en la mental. El sentimiento de ser francés de segunda clase no deja de tener consecuencias en la relación con uno mismo, con los demás y con la sociedad en su conjunto.

De la revuelta individual al nihilismo, de la autodestrucción a las revueltas colectivas de los barrios obreros, como en noviembre de 2005, asistimos a los efectos de este sistema de discriminación racista. Para una extrema minoría de estos jóvenes, los que menos cuentan con factores de protección en su entorno, la fragilidad de su existencia y la imposibilidad de proyectarse en el futuro hacen que estén abiertos a todo tipo de explotaciones ideológicas. Así es como la discriminación racista se convierte en caldo de cultivo para charlatanes de todo tipo (de la «conspiración» al «terrorismo»). Estas consecuencias del contexto discriminatorio se presentan a su vez como causas vinculadas a una pseudoespecificidad del islam.

La explicación culturalista, en lugar de la explicación socioeconómica, permite así pasar de una minoría extrema a toda una categoría de la población caracterizada por su fe real o supuesta, al tiempo que hace invisibles las causas reales del proceso. A pesar de la abundancia de investigaciones que documentan los procesos de discriminación racista masiva y estructural, estos desaparecen de los análisis dominantes de los hechos y los males sociales que afectan a los barrios obreros y a sus residentes. También en el plano de las trayectorias, se produce un efecto masivo, determinado por las limitaciones de la supervivencia: la disminución de la ambición, es decir, la resignación a la degradación. Esto produce una vez más una importante reserva de mano de obra disponible para empleos que están siendo sobreexplotados.

Estos nuevos discursos ideológicos estaban destinados a reconfigurar el racismo, adaptándolo a las nuevas necesidades del capitalismo globalizado. Contrariamente a las explicaciones idealistas, el racismo no es una característica inherente al ser humano, sino una producción histórica fechada. La representación que hace el antirracismo de Estado del racismo como una maldición ineludible, una cara negativa de la humanidad, una realidad que siempre ha existido, etc., sirve para enmascarar las funciones sistémicas del mismo a nivel económico, político e ideológico. Para ello, el racismo se amalgama con otros procesos que han existido en el pasado, y en particular con el etnocentrismo y la xenofobia. El racismo surgió como teorización de la desigualdad legítima entre los hombres según el criterio de pertenencia a pseudorazas en la época de la aparición del capitalismo, con el fin de justificar su extensión al resto del mundo. También para este, eran las necesidades materiales las que daban lugar a las justificaciones ideológicas. Por las mismas razones, el racismo tiene una historia de transformaciones de una forma a otra en función de las necesidades de justificación y de las relaciones de poder. A medida que estas cambian, dan lugar a nuevas figuras menos desacreditadas y, por tanto, más capaces de desempeñar su papel de legitimación de la dominación. Los horrores de la Segunda Guerra Mundial y del nazismo, el progreso de los conocimientos científicos y las revueltas de las «razas inferiores» han dejado obsoleta la figura del racismo biológico. Pudo aparecer entonces la figura del racismo culturalista. La mutación de la forma sirvió así a la continuidad de la función.

Los cambios provocados por la globalización capitalista son de tal envergadura y están dando lugar a tal regresión social que hicieron necesaria una nueva mutación de las modalidades del racismo. Sin dejar de estar centradas en un enfoque culturalista, estas nuevas modalidades tuvieron que responder a la necesidad de legitimar la globalización: justificar nuevas guerras por la energía y las materias primas, legitimar la política asesina de cierre de fronteras por medio de la militarización, justificar la

discriminación racista y la organización piramidal de las sociedades en los países dominantes, etc. La teoría del «choque de civilizaciones» es un buen ejemplo de ello. La teoría del «choque de civilizaciones» proporciona un marco teórico general para esta necesidad de nuevas formas de racismo. Esto se argumenta ahora —ya sea explícitamente o de forma más enmascarada— invocando la existencia de un «conflicto de civilizaciones» que hace necesario defender una civilización occidental amenazada por otras. Adopta así la forma de un racismo civilizatorio. La ventaja de esta nueva forma es su gran plasticidad, que permite adaptarla a una variedad de objetivos en función de las necesidades del país en cuestión, del momento histórico o del objetivo a corto plazo que se persiga. Por ejemplo, puede adoptar la forma de racismo antilatino en Estados Unidos, o de islamofobia y negrofobia en Francia. Si bien es unitaria —en el sentido de su unidad argumental—, no lo es en el sentido de la multiplicidad de sus posibles traducciones.

Por supuesto, los objetivos de estas nuevas formas de racismo han provocado reacciones. Desde principios de los años ochenta, se han multiplicado las luchas contra la discriminación racista, la islamofobia, las guerras imperialistas, la violencia policial, etc., para denunciar las consecuencias racistas de la globalización capitalista. Las convergencias se han multiplicado hasta perfilar los contornos de lo que se ha dado en llamar «antirracismo político», expresión elegida por estos militantes para subrayar el carácter sistémico del racismo, por oposición al enfoque dominante del racismo, que lo define como una reacción individual. El carácter sistémico del racismo exige una acción política, mientras que su definición individual apunta hacia una acción moral o educativa o una acción limitada a la deconstrucción de los prejuicios. Se han hecho intentos de organización y, a pesar de las profundas diferencias sobre ciertos temas, han convergido para hacer visible lo que los nuevos discursos de dominación intentaban ocultar.

La reacción sistémica fue violenta, tan violenta como los intereses en juego. Comenzó con un intento de contener y aislar el antirracismo político intimidando a los posibles aliados. Para ello se utilizó y explotó el contexto de los atentados. La aparición y luego la utilización mediática masiva del neologismo «islamo-izquierdismo» para descalificar y luego amenazar, ilustran este intento de hacer retroceder al antirracismo, es decir, de reimponer el silencio. Luego tomó la forma de una policía del vocabulario que intentaba prohibir ciertos conceptos que nos ayudarían a comprender los cambios contemporáneos del racismo: racismo de Estado, islamofobia, etc. Por último, ha adoptado la forma de una respuesta anticuada a las reivindicaciones de igualdad, la de la inversión.

Es, de este modo y por estas razones, como se difunde en los medios de comunicación la tesis de la existencia de un pseudo «racismo antiblanco».

Esta tesis oculta el vínculo entre racismo y poder, permitiendo equiparar los insultos individuales con la desigualdad de trato por motivos de origen o color. La lógica empleada es del mismo tipo que la esgrimida en su día en relación con la reivindicación de la igualdad entre hombres y mujeres. También en este caso se ha respondido con un pseudosexismo antimacho. Tal inversión solo podía tratar de imponerse difundiendo el miedo social, que tomó la forma de un discurso político y mediático sobre el «comunitarismo», el «separatismo», el «asalvajamiento», etc. Según esta retórica, en el corazón mismo de la República hay un enemigo interior que amenaza a la República, el laicismo y los derechos de la mujer, y propaga un racismo antiblanco.

A partir de aquí puede desplegarse contra este enemigo una lógica de guerra preventiva que recuerda a las lógicas anticomunistas de los momentos más exacerbados de la Guerra Fría. Justificar un trato de excepción a una parte de la población basándose en el miedo es, entonces como ahora, una forma de gestionar la protesta social. El objetivo de este trato especial es vigilar y castigar a un sector de la población cuyas condiciones de vida le impulsan a plantear reivindicaciones y a rebelarse en la sociedad. La retórica sobre los «territorios perdidos de la República» que urge recuperar, si es preciso por la fuerza, está concebida para reavivar el viejo miedo a controlar a las «clases peligrosas». Han preparado a la opinión pública para aceptar un cambio en los objetivos de la policía en las zonas donde viven estas poblaciones, percibidas como peligrosas. Auténtica lógica de guerra, la pseudo «reconquista territorial» se traduce en la militarización del armamento policial, la creación de una policía específica de la que la Brigada Anti Criminalidad (BAC) es la más conocida, así como el aumento de los controles aleatorios para intimidar y reafirmar el dominio. El resultado, como era de esperar, ha sido una violencia policial sistémica que ha provocado repetidas muertes en barrios obreros. Lejos de ser errores garrafales, estos no son más que la punta del iceberg de la violencia policial, que es a su vez el resultado de las políticas policiales elegidas en determinadas zonas.

Las interacciones entre todas estas diferentes cuestiones se desarrollarán en los distintos capítulos de este libro. De momento, volvemos a insistir en la importancia de un enfoque sistémico, frente a la lectura compartimentada predominante. La lectura parcelada de las cuestiones de la inmigración y de los barrios populares, la desvinculación de estas cuestiones del contexto económico y político global y mundial, el hecho de no situar estas cuestiones en la dinámica histórica con sus invariancias y mutaciones —lo que conduce a percibir la realidad contemporánea como totalmente nueva o, por el contrario, totalmente idéntica—, la negación de las contradicciones materiales y políticas que determinan esta dinámica histórica, etc., son las características esenciales de los análisis hegemónicos de las cuestiones

relacionadas con la inmigración en la escena política y mediática. Todos ellos conducen a negar la dimensión sistémica que vincula todas estas cuestiones. No hay violencia policial por un lado y discriminación racista por otro, guerras imperialistas por un lado y desarrollo de la islamofobia y la negrofobia por otro, la pseudo «crisis de los refugiados» aquí y la cuestión de los sin papeles allá. Estas cuestiones están vinculadas por el mismo contexto que las determina y por el mismo sistema social dominante que las estructura. Así que no es casualidad que los términos militantes que se demonizan sean precisamente los que llevan a tener en cuenta esta dimensión sistémica: racismo de Estado, violencia policial, islamofobia, etc.

Este vínculo sistémico no significa que estemos en presencia de una gran conspiración ideada en secreto y puesta en práctica paso a paso. Las acusaciones de conspiración suelen tratar de invalidar la conciencia de esta dimensión sistémica. Así pues, si la conspiración es reductora, también lo es la acusación sistemática de conspiración. El anticomplotismo imperante acompaña el proceso de invisibilización de la dimensión sistémica de los problemas sociales. Impide que se tengan en cuenta las estrategias de las clases dominantes en la defensa de sus intereses materiales. De hecho, es a través de sucesivas adaptaciones como se establece la coherencia global entre las necesidades económicas y sus justificaciones ideológicas. En cuanto cada una de las cuestiones se aborda a partir de un criterio común, en este caso la búsqueda del máximo beneficio y, más concretamente, el abaratamiento de la fuerza de trabajo, las respuestas acaban convergiendo, reforzándose, complementándose y formando un sistema.

Del mismo modo que un juguete de base redonda que siempre recupera su equilibrio porque su base está lastrada, un sistema de dominación en proceso de cambio acaba recuperando su coherencia global porque su base está lastrada por su criterio central (hoy, el máximo beneficio). Parafraseando a Malcolm X, podríamos decir: «Si no prestas atención a la dimensión sistémica, la ideología dominante te hará odiar a los oprimidos y amar a los opresores». Si este libro contribuye modestamente a esta toma de conciencia colectiva del carácter sistémico que vincula todas las cuestiones relacionadas con la inmigración, a sus herederos franceses y a los barrios populares, habrá resultado útil. Si nos ayuda a comprender que estas cuestiones constituyen un análisis de la sociedad francesa y de sus mecanismos de explotación y dominación, habrá hecho una modesta contribución a la lucha por la igualdad.

I CONSTRUCCIÓN NACIONAL, GENÉSIS DE LA CLASE OBRERA E INMIGRACIÓN

El trabajo cuya piel es blanca no puede emanciparse allí donde se estigmatiza el trabajo de piel negra.

Karl Marx.¹

Las estadísticas sobre los extranjeros se introdujeron oficialmente en Francia en 1851. Comenzaron con la introducción de la categoría «extranjero» en el censo general de población, convirtiéndose en «el punto de partida de las estadísticas sobre extranjeros, que desde entonces se controlan regularmente».² Este periodo fue testigo de la estabilización de los Estados nacionales europeos y de la aparición del concepto de «nacionalidad». Significativamente, ese mismo año se modificó el acceso a la nacionalidad con la introducción del doble derecho a la ciudadanía.³ La estabilización de los Estados nación, las estadísticas sobre extranjeros, la definición de nacionalidad y la introducción de un tratamiento jurídico discriminatorio del derecho de voto caracterizan esta secuencia histórica:

Es la época de la construcción del Estado nación en Francia. En particular, fue con la cuestión del voto cuando cristalizó el deseo de saber quién pertenecía a la comunidad y quién no, y cuando la cuestión del origen de los individuos apareció en los censos. [...] La aparición del concepto de «nacionalidad» coincidió con los primeros censos generales de la población francesa.⁴

¹ Karl Marx, *Le capital, livre 2*, París, Éditions sociales, 1976, p. 292 [ed. cast.: *El capital*, vol. 1, Madrid, Siglo XXI, 2017].

² Jacques Grandjonc, «Les étrangers à Paris sous la monarchie de juillet et la Seconde république», *Population*, núm. 29/1, 1974, p. 62.

³ En virtud de este principio, un niño nacido en Francia es francés cuando al menos uno de sus padres nació allí.

⁴ Olivier Monso y Thibault de Saint Pol, «L'origine géographique des individus dans le recensement de la population française», *Courrier des statistiques*, núm. 117-119, 2006, pp. 33-34.

Por supuesto, la inmigración precedió a esta contabilidad formal. Los resultados del censo de 1851 reflejan este hecho y subrayan el carácter local de esta inmigración: «Estos extranjeros son nuestros vecinos, que en cierta medida han sobrepasado sus fronteras igual que nosotros sobrepasamos las suyas. La presencia de extranjeros expresa la ausencia de fronteras precisas»,⁵ resume el demógrafo Hervé Le Bras. Esta inmigración local tomó el relevo, o más bien se sumó, a la «inmigración interior», que vio cómo cientos de miles de personas procedentes de Bretaña, Auvernia y otras zonas rurales acudían a las grandes aglomeraciones para formar el nuevo proletariado. La construcción nacional, el desarrollo de la clase obrera y la inmigración forman parte de un mismo movimiento indisociable. Estos inmigrantes, primero internos y luego de los países vecinos, fueron sobreexplotados y estigmatizados, de forma muy similar a la inmigración posterior y contemporánea. Además de sus otras fechorías, el capitalismo inauguró desde sus inicios una segmentación de la nueva clase obrera, asignando a los recién llegados el peldaño más alto de la escala de explotación.

Las migraciones internas

Como señala Aimé Césaire, una de las características esenciales del capitalismo que se instala progresivamente en Europa a partir del siglo XVI es que solo puede funcionar expandiéndose.⁶ Esta lógica, que Karl Marx denomina «reproducción ampliada» en su obra maestra, *El capital*, es un resultado inevitable de la búsqueda de beneficios en un contexto de competencia entre capitales. La «reproducción simple», o reproducción sin ampliación, por utilizar otro de los términos de Marx, es posible momentáneamente pero imposible a largo plazo. «El supuesto de la reproducción simple [...] no es compatible con la producción capitalista [...] lo cual no excluye la posibilidad de que, en un ciclo industrial de diez u once años, uno registre una producción total inferior a la del anterior, y que ni siquiera se opere una reproducción simple en relación con el año anterior»,⁷ resume. En consecuencia, la reproducción ampliada se tradujo en una creciente necesidad de materias primas y de mano de obra. El éxodo rural, la esclavitud y la colonización encuentran aquí una causalidad común. El comienzo de la inmigración moderna —es decir, la inmigración que comenzó con el capitalismo y continúa hasta nuestros días— es ante todo el resultado de esta necesidad permanente de nueva mano de obra.

⁵ Hervé Le Bras, «Lieux et métiers des étrangers en France», *Vingtième siècle*, núm. 7, 1985, p. 19.

⁶ Aimé Césaire, *Discours sur le colonialisme*, París, Présence africaine, 2004, p. 9 [ed. cast.: *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal, 2006].

⁷ Karl Marx, *Le Capital, livre 2, op. cit.*, p. 501.

Retomando el razonamiento de Marx, Rosa Luxemburg lo completó subrayando las condiciones y las consecuencias:

La fuente más importante del reclutamiento de este proletariado en Europa: la proletarianización continua de las capas medias en las ciudades y en el campo, la ruina de la economía campesina y de la artesanía a pequeña escala, es decir, el proceso constante de destrucción y desintegración de los modos de producción no capitalistas, sino precapitalistas, que conduce a la transición constante de las fuerzas de trabajo de una situación no capitalista a una capitalista. Nos referimos no solo a la descomposición de la economía campesina y artesana en Europa, sino también a la descomposición de las formas de producción y de las sociedades primitivas en los países no europeos. Del mismo modo que la producción capitalista no puede contentarse con las fuerzas activas y los recursos naturales de la zona templada, sino que necesita todos los países y todos los climas para su desarrollo, tampoco puede limitarse a explotar la fuerza de trabajo de la raza blanca.⁸

Así pues, el capitalismo globaliza y destruye simultáneamente los modos de producción precapitalistas o no capitalistas de los países en los que ha surgido. Una de sus consecuencias es el desarrollo de las migraciones internas de campesinos arruinados. Al igual que las migraciones transfronterizas posteriores, las migraciones «internas» fueron inicialmente estacionales y temporales, antes de convertirse con el tiempo en permanentes y definitivas. En 1778, por ejemplo, un informe sobre la región de la Alta Auvernia describía así la situación: «El sustento de la mitad de los habitantes depende de la inmigración de la otra mitad». Otro informe sobre la región de Aurillac, fechado en 1789, añadía: «El excedente de labradores apenas consiguen alimentar y mantener a sus familias con sus propiedades, y solo pueden pagar sus impuestos con su trabajo trasladándose al extranjero durante seis, ocho o nueve meses».⁹

Es imposible no pensar en las descripciones de Abdelmalek Sayad en su artículo sobre «Las tres épocas de la emigración argelina».¹⁰ También esta se originó en las zonas rurales, fue igual de estacional y temporal antes de convertirse en duradera y luego permanente, y tuvo los mismos orígenes en la supervivencia económica. Toda la inmigración posterior hasta nuestros días ha seguido pautas similares.

⁸ Rosa Luxemburg, *L'accumulation du capital*, t. 2, París, François Maspero, 1976, p. 39 [ed. cast.: *La acumulación de capital*, Barcelona, Orbis, 1985].

⁹ Jean-Pierre Poussou, «Les mouvements migratoires en France et à partir de la France de la fin du 16^e siècle au début du 19^e siècle: approche pour une synthèse», *Annales de démographie historique*, 1971, p. 68.

¹⁰ Abdelmalek Sayad, «Les trois âges de l'émigration», en *La double absence*, París, Le Seuil, 1999, p. 53-99 [ed. cast.: *La doble ausencia*, Barcelona, Anthropos, 2011].

A partir de esta época, la competencia entre las fuerzas de trabajo estableció una estratificación de la nueva clase obrera. Los recién llegados se incorporaron al mundo laboral desde abajo, ocupando los puestos más penosos, peor pagados y más peligrosos. Se instalaron en las viviendas más insalubres y precarias. «Y así fue como, a medida que la economía evolucionaba y cambiaba, las hornadas departamentales se sucedieron en París: en las tres últimas décadas del siglo, los bretones ocuparon el lugar que antes ocupaban los habitantes del Macizo Central»,¹¹ describe el historiador Louis Chevalier para el siglo XIX, es decir, en un momento en que el modelo, ya bien establecido, experimentaba un auge sin precedentes. La primera mitad del siglo XIX fue testigo de la aceleración de la industrialización, el éxodo rural y la inmigración. También fue una época de cambios «internos», que condujeron a lo que el historiador Georges Duby describe como una «rápida mutación»¹² en la sociedad francesa.

La tendencia a segmentar el mercado laboral, los sectores económicos o los distintos tipos de empleo en función del origen del trabajador es una característica central de este modelo de gestión de la mano de obra. La «raza» es, desde el primer momento, una forma de gestionar las relaciones de clase. La discriminación sistémica basada en el origen asigna desde el primer momento trabajadores a determinados empleos en determinados sectores. La misma discriminación da lugar a las asignaciones de determinadas viviendas, en determinados sectores. Mientras que la suerte de la nueva clase trabajadora en su conjunto ya es por lo general miserable, los recién llegados ocupan posiciones aún peores. En los polémicos debates contemporáneos sobre la inmigración, se oyen a menudo discursos sobre el carácter excepcional del «modelo francés de integración», que se enfrenta a los recién llegados (negros y árabes-bereberes), poniéndolo en crisis porque su cultura o su religión están demasiado alejadas de la identidad francesa. Para lograrlo, se magnifican las condiciones de «integración» de los inmigrantes anteriores. Este discurso es un relato de ficción que poco tiene que ver con la realidad de la integración desde abajo, ya desde la época de los inmigrantes «internos».

Desde esa época, el culturalismo —es decir, la atribución de las dificultades a la «cultura» y no a las condiciones de sobreexplotación— ha sido una forma importante de explicar los hechos sociales relativos a los inmigrantes «internos». Durante esos siglos en los que se estaba construyendo la clase obrera, los informes de las prefecturas, los artículos de prensa y los discursos de los «expertos» estaban llenos de descripciones que explicaban el estado de salud, la delincuencia, la pobreza, etc., de estos inmigrantes

¹¹ Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses*, París, Perrin, 2002, p. 363.

¹² Georges Duby, *Histoire de la France*, París, Larousse, 1977, p. 413.

por su cultura, sus supersticiones o incluso su atavismo. Los bretones son estigmatizados como alcohólicos, sucios y supersticiosos no por sus condiciones de vida, sino por su origen cultural. Así se expresaba en 1851 el politécnico Auguste Chérot en un informe sobre la «inmigración bretona en la ciudad de Nantes»:

Estamos convencidos de que es posible, con una fuerte voluntad y mucha perseverancia, lograr las mejoras necesarias en las clases desafortunadas de nuestra ciudad; pero debemos admitir que nuestras esperanzas se desalentarían si los miserables barrios, que estamos trabajando para limpiar, se vieran regularmente infectados —la palabra no es demasiado fuerte— por estas invasiones de hombres que nos llegan de la campiña de Bretaña. Estos extranjeros, que llegan a nuestro departamento, en los que la suciedad más repulsiva es una segunda naturaleza, y cuya degradación moral se ha hundido hasta un nivel espantoso, abarrotan regularmente nuestros barrios más pobres e insalubres. [...] Después, cuando han obtenido algunas monedas de la caridad privada, el padre y a menudo la madre se precipitan en una espantosa borrachera de aguardiente.¹³

El informe enumera a continuación una serie de «observaciones» que recuerdan ciertos discursos contemporáneos sobre la inmigración o sobre nuestros conciudadanos romaníes. Habla del uso de la lengua (*bas-breton*) como obstáculo para la integración, utiliza repetidamente el término «invasión» para describir esta inmigración, aboga por una política de retorno, denuncia la competencia desleal en el mercado laboral de la que supuestamente son responsables estos inmigrantes al aceptar salarios más bajos, etc. «Una auténtica plaga», «una plaga deplorable», «un obstáculo para la integración», «degradación física», «degradación moral», «hordas salvajes»: estas son solo algunas de las expresiones utilizadas a lo largo del informe para presentar la inmigración como un fenómeno peligroso al que hay que combatir.

Encontramos aquí las tres características del culturalismo: la homogeneización de un grupo social diverso, la presentación ahistórica de este grupo (es así y siempre ha sido así) y la ocultación de las interacciones con el contexto circundante para explicar el comportamiento y las relaciones con uno mismo y con los demás.

Analizando y comentando este informe, el historiador Didier Guyvarc'h señala que refleja una opinión muy extendida en la época: «Este informe que proponía la erradicación de las “hordas salvajes” bretonas de

¹³ Didier Guyvarc'h, «Un manifeste de 1851 contre les immigrés bretons», *Sciences sociales et histoire*, núm. 24, 1996, p. 140

la ciudad de Nantes se imprimió y adquirió así el aspecto de un verdadero manifiesto. Este estatuto, otorgado por el medio, implica un mínimo de connivencia con los lectores potenciales». ¹⁴ Lógicamente, esta estigmatización da lugar a una búsqueda de «insularidad» a la hora de sobrevivir, que a su vez se estigmatiza como comunitarismo, aunque el término aún no estuviera en uso. Los inmigrantes «estigmatizados por su lengua», explica Didier Guyvarc’h, «pueden utilizarla como último refugio, para expresar sus propios miedos. [...] Estos temores recíprocos llevaron a los bajobretones de Nantes, Anjou y Dordoña a buscar el “entre sí”¹⁵ y explican por qué tardaron tanto en salir del gueto». ¹⁶

La acusación de comunitarismo (sin esa palabra, pero la acusación ya existe) funciona, entonces como ahora, invirtiendo el orden de las causas y las consecuencias. Esta inversión es una de las constantes del discurso que legitima la dominación. Al ocultar las causas reales, la responsabilidad de una situación que se considera perjudicial se atribuye a la víctima y no a la relación social desigual que la oprime. El «comunitarismo» pasa de ser una producción social a una elección o característica cultural. «Los auverneses no adoptan las costumbres, la lengua ni los placeres parisinos. Permanecen aislados, como los hebreos de Babilonia, en medio de la inmensa población que tiende a absorberlos; y puede decirse que, más felices que los salvajes, llevan consigo su país en la suela de los zapatos», ¹⁷ comentaba el escritor y periodista Émile de La Bédollière en su libro *Les industriels*, publicado en 1842. Las «agrupaciones comunitarias» impuestas por la discriminación sufrida y las asignaciones residenciales se interpretaban, al igual que hoy en día, como opciones de secesión o, al menos, de rechazo a «vivir juntos» por motivos étnicos. Las estrategias de solidaridad para hacer frente a unas condiciones de vida miserables corren la misma suerte. El discurso de la secesión comunitaria, lejos de ser nuevo, ha acompañado el proceso de construcción de la clase obrera desde sus inicios.

Desde este periodo inicial de la nueva clase obrera, estos discursos estigmatizadores tuvieron una función social y política divisoria. El objetivo era frustrar el rápido desarrollo del movimiento sindical sustituyendo el conflicto social por un pseudoconflicto basado en la «etnia» o la identidad.

¹⁴ *Ibidem*, p. 144.

¹⁵ No hay una palabra equivalente en español al original francés *entre-soi*. *Entre-soi*, adverbio y nombre, se refiere a vivir entre aquellos a quienes se considera semejantes sin mezclarse con el exterior. Se ha utilizado en numerosas ocasiones relacionado con el debate del comunitarismo que se aborda en el capítulo 8. La comunidad y el *entre-soi* son términos con campos semánticos parecidos. Hemos traducido *entre-soi* por entre sí siguiendo la traducción de Daniel Gil del artículo de Jacques Donzelot «La ciudad a tres velocidades» en VVAA, *La fragilización de las relaciones sociales*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2007.

¹⁶ *Ibidem*, p. 139.

¹⁷ Émile Gigault de la Bédollière, *Les industriels: métiers et professions en France*, París, Janet, 1842, p. 54.

La eficacia de esta ideología racista puede medirse en tiempos de crisis económica. Durante la crisis de 1848, cuando escaseaba el trabajo, los obreros parisinos manifestaban su cólera con gritos de «¡Muerte a los belgas! ¡Muerte a los auverneses!»,¹⁸ recuerda el historiador Carl Aderhold. Al analizar el movimiento obrero parisino durante este periodo, René Gossez, historiador especializado en la revolución de 1848, añade: «Los propios auverñates se enfrentaron a la hostilidad de otros trabajadores: “los normandos”, “los piamonteses: excavadores en Argenton, obreros del túnel ferroviario de Blaizy”, o “los saboyanos”, empleados como carteros en las mensajerías de París».¹⁹

La construcción previa del inmigrante como un peligro le convierte en chivo expiatorio en tiempos de crisis. Aunque oficialmente «franceses», estos inmigrantes del interior son percibidos, construidos y tratados como «extranjeros», al igual que los herederos de los actuales inmigrantes africanos. Menos prudente o menos formal que otros, el prefecto de Bouches-du-Rhône clasificó a los piamonteses, toscanos y *ardéchois* como «extranjeros» en su informe de 1850. Uno de sus predecesores en el cargo insistió en el carácter duradero de esta «extranjería»: «Tenemos en Marsella [...] tribus extranjeras que han vivido allí en diferentes épocas y que, adhiriéndose invariablemente a sus costumbres, han vivido entre los habitantes locales sin mezclarse con ellos. Incluimos en esta categoría a los israelitas, los catalanes y los griegos».²⁰

En términos cuantitativos, estos inmigrantes «internos» fueron tan numerosos que transformaron radicalmente la población de las grandes aglomeraciones urbanas. Estas ciudades no se desarrollaron por su propia demografía, sino por un éxodo rural permanente que se fue extendiendo desde las regiones cercanas al resto del mundo. Centrándose en la ciudad de París, Louis Chevalier resume la situación de la siguiente manera:

Tras siglos de lento crecimiento, la primera mitad del siglo XIX fue testigo de un enorme aumento de la población. [...] Es justo decir que entre 1800 y 1850 nació un nuevo París. Las afluencias posteriores serían elevadas; simplemente se sumarían a las cifras que se habían acumulado en su mayor parte durante estos años, y que seguirían teniendo un efecto —claramente visible en las pirámides de edad— hasta fechas bastante recientes.²¹

¹⁸ Carl Aderhold, *Veni, Vidi... Ces grandes défaites militaires qui ont fait la France*, París, First, 2018.

¹⁹ René Gossez, *Les ouvriers de Paris*, livre premier, *L'organisation 1848-1851*, La Roche-sur-Yon, Bibliothèque de la Révolution de 1848, t. 24, 1968, pp. 50-54.

²⁰ Comte de Villeneuve Bargemont, *Statistique du département des Bouches-du-Rhône*, Marsella, Antoine Ricard, 1821, vol. 1, p. 902.

²¹ Louis Chevalier, *Classes laborieuse et classes dangereuses*, op. cit., p. 209.

La situación es similar en la mayoría de las grandes aglomeraciones industriales. Aunque las estimaciones del éxodo rural varían, la inmigración a las ciudades se contaba por centenares de miles. En 1851, el 17,9 % de la población total vivía en ciudades de más de 5.000 habitantes, en 1866 era el 24,4 % y en 1911 el 38,4 %. Si tomamos como referencia las ciudades de más de 2.000 habitantes, el aumento es aún más acusado: 25,5 % en 1851, 30,5 % en 1866 y 44,2 % en 1911.²² Por importante que fuera este crecimiento, seguía siendo inferior al registrado en otros grandes países industriales como Inglaterra y Alemania. Volveremos sobre este tema más adelante. De momento, debemos seguir el consejo de Abdelmalek Sayad de no separar la emigración de la inmigración, es decir, de no ignorar las razones por las que la gente se trasladó del campo a las grandes ciudades: «No podemos hacer sociología de la inmigración sin esbozar al mismo tiempo una sociología de la emigración; la inmigración aquí y la emigración allá son dos caras inseparables de una misma realidad, y no pueden explicarse la una sin la otra».²³

Un colonialismo interior...

En su libro sobre «inmigración y acumulación», el economista Christian Mercier describe a los inmigrantes contemporáneos como «desarraigados por el capital».²⁴ Es la imposición de relaciones capitalistas a través de la violencia de la colonización lo que está en la base del proceso de desarraigo que da lugar a la inmigración. Christian Mercier señala que, tras la independencia, la situación no ha cambiado, en gran medida debido a «la estructura de las relaciones económicas internacionales».²⁵ El neocolonialismo ha sustituido la forma anterior de colonialismo manteniendo las relaciones de dependencia por otros medios. La violencia colonial llevó a cabo este «desarraigo» imponiendo una «desposesión de los fellahs»,²⁶ es decir, el robo y la privatización de la tierra. El empobrecimiento consiguiente fue la génesis de la inmigración procedente de las antiguas colonias. Como resume Abdelmalek Sayad, «la emigración a Francia fue a la vez una consecuencia y un indicio de la ruina del antiguo equilibrio en el que perseveraban la sociedad y la economía campesinas tradicionales, y su función primordial fue proporcionar a las comunidades campesinas,

²² Georges Duby, *Histoire de la France*, op. cit., p. 417.

²³ Abdelmalek Sayad, «Introduction», en *La double absence*, op. cit., p. 15.

²⁴ Christian Mercier, *Les déracinés du capital: immigration et accumulation*, Lyon, Presses universitaires de Lyon, 1977.

²⁵ *Ibidem*, p. 1.

²⁶ Djilali Sari, *La dépossession des fellahs*, Argel, SNED, 1975.

incapaces de mantenerse con sus actividades agrícolas, los medios para perpetuarse como tales».²⁷

Dependiendo del país colonizado y del grado de despojo de las comunidades aldeanas, la emigración era interna o hacia la metrópoli. Incluso un país como Argelia, que conoció una emigración transfronteriza masiva, se caracterizó desde las primeras décadas de la época colonial, tras la fase asesina de la conquista, por altos niveles de «emigración interna». Ser temporero o ir a trabajar a otra región de Argelia precedía a menudo a la decisión de trasladarse a la Francia continental, al menos en el periodo inicial, antes del establecimiento de redes de acogida en el país. En muchos países del África subsahariana, la emigración interna siguió siendo predominante, y la inmigración extranacional solo se ha desarrollado más recientemente. En todos los casos, sin embargo, es la ruina de la economía campesina lo que incita a la emigración. Estamos, en efecto, en presencia del desarraigo.

Es en este nivel donde se puede establecer una analogía con las «inmigraciones internas» de Francia. Analogía no significa, por supuesto, similitud, sino la presencia de rasgos comunes. Lo mismo puede decirse del neocolonialismo, que presenta a la vez similitudes y diferencias con el colonialismo directo y/o clásico. También en Francia es el «desarraigo» provocado por la pobreza lo que da lugar al éxodo rural y a la inmigración «interior». También en este caso es la extensión de las relaciones capitalistas al campo lo que provoca las partidas. En ambos casos, encontramos una polarización entre un centro dominante y unas periferias dominadas, acompañada de un desprecio y una negación de las lenguas y culturas de estas periferias, lo que revela una relación global de dominación.

Estos rasgos comunes llevaron al lingüista y occitanista Robert Lafont, a proponer en 1962 el concepto de «colonialismo interno». En el contexto de las independencias africanas, el autor reinventó una expresión «ya utilizada en ciertos textos regionalistas españoles de finales del siglo XIX», según el economista Alain Alcouffe.²⁸ El concepto describe la transformación de regiones enteras en periferias subdesarrolladas, dependientes de los grandes centros industriales y especializadas en las industrias extractivas y/o la agricultura, la desposesión de pequeños campesinos, el éxodo rural, etc. La causa de esta «colonización interna» hay que buscarla en el propio funcionamiento del capitalismo, apoyado y fomentado por las políticas estatales: «El subdesarrollo en Francia solo puede entenderse en términos de los procesos destructivos vinculados al Estado, a la anarquía del

²⁷ Abdelmalek Sayad, «Les trois âges de l'émigration», en *La double absence, op. cit.*, p. 60.

²⁸ Alain Alcouffe, «Le colonialisme intérieur», 2009, p. 2, disponible en <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-00848175>.

desarrollo capitalista que el centralismo protege y permite que se produzca»,²⁹ resume.

Anticapitalista y anticolonialista, este enfoque no aboga por la secesión regional, sino por una transformación nacional capaz de poner fin al desarrollo económico desigual y polarizado del capitalismo. Afirmando ser un producto de la Revolución francesa, considera que esta se vio alienada por la dirección que le impuso la burguesía naciente y, más tarde, el gran capital. «No se trata de promover “liberaciones nacionales” en el marco de Francia. Debido al contrato nacional, el colonialismo interno no es lo mismo que el colonialismo externo. Pero la desalienación sí lo es. Reinstaurar Francia en sus diálogos internos, en la justicia étnica, en la democracia cultural».³⁰

Mientras que el término «colonialismo» subraya las analogías con el colonialismo clásico, la palabra «interior» pretende destacar una especificidad. «Francia es una nación revolucionaria alienada. Solo puede recuperar su auténtico rostro luchando contra las fuerzas que corrompen el contrato nacional, es decir, descolonizándose a sí misma»,³¹ argumenta. El planteamiento se basaba en una lógica de revolución social, apoyándose en el proletariado y en las masas campesinas empobrecidas: «En términos sencillos, a la explotación capitalista corresponde la revuelta de los explotados; a la proletarianización de las poblaciones regionales, su segregación económica y su exilio obligatorio corresponde un despertar revolucionario expresado en el deseo de vivir en la región eliminando al explotador».³²

La revolución en cuestión se define como anticapitalista, antiimperialista y antirracista.³³ La dependencia económica y la opresión cultural eran las señas de identidad de estas «colonias interiores». En términos económicos, un simple vistazo a la geografía industrial heredada del siglo XIX contribuye a ilustrar la dualidad económica que la caracteriza. Según el historiador económico Franklin Mendels, esta dicotomía entre centros desarrollados y periferias dependientes tiene su origen en la transición a la industria mecanizada a gran escala. Inspirándose en la distinción de Karl Marx entre «capitalismo comercial» y «capitalismo industrial», Mendels propone distinguir dos fases en el desarrollo industrial: la protoindustrialización, en la que el actor principal es el comerciante-fabricante, y la industrialización concentrada, en la que el actor principal es el industrial capitalista. Estas dos fases sucesivas son distintas de las industrias artesanales

²⁹ Robert Lafont, *La révolution régionaliste*, París, Gallimard, 1967, p. 130.

³⁰ Robert Lafont, *Sur la France*, París, Gallimard, 1967, p. 260.

³¹ *Ibidem*, p. 183.

³² *Ibidem*, p. 229.

³³ Robert Lafont, «Alliés dans un combat culturel contre le colonialisme intérieur», *Le Monde diplomatique*, junio de 1975.

rurales tradicionales del pasado, destinadas al autoconsumo y al mercado local. Como en el caso de las colonias, esta artesanía rural tradicional estaba estrechamente vinculada a los modos de producción precapitalistas, a las formas de organización social comunitaria y a las visiones del mundo que las acompañaban. La diferencia, sin embargo, radica en que la destrucción de los modos de producción precapitalistas y de su estructura comunal se logró en las colonias clásicas directamente bajo la influencia del capital industrial, incluida la agricultura, que en las colonias tomó la forma de latifundios y de una masa de trabajadores agrícolas, mientras que en los países europeos se logró bajo la influencia del capital comercial.

La transición a la protoindustrialización marca el comienzo del debilitamiento de los modos de producción precapitalistas, a los que pone a su servicio. Esta primera era de la industrialización puede describirse del siguiente modo: un comerciante suministra a los campesinos las materias primas y los medios de producción, y luego recoge los productos elaborados a cambio de una remuneración. Los campesinos, que seguían viviendo de su tierra, obtenían así una renta complementaria. La protoindustrialización desarrolló industrias rurales en los sectores textil, metalúrgico, minero, etc. Aunque el mercado local y nacional sigue siendo dominante, la protoindustrialización en ciertos sectores, como la metalurgia, ya está marcada por la «globalización», tanto en lo que se refiere a sus insumos como a sus productos. «Sus suministros procedían de Inglaterra, Alemania y Escandinavia. Sus productos se exportaban más allá de las más diversas provincias del reino, a todos los países vecinos, y más allá, a los países del Norte y hasta la India»,³⁴ recuerda el historiador Émile Coornaert.

El paso al capitalismo industrial, alimentado por el enriquecimiento de los comerciantes y el progreso técnico, condujo a un cambio de modelo. En adelante, la industria ya no se dirigía hacia la mano de obra, sino que la atraía hacia los centros industriales, generalmente urbanos. El desarrollo desigual, la polarización entre centros y periferias y la emigración masiva iniciaron una larga historia.

Teniendo en cuenta estas dos fases de la industrialización, podemos explicar en primer lugar la época del modo de producción capitalista. Este surgió y se desarrolló a lo largo de varios siglos, y comenzó su historia en el corazón mismo del feudalismo. En nuestra opinión, esto explica también la época de la emigración interior en Francia. Estos campesinos, dotados ahora de ciertos conocimientos industriales, podían intentar venderlos desplazándose en periodos difíciles (malas cosechas, crisis agrícolas,

³⁴ Citado en Franklin Mendels, «Des industries rurales à la proto-industrialisation: historique d'un changement de perspective», *Annales. Économies, sociétés et civilisations*, núm. 5, 1984, p. 978.

hambrunas, guerras, etc.). Por último, explica la masificación de la emigración con la aparición del capital industrial: «En el transcurso de los siglos XIX y XX, el propio capitalismo evolucionó, tanto en sus estructuras como en su extensión espacial: rápida acumulación de capital, concentración de empresas industriales y financieras, internacionalización del comercio y de la producción»,³⁵ explica Christian Mercier. La concentración del capital y de la producción «desarraigó» el excedente de mano de obra hacia las grandes aglomeraciones y centros industriales. Se establece así la polarización centro-periferia.

La imagen simplista de una industrialización repentina y «mágica» hace ilegible el largo proceso de industrialización. Sin embargo, este proceso es una de las principales diferencias con la colonización clásica, que se desarrolló mediante la conquista militar en el siglo XIX. En Europa, explica Christian Mercier, «la lenta transición del feudalismo al capitalismo se produjo gradualmente entre los siglos XVI y XVIII».³⁶ En las colonias francesas, se realizó sin pasar por esta fase de protoindustrialización, es decir, en apenas unas décadas. Debido a esta diferencia de temporalidad, los efectos destructivos fueron incompatibles en su escala y en el sentimiento de desposesión del mundo que los acompañó. Pero este relato de la epopeya industrial también hace imperceptibles las similitudes, a saber, la imposición de una economía dual y polarizada entre centros dominantes y zonas periféricas.

El resultado es un aumento de la emigración. Si, como creemos, el concepto de colonización no debe reducirse a una de sus formas históricas (colonización de extracción, colonización de asentamiento, protectorado, neocolonialismo, etc.), conviene denominar «colonización interna» al vasto y largo proceso de hacer depender los territorios rurales de los centros industriales. Sin embargo, tal elección no puede justificar que se subestimen las enormes diferencias entre ambas formas, que están ligadas a la rapidez y, por tanto, a la violencia del proceso. Lo cierto es que en ambas situaciones hemos asistido a una masificación de la emigración. Las reacciones ante la emigración, los conceptos utilizados para entenderla, los esquemas interpretativos utilizados para describirla y las políticas utilizadas para gestionarla se ensayaron en el caso de la emigración más temprana (la emigración interior), antes de desplegarse en el caso de las que siguieron (primero la emigración transfronteriza europea y luego la emigración colonial). Si bien la «misión civilizadora» fue un factor clave para legitimar la conquista colonial, su historia comenzó antes con la «colonización interna» y la emigración interna asociada a ella.

³⁵ Christian Mercier, *Les déracinés du capital : immigration et accumulation*, op. cit., pp. 2-3.

³⁶ *Ibidem*, p. 2.

... Y su misión civilizatoria

La Revolución francesa, momento clave en la construcción de la nación francesa, se desarrolló en una sociedad de «regiones», marcada por la divergencia cultural y lingüística. El sentimiento de pertenencia adquirido a través de la socialización primaria se centraba principalmente en la pertenencia a estas «regiones» y solo secundariamente en la pertenencia a una nación francesa común, que seguía siendo en gran medida abstracta para muchos de los habitantes del reino. Robert Lafont propone llamar a estas «regiones» «naciones primarias», definidas por el vínculo lingüístico heredado de la historia. El autor se cuida de distinguir este vínculo lingüístico de la noción de «raza», porque «la mezcla de poblaciones, lograda y estabilizada, se ha convertido en un hecho primario [...], un hecho de conciencia colectiva, de ninguna manera un hecho físico».³⁷ Para él, la nación primaria no es una realidad biológica, sino una construcción histórica de base cultural y lingüística.

Frente a estas naciones, la Revolución francesa se orientó inicialmente hacia un planteamiento federal. La Fiesta de la Federación del 14 de julio de 1790 resumía este enfoque y el proyecto que encarna. Se trataba de crear una nación común unida más allá de su diversidad por un nuevo «contrato nacional». En París, pero también en provincias, cientos de miles de ciudadanos juraron solemnemente en público defender la nueva Constitución. El objetivo era asestar «el golpe definitivo a la aristocracia»,³⁸ como resumía el periódico *L'Abeille* a propósito de la Fiesta de la Federación en Lille. Es significativo que los términos «contrato» o «pacto» se utilicen con frecuencia en los reportajes de la época para referirse al juramento realizado durante estas celebraciones. Robert Lafont propone denominar «nación secundaria» a esta nueva forma nacional nacida de un acontecimiento político fundador. Según este autor, la nación secundaria de Francia nació el 17 de junio de 1789, cuando los diputados del Tercer Estado constituyeron la Asamblea Nacional, y fue consagrada el 14 de julio de 1790 por la Fiesta de la Federación. Francia se convirtió entonces en «una nación secundaria, fundada por el contrato político de ciudadanía».³⁹

Pero la Revolución francesa también estuvo marcada por las expectativas de las diferentes clases, que se enfrentaron sobre la dirección que debía tomar el proceso revolucionario en general y la construcción nacional en particular. La reacción termidoriana y la constitución bonapartista

³⁷ Robert Lafont, *Sur la France, op. cit.*, p. 44.

³⁸ Suplemento del núm. 68 de *L'Abeille* del 20 de mayo de 1790, citado en Odile Lesaffre-Ramette, «Une fête révolutionnaire provinciale et ses aménagements: la Fédération de Lille, le 6 juin 1790», *Revue du Nord*, núm. 254-255, 1982, p. 792.

³⁹ Robert Lafont, *Sur la France, op. cit.*, p. 187.

del octavo año marcaron la victoria de la nueva clase burguesa, que se convirtió en la clase dominante. Su principal preocupación era unificar el mercado nacional. Pero esta nueva clase dominante se caracterizaba por su etnocentrismo de clase, reflejado en el desprecio hacia las clases trabajadoras y sus culturas. Estas últimas son vistas como símbolos del pasado, y las lenguas que los transmiten en forma de *patois*. No es solo una cuestión del pasado. Todavía en 1970, el sociólogo Jean-Claude Passeron denunciaba «el etnocentrismo de clase, los clichés aristocráticos, populistas, apocalípticos o ingenuamente optimistas que se interponen entre la vida de las clases trabajadoras y los observadores necesariamente burgueses». ⁴⁰ Los elementos del modelo francés de integración ya están en marcha y ya están presentes en estado latente, aunque aún no se hayan formulado en forma de discurso ideológico construido: asimilación, destrucción de las lenguas de las «naciones primarias» y misión civilizadora hacia sus poblaciones y los emigrantes del interior que se instalan en las grandes aglomeraciones.

Sin embargo, aún quedaba por establecer científicamente el modelo. La respuesta ideológica estaba en el desarrollo del movimiento racialista y su concepto de herencia. El historiador Maurice Mauviel describe el desarrollo y el impacto de la etnografía racialista durante este periodo, cuando la hegemonía cultural de la nueva clase dominante estaba firmemente establecida:

Hay que añadir que, en los años ochenta del siglo pasado [el siglo XIX], cuando la República instauró la escolaridad obligatoria, una cierta antropología física, nacida veinticinco años antes (pero cuyos verdaderos orígenes se sitúan en los últimos años del siglo XVIII), intentaba demostrar que uno de los factores más poderosos de la personalidad humana se encontraba en la raza, en la herencia. Esta ideología racialista iba a impregnar en proporciones muy diferentes [...] el pensamiento de historiadores, novelistas, políticos y educadores. ⁴¹

En cuanto a los efectos de esta antropología física dominante en la concepción de la nación, el autor cita a Charles de Rémusat y su defensa de la lógica asimilacionista: «Hay, sin embargo, razas distintas que pueden mezclarse pero que no pueden resolverse la una en la otra, de modo que una de ellas, después de haberlas absorbido, seguiría siendo lo que siempre ha sido. Subrayo este punto porque la etnografía desempeña actualmente un papel importante, no solo en la opinión popular, sino también en la ciencia». ⁴²

⁴⁰ Jean-Claude Passeron, prefacio a Richard Hoggart, *La culture du pauvre: étude sur le style de vie des classes populaires en Angleterre*, París, Minuit, 1970, p. 9.

⁴¹ Maurice Mauviel, «La Révolution française et les étrangers: persistance d'une conscience collective de l'étranger de 1789 à l'immigré de 1989», *Cahiers de sociologie économique et culturelle*, núm. 11, junio de 1989, p. 17.

⁴² Charles de Rémusat (1858), citado en Maurice Mauviel, «La Révolution française et les étrangers...», art. cit, p. 17.

Por su parte, el historiador de la ciencia Daniel Teyssie hace hincapié en las transformaciones del contenido de la palabra «raza» provocadas por esta nueva antropología física nacida en Francia. El mismo autor data este cambio en la definición de raza a partir de la publicación de dos obras (*Rapports du physique et du moral de l'homme* de Cabanis en 1802 y *Philosophie zoologique* de Lamarck en 1809). «De estos títulos se desprende que el uso de la(s) raza(s) en esta primera década del siglo XIX ya no era principalmente histórico-político, sino más bien físico-biológico»,⁴³ comenta este autor. El antropólogo Albert Ducros destaca el efecto de tal enfoque en la percepción de la diversidad humana: «A la vista de los distintos grados de progreso técnico y de “subcivilización” alcanzados por los pueblos del mundo, algunos —en el mundo de la ciencia como en otros ámbitos de la sociedad— creyeron en una jerarquía transitoria o inmutable de las razas».⁴⁴

Desde el principio, el pensamiento racialista se aplicó tanto a bretones y auverneses como a africanos y asiáticos. La nueva clase dominante y las élites políticas que las representaban abrazaron esta corriente de pensamiento, que respondía a su necesidad de unificar el mercado nacional, eliminar todos los obstáculos al desarrollo de la industria que habían surgido en el pasado y aniquilar toda posible resistencia al nuevo modo de producción dominante. Estaban convencidos de que representaban el futuro, el progreso, la civilización, etc., e igualmente convencidos de que su cultura de clase era la única que representaba la modernidad y la civilización. Todavía imbuidos del pensamiento de la Ilustración, creían no obstante que el hombre era perfectible y que las diferencias de «raza» no eran inmutables. Podían modificarse y erradicarse mediante una «misión civilizadora», tanto interna, en el caso de la construcción nacional francesa, como externa, en el caso de la colonización. El modelo asimilacionista extendería sus daños tanto interna como externamente.

La coincidencia de las dos secuencias históricas (la de la teorización y difusión de la antropología física racialista y la de la transformación capitalista de la sociedad) no resulta sorprendente. En nuestra opinión, se refiere simplemente al proceso de producción teórica. A pesar de la creencia de demasiados investigadores en su «exterioridad», su «neutralidad» o su «objetividad», esta producción siempre refleja, en nuestra opinión, los problemas y las divisiones sociales de su época. Las expectativas de

⁴³ Daniel Teyssie, «De l'usage historico-politique de race entre 1680 et 1820 et de sa transformation», en Simone Bonnafous, Bernard Herszberg y Jean-Jacques Israël (coord.), *Sans distinction de race...*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1992, p. 49.

⁴⁴ Albert Ducros, «La notion de race en anthropologie physique: évolution et conservatisme» en Simone Bonnafous, Bernard Herszberg y Jean-Jacques Israël (coord.), *Sans distinction de race...*, *op. cit.*, p. 122.

la clase dominante de que una teorización global propiciara los cambios sociales que exigían sus intereses económicos acabaron encontrando una oferta adecuada. En cuanto a las formas en que se fomenta esta oferta, creo que tenemos que fijarnos en los espacios compartidos por las élites científicas y las clases dominantes, las estructuras que los reúnen y las formas en que se reconocen y valoran institucionalmente. Lo mismo cabe decir de las producciones teóricas que cuestionan las dominaciones de una época. También responden a una expectativa de teorización global, esta vez por parte de los dominados. También en este caso hay que buscar en las trayectorias de estos investigadores las razones por las que han ido a contracorriente.

El hecho es que esta visión culturalista y racialista sirve a la clase dominante para abordar tanto la cuestión de las «naciones primarias» como la de los inmigrantes del interior. La necesidad de una lengua común para todo el territorio se convirtió rápidamente en el objetivo de establecer una lengua única, es decir, en la necesidad de erradicar las demás lenguas existentes. Ya en 1794, este objetivo fue expuesto en un informe del Abate Grégoire con el significativo título: *Rapport sur la nécessité et les moyens d'anéantir le patois, et d'universaliser l'usage de la langue française* [Informe sobre la necesidad y los medios para aniquilar los dialectos, y de universalizar el uso de la lengua francesa].⁴⁵ En este, el autor describe una discrepancia entre el mensaje revolucionario y las lenguas habladas en Francia, denominadas peyorativamente «*patois*» [dialecto]: «Con treinta dialectos diferentes, seguimos en la Torre de Babel en lo que respecta a la lengua, mientras que en lo que respecta a la libertad somos la vanguardia de las naciones».⁴⁶ Tras reducir esas lenguas maternas a «modismos del feudalismo», sugiere a continuación que existe una equivalencia entre la unidad política de la nación, la lucha contra los prejuicios y la superstición, la construcción del mercado nacional y la unicidad de la lengua: «Todo lo que acabamos de leer nos lleva a la conclusión de que, para extirpar todos los prejuicios, desarrollar todas las verdades, todos los talentos, todas las virtudes, fundir a todos los ciudadanos, para simplificar el mecanismo y facilitar el funcionamiento de la maquinaria política, necesitamos un lenguaje común».⁴⁷

Lo que quedaba era justificar el paso de la necesidad de una lengua común al objetivo de una lengua única. El autor invoca dos argumentos: el elevado coste de las traducciones y el hecho de que estos dialectos eran inadecuados para traducir las ideas revolucionarias. El modelo asimilacionista ya se puso claramente de manifiesto en la Convención Nacional.

⁴⁵ Abbé Grégoire, *Rapport sur la nécessité d'anéantir le patois et d'universaliser l'usage de la langue française*, Imprimerie nationale, 4 de junio de 1794.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 2.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 10.

Casi un siglo más tarde, la persecución de este objetivo se confió al sistema escolar estatal. En 1845, el subprefecto de Finistère envió una circular a los maestros de primaria en la que afirmaba: «Ante todo, recuerden, señores, que ustedes solo han sido designados para acabar con la lengua bretona». Un año más tarde, el prefecto de Côtes-du-Nord se hizo eco de sus palabras: «El catecismo y las oraciones se enseñan generalmente en bretón. Es un mal. Nuestras escuelas de la Baja Bretaña están especialmente orientadas a sustituir el bretón por el francés».

El reglamento escolar sigue la misma lógica que el de las escuelas primarias del distrito de Lorient: «Art 19: Cada clase comienza y termina con una oración en francés, que decide el comité local a propuesta del párroco. [...] Art. 21: Se prohíbe a los alumnos hablar en bretón, incluso durante el recreo, y utilizar palabras malsonantes. No se admitirá ni tolerará ningún libro en bretón. Hablar en bretón y hablar "groseramente" están sujetos a la misma prohibición».⁴⁸

El lingüista Hervé Abalain, de quien hemos tomado prestadas estas citas de documentos oficiales, explica así el coste humano de esta negación de las lenguas maternas:

Ni qué decir tiene que esta prohibición de hablar bretón en la escuela fue percibida por los alumnos como una condena de la lengua que ellos y sus padres hablaban: la lengua, devaluada a sus ojos, se convirtió en objeto de vergüenza y desarrolló en muchos de ellos un complejo de inferioridad. También hay que señalar que muchos padres de la época estaban a favor del esfuerzo de francfonización emprendido por los poderes públicos porque el bretón, oficialmente devaluado, había perdido todo prestigio a sus ojos e incluso se percibía como un obstáculo para cualquier progreso social.⁴⁹

En cuanto a los inmigrantes del interior, el enfoque y los objetivos seguían la misma línea asimilacionista, con la misma idea de «misión civilizadora». Al igual que los inmigrantes posteriores, se les consideraba hijos de «pueblos menores de edad» que podían crecer gracias a esta «misión civilizadora», siempre que la aceptaran, la desearan y realizaran los esfuerzos necesarios para convertirse en franceses. Comparando la figura de «*Bécassine la Bretonne*» con la de «*Banania le Noir*», el organizador de la exposición Ronan Dantec resume esta lógica compartida en la presentación de su exposición *Bécassine-Banania, destinins croisés*: «Creo poder decir que esta comparación, extraída de los principales titulares de esta prensa popular

⁴⁸ Citados en Hervé Abalain, *Le français et les langues historiques de la France*, Quintin, Jean-Paul Gisserot, 2007, p. 276.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 277.

(de *L'Illustration* a *Le Petit Journal*), no es artificial, y plantea claramente la cuestión de la ideología de la asimilación que ha marcado, y sigue marcando, el funcionamiento de la sociedad francesa [...] Así pues, la imagen del bretón, a partir de *Bécassine*, ¡es también una imagen inmigrante!».⁵⁰

Ambos personajes son descritos como simplones e ingenuos como niños. Ambos representan una alteridad «simpática» que está reñida con la modernidad. Así pues, no es casualidad que la Exposición Internacional de Nantes de 1910 presentara una «aldea bretona», después de que la exposición de 1904 hubiera presentado una «aldea negra». Al igual que los inmigrantes posteriores, estos campesinos exiliados a la ciudad no tuvieron más remedio que ser estigmatizados como culturalistas o desaparecer, es decir, ser asimilados. La estigmatización culturalista de los bretones y otros auverneses no deja de recordar al discurso contemporáneo.

El *Journal des Débats* se refirió a ellos como una «invasión de bárbaros», Haussmann aludió a una «turba nómada» y Thiers habló de una «multitud de vagabundos». ⁵¹ El mandato de asimilación, por su parte, se derivaba directamente de la forma en la que la clase dirigente consideraba a las «provincias» de origen de estos inmigrantes del interior. En 1840, François Guizot, secretario del ministro de Instrucción Pública, resumía esta visión de la siguiente manera: «Casi tenemos que civilizar esta provincia, tan bella pero todavía tan salvaje [...]. Es verdaderamente lamentable no trabajar más activamente de lo que lo estamos haciendo para civilizar, para afrancesar completamente esta provincia hermosa y orgullosamente obstinada». ⁵²

La similitud entre el discurso ideológico dirigido a los inmigrantes del interior y el dirigido a los inmigrantes posteriores refleja la similitud de sus posiciones económicas. La primera similitud tiene la ventaja de explicar y legitimar la segunda. Los inmigrantes del interior ocupaban la misma posición como variable de ajuste de las necesidades de mano de obra para trabajos no cualificados, mal pagados, penosos y peligrosos. Explicar esta diferencia de trato en términos de «cultura», «inadaptación», «no integración», «civilización insuficiente», etc., orienta la solución hacia la transformación de estos inmigrantes en lugar de tratarlos por igual. La etnización de estos inmigrantes permitió estratificar a la nueva clase trabajadora asignando esta mano de obra a determinados sectores y determinados empleos.

⁵⁰ Ronan Dantec, «Bécassine-Banania, destinins croisés», *Hommes et migrations*, núm. 1260, 2006, pp. 21-22.

⁵¹ Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot, *Sociologie de Paris*, París, La Découverte, 2014, cap. «L'attraction de Paris», pp. 27-38.

⁵² Citado en Commission Histoire de Skol Vreizh, *La Bretagne au 19e siècle*, t. 5, Morlaix, Skol Vreizh, 1980, p. 67.

Abundan los testimonios sobre las duras condiciones de trabajo de los bretones a finales del siglo XIX y principios del XX, «Al bretón se le dan los trabajos que nadie quiere [...]. Es realmente el paria de París», escribía un testigo en 1898. Como la mayoría de los bretones no estaban cualificados, se les «empleaba en los trabajos más duros», escribía otro testigo en 1908: «movimiento de tierras, vaciado, alcantarillado, barrido de calles, retirada de basuras». «Se puede decir», escribe un tercer testigo en 1913, «que los bretones se han especializado en aceptar los trabajos más despreciados en casi todas partes». A veces eran tratados como mercancía: «Las fábricas seguían encargando “vagones de bretones”, verdaderas bestias de carga, realmente capaces de hacer el trabajo de un caballo». A veces, tenían que desfilar ante extraños, donde se detallaban sus cualidades y defectos, como ocurría antiguamente con los esclavos en los mercados de Roma, donde su timidez y su desconocimiento del francés hacían sospechar a menudo que eran poco inteligentes.⁵³

Algunos métodos de reclutamiento también fueron similares, como las misiones de reclutamiento enviadas al campo en Bretaña y Auvernia para encontrar la mano de obra necesaria para construir el metro de París o las infraestructuras ferroviarias. Cerca de 100.000 bretones y decenas de miles de auverneses trabajaron en la construcción del metro de París, que no se construyó hasta 1896, con la Exposición Universal de 1900 como plazo imperativo.⁵⁴ Casi un siglo más tarde, las *Houillères du Nord y de l'Est* enviaron a sus reclutadores al campo marroquí. El modelo económico e ideológico desarrollado para los inmigrantes del interior estaba ya probado y podía aplicarse a los inmigrantes posteriores.

Especificidades francesas

De hecho, este «modelo de integración» se desarrolló simultáneamente para los inmigrantes procedentes del interior de Francia y para los primeros inmigrantes procedentes de los países vecinos. Desde el inicio de la revolución industrial, una característica específica francesa amplificó el recurso a la inmigración para cubrir las necesidades de mano de obra. La disminución de la natalidad, más elevada en Francia que en el resto de Europa, hizo de la inmigración un componente esencial de la nueva clase obrera. El demógrafo Hervé Le Bras resume este proceso de la siguiente manera:

⁵³ Ronan Le Coadic, «Les Bretons: les “nègres blancs”?» en Ronan Le Coadic (dir.), *De la domination à la reconnaissance: Antilles, Afrique et Bretagne*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2013, p. 353.

⁵⁴ Guillaume Dessaix, «Baguette magique: les ouvriers du métro parisien ont du pain sur la planche», *L'Usine nouvelle*, núm. 3594, 17 de enero de 2019.

Entre 1800 y 1850, el desarrollo de la red de carreteras privó de sus derechos al campo, en particular a las regiones montañosas donde había pocas oportunidades de actividad en invierno. Esto provocó un notable aumento de la migración estacional [...]. Por otra parte, a partir de 1850, con el desarrollo de la gran industria y del ferrocarril, se produce un éxodo de los pueblos de las tierras bajas y después, como la natalidad disminuye más rápidamente en Francia que en el resto de Europa, de los países vecinos.⁵⁵

Desde finales del siglo XVIII, la natalidad disminuye en Francia. Si a mediados del siglo XVII era de 40 nacimientos por cada mil habitantes, a partir de 1830 cayó por debajo de 30, lo que convirtió a Francia en un país europeo único. «Pasaría casi un siglo antes de que cualquier otro país experimentara un descenso similar»,⁵⁶ comenta el demógrafo Étienne Van de Walle. «La tendencia diferencial se acentuó en el periodo 1870-1914»,⁵⁷ añade el economista e historiador Alain Clément. A partir de este periodo, la extrema derecha utilizó el declive demográfico como tema político. Lo presentaban como un signo de la «decadencia francesa», de la «decadencia moral» y de la «degeneración de la raza». Así que no hay nada nuevo en los dislates de la galaxia fascista contemporánea.

Al recordar los debates económicos de la época, Alain Clément destaca las dos principales causas invocadas. La primera es jurídica e institucional. Se decía que el declive demográfico era el resultado del sistema de herencia que, desde el Código Napoleónico, obligaba a dividir la tierra. En previsión de ello, los agricultores preferían reducir el número de hijos para evitar tener que repartir la tierra entre los herederos. En 1877, el economista Georges Michel resumía la situación: «En nuestra sociedad moderna, el hijo único sustituye al hijo mayor».⁵⁸ «Pensamos que, si tenemos hijos, necesitaremos dinero para educarlos; pero, sobre todo, tendremos que repartir la fortuna para dotarlos. [...] Conclusión: evitamos tenerlos»,⁵⁹ añade Bertillon, otro economista.

La segunda causa esgrimida es la crisis de salidas. «Si queremos que nuestra industria se desarrolle, es sobre todo necesario que el comercio [exterior] despegue vigorosamente y encuentre nuevas salidas»,⁶⁰ resumía

⁵⁵ Hervé Le Bras, «Singularité des vagues migratoires en France», *Santé, société et solidarité*, núm. 1, 2005, pp. 32-33.

⁵⁶ Étienne Van de Walle, «La fécondité française au 19e siècle», *Communications*, núm. 44, 1986, p. 35.

⁵⁷ Alain Clément, «L'analyse du déclin dans la seconde moitié du 19e siècle: le point de vue des économistes français», *Revue économique*, vol. 66, núm. 5, septiembre de 2015, p. 845.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 851.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 855.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 862.

en 1884 el economista Charles Thierry-Mieg. La «debilidad» del imperio colonial también se esgrimió como una de las causas estructurales de la crisis de oportunidades de empleo. La colonización se consideraba un remedio para esta crisis y, por sus efectos en el enriquecimiento de la población, una solución al descenso de la natalidad. Resumiendo los debates económicos de la época, Alain Clément escribió: «Para responder a este problema endógeno y específicamente francés, los economistas propusieron simultáneamente —porque estaban entrelazadas— dos soluciones principales: una solución institucional (modificar el sistema de sucesión) y una solución "exterior", a saber, fomentar la emigración y la expansión colonial».⁶¹

El análisis demográfico se puso así al servicio de la colonización. El objetivo era convertir a los campesinos empobrecidos en colonos a fin de aumentar la natalidad, argumento que también servía para justificar la concentración agraria promovida por el capitalismo y la conquista colonial. Además, la colonización «civilizaba» a los bárbaros o salvajes. Hay que ser realmente irracional para oponerse a una labor tan positiva en todos los campos y para todos.

La segunda especificidad de Francia es el mayor predominio de la ruralidad en comparación con otros países europeos. «La población agrícola francesa nunca ha sido expulsada de la tierra [...], y los agricultores franceses siempre han estado extremadamente apegados a sus explotaciones familiares»,⁶² resume el economista Jean Marczewski. «En 1914, solo el 13 % de los franceses vivían en ciudades de más de 100.000 habitantes. Las dieciséis ciudades francesas de más de 100.000 habitantes eran igualadas por las 45 de Alemania y las 47 del Reino Unido»,⁶³ añade Georges Duby. Francia no conoció la violencia del *enclosure movement* [cercamientos] de Inglaterra, que Marx consideraba como uno de los principales mecanismos de expropiación de los campesinos. La razón es el peso político del campesinado desde la revolución de 1789. En efecto, el campesinado es heredero de un vasto movimiento de luchas campesinas por el derecho a la tierra, contra la fiscalidad, por la restitución de las tierras comunales confiscadas en el pasado por los señores, por la defensa de los derechos colectivos, por la imposición de un límite al tamaño de las explotaciones, etc. En muchos lugares, las tierras fueron ocupadas y redistribuidas por la fuerza.⁶⁴ Aunque no todas las reivindicaciones de los campesinos fueron satisfechas, el

⁶¹ *Ibidem*, p. 868.

⁶² Jean Marczewski, «L'industrie française de 1890 à 1964: sources et méthodes», *Cahiers de l'ISA*, núm. 179, noviembre de 1966, p. 115.

⁶³ Georges Duby, *Histoire de la France*, *op. cit.*, p. 417.

⁶⁴ Guy Lemarchand, «Sur la révolution paysanne dans la Révolution française», *Annales de Normandie*, núm. 30, 2000, pp. 205-216.

minifundismo salió fortalecido de la secuencia revolucionaria, y con este el peso político del campesinado. «Hubo sin duda una extensión de la propiedad de la tierra entre la población rural»,⁶⁵ explica el historiador Bernard Bodinier. «Los acontecimientos de julio de 1789 salvaron al campesino francés [...]: derribaron el sistema feudal pero consolidaron la estructura agraria de Francia»,⁶⁶ confirma el historiador Georges Lefebvre.

La reducción demasiado frecuente de la Revolución francesa a una revolución burguesa oculta el hecho de que también fue una revolución campesina que consolidó la pequeña propiedad. Este aspecto, en un contexto de descenso prolongado de la natalidad, tuvo un efecto constante en la amplitud del llamamiento a la inmigración en la época de la revolución industrial. A estas razones económicas hay que añadir la preocupación militar y el deseo de equilibrar el número de soldados con el de Alemania, que aún no atravesaba una crisis de natalidad. Como ya se ha dicho, los economistas reaccionaron pidiendo la colonización. Los moralistas, por su parte, reclamaron una política de natalidad para combatir la decadencia. Los industriales, por su parte, tenían preocupaciones más a corto plazo. Tenían que encontrar inmediatamente la mano de obra que necesitaban para sus empresas.

El resultado fue un llamamiento masivo a la inmigración exterior. Si el censo de 1851 contabilizaba 380.000 extranjeros, en 1876 eran ya 800.000 y más de un millón en 1881. A estas cifras hay que añadir, por supuesto, los inmigrantes naturalizados, caso de que queramos comprender en qué medida la inmigración contribuyó a la clase obrera francesa. En relación con la población francesa (3 % en 1881), estas cifras son marginales, pero en relación con la clase obrera de un país que seguía siendo esencialmente rural, adquieren una dimensión diferente. En 1881, el número de obreros industriales rondaba los 4,5 millones, lo que significaba que casi uno de cada cuatro trabajadores era inmigrante.⁶⁷ Francia no solo fue un país de inmigración precoz, sino que su clase obrera incluyó desde el principio un importante componente inmigrante. De esta época data la tesis del «gran reemplazo», con los italianos como principal objetivo. En 1895, el médico y antropólogo Gustave Le Bon escribió unas líneas que podrían escribir hoy quienes afirman la existencia de una «estampida» africana hacia Francia, que constituye un peligro de anegación:

⁶⁵ Bernard Bodinier, «L'accès à la terre: une manière d'éviter les révoltes?», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, núm. 94-95, 2005, pp. 59-68.

⁶⁶ Georges Lefebvre, *La Révolution française et les paysans: études sur la Révolution française*, Paris, PUF, 1963, p. 353.

⁶⁷ «Évolution de la population active en France depuis cents ans d'après les dénombrements quinquennaux», *Économie et statistique*, núm. 3, 1963, p. 252.

Hay un Estado en Europa, Francia, que se ve amenazado por ello. Es un país rico cuya población ya no crece, rodeado de países pobres cuya población no deja de aumentar. La inmigración procedente de estos vecinos es fatal, y tanto más cuanto que las crecientes demandas de nuestros trabajadores la hace necesaria para las necesidades de la agricultura y la industria. Las ventajas que estos emigrantes encuentran en nuestro suelo son evidentes. [...] La invasión de extranjeros es tanto más formidable cuanto que son naturalmente los elementos inferiores, los que no pudieron mantenerse en su patria, los que emigran. Nuestros principios humanitarios nos condenan a una creciente invasión de extranjeros. Hace cuarenta años no llegaban a 400.000, hoy son más de 1.200.000, y cada vez llegan en mayor número. Si solo tuviéramos en cuenta el número de italianos que viven aquí, Marsella podría calificarse como una colonia italiana. [...] Si las condiciones actuales no cambian, es decir, si estas invasiones no cesan, no pasará mucho tiempo antes de que un tercio de la población de Francia se haya convertido en alemana y un tercio en italiana. ¿En qué se convierte la unidad, o simplemente la existencia de un pueblo, en condiciones similares?⁶⁸

Una tercera especificidad francesa se encuentra en las luchas sociales radicales que caracterizan la historia moderna de Francia. La mera enumeración de ciertas fechas basta para la cuestión de la existencia de tal radicalismo y de sus consecuencias: 1789, 1793, 1830, 1848, 1871, 1936, etc. El enfoque idealista de esta «especificidad» conduce a las imágenes de un «pueblo rebelde» por naturaleza para la versión positiva, un pueblo alérgico y resistente al cambio por esencia para la versión negativa, y un «pueblo refunfuñón» por identidad para una tercera versión intermedia. La reacción a estos planteamientos idealistas es negar esta especificidad. En nuestra opinión, tenerla en cuenta resulta esencial, caso de que queramos entender las estrategias de la clase dominante. Esta ha tenido que gestionar este «radicalismo», por un lado, y los discursos de legitimación ideológica que lo acompañan, por otro. Nuestro enfoque materialista busca en la historia social las causas de esta «radicalidad». Al hacerlo, seguimos los pasos de Karl Marx, que analizó en detalle la Revolución francesa, la Revolución de 1848 y la Comuna de París, y que vio en Francia «el país clásico de la lucha de clases».

Mientras que en Inglaterra y Alemania el capitalismo triunfó progresivamente en alianza con los grandes terratenientes, en Francia solo pudo hacerlo en oposición a estos. En Francia, el Estado monárquico centralizado era una antigua realidad que defendía los intereses de los terratenientes feudales y se interponía en el camino del nuevo modo de producción. Dicho de otro modo, en Inglaterra y Alemania los terratenientes se aburguesaron,

⁶⁸ Gustave Le Bon, *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*, París, Félix Alcan, [1895] 1907, p. 124.

mientras que en Francia se opusieron a la nueva clase ascendente y al nuevo modo de producción que la sustentaba. Así es como Marx presenta las diferencias entre las situaciones inglesa y francesa:

Esta clase de grandes terratenientes, aliada a la burguesía, que ya se había formado bajo Enrique VIII, estaba, a diferencia de la propiedad de la tierra feudal en la Francia de 1789, no en oposición sino en completa armonía con las condiciones de vida de la burguesía. Por una parte, proporcionaban a la burguesía industrial la mano de obra indispensable para la explotación del trabajo manual y, por otra, estaban en condiciones de desarrollar la agricultura en consonancia con el estado de la industria y el comercio. De ahí sus intereses comunes con la burguesía, y de ahí su alianza con ella.⁶⁹

De ahí la radicalidad de la Revolución francesa. La supresión de los obstáculos feudales se logró aquí mediante una «alianza transitoria» con la plebe de las ciudades y el pequeño campesinado. El episodio del Terror es considerado así por Marx como decisivo en la relación de fuerzas necesaria para destruir el feudalismo: «El Terror solo debía servir, pues, en Francia, para hacer desaparecer como por encanto, bajo sus terribles golpes de martillo, las ruinas feudales del territorio francés. La burguesía, con sus concepciones tímidas y demasiado conciliadoras, no tuvo tiempo suficiente para completar esta tarea. La sangrienta intervención del pueblo no hizo sino allanar el camino»,⁷⁰ explica. La radicalidad de la revolución antifeudal en Francia se reflejó en la irrupción política de las clases trabajadoras en el conflicto entre la burguesía y los terratenientes feudales. Esta irrupción iba a constituir una de las bases materiales y un legado político que fomentaría el radicalismo en las luchas sociales posteriores.

El Estado francés no permaneció indiferente ni inactivo ante este radicalismo. La represión del movimiento obrero, que culminó con las masacres de la Comuna de París, fue una primera respuesta. Pero no fue la única. El terreno ideológico también se invirtió muy pronto. A medida que se avecinaba la tormenta de la Comuna y se desarrollaban las luchas obreras, el tema de la «nacionalización» o «integración» de la clase obrera se convirtió en una constante del discurso del Estado. Para evitar el espectro de la revolución social, había que ganar a la clase obrera para la «religión de la patria», como dijo en 1870 uno de los masacradores de los comuneros, Jules Ferry. «Ahora, señores, les reto a que hagan alguna vez de estas dos

⁶⁹ Karl Marx, «Guizot, “Pourquoi la révolution d’Angleterre a-t-elle réussie ?” Discours sur l’histoire de la révolution d’Angleterre», en *Œuvres complètes, Politique I*, París, Gallimard, 1994, p. 351.

⁷⁰ Karl Marx, «La critique moralisante et la morale critique», *Deutsche Brüsseler Zeitung*, 11 de noviembre de 1847, en Karl Marx, *Écrits de jeunesse 1842-1847*, París, Spartacus, 1977, p. 101.

clases una nación igualitaria, una nación animada por ese espíritu de unión y esa confraternidad de ideas que son la fuerza de las verdaderas democracias, si entre estas dos clases no se ha producido el primer acercamiento, la primera fusión de la mezcla de ricos y pobres en los bancos de algunas escuelas»,⁷¹ declaraba en su «discurso sobre la igualdad de la enseñanza».

La escuela laica y su discurso sobre el elitismo republicano vehiculan este proyecto de «nacionalización». La lógica era exactamente la misma que la que se promovería para la inmigración exterior: la integración individual de los más «meritorios» para oponerla a la lucha por la promoción colectiva a través de la igualdad social y política. El vector de la escuela como herramienta de integración y elitismo republicano se reciclará así para la inmigración. Esta campaña ideológica provocó reacciones en los sectores más radicales del movimiento obrero. He aquí, por ejemplo, lo que escribía en 1911 Hubert Lagardelle, uno de los líderes del sindicalismo revolucionario:

La utopía de la conciliación de las clases sociales a través de la escuela es uno de esos viejos tópicos de la «democracia avanzada» que tiene poca importancia. El proyecto de incorporar a la burguesía a los hijos más inteligentes del pueblo, impartiendoles la ideología burguesa, tiene otra seriedad: va en el sentido de la «evolución democrática» y es una de esas medidas que el espíritu igualitario reinante gusta de aprobar. [...] Podría decirse que este es el objetivo supremo de la democracia: alimentar a la élite decadente de las clases burguesas con la élite de la clase obrera. Las clases no son mundos cerrados, sin puertas ni ventanas. Solo están cerradas para la mayoría de sus miembros, pero permanecen abiertas para una minoría que siempre consigue pasar de una clase a otra. Es a través de estas aperturas como la burguesía puede atraer a los hijos más vigorosos del proletariado y asimilarlos.⁷²

El descenso de la natalidad, el fortalecimiento de la pequeña propiedad campesina y la radicalidad de las luchas sociales convergen para producir un llamamiento a la inmigración más consistente y estructural que en otros países capitalistas. La nueva mano de obra importada se encuentra en condiciones menos favorables que los «nacionales» para rechazar las condiciones de trabajo y los salarios de ciertos sectores. Si bien existe en todas partes, la estratificación de la clase obrera es, por estas razones, más antigua, más estructural y más consistente en Francia. Cada generación de inmigrantes se unirá, con el tiempo y mediante la socialización obrera, al radicalismo general, y será sustituida en los sectores y empleos sometidos a

⁷¹ Jules Ferry, «Discours sur l'égalité d'éducation» en Guy Ghaudier y Claude Nicolet, *La laïcité en mémoire*, París, Edilig, 1987, p. 171.

⁷² Hubert Lagardelle, «L'école et le prolétariat» en *Le socialisme ouvrier*, París, Giard et Brière, 1911, pp. 73-74.

sobreexplotación por los últimos en llegar. El estigma que la caracterizaba (violencia, suciedad, falta de civilización, etc.) se traslada entonces a los recién llegados. Con este fin, se ha difundido la historia de la integración armoniosa de la generación anterior para justificar el trato excepcional de los últimos llegados, cuya deplorable situación ya no esta relacionada con su sobreexplotación, sino con sus características culturales.

Las inmigraciones europeas

El relato ideológico de la integración armoniosa de los inmigrantes del pasado sigue vigente hoy en día. Tomemos, por ejemplo, las palabras de Jean-Marie Le Pen: «Hay que denunciar la amalgama engañosa del término “inmigrante” y distinguir entre los extranjeros de origen europeo, fáciles de integrar, y los del Tercer Mundo, difíciles de asimilar tanto por su número como por sus creencias culturales y religiosas específicas, que les llevan a negarse a asimilar, bajo la presión de elementos integristas o por invitación de los gobiernos de sus países de origen».⁷³

La realidad de los empleos que ocupan estos inmigrantes, al igual que el discurso sobre ellos en el momento de su llegada, es lo contrario de este relato de la inmigración armoniosa. Basta un ejemplo para ilustrarlo, el de los italianos, que se presentan a menudo como ilustración de una integración lograda. Esta inmigración es una de las más antiguas y una de las más importantes en términos cuantitativos. Comenzó siendo una inmigración de vecindad y estacional (dos de las zonas francesas con mayor número de inmigrantes italianos, los Alpes Marítimos y Saboya, estuvieron bajo soberanía italiana durante mucho tiempo), y se fue transformando en una inmigración de larga y corta duración. «Entre 1876 y 1914, el flujo de emigrantes italianos hacia Francia puede estimarse entre 1,6 y 1,7 millones, en un país donde el empleo total pasó de 17,8 millones en 1870 a 19,37 millones en 1913»,⁷⁴ resumen los economistas Bertrand Blancheton y Jérôme Scarabello. A esta fase inicial de crecimiento constante siguió un rápido aumento en el periodo de entreguerras, desencadenado por el derramamiento de sangre de la Primera Guerra Mundial, que hizo de esta inmigración «la mayor afluencia de extranjeros a Francia en el periodo de entreguerras».⁷⁵ Por último, después de 1945, la inmigración italiana continuó, pero con una clara tendencia a la baja.

⁷³ Jean-Marie Le Pen, *Pour la France*, París, Albatros, 1986, p. 112.

⁷⁴ Bertrand Blancheton y Jérôme Scarabello, «L’immigration italienne en France entre 1870 et 1914», *Working Papers of GRETHA*, núm. 2010-2013, p. 2.

⁷⁵ Pierre Georges, «L’immigration italienne en France de 1920 à 1939: aspects démographiques et sociaux», *op. cit.*, p. 45.

Los puestos de trabajo ocupados durante la primera fase permitieron caracterizar a estos trabajadores como una variable de ajuste estructural, con sus dimensiones de flexibilidad, salarios más bajos y condiciones de trabajo más duras:

Los trabajadores italianos hacen más fluido el mercado laboral francés. Los trabajadores italianos asumen algunos de los trabajos más penosos y peligrosos. Estos extranjeros responden a las exigencias de flexibilidad de las empresas industriales, vinculadas a la necesidad de captar las crecientes ganancias de productividad para seguir siendo competitivas en una economía nacional cada vez más abierta. [...] También son una fuente de mano de obra barata para las actividades agrícolas. Más móviles que los nacionales, incluso a escala subnacional, se utilizan como variable de ajuste en muchas «cuencas de actividad» (Midi Mediterráneo, región de Lyon, etc.). [...] Los inmigrantes italianos son muy activos en la industria (este sector representaba el 70 % de los empleos italianos, frente al 36 % de los empleos nativos en 1901). Los italianos realizaban una gran parte de las tareas más peligrosas, arriesgadas o repetitivas, tanto en las industrias antiguas (textil, metalúrgica, etc.) como en las emergentes (química, automovilística, etc.).⁷⁶

Esta sobreexplotación se ve agravada por la desigualdad de trato, en forma de discriminación legal, que a su vez refuerza la sobreexplotación. Aunque estos trabajadores pueden afiliarse a un sindicato, no pueden ocupar las funciones de delegado o gestor sindical. A falta de un sistema nacional de seguro de desempleo, que no se introdujo hasta 1958, dependen de la asistencia municipal, que en muchos municipios excluye a los extranjeros. Por último, su participación en huelgas obreras puede acarrear su expulsión. La infraley que se les aplica, es decir, la ley de excepción o ley inferior a la que se aplica a los asalariados «nacionales», autoriza prácticas administrativas discrecionales y abusivas, es decir, discriminaciones ilegales. Así pues, la discriminación legal e ilegal forma parte del proceso de asignación a determinados sectores y puestos de trabajo.

La segunda fase de la inmigración italiana tuvo características similares. A lo largo de este periodo, estos inmigrantes fueron la primera nacionalidad extranjera presente en Francia. En una Francia devastada por la Primera Guerra Mundial, la necesidad de mano de obra era masiva. Los daños causados por esta carnicería mundial pueden resumirse en algunas cifras:

⁷⁶ Bertrand Blancheton y Jérôme Scarabello, «L'immigration italienne en France entre 1870 et 1914», art. cit, p. 7.

La situación demográfica de Francia en 1918 era alarmante. Las clases jóvenes adultas, que constituían el grueso de la población activa, habían perdido una parte importante de sus efectivos: 1.325.000 murieron en el frente o a consecuencia de sus heridas, 1.100.000 quedaron inválidos, entre ellos 130.000 mutilados, de una población en edad de trabajar de unos 20 millones (ambos sexos juntos). Con el tiempo, a partir de 1935, se añadirían los efectos de un déficit de natalidad del periodo bélico, de en torno a 250.000 a 300.000 al año.⁷⁷

La recuperación de la economía francesa habría sido imposible en tan corto espacio de tiempo sin esta inmigración masiva. Aunque todos los sectores se vieron afectados, tanto la agricultura como la industria, la geografía de los asentamientos reveló el carácter estratégico de esta mano de obra para la economía francesa: «Favoreció, por tanto, la mitad norte de Francia, las regiones devastadas, los países mineros del norte y del este, la Lorena industrial [...], y la región parisina».⁷⁸ Sobre todo, asistimos a la aparición de redes organizadas por los grandes grupos industriales y el Estado, además de la ya antigua inmigración individual. Al igual que en el periodo anterior, estas redes se organizaron para los trabajos más difíciles, constituyendo una «movilización orgánica por iniciativa de los grandes grupos industriales y bajo el control de los órganos administrativos del Estado, que trasladó a cohortes enteras de la pobreza a un falso El Dorado de trabajo ingrato y peligroso, en un ambiente de indiferencia, cuando no de hostilidad».⁷⁹

Durante este periodo, el estatus legal se deterioró con la introducción en 1917 de una «tarjeta de identidad de extranjero» expedida por un departamento específico del Ministerio del Interior. Estas tarjetas restringían la libertad de movimiento, tanto geográfica como profesionalmente. Como consecuencia, estas restricciones territoriales y profesionales reforzaron la asignación a determinados empleos y sectores. En 1924 se creó la Société Générale d'Immigration [Sociedad General de Inmigración], lo que dio lugar a nuevos controles: se exigía una investigación de carácter para la primera solicitud, la tarjeta tenía una validez de dos años y su renovación se basaba en un examen completo de la situación del trabajador. La precariedad y la asegurabilidad del derecho de residencia hicieron aún más problemática la movilidad, es decir, reforzaron aún más este patrón de asignación.

⁷⁷ Pierre Georges, «L'immigration italienne en France de 1920 à 1939: aspects démographiques et sociaux», op. cit., p. 45.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 46.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 48.

La tercera fase, iniciada después de 1945, sigue marcada por una inmigración masiva, pero con una importante tendencia a la baja a lo largo del tiempo. En la posguerra, el gobierno francés favoreció abiertamente la inmigración clandestina para intentar contrarrestar esta tendencia:

Tras el fracaso del acuerdo del 22 de febrero de 1946, el Ministerio de Trabajo [...] ordenó la reapertura de las fronteras con el fin de compensar las escasísimas llegadas de italianos reclutados oficialmente, sus frecuentes retornos a Italia debido a las dificultades de las condiciones de vida y de trabajo en Francia, y para compensar la ralentización de las salidas impuesta por el gobierno italiano. [...] A partir de entonces, la inmigración «ilegal» procedente de Italia fue una opción oficial del Estado francés. [...] También hubo otras razones por las que el Estado francés decidió recurrir a estos inmigrantes ilegales. En noviembre de 1946, debido a la falta de italianos que llegaran en número suficiente de forma regular, el ministro de Población, Robert Prigent, recomendó recurrir a los «inmigrantes ilegales» italianos con el objeto de evitar el uso de trabajadores norteafricanos.⁸⁰

Esta elección del Estado y de los grandes grupos industriales tuvo un coste humano importante. La prensa de la época informaba regularmente del hallazgo de numerosos cadáveres de emigrantes que habían muerto congelados al cruzar los Alpes. Para los que lograban cruzar, las condiciones de trabajo, salario y alojamiento eran tales que muchos inmigrantes no tardaron en regresar a su país. Aunque el acuerdo franco-italiano del 22 de febrero de 1946 preveía la contratación de 20.000 mineros, finalmente solo se contrató a 3.000 de forma permanente. Analizando las razones de este fracaso y, más ampliamente, del gran número de retornos a Italia, el geógrafo Sandro Rinauro explica: «Los principales obstáculos a la contratación fueron, sin embargo, las durísimas condiciones de trabajo de los mineros, la actitud de los franceses hacia los italianos, la falta y las malas condiciones de alojamiento, el racionamiento de los alimentos y su mala calidad».⁸¹

Por último, su situación jurídica se vio agravada por la introducción de un doble permiso (de trabajo y residencia), que sumió a estos inmigrantes en una inseguridad permanente en cuanto a su situación jurídica. Sus permisos de residencia eran válidos durante el mismo periodo que sus permisos de trabajo, lo que hacía surgir el fantasma de la expulsión con cada renovación. Estos permisos podían ir acompañados de restricciones

⁸⁰ Sandro Rinauro, «La frontière irrésistible: l'immigration irrégulière des Italiens en France après la Seconde Guerre mondiale», *Migrations Société*, núm. 141-142, mayo-agosto de 2012, pp. 17-18.

⁸¹ *Ibidem*, p. 15.

territoriales o profesionales, limitando las posibilidades de escapar de los sectores y empleos a los que estaban destinados.

Independientemente de la fase que se tenga en cuenta (antes de 1914, entre guerras, después de 1945), los empleos desempeñados y el estatuto jurídico son la antítesis de la historia de integración armoniosa y exitosa que se escribirá después. El discurso mediático y político sobre esta inmigración desmiente también esta fábula de embellecimiento del pasado por razones ideológicas. La pseudo «proximidad cultural» que explicaría el «éxito de la integración» de los italianos no ha impedido ni la sobreexplotación ni la estigmatización.

Los discursos e imágenes mediáticas de la primera fase construyeron un inmigrante italiano esencializado, caracterizado por su violencia y delincuencia, por un lado; su actitud ante el trabajo, por otro; y sus supersticiones, por último. Tal y como resumen los economistas Bertrand Blancheton y Jérôme Scarabello:

Los artículos de prensa presentan a los italianos como «matones» o «anarquistas». Algunos emigrantes italianos eran comparados con «bandoleros», que solo poseían cuchillos o puñales. Sin embargo, junto a la descripción del transalpino violento y pendenciero, está la menos sonora del emigrante italiano en el trabajo, mal pagado y con pocas reivindicaciones, denunciado por los sindicatos como rompehuelgas y derrochador de salarios.⁸²

El mito de la «integración armoniosa» ha borrado de la memoria las imágenes estigmatizantes de estos trabajadores, reduciéndolos a una infrahumanidad o incluso a la animalidad. He aquí, por ejemplo, lo que decía un artículo de prensa de 1905:

Si pasáis un día, a la hora de comer, cerca del Mont-Saint-Martin o de Villerupt, cerca de una de las numerosas cantinas italianas, vuestro olfato se verá desagradablemente cosquilleado por los olores del abominable pisto. Ancianas escualidas de piel arrugada y pelo ralo cocinan a fuego lento extraños fritos en sartenes desconchadas. Y los animales muertos por enfermedad, a kilómetros de distancia, no suelen ser enterrados; lo son en los estómagos de los italianos, que los encuentran excelentes para guisos dignos del infierno.⁸³

⁸² Bertrand Blancheton y Jérôme Scarabello, «L'immigration italienne en France entre 1870 et 1914», art. cit., p. 11.

⁸³ *L'Étoile de l'Est*, del 24 julio de 1905, citado en Pierre Milza, *Voyage en Ritalie*, París, Plon, 1993, p. 122.

Suena a Jacques Chirac denunciando el «ruido y el olor» de los inmigrantes africanos en 1991. El tema del «gran reemplazo» también está ya presente en forma de discurso sobre la invasión. Una novela de esta época con el significativo título,⁸⁴ *L'invasion*, compara a estos inmigrantes con langostas que invaden y asolan un territorio. Lejos de ser un ejemplo aislado, esta novela refleja las ideas dominantes de la época. Tal y como explica la historiadora Marie-Claude Blanc-Chaléard:

Este cuadro de género se inscribe en una atmósfera: la de una época en la que la higiene y el racismo eran objeto de un discurso «científico» y la cuestión de la «raza humana» era un tema clave. Donde la cuestión de la presencia extranjera se planteaba en términos de eugenismo social. Ya no se trataba de hostilidad hacia los trabajadores, sino de rechazo del Otro inferior que amenazaba a la «raza» francesa. Los italianos, los últimos en llegar y los más pobres, eran el objetivo principal. Eran lo que sería el árabe en la segunda mitad del siglo XX. Se les describía como de pelo rizado y moreno.⁸⁵

Estos discursos estigmatizadores produjeron actos racistas que no perdonaron a la clase obrera francesa en forma de «arrebatos xenófobos del proletariado francés»: «Las manifestaciones más flagrantes de xenofobia se observan en los doce terribles años transcurridos entre las *vêpres marseillaises* de junio de 1881 y las matanzas de Aigues-Mortes de agosto de 1893: disturbios en Uzès (13 de febrero de 1882), Beaucaire (22 de octubre de 1882), Toulon, Grenoble, Braye y Joinville (solo en 1888), Aix-les-Bains (abril de 1893), etc».⁸⁶ Les *Vêpres marseillaises* se saldaron con tres inmigrantes italianos muertos y 21 heridos. La masacre de Aigues-Mortes se saldó con la muerte de otras 30 personas.

En la segunda fase se perpetuaron el esencialismo y el racismo contra los italianos. El apego de estos inmigrantes a su patria y a su lengua fue descrito durante este periodo, en la prensa y en los manuales escolares, como un «obstáculo a la asimilación» mantenido por el gobierno italiano. He aquí lo que decía un libro de texto de geografía de primaria en 1937: «Los recién llegados parecen resistirse más a la asimilación, a causa de las considerables diferencias de lengua y costumbres, y porque algunos países, Italia por ejemplo, intentan mantener vivo en sus emigrantes el recuerdo y el amor de la patria que dejaron atrás».⁸⁷

⁸⁴ Louis Bertrand, *L'invasion*, París, Fasquelle, 1907.

⁸⁵ Marie-Claude Blanc-Chaléard, *Les migrants italiens en France: mythes et réalités*, documento mimeografiado, p. 2.

⁸⁶ Robert Paris, «Les Italiens et le mouvement ouvrier français de 1870 à 1915» en Antonio Bechelloni, Michel Dreyfus y Pierre Milza (dir.), *L'intégration italienne en France*, Bruselas, Complexe, 1995, p. 61.

⁸⁷ Henri Boucau y Armand Leiritz, *Géographie: la France et ses colonies*, 3^e, École primaire supérieure, París, Hatier, 1937.

La crisis de los años treinta y el acercamiento entre Italia y la Alemania nazi provocaron un fuerte aumento del racismo antiitaliano. Aunque el Front Populaire fue una época de esperanza e igualdad para estos inmigrantes, el interludio terminó pronto con el retorno del estigma xenófobo. Así lo resume la historiadora Marie-Claude Blanc-Chaléard:

Sin duda, no pueden contarse sin consecuencias los momentos de esperanza y confraternización de 1936, que para algunos siguen siendo inauditos (las manifestaciones del Front Populaire, y luego la Guerra Civil española). Al mismo tiempo, la terrible crisis de xenofobia de la década, que allanó el camino al régimen de Vichy y su participación en el genocidio judío, no perdonó en absoluto a los italianos, contra quienes resurgió el odio de antaño. Enemigos de nuevo, todos fueron considerados secuaces de Mussolini desde la agresión contra Etiopía en 1934, y agentes de la «quinta columna» cuando el Duce comenzó a querer recuperar Niza y Córcega en 1938.⁸⁸

La tercera fase, iniciada tras la Segunda Guerra Mundial, ofrece un panorama similar en cuanto a estigmatización y esencialización. El geógrafo Sandro Rinauro describe el contexto de la siguiente manera:

El recuerdo de la «puñalada por la espalda» del 10 de junio de 1940, cuando Italia declaró la guerra a Francia, era demasiado reciente. Por ello, la población, y a menudo los ferroviarios, policías, gendarmes e incluso sindicalistas de la CGT en provincias, se mostraban abiertamente hostiles hacia los inmigrantes italianos, hasta el punto de que el gobierno francés y los sindicatos se sintieron obligados a hacer una intensa propaganda a favor de la inmigración italiana, explicando su necesidad en la economía francesa, para reducir la hostilidad de los franceses. Sin embargo, las frecuentes agresiones físicas a los italianos desalentaron la inmigración y, además, los sondeos de opinión realizados a partir de 1945 mostraban claramente que la mayoría de los franceses no deseaba la presencia de extranjeros, al tiempo que los italianos figuraban entre los menos bienvenidos.⁸⁹

La inmigración italiana no fue el único grupo que sufrió el racismo. El alucinante informe del prefecto de Pas-de-Calais de octubre de 1927 sobre la inmigración polaca y su «capacidad de asimilación» da fe de ello. Se reduce a una afirmación: los polacos son comunalistas por naturaleza y, por tanto, inasimilables. He aquí un extracto citado por la historiadora Janine Ponty:

⁸⁸ Marie-Claude Blanc-Chaléard, *Les migrants italiens en France mythes et réalités*, op. cit., p. 4.

⁸⁹ Sandro Rinauro, «La frontière irrésistible: l'immigration irrégulière des Italiens en France après la Seconde Guerre mondiale», art. cit, p. 15.

Los polacos que trabajan en las minas, que viven en grupos, tienen poco o ningún contacto con nuestros nacionales. Lejos de buscarlos, intentan vivir únicamente entre ellos, alentados para ello por sus ministros de culto y por las propias autoridades consulares. [...] ¿Cuál es la capacidad de asimilación de los inmigrantes polacos? La respuesta es clara: ninguna, al menos de momento; ya he dicho antes que los polacos no buscan la compañía de los trabajadores franceses. Esta observación es válida incluso durante las horas de trabajo. En el fondo de la mina, en el suelo o en el taller, un muro invisible los separa. Al final de la jornada, cada uno sigue su camino. La taberna ni siquiera los reúne, como tampoco el deporte, ya que las empresas polacas, aunque numerosas, nunca organizan partidos o encuentros con empresas francesas. Y si, por casualidad, un polaco se casa con una francesa o viceversa, la joven pareja se mantiene discretamente separada. En cuanto a los niños, se observa el mismo fenómeno. El recreo no les une. Polacos y franceses juegan separados, y nuestra lengua, que los jóvenes polacos aprenden tan fácilmente, es impotente para unirlos.⁹⁰

Podríamos haber citado otros ejemplos y textos relativos a la inmigración española o portuguesa. El tenor general es el mismo, subrayando el carácter engañoso y mítico de la pretensión de «integración armoniosa» de los inmigrantes europeos. Este discurso sobre la integración tiene una función social que Abdelmalek Sayad resume de la siguiente manera: «El tipo de adanismo (social y político) que se atribuye a la palabra “integración” [...] tiene una función social, “integración” tiende [...] a magnificar la historia de las “integraciones” pasadas, ya logradas, y correlativamente a “ennegrecer” la historia de los conflictos presentes». En otras palabras, el discurso sobre la integración armoniosa de los inmigrantes europeos es un arma ideológica contra las reivindicaciones igualitarias de los inmigrantes contemporáneos.

El movimiento obrero y la inmigración

En la época del surgimiento de la clase obrera, la inmensa mayoría de la población era rural y campesina. Formaban parte de relaciones de producción feudales arraigadas en una zona geográfica local. Los principales grupos a los que pertenecían eran la familia y la comunidad del pueblo. En consecuencia, las identidades se construyen sobre esta base material. La imagen de uno mismo y de los demás se despliega en función de la pertenencia o no a la «patria chica». Por supuesto, existe un sentimiento de pertenencia a entidades mayores (el reino de Francia, la cristiandad, etc.),

⁹⁰ Informe del prefecto de Pas-de-Calais, 11 de octubre de 1929, citado en Janine Ponty, *L'immigration dans les textes 1789-2002*, París, 2003, pp. 175-176.

pero esto es secundario y tiene muy poca influencia en la vida cotidiana o en las proyecciones de futuro. La lengua utilizada es en gran medida la del «pequeño país», ya que la inmensa mayoría no conoce el francés. Convertida en lengua definitiva del Estado a partir de la Ordenanza de Villers-Cotterets de 15 de agosto de 1539, el francés solo era hablado por una décima parte de la población en el siglo XVIII. En cualquier caso, hasta la Primera Guerra Mundial, la «lengua materna de Francisco I» no era hablada por la mayoría de los ciudadanos franceses. Como escribió Arnold Van Gennep en 1911, «para los campesinos y los obreros, la lengua materna es el *patois*, la lengua extranjera es el francés»,⁹¹ resume el historiador Eugène Weber.

De ahí se derivaba la imagen de uno mismo y de los demás y, por consiguiente, la delimitación entre un «nosotros» y un «ellos» o entre uno mismo y el extranjero. Los campesinos arruinados o empobrecidos que abandonaban sus aldeas para convertirse en proletarios se veían a sí mismos y eran vistos como extraños. Desde el principio, la clase obrera fue inseparable de la inmigración. Los inmigrantes posteriores, primero de Europa y luego de las colonias, no se integraron en el conjunto de la sociedad, sino en una clase social específica, la clase obrera. «Mientras que la población francesa nunca ha sido mayoritariamente obrera, la población extranjera siempre lo ha sido»,⁹² resume la socióloga Sophie Body-Gendrot. Los destinos sociales de los inmigrantes de distintas épocas forman parte de los de la clase obrera y adoptan distintas formas en función de la actitud de esta clase y de sus organizaciones hacia los recién llegados.

Este proceso de integración en la clase obrera es complejo y contradictorio debido a la competencia por la fuerza de trabajo que caracteriza al capitalismo. Dentro de esta competencia, la competencia entre las nuevas y las viejas fuerzas de trabajo adquiere una dimensión particular, que se agudiza aún más en periodos de crisis económica, con el consiguiente aumento del desempleo o el miedo al desempleo que engendran.

Karl Marx resumió así esta competencia organizada entre los trabajadores y sus consecuencias para la clase obrera en su conjunto: «Como consecuencia de la creciente concentración de las explotaciones agrícolas, Irlanda vierte regularmente sus excedentes en el mercado de trabajo inglés y esto pesa sobre los salarios, así como sobre la posición material y moral de la clase obrera inglesa».⁹³

⁹¹ Eugène Weber, *La fin des terroirs. La modernisation de la France rurale (1870-1914)*, París, Fayard, 1983, p. 109.

⁹² Sophie Body-Gendrot, «Notes de lecture sur le livre de Maryse Tripier *L'immigration dans la classe ouvrière*», *Annales de la recherche urbaine*, núm. 50, 1991, p. 126.

⁹³ Karl Marx, «Lettre à Sigfrid Meyer et Auguste Vogt», 9 de abril de 1870, en Marx-Engels, *Correspondance*, t. 10, París, Éditions sociales, 1984, p. 344.

Es más, la clase dominante intentaba regularmente romper las huelgas obreras reclutando inmigrantes en lugar de huelguistas. Este fue el caso, por ejemplo, de la larga huelga de los mineros de interior de Anzin, en Nord-Pas-de-Calais, en 1884, cuando la compañía minera llamó al ejército para impedir que los huelguistas entraran en los pozos y contrató para trabajar a mineros belgas bajo escolta militar. Al recordar las relaciones entre trabajadores franceses e inmigrantes en la cuenca de Fuveau, en Provenza, en el periodo de entreguerras, el historiador Michel Colon señala también: «En la medida en que los empresarios recurrían a los trabajadores inmigrantes para bajar a los pozos durante las huelgas, a menudo se comparaba a los recién llegados con los esquiroles».⁹⁴

Sin embargo, la tesis de la escasa implicación de los migrantes en los conflictos sociales constituye una generalización injustificada. Solo se refiere a las primeras etapas de su estancia en Francia, que obligaron a los empresarios «a recurrir a una nueva inmigración en cuanto la “vieja” migración había evolucionado lo suficiente y ya no se prestaba a las exigencias de las empresas».⁹⁵ Así lo confirma la participación masiva en las huelgas obreras de los inmigrantes que llevaban más tiempo en Francia, que conocían mejor los debates políticos y sindicales franceses, que habían adquirido una mayor cultura sindical y que, con mayor frecuencia, estaban nacionalizados y, por tanto, protegidos de la deportación. La experiencia de la explotación, unida a la conciencia del trato discriminatorio, constituye la base material de un cambio de actitudes subjetivas respecto a la participación en los conflictos sociales. Por supuesto, la patronal intentó utilizar los diferentes segmentos de la clase obrera para dividirla. En una carta dirigida a Hermann Schlüter en 1892, Engels advertía a los militantes austriacos que vivían en Estados Unidos lo siguiente: «Vuestra burguesía sabe mucho mejor que el propio gobierno austriaco cómo enfrentar a unas nacionalidades contra otras: judíos, italianos, bohemios, etc., contra alemanes e irlandeses, y cada uno de ellos contra los demás».⁹⁶

El movimiento obrero se enfrentó así desde el principio a una estratificación de clase basada en el criterio del origen. Y, frente a ciertas reacciones xenófobas de los obreros franceses, tuvo que posicionarse sobre la inmigración. En 1870, por ejemplo, la sección americana de la Internacional Obrera se opuso a la inmigración de trabajadores chinos, alegando que se utilizaban para bajar los salarios. Engels respondió bruscamente a esta

⁹⁴ Michel Colon, *Fuveau autrefois, le temps des mineurs paysans*, Marsella, Imprimerie Caractère, 2001, p. 54.

⁹⁵ Renée Lopez y Émile Temime (dir.), *Migrance. Histoire des migrations à Marseille*, t. 2, *L'expansion marseillaise et «l'invasion italienne»*, París, Edisud, 1990, p. 186.

⁹⁶ Friedrich Engels, «Lettre à Hermann Schlüter», 30 de marzo de 1892, en Marx-Engels, *Le parti de classe*, t. 4, París, François Maspero, 1973, p. 20.

posición denunciando la actitud aristocrática de los obreros estadounidenses ante la inmigración:

Su gran obstáculo en América reside, me parece, en la posición excepcional de los obreros nacidos en el país. Hasta 1848, solo era posible hablar de una clase obrera autóctona permanente sobre una base excepcional: los pocos elementos de este tipo en el Este aún podían esperar convertirse en campesinos o burgueses. Tal clase se ha formado ahora y también, en gran medida, se ha organizado en sindicatos. Pero sigue ocupando una posición aristocrática y, en la medida de sus posibilidades, abandona los empleos ordinarios y mal pagados a los emigrantes, de los que solo una pequeña parte se afilia a los sindicatos.⁹⁷

El mismo debate resurgió en el Congreso de Stuttgart en octubre de 1907, donde se presentó una moción pidiendo la prohibición de la inmigración. La moción fue rechazada y la resolución sobre inmigración y emigración, aunque señalaba la explotación de la inmigración por parte de la patronal, rechazaba cualquier idea reduccionista y, en su lugar, llamaba a luchar por la unidad:

El Congreso afirma: la inmigración y la emigración de trabajadores son tan inseparables de la esencia del capitalismo como el paro, la sobreproducción y el subconsumo de los trabajadores. [...] Por lo que se refiere a la ayuda frente a las consecuencias amenazadoras de la emigración y de la inmigración para las masas trabajadoras, el Congreso se niega a tomar en consideración cualquier ley de excepción económica o política, ya que estas son improductivas y en su esencia reaccionarias, en particular al limitar las autorizaciones y excluir las nacionalidades o razas extranjeras. [...] El Congreso reconoce las dificultades que surgen en muchos casos para el proletariado de un país con un alto grado de desarrollo del capitalismo, debido a la inmigración masiva de trabajadores no organizados y acostumbrados a un nivel de vida inferior procedentes de países con una cultura predominantemente agraria y campesina, así como los peligros que se derivan para él de una determinada forma de inmigración. Sin embargo, no considera que la exclusión de determinadas naciones o razas de la inmigración sea una forma de lucha adecuada, e incluso es censurable desde el punto de vista de la solidaridad proletaria.⁹⁸

La resolución pasa a enunciar una serie de reivindicaciones: «Abolición de todas las limitaciones que excluyan o dificulten a determinadas

⁹⁷ *Ibidem*, p. 20.

⁹⁸ Congrès International de Stuttgart de l'Internationale Socialiste, *Résolution relative à l'immigration et à l'émigration*, 16-24 de agosto 1907, *Compte-rendu analytique* publié par le secrétariat du Bureau socialiste internationale, Bruselas, 1908, pp. 426-428.

nacionalidades o razas residir en un país y disfrutar de los derechos sociales, políticos y económicos de los nativos, y la mayor facilitación posible de la naturalización»; «acceso sin restricciones de los trabajadores inmigrantes a los sindicatos de todos los países»; «facilitación de la entrada [en los sindicatos] mediante cuotas de afiliación a un tipo adecuado», etc. La respuesta a la competencia entre trabajadores se busca en la lucha por la igualdad de derechos y en la sindicalización, no en las restricciones impuestas a la inmigración. Aunque la resolución se aprobó por unanimidad, fue tras «debates sustanciales», escribió uno de los representantes de la sección francesa, Henri De La Porte, en su folleto *Les leçons de Stuttgart*:

Amparándose en las condiciones propias de ciertos países (¡siempre!), los delegados, sin duda bienintencionados pero terriblemente ciegos, presentaron propuestas contra la inmigración de carácter claramente antiinternacionalista; preocupados, sin duda, por el peligro de la competencia, descuidaron el punto de vista marxista y se dejaron llevar por la opinión dominante en su país hacia una revuelta instintiva, anticientífica y antisocialista de protección, el chovinismo.⁹⁹

Haciendo balance del mismo congreso, Lenin fue aún más duro y criticó, como Engels antes que él, las posiciones restrictivas de la inmigración por ser un «reflejo del espíritu aristocrático»:

En la comisión de emigración e inmigración del Congreso de Stuttgart también hubo disensos muy claros entre oportunistas y revolucionarios, ya que a los primeros se les metió en la cabeza la idea de restringir el derecho de los trabajadores de los países atrasados a emigrar. [...] El espíritu corporativista de miras estrechas y el sindicalismo excluyente de tales personas pesaban más que su comprensión de las tareas del socialismo: la labor de educar y organizar a las capas del proletariado que aún no participaban en el movimiento obrero. Pero el congreso rechazó todos los llamamientos a seguir este camino. Incluso en el comité, los partidarios de limitar la libertad de emigrar permanecieron totalmente aislados, y la resolución del congreso reafirmó el principio de solidaridad en la lucha de clases entre los trabajadores de todos los países.¹⁰⁰

El debate entre las dos posiciones opuestas estaba presente, por supuesto, en todos los países capitalistas. En Francia, desde finales del siglo XIX, las primeras organizaciones obreras se vieron obligadas a adoptar posiciones sobre la cuestión de la emigración. El programa del Partido Obrero Francés, elaborado por Jules Guesde y Paul Lafargue en 1883, describía

⁹⁹ Henri de la Porte, *Les Leçons de Stuttgart, congrès socialiste international de 1907*, París, 1908.

¹⁰⁰ Lenin, «Le congrès socialiste international de Stuttgart», *Œuvres complètes*, t. 13, París, Éditions sociales, 1967.

la instrumentalización capitalista de la mano de obra inmigrante: «Para robar más a los trabajadores franceses, los industriales franceses recurren a los trabajadores extranjeros. Los trabajadores extranjeros (belgas, alemanes, italianos, españoles), expulsados de su país por la miseria [...] están condenados a aceptar las condiciones del patrón y a trabajar por salarios que los trabajadores locales rechazan».

La respuesta a esta situación no fue prohibir la inmigración, sino exigir la igualdad de derechos: «Para desbaratar los planes cínicos y antipatrióticos de la patronal, los trabajadores tenían que proteger a los extranjeros del despotismo policial exigiendo la abolición de la ley de 1848,¹⁰¹ y defenderlos de la rapacidad de la patronal “prohibiendo” legalmente a los patronos emplear a trabajadores extranjeros con salarios inferiores a los franceses».¹⁰²

El debate resurgió en el periodo de entreguerras, tras la escisión sindical de 1921, con la CGT y la CGTU, en radical oposición. A lo largo de este periodo, la CGT abogó por «la protección del trabajo nacional» mediante «medidas protectoras del trabajo francés» y «aprobó la participación de la CGT en el Consejo Nacional del Trabajo»¹⁰³ creado por la patronal y el gobierno francés. La CGTU, por su parte, contrapuso su lucha por la igualdad de derechos de los trabajadores inmigrantes a las posiciones de los socialistas de la SFIO y de la CGT. En consecuencia, rechazó cualquier idea de «preferencia nacional» o de límites a la inmigración:

La crisis del desempleo da a la cuestión de la mano de obra inmigrante (MOI) una importancia sin precedentes. El capitalismo utiliza hábilmente esta situación para preparar ideológicamente la guerra y apoyar su ofensiva contra los salarios y las condiciones de trabajo. Su prensa lleva a cabo una viva campaña demagógica sobre la protección de la mano de obra francesa. Pide la expulsión masiva de los inmigrantes, pero dirige todas sus actividades contra la parte más combativa de la población inmigrante, la que dirigía a las masas en la lucha reivindicativa junto a los obreros franceses. Así, los empresarios pudieron obligar a los inmigrantes a aceptar salarios más bajos, ayudados por los poderes públicos, que denegaron las prestaciones de desempleo e impusieron contratos a tipos reducidos. Esta política, perjudicial para los intereses del proletariado, fue apoyada por las maniobras de los dirigentes confederales y de la SFIO, que pedían cuotas en el MOI, permitiendo así que la campaña de xenofobia emprendida por la burguesía surtiera todo su

¹⁰¹ Esta ley, que sigue en vigor, permite al ministro del Interior expulsar por simple decreto a los extranjeros que supongan una amenaza para el «orden público», y se utilizó ampliamente para expulsar a muchos activistas políticos y/o sindicales extranjeros.

¹⁰² Programme du Parti ouvrier français, París, H. Oriol, 1883, pp. 90 y 93.

¹⁰³ CGT, 24e congrès national corporatif (17e de la CGT), 26-28 de agosto de 1925, citado en *La Confédération générale du travail et le mouvement syndical*, París, CGT, 1925, p. 284.

efecto. Las peores excitaciones chovinistas tuvieron lugar en torno al límite del 10 % previsto por la ley de 1932. La CGTU, por su parte, al exigir los mismos salarios y los mismos derechos para los inmigrantes, luchaba por eliminar el antagonismo entre trabajadores de distintas nacionalidades. Pero esa lucha exigía que todas las organizaciones unitarias combatieran las corrientes chovinistas y xenófobas, llamaran a sus afiliados y a todos los trabajadores a defender las reivindicaciones de la MOI, y lograran así la unidad de acción, lo único capaz de derrotar las maniobras del capitalismo.¹⁰⁴

Precisando sus reivindicaciones sobre la inmigración, la CGTU se posicionó tanto a favor de la libertad de circulación como de la plena igualdad de derechos: «La única manera de que la mano de obra inmigrante (MOI) no sea un obstáculo para las reivindicaciones es que los flujos migratorios circulen libremente y que los trabajadores de todas las nacionalidades disfruten en el mercado laboral de los mismos derechos y salarios».

Abordando la cuestión de las reivindicaciones específicas de los trabajadores inmigrantes, pedía un apoyo activo: «Las organizaciones sindicales deben ayudarles a publicar y distribuir el material (también para los inmigrantes) necesario para defender sus reivindicaciones ante la patronal».¹⁰⁵ El conflicto resurgió y se endureció entre las dos centrales sindicales cuando se aprobó la Ley de 10 de agosto de 1932, conocida como ley de «Protección del Trabajo Nacional». Esta ley provocó la expulsión de varios cientos de miles de inmigrantes, principalmente polacos, algunos de los cuales fueron desnaturalizados para la ocasión. La CGT aprobó la ley, mientras que la CGTU se opuso. Así resumió el secretario de la MOI de la CGTU el conflicto entre las dos centrales sindicales, en forma de diálogo entre un sindicalista de la CGT y otro de la CGTU:

Charles (CGT): Pero entonces, ¿por qué se aprobó (la ley del 10 de agosto de 1932)?

Pierre (CGTU): Ya llegaré a eso. La crisis se agravaba, el paro aumentaba. Ante tal situación, el descontento obrero crecía, y conducía y seguirá conduciendo a luchas cada vez más amplias contra la patronal y la burguesía. Esas luchas pueden perjudicar los intereses del capitalismo, que, para salir de su crisis, pretende reducir los salarios y aumentar su explotación de la clase obrera. Por todos los medios, debe impedir tales luchas. Para ello, necesita acentuar la división entre proletarios en un intento de mantener sus privilegios. [...] La ley del 10 de agosto de 1932, la campaña llevada a cabo por su organización, así como las

¹⁰⁴ *Rapport d'activité au 7^e congrès de la CGTU*, 23 al 29 septiembre 1933, París, Maison des syndicats, p. 28.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, pp. 28 y 29.

de carácter fascista, nacionalista y otras, tienen un solo y único objetivo. Este objetivo puede definirse de la siguiente manera. Ocultar la responsabilidad del capitalismo en la existencia de la crisis, el paro y sus consecuencias entre la clase obrera, creando entre los trabajadores franceses la ilusión de una salida de la crisis y la eliminación del paro mediante la regulación y el despido de la MOI.¹⁰⁶

Recordamos estas polémicas en el seno del movimiento obrero porque se hacen eco de algunos debates contemporáneos. Incluso hoy en día, el argumento de la necesidad de restringir la inmigración se esgrime con el pretexto de luchar contra la caída de los salarios y de las condiciones de trabajo. Tampoco es raro oír la idea de una oposición entre reivindicaciones específicas y reivindicaciones comunes a todos los trabajadores. Los debates actuales no tienen nada de nuevo. Implican las mismas cuestiones que en el pasado y la misma elección ineludible: preferencia nacional o igualdad de derechos. La respuesta a esta elección depende del análisis de la función económica de la inmigración dentro del modo de producción capitalista.

¹⁰⁶ Maurin, *La main-d'œuvre immigrée sur le marché du travail en France*, París, CGTU, 1933, p. 18.

II CAPITALISMO, INMIGRACIÓN Y LUCHA DE CLASES

La manifestación más visible que tenemos hoy del carácter sistémico de la inmigración, y también la más cargada de consecuencias y la más rica en significados, reside en la identificación casi total que se produce entre la condición de inmigrante y la posición de trabajador.

Abdelmalek Sayad.¹

Una de las contribuciones más importantes de Abdelmalek Sayad es haber puesto de relieve, en sus obras y reflexiones sobre la realidad migratoria, lo que implica la separación arbitraria entre emigración e inmigración. En particular, destaca el error que supone reducir la migración a un simple movimiento de mano de obra.

Hay que estar absorto en términos convencionales para aceptar y reproducir [...] la reducción que hacemos del fenómeno migratorio, cuando lo definimos implícitamente como un simple desplazamiento de fuerza de trabajo: allí, una mano de obra (relativamente) excedentaria —no se pregunta sobre las razones de este «excedente», ni sobre la génesis del proceso que volvió disponible este «excedente» (para emigrar)—; aquí, los empleos disponibles —no nos cuestionamos los mecanismos que pusieron estos empleos a disposición de los «inmigrantes»—.²

La reintroducción del fenómeno migratorio en un análisis de todos sus determinantes revela los vínculos entre inmigración e imperialismo, por un lado, y entre inmigración y capitalismo, por otro. A la faceta «emigración», que revela las estructuras de unas relaciones económicas internacionales desiguales, le corresponde la faceta «inmigración», que revela la necesidad permanente que tiene el capitalismo de una mano de obra móvil y sobreexplotada. La vinculación sistemática de ambas facetas revela la emigración-inmigración como analizador del capitalismo y el imperialismo.

¹ Abdelmalek Sayad, «L'immigré, OS à vie» en *La double absence, op. cit.*, p. 237.

² Abdelmalek Sayad, «Introduction» en *ibidem*, p. 17.

La estructura desigual de las relaciones económicas internacionales

Muchas de las tesis sobre la inmigración actualmente en boga en el debate político y mediático parten de un gesto implícito, el de negar los vínculos entre relaciones internacionales desiguales y emigración. La inmigración como «deseo de Francia», la inmigración como búsqueda de ventajas sociales, el objetivo de «inmigración cero», la tesis del «efecto llamada»: todos estos planteamientos proceden del enfoque económico neoclásico, para el que el capitalismo es el único sistema racional. Según este enfoque, la «mano invisible del mercado» conduce a un desplazamiento racional de los factores trabajo y capital. Estos desplazamientos incesantes de los factores serían el signo de una división racional del trabajo inacabada (y no de una división desigual) que solo puede terminar con la desaparición total de las barreras a la libre circulación de mercancías. El liberalismo económico integral es el camino a seguir. La globalización capitalista, que supuestamente traerá el desarrollo a los países de emigración, acabaría con la necesidad de emigrar. El economista Christian Mercier resume así esta lógica «virtuosa»:

Para los economistas neoclásicos, la circulación de factores entre naciones se produce automáticamente en cuanto la circulación de mercancías tropieza con ciertos obstáculos (proteccionismo). Los factores se mueven racionalmente, en función del diferencial internacional de su remuneración. Este movimiento contribuye a eliminar las causas que lo originaron: el diferencial salarial, signo de una división internacional del trabajo inacabada, produce el flujo migratorio. Este flujo tiende a anular el diferencial salarial y, por tanto, a agotarse en cuanto se alcanza el equilibrio. [...] Su «dinámica» [en el enfoque neoclásico] se resuelve en una marcha hacia el equilibrio mundial [...] Las relaciones económicas internacionales son pacíficas y conducen, por el solo juego de las fuerzas del mercado, a una situación óptima para cada individuo y cada nación.³

Este relato ideológico acompañó a la colonización y ahora caracteriza a la llamada «globalización». Lo que resulta falaz aquí es la suposición de que la división internacional del trabajo es intrínsecamente igualitaria. Según este enfoque neoclásico, la división internacional del trabajo puede ser incompleta, imperfecta o dificultosa, pero nunca desigual. Por consiguiente, los emigrantes no se ven empujados a abandonar sus hogares por sus condiciones de vida, sino que hacen una elección para optimizar sus ventajas, un cálculo racional de costes y beneficios, que les lleva a tomar la decisión de expatriarse. Funcionaría exactamente igual que con los propietarios de capital, que deciden dónde invertir su dinero basándose en un cálculo de costes y beneficios. Christian Mercier sugiere llamarlo «homo migrator»

³ Christian Mercier, *Les déracinés du capital: immigration et accumulation*, op. cit., pp. 48-49.

en referencia al «homo oeconomicus» de la teoría neoclásica, es decir, un ser humano que funciona en todos los ámbitos (desde sus «elecciones» de consumo hasta sus relaciones íntimas, pasando por la elección del éxito o el fracaso escolar, la delincuencia, etc.) sobre la base de un cálculo «coste-beneficio». Esta teoría *push and pull*, «expulsión-atracción», que se utiliza con frecuencia en los debates sobre la inmigración, conduce a propuestas para reducir los factores de atracción (endurecimiento de las condiciones jurídicas, vigilancia de las fronteras, reducción de los derechos sociales, etc.) con el objetivo de frenar el flujo de inmigrantes.

Nos encontramos, pues, ante dos postulados: el de la elección racional que conduce a la migración y el del carácter igualitario de la división internacional del trabajo que explica las ventajas de emigrar. La supresión de uno de estos dos postulados derrumba todo el edificio teórico liberal. Si el mercado es desigual, el emigrante ya no tiene elección (o, más exactamente, su elección está sobredeterminada por la amplitud de las limitaciones). Más que libres para elegir, los emigrantes parecen desarraigados. Si la elección no es totalmente racional (sino que incluye dimensiones de urgencia, supervivencia, ilusiones sobre las posibilidades de retorno o las condiciones de acogida, etc.), se revela el carácter desigual de la división internacional del trabajo. Veamos sucesivamente cada uno de estos dos supuestos.

El discurso que prevalece hoy en día sobre la globalización la presenta como una característica específica de la época contemporánea. Esto oculta las fases anteriores de la globalización que caracterizaron al capitalismo. Al hacerlo, lo que se oscurece es una de las características esenciales del capitalismo: su tendencia a la expansión territorial permanente. Aunque las caras de esta expansión han cambiado con el tiempo (destrucción de las civilizaciones amerindias, esclavitud, colonización, neocolonialismo y «globalización»), ha sido y sigue siendo una constante ineludible en la carrera por el beneficio que distingue al capitalismo de otros modos de producción conocidos por la humanidad. Resumiendo esta lógica expansiva del capital, Marx cita un panfleto sindical que lo resume así:

El capital experimenta horror ante la ausencia de ganancias o ante unas ganancias mínimas, del mismo modo que la naturaleza aborrece el vacío. Si la ganancia es adecuada, el capital se vuelve valiente; si es del 10 %, puede emplearse en cualquier parte; si es del 20 %, se vuelve calenturiento; si es del 50 %, se vuelve temerario; si es del 100 %, pisotea todas las leyes humanas; si es del 300 %, no hay crimen que no se atreva a cometer, aun a riesgo de la horca. Cuando el desorden y la discordia son rentables, los fomenta, como demuestran el contrabando y la trata de esclavos.⁴

⁴ Karl Marx, *Le capital, livre 1*, Paris, Éditions sociales, 1976, p. 727 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Siglo XXI, 2017].

Esta tendencia a la expansión permanente rebasó las fronteras nacionales desde los primeros pasos del capitalismo, desde la época de lo que Marx llama la acumulación primitiva:

El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas de América, el exterminio, esclavización y soterramiento de la población aborígen en las minas, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en una especie de coto de caza comercial de pieles negras, caracterizan la era capitalista en sus albores. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria.⁵

Así pues, no hubo un capitalismo no globalizado al que hubiera sucedido el capitalismo globalizado, sino un proceso ascendente de la globalización (aunque con periodos de contención ligados a las luchas sociales) puesto en marcha desde los inicios mismos del nuevo modo de producción. Desde el principio, esta mundialización ascendente produjo una división desigual del trabajo impuesta por la fuerza. Es a este proceso al que el economista Samir Amin ha llamado «bipolarización», es decir, la imposición violenta de una división del mundo entre centros dominantes y periferias dominadas. Por eso creemos que 1492 debe considerarse el año de nacimiento de nuestra era contemporánea. Cuando Cristóbal Colón desembarcó con sus soldados, puso fin a las historias autónomas de las diferentes áreas humanas e inauguró una única historia global a través de la violencia masiva. La destrucción de las civilizaciones indígenas, seguida de la esclavitud y la colonización, crearon las condiciones y la masa de capital necesarias para el desarrollo industrial de los centros dominantes. Al mismo tiempo, estos crímenes contra la humanidad destruyeron los modos de producción comunitarios y agrarios de los países que se convirtieron en las periferias dominadas. El desarrollo de una parte del mundo se construyó sobre el subdesarrollo de otra. Las economías de los centros dominantes se enriquecieron destruyendo, saqueando y haciendo dependientes las economías de las periferias dominadas.

Lejos de homogeneizar el mundo, el capitalismo lo ha bipolarizado, estableciendo brutalmente una división internacional del trabajo desigual. Aunque el contenido de esta polarización puede variar históricamente (por ejemplo, ha tomado la forma de una clara división entre países industrializados y no industrializados, y ahora se refleja en un grado de industrialización dependiente de las periferias), sigue siendo una característica que ha atravesado todas las épocas del capitalismo desde su nacimiento, pasando por la colonización y el neocolonialismo, hasta la globalización de hoy en día.

⁵ *Ibíd.*, p. 718.

Samir Amin resume la centralidad de la polarización en la dinámica del capitalismo de la siguiente manera:

El concepto de polarización es esencial en el sentido preciso de que hace imposible concebir la ventaja de los centros sin referencia a su posición en el sistema mundial. De ello deduzco al menos las siguientes proposiciones: 1) la explotación del trabajo en las periferias es, en general, mucho más intensa que en los centros [la gama de remuneraciones del trabajo —asalariado y de otro tipo— es mayor que la gama de productividades]. El producto de esta sobreexplotación, en beneficio del capital que domina todo el sistema, se transfiere en parte a los centros a través del intercambio, reforzado por la migración de capital y mano de obra. El discurso dominante que pretende negar, o minimizar, los efectos de esta transferencia no es más que una legitimación ideológica destinada a ocultar los vínculos inmanentes entre capitalismo y polarización. 2) La transferencia de valor en detrimento de las periferias es, en sí misma, una fuerza capaz de reproducir y profundizar la polarización por el gigantesco peso negativo que representa para las periferias.⁶

El mundo ha sido, pues, unificado por el capitalismo, pero no homogeneizado. Unificado porque la colonización, desde su primera fase en el continente americano, puede definirse como la exportación de relaciones de producción capitalistas. No homogeneizado porque la exportación de estas relaciones tomó la forma de una dependencia sistémica de las economías de las periferias ocupadas con respecto de los centros dominantes. Tal proceso solo es posible mediante la destrucción de las economías precapitalistas, que eran esencialmente agrarias. La privatización de la tierra, por un lado, y la especialización de las economías periféricas en la producción agrícola y la minería para la exportación, por otro, conducen inevitablemente a la destrucción de la agricultura tradicional. Entre otras cosas, esto llevó a la creación de una sobrepoblación permanente que ya no podía emplearse en las economías periféricas tradicionales, ni en los sectores coloniales «modernos» altamente industrializados, que requerían de menos mano de obra. Esta mano de obra «liberada» quedó disponible para la emigración, tanto interna como externa. Históricamente, la emigración fue ante todo una cuestión campesina. Históricamente, la emigración fue el resultado lógico de la colonización. «La emigración-inmigración [es] la “hija” de la colonización, que a su vez engendró el subdesarrollo (antes de ser el producto del subdesarrollo)»,⁷ resume Abdelmalek Sayad.

La independencia no significó el fin de la bipolarización imperialista, sino un cambio en las herramientas y métodos utilizados para imponerla.

⁶ Samir Amin, *L'histoire globale: une perspective afro-asiatique*, París, Les Indes savantes, 2013, p. 84.

⁷ Abdelmalek Sayad, «Une immigration exemplaire» en *La double absence, op. cit.*, p. 102.

La violencia explícita y visible de la colonización fue sustituida por la violencia implícita e invisible del neocolonialismo. Por supuesto, cuando los nuevos métodos fracasaron, no faltó el recurso y la vuelta a la violencia bruta, como ilustra la frecuencia de las intervenciones militares directas o indirectas de las antiguas potencias coloniales en las periferias dominadas. Toda la historia de las periferias dominadas desde la independencia es la de la sucesión y/o acumulación de métodos e instrumentos para imponer la bipolarización. Desde la estructura del mercado mundial que impone un mercado desigual hasta los actuales acuerdos de asociación económica de la Unión Europea, pasando por la Zona Franco⁸ y el franco CFA, por los planes de ajuste estructural del FMI y del Banco Mundial, por las reglas de la Organización Mundial del Comercio, esta historia es la de la reproducción sistémica de una división desigual del trabajo entre centros y periferias. Con la reproducción de la bipolarización viene la reproducción de la sobrepoblación y la consiguiente emigración.

Esta invariabilidad de la bipolarización no significa la ausencia de mutaciones. La analogía con la colonización no significa identidad total. En nuestra opinión, hay dos cambios que conviene destacar, por su importancia para la sociología de los emigrantes potenciales. El primero es la amplitud de la urbanización, que es el signo de un éxodo rural a la vez masivo e imposible. El éxodo rural es masivo debido al largo periodo de destrucción de la agricultura en los países periféricos como consecuencia de la especialización de sus economías para satisfacer las necesidades del centro dominante. Es imposible porque a estos habitantes rurales desarraigados les resulta imposible encontrar trabajo en empleos urbanos debido a la misma especialización que les obligó a abandonar sus pueblos. Hacinados en chabolas, esta nueva población urbana produce a su vez una sobrepoblación que difícilmente puede migrar. Ya no son solo los campesinos desarraigados los que emigran a Europa, sino también los campesinos de paso por la ciudad y los habitantes urbanos descendientes de campesinos que emigraron en décadas anteriores. «El fenómeno más llamativo es la creciente transición urbana de los inmigrantes: no pasan directamente de la agricultura a la industria en los países de llegada, sino que atraviesan las zonas urbanas de los países de partida. La emigración es, pues, el resultado, la prolongación de un éxodo rural imposible»,⁹ afirma el economista Christian Mercier. El segundo cambio se refiere a las clases sociales a las que pertenecen los emigrantes. La emigración, que antes estaba compuesta principalmente por campesinos desarraigados, neourbanitas empobrecidos

⁸ La Zona Franco está formada por zonas geopolíticas en las que se utilizan monedas que antes estaban vinculadas al franco francés (antiguas colonias o territorios de ultramar) y que ahora están vinculadas al euro por un sistema de paridad fija garantizado por el Tesoro francés. [N. del T.]

⁹ Christian Mercier, *Les déracinés du capital: immigration et accumulation*, op. cit., p. 175.

y sus descendientes, afecta ahora a las «clases medias» de las periferias dominadas. Una vez más, la bipolarización está en el origen de este cambio. Uno de los mecanismos contemporáneos clave para su reproducción fue la imposición de los planes de ajuste estructural del FMI y del Banco Mundial. Las condiciones de acceso a los préstamos internacionales no se limitaban a su rentabilidad, sino que también incluían prerequisites políticos. Por ejemplo, la exigencia de una «retirada del Estado», en línea con el dogma liberal, en forma de privatizaciones y recortes en los presupuestos sociales, significó la destrucción de la sanidad, la educación y los servicios básicos de infraestructura (carreteras, electricidad, etc.). Estos eran precisamente los sectores que empleaban a las llamadas «clases medias». Esta mano de obra cualificada, cuyos costes de formación corren a cargo de los países de la periferia dominada, está destinada a trabajar a bajo coste en los servicios públicos de los países del centro, caracterizados por recortes presupuestarios masivos. En cierto modo, se convierten en un proletariado cualificado para las economías del centro. Esta «fuga de cerebros» está directamente vinculada a los planes de ajuste estructural, como ha demostrado un estudio sobre los médicos africanos en Estados Unidos:

La fuga de médicos del África subsahariana a Estados Unidos comenzó a mediados de los años ochenta y se aceleró en los noventa, durante los años de aplicación de los programas de ajuste estructural impuestos por [...] el FMI y el Banco Mundial, [cuyas] condiciones exigían [...] la imposición de tasas para la asistencia sanitaria y la educación; la práctica desaparición de los presupuestos de investigación médica; una congelación prolongada de la contratación en el sector público, especialmente en la educación y la sanidad públicas; un empobrecimiento sin precedentes del personal en los sectores de la sanidad pública y la universidad; el aumento de la desigualdad social y la vulnerabilidad económica; y la proliferación de ONG internacionales con escasa rendición de cuentas ante las autoridades locales la mayoría de las veces.¹⁰

Entonces como ahora, el subempleo crónico, resultado de la relación de dependencia económica y política en la que se encuentran los países de origen por la bipolarización, es la principal causa de emigración. Si bien las guerras pueden explicar los aumentos cíclicos, no deben ocultar esta causalidad estructural. Lejos de ser el resultado de un cálculo racional de costes y beneficios, la emigración es el resultado de determinantes económicos que escapan a aquellos a los que afecta. Los emigrantes son el resultado de una fuerza repulsiva que les impide quedarse en casa, mucho más que de una fuerza atractiva que les atraería aquí.

¹⁰ Akhenaten Benjamin Siankam Tankwanchi, Caglar Ozden y Sten Vermund, «Physician emigration from Sub Saharan Africa to the United States: Analysis of the 2011», citado en John Smith, *L'imperialisme au 21e siècle*, París, Éditions critiques, 2019, p. 157.

Una variable de ajuste para las economías de los centros dominantes

Como hemos señalado anteriormente, los inicios del modo de producción capitalista estuvieron marcados por la búsqueda de fuerza de trabajo. Según las realidades nacionales, las respuestas fueron diferentes. En Inglaterra, la principal respuesta fue la ruina de la economía campesina, es decir, la expropiación organizada de los pequeños agricultores. Sin embargo, no fue la única respuesta, como demuestra la inmigración a gran escala de trabajadores irlandeses como consecuencia de la situación colonial del país. En Francia, la debilidad demográfica pero también la capacidad de resistencia del pequeño y mediano campesinado desde la revolución de 1789 —cuyo carácter agrario y antifeudal no hay que olvidar— y la radicalización del movimiento obrero llevaron la sed de obra a una llamada a la inmigración. En Estados Unidos, la necesidad de mano de obra se tradujo en un recurso masivo a la esclavitud y a la inmigración. Así pues, la función de ajuste de la inmigración comenzó en los albores del capitalismo, en formas y grados diferentes según las circunstancias nacionales.

Pero la función de ajuste de la inmigración no se detiene con esta primera era del capitalismo. La tendencia del capital a desplazarse hacia sectores de alta rentabilidad llevó a la necesidad de hacer circular la mano de obra. Esta necesidad de circulación choca en cada momento histórico con la relación de fuerzas entre el capital y el trabajo, una de cuyas dimensiones es la lucha de los trabajadores por la aseguración social. Así pues, la lucha entre el capital y el trabajo también puede verse como un antagonismo entre la necesidad del capital de hacer circular la fuerza de trabajo y las exigencias de los trabajadores en materia de seguridad social. La mano de obra inmigrante es así una necesidad del capitalismo, no solo en términos de una necesidad cuantitativa de fuerza de trabajo, sino también en términos de disponibilidad de esa fuerza de trabajo en el lugar adecuado, en los sectores adecuados. Esta circulación del capital hacia sectores con altas tasas de ganancia es analizada por Marx como una consecuencia de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. En el mundo ideal del capitalista, exige la «movilidad perfecta» de la fuerza de trabajo para que pueda migrar perfectamente con el capital: «La ley de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, en tanto ley estructural, viene acompañada de una ley de la tendencia a la perfección de la movilidad de la fuerza de trabajo, planteada como antagónica, como un poderoso medio en manos del capital para luchar contra la caída de la tasa de ganancia».¹¹

¹¹ Jean-Paul de Gaudemard, *Mobilité du travail et accumulation du capital*, París, François Maspero, 1976, p. 262 [ed. cast.: *La movilización general*, Madrid, La Piqueta, 1981].

La cuestión de la inmigración se inscribe, pues, en una problemática más amplia: la de la movilidad de la fuerza de trabajo. La situación ideal para el capital es la de una mano de obra totalmente móvil, capaz de migrar de un sector a otro, de un empleo a otro y de una zona geográfica a otra en función de las necesidades del capital. No se trata solo de desplazamientos espaciales, sino también de desplazamientos sectoriales o profesionales. La movilidad en cuestión significa pasar de una esfera a otra. La lógica va más allá de la mera inmigración e incorpora dimensiones muy diversas, todas ellas con un punto en común: obligar a las personas a desplazarse. Se trata, por ejemplo, del debilitamiento de los contratos indefinidos (CDI), del desarrollo de los trabajadores temporales, contratados y a tiempo parcial, del debilitamiento de la protección contra el despido, de las condiciones impuestas al subsidio de desempleo, del desarrollo de la subcontratación, etc. La lógica es, pues, capitalista. Estamos así en la lógica capitalista de imponer la movilidad forzada, es decir, de someter los cuerpos únicamente a las necesidades del capital y de su circulación.

No es casualidad que el «fomento de la movilidad», o incluso el culto a la movilidad, sea una constante de las políticas liberales. El vocabulario de los economistas defensores del capitalismo se enriquece constantemente para promover esta movilidad: plasticidad, elasticidad, flexibilidad, etc. Numerosas políticas sectoriales pretenden fomentarla: reestructuraciones industriales y planes de reconversión, políticas escolares destinadas a desarrollar la célebre «adaptabilidad», etc. El famoso «cruzo la calle y encuentro trabajo» de Emmanuel Macron no es más que una versión provocadora de las reivindicaciones patronales de siempre. He aquí lo que decía el CNPF en 1973:

La evolución de la economía implica la movilidad de la mano de obra [...] que es una de las principales condiciones para el pleno empleo. [...] El verdadero problema es «acompañar» la transformación de la economía, que es beneficiosa en la medida en que es el signo y el medio del progreso económico y, por consiguiente, del progreso social. [...] Una auténtica seguridad en el empleo solo puede encontrarse en un contexto más amplio que el de la empresa y, por tanto, requiere movilidad. [...] Esta movilidad puede acarrear ciertas dificultades para los trabajadores, que deben eliminarse o reducirse. [...] El objetivo de la política social del CNPF es organizar los cambios inevitables y atenuar sus consecuencias sociales y humanas.¹²

Aunque otras categorías de población (mujeres, jóvenes, etc.) también desempeñan este papel de ajuste estructural a través de la movilidad forzada, la

¹² CNPF, *Notes et arguments*, noviembre de 1973.

inmigración ocupa un lugar especial debido a su naturaleza precaria y a su estatuto jurídico. Desempeña así un papel importante en la regulación de la situación económica. Pone a disposición las fuerzas de trabajo que no pueden rechazar volverse móviles durante los periodos de expansión, y permite deshacerse de ellas con menos riesgo de conflicto social durante los periodos de desaceleración económica o de reestructuración del capital. Esta función de ajuste económico puede resumirse con la siguiente fórmula: «El primero despedido, el primero contratado». Las reestructuraciones y las crisis cíclicas de sobreproducción brindan la oportunidad de realizar despidos masivos de mano de obra inmigrante, dejándola disponible para emigrar de nuevo a otros sectores económicos. Los periodos de recuperación (y la incertidumbre que siempre planea sobre su duración y magnitud) son, por las mismas razones, momentos de contratación a gran escala de mano de obra inmigrante. Esto explica la doble característica de la inmigración contemporánea: una fuerte presencia en determinados sectores y una elevada vulnerabilidad al desempleo. La vulnerabilidad obliga a las personas a una movilidad forzada y ejerce presión sobre ellas para que permanezcan adscritas a determinados sectores y empleos. El economista Jean-Paul de Gaudemar resume así este papel particular de la inmigración:

El recurso a la inmigración permite a las empresas hacer frente a las fluctuaciones cíclicas de la actividad sin incurrir en demasiados costes sociales. Los inmigrantes constituyen una mano de obra móvil que puede desplazarse de un establecimiento a otro o de una rama a otra en función de la coyuntura económica, y que puede ser devuelta a su país de origen sin tensiones ni costes sociales importantes. Las empresas, sobre todo las de escasa composición orgánica del capital, incapaces de planificar a largo plazo, aprovechan al máximo esta disponibilidad.¹³

Por tanto, no es baladí constatar que todas las luchas de los inmigrantes y sus herederos a lo largo de muchas décadas se han centrado y se centran en garantizar la residencia y el estatuto jurídico, por un lado, y en la igualdad de derechos (y, por tanto, contra la discriminación racista en particular), por otro. Ambas son formas de oponerse a la movilidad forzosa. Ambas son herramientas para vender mano de obra en mejores condiciones. De este modo, constituyen un rechazo a ser asignados a la sobreexplotación, o una estrategia para rechazar la movilidad forzosa. Desde la lucha de los sin papeles por la regularización de su situación, pasando por la lucha contra las condiciones laborales y salariales en la subcontratación en las cadenas hoteleras o en Chronopost, hasta la lucha por un permiso de residencia único de diez años, pasando por la lucha contra la discriminación racista

¹³ Jean-Paul de Gaudemard, *Mobilité du travail et accumulation du capital*, op. cit., p. 17.

que provoca una «rebaja de las expectativas» a la hora de buscar trabajo, se expresa el mismo rechazo a la movilidad forzosa.

La resistencia de los trabajadores a la movilidad forzosa en un contexto de desigualdad de derechos tiene el efecto de reforzarla para los segmentos de la clase trabajadora discriminados y debilitados en términos de estatuto jurídico. Para ilustrar este mecanismo, el director de Población y Migración, Michel Massenet, resumió en 1962 la necesidad masiva de mano de obra inmigrante:

La competencia en el mercado común solo será soportable si nuestro país dispone de una reserva de mano de obra que le permita frenar la inflación salarial. Una afluencia de jóvenes trabajadores no socializados en el apego a una profesión o en el atractivo sentimental de una residencia tradicional aumentará la movilidad de una economía que adolece de «viscosidad» en materia de contratación.¹⁴

Traduzcamos las tres ideas clave de esta afirmación: 1) los trabajadores nacionales están demasiado organizados y son demasiado combativos para imponerles una reducción de los salarios y de las condiciones de trabajo; 2) están demasiado apegados a los derechos ligados a un oficio y a disponer de una vivienda digna; 3) por lo tanto, es necesario crear un nuevo estrato inferior en el mundo del trabajo. En otras palabras, estratificar el mundo laboral en función de un marcador de nacionalidad, color u origen es una estrategia para contrarrestar la resistencia de los trabajadores a la movilidad forzosa, atenuándola temporalmente para unos y acentuándola para otros. Es el caso de las minas de carbón de Nord-Pas-de-Calais, donde el cierre previsto de las minas se acompañó de un llamamiento masivo de inmigrantes marroquíes. De este modo, las Houillères se aseguraron de que las minas siguieran funcionando hasta el final de su vida rentable, al tiempo que intentaban evitar un grave conflicto social debido a la fuerte sindicalización y combatividad de los mineros «nacionales». A algunos se les ofreció reciclaje y traslados, mientras que otros estaban regidos por contratos de trabajo discriminatorios a corto plazo.

Como ya hemos señalado, otras categorías de la población también desempeñan este papel de ajuste: las mujeres y los jóvenes en particular. Lo que tienen en común estas tres categorías es que son más precarias que el resto del mundo laboral, es decir, que tienen menos capacidad para resistir la inestabilidad impuesta por las necesidades del capital. Además de la explotación común a todos los trabajadores, estas categorías están sobreexplotadas o discriminadas. Esto plantea la cuestión del lugar de estas

¹⁴ Michel Massenet, «L'apport de la main-d'œuvre algérienne au développement économique français», *Bulletin de la Sedeis*, núm. 850, sup. núm. 1, febrero de 1962, p. 23.

categorías en las organizaciones sindicales y políticas, así como el lugar de sus reivindicaciones en las agendas de estas organizaciones. Si no se toman en serio estas cuestiones, surgirá una brecha cada vez mayor entre los distintos segmentos de la clase trabajadora.

Oponerse a la movilidad forzosa no significa, por supuesto, oponerse a las víctimas de dicha movilidad, sino, por el contrario, imponer, mediante una relación de fuerzas, una mayor resistencia a dicha movilidad, es decir, igualdad de derechos y estatus, garantías y protección jurídica. Las posturas que todavía se adoptan con frecuencia en la «izquierda», oponiéndose a la regularización de todos los inmigrantes sin papeles o subestimando la magnitud de la discriminación racista sistémica que afecta a los inmigrantes y a sus descendientes franceses, solo sirven para aumentar la movilidad forzada de estos segmentos de la clase trabajadora.

Una competencia generalizada entre las fuerzas de trabajo

Además de su función de ajuste estructural, la inmigración desempeña otro papel en la lógica económica capitalista: la presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo. La inmigración es, de hecho, uno de los componentes de lo que Karl Marx denomina «sobrepoblación relativa», a la que dedica gran parte del capítulo 25 del volumen 1 de su obra maestra, *El capital*. El autor parte de la constatación de que una parte de la población en edad de trabajar está condenada a la inactividad. Existe, por tanto, una «sobrepoblación», a la que también denomina «supernumerarios». Sin embargo, esta sobrepoblación no es «absoluta», analiza, porque solo es supernumeraria en función del criterio del beneficio y no en función de las necesidades de la población y de la economía. Por eso la sobrepoblación es «relativa». «Como esta sobrepoblación solo existe en relación con las necesidades momentáneas de la explotación capitalista, puede hincharse y estrecharse de manera repentina»,¹⁵ explica Marx. «Suministra sus necesidades flotantes de valorización e, independientemente del crecimiento natural de la población, la materia prima humana siempre explotable y siempre disponible»,¹⁶ continúa. Volvemos a encontrar aquí la necesidad de movilidad forzada de las fuerzas de trabajo que tiene el capital para asegurar su circulación hacia las esferas de mayor beneficio.

Esta sobrepoblación relativa, que Marx denomina también «ejército industrial de reserva», se utiliza como medio de ejercer una presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo de los obreros asalariados: «El

¹⁵ Karl Marx, *Le Capital, livre 1, op. cit.*, p. 599 [en ed. cast., cap. 23]. [N. de E].

¹⁶ *Ibidem*, p. 601.

exceso de trabajo impuesto a la fracción de la clase obrera que se encuentra en servicio activo engorda las filas de su reserva y, a la inversa, la presión redoblada que la competencia de esta última ejerce sobre el sector ocupado de la clase obrera obliga a este a trabajar en exceso y a someterse a los dictados del capital»,¹⁷ resume Marx. En otras palabras, el capitalismo yuxtapone el exceso de trabajo para unos y la inactividad para otros, siendo esta última utilizada como amenaza para que los primeros acepten salarios más bajos y peores condiciones de trabajo. Este chantaje del desempleo y la sustitución es un proceso a largo plazo destinado a aumentar la explotación de todos los trabajadores, incluso durante los periodos de recuperación económica: «Durante los periodos de estancamiento y prosperidad media, el ejército industrial de reserva o sobrepoblación relativa ejerce presión sobre el ejército obrero activo, y pone coto a sus exigencias durante los periodos de sobreproducción y paroxismo».¹⁸ La conclusión política a la que llega el autor es la necesaria unión entre el «ejército activo» y el «ejército de reserva».

Por eso, en cuanto los trabajadores empiezan a darse cuenta de que su función de instrumentos de explotación del capital se hace más precaria, a medida que aumenta su trabajo y la riqueza de sus amos, en cuanto descubren que la intensidad de la competencia que libran entre sí depende enteramente de la presión ejercida por los supernumerarios; en cuanto, para debilitar el efecto desastroso de esta ley «natural» de la acumulación capitalista, empiezan a ver que ya no pueden competir entre sí: «No bien procuran organizar una cooperación planificada entre ocupados y desocupados para paliar las consecuencias de esta ley natural de la producción capitalista, el capital y su adulador, el economista, gritan inmediatamente sacrilegio, violación de la “eterna” ley de la oferta y la demanda».¹⁹

Pero Marx no se contenta con explicar la génesis y la función económica de la sobrepoblación relativa, también estudia sus componentes, que clasifica en tres formas: flotante, latente y estancada. La sobrepoblación flotante se refiere a los asalariados que pasan constantemente del empleo al desempleo. En la actualidad, se refiere a los trabajadores obligados a aceptar contratos de duración determinada o trabajo temporal. «Los centros de la industria moderna [...] no cesan alternativamente de atraer y repeler trabajadores»,²⁰ observaba Marx. La sobrepoblación latente, por su parte, está formada por campesinos empobrecidos susceptibles de convertirse en cualquier momento en nuevos proletarios. Hoy corresponde, por

¹⁷ *Ibidem*, p. 604.

¹⁸ *Ibidem*, p. 607.

¹⁹ *Ibidem*, p. 608.

²⁰ *Ibidem*, p. 609.

una parte, a la inmigración (ya sea de origen campesino o de otras categorías sociales empobrecidas) y, por otra, a los parados inmediatamente disponibles cuando el capital los necesita. «Para que los distritos rurales se conviertan en tal fuente de inmigración para las ciudades, debe existir una sobrepoblación latente en el propio campo, cuyo pleno alcance solo se realiza en los momentos excepcionales en que sus canales de descarga se abren de par en par»,²¹ explica Marx. En la era del capitalismo globalizado, esta reserva se extiende más allá de las fronteras nacionales. La sobrepoblación mundial latente puede así movilizarse en función de las necesidades del capital. Por último, la sobrepoblación estancada corresponde a mujeres y hombres caracterizados por una pobreza extrema, que les obliga a aceptar cualquier trabajo. Es imposible no pensar en los trabajadores indocumentados y subcontratados contemporáneos. Como ilustra Marx: «Acostumbrada [la sobrepoblación estancada] a la miseria crónica, a condiciones de existencia bastante precarias y vergonzosamente por debajo del nivel normal de la clase obrera, se convierte en la amplia base de ramas especiales de explotación donde la jornada laboral alcanza su máximo y la tasa salarial su mínimo. El llamado trabajo a domicilio nos proporciona un espantoso ejemplo de ello».²²

Era necesario recordar estos elementos de análisis debido a la confusión de discursos y escritos que invocan a Marx para justificar o legitimar posiciones de «preferencia nacional» o de «protección de la mano de obra nacional». La página web Riposte Laïque, por ejemplo, titula uno de sus artículos «L’immigration armée de réserve du capital, n’est-ce pas, Melenchon?» [La inmigración es el ejército de reserva del capital ¿No es así, Melenchon?].²³ La frase se presenta engañosamente como una cita de Marx. Pero el ejército de reserva del que habla Marx no lo produce la inmigración, sino que corresponde a una necesidad sistémica del capitalismo. Si la inmigración forma parte de ella, es junto a muchos otros componentes. En el hipotético caso de que no hubiera inmigración, el ejército de reserva seguiría, no obstante, ejerciendo una presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo. Por último, la conclusión política de Marx no era hacer la guerra a este ejército de reserva, sino unir la lucha entre el «ejército activo» y el «ejército de reserva».

Así las cosas, la inmigración, como todos los demás componentes del ejército de reserva, ocupa efectivamente esta función. Constituye incluso una oportunidad extraordinaria para el capital debido a la precariedad de

²¹ *Ibidem*, p. 610.

²² *Ibidem*.

²³ Manuel Gomez, «L’immigration est l’armée de réserve du capital», 19 de enero de 2017, se puede consultar en ripostelaique.com.

su estatuto y a la discriminación que sufre, lo que le obliga a una máxima movilidad forzada. El economista Raphaël-Emmanuel Verhaeren explica: «El empleo de mano de obra inmigrante es una oportunidad para los capitalistas de aumentar la tasa de explotación del conjunto de la mano de obra, en particular reduciendo la estructura salarial global y precarizando las condiciones de empleo».²⁴ Utiliza acertadamente el término «oportunidad» en lugar de «causa». El capitalismo aprovecha cualquier oportunidad, cualquier diferencia, cualquier especificidad (sexo, edad, estatuto jurídico, antigüedad, nacionalidad, origen, etc.) para aumentar la competencia entre las fuerzas de trabajo. La búsqueda del máximo beneficio es, por tanto, la verdadera causa de los efectos negativos de esta competencia, y los trabajadores inmigrantes son sus primeras víctimas.

Como la inmigración no es una entidad homogénea, es importante situar el análisis en una dinámica temporal. A medida que aumenta la antigüedad en el país de acogida, y con ella el dominio de su funcionamiento y de sus instituciones, la seguridad jurídica de residencia, la sindicación y las luchas contra la sobreexplotación, los trabajadores inmigrantes del pasado dejan de cumplir la función de ajuste estructural y de presión sobre los salarios y las condiciones de trabajo. Entonces son sustituidos en los sectores y empleos afectados por recién llegados cuya situación empeora aún más con las nuevas políticas migratorias que producen trabajadores «sin papeles»:

Los últimos inmigrantes ocupan empleos secundarios, es decir, empleos que ofrecen poca autonomía profesional, a menudo son inseguros y están mal pagados, lo que sin embargo permite a los inmigrantes de más edad acceder a empleos de mejor calidad, incluido el autoempleo. A medida que envejecen, los trabajadores inmigrantes aprenden a protegerse. En periodos de crecimiento rápido y de inmigración continua, los ocupantes de los empleos secundarios son sustituidos regularmente: es el inmigrante reciente quien ocupa el puesto asalariado marginal, pero no está condenado a ello. Hoy, las condiciones son diferentes. El débil crecimiento y las reestructuraciones frenan la movilidad profesional y social de los inmigrantes, algunos de los cuales se ven atrapados en empleos secundarios o son especialmente vulnerables al desempleo resultante de las reestructuraciones industriales. La inmigración ilegal se convierte en un medio de renovar la mano de obra empleada en empleos secundarios y contribuye a recrear un espacio de gran movilidad.²⁵

²⁴ Raphaël-Emmanuel Verhaeren, *Partir? Une théorie économique des migrations internationales*, Grenoble, Presses universitaires de Grenoble, 1990, p. 265.

²⁵ Jacky Fayolle, «Les sciences sociales, l'économie et l'immigration», *Revue de l'OFCE*, núm. 68, enero de 1999, p. 205.

Con el fin de ejercer una presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo, la inmigración siempre se ha destinado a empleos sobreexplotados. Ya en la historia del capitalismo, y desde los primeros inmigrantes internos procedentes de Bretaña o Auvernia, los últimos en llegar eran asignados a estas posiciones, mientras que los más antiguos se incorporaban con el tiempo a la clase obrera «normal» o mayoritaria. Esta lógica histórica se ha visto quebrantada por la «globalización», caracterizada por una mayor competencia por los bienes escasos (empleo, formación, vivienda), un empobrecimiento generalizado, un declive de los servicios públicos, una tendencia a la degradación social de todas las clases trabajadoras y medias, una búsqueda de mayores beneficios centrada en el abaratamiento de la fuerza de trabajo, etc. En este contexto global, no solo se sigue destinando a los nuevos inmigrantes a empleos sobreexplotados, sino que se les condena a permanecer en ellos a largo plazo. La legislación y las políticas migratorias se han adaptado al nuevo contexto produciendo al «sin papeles», la figura ideal de la perfecta movilidad forzada con la que sueñan los dueños del capital. Volveremos sobre ello más extensamente en el próximo capítulo.

El impacto de la producción política y legal de una mano de obra ilegal va mucho más allá de las personas afectadas por esta falta de estatus legal. En primer lugar, porque las nuevas políticas migratorias precarizan las regularizaciones. Estas están vinculadas a la condición de tener un empleo regular y permanente, condición que obliga a las personas afectadas a permanecer en empleos sobreexplotados por miedo a la no renovación del permiso de residencia, que ahora es válido por un año y renovable durante varios años. Los solicitantes deben presentar nóminas que demuestren que tienen un empleo. Así pues, los inmigrantes sin papeles son solo la parte visible de una tendencia generalizada a la precarización del permiso de residencia que obliga a aceptar cualquier trabajo en cualquier condición. «Las políticas restrictivas generan irregularidad y desestabilizan a los inmigrantes integrados»,²⁶ resume el economista Jacky Fayolle.

Por último, la producción de una mano de obra asignada a empleos sobreexplotados se extiende más allá de los inmigrantes y alcanza a sus herederos a lo largo de varias generaciones. En otro apartado, analizaremos la función de la discriminación racista que sufren los franceses herederos de esta inmigración: la reproducción transgeneracional de la asignación a empleos sobreexplotados y la tendencia a la movilidad «perfecta» que la acompaña. Como resumen los demógrafos Patrick Simon, Dominique Meurs y Ariane Pailhé:

²⁶ *Ibidem*, p. 198.

La persistencia de las diferencias entre la segunda generación y la autóctona contradice las previsiones de movilidad intergeneracional justificadas por los logros de la educación y la socialización en Francia. Esta desventaja de un origen «heredado» atestigua la existencia de una discriminación, que pesa principalmente sobre las trayectorias de los inmigrantes magrebíes, africanos y turcos, pero también sobre las de sus descendientes.²⁷

La conclusión de Fernand Braudel está más vigente que nunca, pero ahora se aplica a un periodo de tiempo más largo: «La inmensa mayoría de esta masa se utiliza como mano de obra mal pagada, reservada a tareas serviles o consideradas como tales y que, nueve de cada diez veces, no gustan a la mano de obra “francesa”. La inmigración, como fuente de empleos mal pagados, es inherente a toda sociedad capitalista».²⁸

Decir que la inmigración se utiliza sistemáticamente para ejercer una presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo no significa, por tanto, que haya competencia por los puestos de trabajo, sino que la situación de desempleo se utiliza ideológicamente para forzar la aceptación de una disminución de las prestaciones sociales y de las condiciones de venta de la mano de obra en todos los sectores económicos. La creación ideológica de un sentimiento de competencia, incluso en ausencia de competencia real, produce los mismos efectos que si fuera real. Subyacente a esta sensación de competencia está la afirmación de la existencia de un mercado laboral homogéneo en el que compiten todas las fuerzas de trabajo. Sin embargo, lejos de ser homogéneo, el mercado laboral se caracteriza, por el contrario, por una creciente segmentación.

La segmentación del mercado laboral

Las teorías actuales sobre la protección de la mano de obra nacional se basan en el supuesto de un mercado laboral homogéneo, del que se deduce que la mano de obra extranjera puede ser sustituida por mano de obra «nacional». Históricamente promovidas por la extrema derecha, hoy son retomadas con euforia por un público mucho más amplio. Recuerden el cartel del Frente Nacional de las campañas electorales de 1978 con el siguiente titular: «Un millón de parados es un millón de inmigrantes de

²⁷ Patrick Simon, Dominique Meurs y Ariane Pailhé, «Mobilité intergénérationnelle et persistance des inégalités. L'accès à l'emploi des immigrés et de leurs descendants en France», *Documents de travail de l'INED*, núm. 130, 2005, p. 1.

²⁸ Fernand Braudel, *L'identité de la France*, París, Flammarion, 1986, p. 209 [ed. cast.: *La identidad de Francia*, Barcelona, Gedisa, 2009].

más. Francia y los franceses son lo primero». Tal afirmación ignora una de las dimensiones esenciales del mercado de trabajo: su carácter segmentado.

Anteriormente citamos la definición de Marx de la sobrepoblación estancada como aquella asignada a «ramas especiales de explotación en las que el tiempo de trabajo alcanza su máximo y la tasa salarial su mínimo». Estas ramas revelan la estructura segmentada del mercado de trabajo en el modo de producción capitalista. Esta segmentación es a su vez la expresión de una tendencia más general a la estratificación de la fuerza de trabajo, es decir, como señala Marx, a la producción de «una jerarquía de la fuerza de trabajo a la que corresponde una escala graduada de salarios». ²⁹ Esta estratificación que actúa en cada empresa actúa también entre los diferentes sectores de la producción.

La tesis de un mercado de trabajo heterogéneo ha sido objeto de numerosas investigaciones y teorizaciones en todos los países del centro dominante. La economista Paola Villa, por ejemplo, analiza el mercado de trabajo italiano como constituido por «un conjunto de mercados distintos entre sí y caracterizados por estructuras diferentes», ³⁰ con el resultado de que «el tratamiento de los trabajadores varía en función de los sectores en los que están empleados, e independientemente de sus características». ³¹ Así pues, no son las características individuales del trabajador (su nivel de educación o formación, por ejemplo) las que determinan su estatus, sino su inclusión en un segmento específico del mercado laboral, determinado por «procesos de asignación, formación, movilidad profesional y fijación de salarios». ³²

La noción de segmentación del mercado de trabajo forma parte a su vez de un planteamiento más amplio, conocido como la «dualidad del mercado de trabajo», que postula una división en un sector secundario que ofrece empleos con bajos ingresos, peores condiciones de trabajo y escasa progresión profesional, y un mercado primario que ofrece empleos mejor remunerados, condiciones de trabajo y progresión profesional mejor regulados por normas y procedimientos convencionales. A principios de los años setenta, los economistas estadounidenses Peter Doeringer y Michaël Piore fueron los primeros en proponer este enfoque del mercado laboral. Lo propusieron para explicar la persistencia de la pobreza a pesar del auge económico de los años sesenta. Constataron que la pobreza no afectaba por igual a todas las categorías de trabajadores. Algunas categorías (jóvenes, mujeres, negros e inmigrantes) estaban estructuralmente

²⁹ Karl Marx, *Le Capital, livre 1, op. cit.*, p. 338.

³⁰ Paola Villa, *La estructuración de los mercados de trabajo. La siderurgia y la construcción en Italia*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990, p. 50.

³¹ *Ibidem*, p. 295.

³² *Ibidem*, p. 48.

sobrerrepresentadas en las estadísticas convergentes sobre pobreza, movilidad, concentración en determinados empleos y determinados sectores. Concluyeron que existía una dualidad entre dos sectores:

El primero ofrece empleos relativamente bien remunerados, buenas condiciones de trabajo, oportunidades de carrera, justicia y garantías procesales en la aplicación de las normas laborales y, sobre todo, estabilidad en el empleo. En cambio, los empleos del segundo sector suelen estar mal pagados, con malas condiciones de trabajo y escasas oportunidades de promoción; la relación altamente personalizada entre directivos y trabajadores fomenta el favoritismo y conduce a una disciplina laboral dura y desigual; y el sector se caracteriza por una gran inestabilidad laboral y una elevada rotación de mano de obra.³³

La seguridad y la estabilidad son, por tanto, los dos criterios clave para distinguir entre sectores. Ambos criterios pueden utilizarse también para analizar la estratificación dentro de cada sector. La dualidad de los sectores expresa así una lógica más general de estratificación de la mano de obra en función de los criterios de estabilidad y seguridad, que se traduce en un trato diferenciado (en términos de salarios, condiciones de trabajo y perfil de carrera). Analizando las categorías sociales que se concentran en el segundo sector, los autores muestran que la contratación en este sector es abrumadoramente mayoritaria entre los negros, los inmigrantes, las mujeres, los jóvenes, los discapacitados y los marginados.³⁴ Centrándose específicamente en el empleo de los inmigrantes, Michaël Piore llega a una conclusión significativa: «Existe una dicotomía fundamental entre los empleos de los inmigrantes y los empleos de los nativos».³⁵ El autor señala que la gran mayoría de los empleos del primer sector están ocupados por nacionales blancos y que los inmigrantes, incluso los cualificados, que acceden a este sector se limitan a empleos inestables. Analiza esta constatación como una estrategia de respuesta a las garantías y ganancias sociales impuestas por la relación de fuerzas sindical. Como la «movilidad perfecta» necesaria para maximizar los beneficios ya no es posible para todos, se reintroduce mediante un trato excepcional para algunos.

Otros trabajos, como los del economista estadounidense Barry Bluestone,³⁶ proponen una lectura del mercado laboral en tres sectores.

³³ Michaël Piore, «Notes for a theory of labor market stratification» en Richard Edwards (dir.), *Labor Market Segmentation*, Lexington, Lexington Books, 1973, p. 126.

³⁴ Peter Doeringer y Michaël Piore, *Internal Labor market and Manpower Analysis*, Lexington, Lexington Books, 1971, p. 179.

³⁵ Michaël Piore, *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, p. 35.

³⁶ Barry Bluestone, «The Tripartite Economy», *Poverty and Human Resources*, julio-agosto de 1970, pp. 15-34.

Bluestone distingue entre una «economía central» que corresponde al mercado primario antes mencionado, una «economía periférica» que corresponde al mercado secundario y, por último, una «economía irregular» que agrupa los empleos «irregulares» e «ilegales». Los «sin papeles» son, por tanto, una de las formas esenciales de mano de obra de este tercer sector. La segmentación del mercado laboral también se ha puesto de relieve para la situación francesa. Cuestionando la pertinencia de interpretar el mercado laboral francés en términos de segmentación, las economistas francesas Jeanne Singer-Kérel y Bénédicte Reynaud hacen las siguientes observaciones sobre la inmigración:

Si hay un sector en Francia que debería encajar perfectamente en la tesis dualista americana, es el de los trabajadores extranjeros. Nuestros inmigrantes tienen todas las características de los desfavorecidos del otro lado del Atlántico. Llenando las reservas del mercado secundario, tienen que aceptar los trabajos más penosos, monótonos, poco cualificados y peor pagados, y empleos en sectores más sensibles a las fluctuaciones cíclicas. Las decisiones institucionales amenazan a nuestros inmigrantes aún más que a los negros estadounidenses, que al menos son ciudadanos del país en el que trabajan.³⁷

La segmentación del mercado laboral es hoy una hipótesis ampliamente aceptada de la situación francesa. La recoge, por ejemplo, el INSEE, que en 2012 estima que 21 millones de personas estaban empleadas en el sector primario y 11 millones en el secundario, subrayando: «La probabilidad de estar en el sector secundario es mayor para las mujeres, las personas poco cualificadas y las de origen migratorio».³⁸ Un documento de trabajo del Centre d'Analyse Stratégique, organismo perteneciente al gabinete del Primer Ministro, ofrece la siguiente imagen de la naturaleza racial y de género de la segmentación del mercado laboral secundario:

Las ocupaciones en las que se concentra la mano de obra inmigrante no son idénticas para hombres y mujeres. Las mujeres no están más presentes en la construcción que otras mujeres trabajadoras, a diferencia de los hombres inmigrantes. Los hombres inmigrantes también trabajan más que las mujeres en las profesiones de ventas y sanidad. En cambio, los hombres y las mujeres inmigrantes comparten una especialización sectorial en el sector textil y de la confección (incluido el comercio); donde las mujeres trabajan más que los hombres es en el sector no cualificado, en la hostelería, en las actividades de limpieza y vigilancia y en

³⁷ Jeanne Singer-Kérel y Bénédicte Reynaud, «Double marché du travail et immigration face à la crise», *Hommes et Terres du Nord*, núm. fuera de serie, t. 2, 1981, p. 673.

³⁸ Claude Picart, «Trois segments pour mieux décrire le marché du travail» en *Emploi, chômage, revenus du travail*, París, Insee, 2017, p. 61.

la artesanía. [...] Por otra parte, las mujeres inmigrantes se especializan en los servicios personales, una profesión tradicionalmente dominada por las mujeres, donde representan una proporción significativa del empleo. En las profesiones de asistente doméstico, asistente de maternidad, ayuda a domicilio y ayuda doméstica, ocupan más del 11 % de los puestos de trabajo (35 % en el caso de los asistentes domésticos).³⁹

La segmentación del mercado de trabajo corresponde, pues, a una concentración de las formas de empleo flexibles y precarias (contratos de duración determinada, trabajo a tiempo parcial, trabajo temporal, falsos autónomos) en determinadas categorías (jóvenes, mujeres, inmigrantes y descendientes de inmigrantes). Era necesario recordar estos datos y resultados de la investigación, pues la tesis de la sustituibilidad de trabajadores nacionales e inmigrantes es tan frecuente que conduce lógicamente a propuestas de «preferencia nacional». De hecho, no existe una simple sustituibilidad entre los distintos segmentos de la mano de obra. Así lo resume un estudio del CERC sobre este tema:

Los planteamientos heterodoxos en términos de segmentación nos llevan a pensar que la cuestión del carácter complementario o sustituible de la mano de obra inmigrante está, de hecho, mal planteada. En la medida en que la inmigración está determinada fundamentalmente por las necesidades del sistema de producción, los inmigrantes son necesariamente complementarios de la mano de obra nativa, sin esto las empresas no los buscarían especialmente para determinadas funciones.⁴⁰

De este modo, el problema no es tanto el hecho de que los recién llegados ocupen puestos de trabajo sobreexplotados, sino el hecho de que se les asigne a estos puestos de trabajo a largo plazo. Mientras que la ocupación de estos empleos por los últimos entrantes ha sido una constante del capitalismo desde sus inicios, la asignación de por vida a estos empleos es una característica de nuestra secuencia histórica, aunque la tendencia existiera ya antes. Esta asignación es el resultado de las políticas migratorias a través de dos procesos que los autores del estudio antes citado resumen de la siguiente manera: «La inmigración ilegal, y el debilitamiento legal, incluso la "clandestinización" de los inmigrantes residentes».⁴¹ La falta de estatuto legal, y el riesgo de perderlo debido a las condiciones de renovación de los permisos de residencia, hace que estos trabajadores se vean atrapados en empleos de sobreexplotación.

³⁹ Cécile Jolly, Frédéric Lainé e Yves Bream, «L'emploi et les métiers immigrés», *Centre d'analyse stratégique*, núm. 1, febrero de 2012, pp. 26-27.

⁴⁰ Catherine Borel (dir.), *Immigration, emploi et chômage: un état des lieux empirique et théorique*, Les dossiers de CERC-Association, núm. 3, 1999, p. 45.

⁴¹ *Ibidem*, p. 45.

Los sectores económicos afectados por estos empleos de sobreexplotación no son fijos. Su distribución depende del grado de avance de la precarización del trabajo y de la resistencia que suscite. La segmentación no es una realidad estable, sino que forma parte de una dinámica histórica y social. La inmigración «ilegal» ha sido un campo de pruebas de nuevas formas de precariedad laboral, que posteriormente se han extendido a otras categorías de asalariados. «Segmentos enteros del “segmento secundario” pueden entonces “renacionalizarse”, como el sector de la limpieza urbana: desde 1982, por ejemplo, el Ayuntamiento de París ha sustituido progresiva, si bien totalmente, a los basureros inmigrantes por mano de obra francesa»,⁴² explica el estudio citado. Esto no significa que los recién llegados sean competitivos con la mano de obra «nativa», sino que emigran a otros sectores aún más sobreexplotados. La sustitución, cuando se produce, es por tanto sinónimo de degradación de todos los segmentos de la mano de obra. Solo se desarrolla en secuencias históricas en las que la relación de fuerzas permite imponer a los trabajadores nacionales grados de explotación hasta ahora reservados a los trabajadores inmigrantes:

A medida que se precariza una parte creciente de la mano de obra y se extiende la figura del «asalariado neoliberal» [Marie, 1997], flexible y disponible en cualquier momento independientemente de su origen nacional, la complementariedad entre inmigrantes y autóctonos vuelve a ser la norma, pero siguiendo nuevas líneas divisorias. Expulsados de la industria, los inmigrantes tienden a emplearse cada vez más en los servicios, sobre todo en los servicios poco cualificados y en el trabajo temporal. [...] En conjunto, la distribución sectorial de los inmigrantes ha cambiado: siguen concentrándose en las pequeñas y medianas empresas, en la construcción y en las obras públicas, pero su empleo (y en particular el de las mujeres) ha aumentado en la limpieza industrial, los servicios domésticos y en la industria de la confección. En un contexto en el que el estatuto de los asalariados se ha puesto en tela de juicio, a veces de forma importante, los trabajadores nativos han tenido que aceptar empleos que antes rechazaban, pero los inmigrantes siguen ocupando puestos de trabajo que los franceses siguen sin aceptar, dadas las condiciones aún peores que imponen los empresarios (empleos con salarios mínimos y sin perspectivas de carrera, jornadas parciales cortas, altos niveles de penosidad, contratos muy inestables, etc.).⁴³

La figura del obrero inmigrante que trabajaba en grandes empresas en el periodo anterior está dejando paso a la del trabajador de servicios hiperflexible. La política migratoria actual, con sus dos facetas (trabajadores sin papeles y precarización de los trabajadores «regulares»), está pues al servicio

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ibidem*, pp. 45-46.

de la precarización general de los trabajadores y de una mayor estratificación de los estatutos, los empleos y los sectores. Las políticas migratorias también se están convirtiendo en la herramienta del propio contexto de precarización ultraliberal generalizada del que han surgido, al liberar puestos de trabajo para la mano de obra «nacional», pero en condiciones más precarias que las que aceptaban anteriormente, al tiempo que anima a los recién llegados a emigrar a sectores aún más precarios. La actual política migratoria sirve así a la gestión liberal de la mano de obra, con sus dimensiones de precarización, flexibilización y erosión de las garantías y conquistas sociales.

La única manera de poner fin a esta espiral ultraliberal es regularizar la situación de los inmigrantes indocumentados y hacer que la residencia sea más segura. Mantener a algunos trabajadores en un limbo legal como el actual conducirá a la desclasificación de todos los trabajadores y al continuo deterioro de la situación salarial.

Discriminaciones racistas y segmentación del mercado laboral

Tras un largo periodo de negación o eufemismo, la discriminación basada en la nacionalidad o el origen está ahora oficialmente reconocida. Este reconocimiento es el resultado de las luchas llevadas a cabo por los propios inmigrantes (que luchan por la igualdad de derechos) y por sus herederos franceses (que desde la Marcha por la Igualdad de 1983 luchan contra la discriminación ilegal). La investigación ha retomado el tema y ahora disponemos de una amplia documentación al respecto.⁴⁴ Sin embargo, los trabajos sobre la función sistémica de esta discriminación racista siguen siendo especialmente escasos, a pesar de que, en nuestra opinión, es uno de los mecanismos clave para asignar a las personas a empleos sobreexplotados, es decir, para reproducir la segmentación del mercado laboral.

Quienes sufren discriminación no son inmediatamente conscientes de ello cuando llegan a Francia. Los trabajadores inmigrantes recién llegados están a la vez más explotados que el resto de la mano de obra y mejor pagados que en su país de origen. Esta situación crea una disposición subjetiva que les hace considerar el trabajo en empleos sobreexplotados como un progreso, a pesar de las condiciones laborales y salariales. Esto tiene inicialmente el efecto de atenuar las reivindicaciones salariales, por una parte, y una tendencia a tolerar subjetivamente una mayor sobreexplotación, por otra.

⁴⁴ Sobre esta cuestión ver Saïd Bouamama, *Les discriminations racistes: une arme de division massive*, París, L'Harmattan, 2010.

Nos enfrentamos directamente a esta cuestión cuando ayudamos a escribir la historia de los mineros marroquíes de Houillères du Nord et du Pas-de-Calais.⁴⁵ Los antiguos mineros querían explicar por qué habían «aceptado» sus condiciones de trabajo cuando llegaron. También querían entender la transición del «silencio» a la «palabra», que culminó en una de las huelgas más largas de la historia de la industria del carbón. La cuestión del título del libro que debía contar esta historia dio lugar a numerosos intercambios, que culminaron en este significativo título: *De la tête baissée à la conquête de la dignité* [De agachar la cabeza a la conquista de la dignidad].⁴⁶ «Todos los testimonios que recogimos utilizan la comparación entre “antes” y “ahora” para describir la experiencia. Los relatos no se limitan a describir hechos cronológicos, sino que se organizan en un verdadero “repaso de vida”, poniendo de relieve los cambios y transformaciones de posturas y actitudes ante la injusticia y la humillación»,⁴⁷ explica la introducción de este libro colectivo. Los factores que conducen a los cambios en la subjetividad también fueron objeto de numerosos debates. Aunque el peso concedido a cada uno de estos factores variaba en cada caso, hubo una convergencia bastante rápida en la lista de los mismos: duración de la estancia, encuentro con el sindicato, huida del miedo, etc.

Esta disposición subjetiva específica viene alimentada por la política del empresario dirigida a perpetuar la situación. Para los mineros del Norte de antaño, como para los trabajadores subcontratados de hoy en día, funciona un verdadero sistema de reproducción que combina vigilancia, proximidad de la dirección, amenazas, extrema precariedad de los contratos, paternalismo, organización del «entre sí» y aislamiento. A la hora de describir este sistema, los mineros del Norte explicaban:

A los mineros marroquíes se les aislaba sistemáticamente para que no se contaminaran de la cultura de los demás mineros y de las organizaciones sindicales. Este aislamiento era en primer lugar estatutario, con el «sistema de contratos» que se traducían en un confinamiento temporal. También espacial, con el confinamiento en barracones específicos. También lo era en términos de restricciones, prohibiciones y vigilancia: el contacto con el mundo exterior debía pasar por el «administrador». [...] Había que romper con todo este sistema antes de que pudiéramos embarcarnos en un proceso de concienciación y permitirnos pensar en nosotros mismos como trabajadores con derechos legítimos.⁴⁸

⁴⁵ Les Houillères du bassin du Nord et du Pas-de-Calais (abreviado HBNP), reunieron tras la Segunda Guerra Mundial a las entidades nacionalizadas (antiguas concesiones mineras, antes en manos de 184 empresas mineras, la mayor de las cuales era la Compagnie des mines de Lens) en la cuenca carbonífera del norte de Francia. [N. del T.]

⁴⁶ Association des mineurs marocains du Nord, Saïd Bouamama y Jessy Cormont, *De la tête baissée à la conquête de la dignité*, Lille, Antheos-AMMN, 2010.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 15.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 8-9.

No se trata, pues, de una docilidad «natural», sino de la producción social y política de un sistema organizativo de gestión de la fuerza de trabajo. Aquí, la discriminación racista tiene la función de reproducir la asignación a la sobreexplotación. La creación de guetos económicos, sociales, espaciales y culturales es parte integrante de este proceso de asignación. También tiene una función económica, con efectos, al menos durante un tiempo, sobre las reivindicaciones salariales, tal y como explica el economista Christian Mercier:

Inicialmente, los hábitos alimentarios, el desconocimiento de los objetos que se ofrecen en el país de acogida y de su utilidad, permiten a las familias inmigrantes mantener un estilo y un nivel de vida idénticos a los que prevalecían en el momento de su partida. Este nivel de vida, que se mantiene a pesar del desplazamiento espacial, es inferior al de los nacionales. A largo plazo, es inevitable que se produzca una tendencia a la imitación, pero esta se contrarresta en la medida de lo posible con todas las discriminaciones destinadas a mantener a las poblaciones inmigrantes en un gueto.⁴⁹

Así pues, el «comunitarismo» que tan a menudo se denuncia en los debates políticos y mediáticos como un rasgo cultural de las personas parece estar en gran medida producido y determinado por el sistema de discriminación al que están sometidas.

Si tomamos como punto de partida esta «guetización», cuya función es la reproducción duradera de la asignación a determinados segmentos sobreexplotados del mercado laboral, la cuestión de la vivienda aparece inmediatamente como esencial. Hasta los años setenta, cuatro formas de vivienda eran predominantes entre los trabajadores inmigrantes y sus familias: los barrios de chabolas [*bidonvilles*] y las viviendas transitorias [*cités de transit*], las viviendas insalubres, los albergues para trabajadores aislados y las viviendas patronales. Todas estas formas tienen en común que producen «guetos». En 1966, el 92,2 % de las personas que vivían en chabolas eran extranjeros. Asimismo, el 25 % de los magrebíes y portugueses residentes en Francia vivían en chabolas. «En 1970, 45.000 personas seguían viviendo en chabolas en Francia, de las cuales el 75 % eran extranjeros»,⁵⁰ explica el historiador Yvan Gastaut.

Sin embargo, la actividad militante de los inmigrantes argelinos durante la guerra de Argelia demostró que estos barrios de chabolas también podían ser un lugar de autonomía, organización colectiva y protesta política. Por

⁴⁹ Christian Mercier, *Les déracinés du capital: immigration et accumulation*, op. cit., pp. 244-245.

⁵⁰ Yvan Gastaut, «Les bidonvilles, lieux d'exclusion et de marginalité en France durant les trente glorieuses», *Cahiers de la Méditerranée*, núm. 69, 2004, p. 3.

esta razón, en los años sesenta se introdujo un nuevo tipo de vivienda: las urbanizaciones transitorias. Estas estaban destinados a alojar «durante un periodo limitado, en principio, a familias consideradas poco sociables o poco socializadas “cuyo acceso a una vivienda permanente no puede preverse sin una acción educativa destinada a favorecer su promoción”». ⁵¹ De este modo, las familias inmigrantes se trasladaron a estas viviendas, que pretendían ser «temporales», pero que de hecho se convirtieron en viviendas permanentes. La interpretación culturalista de las dificultades de vivienda vinculadas a las condiciones de renta permitió así justificar la instauración de un mecanismo de control social denominado eufemísticamente «apoyo socioeducativo»: «Los inmigrantes se prestan fácilmente a las racionalizaciones que subyacen a la idea de las urbanizaciones transitorias, en la medida en que insistir en su desconocimiento de la forma en que viven permite ocultar [...] sus condiciones de vida y su lugar en el sistema de producción», ⁵² resume el sociólogo Jean-Paul Tricart. Como vemos, estos inmigrantes tuvieron que civilizarse para poder reclamar el acceso a una vivienda que no fuera excepcional.

El efecto «gueto» es igual de importante en el caso de las infraviviendas. Por ejemplo, a principios de los años setenta, «uno de cada cinco hogares de inmigrantes vivía en viviendas improvisadas o provisionales». Algunas nacionalidades estaban especialmente desfavorecidas: el 32 % de los argelinos vivían en hostales y pensiones, y el 8,5 % en chabolas; el 12 % de los portugueses vivían en hostales y pensiones, y casi el 10 % en chabolas», ⁵³ señala la socióloga Claire Lévy-Vroelant. Concentrado en las mismas zonas geográficas, este tipo de alojamiento favorece también un «entre sí», que luego se atribuye de forma culturalista a los inmigrantes.

Los albergues para trabajadores aislados siguen la misma lógica culturalista, provocando el mismo efecto «gueto». En un artículo admirable, Abdelmalek Sayad resume las representaciones sociales culturalistas que rigen la construcción y organización de estos alojamientos, que él denomina «albergues sin familia»:

Lo que sin duda tiene de particular el alojamiento de los trabajadores inmigrantes es que traiciona la imagen que tenemos de la condición de inmigrante [...] : viviendas excepcionales, en el sentido de que la presencia de inmigrantes es «excepcional»; viviendas de emergencia para situaciones de emergencia; viviendas temporales [...] para residentes temporales,

⁵¹ Jean-Paul Tricart, «Genèse d'un dispositif d'assistance: les “cités de transit”», *Revue française de sociologie*, vol. 18, 1977, p. 602.

⁵² *Ibidem*, p. 610.

⁵³ Claire Lévy Groelant, «Migrants et logement: une histoire mouvementée», *Plein Droit*, núm. 68, 2006, p. 8.

porque así es como siempre imaginamos a los inmigrantes; viviendas económicas y sobrias (por no decir básicas) para ocupantes que no tienen grandes ingresos [... ..]; viviendas pobres y precarias para un ocupante que se considera pobre; viviendas «educativas» para un ocupante extranjero que, debido a sus orígenes (los inmigrantes suelen proceder de un país pobre, donde no tienen acceso a la educación), tiene unos ingresos bajos, de un país pobre, «subdesarrollado», «salvaje», del Tercer Mundo, etc.) [...], puede beneficiarse de una «acción educativa».⁵⁴

Por último, están las viviendas patronales, de las que hemos dado un ejemplo con los barracones para mineros en Nord-Pas-de-Calais, pero que también se pueden encontrar para obreros textiles, por ejemplo. Tanto los albergues como las viviendas patronales fueron concebidos para ser invisibles, aisladas del resto de las viviendas y especializados según su origen. En cierto modo, estas cuatro formas de vivienda para inmigrantes se adaptaron al hecho de que sus ocupantes estaban destinados a determinados sectores con exceso de trabajo. El acceso a la vivienda social a partir de los años setenta no puso fin a la discriminación en la vivienda ni al efecto «gueto» que la acompaña. La socióloga Claire Lévy-Vroelant resume así las condiciones de acceso:

En cuanto a la vivienda social de alquiler, hay que decir que solo se ha abierto a los inmigrantes en lugares poco atractivos, y solo cuando los hogares franceses empezaron a abandonarlos. Al mismo tiempo, los inmigrantes en proceso de instalación ocupaban zonas abandonadas en barrios antiguos, mientras que se producía un impulso sostenido hacia la vivienda en propiedad en las nuevas zonas suburbanas para los hogares franceses de clase media y algunos de los hogares inmigrantes mejor integrados. En cuanto a los inmigrantes más recientes procedentes del África negra, se dan las condiciones para su «inclusión marginal a largo plazo»: el fenómeno de segregación espacial es tan intenso que puede decirse que la mayoría absoluta de las familias de este origen inmigrante viven en una treintena de barrios de la región de Île-de-France. La localización de los inmigrantes muestra una acentuación de la segregación socioespacial. Se concentran en las partes más antiguas y periféricas del parque de viviendas sociales.⁵⁵

La vivienda es sin duda un espejo de aumento del lugar especial que ocupan los inmigrantes y sus hijos autóctonos en la sociedad francesa. Es un reflejo territorial de la jerarquización y estratificación de la mano de obra.

⁵⁴ Abdelmalek Sayad, «Le foyer des sans-famille» en *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*, op. cit., p. 82.

⁵⁵ Claire Lévy-Groelant, «Migrants et logement: une histoire mouvementée», art. cit, pp. 9-10.

No es de extrañar que la discriminación en materia de vivienda siga siendo una de las principales quejas de los inmigrantes y sus hijos. Como señala el economista Christian Mercier:

La vivienda, como componente de la reproducción de la fuerza de trabajo, no debe por tanto estudiarse únicamente desde el punto de vista de su función económica: es el signo y el lugar que se concede a un grupo social determinado en la jerarquía social, ya sea por mecanismos liberales o por la intervención del Estado. Es a través de la vivienda como se concreta la discriminación en la reproducción de la mano de obra inmigrante.⁵⁶

Además de la vivienda, otras formas de discriminación contribuyen a reproducir y perpetuar la asignación de determinados puestos de trabajo. La primera y más importante es la restricción de las posibilidades de movilidad profesional mediante la prohibición de los empleos en la función pública. Esta prohibición, que constituye una «preferencia nacional» legal, abarca un abanico impresionante de empleos. «El número de empleos en Francia cerrados por ley a los extranjeros no ha dejado de aumentar; unos siete millones, es decir, casi un tercio de los empleos disponibles, están afectados»,⁵⁷ resume la socióloga Mouna Viprey. El cinismo jurídico reside en el hecho de que, en algunos sectores (educación, sanidad, etc.), estos extranjeros pueden seguir accediendo a los mismos empleos, pero sobre una base contractual o auxiliar, con, por supuesto, menor salario y mayor inseguridad laboral. Llamamos a esto «cinismo jurídico» porque el argumento explícito utilizado para justificar esta «preferencia nacional» oficial se centra en el argumento de la soberanía nacional y las funciones soberanas del Estado. De este modo, se considera que determinados empleos entran en el ámbito de las funciones soberanas del Estado cuando están en régimen de función pública, y que no entran en dicho ámbito cuando están en régimen de contrata. Volveremos más extensamente sobre las consecuencias de estos empleos reservados en un capítulo posterior. Las posibilidades de movilidad profesional también se ven reducidas por la discriminación en el acceso a la formación profesional:

Los inmigrantes parecen muy desfavorecidos en el acceso a la formación profesional. Todas las encuestas disponibles muestran que acceden a la formación aproximadamente la mitad que los franceses nativos. Entre 1998 y 2003, el 18 % de los inmigrantes participaron en al menos un curso de formación, frente al 36 % de los franceses. Si nos

⁵⁶ Christian Mercier, *Les déracinés du capital: immigration et accumulation*, op. cit., p. 247.

⁵⁷ Mouna Viprey, «Spécificité de la main-d'œuvre étrangère sur le marché du travail français», *Santé, société et solidarité*, núm. 2005/1, p. 106.

limitamos a los inmigrantes ya presentes en Francia en 1998, la tasa de acceso no varía, lo que invalida la hipótesis de que la llegada de algunos de ellos después de esa fecha podría explicar el menor acceso de todos los inmigrantes a la formación.⁵⁸

Así pues, la discriminación en el acceso a la formación profesional contribuye a mantener a largo plazo la asignación a sectores y empleos caracterizados por la sobreexplotación. Por supuesto, oficialmente, los trabajadores inmigrantes regulares tienen los mismos derechos a la formación continua que sus colegas franceses. Pero es necesario que dispongan de esta información, que sepan cómo acceder a ella y que no se les presione para que renieguen de su derecho a la formación.

La discriminación legal y la ilegal no son independientes entre sí. La primera autoriza y da lugar a la segunda. «La discriminación de hecho (es decir, las desigualdades sociales, económicas y culturales) se ve reforzada por la discriminación de derecho (entre nacionales y no nacionales) y, a su vez, la discriminación de hecho encuentra justificación y legitimidad en la discriminación de derecho»,⁵⁹ resume Abdelmalek Sayad. No es de extrañar, pues, que la integración de Portugal en la Unión Europea (y con ella el fin de la discriminación legal de los inmigrantes portugueses) haya supuesto una mejora significativa de sus condiciones sociales y un alejamiento igualmente significativo de sectores y empleos sobreexplotados. Para ellos, el fin de la discriminación legal ha significado que la discriminación ilegal ha tendido a desaparecer. Además, esta «preferencia europea» ha tenido el efecto de aumentar la lógica de la «preferencia nacional» contra los inmigrantes extracomunitarios, como resume un informe del CERC:

La integración europea también corre el riesgo de acabar reforzando la discriminación contra los nacionales de terceros países en términos de acceso al empleo. En materia de empleo, una resolución de junio de 1994 [...] pretende organizar la aplicación de una «preferencia comunitaria para el empleo». ¿Resulta extraño entonces que los partidos extremistas retomen este tema en el debate nacional? Como en el caso de la discriminación legal, una resolución de este tipo refuerza la legitimidad de la discriminación que pretendemos combatir en otros lugares.⁶⁰

⁵⁸ Didier Gélot y Claude Minni, «Les immigrés accèdent moins à la formation professionnelle continue», *Insertion-Emploi. Revue française de sciences sociales*, núm. 94, abril-junio de 2006, p. 98.

⁵⁹ Abdelmalek Sayad, «Qu'est-ce qu'un immigré?» en *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*, *op. cit.*, p. 64.

⁶⁰ Catherine Borel (dir.), *Immigration, emploi et chômage. Un état des lieux empiriques et théoriques*, *op. cit.*, p. 97.

Ya sea legal, como en el caso de los empleos reservados, o ilegal, como en el caso de la vivienda o el acceso a la formación, esta discriminación tiene un efecto transgeneracional. Contribuye a producir una discriminación sistémica para los herederos franceses de esta inmigración a lo largo de varias generaciones. Abdelmalek Sayad ya había señalado que la «naturalización» no significaba el fin del trato discriminatorio: «No basta con que el "inmigrante" definido como extranjero, como nacional de otra nación (de otra nacionalidad), se integre "naturalmente" —que es el objetivo de la naturalización— en la categoría política y jurídica del nacional (es decir, la nación y la nacionalidad), para desaparecer como inmigrante, un inmigrante definido, esta vez, en función de su condición social».⁶¹

El mismo proceso se extiende a los descendientes de inmigrantes que, a pesar de haber nacido franceses, siguen siendo contruidos y tratados como inmigrantes. Como dice Abdelmalek Sayad, se convierten en «inmigrantes interiores», es decir, «inmigrantes que han emigrado de ninguna parte, emigrado e inmigrado desde dentro».⁶²

Así pues, el marcador de nacionalidad como criterio de discriminación legal tiende a producir un marcador de origen como criterio de discriminación ilegal. A través de esta discriminación ilegal, los descendientes de inmigrantes siguen siendo asignados a sectores y empleos sobreexplotados. Por supuesto, sus situaciones no son totalmente idénticas. A los herederos de la inmigración se les asigna un estrato de sobreexplotación menos grave que aquel al que se confinó a sus padres o abuelos, pero que en igualdad de condiciones sigue siendo inferior al de sus conciudadanos que no son descendientes de la inmigración.

Algunas cifras de los segmentos de sobreexplotación contemporáneos

Si bien la figura del inmigrante sin papeles es el extremo de la sobreexplotación, dista mucho de ser el único afectado. En la actualidad, la sobreexplotación se extiende a todos los sectores económicos (primario, secundario y terciario) y a los empleos altamente cualificados. Sin ánimo de ser exhaustivos, vamos a describir brevemente tres ejemplos: la agricultura, la subcontratación en el sector servicios, así como los empleos altamente cualificados.

⁶¹ Abdelmalek Sayad, «L'ordre de l'immigration» en *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*, *op. cit.*, pp. 293-294.

⁶² Abdelmalek Sayad, «Le mode de génération des générations immigrés», *Migrants-Formation*, núm. 98, septiembre 1994, p. 12.

Como muchos otros países europeos, en las últimas décadas Francia ha visto aumentar la contratación de trabajadores inmigrantes temporeros en la agricultura. Empleados principalmente en huertos e invernaderos, estos trabajadores tienen un estatuto jurídico conocido como «contrato OMI» (Office des Migrations Internationales),⁶³ que no es más que la organización de un nuevo segmento del mercado laboral que funciona según sus propias normas específicas. Esencialmente marroquíes y tunecinos, estos trabajadores ofrecen la ventaja de ser una mano de obra especialmente flexible: «Deseosos tanto de ganar el máximo dinero posible como de ser recontratados para la campaña siguiente, ofrecen, en principio, las ventajas combinadas de la disponibilidad, la docilidad y la tolerancia de las condiciones de trabajo y de vida»,⁶⁴ resumen los sociólogos Alain Morice y Bénédicte Michalon.

Obligados a volver a casa después de la temporada de cosecha, con un derecho de residencia temporal estrictamente vinculado al empleo en cuestión, estos trabajadores se caracterizan por una precariedad jurídica propicia a la sobreexplotación económica. Además, el empresario tiene la posibilidad de concertar varios contratos «de temporada» en la misma explotación, lo que convierte a muchos de los trabajadores afectados en «temporeros fijos». Desde el punto de vista económico, estos trabajadores cobran el salario mínimo legal pero están «sobrecargados con horas no pagadas y deducciones ilegales por alojamiento, comida, viajes e incluso la firma del contrato».⁶⁵ La práctica habitual de subcontratar la totalidad o parte del proceso de producción a empresas transnacionales de servicios sume a estos trabajadores en una flexibilidad total, que propicia la sobreexplotación permanente. He aquí un ejemplo concreto proporcionado por la Confédération Paysanne:

Un ejemplo emblemático de este tipo de empresas es Terra Fecundis. Esta empresa española que interviene ampliamente en el sur de Francia con el fin de poner a disposición su mano de obra, mayoritariamente ecuatoriana, proporcionando a los agricultores trabajadores dispuestos en todo momento, sustituibles en un abrir y cerrar de ojos en caso de accidente, polivalentes y capaces de responder día a día a los imperativos de la producción. Los testimonios recogidos demuestran que estos trabajadores dependen totalmente de Terra Fecundis. Verdadera fuente de plusvalía financiera, estos emigrantes se ven obligados a consumir los multiservicios proporcionados por la empresa: transporte, acceso a

⁶³ La OMI se transformó en ANAEM (Agence nationale de l'accueil des étrangers et des migrations) y luego en OFII (Office français de l'immigration et de l'intégration) en 2009.

⁶⁴ Alain Morice y Bénédicte Michalon, «Les migrants dans l'agriculture: vers une crise de la main-d'œuvre», *Études rurales*, núm. 182, 2008, p. 12.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 21.

la alimentación, transferencias de dinero al país de origen (¡cobradas a 35 euros por un coste real de 7 euros!), financiación de la vivienda en el país de origen, etc. Muchos de estos emigrantes se ven atrapados en préstamos a tipos flexibles, préstamos hipotecarios y acaban perdiendo la vivienda que compraron. El salario por hora está fijado en torno a 7,50 euros, pero los trabajadores solo perciben en general 300 euros al mes cuando están en Francia, y el saldo queda teóricamente bloqueado en una cuenta en España.⁶⁶

El desarrollo de la subcontratación en los servicios es otro ejemplo de la segmentación racial y de género del mercado laboral. El desarrollo de la subcontratación afecta especialmente a determinados sectores caracterizados por una gran precariedad laboral: construcción y obras públicas, hostelería, servicios personales, limpieza, seguridad, etc. Estos sectores, que no se han deslocalizado o lo han hecho de forma limitada, son los más vulnerables. El antropólogo Emmanuel Terray lo explica así:

Todo el mundo sabe lo que es la deslocalización. Una empresa con elevados costes laborales localizará su producción en países donde los salarios sean más bajos, el trabajo más flexible y la protección menos restrictiva, con el fin de aumentar sustancialmente su margen de beneficios mediante la reducción de los costes laborales. Pero, por la propia naturaleza de su actividad, algunas empresas no pueden deslocalizarse. Una obra se sitúa necesariamente donde se va a utilizar el edificio, un restaurante donde viven sus clientes. Gracias a la presencia de inmigrantes clandestinos, estas empresas encuentran *in situ* una mano de obra que se encuentra en las mismas condiciones que las del Tercer Mundo —salarios muy bajos, flexibilidad total, ausencia de toda protección— debido a la vulnerabilidad social y administrativa de las personas en cuestión.⁶⁷

Si bien es cierto que los inmigrantes en situación irregular están ampliamente representados en estos sectores, no son los únicos. La precariedad del estatuto de residencia de los trabajadores recién regularizados hace que se les destine masivamente a trabajos de subcontratación. La discriminación racista de los inmigrantes y sus descendientes franceses amplía aún más la cantera de la que reclutan los subcontratistas. Lo que distingue a estas distintas categorías de asalariados es el grado en que se ven atrapados en la subcontratación en función de su nivel de vulnerabilidad jurídica.

⁶⁶ Romain Balandier y Nicolas Duntze, «Agriculture et migration: de nouveaux travailleurs pauvres en milieu rural», *Pour*, núm. 225, 2015, p. 72.

⁶⁷ Emmanuel Terray, «L'État-nation vu par les sans-papiers», *Actuel Marx*, núm. 44, 2008, pp. 48-49.

El desarrollo masivo de la subcontratación es consecuencia de la búsqueda de ahorros en los costes laborales a través de la escisión de empresas para evitar alcanzar los «umbrales sociales», la franquicia de unidades de producción (tiendas, hoteles, restaurantes) y, por último, la externalización a través de la subcontratación en cascada: un subcontratista puede subcontratar legalmente parte de sus actividades a su vez. Las consecuencias para las condiciones de trabajo y la remuneración son importantes: los empleados no disfrutan de los beneficios sociales de sus colegas empleados por el principal (descansos, decimotercera paga, almuerzos para llevar, etc.); están sujetos a normas de trabajo diferentes (por ejemplo, el número de habitaciones que deben completarse en un tiempo determinado en los hoteles); están sujetos a una mayor flexibilidad; y se ven obligados a aceptar el trabajo a tiempo parcial impuesto. Las recientes luchas de los empleados subcontratados por las grandes cadenas hoteleras han hecho visible la importancia concreta de este segmento del mercado laboral. He aquí un ejemplo:

El 19 de diciembre de 2016, la empresa de subcontratación Héméra consiguió un contrato de un año con el hotel Clichy. De hecho, se hizo cargo de los 35 empleados de limpieza, en su mayoría inmigrantes, que ya trabajaban para el anterior proveedor de servicios —según lo previsto en el convenio colectivo del sector si tenían al menos cuatro meses de antigüedad—. Mirabelle Nsang, de 43 años, empleada de hogar de origen camerunés y representante de la sección sindical CNT-Solidarité Ouvrière en Héméra, denuncia que desde entonces sus derechos sociales han sido «pisoteados». Protesta: «Nuestros horarios han cambiado, trabajamos seis días a la semana. Nuestros dos días de descanso han desaparecido. Antes, las camareras tenían que limpiar 17 habitaciones en siete horas. Con Héméra, tienen que limpiar entre 20 y 25 habitaciones. Terminamos más tarde y no nos pagan. Teníamos derecho a un fin de semana al mes, pero algunas empleadas ni siquiera cobraron uno. Héméra lo ha destrozado todo». Según ella, la situación afecta a camareras, amas de llaves, miembros del equipo y lavaplatos. Mirabelle Nsang también denuncia el «acoso» de la directora de obra: «Solo te da habitaciones para hacer después de largas estancias, las que están más sucias, para perjudicarte. Quiere reformar su equipo para rodearse de gente que dice sí a todo». ⁶⁸

Trato excepcional y diferenciado con respecto de los demás asalariados, mayor flexibilidad y productividad, gestión arbitraria: con la subcontratación, estamos efectivamente en presencia de un segmento específico del mercado laboral. Si bien nuestros dos primeros ejemplos se refieren a empleos poco cualificados, la misma lógica se aplica a los empleos muy

⁶⁸ Rémy Descous-Cesari, «Dans la sous-traitance hôtelière, c'est de l'esclavage moderne», *Libération*, 26 de noviembre del 2017.

cualificados. Es el caso, por ejemplo, del número cada vez mayor de médicos extranjeros. La escasez de médicos en los hospitales franceses no es el resultado de una caída repentina de la vocación médica, sino de decisiones políticas y económicas. «La consecuencia inmediata de las medidas destinadas a reducir el número de médicos en Francia, combinadas con las reformas de la formación médica, fue un rápido descenso del número de internos en los hospitales públicos y grandes problemas de “escasez” de facultativos»,⁶⁹ explica la socióloga Victoire Cottureau, que calcula que en 2011 había 900 vacantes en los hospitales generales. La opción de la austeridad presupuestaria en la sanidad iba acompañada de un frío cálculo económico consistente en organizar un nuevo segmento de trabajo para los médicos. Al mismo tiempo que reducía presupuestariamente el número de médicos disponibles, el Estado abría sus hospitales a los médicos inmigrantes extracomunitarios, pero bajo la forma de un estatuto específico y desigual. Como en el caso de los inmigrantes poco cualificados, esta mano de obra altamente cualificada sirve de variable de ajuste estructural. Sin estos médicos, las decisiones presupuestarias tomadas habrían conducido a una catástrofe médica: «Los médicos diplomados extracomunitarios (PADHUE) desempeñan un papel esencial en el ajuste de los hospitales públicos franceses y garantizan su buen funcionamiento desde hace más de cuarenta años, principalmente ejerciendo en especialidades con escasez de personal médico, como urgencias, anestesia-cuidados intensivos, geriatría y psiquiatría».⁷⁰ En la práctica, esto significa que los servicios de urgencias, por ejemplo, solo pueden sobrevivir si se contrata a estos médicos. El jefe del servicio de urgencias del hospital Delafontaine de Saint-Denis resume así la situación de su unidad: «No tengo ningún médico francés. Casi todos los médicos son extranjeros o tienen títulos extranjeros. Proceden principalmente del Magreb y del África subsahariana. Las razones son obvias: está mal pagado, es un trabajo duro y se trabaja muchas horas».⁷¹

El precario estatuto jurídico de estos médicos les exige, por una parte, movilidad y flexibilidad y, por otra, salarios similares a los de los auxiliares de enfermería. La situación de estos «interinos en funciones» puede resumirse en algunas cifras:

Los emolumentos brutos anuales asignados a quien hace la «función de interno interino» (FFI), al comienzo de la formación, representan respectivamente el 70 % y el 60 % de la remuneración bruta de un

⁶⁹ Victoire Cottureau, «Les praticiens à diplôme hors Union européenne (PADHUE) en France: décryptage d'un projet de retour devenu “irréalisable”», *Géocarrefour*, disponible en www.journals.openedition.org.

⁷⁰ *Ibidem*.

⁷¹ Mathias Wargon, «La quasi-totalité de mes médecins sont étrangers», disponible en www.rtl.fr.

interno y de un residente, y solo el 44 % de la de un residente de especialidad a partir del tercer año. Un turno realizado por un FFI está remunerado al 80 % del de un interno de especialidad o residente de medicina general de primer y segundo año, y a casi dos tercios del de un interno de especialidad de tercer y cuarto año.⁷²

Se trata de una discriminación del tipo condenado por la Alta Autoridad de Lucha contra la Discriminación y a favor de la Igualdad (HALDE) en su decisión 2006-34 de 27 de febrero de 2006. De este modo, el mercado laboral médico se segmenta jurídicamente para producir una mano de obra más precaria, más móvil, más flexible y más barata.

La «raza» como medio de gestión de las relaciones de clase

La lógica del capitalismo es buscar menores costes laborales o, dicho de otro modo, una mayor productividad para maximizar los beneficios. Una de sus consecuencias es la competencia generalizada entre todas las fuerzas de trabajo, en función de todas las especificidades posibles (edad, sexo, origen, etc.). En lo que respecta a la inmigración, en los primeros tiempos del capitalismo esto significaba una competencia directa entre la mano de obra inmigrante y la mano de obra «nacional». Sin embargo, el progreso del movimiento sindical condujo a la conquista de nuevos derechos y a la estabilidad a fin de contrarrestar la «movilidad perfecta» y la flexibilidad ilimitada que exigía el máximo beneficio. La solución que encontró la clase dominante fue organizar la segmentación y estratificación del mercado laboral en función de criterios como la nacionalidad, el origen y la «raza». La «raza» se convirtió así en una forma de gestionar las relaciones de clase, asignando a los trabajadores inmigrantes a los sectores y empleos sobreexplotados. Tal situación suprime la función de competencia entre las fuerzas laborales, al tiempo que mantiene la presión a la baja sobre los salarios y las condiciones de trabajo. La mano de obra inmigrante y la mano de obra «nacional» ya no son sustitutivas, pero la primera puede seguir utilizándose como medio de ejercer una presión a la baja sobre todos los trabajadores. Como explica Abdelmalek Sayad:

La actual división del trabajo (con la autonomización del mercado de los empleos ocupados por inmigrantes y, correlativamente, la imposibilidad o, cuando menos, la extrema dificultad, incluso en periodos de desempleo, de sustituir a los trabajadores inmigrantes por trabajadores nacionales) puede haber dejado obsoleto el problema de la

⁷² Linda Denour y Rémi Junker, «Médecins étrangers des hôpitaux publics: une reconnaissance progressive», *Hommes et migrations*, núm. 1221, septiembre-octubre de 1999, p. 43.

competencia, así como todas las querellas de rivalidad, pero no puede hacernos olvidar una de las características fundamentales de la inmigración, característica que era manifiesta en un principio pero que hoy está más camuflada, y es que forma parte intrínsecamente (es decir, de derecho si no de hecho en la práctica) del mercado de trabajo; un arma en manos de los empresarios, un arma que utilizan para presionar a la clase obrera nacional.⁷³

De hecho, los avances en la retórica de la «preferencia nacional» y en la práctica de la precarización del permiso de residencia de los inmigrantes han ido acompañados de un deterioro de las condiciones de todos los trabajadores. Es este deterioro, además, lo que está llevando al retorno parcial de la posibilidad de sustituir mano de obra «nacional» e inmigrante en determinados sectores y empleos sobreexplotados antes «reservados» a los inmigrantes y sus herederos. Esta lógica, que ya existía en el pasado, ha sido llevada a su extremo por la globalización. Las condiciones tienden a alinearse en una lógica de igualación por abajo. Sin embargo, este proceso no conduce a una desaparición de la colorida segmentación del mercado laboral. De hecho, se traduce en una migración de la mano de obra inmigrante hacia sectores y empleos aún más sobreexplotados. El deterioro de las condiciones para todos y el deterioro aún mayor para algunos (con la figura del trabajador sin derechos ni protección, el trabajador sin papeles, como extremo) van de la mano. La idea de «vasos comunicantes», según la cual el deterioro de las condiciones de unos llevaría a una mejora de las de otros, no es más que un mito ideológico, tan antiguo como el propio capitalismo.

La institución de discriminaciones, unas legales y otras ilegales, era, y sigue siendo, una forma de frustrar el sentimiento común de clase, es decir, la conciencia de una comunidad de intereses y de destino. Funciona estableciendo «privilegios» para unos y desventajas para otros, pero dentro de una lógica general de degradación para todos. Estos «privilegios» no significan que los trabajadores «nacionales» formen parte de un grupo privilegiado esencializado y homogeneizado. Los conceptos de «privilegio» y «desventaja» son relacionales, lo que significa que solo pueden definirse en términos comparativos. El trabajador «nacional» está ciertamente explotado, pero se beneficia (sin haberlo pedido) de la distancia social producida por la discriminación racista. Para evitar los enfoques moralizantes que no contribuyen en nada a luchar contra la opresión sistémica, hay que hacer otra precisión: los «privilegios» en cuestión no existen a escala macrosocial y a largo plazo.

Esta diferencia esencial entre la experiencia a corto plazo y la escala micro (la de las trayectorias individuales) y la escala macrosocial (la del

⁷³ Abdelmalek Sayad, «Qu'est-ce qu'un immigré?» en *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*, op. cit., p. 65.

sistema social) y el largo plazo es uno de los trucos sociales del capitalismo. Los efectos macrosociales y a largo plazo de los «privilegios» conducen a un deterioro de las condiciones de todos, tanto de los «nacionales» como de los inmigrantes o de los herederos de inmigrantes. Por ejemplo, uno de los pocos estudios que ha intentado medir los efectos a largo plazo de los «privilegios» en Estados Unidos llega a la siguiente conclusión: «Cuanto más se acercan los salarios de los negros a los de los blancos en un determinado estado de Estados Unidos, más altos son los salarios de los blancos en relación con los blancos de otros estados». ⁷⁴

En otras palabras, la discriminación racista produce y reproduce un conjunto de estatus sociales desiguales que tienen el efecto de enmascarar la distribución macrosocial de salarios y beneficios centrando la atención en la distribución interna de ingresos, empleos y otros bienes escasos entre los trabajadores. Cuanto mayor es la discriminación racista, más pobres son los «privilegiados».

De este modo, la discriminación racista tiene también una función ideológica: «nacionalizar» a la clase obrera para atenuar el sentimiento de clase y las luchas sociales radicales que puedan surgir de él, jerarquizándola y empujando a cada categoría a defensas corporativas. El historiador René Galissot resume la génesis de este proceso de «nacionalización» de la siguiente manera:

Las clases trabajadoras se estabilizaron gracias a que la emigración de Europa a ultramar alivió el empobrecimiento del continente europeo. Esto permitió que las clases trabajadoras se integraran realmente en el Estado nacional. Existe una jerarquía en la formación de las clases trabajadoras. En la base, la renovación se produce a través de las migraciones de individuos extranjeros o coloniales. Luego está la estratificación de las cualificaciones profesionales, seguida de las garantías de estatus en las grandes empresas públicas estatales y, por supuesto, el «paraíso profesional» de los funcionarios. En cierto modo, esta estructuración de la clase obrera constituyó el movimiento obrero. Este último se vio entonces arrastrado a la defensa de las empresas y a veces le resultó difícil aceptar que no defendía el «interés nacional»: exigencias de cuotas en nombre de las conquistas sociales, etc. ⁷⁵

Aunque todos los segmentos de la clase obrera están vinculados por sus intereses comunes, no todos actúan a la misma escala. El análisis esencialista

⁷⁴ A. Szymanski, «The narrower the gap between white and black wages in an American State, the higher white earnings were relative to white earnings elsewhere», *American Sociological Review*, núm. 41, 1976, p. 412.

⁷⁵ René Galissot, «Le mouvement ouvrier face aux travailleurs immigrés», *Hommes et migrations*, núm. 1263, septiembre-octubre de 2006, pp. 102-103.

de la clase obrera como entidad homogénea no solo resulta engañoso, sino que además no tiene en cuenta la sobreexplotación de algunos de sus segmentos. En consecuencia, lleva a subestimar, en el mejor de los casos, y a negar, en el peor, las reivindicaciones específicas vinculadas a esta sobreexplotación. Sin embargo, es esencial tener en cuenta estas reivindicaciones en la agenda sindical, caso de que queramos unificar a la clase trabajadora, a la que el capitalismo estratifica y segmenta de una forma aún más exacerbada en esta fase histórica conocida como «globalización». Al reducir la discriminación, cada satisfacción de una reivindicación específica reduce las diferencias existentes entre las condiciones sociales de los distintos segmentos de la clase trabajadora y, por tanto, los unifica en oposición al mismo sistema de explotación. Por ello, la plena igualdad de derechos es y sigue siendo el horizonte reivindicativo más coherente con los intereses de todos los trabajadores.

La lógica de la plena igualdad de derechos se opone a muchos planteamientos que tienden a legitimar el acceso a los derechos en función de diversos criterios discriminatorios: nacionalidad, edad, naturaleza del contrato de trabajo, etc. Plantea un doble principio de legitimidad para todos los trabajadores: el del trabajo y el de la residencia. El primer principio, el de los derechos adquiridos por el trabajo, lleva a exigir la plena igualdad de los derechos vinculados a la condición de trabajador por cuenta ajena: derechos sindicales, prestaciones familiares, subsidio de desempleo, etc. Aunque se han logrado avances significativos gracias a las luchas sociales, siguen existiendo muchas desigualdades: el derecho a ser elegido en los tribunales laborales, la regularización inmediata y automática de todos los trabajadores sin papeles, la eliminación de las cláusulas discriminatorias (en términos de salario y condiciones laborales) en los numerosos estatutos existentes. El segundo principio, vinculado al permiso de residencia, es igual de importante. Se opone a la lógica de forzar la inmigración hacia una movilidad impuesta: precarización de la renovación de los permisos de residencia, derecho a permanecer en Francia sin condiciones o reducción de los derechos tras la edad de jubilación, regularización del estatuto de los sin papeles que residen en Francia de forma duradera, etc. También abre la cuestión de los derechos políticos de los residentes extranjeros, que desarrollaremos en un apartado posterior.

La coherencia con estos dos principios presupone una ruptura con todos los enfoques contables de la inmigración que hacen depender la legitimidad de la inmigración de su contribución económica a la «economía francesa». Estos análisis siguen siendo demasiado frecuentes y, aunque en general tienen por objeto oponerse a las restricciones de los derechos de los inmigrantes, sin embargo conducen a apoyar el trato discriminatorio y la sobreexplotación. Al fin y al cabo, son estos últimos los que explican los

«beneficios» de la inmigración para la llamada «economía francesa». Por ejemplo, el hecho de que tengan una esperanza de vida inferior debido a sus condiciones de trabajo y de vida constituye una «ventaja» para los fondos de pensiones. Aceptar esta lógica nos lleva a considerar la inmigración en términos de temporalidad y de «movilidad perfecta», como explica Abdelmalek Sayad:

¿Qué cuestan los inmigrantes y qué aportan? [...] La inmigración solo tiene sentido y es inteligible para el entendimiento político si es fuente de «beneficios» o, como mínimo, si los «costes» que se le atribuyen no superan los «beneficios» que puede aportar. [Este enfoque contable] solo es posible a condición de que no cuestionemos la forma en que están constituidos lo que llamamos «costes» y «beneficios» respectivamente, o el significado político de la propia operación. Idealmente, la inmigración solo debería implicar «beneficios» y, como mucho, ningún «coste». [Este enfoque] ha enmascarado toda una serie de otras cuestiones que se han vuelto impensables, como ¿A quién le «cuesta» y quién «se beneficia» de la inmigración?⁷⁶

Aceptar el enfoque contable significa validar otro criterio de legitimidad diferente a los derechos de trabajo y residencia. Equivale a avalar la precariedad de los trabajadores inmigrantes —y, por efecto de arrastre, de sus herederos franceses—, que es precisamente lo que constituye los famosos «beneficios». Las cuestiones que acabamos de abordar son, como hemos señalado, aún más candentes en la fase actual del capitalismo, la de la llamada «globalización», caracterizada por una mundialización de la proletarianización, un arbitraje mundial de la fuerza de trabajo y una jerarquización coloreada y sexuada de la fuerza de trabajo.

⁷⁶ Abdelmalek Sayad, «Une immigration exemplaire» en *La double absence, op. cit.*, pp. 118-121.

III

PROLETARIZACIÓN DEL MUNDO Y POLÍTICAS MIGRATORIAS

Con la «globalización» asistimos a la transición de la ley del valor a la ley del valor globalizado, basada en la jerarquización —a su vez globalizada— del precio de la fuerza de trabajo en torno a su valor.

Samir Amin¹

Los análisis presentados en el capítulo anterior se centraron principalmente en las invariantes del modo de producción capitalista y el lugar que ocupa en este el trabajo inmigrante. Es necesario complementarlos con una consideración de las mutaciones que caracterizan sus diferentes secuencias históricas. La dinámica histórica del capitalismo depende de varios factores: el desarrollo de la ciencia y la tecnología, el grado de concentración del capital y la riqueza, el equilibrio de poder entre las clases sociales y entre los países centrales y periféricos. Así pues, la fase actual de lo que se conoce como «globalización» está provocando grandes cambios con efectos significativos sobre el lugar y las funciones de la mano de obra inmigrante y/o derivada de la inmigración.

El discurso dominante sobre la «globalización» la presenta como el resultado de los avances de la ciencia y la tecnología que han dado lugar a interacciones sin precedentes entre las distintas zonas del planeta. Según este relato ideológico internacional, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han dejado obsoletos a los Estados nación, han dejado obsoletas las «grandes narrativas» de emancipación (socialismo, anticolonialismo, antiimperialismo, etc.) y han abolido la lucha de clases. Esta retórica oculta la naturaleza de la globalización y sus orígenes. Lejos de ser una consecuencia lógica del progreso técnico, la llamada «globalización» es el resultado de las estrategias de las grandes potencias imperialistas de la triada (Estados Unidos, Unión Europea y Japón) para un nuevo reparto del mundo.

¹ Samir Amin, *L'histoire globale: une perspective afro-asiatique*, op. cit., p. 8.

Lo que tenemos aquí no es la «globalización» sino la «globalización capitalista», que reproduce y acentúa la división del mundo en centros dominantes y periferias dominadas a escala global, y la polarización de las clases sociales en cada país. De naturaleza capitalista e impulsada por decisiones políticas y económicas concretas (a través del G8, el FMI, el Banco Mundial, la OMC, etc.), la «globalización» implica una ofensiva generalizada contra todas las conquistas sociales y políticas logradas por los pueblos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, lo que resulta posible en el contexto de la desaparición de los equilibrios y las relaciones de fuerza resultantes de la Segunda Guerra Mundial y de la descolonización. La desaparición del mundo bipolar, con el fin de la URSS, fue percibida y analizada como una oportunidad por las clases dominantes para librar a la lógica capitalista e imperialista de todas las concesiones logradas por las luchas populares del siglo XX. El proyecto de volver a una lógica capitalista e imperialista «pura» se ha convertido en el grito de guerra de estas clases dominantes, y el «neoliberalismo» es su traducción económica. Los movimientos populares masivos que sacuden el planeta, independientemente de su diversidad y de la especificidad de sus desencadenantes nacionales, son un intento de oponerse a esta contrarrevolución programada. El año 2019 ha estado marcado por una oleada de revueltas populares sin precedentes en todo el planeta (chalecos amarillos en Francia, Argelia, Sudán, Haití, Chile, etc.). Si bien los desencadenantes de cada revuelta son específicos, las causas son en gran medida comunes y tienen que ver con el rechazo al empobrecimiento masivo provocado por la llamada «globalización». Si queremos entender nuestro tiempo, debemos tener en cuenta la base material de las revueltas actuales.

Lejos de ser simplemente movimientos por la «democracia», contra el «sistema» o por la «libertad», estos movimientos populares masivos reflejan, en nuestra opinión, un movimiento sin precedentes de proletarización del mundo producido por la globalización. La globalización se desarrolla según una lógica de eliminación de los obstáculos a la libre circulación de capitales, de destrucción de las barreras al libre comercio, de erradicación de las barreras aduaneras y de las «cargas» legislativas a la «libre competencia». Detrás de estas frases, que se repiten una y otra vez en nuestros medios de comunicación, se esconde simplemente una desregulación generalizada, impulsada por la reducción de los costes laborales como mecanismo para aumentar la tasa de beneficio. Los países dominados de la periferia han sido «preparados» para este proceso por los planes de ajuste estructural que, durante las tres últimas décadas, les han impuesto el FMI y el Banco Mundial. Para poder acceder al crédito, estos países periféricos se han visto obligados a suprimir su protección aduanera, liberalizar los precios, privatizar los servicios públicos, facilitar las inversiones

extranjeras, etc. Las consecuencias son hoy evidentes: desindustrialización en los centros imperialistas, como consecuencia de las deslocalizaciones masivas, y proletarización en las periferias dominadas, con el rasgo común del empobrecimiento de las clases trabajadoras tanto en el centro como en las periferias.

Solo la omnipresencia de una visión eurocéntrica, sostenida por los medios de comunicación dominantes, ha podido hacer aparecer este vasto movimiento de redistribución de las fuerzas de trabajo como el signo del fin de la clase obrera y de la lucha de clases, la prueba de la entrada en una sociedad postindustrial, el indicador de una profunda mutación del capitalismo. Pero la clase obrera no solo no disminuye, sino que crece, siempre y cuando miremos más allá de los centros imperialistas, a todo el planeta. Algunas cifras bastan para demostrarlo: en 1950, el 34 % de los trabajadores industriales estaban empleados en un país de la periferia dominada. En 1980 había aumentado al 53 %, y en 2010 al 79 % (es decir, 541 millones de trabajadores en términos absolutos, frente a 145 millones en los países del centro). La transferencia de mano de obra es aún mayor si centramos el análisis en el trabajo manufacturero: «El 83 % de la mano de obra manufacturera mundial vive y trabaja en los países del Sur»,² resume el economista John Smith. Y este aumento de la cuota de los países periféricos se ha producido en un contexto de aumento significativo de la «población económicamente activa» entre 1980 y 2006, que según las propias cifras del FMI,³ pasó de 1.900 millones en 1980 a 3.100 millones en 2006.

En su excelente libro *Modernité, religion et démocratie. Critique de l'eurocentrisme, critique des culturalismes* [Modernidad, religión y democracia. Crítica del eurocentrismo, crítica de los culturalismos],⁴ Samir Amin resumía el vínculo entre el desarrollo en un polo del planeta y el subdesarrollo en otro. Esta polarización global del pasado está entrando ahora en una nueva era, que se refleja en la proletarización del mundo. Al mismo tiempo que se amplía la clase obrera en los países periféricos, el capitalismo destruye los empleos agrícolas en estos países. La apertura de los mercados y la liberalización del comercio exterior impuestas por los planes de ajuste estructural han hecho que la proporción del empleo agrícola en la población activa de los países periféricos haya pasado del 73 % en 1960 al 48 % en 2007.⁵ Un aumento sin precedentes del número de trabajadores industriales y un aumento igualmente impresionante del número de parados

² John Smith, *L'impérialisme au 21e siècle*, París, Éditions critiques, 2019, p. 144.

³ FMI, *World Economic Outlook*, abril 2007, citado en *ibidem*, p. 160.

⁴ Samir Amin, *Modernité, religion et démocratie: critique de l'eurocentrisme, critique des culturalismes*, París, Parangon, 2008.

⁵ ILO, *Indicadores clave del mercado de trabajo*, Ginebra, OIT, 2007, cap. 4.

que se amontonan en las afueras de las grandes ciudades, como consecuencia de la destrucción de la agricultura y del éxodo rural resultante, son las dos características de la proletarización de los países periféricos dominados. En los países del centro imperialista, la situación no es mucho mejor. Contrariamente al mito de una «economía de servicios» que toma el relevo de una «economía industrial», el retroceso del empleo industrial se traduce en un desempleo estructural creciente. También aquí asistimos a la proletarización. De Argel a París y de Jartum a Beirut, de los chalecos amarillos a los *hiraks*,⁶ es esta proletarización la que se refleja en la ira popular masiva de 2019.

La proletarización de la periferia dominada no ha producido en esta ninguna mejora. La caída del poder adquisitivo de los trabajadores de los centros imperialistas no se ha traducido en un aumento del poder adquisitivo de los trabajadores de la periferia, sino en un aumento de los beneficios. Esto implica el paso de la explotación de la fuerza de trabajo a la superexplotación, o el paso de la dominación de una forma de plusvalía a otra. Volvamos brevemente a estos conceptos de Marx, que siguen siendo esenciales para comprender la barbarie del mundo actual.

Recordemos que Marx consideraba la fuerza de trabajo como una mercancía en el capitalismo que, como todas las demás mercancías, tiene un valor, correspondiente a la cantidad de trabajo necesaria para producir los bienes que permiten su producción y reproducción (alimentación, vivienda, vestido, educación, etc.). Este valor tiene una expresión monetaria, que es el salario real. Con este salario, el capitalista compra el derecho a utilizar esta fuerza de trabajo durante un determinado periodo de tiempo. Este periodo de tiempo produce a la vez el equivalente del salario del trabajador así como la plusvalía, que se transforma en beneficio cuando se venden las mercancías producidas. Cada jornada laboral se divide así en dos duraciones: trabajo necesario (correspondiente al salario) y trabajo excedente (correspondiente a la plusvalía). El interés del capitalismo está en maximizar el trabajo excedente o minimizar el trabajo necesario. Para nuestro autor, la explotación se refiere a este plustrabajo o plusvalía. Incluso cuando el salario se paga a su precio íntegro, sigue habiendo explotación. La segunda aportación de Marx es haber formalizado los medios por los que el capitalista intenta maximizar el plustrabajo o la plusvalía. En particular, estudió dos de ellos, que denominó «plusvalía absoluta» y «plusvalía relativa». La primera se maximiza alargando la jornada laboral y la segunda aumentando la productividad del trabajo.

⁶ El término *hirak*, que significa literalmente «movimiento», es el nombre que reciben los movimientos populares de masas en algunos países donde el árabe es una de las lenguas habladas.

Aunque Marx solo estudió detenidamente estas dos formas, esto no significa que no hubiera otras. Lo explica en numerosas ocasiones, señalando que parte del supuesto de que la fuerza de trabajo se paga a su valor. En otras palabras, su objetivo es analizar la lógica del sistema capitalista — independientemente de las formas concretas que adopte en un país o en un periodo determinados— y no el capitalismo realmente existente. Este último no duda, siempre que la relación de fuerzas lo permite, en reducir los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, es decir, por debajo del mínimo necesario para vivir dignamente. Marx señala que: «La duración del plustrabajo solo puede prolongarse reduciendo el salario del obrero por debajo del valor de su fuerza de trabajo [...]. Ahora bien, aunque esta práctica desempeña un papel importantísimo en el movimiento real de los salarios, no tiene cabida aquí, donde se supone que todas las mercancías, y por consiguiente también la fuerza de trabajo, se compran y se venden a su justo valor».⁷ Todo el capítulo 8 del libro primero de *El capital* está dedicado a ejemplos concretos de situaciones en las que la fuerza de trabajo se paga por debajo de su valor, con el resultado de que «la fuerza de trabajo se agota y muere prematuramente».⁸ En estas situaciones, ya no se trata simplemente de explotación, sino de superexplotación.

Entre los ejemplos citados por Marx, dos son particularmente actuales en el contexto actual de la globalización capitalista. El primero es el de las fuerzas de trabajo inmigrantes, fuertemente afectadas por la superexplotación, y el segundo es el de las situaciones esclavistas, coloniales y semicoloniales en las que la superexplotación es la regla. El primer ejemplo llevó a Marx a insistir en la importancia de que los sindicatos «cuiden al máximo los intereses de los oficios peor pagados», para contrarrestar la desunión de los trabajadores, «engendrada y perpetuada por la inevitable competencia entre ellos».⁹ La segunda condujo a una denuncia cada vez más virulenta de la esclavitud y el colonialismo, que en cierto modo constituían el ideal del capitalismo en la fijación del precio de la fuerza de trabajo: «En cuanto a los capitales invertidos en las colonias, etc., por otra parte, pueden producir tasas de beneficio más elevadas porque, debido a su menor desarrollo, la tasa de beneficio es generalmente más elevada allí, y también más elevada, gracias al empleo de esclavos, *coolies*, etc.»,¹⁰ recuerda Marx. Estos dos ejemplos subrayan la inutilidad de una lucha anticapitalista que excluye de

⁷ Karl Marx, *Le capital*, Libro 1, *op. cit.*, p. 306.

⁸ *Ibidem*, p. 258.

⁹ Karl Marx y Friedrich Engels, «Instructions pour les délégués du Conseil central provisoire de l'AIT sur les différentes questions à débattre au congrès de Genève» (3-8 de septembre de 1866), en Jacques Freymond, *La Première Internationale: Recueil de documents*, vol. 1, París, Droz, 1962, p. 34.

¹⁰ Karl Marx, *Le capital*, Libro 3, París, Le Progrès/Éditions sociales, 1976, p. 253.

su programa la lucha contra la discriminación racista de los trabajadores inmigrantes, documentados o indocumentados, y el internacionalismo.

Al insistir en su análisis del imperialismo en su carácter parasitario, Lenin retomó el análisis de Marx para un capitalismo que se había vuelto monopolista. La exportación de capitales en pos de una tasa de beneficio máxima, explica el autor, conduce a la aparición de comportamientos «rentistas» y parasitarios por parte de los propietarios del capital:

El monopolio de la posesión de colonias particularmente vastas, ricas o ventajosamente situadas actúa de la misma manera. Sigamos. El imperialismo es una inmensa acumulación de capital-dinero en un pequeño número de países, acumulación que alcanza, como hemos visto, de 100 a 150 mil millones de francos en valores. De ahí el extraordinario desarrollo de la clase rentista o, para ser más precisos, del estrato rentista, es decir, de personas que viven de «recortar cupones», que están totalmente alejadas de la participación en cualquier empresa y cuya profesión es la ociosidad. La exportación de capitales, una de las bases económicas esenciales del imperialismo, aumenta aún más el aislamiento total de la capa rentista respecto a la producción y confiere un carácter parasitario a todo el país que vive de la explotación del trabajo de unos cuantos países y colonias de ultramar.¹¹

Las deslocalizaciones repetidas en respuesta a las variaciones de los costes laborales, el cierre de empresas rentables cuya tasa de beneficio no se considera máxima, las presiones de los planes de ajuste estructural (para reducir los costes laborales, reducir el papel del Estado y eliminar los obstáculos a la circulación de capitales), etc., que caracterizan nuestro mundo contemporáneo, son una ilustración de este parasitismo ya generalizado. Estos rasgos de la globalización capitalista constituyen el signo de un capitalismo que ya no se centra en la simple explotación, sino en una tendencia a la superexplotación generalizada. Esta superexplotación generalizada no es menos desigual entre el centro imperialista y las periferias dominadas. En su análisis del parasitismo del imperialismo, Lenin ya había señalado que los beneficios excedentarios de las colonias daban a la clase dominante un margen considerable para comprar la paz social redistribuyendo migajas cuando la relación de fuerzas así lo dictaba. Fidel Castro nos lo recuerda en los siguientes términos:

En un país del Tercer Mundo, la explotación tiene una connotación mucho más terrible que en un país capitalista desarrollado, porque es precisamente por miedo a la revolución, por miedo al socialismo, que

¹¹ Lenin, *L'imperialisme: stade suprême du capitalisme*, París, Éditions sociales, 1945, p. 89 [ed. cast.: *El imperialismo. La fase superior del capitalismo*, Madrid, Taurus, 2012].

el capitalismo desarrollado ha llegado a patrones de distribución que, hasta cierto punto, eliminan las grandes hambrunas que eran comunes en los países europeos en la época de Engels, en la época de Marx.¹²

De las tres formas de plusvalía discutidas por Marx, solo dos reciben un nombre, a saber, la plusvalía absoluta, obtenida mediante la prolongación de la jornada laboral, y la plusvalía relativa resultante del aumento de la productividad. La tercera se menciona varias veces, pero no se incluye en el análisis por la razón expuesta anteriormente. La llamaremos plusvalía de superexplotación obtenida al pagar la fuerza de trabajo por debajo de su valor. La globalización capitalista actual tiende a generalizarla para un número creciente de trabajadores de los países del centro imperialista, y aún más intensamente para los trabajadores de las periferias dominadas. A la dominación de la plusvalía absoluta de los primeros tiempos del capitalismo y a la plusvalía relativa del capitalismo maduro sucede, pues, la plusvalía de superexplotación del «capitalismo senil», según la expresión de Samir Amin.¹³ Válido para todos los trabajadores, este predominio de la plusvalía por superexplotación lo es aún más para las mujeres. Por ello, no es casualidad que su número aumente tanto en las clases trabajadoras de las periferias dominadas como en la emigración. A la división del trabajo por colores se añade la división por sexos. El capitalismo parece así completar un ciclo y volver al principio de su surgimiento, es decir, al periodo en que se reunieron las condiciones para su establecimiento mediante la destrucción bárbara de las civilizaciones indígenas de América y la esclavitud, mediante el trabajo infantil y la superexplotación de los primeros proletarios procedentes del campesinado desposeído. El capitalismo parece volver a una «forma pura», la que existía antes de que la organización de los trabajadores forzara la transición de la superexplotación a la explotación, es decir, forzara el pago de la fuerza de trabajo a su valor.

Las mutaciones de las lógicas de las políticas migratorias

Las políticas migratorias de los centros imperialistas se han adaptado al proceso de globalización capitalista. El capitalismo globalizado, centrado en la plusvalía procedente de la sobreexplotación, funciona sobre la base de cadenas de valor mundiales. Por lo tanto, un mismo producto final puede ser el resultado del ensamblaje de elementos procedentes de distintos lugares geográficos repartidos por varios continentes. Lo que distingue la

¹² Fidel Castro, «Discours de clôture de la 4e Rencontre latino-américaine et des Caraïbes», 28 de enero de 1994, disponible en fidelcastro.cu.

¹³ Samir Amin, *Au-delà du capitalisme sénile*, París, PUF/Actuel Marx, 2002.

producción de la periferia dominada de la producción del centro imperialista no es una diferencia de productividad, sino una diferencia de salarios. Si la productividad tiende a ser equivalente, la misma mano de obra será remunerada de manera diferente según esté empleada en el centro o en la periferia. Las tesis que explican las diferencias salariales como resultado de las diferencias de productividad son simplemente «eurocéntricas» u «occidentalocéntricas», es decir, ocultan la dimensión mundial de las cadenas de valor de las principales industrias, o bien obvian lo que caracteriza esencialmente al capitalismo globalizado: «La fuerza motriz fundamental que delimita los contornos de la globalización de la producción [es] el arbitraje del trabajo a escala mundial»,¹⁴ por utilizar la formulación del economista John Smith.

Aquí es donde entra en juego la cuestión de las fronteras y la política de fronteras. Hay dos formas de acceder a esta mano de obra mal pagada: hacer migrar la producción a la periferia dominada o hacer migrar la mano de obra a los países del centro. El FMI resume: «Las economías avanzadas pueden acceder a la reserva mundial de mano de obra a través de las importaciones y la inmigración».¹⁵ Antes de la famosa «globalización», la inmigración era el vector principal y la externalización el secundario. Desde entonces, ocurre lo contrario. Es teniendo en cuenta esta inversión como podemos comprender la lógica de las nuevas políticas migratorias. Se pueden formalizar tres dimensiones clave de estas políticas migratorias para la era de la globalización: 1) la fortaleza, con su función de fijación de la mano de obra en la periferia para responder a las necesidades de las deslocalizaciones; 2) la inmigración selectiva, con su función de captación de mano de obra altamente cualificada; 3) los inmigrantes sin papeles, con su función de mano de obra superexplotada para los sectores económicos que no se pueden deslocalizar.

La función sistémica de la lógica de la fortaleza

Las barreras a la inmigración no tienen precedentes en la historia del capitalismo. Lejos de ser el resultado de una llegada masiva e incontrolada de aspirantes a emigrantes, la erección de estas barreras acompaña a la expansión de la Unión Europea, acelerada a su vez por la exacerbación de la competencia entre las multinacionales de las grandes potencias económicas como resultado del proceso de globalización. Así lo atestiguan los plazos en los que se establecieron estas barreras. Tienen más que ver con

¹⁴ Mike Davis, *Le pire des mondes possibles: de l'explosion urbaine au bidonville global*, París, La Découverte, 2007, p. 264.

¹⁵ FMI, *World Economic Outlook*, 2007, Washington DC, p. 180.

la construcción europea que con un cambio sustancial en la afluencia de trabajadores inmigrantes. La fortaleza se construyó en el mismo periodo que el espacio Schengen (1985), la creación de la Unión Europea por el Tratado de Maastricht (1992), la introducción del euro como moneda (1999) y la ampliación progresiva de la Unión Europea, sobre todo hacia el este (de 1995 a 2013).

Lejos de ser el reflejo de unos «valores europeos» o de una «cultura europea», o la expresión de un deseo de instaurar la paz en Europa, o la respuesta a una aspiración popular de ver desaparecer las fronteras europeas, la construcción de la Unión Europea es ante todo el acompañamiento político e institucional de las multinacionales europeas en el proceso de competencia desenfrenada iniciado por la nueva fase de la globalización capitalista. La Europa Fortaleza es el componente migratorio de este acompañamiento político a la emergencia de una nueva superpotencia económica. Como han señalado numerosos estudios, la creación del espacio Schengen puede considerarse el punto de partida de la lógica de la fortaleza.

Los acuerdos de Schengen firmados por ocho países de la CEE (Alemania, Bélgica, España, Francia, Italia, Luxemburgo, Países Bajos y Portugal) constituyen la base jurídico-policia de la construcción del muro fortaleza: visados, sanciones a las empresas de transporte que no controlen suficientemente la legalidad de los documentos de los pasajeros, lista común de indeseables, intercambios de información y creación de una herramienta de cooperación policial: Europol. Como resume el historiador Bernard Ravenel:

Los inmigrantes ilegales y los «falsos refugiados» pronto se presentaron como el gran peligro para el futuro de la CEE. Algunos discursos oficiales no dudaron en meterlos en el mismo saco que a los narcotraficantes, los terroristas y otros peligros públicos [...] Para defender la fortaleza del ataque de estos «ejércitos», los Doce exigieron el derecho a utilizar cualquier medio necesario [...] Inmigrantes y refugiados fueron considerados —y tratados— como «enemigos». Este lenguaje y los instrumentos de guerra son en cierto modo «naturales»: la guerra contra las drogas, la guerra contra el terrorismo, la guerra contra la inmigración (ilegal), se están convirtiendo en las cruzadas modernas de la Europa Fortaleza.¹⁶

Los episodios posteriores de la lógica de fortaleza puesta en marcha por Schengen no son más que las consecuencias previsibles de esta elección inicial. Para poner en práctica esta elección, es necesario restringir los viajes legales (política de visados), militarizar las fronteras exteriores (creación

¹⁶ Bernard Ravenel, «L'insoutenable "Forteresse Europe"», *Confluences Méditerranée*, núm. 5, invierno de 1993, p. 110.

de la agencia Frontex), bloquear físicamente a las personas con el llamado «enfoque de *hotspots*» [«enfoque de puntos calientes» o «enfoque de puntos críticos»]¹⁷ y externalizar la contención de los posibles migrantes y refugiados. Juiciosamente, cada crisis económica que da lugar a una afluencia igualmente económica de refugiados se utiliza para justificar nuevas medidas represivas sobre la base de campañas políticas y mediáticas que difunden el miedo a un maremoto humano procedente de los países del Sur. Así ocurrió en 1991 con la llegada de los albaneses, que sirvió para legitimar la creación de la agencia Frontex. Casi tres décadas después, es la crisis siria la que se ha utilizado para legitimar la creación de «puntos calientes», eufemismo de los modernos campos de internamiento. El escenario en dos fases ya está bien ensayado: un discurso político y mediático omnipresente sobre la existencia de una supuesta «crisis migratoria» como herramienta para fabricar el consentimiento a nuevas medidas represivas.

La política de visados es el primer componente de la fortaleza. Históricamente vinculada a la función soberana de la seguridad nacional, la política de visados está ahora vinculada a la contención del «riesgo migratorio». Así lo atestiguan los cambios en la información requerida para obtener un visado y los motivos de denegación más recurrentes. Como resume la jurista Danièle Lochak:

A diferencia del pasado, la finalidad de un visado es menos garantizar la seguridad de los Estados afectados que bloquear la inmigración ilegal. [...] Una lectura de los reglamentos comunitarios sobre visados, que establecen normas comunes para el examen de las solicitudes de visado por los servicios consulares, muestra claramente que la inmigración ilegal es la principal preocupación.¹⁸

El documento del consulado alemán en Abiyán titulado «Explicaciones para la decisión de denegación», que «identifica las razones más comunes para la denegación de un visado» incluye, por ejemplo: «el propósito de su estancia según los documentos no era evidente» o «no se pudo establecer su intención de abandonar el país antes de que expirara el visado».¹⁹ Por supuesto, este cambio en la naturaleza de la política europea de visados ha intentado

¹⁷ Según la Comisión Europea, el enfoque Hotspots consiste en que: «La Agencia de Asilo de la Unión Europea (AAUE), la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas (Frontex), Europol y Eurojust trabajan sobre el terreno con las autoridades de los Estados miembros de primera línea de la UE que se enfrentan a presiones migratorias desproporcionadas en las fronteras exteriores de la UE para ayudar a cumplir sus obligaciones en virtud del Derecho de la UE e identificar rápidamente, registrar y recibir impresiones dactilares de los migrantes». [N. de. T.]

¹⁸ Danièle Lochak, «Europe et immigration: quelles réponses?», *Les Débats*, núms. 10-11, primavera de 2019, p. 9.

¹⁹ Botschaft der Bundesrepublik Deutschland Abidjan, disponible en abidjan.diplo.de.

escudarse en el riesgo para la seguridad, pero como señala Danièle Lochak: «Se trata de una coartada, porque la mayoría de los terroristas tienen documentos válidos, si no son simplemente nacionales de los Estados miembros».²⁰ Esta política europea de visados refuerza la escandalosa desigualdad mundial del derecho a la movilidad en función de la nacionalidad. «Si eres europeo, puedes viajar libremente durante tres meses a 173 países, si eres ruso a 91, si eres chino a 44, y al final de la cola tienes a todos esos de los que estamos hablando: los afganos, los sudaneses, los eritreos»,²¹ señala la politóloga Catherine Wihtol de Wenden. La web *Passport Index*, que enumera los países accesibles según el país emisor del pasaporte, elabora cada año una clasificación. Como era de esperar, «los países del África continental son los que salen peor parados» y «los últimos puestos de la clasificación están ocupados por los países con el PIB más bajo, todos ellos en Asia o África, y Afganistán ocupa el último lugar con solo 30 países accesibles».²² La doble jerarquía de riqueza y color caracteriza innegablemente nuestro mundo contemporáneo en términos de derecho a la movilidad.

Con la misma obsesión de contención, la política europea de visados no olvida a los solicitantes de asilo. La obligación de disponer de un visado de tránsito, conocido como «visado de tránsito aeroportuario», se hizo obligatoria en 2009 para los países del espacio Schengen. Se aplica a los nacionales de una lista de países elaborada arbitrariamente por la Unión Europea. Aunque se presenta como un medio para combatir la «inmigración ilegal», esta obligación se dirige en realidad directamente a los solicitantes de asilo. Basta para convencerse con leer el contenido de esta lista, a la que cada país puede añadir lo que considere oportuno. Incluye países como Afganistán y Siria. «El principal efecto del VTA [...] es impedir que los pasajeros en tránsito por un Estado miembro soliciten asilo en él»,²³ resume la Asociación Nacional de Asistencia en Frontera a Extranjeros (ANAFE). Para garantizar la eficacia de la medida, las compañías aéreas están obligadas, so pena de sanciones económicas de hasta 500.000 euros, a garantizar que los pasajeros dispongan de un VTA. Los Estados europeos ya ni siquiera tienen que denegar el asilo aquí, pues la propia solicitud de protección ha quedado imposibilitada.

Frontex es el segundo componente de la Europa Fortaleza. Creada en 2004, con el nombre de Agencia Europea para la Gestión de la

²⁰ Danièle Lochak, «Europe et immigration: quelles réponses?», art. cit, p. 9.

²¹ Catherine Wihtol de Wenden, «Europe et immigration: quelles réponses?», *Les Débats*, núms. 10-11, primavera de 2019, p. 23.

²² Pierre Breteau, «Pourquoi tous les passeports ne se valent pas», *Le Monde*, 23 de septiembre 2018.

²³ Sophie-Anne Bisiaux y Marine Doisy, *Les visas de transit aéroportuaire imposés par la France: état des lieux et enjeux*, París, anafe, julio de 2017, p. 2.

Cooperación Operativa en las Fronteras Exteriores de los Estados miembros de la Unión Europea, su objetivo es «asistir» a los Estados miembros del espacio Schengen que tienen fronteras exteriores con terceros países en el control de dichas fronteras. Esta agencia, que se convirtió en Frontex en 2006, tenía un presupuesto de 320 millones de euros en 2018 y se espera que cuente con 10.000 empleados en 2021. Este verdadero ejército, que supuestamente debe luchar contra la «inmigración ilegal», no es en realidad más que una herramienta de devolución militarizada de los solicitantes de asilo. Como en el caso de los visados aeroportuarios, se trata de impedir la posibilidad misma de solicitar asilo o residencia, devolviendo a los solicitantes a pesar de lo que estipulan la Convención de Ginebra, el derecho internacional e incluso los propios textos de la Unión Europea. El geógrafo Olivier Clochard y Eva Ottavy, responsable de solidaridad internacional de Cimade, resumen así las continuas violaciones de los derechos en las fronteras griegas por parte de Frontex:

Al devolver *manu militari* a los barcos que navegan por sus aguas nacionales, Grecia viola la prohibición de expulsión colectiva a la que está obligada por la legislación europea. Esta prohíbe la expulsión de grupos de personas si no se ha evaluado razonable y objetivamente su situación individual. Así, al no permitir que las personas que solicitan protección internacional tengan acceso a un procedimiento justo, Grecia está violando el derecho de asilo consagrado en la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados y la legislación europea. Por último, Grecia también está violando el principio de no devolución, que también está consagrado en varias leyes que prohíben la devolución de una persona a su país de origen o a otro país en el que su vida o su libertad estén amenazadas. Estas deportaciones tienen lugar ocultas a la vista pública. Sin embargo, decenas de testimonios recogidos por Pro-Asyl (2013) y Amnistía Internacional (2013) subrayan que estas deportaciones se han convertido en parte de la «rutina» del control fronterizo.²⁴

El establecimiento de *hotspots* es el tercer componente de la Europa Fortaleza. Estas «plataformas regionales de desembarco», como las denomina eufemísticamente la Unión Europea, están diseñadas para «separar» a los «verdaderos refugiados» de los «falsos refugiados». Para los que entran en la segunda categoría, es decir, la gran mayoría, los *hotspots* constituyen «centros de detención previos a la expulsión». En la práctica, los *hotspots* son centros cerrados donde los exiliados permanecen mientras se examinan sus solicitudes. Dicho más claramente, son cárceles al aire libre. Adoptado

²⁴ Eva Ottavy y Olivier Clochard, «Franchir les dispositifs établis par Frontex. Coopérations policières transfrontalières et refoulements en mer Égée», *Revue européenne des migrations internationales*, núm. 2, 2014, p. 150.

en 2015 por la Comisión Europea, el llamado «enfoque de *hotspots*» se presenta como una respuesta a la «crisis de refugiados» vinculada a la guerra en Siria. Una vez más, se utiliza una crisis a corto plazo como herramienta para poner en marcha un método estructural y sostenible de gestión de fronteras. Se han abierto nueve *hotspots*, cinco en Grecia y cuatro en Italia, además de «*hotspots* móviles».

Tras dos años de funcionamiento de los centros griegos, la jurista Claire Rodier extrae las siguientes conclusiones:

Problemas de hacinamiento, menores no acompañados que viven con adultos, alimentación inadecuada, deterioro de las condiciones de higiene por saturación de los sanitarios, etc. [...] En enero de 2017, el Gobierno griego anunció que crearía un «*hotspot* móvil» para menores no acompañados. [...] En enero de 2017, Amnistía Internacional informó de una tasa de ocupación del 148 % en Lesbos, del 215 % en Samos y del 163 % en Kos. Por ello, durante el invierno de 2016-2017, especialmente duro en la región, algunos de ellos se vieron obligados a dormir al raso, envueltos en simples mantas que se cubrían de nieve durante la noche.²⁵

Los titulares de los informes de las ONG internacionales que trabajan en solidaridad con los refugiados dan una idea de la magnitud del escándalo: «Grecia. Refugiados detenidos en condiciones deplorables» en abril de 2016 de Amnistía Internacional; «Grecia. Inseguridad y condiciones insalubres en los *hotspots* de refugiados» en mayo de 2016 de Human Rights Watch; «El acuerdo UE-Turquía, la gran farsa. Informe de Misión en los *hotspots* griegos de Quíos y Lesbos» en julio de 2016 de Groupe de'Information et de Soutien des Immigrés (GISTI); etc. Claire Rodier señala, basándose en los informes de misión de Amnistía Internacional, que la situación en los *hotspots* italianos es similar:

Tras cuatro misiones llevadas a cabo en Italia durante 2016, Amnistía Internacional enumeró estas prácticas, entre las que identificó casos de detención durante periodos más largos de lo permitido por la legislación italiana, uso de coerción, violencia o incluso tortura para obligar a las personas recalcitrantes a someterse a la toma de huellas dactilares, procedimientos de evaluación de situaciones individuales llevados a cabo de manera expeditiva, con el único objetivo de clasificar a la persona en cuestión como «migrante irregular» y no como susceptible de protección, etc.²⁶

²⁵ Claire Rodier, «Le faux-semblant des *hotspots*», *La revue des droits de l'homme*, núm. 13, 2018, p. 5.

²⁶ *Ibidem*, pp. 8-9.

La política de externalización del control es el último gran componente de la Europa Fortaleza. Su «objetivo es tanto deslocalizar los controles lo más lejos posible de las fronteras de la Unión y, por tanto, eliminar en la medida de lo posible el cordón sanitario que se supone protege a Europa, como trasladar la responsabilidad de esta política a terceros países»,²⁷ resume Danièle Lochak. La externalización del control ha seguido dos vías principales. La primera son los «acuerdos de readmisión», que comprometen a los países firmantes, principalmente africanos, a acoger no solo a sus propios nacionales, sino también a las personas que han transitado por su territorio. A cambio de una compensación económica, estos países se convierten en subcontratistas de la policía europea. La consecuencia lógica ha sido el desarrollo de duras políticas de devolución en los países norteafricanos, creando las bases para un preocupante aumento de la negrofobia al designar a los subsaharianos como un problema, un peligro y una amenaza.

La segunda vía de externalización es el llamado «Proceso de Jartum», también conocido como «Iniciativa sobre la ruta migratoria UE-Cuerno de Africa». Este proceso, en el que participan una decena de países africanos, pretende, como su nombre indica, intentar hacer intransitable esta ruta. A cambio de financiación, se anima a cada país africano a bloquear, rechazar y, por tanto, reprimir a los exiliados de otros países africanos. Estos países se comprometen no solo a acoger de vuelta a las personas que han pasado por su territorio, sino también a patrullar para impedir que partan hacia Europa. Países como Sudán y Libia se han convertido así en «socios» de las políticas migratorias europeas. El caso libio ilustra por sí solo las consecuencias del proceso de Jartum:

La Unión Europea y los Estados miembros prestan una ayuda sustancial a Libia, a la que se confía explícitamente la tarea de interceptar a los migrantes que tratan de llegar a Europa por mar, y esto a pesar de que se han reconocido y documentado los crímenes contra la humanidad cometidos en este país contra los migrantes y atribuibles bien a agentes del Estado, bien a miembros de milicias o mafias: asesinatos, esclavitud, torturas, violaciones, esclavitud sexual, desapariciones forzadas.²⁸

En aras de la exhaustividad, habría que añadir la construcción de un muro de 12,5 km de largo y 3 metros de alto en Grecia, el uso de tecnología punta para detectar a los exiliados y la reintroducción, ciertamente momentánea pero de forma periódica, de controles en las fronteras internas de la Unión Europea. Todas estas medidas, que demuestran innegablemente la

²⁷ Danièle Lochak, «Europe et immigration: quelles réponses?», art. cit, p. 12.

²⁸ *Ibidem*, p. 13.

construcción de una Europa Fortaleza, merecen ser recordadas, aunque solo sea brevemente. Las consecuencias eran, y siguen siendo, en gran medida previsibles: el uso de rutas cada vez más peligrosas, lo que ha provocado un aumento sin precedentes del número de personas que mueren cruzando el Mediterráneo. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM), que se convirtió en una agencia de las Naciones Unidas en 2016, calcula que casi 20.000 personas (incluidos 1.600 niños) han muerto desde 2014. El Mediterráneo se ha convertido así en la ruta más mortífera del mundo. Como era de esperar, las muertes registradas a través de África ocupan el segundo lugar, con más de 6.000 muertes en el mismo periodo.²⁹ La construcción de la Europa Fortaleza parece, pues, un asesinato institucional en masa.

La misma lógica se aplica en la frontera mexicana, con las mismas dramáticas consecuencias. Por supuesto, no se trata de que una voluntad macabra se haya apoderado repentinamente del gobierno estadounidense y de la Unión Europea. Preferirían prescindir de tal situación. Sin embargo, las opciones económicas dominantes de las últimas décadas no podían tener otras consecuencias. Esto pone de relieve la función sistémica de esta nueva política de fronteras: disuadir a la gente de marcharse en la medida de lo posible a fin de mantener sobre el terreno el mayor número posible de trabajadores para cubrir los puestos de trabajo creados por la deslocalización masiva.

La función sistémica de la inmigración selectiva

La Europa fortaleza no significa cerrar completamente las fronteras. El discurso sobre la «inmigración selectiva» (que se opone, por consiguiente, a la inmigración «sufrida») da fe de ello. Apareció por primera vez en junio de 2005 en un discurso de Nicolas Sarkozy, que propuso este concepto como eje central de la política de inmigración. Desde entonces, ha sido retomado por todos los presidentes de la República. Por ejemplo, el 6 de noviembre de 2019, al presentar el «plan de inmigración», el primer ministro Édouard Philippe declaró que quería «recuperar el control de nuestra política migratoria» introduciendo «cuotas u objetivos cuantitativos exclusivamente» en función de la rama de actividad. Precizando su punto de vista, explicó: «Ir lejos en la apertura allí donde pensamos que es bueno para Francia, ir lejos en el control allí donde los abusos son intolerables».³⁰ Este enfoque de la inmigración rompe con más de un cuarto de siglo de retórica de «inmigración cero»:

²⁹ Frank Laczko, Julia Black y Ann Singleton, *Missing Migrant Children*, oim, 2019, p. viii.

³⁰ Dominique Albertini y Kim Hullot-Guiot, «Loin dans l'ouverture, loin dans le contrôle: le gouvernement fixe ses frontières migratoires», *Libération*, 6 de noviembre de 2019.

Por primera vez desde la suspensión de la inmigración laboral en 1974, el discurso público sobre la inmigración ya no se basa en la idea de detener los flujos de inmigración económica y canalizar otros flujos (inmigración familiar, movilidad de estudiantes, asilo), sino en la sustitución de una inmigración llamada «sufrida», es decir, basada en el ejercicio de un derecho fundamental (derecho a llevar una vida familiar, derecho de asilo, etc.), por una inmigración estrictamente económica y dirigida a sectores en los que escasea la mano de obra. Esta dialéctica de inmigración «elegida» frente a inmigración «sufrida» parece ser un punto de inflexión en las políticas francesas de inmigración, al igual que lo fue la decisión de suspender temporalmente la inmigración en julio de 1974.³¹

Este enfoque dicotómico de la inmigración no es el primero en la historia de las políticas migratorias francesas. Aunque el criterio de clasificación ha cambiado, la división de la inmigración en dos entidades, una deseable y que hay que fomentar y otra indeseable y que hay que combatir, tiene una larga historia. Al elaborar una cronología de los criterios de «indeseabilidad» aplicados a los inmigrantes para el periodo 1880-1939, el historiador Élie-Benjamin Loyer identifica las siguientes secuencias: el criterio político dominante hasta 1880, es decir, «el compromiso político y revolucionario»; el criterio social dominante de 1880 a 1914, con la figura de «los malos pobres, indeseables porque no tienen confesión ni vínculos»; un criterio colonial y racial dominante en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, con las figuras de los «coloniales que vinieron a Francia a trabajar durante la guerra», por un lado, y de los «alemanes de las provincias recuperadas», por otro; un criterio de «preferencia nacional», con la repatriación colectiva de trabajadores polacos en los años treinta.³²

El periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por el retorno explícito del criterio racial. Las preocupaciones demográficas vincularon las cuestiones de la inmigración y la naturalización en el contexto de las pérdidas de vidas humanas relacionadas con la guerra. El 12 de junio de 1945, el general De Gaulle escribió las siguientes directrices a su ministro de Justicia: «En particular, [las naturalizaciones] ya no deben depender del estudio de casos individuales, sino que la elección de los individuos debe subordinarse a los intereses nacionales en los ámbitos étnico, demográfico, profesional y geográfico. En términos étnicos, debería limitarse la afluencia de inmigrantes mediterráneos y orientales. [Debería darse prioridad a las naturalizaciones nórdicas]».³³

³¹ Mouna Viprey, «Immigration choisie, immigration subie: du discours à la réalité», *La Revue de l'IREs*, núm. 64, 2010, p. 150.

³² Élie-Benjamin Loyer, «Expulser les indésirables: un aspect de la gestion des populations immigrées sous la 3^e République (1880-1939)», *Diasporas*, núm. 33, 2019, pp. 55-72.

³³ Carta de Charles de Gaulle al Ministerio de Justicia del 12 junio de 1945, reproducida en Alain Drouard, «La création de l'INED», *Population*, núm. 47-6, 1992, pp. 1458-1459.

Al final, la necesidad masiva de mano de obra para la reconstrucción y luego para los llamados «Treinta Gloriosos» orientó pragmáticamente la política migratoria francesa en otra dirección. Las preocupaciones económicas inmediatas prevalecieron sobre el deseo de clasificación étnica. Pero los debates de este periodo también se hicieron eco del tema de la «inmigración selectiva» en otra cuestión: la de los refugiados. En la misma posguerra se creó un Alto Comité de Población y Familia, cuyo secretario general era el demógrafo Georges Mauco. En 1932, Mauco escribió una tesis titulada *Les étrangers en France: leur rôle dans l'activité économique* [Los extranjeros en Francia: su papel en la actividad económica], en la que clasificaba a los extranjeros según su asimilabilidad. En una conferencia para la Sociedad de Naciones en abril de 1937, resumió su pensamiento de la siguiente manera: «Entre la diversidad de razas extranjeras en Francia, hay elementos para los que la asimilación es imposible porque pertenecen a razas demasiado diferentes: asiáticos, africanos, incluso de Oriente Medio, cuya asimilación es imposible y, además, muy a menudo física y moralmente indeseables».³⁴

La carrera de Georges Mauco no había hecho más que empezar, y de 1938 a 1970 ocupó puestos de responsabilidad sin interrupción: en 1938 en el gabinete del ministro Michel Serre como subsecretario de Estado encargado de inmigración y extranjería; de 1939 a 1940 en el Alto Comité de Población del gobierno de Vichy, donde era experto; de 1945 a 1970 en el Alto Comité Consultivo sobre la Familia y la Población. Su pertenencia al Parti Populaire Français (PPF) del fascista Jacques Doriot durante la Ocupación no rompió esta longevidad y continuidad.

Mauco fue el autor de la clasificación de la inmigración en dos categorías: «inmigración impuesta» e «inmigración voluntaria». La primera incluye a los «refugiados», considerados «indeseables», mientras que la segunda está formada por los «trabajadores», defendidos como deseables:

Durante el periodo [de entreguerras], la inmigración forzosa de refugiados de todos los orígenes trajo rusos, armenios, asirios e israelitas, cuya adaptación y asimilación fueron especialmente difíciles. La inmigración forzosa de refugiados —muy diferente de la inmigración voluntaria de trabajadores— trajo consigo personas a menudo debilitadas psicológica y a veces físicamente por la angustia o la persecución. Por otra parte, la mayoría de los refugiados no eran aptos para el trabajo directo. Se congregaban casi exclusivamente en ciudades superpobladas y en profesiones urbanas, donde planteaban el problema de la competencia y la influencia extranjera en los centros neurálgicos del país.³⁵

³⁴ Conférence permanente des hautes études internationales, texte de la mission française, núm. 3, París, SDN, abril de 1937.

³⁵ Georges Mauco, «L'émigration étrangère en France et le problème des réfugiés», *L'Ethnie française*, núm. 6, marzo 1942, pp. 6-15.

La clasificación de la inmigración en «deseable / indeseable» no es, pues, nada nuevo, aunque el contenido de las categorías varíe. La jerarquía, por su parte, fluctúa en función de las necesidades ideológicas y del contexto económico. Por ejemplo, en la división binaria «refugiados políticos / inmigrantes económicos», esta jerarquía estuvo a favor de estos últimos hasta 1975, luego se invirtió entre 1975, cuando se detuvo la inmigración, y 2005, y volvió a su forma anterior después de 2005 y el retorno de la lógica de la inmigración «elegida». Si ahora está políticamente de moda declararse defensor del derecho de asilo, es siempre añadiendo la voluntad de luchar contra los «falsos solicitantes de asilo».

Pero no se trata simplemente de una repetición del pasado. Cuando Nicolas Sarkozy relanzó el debate sobre la inmigración selectiva en 2005, ya habíamos entrado de lleno en la nueva fase de la globalización capitalista. Los planes de ajuste estructural del FMI y del Banco Mundial ya habían destruido la mayor parte de los servicios públicos en la mayoría de los países del mundo. Estos «planes» pueden incluso considerarse el inicio de esta nueva fase. La idea de imponer el «ajuste estructural» mediante el chantaje de la no renovación de los préstamos internacionales nació en el seno del G7. Fue en 1979 cuando el G7 invitó al Banco Mundial y al FMI a aplicar planes de ajuste estructural (PAE) «con el contenido de un retorno a los grandes equilibrios macroeconómicos: mediante la austeridad y la devaluación».³⁶

Una de las condiciones impuestas por los PAE es la privatización de los servicios públicos, que han sido el principal empleador de mano de obra cualificada desde la independencia. Los investigadores, profesores, técnicos, médicos, etc., de los países periféricos se ven así rápidamente abocados a la precariedad laboral. Muchos de ellos toman el camino de la emigración, que hasta ahora ha afectado sobre todo a la mano de obra no cualificada. Las cifras hablan por sí solas, como demuestra un estudio de 2013 sobre la «fuga de médicos africanos» a Estados Unidos: «La fuga de médicos del África subsahariana a Estados Unidos comenzó en serio a mediados de los años ochenta y se aceleró en los noventa, durante los años de aplicación de los programas de ajuste estructural impuestos por [...] el FMI y el Banco Mundial».³⁷ Los médicos argelinos y de Oriente Medio en los hospitales franceses son una prueba del mismo proceso en Europa.

Hablar de «inmigración selectiva» no es más que una elección cínica para vaciar a los países periféricos de sus trabajadores cualificados sin tener

³⁶ Manuel Domergue, «Les politiques d'ajustement structurel sont la clé de la croissance et de la prospérité pour les pays en voie de développement» en *Les éconoclastes: petit bréviaire des idées reçues en économie*, París, La Découverte, 2003, p. 73.

³⁷ Akhenaten Benjamin, Caglar Ozden, Sten Vermund, «Physician emigration from Sub-Saharan Africa to the United States», art. cit, p. 16.

que asumir los costes de formación de esta mano de obra compleja. Los argumentos a favor de la «inmigración selectiva» ni siquiera ocultan este hecho. Nicolas Sarkozy explicaba así su nueva política migratoria en *Le Monde*: «Para atraer a Francia a trabajadores cualificados, investigadores, profesores universitarios y fundadores de empresas, tenemos que crear un sistema de puntos al estilo canadiense».³⁸

Quince años después, el primer ministro Édouard Philippe no dice nada muy diferente: «En cuanto a la inmigración profesional, [necesitamos] adoptar un enfoque pragmático en relación con nuestras necesidades de mano de obra [...] en función de las necesidades insatisfechas, determinaremos las necesidades por profesión y por territorio».³⁹

Se trata, pues, de atraer a esta mano de obra cualificada en un contexto de competencia entre los países del centro:

Los países del Norte compiten ferozmente por el *brainpower* procedente de los países del Sur. Cuanto más ricos son, más posibilidades tienen de atraer a las élites de los países más pobres, que se están empobreciendo aún más como consecuencia del éxodo de sus élites. El fenómeno no está a punto de agotarse, ya que en el ámbito de la salud, por ejemplo, todos los países occidentales limitan el número de médicos que pueden formar mediante *numerus clausus* u otros sistemas, organizando una escasez de médicos para los próximos diez o quince años y contando cínicamente con la llegada de médicos de los países del Sur para compensar esta escasez. Considerando todas las profesiones juntas, el número de emigrantes cualificados a los países de la OCDE aumentó dos veces y media más rápido que el de emigrantes no cualificados en la década de 1990, y todo apunta a que la diferencia ha seguido aumentando desde entonces.⁴⁰

La introducción en 2007 de un nuevo permiso de residencia de «cualificación y talento» ilustra perfectamente esta competencia. Se presenta como un medio para atraer a trabajadores cualificados cuyo «talento constituye un activo para el desarrollo y la influencia de Francia». La Ley 2016/274, de 7 de marzo de 2016, sobre los derechos de los extranjeros en Francia, es aún más explícita. Su circular de aplicación establece: «La creación de un permiso especial plurianual, el “pasaporte de talentos”, es una herramienta importante para mejorar el atractivo de Francia, que esperan con impaciencia los actores económicos, académicos, científicos, culturales y

³⁸ Nicolas Sarkozy, «Lettre sur la politique d’immigration», *Le Monde*, 13 julio 2005.

³⁹ Guillaume Poingt, «Tout comprendre aux “quotas d’immigration”», *Le Figaro*, 8 octubre 2019.

⁴⁰ Violaine Carrère, «Du pillage des cerveaux», *Plein droit*, núm. 73, 2007/2, p. 23.

deportivos. [En un mundo competitivo, esta herramienta debería permitir atraer a Francia talentos internacionales]». ⁴¹

La misma circular prevé «una mayor flexibilidad en las posibilidades ofrecidas a los estudiantes extranjeros que hayan alcanzado un alto nivel de estudios para prolongar su estancia con el fin de buscar o aceptar un empleo» y precisa el ámbito de los talentos afectados: «Empleados de alto nivel, investigadores, fundadores de empresas, empresarios de nueva creación, inversores, artistas de renombre internacional». ⁴²

La «inmigración selectiva» lleva al extremo la lógica utilitarista que siempre ha sido dominante en materia de inmigración, ya sea en los debates que la conciernen —o que se dirigen a ella— o en la política migratoria que determina sus condiciones jurídicas. Los enfoques contables de la inmigración (y sus numerosas polémicas sobre los «costes y beneficios» de la inmigración), de los que hablamos en nuestro capítulo anterior, dan fe de ello. Por ello, estos enfoques son siempre problemáticos, incluso cuando se utilizan para legitimar los derechos de los trabajadores inmigrantes. No sorprende que la mayoría de los estudios serios de este tipo concluyan que existe un beneficio neto para la sociedad francesa, siempre y cuando se tengan en cuenta, por supuesto, todos los «beneficios», por un lado, y la contribución de los inmigrantes a los «costes» que se les atribuyen, por otro. Al legitimar un vínculo entre «derecho de estancia» y «rentabilidad», la lógica utilitarista autoriza las instrumentalizaciones fraudulentas (ocultando ciertos «beneficios» y maximizando injustificadamente los «costes»), lo que conduce a la idea de que la inmigración se ha convertido en una carga económicamente insostenible que vuelve periódicamente al primer plano de la actualidad mediática.

La dicotomía «deseable / indeseable», sea cual sea el contenido de estas categorías, pretende justificar la caza de los «indeseables» y su precarización legal. De ahí la pertinencia de la expresión «inmigración deseable» para describir el verdadero sentido de la política de «inmigración selectiva». De este modo, las fronteras cerradas de la Europa Fortaleza pueden ser cínicamente relajadas para los trabajadores cualificados.

La función sistémica del permiso de residencia precario

La inmigración «selectiva» no se limita a los «talentos». La lógica utilitarista extiende sus efectos a otras necesidades laborales sectoriales y/o temporales

⁴¹ Circular de aplicación de la ley relativa al derecho de los extranjeros en Francia – disposiciones aplicables desde el 1 de noviembre de 2016 y el 1 de enero de 2017, firmada por Bernard Cazeneuve con fecha 1 de noviembre de 2016, p. 4.

⁴² *Ibidem*.

y ha llevado al legislador a aumentar el número de permisos de residencia y a jerarquizarlos, creando así una inseguridad generalizada. Sin ánimo de ser exhaustivos, citemos tres ejemplos.

La Ley de Inmigración e Integración de 24 de julio de 2006 introdujo un nuevo permiso de residencia de «trabajador temporal». Este permiso legaliza la práctica anterior de los «permisos de trabajo temporales». Tiene una validez inferior a un año y se basa en el principio implícito de que la duración del permiso corresponde a la del contrato de trabajo. Por supuesto, la ley no prevé la renovación automática de este permiso, como ocurre, por ejemplo, con el permiso de residencia «por cuenta ajena» de un año. Si el contrato de trabajo es rescindido por el empleador antes de los tres últimos meses de su vigencia, el permiso de residencia puede ser retirado. Además, en estos casos, el trabajador por cuenta ajena no tiene derecho al seguro de desempleo. Por último, estos trabajadores no disfrutan del derecho a la reagrupación familiar, cuyo acceso está supeditado a un permiso de residencia válido durante al menos un año. En efecto, el empleado se convierte en un cautivo de su empleador, con derechos sociales mínimos y sin derecho a vivir con su familia.

El segundo ejemplo es el llamado permiso de residencia de «trabajador estacional». El concepto de «trabajador estacional» lo define así el Tribunal de Casación: «Tareas que normalmente deben repetirse cada año en fechas más o menos fijas según los ritmos de las estaciones o los modos de vida colectivos».⁴³ Renovable por tres años, este permiso permite a sus titulares regresar a Francia en cuanto puedan demostrar que han firmado un nuevo contrato. Solo confiere el derecho a residir en Francia un máximo de seis meses al año. Por tanto, el titular está obligado a mantener su residencia habitual en su país de origen, con la consecuencia de que no tiene derecho al subsidio de desempleo, que está condicionado a la residencia habitual en Francia. Por supuesto, tampoco tienen acceso a la reagrupación familiar.

El tercer ejemplo es el permiso de residencia denominado «trabajador por cuenta ajena en comisión de servicios». Se trata de trabajadores desplazados a Francia durante un periodo determinado por empresas establecidas fuera de Francia para empresas en Francia. Válido durante tres años, autoriza a su titular a venir a realizar «misiones» al país. También da derecho a los titulares a traer consigo a sus familias, a las que se expide un permiso de «vida privada y familiar», a condición de que residan en Francia ininterrumpidamente durante al menos seis meses.

⁴³ Sentencia del Tribunal de Casación, Sala de lo Social, de 17 de septiembre de 2008, núm. 07-42463, M x c / Société de Transport Qincé, relativa a los contratos de trabajo de duración determinada y a los contratos de trabajo de duración determinada de temporada.

La lógica de la «inmigración selectiva» se traduce en la práctica en una diferenciación y gradación de derechos que el jurista Zouhair Aboudahab resume así: «La diferenciación y la gradación de los derechos caracterizan así los distintos estatutos de los trabajadores inmigrantes llamados a cubrir las necesidades estimadas del mercado laboral francés. La mayoría de ellos tienen un estatuto temporal y precario, y sus derechos sociales y familiares no parecen ser la principal preocupación de la ley».⁴⁴

La «inmigración elegida» es, de hecho, la introducción de una «inseguridad impuesta».

La precariedad de la residencia no se limita a estos tres ejemplos. Se extiende a las condiciones de renovación de los permisos de residencia y a la obtención de la tarjeta de «residente» de diez años, renovable automáticamente, introducida en 1984 tras décadas de lucha por el derecho a la estabilidad jurídica. La acumulación de disposiciones restrictivas en las distintas leyes de las tres últimas décadas ha provocado un cambio estructural en la precariedad de la residencia. Crea una brecha entre los antiguos y los nuevos inmigrantes, haciendo cada vez más difícil obtener un permiso de residencia:

La superposición de leyes destinadas a «controlar los flujos migratorios» también ha tenido como efecto precarizar la residencia de los extranjeros al socavar progresivamente la estructura adoptada en 1984. Este proceso de desestabilización [...] no afecta a los extranjeros que ya son titulares de un permiso de residencia de diez años. [...] Las restricciones afectan a los extranjeros llegados más recientemente. [...] Tras los cambios legislativos de los años dos mil, la filosofía que prevalecía en la ley de julio de 1984 ha quedado aniquilada: el permiso de residencia ya no es la primera etapa de un proceso de integración, sino que se convierte en la recompensa final de una carrera de obstáculos. Las cifras lo confirman: desde 1994, la proporción de tarjetas de residencia expedidas a los recién llegados se ha dividido casi por cinco, pasando del 42 % al 9 %. Las cifras serían sin duda aún más asombrosas si nos permitieran remontarnos a antes de la segunda Ley Pasqua de 1993, que ya era muy restrictiva en comparación con el periodo anterior.⁴⁵

Más allá de las distintas leyes de residencia, surge una lógica estructural: la organización piramidal de la inmigración según el criterio de estabilidad jurídica. En la base de la pirámide se encuentran los inmigrantes sin papeles, cuyo papel en determinados sectores económicos no deslocalizables ya se

⁴⁴ Zouhair Aboudahab, «La nouvelle loi “Sarkozy” relative au statut des étrangers», *Écart d'identité*, núm. 109, 2006, pp. 31-32.

⁴⁵ Antoine Math y Alexis Spire, «Précarisation: la preuve par les chiffres», *Plein Droit*, núm. 102, 2014, pp. 34 y 37.

ha puesto de relieve. La imagen de los «sin papeles» como una carga para la economía francesa no resiste a los datos y análisis cuantitativos. Como señala el investigador François Brun, utilizando el concepto de «deslocalización *in situ*» propuesto por el antropólogo Emmanuel Terray, que hemos presentado anteriormente, los «sin papeles» no son «desempleados»:⁴⁶ «Podemos estimar que alrededor del 85 % de ellos trabajan: han venido a trabajar y no tienen acceso a prestaciones. Es más, no tienen ningún problema para encontrar trabajo porque se les puede hacer trabajar hasta la extenuación».⁴⁷

Los sectores de la economía que no pudieron deslocalizarse se adaptaron rápidamente a la existencia de esta mano de obra sin derechos, sin estatuto jurídico y, en consecuencia, sobreexplotada. Esta adaptación fue tanto más rápida cuanto se produjo en una secuencia histórica dominada por la ideología neoliberal que acompaña a la globalización. Para todas las empresas, ha llegado el momento de externalizar servicios, lo que significa confiar a un subcontratista toda o parte de una actividad que antes realizaban directamente los empleados de la empresa (limpieza, seguridad, restauración, embalaje, etc.). La presión por aumentar las horas de trabajo e intensificar la productividad, es decir, por aumentar el valor añadido absoluto y relativo, la ejercen ahora los subcontratistas: «Los clientes solo pueden saberlo. Cuando en el sector de la confección, se encargan rápidamente tantos artículos a tal o cual precio, se sabe que se hará de noche, sin llegar a pagar el salario mínimo».⁴⁸ Esta práctica afecta tanto a los servicios públicos como al sector privado, tanto al Estado como a las empresas privadas o a las colectividades locales. No es necesario recurrir a la idea de un plan secreto de Estado o de una conspiración para comprender cómo se ha configurado este segmento específico del mercado laboral en las últimas décadas. Bastó con que los agentes económicos se adaptaran a este particular maná de mano de obra generado por la nueva política migratoria:

Lejos de estar ausentes del contexto económico y social, los sin papeles están en el corazón mismo del sistema. Sin discutir que la presencia masiva de extranjeros en situación irregular está fríamente programada, hay que reconocer que está tanto más cínicamente gestionada cuanto que el lugar que se les asigna en la economía no es en absoluto aleatorio. Los trabajadores sin papeles no son una aberración económica, sino un experimento para situarse al margen del derecho laboral, para crear un infraderecho. De este experimento a su aplicación a gran escala solo hay un fácil paso.⁴⁹

⁴⁶ François Brun, «Sans-papiers mais pas sans-emploi», *Plein Droit*, núm. 61, junio 2004.

⁴⁷ François Brun, «Les sans-papiers, rouage de l'économie», *20 minutes*, 6 junio 2007.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ François Brun, «Sans-papiers mais pas sans-emploi», art. cit, p. 8.

Es la propia precarización de la economía por la lógica neoliberal la que conduce a este recurso masivo a la subcontratación, que a su vez crea la necesidad de una mano de obra sobreexplotada: «Obligados por las condiciones que se les imponen a “mantener sus precios bajos”, los subcontratistas recurren naturalmente a la parte más vulnerable de la mano de obra en el mercado laboral»,⁵⁰ explica el antropólogo Alain Morice, citando ejemplos de grandes proyectos estatales que han recurrido a trabajadores sin papeles: el TGV-Atlántico, Albertville, el túnel bajo el Canal de la Mancha, la Grande-Arche, la Biblioteca de Francia, etc.

Por supuesto, los inmigrantes sin papeles ya existían antes del giro liberal de los años ochenta y antes de que se pusiera fin a la inmigración legal en 1974. Los movimientos que lucharon por la regularización tras las circulares Marcellin-Fontanet a principios de los años setenta dan fe de ello. Por otra parte, el giro liberal y la nueva lógica migratoria que lo acompañó, en un contexto de desregulación de todo el mercado laboral, masificaron esta realidad preexistente si bien hasta entonces marginal. Esta masificación se produce de dos maneras. La primera es el endurecimiento de las condiciones de concesión de los permisos, que lleva a alargar el periodo durante el cual los nuevos inmigrantes se ven adscritos a este estatuto sin derechos, es decir, sin estatuto jurídico. «No estuvimos mucho tiempo en situación irregular. [...] La irregularidad era por tanto una etapa más que una condición duradera [...] mientras que hoy en día no es raro ver a inmigrantes sin papeles trabajando de esta manera durante diez o quince años»,⁵¹ resume un grupo de investigadores. El segundo es la creciente precariedad de los «regulares», es decir, la precariedad de su permiso de residencia. «El endurecimiento de las políticas migratorias no solo afecta a los sin papeles. Restringe la expedición o la renovación de los permisos de residencia para todos los extranjeros, de modo que los extranjeros en situación regular (re)caen más fácilmente en la irregularidad, y los que ya están allí tienen menos posibilidades de salir», añade el mismo grupo.

Por estos dos medios, se está constituyendo una reserva permanente de sin papeles que, por su propia naturaleza, no puede cuantificarse con precisión, pero que sí puede evaluarse: «Estimaciones de altas y bajas, elaboradas por el Ministerio de Asuntos Sociales, permiten encuadrar el orden de las magnitudes, basado en las prestaciones de ayuda médica del Estado, reservadas a los sin papeles. Una estimación de unos 400.000 es probable, teniendo en cuenta que la frontera entre migrantes legales e ilegales no es estanca»,⁵² explicaba en 2017 el sociólogo y demógrafo François Héran.

⁵⁰ Alain Morice, «Précarisation de l'économie et clandestinité: une politique délibérée», *Plein Droit*, núm. 31, abril de 1996, p. 44.

⁵¹ Pierre Barron *et al.*, «Derrière le sans-papiers, le travailleur? Genèse et usage de la catégorie “travailleurs sans-papiers” en France», *Genèses*, núm. 94, 2014/1, p. 115.

⁵² François Héran, *Avec l'immigration: mesurer, débattre, agir*; París, La Découverte, 2017, p. 165.

A la luz de esta cifra podemos entender el verdadero objetivo de los discursos sobre la «lucha contra la inmigración ilegal» que han pronunciado repetidamente todos los gobiernos desde hace más de cuatro décadas. No se trata en absoluto de la deportación masiva de inmigrantes sin papeles, que es imposible y costosa. Imposible porque exigiría prácticas policiales sin precedentes (en forma de redadas permanentes, vuelos chárter regulares, persecuciones rutinarias, fichajes sistemáticos, internamientos masivos antes de la deportación, etc.) y sería difícilmente tolerable por la opinión pública, al menos de momento. Las prácticas policiales actuales hacia los inmigrantes indocumentados ya son ciertamente escandalosas en términos humanos, pero son incomparables con lo que exigiría un objetivo semejante. Una deportación masiva de este tipo también sería costosa y contradictoria con la regla liberal de recortar el gasto público, ya que un informe parlamentario de 2019 señala que «el coste medio de una expulsión forzosa se estima en unos 14.000 euros (13.794 euros)». ⁵³ A pesar de que cada nuevo gobierno apuesta por aumentar el número de personas a deportar, la cifra solo ha aumentado modestamente en la última década, de 13.908 en 2009 a 15.677 en 2018 para la Francia continental. El coste total de las deportaciones se estima en 468 millones de euros, incluyendo las expulsiones en los departamentos y territorios franceses de ultramar, mucho menos costosos. La conclusión es clara: ninguna deportación masiva es posible hoy en día. Por lo tanto, tenemos que buscar en otra parte los fundamentos de nuestra política en materia de inmigración clandestina:

Dado que la reducción del número de indocumentados es dudosa, hay que reevaluar la naturaleza de la política pública: lo que parece una caza de polizones cuya presencia es temporal es más bien la represión de una categoría de la población, cuyo efecto no es, en su mayor parte, la deportación. Que esto se pretenda o no es irrelevante. Pero, sobre todo, cada vez se localiza, se nombra, se identifica, se registra y se confina a más inmigrantes indocumentados. [...] La expulsión no es más que un final posible de la experiencia de ser indocumentado: puesto que solo es un riesgo y no una certeza (un riesgo que se recuerda periódicamente por el contacto con una institución represiva), resulta ser un poderoso factor disciplinario. ⁵⁴

El objetivo que se persigue es presionar permanentemente a los inmigrantes indocumentados para que acepten su destino en la sobreexplotación.

⁵³ Joël Giraud, *Rapport fait au nom de la commission des finances, de l'économie générale et du contrôle budgétaire sur le projet de loi, après engagement de la procédure accélérée, de règlement du budget et d'approbation des comptes de l'année 2018*, núm. 1990, Asamblea Nacional, 5 de junio de 2019, p. 9.

⁵⁴ Pierre Barron *et col.*, «Derrière le sans-papiers, le travailleur ?...», art. cit, p. 123.

Las políticas represivas están destinadas más a desalentar cualquier inclinación reivindicativa que a luchar, como pretenden, contra la llamada «inmigración ilegal». Lo que tenemos aquí es la gestión de los supervivientes del cierre de las fronteras en beneficio de los sectores económicos que no pueden deslocalizarse o externalizarse, mediante la producción de «sin papeles» obligados a vender su fuerza de trabajo por debajo de su valor. La escenificación de una voluntad política de expulsión de los sin papeles enmascara esta función económica.

El discurso de acompañamiento ideológico

Construido a lo largo de varias décadas en una lógica de adaptaciones sucesivas, se ha establecido un nuevo modelo migratorio coherente con la globalización capitalista. Dicho sistema solo ha sido posible mediante la aplicación de una amplia ofensiva ideológica. Sin ánimo de ser exhaustivos, se pueden identificar tres componentes de esta ofensiva: el «umbral de tolerancia», la «crisis migratoria» y la «gran sustitución».

El «umbral de tolerancia»

Desde diciembre de 1989, se atribuye a François Mitterrand la banalización de este concepto en el debate político francés sobre la inmigración. Supuestamente utilizado para designar el porcentaje de inmigrantes que una nación podría tolerar sin provocar una «crisis» o rechazo, este concepto intenta dar cobertura científica al nuevo modelo migratorio vinculado a la globalización capitalista que hemos descrito brevemente más arriba. Está ligado a un enfoque organicista, comparando la sociedad a un organismo o «cuerpo». Del mismo modo que el cuerpo humano tendría una tolerancia (y un umbral que no se debe sobrepasar) a una sustancia determinada, el «cuerpo social» tendría una tolerancia a la inmigración y un umbral objetivo que no se debe sobrepasar.

Interrogado sobre la existencia de tal umbral por Christine Ockrent, el 10 de diciembre de 1989, el presidente de la República respondió: «Se siente con la mayor crueldad porque estos inmigrantes ilegales parecen burlarse de nuestras leyes, burlarse de nuestras preocupaciones de seguridad y crear un sentimiento de confusión, incertidumbre y falta de confianza en las instituciones públicas. Esto hay que corregirlo [...] El umbral de tolerancia se alcanzó en los años setenta, cuando en 1982 ya había entre 4.100.000 y 4.200.000 permisos de residencia».

Así pues, progresivamente, entre 1970 y 1982, la sociedad francesa se habría colmatado y habría alcanzado este «umbral de tolerancia» de

la inmigración. Por supuesto, hay que tener en cuenta el contexto de la entrevista. Estamos en 1989, es decir, en una secuencia histórica mundial de rápido despliegue de la mundialización capitalista y de sus políticas económicas ultraliberales. A escala nacional, se trata de una secuencia en la que el Front National hacía campaña sobre el tema de la invasión y el desbordamiento, campaña ampliamente apoyada por una gran parte de la derecha. La posición defendida era la de combinar «moderación» y «realismo»: rechazar los «excesos» de las conclusiones de la extrema derecha al tiempo que se tomaban prestados sus términos, sus formas de plantear la cuestión migratoria y sus modos de razonamiento. La dimensión «moderación» llevó a François Mitterrand, por ejemplo, a rechazar en la misma entrevista la amalgama entre «musulmanes» y «fanáticos religiosos», a pronunciarse de nuevo a favor del derecho de voto de los residentes extranjeros y a condenar los comentarios racistas de Jean-Marie Le Pen. La dimensión «realista» le llevó a retomar el tema de la existencia de una inmigración clandestina masiva y de un pseudo «umbral de tolerancia» ya superado. Los gritos de victoria del Front National ante esta reelaboración de su vocabulario llevaron al Presidente de la República a retractarse en julio de 1991: «[Es una expresión] que retomé torpemente durante un debate en el que usted participó, pero que no corresponde en absoluto a la idea que tengo de ella, es una expresión que rechazo».⁵⁵ La corrección táctica de 1991 no suprimió, por supuesto, la lógica de fondo que persiste hasta hoy en este partido, con la utilización de términos menos expertos (capacidad migratoria, equilibrio de asentamiento, etc.).

Si bien François Mitterrand contribuyó a la banalización del término, su autoría «científica» contemporánea corresponde al demógrafo Alain Girard. En 1971, Girard publicó una encuesta de opinión pública titulada *Actitudes de los franceses frente a la inmigración extranjera*, basada en la pseudocondena de que «esta inmigración plantea diversos problemas jurídicos, económicos, sociales y demográficos».⁵⁶ Los resultados de este tipo de sondeo, se supone que «objetivo», de la opinión pública dependen, por supuesto, de la formulación de las preguntas. Una simple lectura de algunas de las preguntas de la encuesta de 1971 lo ilustra: «En su opinión, ¿el número [de extranjeros en Francia] es suficiente, adecuado, elevado o demasiado elevado?»; «Más concretamente, si piensa que algunos extranjeros pueden integrarse en la comunidad francesa y otros no, dé algunos ejemplos: italianos, belgas [...], negros africanos, magrebíes, otros»; «En su

⁵⁵ «Interview de M. François Mitterrand, président de la République, accordée à TF1, Antenne 2, FR3 et La Cinq le 14 juillet 1991» en *La politique étrangère de la France: textes et documents*, París, Ministère des affaires étrangères, Direction de la presse, de l'information et de la communication, 1991, p. 19.

⁵⁶ Alain Girard, «Attitudes des Français à l'égard de l'immigration étrangère. Enquête d'opinion publique», *Population*, núms. 26-5, 1971, p. 827.

opinión, ¿es preferible que los trabajadores extranjeros vivan en viviendas especialmente construidas para ellos o, por el contrario, que estén dispersos por toda la población?»; «En su opinión, en una ciudad de unos 5.000 habitantes, ¿qué número de extranjeros diría que hay de más?».

Una sección de la encuesta que agrupa las tres últimas preguntas mencionadas se titula «umbral de tolerancia», sin ninguna discusión crítica del concepto y dando la siguiente definición: «La proporción de extranjeros, en una región o sector, más allá de la cual el alojamiento es difícil, provocando riesgos de tensionamiento».⁵⁷ Esta legitimación de la expresión «umbral de tolerancia» y estas preguntas dan fe de la pertinencia del concepto, ya que los encuestados se expresan para medirlo evaluando si se alcanza o no este «umbral» y en qué proporción. El autor no duda en concluir que «los umbrales medios aceptados son superiores a la proporción de extranjeros en Francia, e incluso superiores a la proporción de extranjeros y nacionalizados juntos. Pero como estos no están repartidos de forma homogénea por todo el país, los umbrales se superan en determinados lugares y determinados sectores».⁵⁸ Como señala el sociólogo y demógrafo François Héran, «medir una opinión tiene sentido cuando pedimos a los encuestados que evalúen una situación que tienen los medios de percibir».⁵⁹ Al imponer la noción de «umbral de tolerancia», presentada como «evidente» en la formulación de la pregunta, las respuestas de los encuestados se sugieren en gran medida.

Si bien Alain Girard ha contribuido a legitimar la expresión «umbral de tolerancia», la idea de umbrales o cuotas en relación con la inmigración es más antigua. Lo hemos visto en los trabajos de Georges Mauco mencionados anteriormente. Al mismo tiempo, fue también propuesta por Alfred Sauvy, que desarrolló la tesis de que ciertos inmigrantes eran «inasimilables». Al igual que Mauco, Alfred Sauvy tuvo la particularidad de pasar sin trabas por el periodo de colaboración, durante el cual fue director del Institut de Conjoncture, mientras que en la Liberación fue nombrado secretario general para la Familia y la Población, y poco después director del Institut National d'Études Démographiques (INED). El historiador Paul-André Rosental resume así los análisis de Sauvy sobre la asimilabilidad según el origen: «Consideraciones abrumadoras sobre los “árabes fatalistas, crédulos” [...], “los procedentes de Oriente Medio a veces demasiado hábiles”, cuya afluencia, junto con la de los “orientales” y “balcánicos”, está lejos de ser tan deseable como la de los belgas y holandeses o incluso la de los italianos y españoles».⁶⁰

⁵⁷ *Ibidem*, p. 850.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ François Héran, *Avec l'immigration: mesurer, débattre, agir, op. cit.*, p. 183.

⁶⁰ Paul-André Rosental, *L'intelligence démographique: sciences et politiques des populations en France (1930-1960)*, París, Odile Jacob, 2003, p. 108.

Sauvy fue asesor del general De Gaulle, junto con Mauco, y contribuyó a establecer las ideas organicistas de un umbral que no hay que alcanzar y de una invasión que hay que impedir, que el presidente de la República resumió así en marzo de 1959:

¡No hay que andarse con rodeos! Es estupendo que haya franceses amarillos, franceses negros y franceses morenos. Demuestran que Francia está abierta a todas las razas y tiene vocación universal. Pero a condición de que sigan siendo una pequeña minoría. De lo contrario, Francia dejaría de ser Francia. Al fin y al cabo, somos ante todo un pueblo europeo de raza blanca, cultura griega y latina y religión cristiana.⁶¹

En el contexto de una necesidad masiva de mano de obra inmigrante, esta versión etnicista de la nación no conduce a políticas de clasificación de la inmigración en función del origen. Sin embargo, conlleva una serie de debates contemporáneos: la gran sustitución, la identidad nacional, el umbral de tolerancia, etc.

La misma idea de un umbral que no debe traspasarse y de cuotas que deben establecerse se encuentra en los momentos en los que se planteó la cuestión del desalojo de los barrios de chabolas, y en particular en Nanterre. La mayoría de estos barrios de chabolas estaban habitados por familias argelinas, cuyo realojamiento se confió a Sonacotral.⁶² Así nacieron las «cités de transit» (urbanizaciones transitorias), que tenían un objetivo educativo que recordaba la misión civilizadora de la colonización:

Toda la gestión de una urbanización transitoria se orientará, pues, hacia este objetivo y tendrá, por lo tanto, características específicas [...] y será el lugar de una iniciativa socioeducativa especial [...] para ayudar a las personas a adaptarse a la vivienda (educación doméstica, trabajo en relación con el gestor). Esta acción socioeducativa deberá aplicarse también en todos los ámbitos en los que sea posible una mejora de las condiciones de vida: salud, vida cultural, empleo, etc.⁶³

Así nació también el proyecto «Canibouts», destinado a realojar a 400 familias en viviendas sociales (los HLM) y presentado como «una empresa piloto que debería servir de modelo para otros proyectos». Se fijó una cuota

⁶¹ Alain Peyrefitte, *C'était de Gaulle, t. 1, 5 mars 1959*, París, Gallimard, 1994, p. 52.

⁶² Sonacotral, Société Nationale de Construction de Logements pour les Travailleurs Algériens, se creó en 1956 para resolver el problema de la infravivienda de los trabajadores de Argelia. Unos 150.000 argelinos —trabajadores o no— vivían en chabolas, sobre todo en los alrededores de París. [N. del T.]

⁶³ Circular del 19 de abril de 1972 relativa a las *cités de transit*, publicada en *Journal officiel*, 20 de julio de 1972, p. 7660.

del 15 % para las familias argelinas con el fin de contrarrestar «la tendencia natural al reagrupamiento». El resultado fue que «las familias se quedaron en chabolas o en urbanizaciones de tránsito»⁶⁴ debido a la falta de viviendas de bajo coste disponibles (HLM), incluso a pesar de que los fondos invertidos se destinaron oficialmente al realojamiento de estas familias.

El experimento de Canibouts fue evaluado como proyecto piloto en 1968. Este iba a establecer la noción de «cuotas» y «umbrales de tolerancia» en las políticas de vivienda social durante largo tiempo. Se llegó a la conclusión de que el umbral debía reducirse al 15 % para todas las familias extranjeras y a un máximo del 10 % para las familias argelinas. Sobre todo, se convirtió en una referencia para las organizaciones de vivienda social:

Esto demuestra cómo hemos pasado de las cuotas de instalación a un umbral de alerta cuantitativo. El problema ya no es evitar el gueto, sino evitar que se supere un umbral tolerable para la sociedad francesa. Esta encuesta fue la única en su momento que se ocupó de los extranjeros que vivían en viviendas sociales (HLM). Iba a convertirse en una referencia por derecho propio. Aunque el término «umbral de tolerancia» no aparece en el texto, suele ser de ahí de donde procede.⁶⁵

La perennidad y el carácter banal de la pseudoteoría del umbral de tolerancia contrastan con su falta de base científica. «Que sepamos, no existe en Francia ninguna investigación sobre el umbral de tolerancia en su sentido general. [...] Podríamos sorprendernos si no supiéramos de antemano lo inútil que es», resume la socióloga Véronique de Rudder, antes de resumir las aporías y contradicciones de la expresión:

El umbral de tolerancia funciona como una teoría interpretativa basada en la existencia indudable de una correlación social, derivada a su vez de una supuesta correlación estadística entre la densidad o la tasa de extranjeros y los problemas interétnicos. Esto no tiene ninguna base lógica. En primer lugar, porque la correlación estadística no se ha establecido y, en segundo lugar, porque aunque así fuera, no podríamos deducir *ipso facto* que constituye una correlación social real ni, *a fortiori*, basar en ella una teoría interpretativa.⁶⁶

Aunque no pertenece al ámbito científico, el umbral de tolerancia tiene un impacto ideológico indudable. Establece una frontera entre un «nosotros»

⁶⁴ Amelia H. Lyons, «Des bidonvilles aux hlm. Le logement des familles algériennes en France avant l'indépendance de l'Algérie», *Hommes et migrations*, núm. 1264, 2006, pp. 48-49.

⁶⁵ Marie-Claude Blanc-Chaléard, «Les quotas d'étrangers en HLM: un héritage de la guerre d'Algérie? Les Canibouts à Nanterre (1959-1968)», *Metropolitiques.eu*, 16 de marzo de 2012.

⁶⁶ Véronique de Rudder, «La tolérance s'arrête au seuil», *Pluriel-Débat*, núm. 21, 1980, pp. 3-13.

y un «ellos», por el que los primeros ya no toleran a los segundos más allá de cierto umbral. El extranjero, o el supuesto extranjero, es así designado, por encima de este umbral, como un peligro potencial. Más allá de este límite, fraudulentamente presentado como «objetivo», las imágenes que se imponen son las de la «sobredosis», el «desbordamiento» que amenaza el equilibrio social y la «invasión». En 1991, Jacques Chirac y la derecha declararon que «nuestro problema no son los extranjeros, es que hay una sobredosis», antes de precisar el objetivo: «Puede que sea cierto que no hay más extranjeros que antes de la guerra, pero no son los mismos y eso marca la diferencia. Es cierto que tener españoles, polacos y portugueses trabajando aquí plantea menos problemas que tener musulmanes y negros».⁶⁷

El socialista Chevènement hizo lo propio en 1997, declarando que «la inmigración se puede absorber en pequeñas dosis» y que «hay que controlarla si no queremos que la República pierda pie»,⁶⁸ insinuando así que se había llegado o se estaba en vías de llegar al «desbordamiento». Más explícitamente, en 1995 el Front National publicó un cartel de campaña con el eslogan «Paren la invasión. No toques Francia, amigo».

La noción de umbral de tolerancia exige un remedio firme ante los peligros inminentes de sobrepasar el límite: «comunitarismo», «secesionismo», «islamismo», etc. Ante todo, autoriza el pensamiento y la acción de los demás. Sobre todo, autoriza el pensamiento y los actos racistas desde el momento en que se considera que se ha traspasado el límite. Sin duda hay que luchar contra el racismo, pero también hay que «vivir con él», tal es la filosofía del umbral de tolerancia, que tiene la ventaja de autorizarlo y prohibirlo simultáneamente. «Autoriza el racismo porque afirma que los extranjeros no son necesarios. Lo prohíbe porque simultáneamente admite que la economía (la salud) nacional los necesita a todos por igual»,⁶⁹ resume Véronique de Rudder. Antes de alcanzar el umbral, hay que combatir el racismo; después, se vuelve comprensible y respetable. Lo único que hay que hacer entonces es dejar de llamarlo «racismo»: «Y no es racista decirlo», decía Jacques Chirac en su diatriba sobre «el ruido y el olor» en 1991.

Todas estas declaraciones, y no son ni mucho menos aisladas, datan de los años noventa, es decir, de la secuencia histórica en la que se estaban poniendo en marcha los distintos componentes de la nueva política migratoria ligada a la «globalización» y a su traducción económica, el neoliberalismo. La noción de umbral de tolerancia es una herramienta

⁶⁷ Régis Guyotat, «Le débat sur l'immigration. Le maire de Paris: "Il y a overdose"», *Le Monde*, 21 de junio de 1991.

⁶⁸ Jean-Pierre Chevènement, «Discours de Perpignan: "La Nation citoyenne toujours à réinventer"», 23 de agosto de 1998, dans Jean-Pierre Chevènement, *La République contre les bien-pensants*, París, Plon, 1998.

⁶⁹ Véronique de Rudder, «La tolérance s'arrête au seuil», art. cit.

ideológica para legitimar las políticas de la Europa Fortaleza, la inmigración selectiva y la precarización del permiso de residencia.

La crisis migratoria

La segunda piedra angular en el proceso de legitimación del nuevo modelo migratorio es el concepto (y el discurso) de «crisis migratoria», que advierte del peligro súbito de superación del pseudo «umbral de tolerancia». Una vez trivializada la idea de la existencia de tal umbral, se hace posible advertir de este peligro. En términos económicos, la noción de «crisis» evoca la imagen de un desequilibrio repentino, peligroso y perjudicial. En términos sanitarios, se asocia a un estado de morbilidad. En ambos casos, pone de relieve un acontecimiento brusco que provoca graves desequilibrios. La elección del término «crisis» a partir de 1991 para describir la afluencia de refugiados que huían de la guerra en Yugoslavia no es en absoluto insignificante. Establece una lógica de ansiedad que justifica la construcción paso a paso de la Europa Fortaleza.

La llegada de refugiados albaneses a los países de la Unión Europea en 1991, seguida de la de refugiados yugoslavos a lo largo de la década de 1990, está inextricablemente ligada a la secuencia histórica anterior conocida como «Guerra Fría». Durante décadas, el contexto ideológico fue el del fomento de la emigración, considerada por los países de la OTAN como un «voto con los pies»: «Utilizados como símbolo de la superioridad del liberalismo occidental sobre las dictaduras comunistas, estos solicitantes de asilo también se consideraban una baza política en la pugna entre Occidente y Oriente»,⁷⁰ resume Janina W. Dacyl.

Lógicamente, en 1990-1991, los albaneses que huían de la crisis política y de sus consecuencias económicas inmediatas (parálisis económica, escasez generalizada, etc.) se dirigieron a la Unión Europea y a la vecina Italia. La elección de marcharse es también el resultado de una «socialización anticipada», explica la antropóloga italiana Giovanna Campani: «Tampoco hay que subestimar el papel de "socialización anticipada" desempeñado por la televisión italiana, que durante algunos años pudo ser recibida por las emisoras albanesas, y que había contribuido tanto a mitificar el país de allende el mar como a difundir el conocimiento de la lengua italiana».⁷¹

⁷⁰ Janina W. Dacyl, «La gestion de la crise des réfugiés de l'ex-Yougoslavie», *Hommes et migrations*, núm. 1205, enero-febrero de 1997, p. 57.

⁷¹ Giovanna Campani, «L'Italie et les Albanais», *Hommes et migrations*, núm. 1155, junio de 1992, p. 40.

En tres llegadas sucesivas —1.000 personas en julio de 1990, 20.000 en marzo de 1991 y otras 20.000 en agosto de 1991⁷²— embarcaciones improvisadas llevaron a decenas de miles de refugiados a las costas italianas. La cobertura mediática de esta tragedia humana fue sensacionalista, con imágenes de interminables corrientes de refugiados que inundaban Italia y amenazaban con llegar a otros países europeos.

Un escenario similar, aunque a mayor escala, se repitió a lo largo de la década de 1990, esta vez con los refugiados que huían de las guerras de Yugoslavia, en las que estaban implicadas la Unión Europea y la OTAN. La desintegración de Yugoslavia fue alentada abiertamente por Alemania como parte de su estrategia de *Ostpolitik*, es decir, de expansión económica hacia el este en oposición a Francia, que luchaba con su vecino alemán por el liderazgo de la Unión Europea. La política de hechos consumados condujo a la victoria de la posición alemana y a una intervención militar más abierta por parte de los países de la OTAN.

«Para gran disgusto de Occidente, la guerra de Yugoslavia permitió a una Alemania unida, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, definir por sí misma sus “intereses nacionales” en Europa y, lo que es más, conseguir que sus vecinos aceptaran sus grandes líneas»,⁷³ resume Hans Stark, especialista en las relaciones franco-alemanas. Esta política alemana conllevó «un giro de 180 grados por parte de Francia en el conflicto serbo-croata»,⁷⁴ concluye.

En el conflicto entre Francia y Alemania, los refugiados fueron un arma ideológica para el gobierno alemán. El objetivo era forzar la intervención militar directa de la OTAN con el pretexto de ayudar a las personas en peligro. Se fomentó la emigración a Alemania y se presentó como un ejemplo de «humanidad» —en contraposición a otros países europeos que se negaban a «compartir la carga»—, antes de ser demonizada una vez que Yugoslavia se desintegró. Aunque la RFA había acogido a más de 500.000 refugiados de la antigua Yugoslavia, al final de la guerra de Bosnia cambió el rumbo de su política migratoria. La desintegración, ya irreversible, de Yugoslavia permitió alcanzar de nuevo un consenso europeo sobre el cierre de las fronteras y la organización del retorno de los refugiados, si era necesario por la fuerza. «El éxodo bosnio marcó el comienzo de un cambio [...] A nivel europeo, una de las consecuencias de la experiencia bosnia es la aparición de un consenso en el seno de la UE sobre el concepto de

⁷² *Ibidem*, p. 39.

⁷³ Hans Stark, «Dissonances franco-allemande sur fond de guerre serbo-croate», *Politique étrangère*, núm. 57-2, 1992, p. 341.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 342.

“protección temporal” como pilar central de un nuevo régimen de refugiados»,⁷⁵ explica la politóloga Daniëla Heimerl.

Aunque el barniz de una Europa «humanitaria» sigue figurando en todos los discursos de la UE, ahora viene acompañado de argumentos que legitiman el cierre de las fronteras a los refugiados. Una recomendación de los ministros europeos responsables de inmigración considera que el exilio de las víctimas «puede favorecer la práctica inhumana e ilegal de la limpieza étnica».⁷⁶ Por tanto, es por su propio bien que debe organizarse la devolución de las víctimas que huyen de la guerra. De la misma magnitud fue el cinismo en Alemania, donde varios editorialistas de renombre sostuvieron que el retorno forzoso de los refugiados era necesario «para hacer sitio a la próxima oleada de refugiados».⁷⁷ La desintegración de Yugoslavia aún no había terminado, y la guerra de Kosovo ya presagiaba consecuencias similares a las de las guerras anteriores. El término «oleada» no es baladí; va de la mano de todo un nuevo vocabulario centrado en las nociones de «desbordamiento», o incluso «invasión». La socióloga Mirjana Morokvasic ofrece una panorámica no exhaustiva de este registro que ha invadido la escena mediática y política: «avalancha hacia Occidente», «condenados del Este», «maremoto», «desbordamiento», «presión fronteriza», «masas de refugiados», «capacidades de absorción limitadas», «potencial migratorio», «umbral de tolerancia».⁷⁸

Aunque en los años noventa aumentó el registro léxico de la invasión, el vocabulario oficial y los medios de comunicación seguían refiriéndose únicamente a la «crisis de los refugiados». La llegada de refugiados libios y sirios a las costas europeas transformó ideológicamente esta «crisis de los refugiados» en «crisis migratoria». Esta nueva expresión, que se generalizó a lo largo de 2015, se ha convertido en el concepto central del discurso político y mediático corriente. Sugiere que ya no nos enfrentamos a llegadas excepcionales, a corto plazo y vinculadas a situaciones específicas, sino a un peligro más global, permanente y masivo que exige controles fronterizos más estrictos. La Europa Fortaleza y sus puntos calientes son una barrera esencial, sin la cual una «invasión» sería inevitable.

La saga del *Aquarius*, el barco con 629 personas a bordo, que vagó por el Mediterráneo en el verano de 2018 y fue devuelto de un país a otro, ilustra una de las horribles consecuencias de la política migratoria europea. La

⁷⁵ Daniëla Heimerl, «La politique de l'Allemagne à l'égard des réfugiés ex-yougoslaves», *Hommes et migrations*, núm. 1235, enero-febrero de 2002, pp. 30 y 34.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 30.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 37.

⁷⁸ Mirjana Morokvasic, «Migrations et mobilités Est-Ouest après 1989 sur fond d'intégration européenne», *Migrations Société*, núm. 158, 2015-2, pp. 61-92.

adopción del Reglamento Dublín 3, en junio de 2013, explica la escandalosa actitud de los distintos Estados miembros al negarse a rescatar a estos refugiados. Según este acuerdo, la responsabilidad de examinar la solicitud de asilo de un refugiado recae en el primer país que lo acoge. En caso de rescate, es el Estado rescatador el que hereda la responsabilidad. Negarse a permitir el desembarco de un barco de refugiados equivale a eximirse de esta obligación. Más ampliamente, Dublín 3 ilustra la lógica de los países dominantes en la Unión Europea, que consiste en delegar la política de fortaleza, y el «trabajo sucio» que requiere, tanto a los países del sur de Europa como a terceros países.

El acuerdo con Turquía del 16 de marzo de 2016 ilustra esta lógica. Para aliviar la carga de Dublín 3 sobre las islas griegas, se confía al Estado turco la tarea de asentar a los refugiados sirios en su territorio a cambio de una compensación de 3.000 millones de euros. Este cínico cálculo mercenario funcionó realmente: «Las llegadas a las islas griegas cayeron un 98 % en el año siguiente al acuerdo con Turquía»,⁷⁹ pero a costa de obligar a 2.500.000 sirios a quedarse en ese país. La expresión «crisis migratoria» enmascara esta dimensión, en tanto «consecuencia» de una decisión tomada con pleno conocimiento de sus efectos lógicos. Centra el análisis de las causas de las tragedias pasadas y, por desgracia, futuras, únicamente en las causas externas —la idea de una afluencia repentina e imprevisible— y elimina las causas internas de la Unión Europea, es decir, las disposiciones de su política migratoria, por un lado, y su implicación en guerras por los recursos, por otro.

El cambio de vocabulario no es insignificante. El paso de «crisis de refugiados» en la década de 1990 a «crisis migratoria» en 2015 es indicativo del contexto de desconfianza hacia los refugiados que se ha desarrollado en los años intermedios. Esta desconfianza se justifica por la pseudonecesidad de distinguir entre refugiados «reales» y «falsos». En consecuencia, las condiciones de concesión de asilo deberían ser más estrictas para evitar que los inmigrantes económicos abusen del derecho de asilo a la hora de instalarse en Europa. En 2015, cuando se generalizó la expresión «crisis migratoria», no había dudas sobre los países de origen: «Los países de origen de los refugiados no son sorprendentes. En el punto álgido de la crisis, en 2015 y 2016, fueron Siria, Afganistán e Irak. Siria representaba más de un tercio de las llegadas. [...] Se trata de personas para las que no cabe duda de la legitimidad de sus razones para huir»,⁸⁰ explica la abogada belga Sylvie Sarolea.

⁷⁹ Sylvie Sarolea, «Asile et Union européenne face à la crise d'une gestion interne à une gestion externe», *Revue québécoise de droit international*, número fuera de serie, noviembre de 2018, p. 298.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 288.

En términos cuantitativos, el concepto de «crisis migratoria» no es ya defendible. Supone, en efecto, que la afluencia es tan masiva y duradera en relación con la población de los países de acogida que esta los pondría en «crisis». Las cifras disponibles lo desmienten. Las estadísticas de Eurostat muestran que hubo 3.950.000 solicitudes de asilo político en el periodo 2015-2019.⁸¹ En relación con la población de la Unión Europea, estimada por la misma organización en 513,5 millones en 2019,⁸² los solicitantes de asilo representan alrededor del 0,7 % de la población total. Es lo contrario del «maremoto» que justifica la idea de «crisis migratoria». Además, el mismo documento de Eurostat subraya el carácter temporal de esta «afluencia». Tras alcanzar un máximo de 1,3 millones en 2015 y 2016, el número de solicitantes de asilo cayó a 712.000 en 2017 y a 638.000 en 2018. El abogado Jean Matringe concluye: «No ha habido ningún tipo de crisis migratoria en Europa desde 2011, sino más bien una crisis de Europa ante una afluencia de migrantes que es ciertamente significativa, pero apenas mayor que la afluencia que experimentó en la década de 1990 en el contexto de los conflictos en la antigua Yugoslavia».⁸³

La expresión «crisis migratoria» ha venido lógicamente acompañada de una serie de metáforas que transmiten una construcción mediática del refugiado como amenaza y peligro. Un estudio de la cobertura mediática de los refugiados por un periódico regional (*La Voix du Nord*) y un periódico nacional (*Le Monde*) muestra que predomina la «metáfora del agua»:

Los migrantes y la migración se comparan con las mareas y cualquier terminología vinculada al campo semántico del agua. Por ejemplo: los términos «una ola», «un flujo» y «una afluencia». De hecho, la metáfora del agua es la que predomina en la cobertura migratoria (Van Gorp, 2006). A menudo aparece en el «marco» de la amenaza cuando se evocan los temas de la fortaleza o la inundación, identificados por Van Gorp (2006) y Horsti (2003).⁸⁴

El discurso sobre la «crisis migratoria» ha contribuido a fabricar el sentimiento de ciudadanos atemorizados ante las políticas inhumanas de la Europa Fortaleza. Por poner solo un ejemplo, citemos el editorial del periódico *Le Monde* del 3 de septiembre de 2015: «Nuestros Estados del bienestar, todavía golpeados por la crisis de 2008, fuertemente

⁸¹ Eurostat, statistiques sur l'asile, datos extraídos el 12 marzo de 2019 y el 24 abril de 2019, disponible en ec.europa.eu.

⁸² Communiqué de presse d'Eurostat, núm. 114, 10 de julio de 2019.

⁸³ Jean Matringe, «L'espace Schengen, crise et méta-crise», *Les notes de travail de Migrations sans frontières*, núm. 1, p. 1.

⁸⁴ Elmira Harizanova, *Couverture de la crise migratoire dans la presse française: analyse discursive, master en communication multilingue*, Université de Gand, 2018, p. 29.

endeudados, a menudo enfrentados a un desempleo masivo, presa, para algunos, de un grave malestar identitario, están indefensos ante la afluencia de migrantes». ⁸⁵

Un análisis tan alarmante solo puede conducir lógicamente al miedo ante estos «flujos», que se consideran masivos e inmanejables. Si existe una crisis, no es migratoria. Es una «crisis de asilo» provocada por las opciones políticas europeas:

El término «crisis migratoria» surgió masivamente en la esfera pública en 2015 para describir la dinámica de los flujos migratorios desde Libia y Siria hacia Europa. Sin embargo, el uso del término «crisis», que implicaría un cambio estructural en el fenómeno de la movilidad internacional, es ampliamente rebatido por los especialistas en la materia, que prefieren utilizar los términos «crisis de la política migratoria» o «crisis humana» [...]. Desde esta perspectiva, la «crisis» se encuentra menos en el fenómeno en sí (cambios en el sistema o régimen migratorio) que en su actuación como objeto de debate en la esfera pública. ⁸⁶

El «gran reemplazo»

Hablar de «umbral de tolerancia» y de «crisis migratoria» legitima la idea de la necesidad de contener la migración o correr el riesgo de desestabilizar a los Estados europeos. Frente a los «flujos masivos» y a una «marea», hay que defenderse para evitar el caos. Es cierto que se siguen invocando los derechos humanos para apoyar la lógica de la fortaleza, pero con un recordatorio constante de la necesidad de realismo y del peligro del buenismo. Semejante contexto solo puede incitar a la extrema derecha a superarse, como demuestra la difusión en la opinión pública de la pseudoteoría del «gran reemplazo». Lejos de ser nuevo, este planteamiento racista es, en realidad, una reactualización de los temas de la invasión y de la necesaria «llamada de atención», recurrentes en la ideología fascista.

La expresión «gran reemplazo» abarca un amplio abanico de tesis, todas las cuales tienen en común la afirmación de que asistimos a un vasto proceso de sustitución de una población por otra, de una civilización por otra, de una identidad por otra. Tal diagnóstico exige un remedio firme y radical en forma de despertar, de recuperación, de purificación. Aunque la expresión es nueva, el razonamiento que la sustenta es antiguo. Antes de ella,

⁸⁵ Jérôme Fenoglio, «Réfugiés: une photo pour ouvrir les yeux», *Le Monde*, 3 de septiembre de 2015.

⁸⁶ Romain Leconte, Étienne Toureille y Claude Grasland, «La production médiatique d'une "crise migratoire". Dynamiques spatio-temporelles de l'agenda global de la presse en 2015», *Socio-anthropologie*, núm. 40, 2019, p. 181.

las palabras preferidas por los partidarios de este tipo de planteamiento eran «declive» y «decadencia». El «gran reemplazo» es, pues, una actualización de las teorías de la decadencia que han acompañado a las rivalidades entre potencias capitalistas desde los inicios de este modo de producción caracterizado por una competencia generalizada con el fin de maximizar el beneficio. No es de extrañar que se encuentre en el corazón de las fuerzas políticas que preconizan el darwinismo social y político, la ley del más fuerte y la guerra como estado natural de la humanidad:

La noción de decadencia, lejos de ser neutra, presupone una determinada concepción metafísica del mundo (Weltanschauung) y de la historia. La decadencia de una sociedad tiene siempre una dimensión civilizatoria. [...] El declive, pues, aunque sea diferente, se asocia con frecuencia a la decadencia, de la que se dice que es su fase avanzada. Advirtiendo de un trastorno en la jerarquía de las naciones, las teorías de la decadencia suelen estar vinculadas a corrientes nacionalistas o imperialistas y, por tanto, a la competencia de las naciones o a la guerra de civilizaciones: la decadencia de una suele verse en relación con el ascenso de la otra. Una estrella se levanta, otra se pone, y el surgimiento o ascenso de una se considera negativo para la otra. Así, el declive de Occidente se ve en relación con el auge de Oriente.⁸⁷

Según el grado de avance del proceso de decadencia, el diagnóstico adoptará una forma más o menos catastrófica o apocalíptica, es decir, exigirá una recuperación más o menos radical y, llegado el caso, brutal. En sus versiones apocalípticas, se habla de la muerte inminente de una nación, un pueblo o una identidad, lo que justifica el uso explícito de la violencia para sobrevivir.

No es de extrañar que este planteamiento se llegara a conocer como «desalojismo» en las llamadas Antillas francesas a mediados del siglo XIX, en un momento en que negros y mulatos desarrollaban sus luchas contra la desigualdad colonial y el supremacismo blanco. Se acusaba a los mulatos de desarrollar un «racismo antiblanco» para movilizar a los «negros» en su plan de expulsar y sustituir a los blancos. La acusación afectaba también a cualquiera que criticara, por poco que fuera, el supremacismo blanco en las colonias. Era tan común en aquella época, que incluso Schoelcher, que había aprobado una ley que abolía la esclavitud y preveía indemnizaciones para los propietarios de esclavos, fue acusado de desalojismo. He aquí cómo se defendió en la Asamblea en 1849:

⁸⁷ Pierre Dockès, Marion Gaspard y Rebeca Gomez Betancourt, «Déclin et stagnation, entre histoire cyclique et histoire fléchée», *Revue économique*, vol. 66, 2015/5, p. 814.

Ahora la gente dice: «¡Guerra contra los blancos y destrucción de la propiedad! Ese es el lema de M. Schœlcher, en cuyo nombre la gente está asesinando, saqueando e incendiando aquí; quiere sustituir a los blancos por mulatos mediante la intimidación, la desorganización y el asesinato». [...] No, no quiero que los mulatos se impongan a los blancos; no, no quiero que los antiguos oprimidos sustituyan a los antiguos opresores. Lo digo alto y claro desde esta tribuna.⁸⁸

La tesis del desalojismo iba a tener una larga vida. Casi medio siglo después, seguía utilizándose en los enfrentamientos políticos: «Pero antes de pasar a las acusaciones de *Les Colonies*, he aquí una respuesta de *L'Opinion* al periódico que le acusaba de sustitución y desahucio. Son ustedes», dijo *L'Opinion* al diario *Les Colonies*, “quienes son desahuciadores, no nosotros”.⁸⁹

El mismo razonamiento se puede encontrar en los escritos de uno de los principales teóricos de la extrema derecha nacionalista, Maurice Barrès, en un momento en el que la lucha por el reparto de África entre las potencias imperialistas estaba en pleno apogeo y se preparaba la gran matanza de 1914-1918. Barrès describió una Francia amenazada por el mestizaje, debilitada por el descenso de la natalidad, invadida por los extranjeros y en peligro de desaparecer por desbordamiento, y llamó a un renacimiento nacional purificador:

La caída de nuestra natalidad, el agotamiento de nuestras energías durante los cien años transcurridos desde que nuestros compatriotas más activos desaparecieron en las guerras revolucionarias e imperiales, han conducido a la invasión de nuestro territorio y de nuestra sangre por elementos extranjeros que aspiran a subyugar a los elementos nacionales. Hoy, entre nosotros, se han colado nuevos franceses a los que no tenemos la fuerza de asimilar [...] que quieren imponernos su manera de sentir. Creen civilizarnos, pero contradicen nuestra propia civilización. El triunfo de su manera de ver coincidiría con la ruina real de nuestra patria. El nombre de Francia podría sobrevivir, pero el carácter especial de nuestro país quedaría destruido.⁹⁰

Estas palabras de 1900 se hacen eco de los debates contemporáneos sobre la identidad nacional, que se ve amenazada y, por tanto, debe ser defendida. Tuvieron predecesores en la extrema derecha, pero con un objetivo más

⁸⁸ Discurso de Victor Schœlcher ante la Asamblea Legislativa Nacional, en *Diario de Sesiones de la Asamblea Legislativa Nacional*, t. 3, 11 octubre / 30 de noviembre de 1849, París, Panckoucke, 1849, p. 79.

⁸⁹ Roland Pichevin, *L'organisation des Antilles françaises*, París, Blondel La Rougery, 1906, p. 28.

⁹⁰ Maurice Barrès, «Les études nationalistes au Quartier latin», *Le Journal*, 15 de febrero de 1900.

específico, el judío. Barrès extendía así a otros las acusaciones formuladas por Édouard Drumont en 1886 de que los judíos estaban conquistando Francia y sustituyendo a su pueblo: «He pensado que sería interesante y útil describir las fases sucesivas de esta conquista judía, mostrar cómo, poco a poco, bajo la influencia judía, la vieja Francia se disolvió y descompuso, cómo este pueblo desinteresado, feliz y cariñoso fue sustituido por un pueblo odioso, hambriento de oro y que pronto murió de hambre».⁹¹

Como habrán deducido, los objetivos y los acusados varían históricamente, pero la lógica del razonamiento sigue siendo la misma. También podríamos haber citado a Gaston Méry, el inventor del término «racismo» y su grito de alarma de 1892 contra la invasión «meridional» que «se extiende como una red, una monstruosa tela de araña, sobre todo el país. [...] Se ha convertido [el meridional] en el temblor de Francia, en una especie de parásito voraz que nos roe y nos arruina».⁹² Frente a esta invasión, la solución era evidente: «Debemos cortarles el paso con decisión, como a un crecimiento infeccioso».⁹³ También podríamos haber mencionado al escritor Ferdinand Céline y su visión de los habitantes de la Zona Sur en 1942, acompañado, por supuesto, del mismo llamamiento a la purificación: «La zona sur, poblada por bastardos mediterráneos, narbonoides degenerados, turba, *félibles*,⁹⁴ mermados, parásitos árabes que Francia habría hecho bien en arrojar por la borda. Por debajo del Loira no hay más que podredumbre, pereza y vil mestizaje negrificado».⁹⁵

La actualización contemporánea de estas múltiples versiones de la invasión o el desbordamiento bajo el nuevo nombre de «gran reemplazo» es obra del escritor Renaud Camus, primero en su *Abécédaire de l'innocence* en 2010, luego, más detalladamente, en su libro *Le Grand Remplacement* publicado en 2011. El autor volvería una y otra vez sobre su tesis en sus libros posteriores: *Changement de peuple* publicado en 2013, *France: suicide d'une nation* en 2014, *Révoltez-vous* en 2015 y *Le petit remplacement* en 2019. En su opinión, la expresión «gran reemplazo» no es un concepto sino una realidad probada, resumida en la contraportada de *Révoltez-vous* de la siguiente manera: «El Gran Reemplazo no es una noción, no es un concepto, no es una teoría, sino el simple hecho de lo que está ocurriendo. [...] Es la cosa en sí, el cambio de personas y de civilización, la colonización

⁹¹ Édouard Adolphe Drumont, *La France juive: essai d'histoire contemporaine*, vol. 1, París, Flammarion, 1886, p. xvi.

⁹² Gaston Méry, *Jean Révolte: roman de lutte*, París, Dentu, 1892, p. 24.

⁹³ *Ibidem*, p. 113.

⁹⁴ El término *félibre* se refiere a quienes escriben poesía o prosa en lengua occitana. En esta cita, Céline lo utiliza de forma despectiva. [N. del T.]

⁹⁵ Carta de Ferdinand Céline a Henri Poulain, secretario de redacción del periódico *Je suis partout*, citado en Jean-Claude Peyrolle, «Nous sommes maures», *Le Monde*, 12 de abril de 2011.

de Francia y de Europa, la islamización del continente, a lo que, por mi parte, no me resigno».⁹⁶

Según el autor, estaríamos ante «el fenómeno más significativo de la historia de Francia desde hace siglos, y probablemente desde siempre».⁹⁷ Todo este razonamiento se basa en un enfoque decadentista revelado por los neologismos y juguetes terminológicos a los que es particularmente aficionado: «gran deculturación», «descivilización», «banlocalización» (devenir *banlieue* del mundo), «reasalvajamiento», «genocidio por sustitución», etc. Cabeza de lista de la «Ligne claire» en las elecciones europeas de 2019, Camus resume así su diagnóstico y sus objetivos: «La Ligne claire debe su nombre a la claridad única de la constatación que hace: el Gran Reemplazo, es decir, la invasión migratoria, el cambio de pueblo y de civilización, la islamización, la africanización; y a la claridad de la solución que propone, la remigración».

El programa de la lista se articula en 101 propuestas que detallan los medios para alcanzar estos objetivos. Una simple lectura de algunas de estas propuestas no deja lugar a dudas en cuanto a la ideología fascista que se esconde tras ellas:

1. Paralización inmediata de toda inmigración, incluida y especialmente la vinculada a la reagrupación familiar.
4. Introducción de una doble preferencia, nacional y europea, en la atribución de cualquier derecho o beneficio.
7. Denuncia de la Convención de 1951 sobre el Estatuto de los Refugiados.
8. Abolición del llamado «derecho de suelo».
9. Restablecimiento o introducción de la «doble pena» para los nacionales no europeos.
10. Fin de las «regularizaciones» o naturalizaciones.
11. No renovación de los permisos de residencia hasta ahora renovables. [...] 23. Prohibición de la construcción de nuevas mezquitas. [...] 32. Prohibición de los sacrificios rituales halal en el territorio europeo. [...] 43. Establecimiento, en cada uno de los países de la Unión, de una lista (muy larga) de nombres de pila autorizados, tomados de los santos del calendario, del martirologio cristiano, de los héroes antiguos y modernos de la historia nacional o de la civilización europea; etc.⁹⁸

Estos son solo algunos ejemplos de cómo la expresión «gran reemplazo» actualiza las viejas teorías de la invasión: traslada el histórico programa antisemita del fascismo al islam y a los musulmanes, completándolo con un *revival* de su igualmente histórica negrofobia hacia los inmigrantes subsaharianos.

⁹⁶ Renaud Camus, *Révoltez-vous*, autoeditado, 2015.

⁹⁷ Renaud Camus, *Le Grand Remplacement: introduction au remplocisme global*, París, Lulu, 2017, p. 153.

⁹⁸ Profession de foi de la liste «Ligne claire», para las elecciones de 26 de mayo de 2019.

En nuestra opinión, era necesario citar extensamente este programa para captar la importancia política y la influencia que el término «gran reemplazo» y su enfoque han tenido en el debate público francés. Éric Zemmour, Alain Finkielkraut, Michel Houellebecq, Nicolas Dupont-Aignant, Laurent Wauquiez, etc.: la lista de «columnistas», intelectuales y políticos que utilizan la expresión —y al hacerlo la legitiman y trivializan— no ha dejado de aumentar en la última década. Este uso explícito de la expresión «gran reemplazo» no basta para medir la influencia que ha ejercido en el paisaje político y mediático francés. Todo el edificio del gran reemplazo se basa en una definición de la nación y de Europa que se resume en la proposición 15 del programa de la lista «Ligne claire»:

Redactar y proclamar una carta de lo que constituye la cultura y la civilización de Europa o de sus diferentes naciones, tanto en términos de comportamiento como de referencias. No se aceptará ninguna igualdad, en el territorio europeo y en los distintos territorios nacionales, entre lo que pertenece a esta civilización —el cristianismo, el judaísmo, la herencia grecorromana, las tradiciones célticas [...]— y lo que no pertenece a ella o, *a fortiori*, se le opone.⁹⁹

Esta propuesta pone de relieve que el núcleo central de la «gran sustitución» es una definición esencialista e inmóvil de la nación y de Europa. El resultado es un entramado de semejanzas y similitudes con otras teorías y discursos ideológicos contemporáneos: la identidad nacional, el choque de civilizaciones, el umbral de tolerancia y la crisis migratoria, etc. La «gran sustitución» no es más que la punta visible de una base mucho más amplia, la de una definición racista de la identidad nacional y europea, productora inevitable de un sentimiento de «fortaleza sitiada», que exige una oleada de resistencia y que, a su vez, actúa como licencia para los actos violentos. Brenton Tarrant, el autor del atentado islamófobo de Christchurch (Nueva Zelanda), que causó 51 muertos y 49 heridos, lo ilustra explicando así su acto:

La gota que colmó el vaso fue ver el estado de las ciudades francesas. Durante años había oído y leído sobre la invasión de Francia por no blancos, pero pensaba que esos rumores e historias eran exageraciones fabricadas para servir a un propósito político. Pero una vez que pisé Francia, descubrí que esas historias no solo eran ciertas, sino que subestimaban gravemente la situación. Los invasores estaban allí, en cada ciudad de Francia, en cada pueblo.¹⁰⁰

⁹⁹ 101 propositions de la liste «Ligne claire» pour les élections européennes du 26 mai 2019, documento mimeografiado.

¹⁰⁰ Brenton Tarrant, «Le Grand Remplacement: pour une société nouvelle, nous irons toujours de l'avant», *Blanche-europe.info*, 2019, p. 8.

Muchos críticos de la teoría del «gran reemplazo» se han centrado en la dimensión conspirativa de algunas de sus versiones. Esta dimensión existe pero no es ni mucho menos la única. La conspiración no es una condición necesaria para adherirse a ese planteamiento. Basta con creer o pretender creer en la existencia de un peligro probado de «desbordamiento» o de «estampida hacia Europa» para caer lógicamente en este tipo de lógica. Esta última expresión es el título de un libro del periodista Stephen Smith, que afirma que la migración masiva de África está llegando a Europa: «Europa envejece y se despuebla. África rebosa de jóvenes y de vida. La migración masiva está llegando. Su escala y condiciones constituyen uno de los mayores retos del siglo XXI. [...] Tanto el egoísmo nacionalista como el buenismo humanista son peligrosos. Guiado por la racionalidad de los hechos, este ensayo de geografía humana asume la necesidad de arbitrar entre intereses e ideales».¹⁰¹

Comparando esta «avalancha» con la emigración de mexicanos a Estados Unidos desde los años setenta, el autor formula una verdadera profecía: si la «avalancha» siguiera a un ritmo comparable al de la emigración mexicana, los africanos constituirían «en poco más de treinta años, entre una quinta y una cuarta parte de la población europea».¹⁰² Este planteamiento no tiene nada de conspirativo, pero refuerza la banalización de la idea de la existencia de un peligro probado de «maremoto» o «avalancha» en la que se basa la tesis del «gran reemplazo».

La respuesta a este libro es proporcional a la medida en que se ha convertido en un lugar común (premio Brienne para un libro de geopolítica concedido por el Ministerio de Asuntos Exteriores, premio de la *Revue des Deux Mondes*, premio de la Académie Française, uno de los siete libros considerados esenciales por el diario *Le Monde* para comprender la emigración contemporánea, etc.). El propio Presidente de la República cita a este autor: «Una demografía africana, que está ahí, que es una bomba, hay que decirlo. Su colega Stephen Smith la describió maravillosamente en un libro reciente».¹⁰³ Esta respuesta contrasta con la amplitud de las críticas científicas dirigidas al libro, que el geógrafo belga Samuel Lietaer resume de la siguiente manera: «Cifras e informes mal interpretados [...], interpretaciones a veces engañosas de las cifras de los informes [...], selección sesgada de las referencias que le convienen [...], no incluye referencias académicas que le molestan [...], forma engañosa en que utiliza las estadísticas

¹⁰¹ Stephen Smith, *La ruée vers l'Europe: la jeune Afrique en route pour le Vieux Continent*, París, Grasset, 2018.

¹⁰² *Ibidem*, p. 18.

¹⁰³ Debate entre Jean-Jacques Bourdin, Edwy Plenel y Emmanuel Macron del 15 de abril de 2018, accesible en youtube.com.

demográficas de la ONU [...], referencia acrítica a Maurice Barrès, Robert Kaplan, Renaud Camus o Samuel Huntington [...], etc».¹⁰⁴

El demógrafo François Héran ha destacado lo que denomina «la laguna más flagrante» del libro de Smith, a saber, «la ausencia de toda referencia a una importante fuente de conocimientos sobre la situación de las diásporas en el mundo, la base de datos sobre migraciones bilaterales compilada conjuntamente durante los últimos quince años por la OCDE, el Banco Mundial y el FMI».¹⁰⁵ Repitiendo los cálculos a partir de esta base de datos, llega a una conclusión inequívoca: «La “carrera” de los africanos hacia Europa es una tesis sin valor científico».¹⁰⁶ Ni el «peligro negro» ni el «peligro islámico» están en el horizonte.

Reducir el «gran reemplazo» a teorías conspirativas impide captar y comprender el atractivo de esta tesis para una parte importante de la opinión pública. Lejos de encontrarnos ante una simple conspiración, estamos ante las consecuencias lógicas de las políticas migratorias que acompañan a la globalización capitalista y de la retórica ideológica que las legitima. El «gran reemplazo» no forma parte directa de estos discursos legitimadores, pero se deriva de ellos, los cuales sirven de base a la ofensiva. No podemos advertir de forma sostenible de una «crisis migratoria» sin precedentes o de un «umbral de tolerancia» superado sin incitar a una sobrepuja catastrófica: el peligro islamista, el peligro negro, el «gran reemplazo», la invasión, etc. Tampoco se puede construir, paso a paso, una Europa fortaleza con el fin de gestionar la mano de obra mundial al menor coste posible, y no cosechar una opinión pública cada vez más atemorizada, cada vez más convencida de la existencia de una identidad europea blanca y cristiana amenazada por peligros exteriores (musulmanes, negros, amarillos, etc.). El racismo en todas sus formas, la negrofobia y la islamofobia contemporánea en particular, no carecen de base material. Son la consecuencia de políticas y discursos verticalistas que, a la larga, acaban empapando a una parte de las clases populares cuyas condiciones de vida se ven debilitadas.

¹⁰⁴ Samuel Lietaer, «Stephen Smith, La ruée vers l'Europe: la jeune Afrique en route pour le Vieux Continent», *Revue Belge de géographie*, núm. 1, 2018, pp. 4-7.

¹⁰⁵ François Héran, «Comment se fabrique un oracle. La prophétie de la ruée africaine sur l'Europe», 18 de septiembre de 2018, disponible en lavedesidees.fr.

¹⁰⁶ François Héran, «La “ruée” d'Africains vers l'Europe, une thèse sans valeur scientifique», *Libération*, 9 de octubre de 2018.

IV DE LA NACIONALIDAD A LA LÍNEA DE COLOR

Es duro ser pobre, pero ser de raza pobre en la tierra de los dólares es la peor de las penurias.

William Edward Burghardt Du Bois¹

La historia de las migraciones contemporáneas en la sociedad francesa revela tres grandes tendencias. La primera es la confirmación y acentuación en las décadas de 1960 y 1970 de la inmigración procedente del norte de África, cuyas primeras huellas se remontan a finales del siglo XIX. La segunda es el aumento de la inmigración procedente del África subsahariana a partir de los años setenta. La tercera es la tendencia de estos dos tipos de inmigración a convertirse en inmigración familiar, es decir, inmigración con fines de asentamiento. No parece haber nada nuevo bajo el sol francés, ya que muchas otras inmigraciones en el pasado han experimentado este proceso de transición hacia la inmigración familiar y de asentamiento. Sin embargo, la rápida aparición en el discurso político y mediático de los años ochenta de un vocabulario particular para describir a los hijos franceses de estos inmigrantes contemporáneos pone de manifiesto una especificidad. Como apunta y cuestiona la historiadora Peggy Derder:

Los descendientes de inmigrantes alemanes, belgas, italianos, polacos, españoles y portugueses han ido llegando uno tras otro a lo largo de las últimas décadas, sin ser identificados como «segunda» o «tercera generación». Sin embargo, la expresión «segunda generación» se utiliza en el discurso y las representaciones para dar lugar a una «tercera» o incluso una «cuarta generación». ¿Hasta cuándo?²

¹ William Edward Burghardt Du Bois, *Les âmes du peuple noir*, París, La Découverte, 2007, p. 16.

² Peggy Derder, *Idées reçues sur les générations issues de l'immigration*, París, Le cavalier bleu, 2014, p. 28.

Este vocabulario es a su vez el signo de una integración específica en la sociedad francesa caracterizada por un trato específico y desigual, es decir, por la discriminación. A la discriminación entre franceses y extranjeros que sufrían todos los inmigrantes en el pasado, se añade ahora la discriminación entre franceses. Estamos pasando de la nacionalidad al origen, el color y la «raza». La «línea de color» a la que se refería Du Bois para los negros estadounidenses es ahora también una realidad francesa.

El buen uso de la comparación

Las comparaciones entre diferentes grupos de inmigrantes se utilizan con frecuencia en los debates contemporáneos. Sin embargo, estas múltiples comparaciones revelan conclusiones diametralmente opuestas. La primera línea de comparación concluye que los procesos implicados en la inmigración contemporánea son los mismos que los del pasado. Los sectores y empleos propios de estos inmigrantes a su llegada, la sobreexplotación que les caracterizaba, el racismo y la discriminación de que eran objeto todos estos inmigrantes, los discursos y análisis estigmatizadores que suscitaban, etc., pueden destacarse sin ningún orden. Este enfoque suele adoptar una postura política autocomplaciente o autocelebratoria, o bien optimista. Los primeros ensalzarán el «modelo francés de integración» como excepcional, la «integración a la francesa» calificada de «republicana», el «crisol francés» alabado como eficaz e igualitario, el «elitismo republicano» analizado como signo de la capacidad integradora de la sociedad francesa, etc. El título del primer informe del Alto Consejo para la Integración, publicado en 1991, era *La integración a la francesa*.³ Habría, pues, una «integración de éxito» que, además, sería el resultado de un «modelo», a su vez específicamente francés y «excepcional».

La segunda postura es menos laudatoria y pone de relieve las desigualdades y la violencia racista que han sufrido los inmigrantes en el pasado y en la actualidad. Sin embargo, se considera que estas caracterizan una primera etapa y que desaparecen más tarde con la duración de la estancia, ya que se supone que solo el tiempo permite superarlas. «Un poco de paciencia, con el tiempo se producirá la integración», es la tranquilizadora conclusión de los partidarios de este tipo de análisis. Esta postura, común en la izquierda y en los círculos militantes antirracistas, es una reacción al racismo dirigido contra los inmigrantes contemporáneos, presentándolos como fundamentalmente diferentes de los del pasado y concluyendo que la integración es imposible. En su reseña del libro de Gérard Noiriel *Le*

³ Haut conseil à l'intégration, *L'intégration à la française*, París, 1993, pp. 10-18.

creuset français [El crisol francés],⁴ la historiadora Nancy E. Green escribe, por ejemplo:

Esta historia se utiliza a menudo para contrastar la fácil asimilación de las antiguas poblaciones inmigrantes con la inasimilabilidad de las poblaciones actuales. [...] Nos recuerda que la «fácil» asimilación de antaño no fue cosa fácil —italianos, polacos, armenios y judíos fueron objeto de violencia tanto verbal como física y no se integraron en el país sin dificultad— y saca de ello conclusiones optimistas. Si los supuestamente inasimilables de ayer pudieron integrarse con éxito, ¿por qué no los de hoy?⁵

La segunda línea de comparaciones, en cambio, concluye que existe una diferencia absoluta entre la inmigración pasada y la actual. Por razones culturales o religiosas, existiría una «distancia cultural», o incluso un antagonismo cultural, con los inmigrantes contemporáneos hasta el punto de impedir su «integración». Para ello, se magnifica la llamada «integración» del pasado. El discurso sobre el pasado es en realidad un discurso sobre el presente, dice Abdelmalek Sayad acerca de este tipo de enfoque:

El tipo de adanismo (social y político) que se atribuye a la palabra «integración» [...] tiende a magnificar la historia de las «integraciones pasadas», ya realizadas, y, correlativamente, a «ennegrecer» la historia de los conflictos presentes.⁶

La tesis subyacente a estas comparaciones es la de la «distancia cultural», que atribuye el fracaso o el éxito del llamado proceso de integración a la magnitud de la «distancia cultural» entre el inmigrante en cuestión y la llamada sociedad de acogida. Así pues, la cultura se considera el único factor explicativo, y se ignoran por completo los factores económicos, sociales, jurídicos o políticos. El enfoque es culturalista, lo que significa que utiliza únicamente la cultura para explicar procesos que son fundamentalmente políticos, económicos y sociales. Sin embargo, los inmigrantes del pasado también han sido estigmatizados como portadores de «culturas» homogeneizadas e incompatibles con una cultura francesa que también se supone homogénea.

El culturalismo de este análisis ignora la heterogeneidad cultural tanto de la sociedad de acogida como de cada inmigrante individual. También asume que cada una de estas «culturas» es ahistórica. Pero las culturas no son realidades estáticas. Antes como ahora, en Francia como en otros

⁴ Gérard Noiriel, *Le creuset français: histoire de l'immigration 19e-20e siècles*, París, Le Seuil, 1988.

⁵ Nancy E. Green, «Recension du livre de Gérard Noiriel *Le creuset français*», *Annales, économies, sociétés, civilisations*, núm. 44/2, 1989, p. 456.

⁶ Abdelmalek Sayad, «Le poids des mots» en *La double absence*, *op. cit.*, p. 307.

lugares, mutan en función de su entorno y de las interacciones (igualitarias o desiguales, estigmatizadoras o inclusivas, etc.) que se les imponen. Como dijo el periodista británico Eliot Joseph Benn Rose, coautor en 1969 del informe *Color and Citizenship* sobre las relaciones raciales en Gran Bretaña: «Cualquiera que sea la influencia del origen y la cultura de los inmigrantes en su adaptación, en última instancia será decisivo el comportamiento de los británicos. La sociedad británica y la política británica son el tema principal, más que las comunidades de inmigrantes».⁷ No se trata de negar la existencia de factores culturales que pueden influir en la realidad, sino simplemente de señalar que estos actúan en el marco de determinantes estructurales y ambientales que son considerablemente más prevalentes.

A pesar de sus conclusiones antagónicas, las dos líneas de investigación comparativa tienen algo en común. Ambas tienden a ignorar (o al menos a infravalorar fuertemente) uno de los factores diferenciadores clave entre la inmigración pasada y la actual, a saber, la existencia de una historia particular: la historia colonial. En nuestra opinión, la inclusión de este factor en el análisis permite tener en cuenta tanto las invariabilidades entre todos los inmigrantes como los cambios que caracterizan la relación de la sociedad francesa con los inmigrantes contemporáneos. Como toda inmigración en el pasado, la inmigración contemporánea está vinculada a la necesidad de una mano de obra muy móvil y flexible. En consecuencia, comparte muchas similitudes con los inmigrantes del pasado en cuanto a su lugar en el aparato económico y al tipo de empleos a los que se les asigna, pero también en cuanto al apoyo jurídico, político e ideológico que garantiza esta asignación. En particular, el discurso y las prácticas racistas a las que se ven sometidos, así como el culturalismo que los sustenta teórica e ideológicamente, constituyen un innegable eje común que determina muchas similitudes. Sin embargo, gran parte de la inmigración contemporánea tiene su origen en las antiguas colonias francesas, y esta característica no carece de efectos esenciales:

La inmigración procedente del Magreb es estrictamente proletaria y obrera, y conservará este carácter durante mucho tiempo, si no para siempre; y es en este sentido y por esta razón que la condición de los inmigrantes de hoy y la de los colonizados de ayer son en todos los aspectos comparables, si no indisolubles. Pues inmigración y colonización no solo están unidas por lazos de contemporaneidad sino, más fundamentalmente, por estrechos lazos de dependencia estructural: la inmigración deriva de la colonización y, como tal, pero también porque es su último avatar y porque la sobrevive, la perpetúa más allá de la época colonial propiamente dicha.⁸

⁷ Eliot Joseph Benn Rose, *Colour and Citizenship. A Report on British Race Relations*, Londres, Oxford University Press, 1969, p. 14.

⁸ Larbi Tahla, «Entre l'immigration d'hier et l'immigration de demain», *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, núm. 43, 1987, p. 17.

Esto puede parecer una exageración. Sin embargo, tiene el mérito de llamar la atención sobre la continuidad en la gestión y la percepción de la inmigración contemporánea antes y después de la independencia. Esta inmigración comenzó antes de la independencia y continuó después. La transición del «trabajador colonial» al «trabajador inmigrante» se basa en el mantenimiento de las mismas representaciones y visiones sociales, los mismos marcos teóricos, los mismos mecanismos de supervisión, los mismos actores institucionales, los mismos esquemas de políticas públicas, etc. Aunque las independencias significaron el fin de un régimen jurídico especial y el comienzo de un estatuto regido por acuerdos bilaterales, no cambió de repente toda la relación con las instituciones y, más allá, con la sociedad francesa, impregnada de un largo pasado colonial. Así pues, no todo en el presente y el futuro de los inmigrantes contemporáneos y sus herederos es «colonial», pero sin duda hay algo «colonial» en ellos. Tras un largo periodo de negación, esta continuidad sigue siendo explorada y documentada por la investigación. La socióloga Françoise de Barros ha estudiado «la importación de clasificaciones coloniales en las políticas de vivienda en Francia» y la «transferencia de conocimientos coloniales a otros extranjeros».⁹ El sociólogo Mathieu Rigouste, por su parte, sugiere elementos de continuidad en el ámbito de las políticas de seguridad: «Una genealogía del enemigo en el pensamiento político-militar francés muestra que en la guerra colonial se concibieron y desarrollaron el pensamiento y el control de la seguridad».¹⁰

La historiadora Laure Pitti destaca los «orígenes coloniales de las categorizaciones étnicas» en la Renault y sus vínculos con las prácticas discriminatorias contemporáneas.¹¹ Nacira Guénif-Souilamas analiza el discurso sobre negros, árabes y musulmanes en Francia, destacando la construcción de una «alteridad desde dentro», con «un paralelismo casi perfecto» entre los términos utilizados para designar a los autóctonos de ayer y a los «casi franceses» de hoy:

Es una visión nacida y perfeccionada durante la época colonial, con reminiscencias palpables. Surgen de un mundo social y político que no ha abandonado una forma de gobierno del cuerpo que alcanzó su plenitud durante la época colonial. [...] Esta visión persiste en la banal

⁹ Françoise de Barros, «Des “Français musulmans d’Algérie” aux “immigrés”. L’importation de classifications coloniales dans les politiques du logement en France (1950-1970)», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 159, 2005/4, pp. 26-53.

¹⁰ Mathieu Rigouste, «L’ennemi intérieur, de la guerre coloniale au contrôle sécuritaire», *Cultures et Conflits*, núm. 67, otoño de 2007, pp. 157-174; y *L’ennemi intérieur: la généalogie coloniale et militaire de l’ordre sécuritaire dans la France contemporaine*, París, La Découverte, 2008.

¹¹ Laure Pitti, «Catégorisations ethniques au travail. Un instrument de gestion différenciée de la main-d’œuvre», *Histoire et Mesure*, vol. 20, 2005, pp. 69-101.

y rutinaria gestión administrativa de los inmigrantes, pasados y presentes, a través del confinamiento y la segregación.¹²

Detengamos aquí esta lista, que podría ocupar un capítulo entero. Podríamos haber mencionado las numerosas contribuciones de Abdellali Hajjat, Marwan Mohammed, Thomas Deltombe, Françoise Vergès, Ahmed Boubeker, Pierre Tevanian y Choukri Hmed, por citar solo algunas.

La exploración de la hipótesis de la existencia de elementos de continuidad en el seno de Francia más allá de la descolonización ha dado lugar a tantos trabajos que ha suscitado proclamas alarmistas en las que se afirmaba que «el entorno universitario francés está siendo saqueado por la ideología antirrepublicana de los grupúsculos de extrema izquierda» y que era el escenario de la «consiguiente devastación intelectual resultante de la ideología racista».¹³ Aunque estos trabajos siguen siendo muy minoritarios, como demuestra el número de tesis y tesinas que se dedican cada año a estas cuestiones, sus enemigos han magnificado deliberadamente su importancia para dar fe de la idea de una universidad amenazada por el «poscolonialismo», la «interseccionalidad», el «racialismo» y el «relativismo». Del mismo modo, este nuevo campo de investigación ha sido y sigue siendo frecuentemente criticado por reduccionista. En este sentido, se enfatizan las innegables diferencias entre la situación colonial y la realidad contemporánea, entre la condición indígena y la condición inmigrante o de los descendientes de la inmigración, la existencia del factor clase, igualmente innegable para explicar las desigualdades que afectan a los descendientes de la inmigración, etc. En nuestra opinión, estas observaciones son pertinentes, pero no cuestionan la necesidad de tener en cuenta los elementos de continuidad. Decir que estos existen e informan nuestra sociedad no significa que haya total similitud con el periodo colonial. Abdelmalek Sayad, pionero en este campo —como en muchos otros relacionados con la inmigración procedente de las antiguas colonias—, hace hincapié tanto en los elementos de continuidad como en las diferencias. En cuanto a estas últimas, subraya que se trata de una diferencia de «naturaleza»:

Por muy esclarecedora que sea la comparación entre las dos situaciones, la situación colonial de ayer y la situación de inmigración de hoy [...] y también entre los dos momentos, los dos contextos en los que se impuso el uso de este vocabulario aparentemente idéntico (ayer «asimilación» de los colonizados y, hoy, «asimilación» de los inmigrantes),

¹² Nacira Guénif-Souilamas, «La réduction à son corps de l'indigène de la République» en Nicolas Bancel, Pascal Blanchard y Sandrine Lemaire, *La fracture coloniale*, París, La Découverte, 2005, p. 344-352.

¹³ Barbara Lefebvre, «Comment le racialisme indigéniste gangrène l'Université», *Le Figaro*, 7 de septiembre de 2018.

no puede ocultar la diferencia esencial, la diferencia de naturaleza, que separa los dos casos. En el primer caso, el de la colonización, son la sociedad «asimiladora» y la nacionalidad de esa sociedad las que han llegado a los colonizados por su propia voluntad y se han impuesto a ellos, en su propio país, en su propio territorio. En el segundo caso, el de la inmigración, es, por el contrario, la población en proceso de «asimilación» y «naturalización» la que ha llegado a la sociedad que la «asimila» y a la nacionalidad o naturalidad que la «naturaliza», en su propio país y en su propio territorio.¹⁴

Esta diferencia de «naturaleza» no impide, sin embargo, la existencia de elementos de continuidad que son esenciales para comprender la condición inmigrante o la condición de herederos de la inmigración: «No siendo esta última [la situación de inmigración], por lo demás, más que una prolongación de la primera [la situación colonial], de la que es como una variante paradigmática».¹⁵ Una de las dimensiones clave de estas diferencias es la existencia del pasado colonial, que está lejos de haber agotado todos sus efectos. Esto se refleja en el vocabulario y en las interpretaciones empleadas para describir a los descendientes franceses de esta inmigración, para describir su condición.

Palabras para nombrarlos

La denominación, es decir, la forma de referirse a una persona, un grupo social, una realidad social o una cosa, nunca es insignificante. El vocabulario nunca es un mero reflejo pasivo de la realidad. Desempeña un papel activo en la configuración de la realidad o, más exactamente, de nuestra relación con ella. Por ejemplo, es diferente si nos referimos a una persona con discapacidad física como «persona discapacitada» o como «persona en situación de discapacidad». En el primer caso, la discapacidad se refiere únicamente a la persona y a su «naturaleza», mientras que el segundo término «pone de relieve el hecho de que son el entorno de vida y la organización social, como resultado de restricciones incompatibles con las capacidades limitadas de una proporción cada vez mayor de la población, los que crean la discapacidad».¹⁶

Ahmed Boubeker destaca sabiamente la confusión que rodea al nombre de los descendientes franceses de los inmigrantes contemporáneos: «No sabemos cuántos son, y ni siquiera sabemos cómo llamarlos: “jóvenes

¹⁴ Abdelmalek Sayad, «Le poids des mots» en *La double absence*, op. cit., p. 310.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Claude Hamonet, *Les personnes handicapées*, París, PUF, 2006, p. 3.

inmigrantes”, “*beurs*”, “minorías visibles”, “salvajes”, “gentuza”, ninguna etiqueta estable, ningún marco de pensamiento para juzgar la situación de estos nuevos “extranjeros interiores”». ¹⁷

Podríamos añadir «segunda generación», «jóvenes de origen inmigrante», «jóvenes de origen en la diversidad», «jóvenes descendientes de la emigración», etc. La proliferación de términos es signo y reflejo del lugar especial que se les asigna en su propia sociedad de nacimiento y socialización: legalmente franceses pero no del todo considerados como tales, franceses de nacimiento y socialización pero no del todo tratados como tales. Un análisis de los significados implícitos de los términos más utilizados para referirse a ellos revela esta posición y tratamiento excepcionales.

Una de las expresiones más utilizadas para describirlos es «jóvenes descendientes de la inmigración» o «jóvenes de origen inmigrante» o «jóvenes de origen extranjero». Surgieron primero en el vocabulario institucional burocrático antes de extenderse al debate público y político, por un lado, y a la investigación sobre la inmigración —en gran medida determinada en aquella época por comisiones públicas—, por otro, en la segunda mitad de los años setenta. La secuencia histórica francesa que vio surgir esta categorización estuvo marcada por el fin de la inmigración oficial en 1974, la transformación definitiva de la inmigración procedente del norte de África en inmigración familiar y de asentamiento a través de la «reagrupación familiar», y el ascenso electoral del Frente Nacional. Anteriormente, no se consideraba necesario referirse a este nuevo componente de la sociedad francesa que, aunque ya existía, se consideraba «temporal», al igual que la presencia de los padres de estos jóvenes en territorio francés. Prueba de ello es que, antes de los años ochenta, cada vez que se mencionaba la existencia de estos jóvenes nacidos en Francia, se utilizaban casi exclusivamente los términos «jóvenes inmigrantes» o «jóvenes trabajadores inmigrantes». Al igual que sus padres, estos jóvenes se veían reducidos al trabajo y a la residencia temporal.

Durante los años setenta y ochenta, la cuestión del origen se extendió, «casi totalmente impuesta por la extrema derecha», como señala Véronique de Rudder: «No solo no se ha cuestionado realmente la legitimidad de la definición de “problemas” de la extrema derecha (recordemos que un primer ministro dijo que “el Front National hace buenas preguntas y da malas respuestas”), sino que incluso se ha colado en la investigación, hasta el punto de provocar un verdadero malestar, y en particular un “malestar

¹⁷ Ahmed Boubeker, «L’immigration (post)coloniale en héritage: un récit en marge de l’histoire de France», en Achille Mbembe (dir.), *Ruptures postcoloniales*, París, La Découverte, 2010, p. 265.

semántico”». ¹⁸ La tesis de la lingüista Simone Bonnafous, basada en el análisis de diez periódicos políticos, traza la historia de esta hegemonía del vocabulario del origen entre 1974 y 1984. Durante este periodo, el vocabulario y el discurso pasaron del campo «social» al campo de los orígenes, de un discurso social a «un discurso de crisis típica, de vergüenza cotidiana y de culpabilidad cultural». ¹⁹

El origen al que se refiere la expresión es, por supuesto, el origen «cultural» o «étnico» de estos jóvenes, a los que se insiste repetidamente en que plantean problemas o tienen dificultades para integrarse. Dado el contexto ideológico general impuesto por el Front National y retransmitido en versión eufemística por un círculo político mucho más amplio, la correlación se percibe rápidamente: los problemas de «integración» mencionados tienen una causa cultural. Además de reducir el origen a una sola dimensión (negando los orígenes sociales o regionales, por ejemplo), estas expresiones florecen en oposición a quienes no tienen precisamente ese «origen»: el «francés autóctono». Contribuyen así a la escisión entre un «nosotros» homogeneizado y un «ellos» igualmente homogeneizado, a veces explícitamente, a menudo implícitamente, con la idea de que el «ellos» es el origen de las dificultades y los problemas que encuentra el «nosotros». En «tanto el “nosotros” como el “ellos” están etnicizados por este uso de un vocabulario del origen»:

Al tomar como variable el origen en lugar de la nacionalidad, no solo se redefine la extensión de la clase opuesta a los «franceses», sino también la comprensión de los «franceses» en su conjunto. Para diferenciarse del extranjero que se ha convertido en «étnico», el francés debe ser llamado con un término que también es étnico. Esta es la función que cumple la adición del calificativo *de souche*, que indica la reducción de «francés» al nivel subnacional de la etnicidad. ²⁰

Este uso particular de los orígenes para producir categorías antagónicas y jerárquicas refleja el racismo que existe en la sociedad, al tiempo que lo reproduce y amplifica. Contribuye a construir a estos jóvenes como realidades ajenas a la comunidad nacional, a pesar de que la gran mayoría de ellos son franceses de nacimiento. Contribuye a producir lo que Nacira Guénif-Souilamas llama una «alteridad desde dentro», ²¹ un terreno fértil

¹⁸ Véronique de Rudder, «Désignation et origine: production sociale et production savante de l’«ethnique»», *Cahiers de la Méditerranée*, núm. 54, 1997, p. 76.

¹⁹ Simone Bonnafous, *L’immigration prise aux mots*, París, Kimé, 1991, p. 270.

²⁰ Jocelyne Streiff-Fénart, «Penser l’étranger. L’assimilation en les représentations sociales et les théories sociologiques de l’immigration», *Revue européenne des sciences sociales*, núm. 51-1, 2013, pp. 44-45.

²¹ Nacira Guénif-Souilamas, «L’altérité de l’intérieur» en Marie-Claude Smouts (dir.), *La situation postcoloniale. Les postcolonial studies dans le débat français*, París, Sciences Po, 2007, p. 347.

para cuestionar la legitimidad misma de la presencia de estos «jóvenes» en su propio país y/o para legitimar un trato discriminatorio. La «alteridad desde dentro» toma así el relevo de la «alteridad desde fuera», ya que los hijos franceses de estos inmigrantes heredan, por así decir, la «inmigritud» de sus padres.

La expresión «inmigrante de segunda generación», de uso igualmente extendido, está cargada de significados implícitos igualmente significativos. Se generalizó en el mismo periodo que su predecesora, la década de 1980. Al igual que su predecesora, es producto del discurso público institucional y burocrático y de su categorización de la población, y después se generaliza en el discurso político y mediático, antes de convertirse en un lugar común en toda la sociedad. Como este último, marca a estos «jóvenes» con la «referencia indeleble a su origen».²² Como a ellos, les asigna una «inmigritud» que, en el contexto francés, significa asignación a una posición subordinada y dominada:

«Segunda generación» prescinde a menudo de un complemento sustantivo. A veces nominalmente ausente, la inmigración sigue estando presente, como en la expresión que pretende equivaler a «joven de origen inmigrante». Evidentemente, si «origen» significa «procedencia», la fórmula carece de sentido, porque nadie «procede» del acto migratorio. Estos términos, considerados «convenientes» cuando no satisfactorios (sobre todo en la investigación), enmascaran y revelan a la vez el estatus asignado a esta «generación» de personas nacidas o socializadas en Francia: formar a su vez, por herencia o sucesión, una nueva generación de inmigrantes.²³

Si el término «inmigrante» es inadecuado para describir a estos «jóvenes» que han emigrado desde ninguna parte, el término «generación» no es menos problemático. Abdelmalek Sayad señala con razón que el término «generación» nunca se utilizó para los padres, reducidos a una inmigración temporal, destinados según el enfoque utilitarista a volver a su país tras el vencimiento de su fuerza de trabajo: ya cuando esta había sido usada, ya cuando el trabajo escaseaba como consecuencia de una crisis económica. «Al llamar a sus hijos “segunda generación”, hemos pasado a llamar a sus padres “primera generación” [...] El adjetivo ordinal asociado a ella da lugar, *a contrario y a posteriori*, a esa otra “primera” generación que no existe»,²⁴ resume.

²² Jocelyne Streiff-Fénart, «Penser l'étranger. L'assimilation dans les représentations sociales et les théories sociologiques de l'immigration», art. cit, p. 50.

²³ Véronique de Rudder, «Désignation et origine: production sociale et production savante de l'«ethnique»», art. cit, p. 72.

²⁴ Abdelmalek Sayad, «Le mode de génération des générations immigrées», art. cit, p. 8.

Al igual que la expresión anterior, «segunda generación», asignaba una «extranjería»²⁵ o «extranjerismo»²⁶ muy conveniente en el momento en que, en los años ochenta, estos jóvenes empezaron a luchar y a rebelarse contra las desigualdades que experimentaban. Estos conceptos aparecieron en la misma secuencia histórica que las llamadas «revueltas urbanas» y la *Marcha por la igualdad y contra el racismo*. Estas expresiones se utilizan tanto para describir a los activistas por la igualdad cuyas acciones les han dado una visibilidad innegable, como para neutralizar el alcance de sus protestas, es decir, para negar la discriminación racista sistémica que es su causa fundamental. Al retrotraer a estos jóvenes a sus orígenes, se sugiere que la causa de las desigualdades que han sufrido no reside en esta discriminación, sino en un «problema de integración», o más exactamente en una «integración inacabada». La expresión «segunda generación» desplaza así la lectura de la realidad del ámbito social y político al ámbito cultural e identitario.

La expresión «segunda generación» no puede dissociarse del término «integración». Volveremos sobre este concepto y las cuestiones que plantea más adelante. Por el momento, conviene subrayar que este vocabulario de origen permite describir una realidad —la posición de desigualdad que ocupan estos jóvenes franceses— refiriendo esta desigualdad no a la sociedad francesa, sino a su integración pseudoinsuficiente. Para ello, era necesario distinguir a estos jóvenes de sus conciudadanos de la misma edad y de sus padres. Como resume el sociólogo Laurent Lardeux, «nombrar a esta generación ha permitido afianzar la ruptura con la generación anterior, al tiempo que se la considera “culpable”: carente de integración, de socialización y de educación».²⁷ «Casi franceses», según la expresión de Nacira Guénif-Souilamas, pero todavía no del todo, estos «jóvenes» también se construyen sobre la ruptura con sus padres, reforzando así la vieja lógica asimilacionista en el centro del proceso de construcción nacional francés. Abdelmalek Sayad analiza este proceso de «cirugía social» de la siguiente manera:

Es el resultado de un cambio social que sería el resultado de una auténtica operación de cirugía social y de un experimento de laboratorio. Así entendemos el interés objetivo —un interés que se ignora a sí mismo como tal— en distender al máximo la relación entre, por un lado, padres inmigrantes, es decir, hombres de otro tiempo, de otra época, de otro lugar, de otra historia, de otra cultura, de otra moral, otra extracción, otro mundo y otra visión del mundo, y, por otra parte, los «hijos

²⁵ Laïla Chouarra, «Éducation, identité et réussite» en *L'éducation en débat: analyse comparée*, vol. 2, 2004, p. 134.

²⁶ Peggy Derder, *Idées reçues sur les générations issues de l'immigration*, op. cit., p. 30.

²⁷ Laurent Lardeux, *Engagement transnational des descendants de migrants. Carrière militante et mémoire des origines*, Rapport d'étude, injep, 2016, p. 9.

de padres inmigrantes» que entonces, según una representación conveniente, no tendrían pasado, ni memoria, ni historia (aparte de la que actualizan a través de su sola persona), etc., y estarían por tanto libres de todo, serían fácilmente moldeables y estarían listos para todos los empeños asimilacionistas, incluso los más anticuados, arcaicos, retrógrados o, en el mejor de los casos, los más intencionados, impulsados por una especie de «chovinismo de lo universal».²⁸

La expresión «segunda generación» permite negar el patrimonio y, al mismo tiempo, atribuir un origen. Al negar la herencia, es posible hacer invisibles las causas de la discriminación racista que han sufrido (la línea de color), y al asignarles un «origen inmigrante», es posible justificar el hecho de que, al igual que sus padres, ocupan posiciones sociales y funciones económicas en la parte inferior de la escala social invocando un proceso de integración inacabado. Lo que resulta invisible aquí es la transmisión transgeneracional de un estatus social subalterno que no experimentaron los inmigrantes anteriores, es decir, la existencia de relaciones sociales racistas no solo entre franceses y extranjeros, sino entre franceses y «casi franceses».

Estas denominaciones dominantes se toparon rápidamente con reacciones de rechazo por parte de los así designados. Fueron cuestionadas, y con ellas la lógica integracionista que las acompañaba, por las reivindicaciones de igualdad de los afectados. Aparecieron entonces nuevas expresiones que se generalizaron rápidamente en la primera década del nuevo siglo: esencialmente «jóvenes de minorías visibles» o «jóvenes de la diversidad». Como en el caso de la expresión «segunda generación», la diversidad en cuestión es evidente y hace innecesario cualquier añadido: «La “diversidad” a la que se hace referencia se refiere implícitamente a nuestra “diversidad racial”. Más concretamente, se refiere a las “minorías visibles” —a simple vista, es decir—, en resumen, a los negros y árabes “visibles” sobre un fondo “blanco”»,²⁹ resume el sociólogo Gérard Mauger. La expresión se tradujo rápidamente en una *Guía de la diversidad cultural en los medios de comunicación* (2004), una *Etiqueta de la diversidad en la función pública* (2008), una *Carta de la diversidad en las empresas* (2004), etc.

Estas expresiones reconocen que las «personas de orígenes diversos» y las «minorías visibles» sufren discriminación, pero sin cambiar la visión general de una sociedad formada por una «mayoría invisible» y unas «minorías visibles», en la que se supone que estas últimas se integran a las primeras a fuerza de esfuerzos individuales. Estas expresiones toman nota de la creciente demanda de igualdad (y de la lucha contra la discriminación

²⁸ Abdelmalek Sayad, «Le mode de génération des générations immigrées», art. cit, p. 14.

²⁹ Gérard Mauger, «Issues de la diversité», *Savoir/Agir*, núm. 7, 2009/1, p. 103.

racista), pero la neutralizan en una lógica elitista con el telón de fondo del mantenimiento de una visión de la identidad nacional y del asimilacionismo que la acompaña:

Refuerza la representación central de un «núcleo nacional» (los verdaderos franceses), al que se añaden progresiva y sobre todo selectivamente minorías (medio franceses), con el objetivo de permitir la entrada de unos pocos elegidos a dedo, para preservar la esencia del sistema. [...] Periferiza a los individuos y a los grupos sociales con el pretexto de que son «originarios de...», «descendientes de...» o «herederos de...», como si los portadores de identidades solo fueran las minorías mencionadas (árabes, magrebíes, musulmanes, domtomianos,³⁰ etc.), mientras que las mayorías mencionadas serían, por sí mismas, portadoras de una especie de «pureza universal» o «cultura universalista», necesariamente invisible y adornada con una forma de neutralidad identitaria inatacable.³¹

Estas expresiones están vinculadas al planteamiento liberal conocido como «tokenismo», que consiste en abrir un sistema desigual a los márgenes para reproducirlo más eficazmente. La solución meritocrática propuesta a unas pocas «minorías» para escapar a la discriminación racista se combina con la falta de cuestionamiento del sistema discriminatorio para la mayoría. Lo que queda en el léxico para etiquetar a los descendientes de inmigrantes son términos explícitamente peyorativos, incluso insultantes. Los «asalvajados» de Jean-Pierre Chevènement y la «escoria» de Nicolas Sarkozy son los dos ejemplos más destacados. Los examinaremos más adelante porque se inscriben en una secuencia histórica más reciente, la del despecho y la cólera hacia una categoría social que rechaza la «cirugía social» que pretendía llevarla al terreno de la «civilización».

Palabras para nombrarnos

Las expresiones dominantes mencionadas anteriormente, junto con las rejillas de lectura de las que hablaremos a continuación, contribuyen a un poder de denominación que impone categorías que luego estructuran la percepción de la realidad social. En consecuencia, orientan los diagnósticos de las situaciones y, como subproducto, lo que se percibe como constitutivo de desigualdad ilegítima a eliminar, así como el orden de prioridades en la agenda. En este sentido, tienen un carácter performativo que

³⁰ Originario de los DOM/TOM. Abreviatura en francés de Departamentos de Ultra Mar y Territorios de Ultra Mar. [N. del T.]

³¹ Vincent Geisser, «Minorités visibles versus majorité invisible: promotion de la diversité ou de la diversion?», *Migrations Sociétés*, núm. 111-112, 2007/3, p. 8.

Abdelmalek Sayad resume del siguiente modo con respecto de la categoría «segunda generación»: «El discurso sobre la generación es necesariamente performativo, es decir, pretende constituir como legítima la distinción que se encarga de imponer. El acto de categorización [...], cuando es reconocido y asumido casi universalmente, incluso por aquellos a los que "categoriza", ejerce un poder propio».³²

Sin embargo, los individuos y grupos sociales categorizados no se quedan pasivos ante este proceso de etiquetado. Actúan y reaccionan ante estas categorizaciones, que culturalizan y/o naturalizan y/o difuminan las desigualdades estructurales, legitimándolas y reproduciéndolas. Las estrategias de respuesta son múltiples, es decir, tan heterogéneas como el grupo social homogeneizado por la categorización dominante. Sin embargo, la diversidad de estrategias no debe ocultar el hecho de que todas ellas se definen en relación con la categorización dominante, ya sea adaptándose a ella o desafiándola y rechazándola, de forma más o menos radical y más o menos consciente. La diversidad de estrategias tiene más que ver con la radicalidad de la adaptación o el rechazo que con la existencia de una tercera opción posible. La estrategia de adaptación puede definirse como «la búsqueda de la asimilación al grupo dominante o al menos a su sistema de signos con el fin de evitar quedar atrapado en la depreciación, con la esperanza de pasar desapercibido y evitar las asignaciones identitarias y las referencias a los propios orígenes».³³ Este proceso de adaptación a la dominación es bien conocido desde la obra de Frantz Fanon *Piel negra, máscaras blancas*.³⁴

Como señala Abdelmalek Sayad, la estrategia de rechazo «lo negro es bello» es «sin duda la primera revuelta contra la estigmatización» y «consiste en reivindicar públicamente el estigma convertido así en emblema».³⁵ A las categorías dominantes se oponen así las contracategorías producidas por los dominados, invirtiendo el orden de las valoraciones, haciendo visible lo que es invisible para las categorías dominantes y dando voz a lo que estas silencian. Las autodenominaciones aparecen así como intentos de escapar a las categorizaciones dominantes, aunque no siempre lo consiguen debido al equilibrio ideológico de poder. Dos ejemplos que han tenido un impacto diferente en el debate público son «*beur*»³⁶ e «*indígena de la República*».

³² Abdelmalek Sayad, «Le mode de génération des générations immigrées», art. cit, p. 10-11.

³³ Marco Martiniello y Patrick Simon, «Les enjeux de la catégorisation. Rapports de domination et luttes autour de la représentation dans les sociétés postmigratoires», *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 21, núm. 2, 2005, p. 13.

³⁴ Frantz Fanon, *Peau noire, masques blancs*, París, Le Seuil, 1952 [ed. cast.: *Piel negra, máscaras negras*, Madrid, Akal, 2009].

³⁵ Abdelmalek Sayad, «Le mode de génération des générations immigrées», art. cit, pp. 12-13.

³⁶ *Rebeu*, *beur* o *beurette* provienen del verlan, dialecto propio de las *banlieues* cuya regla de formación de palabras suele ser la palabra francesa dicha al revés, en este caso la palabra *arabe*, árabe. [N. del T.]

El término *beur* tuvo su momento de éxito político y mediático en los años ochenta antes de caer en desuso. Es una de las múltiples autodenominaciones que varían según la región de residencia. Al mismo tiempo, también existían «*Khourouto*», «*Khokho*», «*Arabe de France*», etc. Como todos estos otros términos, la palabra intenta especificar la particular posición social de los franceses hijos de inmigrantes de las antiguas colonias: franceses pero no percibidos ni tratados como tales, «integrados» pero en una posición subalterna y dominada, franceses pero asignados, percibidos y tratados como inmigrantes, es decir, como mano de obra legítimamente sobreexplotada y discriminable, destinatarios de un mandato de «integración» aunque hayan nacido y se hayan socializado en Francia, víctimas de una discriminación sistemática cuya propia existencia es negada por su propia sociedad, etc. Estos términos expresan un rechazo a la etiqueta de «segunda generación» que se les ha impuesto. Con ello pretenden expresar el sentimiento de un lugar, un destino y una suerte compartidos, marcados por la desigualdad y la discriminación, la ilegitimidad y la estigmatización.

Como recuerda Abdelmalek Sayad, en una situación de dominación, la burla es un arma para los dominados: «Es bien sabido que la burla es el arma de los débiles; es un arma pasiva, un arma de protección y de prevención».³⁷ «*Khourouto*» se refiere, por ejemplo, a «divagar», «desvariar», «soñar», «vagar», añade Sayad, lo que refleja la posición social imposible que intenta expresar este término. La palabra *beur* recuerda a *beurre* o *petit beurre*, las galletas de mantequilla con las que crecieron. En la tercera marcha de 1985, una pancarta llevaba el lema «Ni *beur*, ni *margarine*. Basta de recuperación», para significar el rechazo al movimiento SOS-Racisme como intento de imponer un antirracismo de Estado aséptico. La foto de portada del número 3 de la revista de la agencia Im'média, fechada en marzo de 1986 y titulada *Les Beurs face aux urnes* [Los *beurs* frente a las urnas], muestra a un *beur* deslizando un trozo de mantequilla en una alcantarilla a modo de papeleta electoral. La expresión «*Arabe de France*» [árabe de Francia] articula dos lealtades que cada vez se presentan más como incompatibles en el discurso político y mediático. Parece una respuesta al mandato asimilacionista impuesto a estos jóvenes para que elijan entre su herencia familiar y su pertenencia a la sociedad francesa, por un lado, y demostrar su «voluntad de integración», por otro.

De todas estas autodenominaciones, solo el término *beur* se utiliza en el vocabulario mediático y político dominante. Como señala el historiador Vincent Gay, «la moda lingüística es masiva y se impone muy

³⁷ *Ibidem*, p. 12.

rápidamente».³⁸ Abdelmalek Sayad considera las razones de este éxito en la lógica asimilacionista imperante, en la que periodistas y políticos ven en esta autodenominación un signo de asimilación en marcha. Para ello, era necesaria la «división de una realidad continua» y «la introducción del término *beur* llegó en el momento justo».³⁹ Los *beurs* ya no son vistos simplemente como diferentes de sus padres (que sin duda lo son), sino como opuestos a ellos. Lo que se celebra en el renacimiento mediático y político del término es el aparente distanciamiento de los padres, analizado como una «ruptura» que significa el éxito del «modelo francés de asimilación» rebautizado como «integración». «La dualidad que el término *beur* intentaba expresar se evacúa al eliminar cualquier vínculo de continuidad con los padres». Sayad resume esta dualidad de la siguiente manera:

Estos «inmigrantes» que no son inmigrantes, hijos de inmigrantes, son una especie de híbridos que no comparten plenamente las características que definen idealmente al inmigrante completo, al inmigrante consumado que se ajusta a la imagen que tenemos de ellos, ni comparten plenamente las características objetivas y sobre todo subjetivas de los nacionales. [...] No son extranjeros ni culturalmente, ya que son productos integrales de la sociedad y de sus mecanismos de reproducción e integración [...], ni nacionalmente, ya que la mayoría de las veces poseen la nacionalidad del país.⁴⁰

A partir de un intento de nombrar esta doble realidad social, vinculada al trato discriminatorio al que se ven sometidos y que les asigna una posición subordinada, la palabra *beur* se transforma en una «especie de neorientalismo que no tiene lugar en un lugar lejano, sino en los suburbios de los grandes centros urbanos e industriales franceses de fácil acceso».⁴¹ Al mismo tiempo, desaparece la dimensión política de este intento de nombrar un lugar subalterno específico, quedando únicamente una dimensión cultural arraigada en la modernidad, frente a unos padres únicamente «tradicionales» y, por tanto, «no integrables».

Al mismo tiempo, estos padres fueron víctimas de una política de reestructuración industrial que provocó despidos masivos, con el «acompañamiento social» de animarles a volver a su país de origen. Lógicamente, emprendieron la lucha contra esta política con una serie de huelgas duras y a menudo prolongadas, sobre todo en el sector del automóvil, muy

³⁸ Vincent Gay, «Le “mouvement beur” et la grève des ouvriers immigrés de Talbot: ruptures ou continuités?», *Migrance*, núm. 41, primer semestre de 2013, p. 149.

³⁹ Abdelmalek Sayad, «Le mode de génération des générations immigrées», art. cit, p. 12.

⁴⁰ Abdelmalek Sayad, *La double absence*, op. cit., p. 410.

⁴¹ Sylvie Durmelat, «Petite histoire du mot beur: ou comment prendre la parole quand on vous la prête», *French Cultural Studies*, vol. 9, núm. 26 de junio de 1998, p. 198.

afectado por estas reestructuraciones: Renault (Sandouville, Billancourt, Flins), Peugeot (Sochaux), Maubeuge Carrosserie Automobile, Citroën (Aulnay, Levallois, Saint-Ouen), Talbot (Poissy), Chausson (Gennevilliers, Asnières) y Fiat-Unic (Trappes). Las reacciones a la huelga de los obreros inmigrantes ponen de manifiesto el alcance de la transformación sufrida por el término *beur*. «Los árabes de Talbot no son *beurs*»,⁴² afirma el diario *Libération*. «Todos somos *bougnoules* [moros] de Talbot»,⁴³ respondía un año más tarde el periódico *Sans Frontière*:

El 3 de diciembre, el vivo recuerdo de la «Marcha» empezaba a grabarse en nuestra memoria y parecía decirnos que solo podía haber mañanas que cantan [...] Por desgracia, las mordaces noticias de Talbot nos recordaron más que nunca quiénes éramos y nos convocaron a reafirmar nuestra pertenencia a la comunidad de la que procedíamos. Hemos oído y leído muchas cosas sobre los *beurs* aquí y allá. Según algunos, no pertenecemos a ningún sitio, mientras que para otros nos hemos convertido en imprescindibles. [...] Y, sin embargo, no somos más que los hijos —si no los hermanos— de aquellos trabajadores que las empresas francesas fueron a buscar a los lugares más recónditos de la aldea. [...] No puede haber, por un lado, «*beurs* amables», que solo quieren integrarse, y, por otro, «inmigrantes malvados» a los que solo se quiere ver de vuelta y que de repente son expulsados.⁴⁴

En efecto, lo que se rechaza aquí es la «cirugía social» de la que habla Abdelmalek Sayad. Es el vínculo de continuidad con los padres, negado por la mutación del término *beur*, lo que se reafirma. Las autoapelaciones que le siguen se construyen valorizando lo que está devaluado y demonizado en el discurso mediático y político. La proliferación de la retórica que llama a la integración y denuncia el pseudo «comunitarismo» se encontrará con autodenominaciones como «árabe», «negro», «africano» o «afrodescendiente». A la islamofobia se responderá autodefiniéndose como musulmán. A la negación de la discriminación sistémica se responderá autodefiniéndose como «indígena de la República». Es como si las autodenominaciones que siguen a *beur* hubieran sido blindadas y/o seleccionadas para no prestarse a ninguna apropiación indebida de sentido o significado.

El rechazo a la asignación de la identidad de «*beur* simpáticos» agradecidos a la «República» por su labor de asimilación suscitó rencor y cólera. Dio lugar a nuevas denominaciones, esta vez peyorativas: «asalvados» en el Partido Socialista, «escoria» en la derecha. Los «simpáticos *beurs*», o al

⁴² *Libération*, 21 de diciembre de 1983.

⁴³ Rachida Azzoun y Kaïssa Titous, «Nous sommes tous des bougnoules de Talbot», *Sans Frontière*, núm. 83, febrero de 1984.

⁴⁴ *Ibidem*.

menos algunos de ellos, han sobrepasado los límites de lo correcto. Estos términos se utilizan para llamar al orden a la gente devaluándola y amenazándola. Reviven las exigencias de «cortesía» que se hacían a los padres y a los abuelos inmigrantes. Junto con la invisibilidad y el apoliticismo, esta exigencia de «cortesía» es una de las características de la condición de inmigrante en Francia: «La forma de cortesía a la que están sujetos los extranjeros y a la que ellos mismos se creen sujetos —y, en última instancia, solo están sujetos a esta cortesía porque ellos mismos se creen obligados a observarla— es una de esas astucias sociales mediante las cuales se imponen los imperativos políticos y se obtiene la sumisión a estos imperativos».⁴⁵

El uso del término «asalvajados» por Jean-Pierre Chevènement en 1999 y Bernard Cazeneuve en 2016, y «escoria» en 2005, se refieren a la misma exclusión implícita del «nosotros». Los comportamientos citados para justificar estas etiquetas ya no se explican, como para todos los demás, por causas sociales, sino por características propias de las personas así designadas, propias de su «naturaleza» o de su «cultura». La versión de derechas transmite la idea de residuo y de «franja social peligrosa», mientras que la versión de izquierdas evoca la imagen del «salvaje». En ambos casos, los jóvenes así designados y los comportamientos así denunciados (delincuencia, violencia contra los agentes de policía, incivildades, etc.) son empujados más allá de la explicación racional (teniendo en cuenta sus características sociales y sus orígenes), al ámbito de lo inexplicable y lo irracional, o de las diferencias de «naturaleza» o «cultura». Esto solo deja una reacción posible: la represión.

Significativamente, el término «asalvajados» ha dado lugar a dos explicaciones divergentes. La primera procede de Cazeneuve, que dijo que «los asalvajados son salvajes», y la segunda de Jean-Pierre Chevènement, que añadió: «Al utilizar este término, señalaba la falta de educación». En ambos casos, sin embargo, lo que se invoca es un salvajismo natural que no se ha corregido por falta de una educación parental suficiente.

Las dificultades para nombrar a estos franceses que no son realmente franceses no son el resultado de una incapacidad conceptual. Reflejan una contradicción objetiva ligada a una adscripción a un lugar discriminado. La discriminación que sufren estos «casi franceses» es ilegal, pero sistémica y masiva. No referirse a lo que hace específica esta discriminación (la línea de color) es ocultar una parte de la realidad. Definirse solo en relación con ella es contribuir a reproducir la reducción al origen, la cultura, la inmigración, etc., que legitima y reproduce esta discriminación. Por eso, en nuestros escritos anteriores llegamos a utilizar expresiones como «descendientes de

⁴⁵ Abdelmalek Sayad, «Qu'est-ce qu'un immigré», *op. cit.*, p. 64.

inmigrantes» o «descendientes de la colonización», antes de preferir «herederos de la inmigración», sin estar plenamente satisfechos con el resultado. Activistas e investigadores se enfrentan a una dificultad que los investigadores Sylvie Durmelat y Vinay Swamy resumen del siguiente modo: «Los comentaristas contemporáneos se encuentran siempre atrapados entre, por un lado, la necesidad de definir y nombrar al grupo social concreto que estudian y, por otro, el deseo de evitar reproducir la estigmatización que conllevan las etiquetas que solo retrasan el uso de ese simple término, “franceses”». ⁴⁶

Integracionismo y ocultación de la discriminación

Las palabras y las categorizaciones que las acompañan no funcionan de forma aislada. Forman parte de un marco de lectura de la realidad social que sustenta un orden social y legitima las desigualdades y la dominación que lo caracterizan. Las etiquetas que acabamos de mencionar brevemente son indisociables del marco de lectura dominante, en el doble sentido de mayoritario y hegemónico, por un lado, y reproductor de la dominación, por otro, a saber, el integracionismo. Con ello nos referimos a la lógica de pensamiento que explica la posición social de los individuos y los grupos sociales a partir del concepto de «integración». En esta lógica, las desigualdades y las dominaciones sufridas se reconocen y se relacionan con las características o los déficit de integración de las personas. Son las desigualdades las que no se adaptan a la realidad social, no la realidad social la fuente de las desigualdades.

¿Integración de la sociedad o integración en la sociedad?

El término integración fue originalmente un concepto de las ciencias sociales importado al debate político para legitimar una determinada concepción del orden social. Como suele ocurrir en una sociedad caracterizada por las desigualdades estructurales, esta importación va acompañada de una transformación del contenido del término, una transferencia del marco general de análisis y, en consecuencia, una transformación radical de las conclusiones y de las expectativas políticas que conllevan. En sociología, el concepto de integración aplicado al ámbito de la emigración / inmigración nos plantea una dificultad adicional: la de la migración del concepto desde el enfoque durkheimiano de la totalidad social hacia enfoques centrados

⁴⁶ Sylvie Durmelat y Vinay Swamy (coord.), *Les écrans de l'intégration. L'immigration maghrébine dans le cinéma français*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 2015, p. 23.

en los inmigrantes y sus hijos. La figura de Émile Durkheim es ineludible cuando hablamos de integración, lo que explica en parte la dificultad de deshacerse de esta noción saturada de significado. Conviene recordar que el planteamiento de Durkheim se centra en el carácter más o menos integrado de un grupo, una sociedad o una colectividad. «Es el carácter integrado del conjunto o de la colectividad lo que hace posible la integración individual, y no al revés», subraya Sayad, para ilustrar la diferencia esencial entre el concepto durkheimiano de integración y el concepto de integración utilizado en el trabajo y el discurso sobre la inmigración:

En sociología, sabemos más de lo que puede llamarse una «sociedad bien (o mal) integrada» que de la integración individual, que de la integración como proceso individual. [...] Y sin duda, la integración así entendida, la integración como realidad social y por tanto colectiva, es la condición misma de la integración en el segundo sentido del término, la integración individual de las partes en el todo. Cuanto mayor y más fuerte sea la integración del conjunto, cuanto mayor y más fuerte sea el poder integrador de este grupo, tanto más necesaria y fácil de lograr es la integración en este grupo de cada una de sus partes constituyentes, antiguas o nuevas.⁴⁷

Esta concepción de la integración,⁴⁸ que no se limita a la inmigración, sino que considera los procesos y mecanismos que crean vínculos en una sociedad o grupo, es por supuesto, fundamentalmente diferente del significado mayoritario (y casi hegemónico) que se da al término integración en el discurso científico, mediático y político. La mayoría de estos discursos siguen basándose en un enfoque individualista, capitativo y voluntarista. Pasan de la «integración de una sociedad» de Durkheim a la «integración en una sociedad». En el discurso está implícita una distancia cultural que algunos resuelven mediante un «deseo de integración», mientras que otros se niegan a hacerlo —o son incapaces de hacerlo— debido al «comunitarismo».

En nuestra opinión, el sentido individualizador de la integración explica el redescubrimiento y el redespiegue de una lógica que había caracterizado fuertemente la época colonial. En aquella época, se clasificaba a las personas en función de sus «éxitos» o «fracasos», de su voluntad o falta de voluntad. Los éxitos de unos y los fracasos de otros no estaban relacionados con los procesos sociales y la situación colonial, sino únicamente con los esfuerzos individuales: los esfuerzos de unos por integrarse, el rechazo de

⁴⁷ Abdelmalek Sayad, «Le poids des mots» en *La double absence*, *op. cit.*, p. 313.

⁴⁸ Cabe señalar de paso que el enfoque durkheimiano de la integración también debe ser cuestionado críticamente por su matiz organicista, es decir, por evitar la cuestión de las fracturas sociales y, en particular, las fracturas de clase que caracterizan a las sociedades contemporáneas.

otros a integrarse. La promoción de una «élite india» podía ir así de la mano del desarrollo de un discurso y unas prácticas de vigilancia y represión.

Como resultado de este desplazamiento de lo colectivo a lo individual, el enfoque dominante de la integración conduce a procesos de asignación a determinadas posiciones sociales, por un lado, y a una taxonomía de los inmigrantes y sus hijos, por otro. La asignación forma parte de la naturaleza binaria de esta concepción de la integración. La percepción dominante de la integración plantea la posibilidad de la no integración, aunque la integración, entendida como el proceso de echar raíces en un espacio vital, sea inevitable. La cuestión, por tanto, no es la «integración» o la «no integración», sino la integración de qué manera, en qué lugares y con qué asignaciones sociales. Lo mismo vale para la integración que para la exclusión. Nadie está excluido o no integrado, pero muchos están integrados desde abajo o integrados en una posición de dominación. La hegemonía ideológica sobre la cuestión de la integración (cuyos efectos son ampliamente visibles en el campo de la investigación teórica) se refleja en la sustitución de la alternativa integración / no integración por la alternativa integración dominada / integración igualitaria. Al estudiar la transición de la sociedad italiana de un país de emigración a un país de inmigración, el sociólogo Maurizio Ambrosini propone el concepto de «integración subalterna» como salida a la vaguedad del concepto general de integración: «Los inmigrantes son relativamente aceptados, en el mercado laboral y poco a poco también en la sociedad, pero a condición de que permanezcan en los niveles más bajos de la escala profesional y social, dispuestos a realizar las tareas menos agradables».⁴⁹

La taxonomía de los «candidatos a la integración» se deriva del paso de lo «social» a lo «cultural» en el enfoque dominante de la integración. La integración no se ve como el resultado del proceso de arraigo social vinculado a la residencia en un territorio determinado, sino como una cuestión casi exclusiva de adopción de la cultura de la sociedad «de acogida», que se supone única y homogénea. De este modo, el concepto hegemónico de integración se impone a costa de una doble ocultación: la de la dimensión primordialmente social del arraigo y la de la heterogeneidad cultural de la sociedad francesa. El giro culturalista nunca es insignificante. A menudo caracteriza y acompaña los procesos de dominación, proporcionándoles un marco explicativo y un discurso de legitimación. Junto con el giro «naturalista» (que explica las desigualdades por la «naturaleza»), es uno de sus dos fundamentos más recurrentes.

⁴⁹ Maurizio Ambrosini, «Malgré la politique. L'insertion contrastée des immigrés dans le marché du travail italien», *Sociologies*, 2011. Se puede consultar en journals.openedition.org.

La asociación por Nicolas Sarkozy de «inmigración» e «identidad nacional» en el nombre de un ministerio marca la culminación del proceso de banalización de estos planteamientos culturalistas. La taxonomía implícita —y cada vez más explícita— distingue entre un «nosotros» y un «ellos», entre los «integrables», los «no integrables» y los «integrados», por un lado, y una sociedad francesa integradora, por otro. Sayad no ve en esta taxonomía un enfoque objetivo basado en criterios observables de arraigo, sino una lógica de asignación que hace del proceso conocido como «integración» un proceso interminable, una lógica de sospecha permanente:

La invitación a integrarse, la sobreabundancia de discursos sobre la integración, está destinada a parecer a los más informados o clarividentes sobre su posición en la sociedad en todos los ámbitos de la vida, como un reproche por una falta de integración, un déficit de integración, o incluso como una sanción o un prejuicio hacia una integración «imposible», nunca plenamente lograda. Una vaga sospecha, una forma particular de la sospecha generalizada que pesa sobre cualquier presencia percibida como «extranjera» (aunque pueda reivindicar la nacionalidad francesa), sigue pesando en este sentido sobre la forma de relacionarse con la sociedad francesa.⁵⁰

El contexto emergente del nuevo integracionismo

Muchos investigadores se han enfrentado a estas personas «con mas experiencia» que rechazan el término «integración» en el curso de sus investigaciones. «La integración no es solo un tema que divide a los investigadores y ha caído en el dominio público, es también —y esta es la tercera dificultad— una noción ampliamente rechazada por los inmigrantes y sus descendientes»,⁵¹ señala el sociólogo y demógrafo François Héran. «A menudo irrita a los jóvenes de “origen inmigrante”, que lo ven como un mandato de conformarse a un modelo»,⁵² escribe la jurista Jacqueline Costa-Lascoux. La socióloga Dominique Schnapper habla incluso de un «rechazo virulento»⁵³ del concepto. Como señala el sociólogo Didier Lapeyronnie, «la integración es el punto de vista del dominante sobre el dominado. El dominante considera generalmente que el dominado no está integrado».⁵⁴

⁵⁰ Abdelmalek Sayad, «Le poids des mots» en *La double absence*, op. cit., p. 316.

⁵¹ François Héran, «L'intégration des immigrés: débats et constats», curso en el Collège de France del 13 de diciembre 2019, disponible en lavedesidees.fr.

⁵² Jacqueline Costa-Lascoux, «L'intégration “à la française”: une philosophie à l'épreuve de la réalité», *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 22, núm. 2, 2006, p. 106.

⁵³ Dominique Schnapper, *Qu'est-ce que l'intégration?*, París, Gallimard, 2007, p. 17.

⁵⁴ Didier Lapeyronnie, «Quelle intégration?» en Bernard Loche y Christophe Martin (coord.), *L'insécurité dans la ville: changer de regard*, París, L'Œil d'or, 2003, p. 95.

El examen del contexto en el que surge el discurso de la integración ilustra este vínculo con las relaciones de dominación. Aunque varios países europeos han adoptado la lógica integracionista en distintos grados, Francia es a la vez pionera y ejemplar. Pionera porque es «la cuna del concepto de integración»,⁵⁵ desarrollando una política pública construida en torno a esta noción desde finales de los años ochenta. Antes de ella, solo los Países Bajos habían utilizado el término desde finales de los años setenta, pero en un sentido muy diferente, ya que estaba vinculado a las ideas de pluralidad cultural de la sociedad neerlandesa y de lucha contra la discriminación. Ejemplar (en el sentido de que la lógica integracionista se llevó hasta sus últimas consecuencias) porque rápidamente se concretó en la creación de órganos institucionales y herramientas específicas: el Comité Interministerial para la Integración y la Secretaría General para la Integración en 1989, el Alto Consejo para la Integración en 1990, el Ministerio de Asuntos Sociales e Integración y la Secretaría de Estado para la Integración en 1991, la Delegación General para la Integración en 1995, la Oficina Francesa para la Inmigración y la Integración en 2009, el Contrato de Acogida e Integración en 2007 y el Ministerio de Inmigración, Integración, Identidad Nacional y Codesarrollo en 2007.

El nuevo vocabulario se introdujo en un contexto caracterizado por el auge del Frente Nacional, por una parte, y el ascenso de los «herederos de la inmigración» —en forma de revueltas en los barrios populares y de la *Marcha por la igualdad y contra el racismo*—, por otra. El campo ideológico del debate sobre la integración está así polarizado por una demanda de igualdad social impulsada por estos jóvenes en un polo y una exigencia de asimilación impulsada por el Frente Nacional en el otro. Además, los actores políticos y los agentes burocráticos que despliegan este nuevo discurso son los mismos que durante los últimos años de la Argelia francesa. Estamos apenas a dos décadas de la independencia argelina, que pone fin al periodo de la llamada «política de integración» que marcó las dos últimas décadas de la colonización. Esta política debía responder a dos polos antagónicos, la creciente demanda de independencia nacional tras la Segunda Guerra Mundial, por un lado, y el modelo colonial asimilacionista, por otro.

Tras la guerra, se puso en marcha la llamada «política de integración», cuyo objetivo declarado era la igualdad de derechos entre indígenas y ciudadanos franceses. La abolición en 1946 de una legislación de excepción como el Código del Indigenado⁵⁶ es la señal más elocuente de ello. El esta-

⁵⁵ François Héran, «L'intégration des immigrés: débats et constats», curso citado.

⁵⁶ El régimen del indigenado, frecuentemente denominado *Code de l'indigénat*, se aplicó de diversas maneras a lo largo del tiempo y del espacio en todo el imperio colonial francés y fue un conjunto de medidas y prácticas dispares que no se regían por un texto único. Era una forma administrativa de justicia que solo se aplicaba a las personas definidas como

lido de la lucha de liberación nacional y la posterior llegada al poder del general De Gaulle brindaron la oportunidad de reafirmar esta «política de integración», concebida como una tercera vía para evitar «las soluciones extremas de la “secesión” y la “franconización”». ⁵⁷ En 1960, el antiguo gobernador de Argelia, Jacques Soustelle, declaró: «Integración o independencia: esa es la elección». ⁵⁸ A partir de 1954, la llamada «política de integración» se aceleró, lo que condujo a la eliminación de toda discriminación legal sufrida anteriormente por la población autóctona: «A partir de 1958, al menos, ya no hubo discriminación legal en Argelia, con la excepción de la discriminación positiva destinada a promover a los musulmanes franceses», ⁵⁹ resume el historiador Guy Pervillé. En un momento en el que la violencia colonial estaba en su apogeo, con la pacificación, los poderes especiales y la tortura, se proclamaba más que nunca la «integración». No deja de sorprender la similitud de las lógicas: polarización antagonista del campo de debate, rechazo de los dos polos «extremos» e ilusión de una vía intermedia. Conscientemente o no, los actores y productores de la lógica integracionista han reciclado su experiencia colonial en la Francia metropolitana.

En la Argelia colonial, la «política de integración» fue rechazada por los autóctonos como una nueva máscara de la asimilación y la dominación. Ya en 1992 pusimos de relieve esta transferencia de conceptos y lógicas del contexto colonial de los años cincuenta al contexto político francés de los años ochenta. ⁶⁰ Y de la misma manera que en Argelia, en la Francia de los años ochenta, el término integración fue rechazado como un proceso de ocultación de la reivindicación de igualdad bajo un discurso de adaptación cultural. El nuevo integracionismo era, como el antiguo, una nueva cara de la lógica asimilacionista, diseñada para evitar responder a las demandas de igualdad de trato. «La integración es ante todo la expresión de un conformismo normativo destinado a demostrar que lo prescrito es correcto y bueno para todos los individuos. Cualquier desviación de la norma es ante todo un signo de conformismo desviado y, por tanto, de un déficit de integración que hay que corregir o compensar», ⁶¹ resume la socióloga Nacira Guénif-Souilamas.

«indígenas». No respetaba los principios generales del derecho francés, en particular al autorizar castigos colectivos, deportaciones de habitantes y castigar prácticas que la ley no prohibía, sin defensa ni posibilidad de recurso. [N. del T.]

⁵⁷ Guy Pervillé, «De Gaulle et le problème algérien en 1958», *Outre-Mers*, núm. 358-359, 2008, p. 16.

⁵⁸ Jacques Soustelle, «Intégration ou indépendance, tel est bien le choix», *Le Monde*, 17 de marzo de 1960.

⁵⁹ Guy Pervillé, «Antiracisme, décolonisation de l'Algérie et immigration algérienne en France», *Cahiers de la Méditerranée*, núm. 61, 2000, p. 124.

⁶⁰ Saïd Bouamama, «De l'assimilation à l'intégration. Genèse d'une mystification» en Saïd Bouamama, Albano Cordeiro y Michel Roux, *La citoyenneté dans tous ses états: de l'immigration à la nouvelle citoyenneté*, París, L'Harmattan, 1992, pp. 171-196.

⁶¹ Nacira Guénif-Souilamas, «Fortune et infortune d'un mot. Jalons d'une discussion entre sociologues et politiques», *Ville-Ecole-Intégration Enjeux*, núm. 135, diciembre 203, p. 36.

Abdelmalek Sayad va en la misma dirección, señalando que el significado que se da a los términos no puede disociarse de las connotaciones que heredan de la historia:

Los antecedentes que este vocabulario debe a su pasado, al contexto político e ideológico específico de la época de la colonización [...] siguen pesando en su significado actual, a la hora de determinar objetivamente (es decir, sin que nadie lo sepa e independientemente de la voluntad de cualquiera) el significado que le damos hoy, un significado que creemos específicamente actual y completamente autónomo.⁶²

La terminología no es una variable ahistórica. Al contrario, hereda los significados transmitidos por la historia de cada sociedad y, en el caso de Francia, las cadenas de conexiones producidas a lo largo de casi siglo y medio de asimilación-integración-colonización-inmigración. El historiador Philippe De Witte se pregunta si esto significa que la integración no es más que una versión eufemística de la asimilación.⁶³ La existencia de una dualidad de vocablos en función de la población destinataria para designar una misma situación social es otra muestra de esta herencia de sentidos y significados del término «integración». Como observa el sociólogo Albano Cordeiro:

Se puede ser francés y no estar integrado, o incluso ser marginal (delincuente, nuevo pobre, precario, parado, discapacitado, sin recursos suficientes). Para referirnos a estas personas, es más probable que utilicemos el término «excluidos» o «marginados», que digamos que habría que «integrarlas». Es menos probable que digamos que no están «integrados» en la sociedad francesa. Esta expresión está más bien reservada a los «inmigrantes».⁶⁴

El nuevo integracionismo opera en un nuevo contexto el mismo desplazamiento de lo social, económico y político a lo cultural que se utilizó históricamente en la época colonial. En ambas situaciones, el objetivo es negar la discriminación sistémica: vinculada al sistema colonial en el caso del primero, y a la línea de color en el caso del segundo.

La patologización de la desigualdad social

El giro culturalista conduce lógicamente a una patologización en forma de los numerosos discursos sobre la «ruptura cultural» de los jóvenes de

⁶² Abdelmalek Sayad, «Le poids des mots», en *La double absence*, op. cit., p. 310.

⁶³ Philippe De Witte, «Entre deux mots», *Hommes et migrations*, núm. 1154, 1992, p. 3.

⁶⁴ Albano Cordeiro, «Les termes du débat sur l'intégration et le refus de la diversité culturelle en France» en Martine Fourier y Geneviève Vermes (coord.), *Ethnicisation des rapports sociaux*, París, L'Harmattan, 1994, p. 56.

los que se dice que están «sentados entre dos sillas» o que son portadores de «dos culturas» contradictorias. La respuesta no se encuentra en una perspectiva igualitaria, sino en el apoyo psicológico, por un lado, y en el control restrictivo para los casos más «desgarrados», por otro.

La premisa inicial de estos argumentos y teorías es doble: existe un problema de integración y se deriva de un conflicto cultural. Y sin embargo, en términos culturales, la «integración» se ha logrado en gran medida. Lo que se expresa en los movimientos comunitarios y en la movilización de estos «casi franceses» son reivindicaciones sociales, denuncias de desigualdades y discriminaciones, demandas de igualdad, etc. En definitiva, el desfase entre los derechos formales de que disfrutaban como ciudadanos franceses y los derechos reales restringidos por la discriminación ilegal vinculada a su color. Lo que surge es la brecha entre sus expectativas sociales como «franceses» y sus posibilidades sociales determinadas por la línea de color. En realidad, el postulado equivale a «designar cuadrículas étnicas y culturales capaces de naturalizar, difuminar y legitimar las desigualdades estructurales»,⁶⁵ resume el sociólogo Luca Queirolo Palmas. Una brecha que desplaza el centro de gravedad de la infraestructura (condiciones de vida desiguales y la discriminación que las caracteriza) a la superestructura (cultura y conflictos culturales, falta de integración, etc.). «Si quisiéramos definir sociológicamente la situación de las segundas generaciones, podríamos decir que están culturalmente asimiladas y socialmente excluidas. La tensión que experimentan proviene del hecho de que los individuos se sienten “como los otros”, mientras que “los otros” los perciben como diferentes, como extranjeros que no viven como extranjeros, nacionales obligados a percibirse como extranjeros»,⁶⁶ añade François Dubet.

Partiendo de esta premisa, se hace la deducción aparentemente lógica de la existencia de una vulnerabilidad social específica vinculada al hecho de pertenecer supuestamente a dos universos culturales. Se dice que el conflicto cultural crea una vulnerabilidad social que, según los defensores de esta línea argumental, explica la delincuencia, la drogadicción, las dificultades para integrarse en la sociedad, una relación perturbada con la escolarización, etcétera. En otras palabras, estos descendientes de la inmigración están marcados por la «carencia» y el desequilibrio. Este tipo de razonamiento, explica la socióloga Véronique de Rudder, tiende a atribuir:

⁶⁵ Luca Queirolo Palmas, «“Nous sommes ici!”. Les enfants de l’immigration contre une postérité inopportune», *Migrations Société*, núm. 141-142, 2012/4, p. 107.

⁶⁶ François Dubet, «Préface» en Maryse Potvin, Paul Eid, Nancy Venel (dir.), *La seconde génération issue de l’immigration: une comparaison France-Québec*, Montreal, Athéna, 2007.

Un interés muy especial [...] a la grieta que los separó [a los jóvenes] de sus padres y los puso en oposición a ellos (debilitamiento de la autoridad del padre, conflictos intrafamiliares, evanescencia de la transmisión y conflictos culturales...) hasta el punto de atribuir a esta grieta una «falta de equilibrio» en sus vidas, hasta el punto de atribuir a esta ruptura generacional los problemas, todos los problemas (dificultades psicológicas, fracaso escolar, desviaciones, etc.), cuya causa pudiera encontrarse tanto en la situación objetiva de los jóvenes afectados como en la de sus padres.⁶⁷

Lo que queda oculto en estas reducciones culturalistas es toda la dimensión social, económica y política de las dificultades a las que se enfrentan estos «casi franceses». Porque si algo tienen en común, más allá de su heterogeneidad, es que se enfrentan a la misma experiencia social de trato excepcional, estigmatización y discriminación. Si hay algo específico de esta generación —aunque hay que señalar que, como toda experiencia generacional en el sentido sociológico del término, no todos los herederos de la inmigración viven esta realidad con la misma intensidad— es el doble sentimiento de ser tratados excepcionalmente y la conciencia de que sus padres fueron sobreexplotados.

Esta pseudovulnerabilidad del origen cultural queda refutada por las pocas encuestas existentes dedicadas a esta cuestión. He aquí, por ejemplo, una de las conclusiones de la encuesta *Trajectoires et origines* del INED:

La aceptación de la identidad francesa por parte de los inmigrantes y sus hijos no significa que hayan abandonado su sentimiento de pertenencia a su país de origen (capítulo 18). Las identidades de las personas se construyen de forma plural: el aumento de la identificación con el «aquí» no implica necesariamente una reducción del sentimiento de pertenencia al «allí»; las identidades no compiten, sino que se complementan.⁶⁸

Si se niega la asimilación total, entendida como la desaparición de toda alteridad, también se niega la hipótesis de un conflicto entre dos culturas. Los planteamientos en términos de conflicto entre dos culturas se inscriben en una visión evolucionista que considera el arraigo de los «otros» como un «proceso lineal, un viaje jalonado de fases, cuyo resultado final, la asimilación o absorción del grupo mediante la pérdida de sus miembros en la sociedad de acogida, representa a la vez el ideal a alcanzar y el resultado

⁶⁷ Véronique de Rudder, «Désignation et origine: production sociale et production savante de l'«ethnique»», art. cit, pp. 73-74.

⁶⁸ Cris Beauchemin, Christelle Hamel y Patrick Simon, *Trajectoires et origines: enquête sur la diversité des populations en France*, París, ined, 2015, p. 611.

sociológico previsible del proceso». ⁶⁹ Esta visión es indisociable de una definición esencialista de la cultura y de la identidad, tanto de la cultura de «ellos» como de la de «nosotros». Entre una cultura del «nosotros» esencializada y una cultura del «ellos» igualmente esencializada, solo hay una opción: el «conflicto cultural» y las patologías que genera. La creación en 2007 de un Ministerio de Inmigración, Integración, Identidad Nacional y Codesarrollo subraya y oficializa esta esencialización de la cultura y la identidad. En un trabajo anterior, deconstruimos esta definición de «cultura» como una «esencia» transmitida de generación en generación y como un conjunto homogéneo que caracteriza a una nación o grupo. La contrastamos con la siguiente definición:

La cultura no es una realidad estática, sino una construcción diacrónica en constante evolución. No es un stock original o un capital que haya que defender, sino un flujo de nuevas creaciones. [...] La «cultura» como visión del mundo, sistema de valores y mitos, cuadrícula interpretativa de las múltiples relaciones del hombre consigo mismo, con la comunidad y con la sociedad, transpuesta en prácticas y actitudes cotidianas, tiene un núcleo, una matriz en torno a la cual se tejen nuevas dimensiones y se construyen nuevas identidades. A su vez, nuevas dimensiones integran progresivamente la «matriz», transformándola y actualizándola en función de la vida de las comunidades que la portan. ⁷⁰

No existe una cultura homogénea o estática a nivel de una sociedad. Olvidar u oscurecer este aspecto lleva a confundir la «unidad política» de la nación —como agrupación de ciudadanos que viven en el mismo territorio y están sujetos a las mismas leyes— con la «unicidad cultural». Esta confusión conduce a su vez a una racialización de la cultura, es decir, a la utilización del término «cultura» como eufemismo de la palabra «raza». Frantz Fanon ya destacaba la tendencia a sustituir la palabra «raza» por la palabra «cultura» como una nueva máscara del racismo, debido al descrédito del «racismo biológico» tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial:

Este racismo, que pretendía ser racional, individual, determinado geográficamente y fenotípico, se transformó en racismo cultural. El objeto del racismo ya no es el ser humano individual, sino una determinada forma de existencia. [...] El recuerdo del nazismo, la miseria compartida de diferentes pueblos, la esclavitud compartida de grandes grupos sociales, la aparición de las «colonias europeas», es decir, la institución de un régimen colonial en medio de Europa, [...] todo ello ha cambiado profundamente el rostro del problema. ⁷¹

⁶⁹ Larbi Tahla, *Entre l'immigration d'hier et l'immigration de demain*, op. cit., p. 18.

⁷⁰ Saïd Bouamama, *Vers une nouvelle citoyenneté: crise de la pensée laïque*, Lille, La Boîte de pandore, 1991, pp. 189-190.

⁷¹ Frantz Fanon, «Racisme et culture» en *Pour la révolution africaine*, París, La Découverte, 2001, pp. 40-41.

A nivel individual, la identidad nunca puede ser múltiple. Para estos «casi franceses», como para todos los demás, se construye a partir de una pluralidad de referencias identitarias procedentes de diferentes registros. Así pues, todos somos «identidades mixtas», según la expresión del historiador René Galissot, que señala: «Esta identidad mixta no implica que tengamos varias identidades, lo que atestiguaría la división entre dos culturas, porque la homogeneización pertenece a la individualidad; la identidad en este sentido es siempre única y sintética».⁷² Si todas las identidades son plurales, es en el sentido de la multiplicidad de referencias identitarias que han contribuido a su producción. Esta pluralidad de referencias constitutivas no cuestiona el carácter singular del resultado. Por ello, el vínculo de una generación a la siguiente, para todos y no solo para los herederos de la inmigración, está siempre hecho de continuidades y rupturas, es decir, solo excepcionalmente puede reducirse a una continuidad total o a una ruptura absoluta.

Estas excepciones son precisamente el signo de una patología mental. Los trastornos de identidad disociativos (TID), más conocidos como «personalidades escindidas», suelen estar vinculados a una experiencia traumática y son precisamente el resultado de «una disminución de la capacidad integradora del individuo»,⁷³ explica el psicopatólogo Onno van der Hart. «Salvo en caso de enfermedad mental, nadie tiene una identidad múltiple [...] tanto el individuo como la persona —el sujeto, si se quiere— componen su identidad única a partir de una variedad de identificaciones, extraídas de diferentes registros, en función de las circunstancias y de las cuestiones en juego»,⁷⁴ señala también la socióloga Véronique de Rudder. Así pues, la tesis del «conflicto cultural» conduce lógicamente a la patologización de una categoría de la población, de los esquemas explicativos que supuestamente arrojan luz sobre su comportamiento y de las soluciones propuestas para «curarla». Tiene la ventaja de psicologizar hechos y cuestiones eminentemente sociales, económicas y políticas. Al igual que el paradigma integracionista que lo sustenta, conduce a conclusiones en términos de «transformación de los individuos», en lugar de cuestionar las estructuras, procesos e instituciones desiguales.

Particularmente frecuente en las explicaciones del fracaso escolar, la tesis de la doble cultura ha llevado, por ejemplo, a muchos profesores a considerar que el hecho de hablar una lengua materna distinta al francés

⁷² René Galissot, «Sous l'identité, le procès d'identification», *L'Homme et la société*, núm. 83, 1987, p. 14.

⁷³ Onno van der Hart, «Préface» en Marianne Kedia *et al.*, *Dissociation et mémoire traumatique*, París, Dunod, 2019, p. XI.

⁷⁴ Véronique de Rudder, «Désignation et origine: production sociale et production savante de l'«ethnique»», art. cit., p. 78.

era un obstáculo para el éxito escolar. En otros lugares, se invoca para explicar la delincuencia, la ruptura de los lazos sociales, el desempleo, etc. Por ejemplo, el sociólogo Hugues Lagrange afirma que «la mayoría de las hipótesis propuestas para explicar el alejamiento de los barrios sensibles (desempleo, ruptura de la autoridad, etc.) pasan por alto la dimensión cultural», a pesar de que este «alejamiento» es, en su opinión, «el resultado de una dolorosa confrontación entre herencias culturales, tentaciones de “re-tradicionalización” y una sociedad de acogida víctima ella misma de un importante retroceso ideológico y moral».⁷⁵ Los «nativos del Sahel», por ejemplo, se caracterizan, según él, por «segmentos enteros de costumbres alejadas, a menudo rurales y desincronizadas».⁷⁶ Generalizando sus constataciones, llega a la siguiente conclusión: «La etnicidad es una forma importante de interpretar las herencias y las formas de socialización cuando se trata de comprender el rendimiento y el bajo rendimiento de los adolescentes».⁷⁷ Así pues, el fracaso escolar está totalmente relacionado con la «cultura». Como señala Nacira Guénif-Souilamas, con la «doble cultura» estamos en presencia de un intento de ocultar las desigualdades proponiendo determinantes culturales pseudocausales: «La doble cultura ocupa un lugar destacado en el cuadro de las falsas evidencias, y su recurrencia en la literatura sobre la inmigración solo se ve igualada por su pretenciosidad como única explicación de los obstáculos a la integración».⁷⁸

Si existe una especificidad en el proceso de construcción de la identidad de los herederos de la inmigración, no se deriva de su «cultura» (doble, triple o a la potencia de diez), sino de la amplitud del etiquetado negativo al que se ven sometidos. Se produce así un proceso de etnización o racialización que el sociólogo Christian Poirer define como «una negación de la universalidad con respecto de los individuos que son sus víctimas, que pasan a ser percibidos como nada más que la encarnación del grupo al que pertenecen, lo reivindiquen o no».⁷⁹

La categorización dominante (en el doble sentido de ser mayoritaria y de producir una relación de dominación) equivale a «alterar» a esta parte de la población y asignarla así a un «ellos» al que se opone un «nosotros». Constantemente se hace referencia de este modo —por parte de los medios de comunicación y el discurso político, por parte de las políticas públicas implícitas dirigidas a ellos, por las culturas profesionales dominantes de

⁷⁵ Hugues Lagrange, *Le déni des cultures*, París, Le Seuil, 2013, quatrième de couverture.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 85.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 145.

⁷⁸ Nacira Guénif-Souilamas, *Des «beurettes» aux descendantes d'immigrants nord-africains*, París, Grasset, 2000. Véase el capítulo 2 : «Double culture culture “déviant”».

⁷⁹ Christian Poirer, «Criminalisation de l'immigration et sociologie des relations interethniques», *Hommes et migrations*, núm. 1241, 2003, p. 6.

profesores, trabajadores sociales, jueces, policías, etc.— a su «cultura», a su «origen», a su «genealogía». Ante esta asignación a una posición estigmatizada y dominada, este segmento de la sociedad no resulta pasivo. El primer paso consiste en protegerse de la violencia de esta asignación dándole la vuelta al estigma y reivindicando y valorando lo estigmatizado. La protección también adopta la forma de invertir en espacios y grupos sociales que tienen en común la experiencia de que se les niega su «francesidad». Protegerse de los efectos destructivos de la racialización o la etnización también significa garantizar unas relaciones sociales en las que no haya riesgo de encontrarse con estas relaciones desiguales. El «entre sí» aparece así como una estrategia de protección que se produce al asignarse a «ellos», es decir, a los que se construyen como no «verdaderos franceses». Este «entre sí» será, a su vez, denunciado como «comunitario» por la lógica culturalista dominante.

Con el tiempo y la experiencia, la reacción también adopta formas más políticas y estratégicas. La historia de las luchas desde la *Marcha por la igualdad y contra el racismo*, a la que volveremos más adelante, así lo atestigua. Cuanto más «integrados» están, cuanto más claras tienen los herederos de la inmigración las relaciones de dominación en las que están inmersos, más desafían —en sus actitudes cotidianas, en su expresión musical o en formas políticamente más elaboradas— el modelo dominante y, en particular, el paradigma integracionista. Destacar las «especificidades culturales» no es más que uno de los muchos elementos de esta lucidez ligada a la experiencia a largo plazo. Este uso de la cultura como arma de defensa se considera un desafío a la «dominación cultural», cuya importancia resume Abdelmalek Sayad del siguiente modo:

Este trabajo preliminar ha consistido primero en poner en duda, y después en revocar y desafiar, una de las dominaciones, o quizá la dominación más pesada, engendrada por el centralismo estatal: la dominación cultural. Porque esta dominación, sin reducirse a ninguna de ellas, contiene todas las demás formas; porque participa en el principio, pero también en el resultado, de cada una de ellas; porque tiene para sí la certeza que confiere el etnocentrismo de clase, la dominación cultural (es decir, la cultura del dominante) consagra y refuerza todas las demás dominaciones, políticas, económicas, sociales, etc.⁸⁰

Inmigrantes que emigraron desde ninguna parte

Entre la década de 1960 y 1980, llegaron a Francia o nacieron aquí los primeros franceses cuyos padres procedían de las antiguas colonias. A finales

⁸⁰ Abdelmalek Sayad, «Les usages sociaux de la “culture des immigrés”», *Langage et société*, núm. 1, vol. 9, 1979, p. 31.

de los años ochenta, cuando llegaron a los mercados de bienes escasos (educación, empleo, vivienda, etc.) como adolescentes y adultos jóvenes, tomaron conciencia de que sufrían discriminación. Anteriormente, ya habían experimentado la imposición de los perfiles raciales y la violencia policial, pero esto aún podía limitarse a un único segmento de su vida social. En aquel momento, se dieron cuenta, sin embargo, de que el trato de excepción que experimentaban se iba a extender a todas las esferas de su existencia social. La conciencia de pertenecer a una «condición social» específica, a una minoría caracterizada por un tratamiento de excepción, empezó así a abrirse paso en las subjetividades de estos jóvenes. Si la *Marcha por la igualdad y contra el racismo* de 1983 fue la primera ocasión en que se dio visibilidad a los descendientes de inmigrantes, debió su éxito cuantitativo al hecho de reflejar la experiencia compartida de esta nueva condición social. «La Marcha no puede calificarse de acontecimiento aislado, por muy brillante que haya sido, sino que parece ser el producto de la experiencia de un gran número de hijos de familias de inmigrantes argelinos»,⁸¹ resume el científico social Olivier Masclat. «Un “mayo del 68” para los hijos de inmigrantes poscoloniales. [...] Se puede decir que la Marcha corresponde a la liberación de la voz de los hijos de inmigrantes poscoloniales, que hasta ahora no habían tenido voz y cuya legitimidad se les había negado en la escena pública»,⁸² confirma el sociólogo Abdellali Ajjat.

No solo no se atiende la demanda de igualdad, es decir, de una salida a una condición social dominada, sino que ni siquiera se escucha. No solo es atendida por los poderes públicos, sino también por una clase política, los medios de comunicación dominantes, una red de asociaciones de educación popular, etc., todos ellos portadores en gran medida del paradigma integracionista y de sus rejillas de lectura culturalistas. No solo no hay igualdad, sino que su condición social específica se niega o se reduce a una falta de integración. Más grave aún, la secuencia es también la de la construcción política y mediática de un «problema musulmán», es decir, de lo que el periodista Thomas Deltombe ha denominado el «islam imaginario», es decir, «la construcción mediática de la islamofobia en Francia».⁸³

Lejos de ser un simple malentendido, una especie de equívoco o una «cita perdida», lo que se revela en el disenso es la confirmación de la existencia de una nueva condición social subalterna con fuertes similitudes a la de los padres inmigrantes. A pesar de tener la nacionalidad francesa y

⁸¹ Olivier Masclat, «Rendez-vous manqué avec les “Beurs”», *Plein Droit*, núm. 97, 2013/2, junio de 2013, p. 12.

⁸² Abdelalali Hajjat, *La marche pour l'égalité et contre le racisme*, París, Amsterdam, 2013, p. 171.

⁸³ Thomas Deltombe, *L'islam imaginaire: la construction médiatique de l'islamophobie en France (1975-2005)*, París, La Découverte, 2007.

haber sido socializados en Francia, estos herederos de la inmigración se mantienen en una especie de «inmigritud».

Significativamente, a finales de los años ochenta, la asociación *Mémoire fertile-Agir pour une Nouvelle Citoyenneté* [Memoria fértil-Acción para una Nueva Ciudadanía], que agrupa a asociaciones de toda Francia, adoptó como uno de sus lemas: «Salir de la inmigritud». Los años ochenta fueron testigos de la ruptura en pedazos de la asignación de los inmigrantes a una posición dominada, así como de la interiorización de esta posición:

Toda una generación de inmigrantes poscoloniales pasó de la invisibilidad interiorizada a la visibilidad revenida. Sociológicamente, para los hijos de inmigrantes nacidos y/o socializados en Francia, la Marcha supuso el fin de la «inmigritud», la postura subjetiva de verse como extranjero en su propio país. Estos hijos llegan a los mercados sociales (de trabajo, vivienda y ocio) y se enfrentan a la misma discriminación que sus padres, aunque se conozcan, vivan y se perciban a sí mismos como franceses. Es este cambio sociológico previsible el que rompe la interiorización de la asignación a posiciones subalternas y da lugar espontáneamente a una demanda de visibilidad, es decir, de igualdad.⁸⁴

La postura subjetiva de la «inmigritud» ahora rechazada manifestaba sin embargo una realidad palpable, la de una nueva condición subalterna reflejada, entre otras cosas, en la aplicación del paradigma integracionista. Abdelmalek Sayad explica:

Una de las primeras manifestaciones del cambio que se está produciendo en este sentido se puede ver en el lenguaje de la integración, que abunda hoy en día: aquí, la integración no es solo la de personas procedentes de «fuera» de la sociedad francesa [...] sino la del propio fenómeno, con la inmigración «repatriada», «internalizada», por no decir «interiorizada», perdiendo así gran parte de la representación que teníamos de ella como pura exterioridad.⁸⁵

En el pasado, este paradigma se dirigía únicamente a los extranjeros que sufrían discriminación legal. Representaba una promesa de igualdad condicionada al éxito de la «integración», cuya sanción positiva era la naturalización. De este modo, los inmigrantes procedentes de países europeos se integraban en la estructura social francesa. Tras una fase de sobreexplotación aguda, en menos de medio siglo, abandonaron su posición subordinada en la parte inferior de la escala social. Beneficiándose de

⁸⁴ Saïd Bouamama, «De l'intégration compassionnelle à l'assimilation autoritaire», postacio a Pierre Tevanian, *La mécanique raciste*, París, La Découverte, 2017, pp. 153-154.

⁸⁵ Abdelmalek Sayad, «Le mode de génération des générations immigrées», art. cit, p. 10.

la existencia de un segmento del movimiento sindical y de la izquierda que se definía como «internacionalista» y que disponía de estructuras inclusivas eficaces (formación, promoción mediante la asunción de responsabilidades sindicales o políticas, etc.), del contexto de «pleno empleo» y de las posibilidades, aunque limitadas, de promoción social que lo acompañaban, del proyecto de construcción europea que los incluía, al menos a largo plazo, en el «nosotros», etc., estos inmigrantes europeos abandonaron progresivamente su tierra natal y pasaron a formar parte del «nosotros». Estos inmigrantes europeos dejaron progresivamente atrás su integración específica en la sociedad al naturalizarse masivamente.

Abdelmalek Sayad señala con razón que para la inmigración poscolonial esta lógica deja de funcionar. Para ellos, la naturalización ya no es una salida a la asignación a una posición subordinada:

No basta con que el «inmigrante», definido como nacional de otra nación (de otra nacionalidad), se fusione «naturalmente» —que es el propósito de naturalizarse— con la categoría política y jurídica de lo nacional (es decir, la nación y la nacionalidad), para desaparecer como inmigrante, un inmigrante definido, esta vez, en términos de su condición social. [...] Esto es tanto más necesario cuanto que la condición social del inmigrante, es decir, la posición que ocupa en la base de la jerarquía social, tiene por efecto recordar a todos, al inmigrante y a la sociedad inmigrante, su origen nacional o comunitario (o incluso étnico o racial). [...] Los inmigrantes procedentes de países vecinos [...] naturalizados o no, siempre son remitidos a su condición original, es decir, a su país y a la nacionalidad de la que eran originarios. En muchos casos, por tanto, el estatuto jurídico y político de los inmigrantes puede modificarse e incluso suprimirse en la ley (que es lo que ocurre con la naturalización) sin que cambie su condición social y, sobre todo, siendo esta la condición para ello, la posición que ocupan en la estructura jerárquica de la sociedad.⁸⁶

Así pues, una especie de «maldición de los orígenes» parece apoderarse de los inmigrantes poscoloniales, con el resultado de que la condición social subalterna se reproduce incluso después de que el extranjero haya abandonado el país. Una línea de color amplía la discriminación sufrida, hasta ahora asociada a la condición legal de extranjero. Si la discriminación deja de ser legal, continúa, no obstante, determinando el destino social de los herederos de estos inmigrantes poscoloniales. Si la discriminación pasa a ser ilegal, continúa, tanto como en el pasado, creando una jerarquía social en la sociedad francesa. El hecho de que los hijos franceses —en su gran

⁸⁶ Abdelmalek Sayad, «L'ordre de l'immigration» en *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*, op. cit., pp. 293-294.

mayoría nacidos en Francia— de estos inmigrantes poscoloniales sigan sufriendo esta discriminación ilegal atestigua que la línea de color forma ya parte integrante del proceso de reproducción de la estructura social francesa y de las desigualdades que la caracterizan. Estos franceses siguen sufriendo la condición social subalterna de ser inmigrantes, aunque no hayan emigrado de ninguna parte.

El tabú del color

La transformación de la línea del color en un sistema —que a su vez forma parte del sistema más global de reproducción social y de sus desigualdades— ha ido acompañada de la imposibilidad ideológica y política de debatir sobre ello. Un auténtico tabú colectivo sobre el «color» —y más en general sobre los marcadores de un «origen» no europeo— como factor de asignación a posiciones subordinadas ha conducido a la hegemonía de la postura de negación o negación de la discriminación racista sistémica, y con ello a su reproducción. El predominio del paradigma integracionista, el tabú del color y la negación de la discriminación sistémica han constituido así un proceso global de ocultación especialmente poderoso. Al autodefinirse como «negros», «árabes», «musulmanes», etc., y referirse a los demás como «blancos», estos franceses «malditos por su origen» desafían este tabú y, con él, la discriminación que enmascara y reproduce. El tabú del color revela toda una parte de la ideología dominante que acompañó la expansión capitalista, y más concretamente sus fases esclavista y colonial. Pone de manifiesto la omnipresencia de este legado, que aún hoy es capaz de conducir a la negación o eufemización de una realidad ampliamente documentada por la investigación e incansablemente denunciada desde hace varias décadas por las víctimas que la sufren: la existencia de una discriminación racista sistémica.

«El término “blanco” aplicado a un individuo o a un grupo social se define generalmente a imagen y semejanza de la definición de “no blanco”, y más concretamente de “negro”, señala el historiador Frédéric Régent, citando la siguiente definición de la Académie Française fechada en 1694:

Blanco, sustantivo; se dice de los pueblos que tienen la tez blanca o incluso aceitunada, a diferencia de los moros. Estos son hijos de un hombre blanco y de una mujer negra, o de un hombre negro y de una mujer blanca.⁸⁷

⁸⁷ Frédéric Régent, «La fabrication des Blancs dans les colonies françaises» en Sylvie Laurent y Thierry Leclère, *De quelle couleur sont les Blancs? Des «petits Blancs» des colonies au «racisme anti-Blancs»*, París, La Découverte, 2013, p. 65.

Es en relación y en oposición al «negro» como se define al «blanco», el «moro» se percibe como «negro» o como una mezcla de los dos grupos sociales definidos por su color. La secuencia histórica de esta definición es la del desarrollo de la esclavitud, como demuestra el decreto real de Luis XIV que regula esta relación de dominación y que se conoció como el «Código Negro» cuando se publicó en 1718.

En el marco de una relación de dominación, los términos «blanco» y «negro» describen a los dos protagonistas de esta relación, el beneficiario y la víctima, el dominante y el dominado. A pesar de su diversidad, todos los europeos que se asentaron en las colonias se denominaban a sí mismos «blancos», del mismo modo que a los esclavos los llamaban «negros» a pesar de sus orígenes igualmente diversos. La invención peyorativa del «negro» fue al mismo tiempo una construcción valorizada del «blanco». Es lo que decía Jean-Paul Sartre en su prefacio al libro de Frantz Fanon *Los condenados de la tierra*: «Los europeos solo pudieron hacerse hombres haciendo esclavos y monstruos». ⁸⁸ No hablamos aquí de colores reales, sino de construcciones políticas basadas en una relación de dominación. Es lo que subraya Frantz Fanon cuando afirma: «No hay mundo blanco, no hay ética blanca, no hay inteligencia blanca. El negro no lo es. Tampoco lo es el hombre blanco». ⁸⁹ El retorno del término «blanco» en el lenguaje contemporáneo de muchas personas de ascendencia inmigrante es indicativo de la relación de dominación que experimentan. Como señala el filósofo Pierre Tévanian, lo que designa el color es su experiencia de la discriminación: «Ser blanco es ante todo no sufrir la discriminación que sufren los no blancos. No es tener un determinado color, sino ocupar un determinado lugar, un determinado rango social». ⁹⁰

Que se trata de una categoría social y no de un color lo confirma la experiencia del *passing*, que afectó a miles de descendientes de esclavos en Estados Unidos. El historiador Pascal Mbongo utiliza la expresión «migración racial» ⁹¹ para referirse a las personas que parecían blancas pero eran consideradas negras por la ley, y que decidieron «pasar» por «blancas» para escapar a la condición de esclavo. De forma diferente, los herederos de la inmigración que son legalmente franceses se autodenominan «no blancos» para describir la experiencia particular de la discriminación racista. No cabe duda de que puede preocuparnos que las categorías que hacen

⁸⁸ Jean-Paul Sartre, prólogo a Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, La Découverte, 2002, p. 32 [ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, Madrid, FCE, 2014].

⁸⁹ Frantz Fanon, *Peau noire, masques blancs*, en *Œuvres*, París, La Découverte, 2011, pp. 249 y 251 [ed. cast.: *Piel negra, máscaras negras*, Madrid, Akal, 2009].

⁹⁰ Pierre Tévanian, *La mécanique raciste*, op. cit., p. 94.

⁹¹ Pascal Mbongo, *Blancs... mais noirs: le passing, une mascarade raciale aux États-Unis*, París, Jourdan, 2018.

referencia al color contribuyan a la etnización o racialización de la sociedad francesa, pero esto no debe hacernos perder de vista la importancia de la aparición de sus usos contemporáneos por parte de los herederos de la inmigración. Son el resultado de una línea de color ya bien establecida, no su causa. Revelan el establecimiento de lo que los sociólogos François Vourc'h y Véronique de Rudder llaman un «orden social racista»⁹² producido y reproducido por la discriminación racista.

El hecho de que los franceses se vean ahora afectados por una discriminación racista que antes se aplicaba a los extranjeros es señal de que este «orden social racista» está arraigando. Por supuesto que ya existía antes, pero no de forma tan sistémica y duradera. El paso de una situación caracterizada por la discriminación legal de los extranjeros a otra especificada por la discriminación ilegal de los franceses —o, más exactamente, la combinación de ambas, ya que el desarrollo de la segunda no pone fin, por supuesto, a la primera— no es tanto escandaloso como un signo de la amplitud de la racialización que estructura hoy el funcionamiento social, económico y político de la sociedad mundial. La «línea de color» tiende a introducir una dimensión de casta en las cuestiones de clase y de reproducción social de las desigualdades. La discriminación racial es, por tanto, de vital importancia para comprender la sociedad contemporánea, sus desigualdades y sus procesos de reproducción. Pero en el debate político y en la investigación científica todavía se subestiman en gran medida.

⁹² François Vourc'h y Véronique de Rudder, «Ordre social raciste, classisme et sexisme», *Migrations Société*, núm. 105-106, 2006, pp. 121-134.

V LAS DISCRIMINACIONES RACISTAS, UN ARMA DE DIVISIÓN MASIVA

El mundo no es blanco; nunca ha sido blanco; no puede ser blanco.
El blanco es una metáfora del poder, y es simplemente una forma de
describir al Chase Manhattan Bank.

James Baldwin¹

El debate sobre la discriminación racista, sobre su existencia, su magnitud, su función social y económica y sus consecuencias para la vida de las personas es a la vez nuevo y antiguo. Es nuevo porque el reconocimiento público de su existencia y la investigación cuantitativa y cualitativa destinada a documentarla se remontan tan solo a dos décadas atrás. Este retraso es tanto más sorprendente cuanto que, desde la *Marcha por la igualdad y contra el racismo*, la cuestión ha sido planteada, una y otra vez, por los distintos movimientos militantes de los descendientes de inmigrantes y por las revueltas en los barrios populares que no han cesado desde los años ochenta. Se trata de una cuestión antigua. Tras la colonización, todo un campo de investigación trató de explorar los efectos de la colonización en la sociedad francesa y, en particular, el proceso por el que, en su estructuración social y su funcionamiento económico, se produjo la discriminación racista. Así pues, lo que debemos comprender no es tanto la ceguera como la ocultación y/o la represión.

La ocultación de algunas advertencias de la investigación

En la década de 1960 se desarrollaron una serie de estudios que exploraban los efectos de la colonización en la sociedad francesa. En 1962, la socióloga feminista y anticolonial Andréé Michel anunció una evolución comparable a la que ya se estaba produciendo en Estados Unidos e Inglaterra. Entre

¹ James Baldwin en la película de Raoul Peck, *I am not your Negro*, 2016.

las tendencias que identificó en el desarrollo de su investigación, mencionó «la extensión del estudio de la discriminación».²

Una realidad predecible y previsible

Al resumir el «estado de la cuestión», Andrée Michel formalizó tres grandes tendencias en la evolución de la «sociología de las relaciones raciales».³ Merece la pena recordarlas brevemente, en tanto resuenan con fuerza en el discurso político, mediático y científico contemporáneo. La primera «nueva tendencia» que la socióloga identificó, tanto en Estados Unidos como en Europa, es el cambio en la correlación entre «prejuicio racial» y discriminación:

En otras palabras, se ha pasado de un enfoque idealista en el que lo subjetivo (el prejuicio) explicaba lo objetivo (contactos concretos entre grupos sociales y la discriminación que los caracteriza), a un enfoque más materialista en el que es la existencia de la discriminación concreta la que explica las raíces del prejuicio, su fuerza y su reproducción. Durante mucho tiempo, el enfoque idealista orientó la investigación hacia «el estudio de las actitudes, los prejuicios y los estereotipos raciales», mientras que el nuevo enfoque materialista tiende a fomentar la investigación hacia «el estudio de los contactos reales entre los distintos grupos sociales».⁴

La situación discriminatoria desempeña un papel decisivo y el prejuicio un papel secundario, aunque, por supuesto, el prejuicio contribuya a reproducir a su vez la situación.

Las cuestiones planteadas en este primer debate siguen siendo esenciales a la luz del discurso contemporáneo dominante sobre la discriminación racista. La mayoría de estos discursos siguen centrándose en la existencia de «prejuicios», explicados por la «ignorancia», el «miedo al otro» y, recientemente, y todavía en raras ocasiones, por la herencia histórica colectiva. En términos de acción, este énfasis idealista en el prejuicio conduce a centrarse en «cambiar las mentalidades». Por el contrario, la primacía materialista orienta la acción hacia la modificación de los sistemas y estructuras de poder, los procesos y organizaciones de asignación a posiciones subordinadas, las situaciones discriminatorias directas o indirectas, etc.

2 Andrée Michel, «Tendances nouvelles de la sociologie des relations raciales», *Revue française de sociologie*, núms. 3-2, 1962, p. 181.

³ *Ibidem*, p. 183.

⁴ *Ibidem*.

El reto es el mismo que plantearon Stokely Carmichael y Charles Hamilton en 1967 en su análisis de las dos formas de racismo, el «racismo individual» y el «racismo institucional»:

El primero [racismo individual] es obra de individuos, que actúan abiertamente matando, hiriendo y destruyendo. [...] El segundo es menos manifiesto, infinitamente más sutil, menos fácil de reconocer porque no implica actos llevados a cabo por individuos concretos. Pero no es menos destructivo para la vida humana. Como su origen se encuentra en las fuerzas establecidas y respetadas de la sociedad, es infinitamente menos probable que reciba la condena pública.⁵

El clamor, a veces demencial, suscitado por las expresiones «antirracismo político» o «racismo de Estado», esgrimidas por los herederos de la inmigración para definir sus objetivos y sus luchas, subraya la actualidad de esta primera «nueva tendencia» formalizada por Andrée Michel. La segunda «nueva tendencia» mencionada por nuestra autora se desprende lógicamente de la primera. Se trata del estudio de los «contactos interraciales reales»: «Dado que, en la situación actual, las minorías de color en los países occidentales están aisladas, segregadas y subordinadas al grupo blanco, está justificado abordar el estudio de la discriminación que caracteriza la situación de las minorías de color».⁶

El surgimiento y desarrollo de esta tendencia estuvo ligado a la ruptura con la lógica asimilacionista en el mundo de la investigación, que reflejaba la «línea de color» existente en la sociedad global:

Durante mucho tiempo, el científico social participó del etnocentrismo de su grupo racial, y la adopción por parte de las minorías de color de las normas, valores, estándares y comportamientos del grupo blanco se consideraba el criterio de una «adaptación» perfecta, que se confundía con la asimilación. [...] Las encuestas internacionales demostraron que la discriminación (tal y como la percibían los afectados) era el obstáculo más grave para la «adaptación», por lo que la atención se centró en el estudio de la discriminación.⁷

La autora distingue entre la yuxtaposición de una «sociología de la inmigración», todavía dominada por la lógica asimilacionista, y una «sociología de las relaciones raciales», orientada hacia el estudio de la discriminación. Por último, subraya el carácter generalizado de los procesos discriminatorios,

⁵ Stokely Carmichael y Charles Hamilton, *Black Power. Pour une politique de libération aux États-Unis*, París, Payot, 2009, p. 38.

⁶ Andrée Michel, «Tendances nouvelles de la sociologie des relations raciales», art. cit, p. 185.

⁷ *Ibidem*, p. 185.

que no perdonan a ninguna esfera de la vida social, como atestiguan las investigaciones que ya existían entonces para los tres países estudiados (Estados Unidos, Francia e Inglaterra): «Va más allá del alcance de este artículo elaborar un inventario comparativo de las múltiples formas que adopta la discriminación de la *coloured bar* contra las minorías raciales en los tres países occidentales: discriminación en materia de residencia, vivienda, ocupación, educación, matrimonios mixtos, acceso a hoteles, restaurantes, teatros, transporte público, actividades de ocio, etc.»⁸ Para la autora, que escribe en 1962, la «línea de color» es una realidad establecida y omnipresente de la sociedad francesa.

Las implicaciones de esta segunda «nueva tendencia» son tan importantes como las de la primera. Ya hemos destacado los debates contemporáneos centrados todavía en la noción de «integración» en tanto nueva máscara de la lógica asimilacionista. También hemos hecho hincapié en la referencia sistemática al origen y a la inmigración para describir y explicar los procesos desiguales experimentados por los descendientes franceses de inmigrantes poscoloniales. Los hechos son claros: más de cuatro décadas después de este trabajo pionero, la tendencia no se ha desarrollado en un cuerpo de investigación, la «sociología de las relaciones raciales» no se ha distinguido de la «sociología de la inmigración»: los descendientes de inmigrantes siguen siendo percibidos y analizados: como inmigrantes que se adaptan o no; la discriminación, cuando se tiene en cuenta, sigue siendo generalmente referida como inadaptación en lugar de un producto de las relaciones sociales racistas en la sociedad francesa, y así sucesivamente. En 2006, el sociólogo Pierre-Jean Simon seguía reivindicando una sociología de este tipo —actualizando el vocabulario para adaptarlo a nuestros tiempos, con la reclasificación de la «sociología de las relaciones raciales» de los años sesenta como «sociología de las relaciones interétnicas»—, al tiempo que hacía hincapié en la amplitud de la resistencia académica y política.⁹

La tercera «nueva tendencia» mencionada por la autora es el desarrollo de investigaciones que intentan tener en cuenta las dimensiones sistémicas y diacrónicas de las «relaciones raciales», es decir, integrar en el análisis «los procesos ecológicos, económicos, sociales y políticos», por una parte, y «el aspecto político de las estructuras de poder», por otra. Este enfoque representa una ruptura con «la vieja idea de que una relación racial se mantiene por sentimientos o actitudes individuales»,¹⁰ explica Andrée Michel. En este nuevo enfoque, las «relaciones raciales» en general y el racismo

⁸ *Ibidem*, p. 186.

⁹ Pierre-Jean Simon, *Pour une sociologie des relations interethniques et des minorités*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006.

¹⁰ Andrée Michel, «Tendances nouvelles de la sociologie des relations raciales», art. cit, p. 187.

en particular no pueden reducirse a la esfera individual, sino que deben considerarse producciones sociales. Forman parte de las relaciones sociales de la Francia contemporánea. Una década después de este resumen del estado de la cuestión, en 1971, el etnólogo Roger Bastide también elaboró un balance, esta vez centrado en Francia. Contó cerca de «3.000 libros, artículos o tesis [...] en el ámbito de la investigación interétnica en Francia de 1945 a 1968», añadiendo que el «estudio bibliográfico aún no está completo».¹¹ El largo artículo que dedica a este balance destaca numerosos aspectos que se hacen eco de los debates y polémicas actuales: «el descubrimiento del “racismo” francés» y su vínculo con la colonización; el reconocimiento de que «el elemento situacional es más importante que las actitudes»; la constatación de que lo que se denomina «integración» puede compararse a una serie de etapas, cada una de las cuales se caracteriza por la discriminación (puede haber integración económica sin integración sindical, integración sindical pero sufrir discriminación fuera de la empresa); la necesidad de «mirar a la historia para comprender el estado actual de las relaciones interétnicas»; y así sucesivamente.

Por supuesto, todos estos trabajos no constituyen una entidad homogénea, y existen divergencias en las referencias teóricas, las metodologías utilizadas y las conclusiones extraídas. No obstante, estas publicaciones son indicativas de un enfoque dominante en términos de sistemas sociales e históricos, que tiene en cuenta los determinantes históricos y, en particular, los relacionados con la colonización, la integración de la discriminación como factor de jerarquización social en el lugar de trabajo y en otras esferas de la vida social, etc. En resumen, nos encontramos, a principios de los años setenta, en un campo todavía no dominado por el retorno cada vez más hegemónico del reduccionismo culturalista y del integracionismo que se desarrollaría a partir de los años ochenta.

Una investigación dominada para una población dominada

Es necesario recordar estos trabajos pioneros por varias razones. En primer lugar, para subrayar que la cuestión de las «relaciones interétnicas» desiguales no es nueva, ni está totalmente inexplorada. Por lo tanto, no es el carácter inédito del hecho «interétnico» en Francia en los años ochenta lo que puede explicar la subestimación masiva de la discriminación racista en la investigación, que a su vez refleja su negación o eufemización en los ámbitos de la política, los medios de comunicación, el trabajo social, la enseñanza, etc.

¹¹ Roger Bastide, «Les études et les recherches interethniques en France entre 1945 et 1968» en *Le développement et l'organisation des études interethniques en France*, Niza, Institut d'études et de recherches interethniques et interculturelles, 1968, p. 7.

La segunda razón para hacer hincapié en las cuestiones planteadas por esta investigación pionera es que lo que se estaba desarrollando era la necesaria disociación —que no significa la ausencia total de vínculos— entre una «sociología de la inmigración» y una «sociología de las relaciones étnicas». La discriminación racista, al reproducirse para los franceses herederos de la inmigración, plantea nuevos interrogantes y, en cierto modo, interioriza la jerarquización racista de la sociedad francesa. La «condición de inmigrante» tiende a convertirse en permanente en función de un criterio de origen real o supuesto. Por supuesto, este proceso no es idéntico, pero el «color» se está convirtiendo, como la «cuestión negra» en Estados Unidos, en un factor estructural de jerarquización social. Si bien no hay similitud entre la «condición de inmigrante» y la «condición de heredero de la inmigración», es innegable que existen procesos comunes. Por ello, el concepto de «orden social racista», propuesto por François Vourc'h y Véronique de Rudder y mencionado anteriormente, nos parece pertinente. El racismo no es una realidad secundaria en la sociedad francesa, sino que se estructura socialmente en conjunción con otros factores determinantes (clase social y género).

La tercera razón por la que este recordatorio es necesario es que pone de manifiesto la dependencia de la investigación del orden dominante. La regresión culturalista de los debates políticos y mediáticos a partir de los años ochenta no perdonó al mundo de la investigación. Por supuesto, esto no significa que la investigación esté «a las órdenes» de este orden y que los investigadores estén consciente, directa y voluntariamente a su servicio. Para ser eficaces, los mecanismos de dependencia deben ser más sutiles, más indirectos y más implícitos. Al igual que en el caso de la prensa y los periodistas, la autodenominación y/o la independencia del investigador se proclama y se orienta en las direcciones deseadas a través de múltiples canales: modalidades de financiación, valorización jerárquica de los diferentes objetos de investigación, dependencias vinculadas a las publicaciones, organización de los laboratorios de investigación, etc.

Todos estos canales forman parte de una «demanda estatal» indirecta que luego genera su propia oferta de apariencia «autónoma», sinceramente percibida como tal por muchos investigadores. Esto no es nada nuevo, como demuestra la época colonial. Por citar solo un ejemplo, mencionemos la antropología, cuyos trabajos contribuyeron en gran medida a la legitimación del orden colonial, tal y como se describe en el libro de Philippe Lucas y Jean-Claude Vatin, *L'Algérie des anthropologues*.¹² También podríamos haber mencionado la medicina, citando a Frantz Fanon y su crítica de

¹² Philippe Lucas y Jean Claude Vatin, *L'Algérie des Anthropologues*, París, François Maspero 1982.

la psiquiatría colonial,¹³ o la sociología, citando a Georges Balandier y su crítica de la obra de René Maunier.¹⁴

La regresión culturalista que se desarrolló a partir de los años ochenta fue tanto menos evidente en el mundo de la investigación cuanto que los trabajos pioneros que hemos mencionado siguieron siendo globalmente minoritarios. Las sociólogas Andréa Réa y Maryse Tripier señalan que, en el momento en que se inició la ola de inmigración poscomunista posterior a la Segunda Guerra Mundial, la sociología de la inmigración seguía siendo marginal, y *a fortiori* la de las relaciones interétnicas: «En aquella época, no existía una sociología establecida de la inmigración, al igual que no existían ni la historia ni la economía de la inmigración. Solo la demografía tenía una tradición establecida de estudios en este campo. La inmigración no se enseña en la universidad y no tiene cabida ni en los manuales escolares ni en los diccionarios de sociología».¹⁵ Haciendo la misma observación, Abdelmalek Sayad propone como hipótesis explicativa una jerarquía de «objetos intelectuales», correlacionada a su vez con la jerarquía social: «Las jerarquías sociales e intelectuales suelen estar fuertemente correlacionadas: la jerarquía de los objetos intelectuales suele reproducir la jerarquía social de esos mismos objetos».¹⁶ Y sin embargo, prosigue, el objeto inmigración «es un objeto socialmente dominado, y quizá el más dominado de los objetos dominados, porque está políticamente dominado; más aún, está políticamente negado, es “apolítico”».¹⁷

Abdelmalek Sayad continúa explicando que la jerarquización de los objetos intelectuales determina, en gran medida, las «inversiones intelectuales» «espontáneas» de los investigadores: «Estas inversiones intelectuales están en función no solo de los intereses científicos, sino también de los beneficios materiales y simbólicos esperados. Lo quieran o no, consciente o inconscientemente, los investigadores siempre participan del valor social que se atribuye comúnmente a su objeto de estudio».¹⁸

A este dominio «cuantitativo» —que se traduce en una cuasi inexistencia en el campo de la investigación francesa— se añade una dimensión

¹³ Frantz Fanon, «De l'impulsivité criminelle du Nord-Africain à la guerre de libération nationale» en *Les damnés de la terre*, París, François Maspero 2002, pp. 283-299 [ed. cast.: *Los condenados de la Tierra*, Tafalla, Txalaparta, 2022].

¹⁴ Georges Balandier, «Sociologie de la colonisation et relations entre sociétés globales», *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. 17, julio-diciembre de 1954, pp. 17-31.

¹⁵ Andréa Réa y Maryse Tripier, «La sociologie de l'immigration en France et en Europe: une difficile émergence» en *Sociologie de l'immigration*, París, La Découverte, 2008, p. 18.

¹⁶ Abdelmalek Sayad, «Les maux à mots de l'immigration. Entretien avec Jean Leca», *Politix*, núm. 12, 1990, p. 8.

¹⁷ *Ibidem*, p. 7.

¹⁸ *Ibidem*, p. 8.

«cualitativa» en la elección de los temas. El mismo Abdelmalek Sayad caracteriza la investigación en ciencias sociales sobre la inmigración como portadora de una «problemática impuesta».¹⁹ El modo en que se financia la investigación sobre la inmigración y la importancia de los encargos públicos en dicha investigación; la impregnación inconsciente de las categorías de investigación por las representaciones políticas y mediáticas dominantes de la inmigración; la herencia asimilacionista —que afecta a los investigadores tanto como al resto de la sociedad— vinculada a la historia de la construcción nacional francesa y la colonización; todos estos factores se combinan para imponer lo que Jean Leca denominó en su entrevista con Sayad «problemas sociales definidos burocráticamente».²⁰ «Las políticas públicas y las prácticas institucionales hacia los inmigrantes [...] producen categorías, vocabularios y efectos de sentido que influyen inevitablemente en las conceptualizaciones de los investigadores, que a su vez contribuyen a legitimar las concepciones dominantes»,²¹ escribe la socióloga Jocelyne Streiff-Fénart.

Estos pocos apuntes sobre la historia y las características de la sociología de la inmigración son necesarios para apreciar lo que ocurrió en los años ochenta, cuando se impuso una regresión culturalista que no perdonó a ningún ámbito de la vida social. Fue en ese momento de la historia, cuando los herederos de la inmigración denunciaron las discriminaciones racistas que habían sufrido, cuando salieron de la inmigración y de la invisibilidad que esta conllevaba, cuando sus asociaciones se atrevieron a echar una mirada crítica y de denuncia sobre el relato nacional oficial y su postulado de la «igualdad republicana» de todos los nacionales. Fue entonces también cuando la lógica integracionista se reafirmó brutalmente como una nueva versión del ya viejo asimilacionismo.

Los debates sobre el velo iniciados a finales de los años ochenta sancionaron y amplificaron esta operación de reasignación social, de replanteamiento teórico e ideológico y de imposición de la hegemonía culturalista. En el espacio de unos pocos años, a principios de la década de 1980, la inmigración y sus hijos franceses se hicieron «omnipresentes en toda la vida de la sociedad y en todo su lenguaje»,²² como recuerda

¹⁹ Abdelmalek Sayad, «Tendances et courants des publications en sciences sociales sur l'immigration en France depuis 1960», *Current Sociology*, vol. 32, núm. 36, invierno 1984, p. 219-251.

²⁰ Abdelmalek Sayad, «Les maux à mots de l'immigration. Entretien avec Jean Leca», art. cit, p. 7.

²¹ Jocelyne Streiff-Fénart, «À propos des valeurs en situation d'immigration: questions de recherche et bilan des travaux», *Revue française de sociologie*, núm. 47, 2006, p. 857.

²² Abdelmalek Sayad, «Tendances et courants des publications en sciences sociales sur l'immigration en France depuis 1960», art. cit, p. 219.

Sayad. Sin embargo, esta nueva visibilidad se logró de forma casi unilateral y desde una perspectiva particular, que implicaba «percibir al inmigrante, definirlo, pensar en él o, sencillamente, hablar de él siempre en referencia a un problema social».²³

Hubo, sin embargo, grietas en la hegemonía culturalista, que abrieron márgenes de libertad, lo que permitió avances significativos en la investigación sobre la discriminación racista. La primera, que el científico social y antropólogo Didier Fassin considera el fundamento de «la invención francesa de la discriminación»,²⁴ se encuentra en la presión de la Unión Europea y la legislación europea, plasmada en la Ley contra la Discriminación de 16 de noviembre de 2001. La segunda grieta es simplemente la magnitud y la duración de la revuelta en los barrios populares en noviembre de 2005: 400 barrios en veintiún días. Esta revuelta sin precedentes, desencadenada por la muerte de dos adolescentes, Zyed Benna y Bouna Traoré (electrocutados en el recinto de un transformador eléctrico cuando eran perseguidos por la policía), se produjo el mismo año que la publicación del llamamiento de los Indigènes de la République [indígenas de la República], que recibió inmediatamente miles de firmas. Publicado en enero, el llamamiento empezaba refiriéndose a la discriminación racista: «Discriminados en la contratación, la vivienda, la sanidad, la escuela y el ocio, los originarios de las antiguas o las actuales colonias y de la inmigración poscolonial son las primeras víctimas de la exclusión social y la inseguridad». Aunque las respuestas políticas inmediatas a la revuelta de noviembre de 2005 fueron represivas, ya no era posible silenciar o negar por completo la discriminación racista. A partir de entonces, todos los gobiernos incluyeron la «lucha contra la discriminación» en sus programas políticos y en sus declaraciones públicas de legitimidad.

A finales del siglo pasado, la discriminación racista salió de la negación con fórceps. El debate ya no versaba sobre la existencia de la discriminación racista, sino sobre sus causas, sus funciones económicas y sociales, sus efectos sobre las víctimas y, en consecuencia, sobre la dirección que debían tomar las políticas públicas para restablecer la igualdad. Tras casi dos décadas de «lucha pública» contra la discriminación, hay que decir que el reconocimiento de la discriminación racista ha seguido siendo formal. Tras dos décadas de salir de la negación pública, también está claro que la discriminación racista ocupa un lugar marginal en la agenda de las principales fuerzas políticas.

²³ Abdelmalek Sayad, «Qu'est-ce qu'un immigré ?», *op. cit.*, p. 63.

²⁴ Didier Fassin, «L'invention française de la discrimination», *Revue française de science politique*, vol. 52, núm. 4, agosto de 2002, p. 395-415.

La magnitud de la discriminación racista

Tras décadas de negación, ahora parece existir un consenso aparente sobre la cuestión de la discriminación racista. Este consenso abarca tanto la existencia de la discriminación racista como la necesidad de combatirla. Las luchas sindicales, los movimientos militantes de personas de origen inmigrante, las revueltas en los barrios obreros y los avances en la investigación se han combinado para hacer inevitable el fin de la negación. Sin embargo, este aparente consenso no puede ocultar las diferencias fundamentales sobre el alcance y las funciones sistémicas de esta discriminación racista. En pocas palabras, existen dos enfoques analíticos principales sobre esta cuestión, por supuesto, con multitud de variantes intermedias. En un extremo del espectro se encuentran los análisis que tratan la discriminación racista como una «ruptura de la igualdad» escandalosa pero marginal, dentro de un sistema de «igualdad de oportunidades» que en general funciona satisfactoriamente. Este enfoque, que se puede calificar de marginalizador de la discriminación racista, conduce, en términos de objetivos políticos, a un deseo de «correcciones» puntuales de “excesos” demasiado groseros para no poner en peligro la fe en la ideología de la igualdad de oportunidades»,²⁵ explican los sociólogos François Vourc'h y Véronique de Rudder. En un segundo polo, se sitúan los análisis que abordan la discriminación racista como parte integrante y estructural —concomitante con las relaciones de clase y de género— del proceso de producción y reproducción de nuestra sociedad. Lejos de ser excesos marginales, son producciones lógicas y masivas de las políticas estatales de educación, formación, gestión del mercado laboral, vivienda, sanidad, inmigración, etc. Este enfoque sistémico nos lleva a cuestionar todas las políticas sectoriales que producen y reproducen posiciones sociales desiguales. ¿Qué nos dicen los datos disponibles sobre estas dos lecturas opuestas de la realidad social?

Los empleos reservados y sus efectos estructurales duraderos

Ya hemos destacado el vínculo entre la discriminación racista que sufren los inmigrantes y la segmentación del mercado laboral, por un lado, y constatado la reproducción de la misma lógica para sus herederos, aunque sean franceses de nacimiento o nacionalidad, por otro. Intentemos comprender cómo se reproduce este trato diferenciado de los franceses en función de su origen, es decir, cómo se ha ido estableciendo progresivamente la «línea de color».

²⁵ François Vourc'h y Véronique de Rudder, «Positions libérales, positions radicales dans la lutte contre les inégalités racistes», *Les Cahiers de l'urnis*, núms. 10-11, diciembre 2006, p. 77.

En nuestra opinión, la existencia de un número muy elevado de empleos en los que la nacionalidad francesa era un requisito previo fue uno de los factores determinantes del establecimiento progresivo de la «línea de color». Si bien esta subordinación no afecta, por definición, a los descendientes franceses de inmigrantes, sí tiene un impacto innegable y significativo en los empleos que ocupan, las viviendas en las que viven y la formación a la que acceden. La razón principal de este impacto es el carácter masivo de la prohibición de nacionalidad, que afecta no solo al sector público, sino también a numerosos empleos del sector privado. El Observatoire des Inégalités estima así el número de estos empleos vetados a los extranjeros, basándose en los datos oficiales de 2018: «Más de uno de cada cinco empleos, es decir, 5,4 millones de puestos, siguen siendo inaccesibles para los extranjeros no europeos».²⁶ La enormidad de esta cifra justificaría por sí sola convertir la cuestión de los empleos reservados en objeto de polémicas políticas y sindicales o en uno de los elementos de confrontación de los programas electorales. Pero no es el caso. La cuestión está sencillamente ausente del debate público y político.

Los argumentos utilizados para justificar esta discriminación legal y estatal —por no decir este «racismo de Estado»— se centran en la noción de «soberanía nacional» y en la necesidad de «proteger» las funciones soberanas de la influencia extranjera. El número de personas empleadas, la naturaleza de los empleos y las excepciones al principio que supone el recurso a personal contratado bastan para indicar la «verdadera razón», que la jurista Danièle Lochak formuló así hace tres décadas:

Si bien es comprensible, en el contexto del Estado nación, negarse a confiar a un extranjero funciones que implican el ejercicio de la autoridad del Estado (policía, ejército, judicatura, fiscalidad, etc.), esta explicación ya no es válida cuando la mayoría de los funcionarios desempeñan tareas que no les confieren ninguna prerrogativa especial. La verdadera razón de esta exclusión se encuentra sin duda en otra parte: en la voluntad de reservar a los nacionales un ámbito en el que estén al abrigo de la competencia, o en la negativa a permitir que los extranjeros se beneficien de las ventajas (relativas) vinculadas a la condición de funcionario. Prueba de ello es que, al tiempo que se rechaza contratar a extranjeros para puestos de funcionario, se acepta contratarlos, para desempeñar las mismas tareas, para puestos auxiliares o de interinidad.²⁷

²⁶ «Cinq millions d'emplois demeurent fermés aux étrangers non européens», consultable en inegalites.fr.

²⁷ Danièle Lochak, Conseil national des populations immigrées, «Egalité des droits», informe, septiembre de 1991.

El fin de esta restricción vinculada a la nacionalidad para los extranjeros procedentes de países de la UE ha tenido el rápido efecto de banalizar, extender y reforzar la «línea de color» mucho más allá de los extranjeros no comunitarios. Ha provocado un cambio en la forma de representar a los extranjeros. «Los extranjeros se han asimilado a los no europeos, hasta el punto de que un francés de origen no europeo se parece más a un extranjero que a un comunitario no nacional»,²⁸ explica el Groupe d'Étude et de Lutte contre les Discriminations (GELD). La mayor inclusión de algunas personas —extranjeros comunitarios— en el nuevo «nosotros» ha tenido el efecto de devolver a los miembros del antiguo «nosotros» (franceses con un marcador de color percibido como no europeo) al nuevo «ellos» (extranjeros no comunitarios). Aunque legalmente franceses, los herederos de la inmigración no europea tienden a ser percibidos como extranjeros, mientras que, legalmente extranjeros, los ciudadanos de la UE tienden a ser percibidos como franceses. El «blanqueamiento» de unos ha provocado una mayor alteridad de los otros.

Concretamente, este proceso de cambio en la percepción de los extranjeros tiende a excluir ilegalmente a los franceses de empleos que legalmente están vedados a los extranjeros no comunitarios. La única diferencia es que a unos —los extranjeros no comunitarios— se les excluye por discriminación legal, mientras que a otros —sus herederos— se les excluye por discriminación ilegal. «Se observa así un desplazamiento de las disposiciones reglamentarias y administrativas [destinadas a los extranjeros] a las prácticas discriminatorias ilegales [que sufren los franceses], provocadas por ellos, independientemente de su voluntad»,²⁹ concluye GELD.

Si el cambio en la forma de representar a los extranjeros ha tenido tal efecto de refuerzo de la «línea de color», es porque antes existía una correlación entre origen y tipos de empleo. La asignación de los inmigrantes a determinados empleos sobreexplotados, reforzada por la existencia de esta masa de empleos reservados, condujo a forjar una representación coloreada de la legitimidad —o capacidad— para ocupar determinados empleos y de la ilegitimidad —o incapacidad— para ocupar otros. Esta representación se extiende después a los franceses descendientes de los inmigrantes poscoloniales. Los sociólogos François Vourc'h y Véronique de Rudder presentan un resumen de los «resultados de la investigación sociológica sobre el racismo en las empresas y las organizaciones sindicales durante los últimos quince años», y describen esta transmisión transgeneracional de las posiciones asignadas del siguiente modo:

²⁸ VVAA, «Une forme méconnue de discrimination: les emplois fermés aux étrangers (secteur privé, entreprises publiques, fonctions publiques)», note núm. 1, *GELD*, marzo de 2000, p. 12-13.

²⁹ *Ibidem*, p. 13.

La estratificación étnica y nacional del mercado laboral, debida al recurso masivo a la inmigración en los años sesenta, constituyó la matriz de la situación actual. Durante los «treinta gloriosos», los trabajadores extranjeros del imperio colonial habían encontrado «su» lugar en empleos no cualificados [...] Los efectos de este orden social se transmitieron progresivamente a sus descendientes. [...] No han faltado explicaciones estereotipadas de los obstáculos a la movilidad ascendente de lo que todavía se denomina la «segunda generación» (desventaja social y cultural, problemas de identidad, falta de ciudadanía, comunitarización, etc.), que siguen justificando implícitamente el estatus y el papel socioeconómico asignados a los hijos de inmigrantes, convertidos en «herederos» del estatus de sus padres. En consecuencia, han sido progresivamente «excluidos» del sistema escolar o encauzados hacia cursos sin futuro y, sobre todo, se los ha enfrentado al desempleo masivo.³⁰

La «línea de color», que se ha impuesto, no es el resultado de un movimiento espontáneo en la dinámica general de la sociedad francesa del que no podríamos determinar la responsabilidad y contra el que seríamos impotentes. Es el resultado de una elección económica concreta: la estratificación del mundo del trabajo para maximizar el beneficio durante los treinta gloriosos. También es la consecuencia de una elección política consciente: la de los empleos reservados como medio de asignar a las personas una posición subordinada.

La segregación residencial: discriminación en la vivienda y «residencia asignada»

La discriminación en la vivienda completa y refuerza el proceso de asignación a largo plazo a una posición subordinada. Ha contribuido a espacializar la «línea de color» al producir un poderoso proceso de segregación residencial. Aunque todos los segmentos del parque de viviendas han contribuido a la producción de esta segregación, el papel de la vivienda social —y, por consiguiente, de las autoridades públicas— ha sido decisivo. También en este caso se trata de las consecuencias de opciones económicas y políticas, no de un proceso incontrolable. Antes hemos mencionado las miserables condiciones de vivienda que experimentaron los inmigrantes poscoloniales hasta los años setenta. Durante esta década, se realizó un intenso esfuerzo para salir de estos «años de barro», según la expresión del sociólogo Patrick Simon, caracterizados por los barrios de chabolas y las infraviviendas. Oficialmente, esta salida se organiza sobre la base del «reajuste selectivo de las poblaciones»: «Las personas aisladas van a vivir a albergues, las

³⁰ Véronique de Rudder y François Vourc'h, «Assignation et discrimination racistes: enquêtes dans le monde du travail en France», *Diversité urbaine*, vol. 8, núm. 1, primavera de 2008, p. 9-10.

familias “magrebíes” son enviadas a urbanizaciones de tránsito en las afueras, mientras que las familias “francesas” se benefician de viviendas sociales convencionales». ³¹

El modelo implícito es el de la «reemplazo de poblaciones». De hecho, durante la misma década, se desarrolló una política para ayudar e incluso animar a los inquilinos de viviendas sociales a comprar sus propias casas. Como consecuencia, todos aquellos que podían permitírselo tendieron a abandonar las viviendas sociales —principalmente en los segmentos más degradados del parque— y fueron sustituidos por familias inmigrantes que vivían en urbanizaciones de tránsito. Como era de esperar, durante las décadas de 1980 y 1990, esta lógica de reemplazos dio lugar a una «recomposición social» de la población que vivía en viviendas sociales. El sociólogo Alain Battégay resume este proceso de la siguiente manera:

Fuga de las clases altas [...], fractura cada vez más marcada entre las fracciones altas de la clase obrera, que trabajan en grandes empresas con empleos estables, y las fracciones bajas de la clase obrera, procedentes de barrios antiguos y degradados del centro de la ciudad, marginación de algunas de las fracciones más pobres y a menudo de mujeres inmigrantes en bloques de pisos degradados de grandes urbanizaciones, a menudo las de mas antigua construcción y puesta en servicio. ³²

Aunque la segregación residencial que se está produciendo en los segmentos más degradados de la vivienda social es indudablemente «social», no puede reducirse únicamente a esta dimensión. La lógica de reemplazo de poblaciones que ha regido esta vasta «recomposición social» confiere inevitablemente a esta segregación un carácter étnico. Resumiendo el estado de la cuestión sobre el tema, Alain Battégay explica:

La segregación étnica es generalmente más fuerte que la segregación a nivel de categorías sociales. La geografía urbana revela formas específicas de espacialización de las minorías, difíciles de atribuir al simple efecto de la composición socioeconómica de estos grupos. La segregación social y la segregación étnica no se superponen, y en las ciudades francesas la etnicidad se está convirtiendo en un principio de distribución de la población residencial que tiene cierto grado de independencia de las demás formas de ordenación de la población urbana. ³³

³¹ Patrick Simon, «La gestion politique des immigrés: la diversion par la réforme urbaine», *Sociétés contemporaines*, núms. 33-34, 1999, p. 8.

³² Alain Battégay, «L'actualité de l'immigration dans les villes françaises: la question des territoires ethniques», *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 8, núm. 2, 1992, p. 90.

³³ *Ibidem*, p. 84.

La discriminación racista en el acceso a la vivienda, ampliamente documentada en la actualidad, añade a este panorama fundacional la constatación de una trayectoria residencial imposible, es decir, la asignación a largo plazo a los segmentos más degradados del parque de viviendas sociales, no solo para los inmigrantes, sino también para sus herederos franceses. Los factores de este auténtico «arresto domiciliario» han sido objeto de numerosas investigaciones. El primero es la práctica de las cuotas, vinculada a la noción de umbrales de tolerancia antes mencionada. Con el pretexto del «equilibrio demográfico», estas cuotas han llevado a denegar el acceso a segmentos más recientes del parque de viviendas sociales basándose en un criterio «étnico» o de «origen».³⁴ En segundo lugar, está la dificultad de acceso a la vivienda en propiedad debido a unos niveles de renta que reflejan la integración social y económica subordinada de estos inmigrantes, pero también de sus descendientes franceses. Por ejemplo, en 2015, el 36 % de los hogares de inmigrantes eran propietarios de su vivienda, frente al 60 % de los demás hogares.³⁵

Por último, la discriminación racista en el acceso a la vivienda privada de alquiler completa el «arresto domiciliario». Resumiendo el estado de la investigación sobre la discriminación en el sector del alquiler privado, el científico social Thomas Kirszbaum extrae una conclusión inequívoca: «Junto con las familias monoparentales y las personas con discapacidades, los inmigrantes del continente africano, sus descendientes y, más en general, las personas percibidas como no blancas se encuentran entre los grupos más expuestos a este tipo de discriminación».³⁶

Un sistema de discriminación racista

La segregación residencial mantenida y reproducida por la discriminación racista en el acceso a la vivienda tiene a su vez efectos discriminatorios en otras esferas de la vida social: escolarización, empleo, acceso a los servicios públicos, acceso a la atención sanitaria, etc. Cada una de estas discriminaciones sectoriales tiene su propio impacto. Cada una de estas discriminaciones sectoriales es a la vez un efecto de las discriminaciones en otros sectores y un factor inductor de discriminaciones en estos últimos. De este modo, todas las discriminaciones racistas sectoriales forman un sistema que reproduce la asignación a una posición social subordinada a lo largo de una «línea de color».

³⁴ Marie-Claude Blanc-Chaléard, «Les immigrés et le logement en France depuis le 19^e siècle. Une histoire paradoxale», *Hommes et migrations*, núm. 1264, 2006, pp. 20-34.

³⁵ Ministère de l'intérieur, *L'essentiel de l'immigration*, núm. 23, noviembre de 2018, p. 1.

³⁶ Thomas Kirszbaum, *Capitalisation des connaissances sur les discriminations dans le parc privé et les instruments d'action publique pour les combattre*, Commissariat général à l'égalité des territoires, abril de 2018, p. 3.

Aunque hace tiempo que se reconoce que las personas de origen inmigrante experimentan mayores «dificultades en la escuela», analizarlas en términos de discriminación es un fenómeno reciente y que encuentra mucha resistencia. Sin embargo, la bibliografía sobre el tema no ha dejado de crecer en las dos últimas décadas. Esta destaca tanto los efectos discriminatorios de la segregación territorial como la producción específica de discriminación racista por parte del sistema educativo. La red nacional de lucha contra la discriminación en la escuela resume la investigación existente sobre el tema formalizando los «elementos sistémicos»: «la segregación en la vivienda, que se traduce en segregación espacial en las escuelas»; «la competencia entre escuelas, que las lleva a crear clases segregadas»; «un método de contratación y asignación de profesores en el que el principal criterio es la antigüedad»; «una externalización del trabajo personal a través de los deberes que favorece a los alumnos de las familias más capaces de apoyarlos y/o de financiar el apoyo de un tercero»; «una atención diferenciada a los problemas “de comportamiento”»; «un mecanismo de orientación que convierte a la escuela en un vasto sistema de clasificación social»; etc.³⁷

Podríamos añadir: la forma en que se gestionan las colocaciones escolares y los efectos de los campos desiguales de posibilidades; la influencia de las interpretaciones culturales, en particular en la interpretación de las dificultades en la escuela y la forma en que funcionan los consejos disciplinarios; etc. El hecho de que estos elementos sistémicos afecten también a todos los niños de clase trabajadora, de todos los orígenes, sigue llevando con frecuencia a negar la existencia de discriminación racista en las escuelas. Diversos estudios han explorado las características específicas que actúan cuando las condiciones sociales son iguales. El sociólogo Choukri Ben Ayed resume los resultados del siguiente modo:

Estos alumnos sufren tres tipos de desventajas que limitan considerablemente su acceso a determinadas ramas de la educación y al empleo. Están muy expuestos al riesgo de ser escolarizados en centros relegados, donde se combinan una serie de dificultades que les empujan a una espiral descendente de fracaso escolar. Cuando consiguen liberarse de estas limitaciones contextuales, con el mismo rendimiento académico, se les orienta más a menudo hacia corrientes devaluadas. Por último, los que han obtenido calificaciones académicas (incluida la excelencia) sufren discriminación en el mercado laboral.³⁸

³⁷ Institut français de l'éducation, Réseau national de lutte contre les discriminations à l'école, *La discrimination à l'école de quoi parle-t-on?*, 2014, pp. 16-17, consultable en <http://centre-alain-savary.ens-lyon.fr/CAS/documents/documents-sk/referentiel-sur-la-discrimination-a-lecole>.

³⁸ Choukri Ben Ayed, «Discriminations: l'éducation, un espace à haut risque?», *Le Sociographe*, núm. 34, 2011/1, p. 68.

Aunque está claramente correlacionada con la cuestión de la clase social, la discriminación racista en la escuela no es totalmente soluble en esta última. Lo mismo ocurre con la discriminación racista en el acceso al mundo laboral y dentro de este. Por lo que respecta al acceso al empleo, un simple vistazo a la tasa de desempleo ilustra la situación. También en este caso, una vez eliminado el factor de la clase social, la desigualdad sigue siendo flagrante. «La tasa de paro de los descendientes de inmigrantes de fuera del Espacio Económico Europeo, de entre 15 y 24 años, es casi dos veces superior a la de los franceses de la misma edad nacidos de padres franceses, incluso si la situación socioeconómica es similar»,³⁹ resume una nota del Departamento de Estadísticas, Estudios y Documentación del Ministerio del Interior. La nota oficial también subraya que existe una «línea de color» que diferencia según el origen real o supuesto:

El problema del acceso de los jóvenes al mercado laboral también varía según el país de origen de sus padres. Cabe señalar que el efecto del origen es el mismo para los jóvenes nacidos de una pareja «mixta» (un progenitor inmigrante y otro nativo) y los nacidos de dos progenitores inmigrantes. Mientras que el «sobredesempleo» es muy frecuente entre los jóvenes descendientes de inmigrantes de países no pertenecientes a la UE, los descendientes de inmigrantes del EEE tienen un nivel de desempleo similar al de los franceses de padres nacidos en Francia.⁴⁰

Siete años después, el Centre d'Études et de Recherches sur les Qualifications (Céreq) [Centro de Estudios y de Investigaciones sobre las Cualificaciones], analizando la situación laboral de la generación que abandonó el sistema escolar en 1998, llegó a la misma conclusión. Tras constatar que el origen social sigue produciendo una integración desigual siete años después, el estudio destaca el impacto específico de la discriminación racista:

El 62 % de los jóvenes de origen inmigrante experimentan al menos un periodo de desempleo durante sus primeros siete años en el mercado laboral, frente a solo el 48 % de los jóvenes cuyos padres nacieron en Francia. Pero no todos los jóvenes de origen inmigrante corren el mismo riesgo de desempleo. El 70 % de los jóvenes de origen marroquí han sufrido al menos un episodio de desempleo, frente al 50 % de los jóvenes cuyos padres nacieron en el sur de Europa [...]. Además, con el paso del tiempo, la tasa de desempleo de los jóvenes de origen magrebí no sigue la tendencia general a la baja observada para el resto de su generación. Al final del séptimo año de vida laboral, es casi tan alta como en el primer año. Estos jóvenes fueron mucho más vulnerables a

³⁹ Yves Bream, «Le chômage des jeunes descendants d'immigrés», *Infos migrations*, núm. 23, mayo de 2011, p. 1.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 4.

la recesión económica que comenzó en 2002, durante su cuarto año de vida laboral, y con el tiempo, la diferencia aumentó en relación con los demás jóvenes. Su tasa media de desempleo fue casi dos veces superior a la de los jóvenes cuyos padres habían nacido en Francia durante los tres primeros años tras abandonar el sistema educativo, y tres veces superior a partir de entonces.⁴¹

Así pues, al igual que los inmigrantes, estos jóvenes franceses siguen desempeñando un papel de ajuste estructural. Repitiendo el mismo enfoque en 2013 para la generación que abandonó el sistema educativo en 2010, el mismo centro de investigación llegó a resultados globalmente similares.⁴² El panorama es similar cuando se trata de la situación laboral. Otro estudio del Céreq pone de relieve la mayor precariedad laboral: «Si especificamos las zonas de origen, las diferencias se acentúan aún más: solo el 50 % de los hombres y el 54 % de las mujeres jóvenes de origen magrebí tienen un empleo fijo, mientras que el 71 % de los hombres jóvenes del sur de Europa tienen un empleo estable, una proporción idéntica a la de los hombres jóvenes de origen francés».⁴³ El desglose por tipo de empleo muestra el mismo «efecto origen»: «La categoría profesional obrero sigue siendo la más frecuente para los jóvenes en general: representa el 41,5 % de los empleos de los jóvenes de origen francés y el 48,5 % de los de origen extranjero. El 15,6 % de los jóvenes de origen francés son directivos [...] frente a solo el 6,7 % y el 9,4 % de los jóvenes del Magreb y del sur de Europa».⁴⁴

Estos pocos ejemplos bastan para subrayar la existencia de un proceso de asignación sistémica a una posición social subordinada que afecta a los herederos franceses de la inmigración poscolonial. Lógicamente, esto se refleja en las subjetividades de estos jóvenes en forma de un «sentimiento de discriminación». La amplitud de este «sentimiento» es proporcional a la experiencia de desigualdad. Su expresión en multitud de formas (actitudes y posturas espontáneas, reivindicaciones políticas, violencia como reacción a la violencia sufrida, etc.) es a su vez objeto de un proceso de invalidación y silenciamiento que refuerza aún más intensamente el peso de la discriminación sufrida en las trayectorias, así como en sus costes directos e indirectos para las víctimas.

⁴¹ Thomas Couppié, Céline Guasquet y Alberto Lopez, *Quand la carrière commence... Les sept premières années de vie active de la génération 98*, Marsella, Céreq, 2007 p. 109.

⁴² Céreq, *Quand l'école est finie: premier pas dans la vie active de la génération 2010. Enquête 2013*, Marsella, 2013.

⁴³ Olivier Joseph y Séverine Lemièrre, «La discrimination de genre et d'origine à l'encontre des jeunes sur le marché du travail. Mesures à partir des différents aspects des situations professionnelles», *Net.doc*, núm. 10, marzo de 2005, p. 7.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 8.

El sentimiento de discriminación y su negación

Diversos estudios han analizado cómo se percibe la discriminación y el sentimiento de injusticia que genera. Dado que la discriminación afecta a todos los ámbitos de la vida social, este sentimiento se encuentra lógicamente en todos ellos. Las reacciones a la expresión de este sentimiento siguen siendo a menudo la negación rotunda de la existencia de la discriminación racista, a pesar de que esta ha quedado documentada por la investigación. Como resultado, la negación de la experiencia discriminatoria se ve agravada por la negación de la negación.

El sentimiento de discriminación

Los estudios que han explorado el sentimiento de discriminación producen una imagen que se hace eco en gran medida de los que han intentado cuantificarlo. La encuesta *Génération 2001* del Céreq resume la subjetividad de la discriminación racista en el mercado laboral de la siguiente manera:

Mientras que el 9 % de los jóvenes cuyos dos progenitores habían nacido en Francia se sentían discriminados en la contratación, esta proporción se duplicaba entre los jóvenes con al menos un progenitor nacido en el extranjero, y se triplicaba cuando ambos progenitores habían nacido fuera de Francia. Además, el riesgo de sentirse discriminado está fuertemente correlacionado con el país de origen de los padres. No es mayor para los jóvenes del sur de Europa que para aquellos cuyos padres nacieron ambos en Francia. En cambio, es más elevado, entre el 13 % y el 14 %, para los jóvenes procedentes de Asia, Turquía o Europa del Este, y mucho más elevado aún para los jóvenes con al menos un progenitor nacido en el África negra o en el Magreb (27 % y 32 % respectivamente).⁴⁵

En nuestra opinión, el hecho de que las estadísticas en Francia no permitan tener en cuenta el «origen», más allá del país de nacimiento de los padres, es un factor que subestima la amplitud de este sentimiento. Nos impide medir en toda su magnitud el paso de la discriminación basada en el origen nacional a la vinculada al establecimiento de una «línea de color» que repercute en los descendientes de la inmigración poscolonial a lo largo de muchas generaciones, es decir, mientras exista un factor o marcador diferenciador (color de piel, apellido o nombre, signo religioso, etc.). Algunos enfoques han intentado neutralizar parcialmente este sesgo teniendo en cuenta el nombre o los apellidos. El Observatoire des Discriminations de la Universidad Panthéon-Sorbonne ha obtenido el siguiente resultado

⁴⁵ Céreq, *Quand l'école est finie. Premier pas dans la vie active de la génération 2001: interrogation du printemps 2004*, Marsella, 2004, p. 34.

utilizando lo que el laboratorio denomina el «método del nombre»: «Los candidatos con un nombre de pila europeo son contratados en un porcentaje del 1,85 %, mientras que los que tienen un nombre de pila susceptible de provocar discriminación solo son contratados en un porcentaje del 1,26 %. Existe, pues, una diferencia del 32 % en detrimento de estos últimos».⁴⁶

Otro estudio, tipo test, concluye que existe discriminación racista basada en el apellido y el nombre, incluso en ocupaciones poco cualificadas como la de camarero: «Teniendo en cuenta todos los puestos juntos, los solicitantes con nombre y apellidos que suenan norteafricanos, sea cual sea su nacionalidad, tienen las posibilidades más bajas de conseguir una entrevista de trabajo, en torno al 5 %. Los candidatos con nombre francés y apellido magrebí ven aumentar sus posibilidades hasta el 11 %. Y los candidatos con nombre y apellidos de origen francés, un 17 %».⁴⁷

Ampliando el análisis a un puesto más cualificado, el de contable, el mismo equipo de investigación puso de manifiesto una discriminación racista aún mayor:

Entre los contables, los candidatos con nombre y apellidos franceses recibieron una invitación por una media de 19 CV enviados, frente a los 23 CV de un candidato con nombre francés y apellidos marroquíes, los 54 CV de un candidato con nombre y apellidos marroquíes y los 277 CV de un candidato marroquí. Estos primeros resultados sugieren que existe una importante discriminación en este mercado laboral. Si atribuimos un índice de éxito de 100 a los candidatos con nombre y apellidos franceses, obtenemos 82 para un candidato con nombre francés y apellidos marroquíes, 35 para un candidato con nombre y apellidos marroquíes y siete para un candidato marroquí.⁴⁸

Por tanto, además de los hijos de inmigrantes, todos los que llevan un marcador de «color» deben tenerse en cuenta a la hora de medir el alcance de la discriminación racista, por una parte, y el sentimiento de discriminación que se deriva directa e indirectamente de ella, por otra. En términos de escolarización, el sentimiento de discriminación racista parece ser igual de importante. La encuesta *Trajectoires et origines 2008* del INED-Insee ha intentado cuantificar el sentimiento de discriminación entre los

⁴⁶ «La méthode des prénoms», Observatoire des discriminations, consultable en observatoire-redesdiscriminations.fr.

⁴⁷ Pascale Petit, Emmanuel Duguet y Yannick L'Horty, «Discrimination résidentielle et origine ethnique : une étude expérimentale sur les serveurs en Île de France», *Économie et prévision*, núms. 206-207, 2015/1-2, p. 56.

⁴⁸ Emmanuel Duguet *et al.*, *Discriminations à l'embauche: un testing sur les jeunes de banlieues d'Île-de-France*, Centre d'étude des politiques économiques de l'université d'Evry-Val d'Essonne, 2007, p. 12.

descendientes de inmigrantes, con las restricciones antes mencionadas, es decir, que estos descendientes se limitan aquí a los alumnos nacidos en Francia y que tienen al menos un progenitor inmigrante. Muestra que este sentimiento se expresa sobre todo en términos de orientación, afectando al 15 % de los descendientes de inmigrantes, es decir, tres veces más que la población mayoritaria. A continuación, el sentimiento de discriminación se expresa en términos de «manera de dirigirse» en un 9,5 % (frente a un 3 % para la población mayoritaria), de «disciplina y castigo» en un 8 % (frente a un 4 %) y de «calificación» en un 8 % (frente a un 2 %). Como era de esperar, la encuesta también pone de relieve una clara diferencia entre los descendientes de inmigrantes comunitarios y no comunitarios. El 25 % de los descendientes de inmigrantes procedentes de Túnez, Marruecos, África Central y Turquía se sienten discriminados en materia de orientación, así como una quinta parte de los procedentes de Argelia.⁴⁹

El sentimiento de injusticia no es, pues, una realidad marginal para los descendientes de los inmigrantes no europeos. Estos porcentajes revelan una relación estructural problemática entre el centro educativo y una parte de sus alumnos según la «línea de color». Así lo confirman las respuestas sobre el origen de la discriminación sentida. La discriminación se explica por el «origen y la nacionalidad» para el 71 % de las personas de ascendencia norteafricana y el 65 % de las personas de ascendencia turca (frente al 23 % de las personas de ascendencia inmigrante europea). El «color de la piel» fue citado como factor explicativo por el 56 % de los descendientes de africanos subsaharianos, seguido del «origen» (42 %). Todos los demás criterios de discriminación (sexo, apariencia, edad) quedan muy por detrás. En términos subjetivos, la conclusión es clara: el sentimiento de discriminación es masivo entre los descendientes de la inmigración poscolonial. Este sentimiento determina su relación con el sistema educativo.

En el ámbito de la vivienda, el sentimiento de discriminación es igualmente significativo. El quinto volumen de la encuesta 2016 del Defensor de los Derechos sobre el acceso a los mismos está dedicado a la «discriminación en el acceso a la vivienda». Los resultados relativos al sentimiento de discriminación incorporan la «línea de color» de forma relevante. Se resumen de la siguiente manera:

Personas percibidas como no blancas: en igualdad de condiciones, estas personas tienen cinco veces más probabilidades que las demás de haber sufrido discriminación a la hora de buscar una vivienda en alquiler. Esta discriminación es tanto más intensa cuanto que a menudo se trata

⁴⁹ Todos los datos de esta sección proceden de la siguiente fuente: Yaël Brinbaum, Séverine Chauvel y Élise Tenret, *Comprendre le sentiment d'injustice et les discriminations vécus par les descendant-es d'immigré-es à l'école, rapport pour le défenseur des droits*, febrero de 2013.

de jóvenes que pueden tener una relación lejana con la migración, y que son muy conscientes de la discriminación de la que son objeto, que actúa como barrera de acceso a los distintos sectores del parque de viviendas, tanto privadas como sociales.⁵⁰

El criterio del «color» parece encabezar la lista de discriminaciones: el 80,4 % de los encuestados que declaran haber sido discriminados a la hora de buscar vivienda aducen el color como motivo, frente al 67,3 % que aducen como motivo el sexo, el 65,3 % la edad y el 53,6 % la religión.⁵¹

Por supuesto, la existencia de un sentimiento de discriminación no significa en sí misma la existencia de una discriminación real. Sin embargo, la escala masiva de este sentimiento, como demuestran los pocos ejemplos citados, basta para subrayar el hecho de que la discriminación racista ha alcanzado un nivel de frecuencia lo suficientemente alto en determinados grupos sociales como para que la desigualdad de trato aparezca como una explicación creíble de las demás dificultades o frustraciones encontradas. En otras palabras, existe un conocimiento colectivo de la discriminación racista incluso antes de que se produzca la experiencia discriminatoria, a través de la información recogida de la vida cotidiana y el entorno local. La experiencia de discriminación sufrida por un hermano o hermana, un vecino o amigo, un colega, da lugar a la idea de un encuentro potencial y/o probable con la discriminación. A nivel colectivo, el sentimiento de discriminación siempre refleja, directa o indirectamente, una realidad objetiva. La existencia de situaciones individuales en las que el sentimiento de discriminación expresado no se corresponde con ninguna discriminación objetiva no lleva, por tanto, a la conclusión de que no existe la discriminación racista sistémica como factor importante en la estructuración de nuestra sociedad.

Las diversas investigaciones sobre el sentimiento de discriminación apuntan todas al hecho de que es más frecuente entre los hombres. La encuesta *Trajectoires et origines* muestra, por ejemplo, que el 30 % de los chicos descendientes de inmigrantes africanos y turcos se sienten discriminados, frente a solo el 17 % de las chicas.⁵² Algunos se han apresurado a concluir que este sentimiento es totalmente subjetivo o que las mujeres descendientes de inmigrantes poscoloniales están menos discriminadas. Tales conclusiones son engañosas por varias razones.

⁵⁰ Défenseur des droits, «Les discriminations dans l'accès au logement», en *Enquête sur l'accès aux droits*, vol. 5, p. 25.

⁵¹ *Ibidem*, p. 28.

⁵² Yaël Brinbaum, Séverine Chauvel, Élise Tenret, *Comprendre le sentiment d'injustice et les discriminations vécu par les descendant-es d'immigré-es à l'école*, op. cit., p. 9.

La primera razón es que la experiencia de discriminación múltiple de las mujeres se coagula en una trayectoria única. En tanto las encuestas intentan captar los diversos factores de discriminación, colocan al encuestado, en mayor o menor medida según la redacción de los ítems, en una posición de elección. Así, parte del sentimiento de discriminación vinculado al origen se desplaza al sentimiento de discriminación vinculado al género. Por supuesto, lo contrario también es cierto. En definitiva, la indisciabilidad de la discriminación sexista y racista para las mujeres herederas de la inmigración poscolonial conduce a una subestimación del sentimiento de discriminación por ambos factores. Analizando esta diferencia entre hombres y mujeres en términos de discriminación en la contratación, la economista Dominique Meurs explica:

Las diferencias en relación con el punto de referencia son ampliamente positivas y significativas; son más elevadas para los inmigrantes y los hijos de inmigrantes del Magreb, y más marcadas para los hombres que para las mujeres. Esto se debe a la combinación de dos efectos: el primero es que algunas mujeres inmigrantes e hijas de inmigrantes están menos presentes en el mercado laboral que la población mayoritaria, y por tanto, por este hecho, menos expuestas a comportamientos discriminatorios en el acceso al empleo. La segunda es que las mujeres de la población mayoritaria también denuncian discriminación, sencillamente porque las mujeres son más propensas a la discriminación que los hombres, sea cual sea su origen, por lo que las diferencias según el origen son menos pronunciadas.⁵³

La segunda razón es que las mujeres tienen un derecho desigual a expresar un sentimiento de discriminación. Además de cuestionar el vínculo entre la discriminación objetiva y el sentimiento de discriminación, también debemos cuestionar el vínculo entre el sentimiento de discriminación y el sentimiento de discriminación expresado. Las inmigrantes, por ejemplo, son a la vez más discriminadas que sus hijos y tienen el mismo sentimiento de discriminación —al menos después de cierto tiempo en Francia—, pero lo expresan menos porque no se consideran legitimadas para hacerlo —y el debate político y mediático se encarga de recordárselo constantemente— por su condición de extranjeras. Para todas las mujeres, sean o no herederas de la inmigración, la educación sexista desempeña un papel que les impide quejarse o reclamar, similar al que desempeña la condición de extranjera para los inmigrantes.

Uno de los efectos de la discriminación racista y del sentimiento de discriminación es la inversión en educación para contrarrestar las desventajas

⁵³ Dominique Meurs, «Le chômage des immigrés: quelle est la part des discriminations?», *Population et sociétés*, núm. 546, 2017/7, p. 3.

esperadas de pertenecer a un grupo social estigmatizado. No sorprende que esto ocurra tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, y aún más en el de estas últimas. «Frente a estas dificultades en el mercado laboral, parece que una estrategia adoptada por los hombres, pero sobre todo por las mujeres de origen magrebí, es continuar sus estudios. Esto puede verse a la vez como un deseo de ascender en la escala social en relación con sus padres, y como una estrategia de inversión en capital humano para contrarrestar los efectos negativos asociados únicamente a su origen»,⁵⁴ resumen las economistas Dominique Meurs y Ariane Pailhé. Estas posturas estratégicas anticipatorias subrayan el hecho de que la menor expresión de un sentimiento de discriminación por parte de las mujeres no puede reducirse a un menor sentimiento de discriminación y, *a fortiori*, a una menor discriminación objetiva.

A pesar de la reciente proliferación de investigaciones tanto sobre la discriminación racista en las distintas esferas de la vida social, como sobre la forma en que se siente, la respuesta mayoritaria sigue siendo la negación y/o el eufemismo. Ya hemos subrayado anteriormente que el culturalismo en general, y el enfoque de la «integración» en particular, fueron los vectores más importantes de esta negación de la realidad social. Veamos ahora otros dos vectores de esta negación: la reducción de todas las desigualdades observadas a la única cuestión de la pertenencia de clase y la reducción del sentimiento de discriminación a un proceso conocido como victimización.

La negación de la discriminación

Una de las formas más extendidas de negar la discriminación racista consiste en reconocer las desigualdades sociales que produce explicándolas por factores distintos del origen real o supuesto de quienes las sufren. Con frecuencia, estas desigualdades se relacionan entonces con las características culturales de los sujetos (integracionismo) o con sus características sociales (mera pertenencia de clase). En otras palabras, según lo que llamaremos el enfoque «clasista», la discriminación racista puede resolverse únicamente mediante la dimensión social. En la base de esta lógica se encuentra una constatación evidente: los descendientes de inmigrantes se caracterizan de forma abrumadora no solo por su pertenencia a la clase obrera, sino también por su pertenencia a sus fracciones más precarias y explotadas.

El problema de esta lógica no es la constatación, sino la incapacidad de cuestionar su origen y su reproducción. ¿Cuáles son los mecanismos por los

⁵⁴ Dominique Meurs y Ariane Pailhé, «Position sur le marché du travail des descendants directs d'immigrés en France: les femmes doublement désavantagées?», *Économie et statistique*, núms. 431-432, 2010, p. 129.

que se reproduce esta asignación a las posiciones sociales más subordinadas? Esta pregunta simplemente se ignora. Y, sin embargo, es precisamente esta pregunta la que dio lugar primero a los movimientos militantes que planteaban la cuestión de la discriminación racista y después a la investigación que intentaba explicarla y medirla. Una de las razones por las que se ha ocultado esta cuestión es un temor legítimo: el de la negación de la cuestión social por una instrumentalización neoliberal de la cuestión de la discriminación en general y de la discriminación basada en el origen en particular. Louis Maurin, director del Observatoire des Inégalités, resume este temor de la siguiente manera:

Existe el riesgo de que la cuestión de las minorías «visibles» eclipse la de las desigualdades sociales. Durante mucho tiempo hemos subestimado las discriminaciones ligadas al patrimonio o al aspecto en nombre de estas desigualdades. Ahora el país avanza en la dirección contraria. Las empresas, en particular, surfean el tema de la diversidad, pretendiendo olvidar que las minorías visibles también son víctimas de los bajos salarios y de la precariedad laboral. Se han apoderado de este tema con discursos, etiquetas y otras cartas de buena conducta que tienen poco impacto. [...] En este contexto, las estadísticas étnicas podrían, como ha ocurrido en Estados Unidos, alimentar políticas de discriminación positiva que enmascararían la debilidad de las políticas estructurales (vivienda, sanidad, educación, etc.) destinadas a combatir las desigualdades sociales.⁵⁵

Negar la existencia de la discriminación racista para combatir las instigaciones ideológicas liberales solo puede reforzar a estas últimas. El temor a que tener en cuenta la discriminación racista niegue u oculte la cuestión de clase tiende a suscitar exactamente el temor contrario entre quienes sufren dicha discriminación: que la discriminación racista quede oscurecida por enfoques centrados exclusivamente en la clase social. La lógica de una elección binaria (entre clase y raza) para explicar las desigualdades sociales que sufren los herederos de la inmigración oscurece la dimensión históricamente situada de la discriminación racista. No se trata de un debate abstracto sobre la discriminación fuera del tiempo y del espacio, sino de una diferenciación desigual que afecta a una sociedad concreta caracterizada por la división en clases sociales. Esta es la sociedad en la que se han insertado los padres y abuelos de los herederos franceses de la inmigración poscolonial. Como señala el sociólogo Alain Bihr: «Las sociedades capitalistas están muy integradas; [...] ninguna relación social, ninguna práctica social, ningún grupo social puede aislarse de los demás; y sus relaciones

⁵⁵ Louis Maurin, «Fin de partie pour les statistiques ethniques?», *Alternatives économiques*, núm. 264, 7 de diciembre de 2007, p. 44.

están ligadas por las limitaciones del funcionamiento de estas sociedades en su conjunto. En resumen, estas sociedades constituyen [...] totalidades o sistemas».⁵⁶

Así pues, no hay clase por un lado y raza por otro, sino una jerarquía social producida por la estructura de clases del capitalismo, a la que se añaden diferenciaciones desiguales adicionales (de origen, género, edad). La discriminación racista se produce en un contexto de desigualdad social y la refuerza para quienes son sus víctimas. Si la «clase» jerarquiza a la sociedad en su conjunto, la «raza» jerarquiza a las clases trabajadoras. En cierto modo, es una forma de gestionar las relaciones de clase. La clase no se vive indiferentemente según se sea hombre o mujer, inmigrante o francés, heredero de la inmigración poscolonial u otro ciudadano. En otras palabras, la discriminación racista tiene una autonomía relativa y añade desventajas específicas. No todas las desigualdades son discriminaciones, pero todas las discriminaciones contribuyen a reforzar las desigualdades.

Cada vez más investigaciones se centran en distinguir entre lo que son «factores estructurales» (características sociales clásicas) y lo que son factores discriminatorios. Las pocas encuestas longitudinales del Céreq sobre la integración de las jóvenes generaciones que hemos mencionado antes son un ejemplo de ello. Todas concluyen que, además de los factores estructurales, existe un proceso de discriminación. Todas destacan tanto el peso de estos últimos como la acción de los primeros. La discriminación racista es una realidad específica, pero una realidad vinculada al proceso más global de jerarquización social. Aunque, por supuesto, es posible que un miembro de una clase acomodada sea víctima de la discriminación racista, esto no debe ocultar el hecho de que, para la gran mayoría de estos herederos, la dominación de clase y la discriminación racista se combinan. Para ellos, la discriminación racista, al asignarles las posiciones más subordinadas, contribuye a intensificar la dominación de clase.

Además del «integracionismo» y el «clasismo», una tercera forma común de negar la discriminación racista es a través de discursos de «victimización». Al analizar la discriminación racista en una empresa de transporte público, la socióloga Jocelyne Streiff-Fénart destaca la frecuencia de este discurso, que describe como una «atribución de la paranoia, como deslegitimación de la voz de las minorías».⁵⁷ Consiste en «descalificar las quejas de las minorías por discriminación basándose en su tendencia a “exagerar”,

⁵⁶ Alain Bihl, *Le crépuscule des États-nation: transnationalisation et crispations nationalistes*, Lausanne, Page deux, 2000, pp. 50-51.

⁵⁷ Jocelyne Streiff-Fénart, «L'attribution de paranoïa comme délégitimation de la parole des minoritaires: l'exemple d'une entreprise de transports publics», *Les Cahiers de L'URMIS*, núms. 10-11, diciembre de 2006, p. 159.

a “ver el racismo en todas partes”, a ser “hipersensibles” o, según la expresión más utilizada en la empresa aquí estudiada, “paranoicos”.⁵⁸ Su estudio pone de relieve la presencia en la empresa de dos versiones de este discurso ideológico sobre la victimización: «Esta percepción errónea puede atribuirse bien a un error de juicio (creerse erróneamente perseguido), bien a una muestra interesada de mala fe (“hacerse la víctima”)».⁵⁹ Por tanto, la discriminación racista no existe, y las quejas de las «víctimas» son o bien interpretaciones erróneas de la realidad, o bien estrategias para obtener una ventaja injustificada. En este caso, la psicologización y las acusaciones de intencionalidad se combinan para hacer invisible la discriminación racista y silenciar a quienes la sufren.

En otro lugar hemos intentado resumir la historia del concepto de «victimización» y su aparición en todos los momentos importantes de la lucha por la igualdad como medio para invalidar la voz de quienes la reclaman.⁶⁰ Las luchas anticoloniales, laborales, feministas y de los inmigrantes han dado lugar sistemáticamente a reacciones que enfatizan su carácter «victimista» para negar la legitimidad de las reivindicaciones que se defienden. El resurgimiento mediático y político contemporáneo del término «victimización» se desarrolla en paralelo y en respuesta al auge de las luchas sociales, y en particular de las de los herederos de la inmigración poscolonial a principios de la década de 2000. La periodista Mona Chollet resume así esta reaparición y su significado:

«Victimización»: inédito en Francia hace apenas unos años, este término, que designa una tendencia culpable a encerrarse en una identidad de víctima, se ha introducido en el lenguaje corriente, sin que se sepa bien de dónde procede. Se utiliza sobre todo para designar a las minorías que luchan por sus derechos —en particular los descendientes de esclavos o colonizados— o a las feministas, pero por extensión se aplica también a toda forma de queja, protesta o reivindicación.⁶¹

El discurso contemporáneo sobre la victimización adopta dos formas: la de la «mala fe estratégica» y la de la «psicologización». La primera sitúa la «victimización» dentro de una lógica de intencionalidad estratégica. En este caso, las teorías y los discursos de la victimización conllevan la idea subyacente de un abuso que hay que desenmascarar. Cabe recordar que una de las fuentes de este concepto está vinculada al contexto de la Primera

⁵⁸ *Ibidem*, p. 160.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ Saïd Bouamama, «La victimisation ou la grille de lecture du malade imaginaire» en *Les discriminations racistes: une arme de division massive, op. cit.*, p. 115-125.

⁶¹ Mona Chollet, «Arrière-pensées des discours sur la victimisation», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 2007.

Guerra Mundial. En aquella época, el «victimizado» se definía como un malhechor que utilizaba una lesión o una discapacidad para evitar el combate. Del mismo modo, hoy en día, quien denuncia una discriminación tiende, en esta lectura de la victimización, a ser percibido como un «fraude» o un simulador que esgrime una «idea falsa» para obtener un beneficio injustificado o evitar una desventaja justificada. En consecuencia, en esta lógica, la única postura adecuada es la de la verificación, la justificación, la duda, la sospecha y la exigencia de pruebas. La lucha contra la discriminación desaparece en favor de la lucha contra la victimización. El resultado es que se pone en duda la voz de las víctimas, lo que hace invisible la discriminación. En la segunda forma, la «victimización» es una percepción e interpretación erróneas de la realidad que se denuncia. El sujeto no es percibido como un defraudador estratégico, sino como alguien que se equivoca sincera y/o enfermizamente sobre la realidad. En nuestro análisis de 2010, distinguimos tres formas de expresar los discursos sobre la victimización que encontramos en nuestro trabajo sobre la discriminación racista. Además de aquel del «defraudador estratégico», encontramos otros dos discursos psicologizantes:

El segundo polo es el del comportamiento perverso pero de buena fe que conduce a una falsa interpretación de la realidad vivida para no tener que asumir las limitaciones de la realidad, la responsabilidad de los propios fracasos. La percepción de la realidad se considera sincera pero errónea. El tercer polo es la patología, que conduce a un comportamiento neurótico o paranoide. La idea errónea se ha convertido en una «idea fija» por razones patológicas.⁶²

Las consecuencias prácticas de estas lecturas psicologizantes son, una vez más, la negación de la discriminación racista. El objetivo es ayudar al sujeto a superar su obstinación. Como esta se basa en una «idea falsa», se trata de convencerle de su percepción errónea de la realidad.

No se trata de negar la existencia de procesos en los que la violencia es tal que el sujeto acaba integrando en su psique la posición de víctima y reproduciéndola perpetuamente, a falta de otro papel posible para él. Por supuesto que estas situaciones existen. Lo problemático del discurso contemporáneo sobre la victimización es que se presenta sistemáticamente cada vez que se denuncia una injusticia, con el fin de invalidarla; en otras palabras, adquiere el estatuto de rejilla explicativa general para todos los que presentan una queja y/o una reclamación. Como señala Mona Chollet, esta lógica saca del debate la injusticia inicialmente denunciada:

⁶² Saïd Bouamama, «La victimisation ou la grille de lecture du malade imaginaire», *op. cit.*, p. 123.

No se trata tanto de producir un análisis constructivo como de ocupar el campo, crear una distracción, imponer un tema para desbancar a los demás. Las más de las veces, este tipo de discurso no cuestiona la legitimidad de una causa —ya sea la de las mujeres, la de los inmigrantes víctimas del racismo, la de los homosexuales o la de los palestinos—, sino que se limita a señalar las observaciones de algunos de sus defensores y a expresar su indignación ante su atropello, que considera indecente y escandaloso. Sin embargo, poco a poco, esta indignación se impone: a partir de entonces, cuando se habla de una situación de dominación o de opresión, nunca es la dominación o la opresión en sí lo que es objeto de debate y constituye un objeto de preocupación unánime, sino los excesos verbales, reales o supuestos, de quienes luchan contra ella.⁶³

Sin embargo, incluso en el caso de estos «comentarios escandalosos» o en situaciones de «victimización patológica», es necesario cuestionar las causas. Incluso para estas personas, lo que se denomina «victimización» es un resultado y no una causa: el resultado de la discriminación o la acumulación de discriminaciones pasadas a lo largo de una trayectoria; el resultado de la discriminación observada en las experiencias de los miembros del grupo o grupos a los que pertenecen; la expresión de la pertenencia a un grupo discriminado sin haber experimentado ellos mismos una situación discriminatoria, etc. En otras palabras, la existencia de «victimización» no es una causa, sino un resultado de la discriminación. En otras palabras, la existencia de una discriminación racista sistémica es la base material de la aparición de casos de «victimización patológica» invocados para negar esta misma discriminación. El «integracionismo», el «clasismo» y los discursos sobre la victimización convergen así para hacer invisible, en el peor de los casos, o relativizar en otros, la reivindicación de igualdad de los herederos de la inmigración poscolonial.

Los efectos destructivos de la discriminación racista

Negar la discriminación racista sistémica tiene consecuencias de largo alcance. Es uno de los eslabones esenciales de la reproducción del orden dominante y de sus desigualdades. Sin pretender ser exhaustivos, se pueden señalar al menos tres conjuntos de consecuencias: la racistización o etnización ideológica, la segmentación de color del mundo laboral en el ámbito económico y la destrucción de la salud física y mental de las personas discriminadas.

⁶³ Mona Chollet, «Arrière-pensées des discours sur la victimisation», art. cit.

Etnización, racización, racialización y orden social racista

La negación de la discriminación racista presupone que las desigualdades innegables —debido a su inevitable denuncia por parte de quienes las padecen— se remitan a rejillas explicativas en términos de cultura, integración frustrada, diferencias culturales o religiosas, etc. Dichas rejillas requieren una comprensión de la naturaleza de las desigualdades en cuestión. Estos marcos interpretativos requieren que el grupo objetivo del discurso ideológico se presente como portador de características inmutables y/o cuasi hereditarias, que explicarían las desigualdades sociales que afectan a dicho grupo; de este modo, estas desigualdades se reconocen y se achacan a quienes las padecen. Esto presupone la otredad del otro, es decir, la banalización de la ideología racista. La discriminación racista produce así un orden social racista.

Ya en 1972, la socióloga y antropóloga Colette Guillaumin explicaba en su libro, *L'idéologie raciste*,⁶⁴ que no es la «raza» la que está en el origen del «racismo», sino que, por el contrario, el «racismo» produce la «raza». La «raza» es el resultado de un proceso de alteración de un grupo objetivo, asignándole una posición subalterna o inferior. La alteración y la inferiorización producen «raza». Los miembros del grupo objetivo son objeto de un proceso de «racización»,⁶⁵ explica. Las «razas» no son realidades naturales, sino producciones sociales y políticas históricamente situadas. Esto explica la naturaleza variable de los grupos racializados de una secuencia histórica a otra. Los inmigrantes de los países del sur de Europa, por ejemplo, estuvieron «racizados» durante mucho tiempo, antes de dejar de estarlo cuando sus países de origen se incorporaron a la Unión Europea. «El interés del neologismo racización reside precisamente en que nos permite hacer hincapié en esta producción social de la “raza” y en su dimensión dinámica. En efecto, la “raza” no es un requisito previo de las relaciones sociales, sino más bien su producto», resume el sociólogo Roland Pfefferkorn.⁶⁶

Frantz Fanon fue el primero en destacar estos cambios en el racismo en el contexto de la posguerra y la descolonización.⁶⁷ Una vez que la lucha antinazi y las luchas de liberación nacional hicieron visibles los horrores del racismo biológico, este ya no pudo utilizarse ideológicamente. Sin

⁶⁴ Colette Guillaumin, *L'idéologie raciste: genèse et langage actuel*, París, Gallimard, 1972.

⁶⁵ Del francés *racisation*. Como explica el autor más adelante, el uso de racización o racialización en el mundo intelectual antirracista francés remite a procesos distintos. En el mundo de habla castellana se utiliza únicamente racialización. [N. del T.]

⁶⁶ Roland Pfefferkorn, «Rapports de racisation, de classe, de sexe», *Migrations Société*, núm. 133, 2011/1, p. 193.

⁶⁷ Frantz Fanon, «Racisme et culture» en Frantz Fanon, *Pour la révolution africaine*, París, La Découverte, 2001, pp. 37-51.

embargo, el racismo no desapareció, antes bien dio lugar a lo que el filósofo Étienne Balibar ha denominado un «racismo sin raza», es decir, «un racismo cuyo tema dominante no es la herencia biológica, sino la irreducibilidad de las diferencias culturales».⁶⁸ Mientras el racismo se legitimó hegemónicamente sobre la base de la afirmación de la existencia de razas biológicas intrínsecamente desiguales, la utilidad heurística del concepto de racización fue marginal. Desde el momento en que el racismo adopta formas que transforman las diferencias reales o supuestas en «razas», se hace necesario dar cuenta de este proceso de racialización. Mientras que muchos autores y protagonistas del debate público utilizan indistintamente los términos «racización» y «racialización», el sociólogo Christian Poiret propone distinguirlos de la siguiente manera:

Utilizaré el término racialización para designar un proceso cognitivo de configuración del mundo y de definición de la situación, un proceso de construcción de la realidad social, es decir, la cara mental del racismo entendido como una relación social. [...] A modo de distinción, entonces, el término racización se refiere a las prácticas y actitudes orientadas y justificadas por la racialización —consciente o inconscientemente— y que tienen el efecto de actualizar la idea de raza produciendo individuos y grupos racializados. Es un proceso de producción social, la cara material de la relación social racista, constituida por la discriminación, la segregación, el acoso, la agresión, el exterminio, etc.⁶⁹

Aunque la «racización» presupone la racialización, esta última no significa sistemáticamente «racización». El concepto de «racización», al igual que otros (neoracismo, racismo diferencialista, etc.), refleja la necesidad de encontrar términos que puedan dar cuenta de los cambios contemporáneos en el racismo. La «racialización» reenvía a la percepción y lectura de la realidad, y la «racización» se refiere a las prácticas materiales. Abundando en las cuestiones que plantea esta distinción, el autor subraya: «El interés de esta distinción reside en el hecho de que la relación entre racialización y racización no es mecánica [...] porque, aunque a escala macrosocial la racialización se traduzca en racización, a escala interindividual no existe un vínculo automático entre prejuicios y prácticas».⁷⁰

⁶⁸ Étienne Balibar, «Y a-t-il un néoracisme ?» en Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*, París, La Découverte, 2018, p. 60 [ed. cast.: *Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas*, Dirección Única, 2018].

⁶⁹ Christian Poiret, «Les processus d'ethnisation et de raci(al)isation dans la France contemporaine: Africains, Ultramarins et "Noirs"», *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 27, núm. 1, 2011, p. 113.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 113.

El concepto de «racización» también pretende dar cuenta de la banalización y la radicalización contemporánea del racismo en la sociedad francesa. Así lo confirman los temas y las polémicas de los debates políticos y mediáticos de las últimas décadas. Estos subrayan el paso de una «etnización» dominante de la percepción y el tratamiento de los inmigrantes y sus herederos franceses a una «racización» dominante. En ambos casos se trata de alteridad y esencialización. Sin embargo, la racialización lleva el proceso mucho más lejos, asignando al otro una alteridad radical, permanente y ahistórica. Aclarando las diferencias entre etnicismo y racismo, los sociólogos Véronique de Rudder, Christian Poirer y François Vourc'h los sitúan dentro de un continuo de alteridad:

El etnismo y el etnicismo solo existen cuando la cultura del *alter* sigue presentándose como un rasgo contingente, susceptible de modificación, incluso frente al desprecio, la denigración y el ostracismo. [...] El racismo se produce no solo cuando se hace referencia a la naturaleza biológica del *alter*, sino cuando los rasgos culturales que se le atribuyen se esencializan o sustantivizan de tal manera que forman «una segunda naturaleza» y su transmisión intergeneracional se concibe más como una herencia que como un acervo cuya adquisición está subordinada a la socialización.⁷¹

La racización absolutiza así la lógica de alterización ya presente en la etnización. Se trata de una gradación dentro de un continuo. En un extremo del continuo se encuentra el origen definido de forma «cultural», la etnización, y en el otro extremo el origen definido de forma naturalizadora, la «racización». Entre ambos polos existen multitud de variantes que articulan los dos marcos de referencia de distintas maneras. Mientras los dos polos extremos de la alteridad siguen desplegándose, desde hace más de una década existe una clara tendencia hacia el auge del polo de la racialización. Según el sociólogo Christian Poirer, el retorno del registro «raza» y su vocabulario indican un cambio significativo: «El paso de la etnización a la racización no puede descartarse como una simple cuestión semántica. Plantea la hipótesis de una evolución de las relaciones interétnicas en Francia, en el sentido de una tendencia general a asignar a las poblaciones categorizadas como “negras” una situación social permanentemente inferior y marginal».⁷²

En otras palabras, la racización refleja el arraigo de la discriminación racista en la sociedad francesa y la tendencia creciente a extender sus efectos

⁷¹ Véronique de Rudder, Christian Poirer, François Vourc'h, *L'inégalité raciste: l'universalité républicaine à l'épreuve*, París, PUF, 2000, p. 34.

⁷² Christian Poirer, «Les processus d'ethnisation et de raci(al)isation dans la France contemporaine: Africains, Ultramarins et “Noirs”», art. cit. p. 111.

a los herederos de la inmigración poscolonial y no solo a sus antepasados inmigrantes. La discriminación racista forma ahora parte del sistema, produciendo una sociedad racista.

Por este motivo, utilizamos la expresión «discriminación racista» en lugar de todos los demás términos utilizados en relación con esta cuestión: discriminación étnica, racial, etnoracial, discriminación basada en el origen real o supuesto, etc. Es porque la discriminación en cuestión produce y reproduce una sociedad racista por lo que nos referimos a ella como tal, del mismo modo que la discriminación que produce una sociedad sexista se denomina «discriminación sexista». Al hacer esta elección conceptual, seguimos las posiciones de los sociólogos Véronique de Rudder y François Vourc'h, que hacen hincapié en los efectos de esta discriminación racista, es decir, en la producción de un «orden social racista»:

Si la llamamos «discriminación racista» en lugar de «racial», es porque el universo de la «raza» es enteramente dominio del racismo, que inventó la idea misma de esta, idea que no presupone necesariamente el recurso al término «raza». Por lo tanto, utilizaremos comillas, a falta de una palabra mejor, para mostrar un mínimo de reserva con respecto a su uso sustantivo. La categoría «raza» no es solo ideológica, sino que funciona como una profecía autorrealizadora que estructura poderosamente el mundo social, político y económico. No es necesario profesar una ideología racista para discriminar. Nadie, sin duda, se atrevería a negar que lo que ahora se conoce como discriminación «de género» (en lugar de «sexual») es parte directa de un orden social sexista. Digámoslo sin rodeos: nos cuesta entender la modestia que nos impide llamar «racista» a lo que es la esencia del racismo, es decir, no a los prejuicios, representaciones y actitudes, sino a las desigualdades «de grupo» basadas en la privación de universalidad que se organiza concretamente —desde el nivel macrosocial hasta el microsocia— mediante un trato diferencial informado por la idea de raza.⁷³

La negación, relativización o eufemización de la discriminación racista contribuye, consciente o inconscientemente, a la consolidación de este «orden social racista». Por supuesto, una serie de actores participan en estas negaciones o relativizaciones con motivaciones e intenciones que son la antítesis del racismo: miedo a la división de las clases trabajadoras, miedo a la instrumentalización neoliberal del tema de la «diversidad» como forma de ocultar la cuestión de las clases sociales, sentimiento de impotencia ante la dimensión sistémica de la discriminación racista, etc. Sean cuales sean las razones, estas negaciones y relativizaciones forman parte de las condiciones ideológicas de producción y reproducción de este «orden social racista».

⁷³ Véronique de Rudder y François Vourc'h, «Assignation et discrimination racistes: enquêtes dans le monde du travail en France», *Diversité urbaine*, vol. 8, núm. 1, primavera 2008, p. 9.

Daños invisibles para la salud física y mental

Los efectos de la discriminación racista sistémica no son, por supuesto, uniformes. Dependen de otra serie de factores insertos en la trayectoria de la persona discriminada y en los recursos de los grupos familiares y sociales a los que pertenece. Las personas no son víctimas pasivas de la violencia. En función de sus recursos y puntos de apoyo, reaccionan, bien «aceptando» y adaptándose a la situación, convirtiendo así la limitación en una «elección», bien desarrollando estrategias de «contra-manipulación» y de lucha contra la discriminación. El silencio sobre la discriminación sistémica favorece la primera opción, mientras que la existencia de una voz pública que la denuncie favorece la segunda. Aunque la investigación sobre los efectos de la discriminación sigue estando relativamente poco desarrollada en Francia, ya cuenta con una larga trayectoria en muchos otros países. Todo apunta al gran impacto en la salud física y mental de las personas discriminadas. Numerosos estudios han analizado las consecuencias de la discriminación sobre el bienestar de las personas, en particular de aquellas identificadas como principales víctimas de los comportamientos discriminatorios. «Los efectos nocivos de la discriminación sobre la salud mental y el rendimiento intelectual de los grupos estigmatizados han sido ampliamente demostrados»,⁷⁴ resume un equipo de investigación belga en psicología. «La discriminación por motivos de origen y el racismo tienen efectos innegables sobre los individuos y sobre su salud mental y física»,⁷⁵ confirma otro estudio francés, esta vez sociológico, basado en una muestra extraída de la encuesta *Trajectoires et origines*.

Ya en 2000 advertimos de la magnitud de los daños en este ámbito. En una encuesta realizada en Roubaix, hacíamos hincapié en los efectos de la interiorización de la responsabilidad por las dificultades encontradas y/o los «fracasos» como consecuencia del silencio colectivo casi generalizado sobre la discriminación racista. Dicha interiorización conduce, en diversos grados según los recursos disponibles, a un proceso de degradación de la autoimagen y la autoestima que puede desembocar en somatización, fragilidad psicológica, aislamiento, retraimiento social y, en casos extremos, «muerte social». El aislamiento ante la discriminación, unido al silencio colectivo sobre la discriminación racista sistémica, multiplica por diez sus efectos destructivos:

⁷⁴ David Bourguignon *et al.*, «Quand le statut de groupe modère les types de discrimination et leurs effets», *L'Année psychologique*, 2013/4, p. 575.

⁷⁵ Marguerite Cognet, Christelle Hamel y Muriel Moisy, «Santé des migrants en France: l'effet des discriminations liées à l'origine et au sexe», *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 28, núm. 2, 2012, p. 23.

El encuentro con la discriminación no es un acontecimiento «banal» para ningún individuo. Siempre plantea interrogantes sobre nuestra relación con nosotros mismos y la imagen que tenemos de nosotros mismos. A veces pone en tela de juicio la relación con el grupo mayoritario heredada de la historia y la trayectoria del individuo. También puede poner en tela de juicio el equilibrio de la identidad o las opciones previas que de repente se han vuelto inoperantes. En tanto violencia —que siempre lo es porque conduce a un sentimiento de negación— conlleva una fuerza destructiva que demasiado a menudo se subestima. [...] El análisis que desarrollaremos en este capítulo pone de relieve un campo de acción que con demasiada frecuencia se subestima: el aislamiento frente a un acto de discriminación. [...] El sentimiento de ilegitimidad se añade a la negación que transmite el acto discriminatorio. Abdelmalek Sayad ya habló de «hijos ilegítimos» [...], así que parafraseándole podríamos hablar de discurso ilegítimo sobre la discriminación sufrida.⁷⁶

Las reacciones ante la violencia de la discriminación racista dependen, entre otras cosas, del grado de aislamiento frente a este trato desigual. Según el grado de aislamiento, las consecuencias varían de la ira a la resignación, pasando por la provocación: «Según el tema, el tono es de emoción que sigue transmitiendo sufrimiento, de cólera que sigue viva, de resignación escéptica por haber renunciado a toda esperanza de transformación, de reivindicación indignada, de provocación que reivindica el estigma, o de ruptura más o menos total con las normas sociales».⁷⁷

Los daños invisibles causados por la discriminación racista no se limitan, ni mucho menos, a los niños de origen inmigrante que sufren fracaso escolar. De hecho, a menudo ocurre lo contrario. Cuanto más creemos en el elitismo republicano y en sus promesas, más nos desilusiona la discriminación racista. La constatación de que las cualificaciones no protegen contra la discriminación racista enfrenta brutalmente al sujeto con la existencia de un sistema de asignación de posiciones sociales en función del color. Un reciente estudio de la Fundación Jean Jaurès sobre la discriminación «contra los musulmanes en Francia» subraya precisamente este punto:

Los adultos de entre 25 y 44 años (44 %), los más instruidos (48 % de los que tienen 5 o más años de estudios superiores) y los directivos y profesionales (63 %) son los más propensos a decir que han sido objeto de comentarios o actos racistas. También significa que las categorías que deberían estar más integradas (jóvenes adultos, licenciados, profesionales de alto nivel) son precisamente las más vulnerables al racismo,

⁷⁶ Ahmed Benyachi y Saïd Bouamama, *Les discriminations dans l'emploi: l'exemple roubaisien*, Roubaix, Voix de nanas, 2000, p. 40.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 40.

que socava su integración social y la promesa republicana de éxito escolar y laboral. [...] También en este caso parece fracasar la retórica simplista de la «integración» que se ha esgrimido con regularidad desde los años ochenta.⁷⁸

Para estos jóvenes que van bien en la escuela, la discriminación es tanto más insoportable y el daño tanto mayor cuanto que tienen la sensación de haber «jugado el juego». El sociólogo François Dubet señala que el sentimiento de discriminación aumenta con el nivel de cualificación, y propone la siguiente hipótesis: «Cuanto más creen los individuos haber adquirido todos los signos de su valía y de su mérito, más insoportables les resultan las discriminaciones que han sufrido».⁷⁹

La invisibilidad de las consecuencias destructivas de la discriminación racista se ve reforzada por la dificultad de reconocerse como víctima de discriminación. Contrariamente al discurso predominante sobre la victimización, la reacción más frecuente es negar o «distanciarse» de la discriminación. El «distanciamiento» adopta a menudo la forma de relativización, cuya función resume François Dubet de la siguiente manera: «Los individuos resaltan este aspecto aleatorio porque no quieren ser “paranoicos”, no ver e interpretar todo en términos de discriminación, aunque solo sea para seguir viviendo una vida “normal”».⁸⁰

Esta postura revela el alcance de la violencia que constituye la discriminación y es una primera forma de protegerse de ella. El mecanismo de negación total o parcial —relativizando la importancia de la violencia sufrida— para protegerse ya se ha explorado ampliamente para otras formas de violencia como la violación o el abuso sexual. También se está aplicando a la discriminación. «También parecen difíciles de afrontar [los tratos discriminatorios] para las personas expuestas, que intentan protegerse manteniendo la discriminación al margen de sus vidas, a pesar de unas trayectorias vitales marcadas por recurrentes sorteos de obstáculos», resume la socióloga Elsa Steichen en su tesis sobre «la integración profesional de los descendientes de inmigrantes norteafricanos a través del prisma de la discriminación etnoracial y de género».⁸¹

⁷⁸ Ismaël Fehrat y François Kraus, *État des lieux des discriminations et des agressions racistes envers les musulmans de France*, París, Fondation Jean Jaurès, 2019, pp. 9-10.

⁷⁹ François Dubet, «Ce que les discriminations font aux individus et aux sociétés», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 47/2, 2017, p. 67.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 69.

⁸¹ Elsa Steichen, *L'insertion professionnelle des descendants d'immigrés maghrébins au prisme des discriminations ethnoraciales et de genre*, tesis de doctorado en ciencias sociales, París, EHESS, 2013, resumen de tesis.

Los daños invisibles y tácitos causados por la discriminación racista no se limitan a quienes la sufren. Tiende a extenderse al grupo familiar en forma de «racismo por poderes», por utilizar la expresión propuesta por la pediatra estadounidense Nia J. Heard Garris, a la hora de describir «el impacto de la discriminación sufrida por los padres en la salud de sus hijos». Basándose en una revisión de 1.300 estudios sobre racismo y salud, esta investigadora y su equipo concluyen que hay efectos inmediatos en la salud de los niños, como el riesgo de drogadicción u obesidad. Tal y como resume el informe de la investigación:

El racismo es un factor de estrés omnipresente. Aunque la mayoría de las investigaciones se centran en los objetivos directos, el racismo también puede tener víctimas involuntarias. Dado que la vida de los niños está inevitablemente ligada a las experiencias de los demás, y dado que se encuentran en fases críticas de su desarrollo, son especialmente vulnerables a tales factores de estrés.⁸²

En términos más generales, el proceso de conformación de la subjetividad de los niños se ve afectado por la discriminación que sufren otros miembros del grupo familiar, especialmente los padres. Esta discriminación tiene «efectos de concienciación sobre los individuos racizables (es decir, estigmatizables)»,⁸³ lo que convierte la discriminación racista en un «asunto de familia», como explican las sociólogas Mireille Eberhard y Aude Rabaud. Incluso antes de que ellos mismos se enfrenten a la diferencia de trato desigual, estos niños saben, de forma más o menos explícita dependiendo de la situación familiar, que existe y saben que son potencialmente discriminables debido a la línea de color por la que tienen que caminar sus padres.

Además, como ya hemos subrayado en relación con los inmigrantes, el impacto de la discriminación racista no es una realidad ahistórica. Lo que se percibía como «normal», «soportable» o incluso «legítimo» cuando las personas llegaron a Francia deja de serlo gradualmente cuanto más tiempo permanecen en el país. Este cambio en la relación subjetiva con la discriminación racista conlleva un aumento de sus efectos destructivos. Para los descendientes de inmigrantes, el carácter «intolerable» de la discriminación es inmediato. Cómo explica François Dubet:

La discriminación se vuelve más intolerable cuando los individuos han nacido en Francia, se han educado en Francia y están académicamente cualificados. Aunque las segundas o terceras generaciones de

⁸² Nia Heard-Garris et al., «Transmitting trauma: A systematic review of vicarious racism and child health», *Social Science & Medicine*, vol. 199, febrero de 2018, p. 230.

⁸³ Mireille Eberhard y Aude Rabaud, «Racisme et discrimination: une affaire de famille», *Migrations Société*, núms. 147-148, 2013/3-4, p. 83.

inmigrantes pueden ser objetivamente menos discriminadas que las generaciones más antiguas, consideran que la discriminación es menos tolerable porque pone en tela de juicio su igualdad fundamental y su igualdad ante la ley.⁸⁴

Por último, el impacto destructivo de la discriminación racista es aún mayor para los herederos de la inmigración poscolonial, ya que para ellos supone una negación de su identidad como ciudadanos franceses, una deslegitimación de su pertenencia nacional. Esta negación de su «ser», expresada con fuerza en la canción *Douce France* del grupo Carte de séjour, se vive como una humillación. La psicóloga Claudine Haroche define así este sentimiento de humillación, demasiado a menudo subestimado: «La humillación es una forma intensa, incluso radical, de sufrimiento psicológico: devalúa, desprecia y cuestiona el derecho del individuo a ser, a vivir, sin justificación. Tiende a borrar la calidad misma del sujeto como ser humano».⁸⁵

Por supuesto, lo que se niega con la discriminación racista no es la humanidad del individuo, sino su ciudadanía. Puede que la humillación no sea total, pero está ahí, como expresa el eslogan utilizado en las manifestaciones públicas de personas de ascendencia inmigrante en la década de 1980: «*Citoyens à part entière et non entièrement à part*» [Ciudadanos a parte entera y no enteramente aparte]. Esta frase, tomada de Aimé Césaire —quien hizo la siguiente observación sobre las Antillas «francesas»: «Los antillanos no saben si son franceses a parte entera pero sí saben que son franceses enteramente aparte»⁸⁶— es indicativa del sentimiento de negación que sienten los descendientes de inmigrantes como consecuencia de la discriminación racista sistémica.

La adaptación forzada y la tendencia a la segmentación por colores del mercado laboral

Los sistemas de dominación no son el resultado de un plan preestablecido por la clase dominante. Se construyen históricamente mediante la interacción de intereses contradictorios en forma de adaptaciones sucesivas que acaban formando un sistema. Cada reacción de los dominados para restringir o cuestionar su explotación da lugar a una contraestrategia de los dominantes para mantenerla o reforzarla. El sistema de dominación es,

⁸⁴ François Dubet, «Ce que les discriminations font aux individus et aux sociétés», art. cit, p. 67.

⁸⁵ Claudine Haroche, «Le caractère menaçant de l'humiliation», *Journal des psychologues*, núm. 249, 2007/6, p. 39.

⁸⁶ Intervención de Aimé Césaire en el juicio de los diecinueve independentistas guadalupéños acusados de atentar contra la integridad territorial, febrero de 1968, en «Les procès des Guadeloupéens», *Journal de l'année*, París, Larousse, 1995, p. 65.

pues, un resultado histórico que se alcanza cuando todos los segmentos de la vida social convergen lo suficiente como para garantizar la reproducción duradera del sistema.

En un epígrafe anterior, hemos subrayado, con François Vourc'h y Véronique de Rudder, que la «matriz histórica» del sistema de dominación que es la «línea de color» se encuentra en el uso masivo de mano de obra colonial durante el periodo de reconstrucción de posguerra y después durante los Treinta Gloriosos. En estos periodos se introdujo una gestión segmentada de la mano de obra y una jerarquización de la misma basada en el criterio del origen. Las desventajas estructurales de los trabajadores «coloniales» y luego «inmigrantes» pasaron a formar parte del sistema y se transmitieron a sus descendientes franceses. Enfrentados a un «campo de posibilidades» más reducido que el de sus conciudadanos que no procedían de la inmigración poscolonial, estos últimos se vieron obligados —y siguen viéndose obligados— por «realismo» a reducir sus pretensiones y «aceptar» los puestos que se les asignaban. El fracaso de las grandes organizaciones del mundo laboral a la hora de tomar medidas contra la discriminación racista ha contribuido a esta «aceptación», al igual que la negación o relativización de la misma discriminación en la actualidad. Así pues, la discriminación racista sistémica da lugar a adaptaciones para sobrevivir.

El efecto más significativo de la discriminación racista sistémica es la disminución de la ambición o la limitación de las aspiraciones en la búsqueda de empleo. Ante la discriminación racista o anticipándose a ella, los descendientes de la inmigración poscolonial tienden a renunciar a determinados empleos, a rebajar sus aspiraciones en relación con sus niveles de cualificación y a reducir sus ambiciones. La magnitud de la discriminación racista conduce así a la autocensura. «Algunas [de las víctimas de discriminación], que suelen ser diplomados, optan, por anticipado, por rebajar sus cualificaciones en su búsqueda de empleo, y anulan los beneficios de los esfuerzos realizados para adquirir un diploma»,⁸⁷ como señala un informe de 2005. «Los jóvenes de origen inmigrante procedentes del Magreb son los que presentan el mayor desfase entre el nivel de sus cualificaciones y las cualificaciones de los empleos que desempeñan»,⁸⁸ confirmaba France Stratégie, una institución prospectiva dependiente del Primer Ministro, en 2015. De manera más general, tanto la desvalorización objetiva (la relación entre el empleo desempeñado y el nivel de cualificación) como el sentimiento de desvalorización son mayores para estos herederos de la inmigración poscolonial con estudios secundarios:

⁸⁷ Roger Fauroux, *La lutte contre les discriminations ethniques dans le domaine de l'emploi*, París, La Documentation française, 2005, p. 8.

⁸⁸ Pierre-Yves Cusset *et col.*, «Jeunes issus de l'immigration: quels obstacles à leur insertion économique?», *La note d'analyse*, marzo de 2015, France-Stratégie, p. 2.

Los hombres jóvenes que han terminado la enseñanza secundaria y son descendientes de inmigrantes están más expuestos al descenso de categoría que los demás jóvenes, al tiempo que acceden menos a menudo en su primer empleo a un trabajo cualificado. Incluso después de neutralizar los efectos de la estructura (sobre todo las credenciales educativas), los jóvenes descendientes de inmigrantes del Magreb tienen más probabilidades de ocupar un empleo poco cualificado; también tienen un sentimiento muy fuerte de desclasamiento subjetivo, es decir, de infrautilización de sus competencias.⁸⁹

La función pública estatal ocupa un lugar especial en los segmentos de «renuncia» del mercado laboral. El informe de France Stratégie antes citado señala que «ser descendiente de inmigrantes africanos no magrebíes reduce en más de una cuarta parte (29 %) la posibilidad de ser contratado en la función pública del Estado en lugar de en el sector privado».⁹⁰ La tasa es del 17 % para los descendientes de magrebíes. Este resultado puede explicarse tanto por la discriminación en el momento de las pruebas de selección como por un menor número de candidaturas a las oposiciones. El aspecto discriminatorio de las pruebas de selección está empezando a documentarse. Una encuesta de 2009 destaca la existencia de discriminación indirecta en la prueba de conocimientos generales y los significados implícitos que contiene.⁹¹ Otra encuesta de 2016 subraya el carácter discriminatorio de la prueba oral: «También encontramos numerosos sesgos evaluativos por parte de los tribunales de oposiciones en la oral, donde se revelan las características individuales de los candidatos, aumentando o reduciendo sus posibilidades de éxito en la admisión, en relación con la elegibilidad».⁹²

En cuanto a la realización de las oposiciones, los resultados son igualmente reveladores: los jóvenes de origen inmigrante se presentan menos a las oposiciones (una diferencia media de tres puntos para las tres administraciones públicas).⁹³ Esta media pone de manifiesto una tasa de participación considerablemente inferior en la función pública del Estado,

⁸⁹ *Ibidem*, p. 10.

⁹⁰ *Ibidem*.

⁹¹ Mireille Eberhard, Dominique Meurs y Patrick Simon, *Accès et carrières des générations issues de l'immigration dans la fonction publique: une étude exploratoire des concours 2008 aux instituts régionaux d'administration (IRA), rapport annuel sur l'état de la fonction publique, vol. 1, Faits et chiffres 2008-2009*, París, La Documentation française, 2009.

⁹² Nathalie Greenan et al., *Inégalités et discriminations dans l'accès à la fonction publique d'État: une évaluation par l'analyse des fichiers administratifs de concours*, rapport de recherche, TEPP, núm. 2016/06, p. 110.

⁹³ Claire Hagège y Margot Thuilliez, *Qui sont les jeunes qui participent aux concours de la fonction publique et quelles sont leurs motivations? Rapport annuel sur l'état de la fonction publique*, 2018, p. 229.

que se caracteriza por un mayor número de categorías A y de empleos altamente cualificados. Así pues, en la función pública estatal se combinan la discriminación en la contratación, la desigualdad en el acceso a la información y la reticencia a presentarse a las oposiciones. La situación es muy diferente en las demás administraciones públicas, donde los herederos de la inmigración poscolonial están representados de forma más sistemática. Esto se explica por la heterogeneidad de las tres administraciones públicas: la Administración Pública del Estado (FPE), la Administración Pública Hospitalaria (FPH) y la Administración Pública Regional (FPT):

La Administración Pública del Estado se caracteriza por un alto nivel de cualificación de sus funcionarios (el 48 % son titulados superiores, frente al 12 % de los funcionarios de la Administración Pública Regional y de la Administración Pública Hospitalaria) y por la preponderancia de los funcionarios de categoría A [...]. Las mujeres están sobrerrepresentadas en la FPH (78 % frente al 62 % en el sector de las entidades locales y el 55 % en el Estado en 2010). Por último, la FPT emplea una mayor proporción de personal no cualificado (el 28 % frente al 14 % en el sector hospitalario, el 9 % en el Estado y el 25 % entre los empleados del sector privado) o de categoría C (el 76 % frente al 49 % en el sector hospitalario y el 21 % en la función pública estatal).⁹⁴

La mayor presencia de herederos de la inmigración poscolonial en la función pública se debe principalmente a la función pública hospitalaria. Mientras que los descendientes de inmigrantes poscoloniales están infrarrepresentados en la función pública estatal, están sobrerrepresentados en la función pública hospitalaria: «Ser descendiente de inmigrantes africanos de fuera del Magreb reduce en una cuarta parte la posibilidad de ser contratado en la función pública estatal y aumenta en un 50 % la posibilidad de ser contratado en la función pública hospitalaria»,⁹⁵ resume el informe de France Stratégie antes citado.

Esta posición particular se explica por la naturaleza de los empleos en la FPH: «Los descendientes de inmigrantes están sobrerrepresentados entre los empleados y los trabajadores manuales (58 % frente al 48 % de los no descendientes de inmigrantes). [...] Los descendientes de inmigrantes africanos empleados en la FPH se clasifican principalmente en ocupaciones intermedias de las ciencias de la vida y de la salud y en servicios directos a las personas y servicios de protección y seguridad».⁹⁶

⁹⁴ Eva Baradji, Salah Idmachiche y Amandine Schreiber, *Les descendants d'immigrés dans la fonction publique*, Insee, 2012, p. 78.

⁹⁵ Pierre-Yves Cusset *et al.*, «Jeunes issus de l'immigration: quels obstacles à leur insertion économique?», art. cit, p. 10.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 82 y p. 88.

La tendencia a la especialización por colores de los sectores económicos refleja pues una tendencia a la especialización por colores de los empleos dentro de cada sector. Cuando se tiene en cuenta el estatus, aparece el mismo panorama desigual: los descendientes de inmigrantes poscoloniales tienen menos probabilidades de tener un puesto fijo y más probabilidades de tener contratos subvencionados y contratos de duración determinada.⁹⁷

Entre los descendientes de inmigrantes, los de las últimas colonias francesas y sus descendientes ocupan un lugar especial. Su número está relacionado con la política aplicada en estas colonias, eufemísticamente rebautizadas como departamentos franceses de ultramar, para contrarrestar la movilización de los jóvenes en favor de la independencia. A principios de los años sesenta, se creó el Bureau pour le Développement des Migrations dans les Départements d'Outre-mer (Bumidom) [Oficina para el Desarrollo de las Migraciones en los Departamentos de Ultramar], que organizó la expatriación de 160.000 personas de Reunión, Martinica y Guadalupe. Se creó un verdadero movimiento juvenil para calmar el malestar social provocado por las consecuencias de la falta de desarrollo económico propio asociado al estatus colonial. De este modo, se proporcionó mano de obra barata para empleos de la función pública poco cualificados y mal pagados.

Estos pocos puntos sobre el lugar de los descendientes de inmigrantes en la función pública ponen de relieve el hecho de que uno de los principales efectos de la discriminación racista sistémica es el desarrollo de comportamientos anticipatorios que conducen a prácticas de autoselección: «La discriminación alimenta la autoselección de los candidatos, que determinan su elección de itinerarios de formación y contratación en función de sus posibilidades objetivas de éxito».⁹⁸ Estamos efectivamente en presencia de un sistema, es decir, de un conjunto de elementos que interactúan para reproducir y reforzar la lógica desigual a lo largo de una línea de color.

La misma lógica puede observarse, por supuesto, fuera de la función pública. Por poner solo un ejemplo, veamos los empleos «externalizados», caracterizados por una extrema precariedad, salarios especialmente bajos y largas jornadas laborales. «Treintañeros blancos diplomados de escuelas de comercio dirigen a jóvenes de los suburbios y de origen inmigrante, sin que

⁹⁷ Dominique Meurs, Ariane Pailhé y Patrick Simon, «Mobilité intergénérationnelle et persistance des inégalités. L'accès à l'emploi des immigrés et de leurs descendants en France», *Documents de travail de l'INED*, núm. 130, 2005, p. 17.

⁹⁸ Yannick L'Horty, *Les discriminations dans l'accès à l'emploi public*, Informe al primer ministro, junio de 2016, p. 10

ambos grupos se mezclen»,⁹⁹ resume el periodista Gurvan Kristanadjaja. No hay un gusto, un atractivo o una habilidad específicos que orienten a los descendientes de inmigrantes hacia estos empleos, sino elecciones por defecto debidas a la amplitud de las discriminaciones racistas sistémicas y a su efecto de restricción del campo de posibilidades. Lo mismo puede decirse de los trabajos de cuidado de personas, seguridad y cuidado de niños.

Por supuesto, recientemente se han producido algunos avances notables. Es el caso, por ejemplo, de la apertura de la enseñanza y el trabajo social a los descendientes de inmigrantes. Por lo que se refiere a la enseñanza, una encuesta realizada entre mil veintidós futuros profesores en formación en el IUFM de Créteil en el curso 2002-2003 puso de manifiesto que el 17 % tenía al menos un progenitor inmigrante: el 19 % en primaria y el 15 % en secundaria.¹⁰⁰ No podemos sino felicitarnos por esta reciente contratación, favorecida por un contexto de alto número de jubilaciones, que supone una movilidad social ascendente con respecto de la profesión de los padres. Sin embargo, hay otros factores que también contribuyen a explicar estas cifras. Si bien las trayectorias profesionales pueden explicar el paso a la enseñanza, hay que situarlas en su contexto social global. Tampoco en este caso hay rastro de una «vocación específica» por la enseñanza entre los descendientes de inmigrantes, sino más bien un efecto de la restricción del campo de posibilidades vinculada a la línea de color:

Para algunos, es como si, de hecho o por obligación, adaptaran sus aspiraciones a su condición social y a su contexto. Podemos suponer que para algunos de ellos existe un mecanismo de desclasamiento aceptado: quienes no pueden lo más, pueden lo menos. Así pues, algunos viven estos empleos como la consecuencia del cierre de instituciones más legítimas, a las que no pueden acceder por razones interiorizadas como objetivas: planes de estudios a menudo caóticos, escaso capital, necesidad de incorporarse más rápidamente al mercado laboral por presión familiar; o vividas subjetivamente: arresto domiciliario estigmatizante, discriminación en la contratación en sectores distintos de la función pública, en particular en el sector privado.¹⁰¹

Tampoco es baladí señalar que esta apertura se inscribe en una secuencia histórica caracterizada por la pérdida de atractivo de la profesión docente

⁹⁹ Gurvan Kristanadjaja, «Uber, Deliveroo...: sous l'emballage, le clivage social», *Libération*, 27 de noviembre de 2019.

¹⁰⁰ Frédéric Charles, «L'enseignement: une chance de mobilité sociale pour les jeunes issus des immigrations?», *Formation et emploi*, núm. 94, abril-junio de 2006, p. 60.

¹⁰¹ Aïssa Kadri y Fabienne Rio, «Les hussards multicolores de la République: enseignants issus des immigrations», *Hommes et migrations*, núm. 1266, marzo-abril de 2007, pp. 35-36.

debido a las condiciones de trabajo, los niveles salariales y la imagen social de la profesión.

En el sector del trabajo social se está produciendo un proceso similar. En su tesis, el sociólogo Emmanuel Jovelin explica la entrada de descendientes de inmigrantes en estas profesiones debido a dos factores. El primer factor es un enfoque culturalista, que favorece la contratación en función de la especialización étnica. Considerados como mejor conocedores de una parte del público de estas profesiones debido a sus orígenes, los descendientes de inmigrantes son, conscientemente o no, «privilegiados» a la hora de garantizar mejor la paz social. El segundo factor es, una vez más, la existencia de discriminaciones sistémicas en otros sectores, que conducen a un ajuste de los proyectos profesionales y a una desvalorización en términos de cualificación. Emmanuel Jovelin resume así los resultados de su investigación: «Trabajadores sociales por defecto».¹⁰²

La misma lógica de «elección por defecto» se impone lógicamente en otros ámbitos de la vida social (vivienda, ocio, etc.). También se ve reforzada por la lógica neoliberal de competencia creciente por bienes escasos (empleo, formación, vivienda, etc.). Por último, también se ve acentuada por los distintos agentes que intervienen en la toma de decisiones en materia de orientación e integración. Anticipándose a la discriminación que pueden sufrir sus miembros, estos agentes los «protegen» orientándolos hacia cursos de formación, empleos, sectores económicos, etc., que se considera que les ofrecen más posibilidades de éxito.

Así pues, la discriminación racista sistémica actúa tanto directamente —a través de la propia discriminación— como indirectamente —a través de la adaptación restrictiva de los sujetos y agentes implicados en la orientación—, alimentando de este modo una colorida segmentación de las distintas esferas de la vida social.

¹⁰² Emmanuel Jovelin, «Des travailleurs sociaux par défaut», *Hommes et migrations*, núm. 1266, marzo-abril de 2007, pp. 20-33.

VI UNIDAD Y DIVERSIDAD DEL RACISMO

El racismo es la valorización generalizada y definitiva de diferencias reales o imaginarias, en beneficio del acusador y en detrimento de su víctima, para legitimar una agresión o un privilegio.

Albert Memmi¹

Ya hemos destacado la emergencia contemporánea de lo que el filósofo Étienne Balibar denomina «racismo sin raza». Esta cara contemporánea del racismo es ahora la dominante. Pero no siempre ha sido así. Otros rostros podrán surgir y suplantarlos en el futuro. Como ideología que justifica la desigualdad, el racismo se adapta y cambia de rostro para hacerlo. La función común a todas las formas de racismo, a saber, la justificación del trato desigual, produce rasgos comunes o invariantes entre todas las caras históricas del racismo. También explica la existencia de una «prehistoria» del racismo, es decir, analogías con discursos y actos que precedieron a la creación del racismo como sistema formalizado en el momento de la aparición del capitalismo y su tendencia consustancial a la globalización. El cambio en el equilibrio de poder vinculado a las luchas de los dominados da lugar, por su parte, a mutaciones de forma que se traducen en una apariencia renovada de la misma lógica de jerarquización de la humanidad. La negación o subestimación tanto de la invariancia como de la mutación son dos reduccionismos que frenan la lucha por la igualdad. La subestimación de la invariancia conduce a menudo a subestimar las dimensiones sistémicas del racismo. A la inversa, la subestimación de la mutación conduce con frecuencia a una denuncia abstracta y general del racismo que es incapaz de tener en cuenta el racismo contemporáneo en acción. El racismo es inseparable del capitalismo. Es tan invariable como el capitalismo, pero se halla igualmente en estado de continua mutación.

Prehistoria e historia del racismo

El filósofo griego Aristóteles consideraba que «ni la blancura de la piel ni su negrura constituyen diferencias específicas, y no hay ninguna diferencia

¹ Albert Memmi, *Le racisme*, París, Gallimard, 1982, pp. 98-99.

específica entre el hombre blanco y el hombre negro, aunque se impusiera un nombre a cada uno».² El mismo autor —que fue también el primero en cuestionar ampliamente la legitimidad de la esclavitud— considera que hay «esclavos por naturaleza»:

Cuando los hombres difieren entre sí tanto como un alma difiere de un cuerpo y un hombre de un bruto [...] estos son por naturaleza esclavos para quienes es preferible soportar la autoridad de un amo. [...] En efecto, un esclavo por naturaleza es alguien capaz de ser cosa de otro (y por eso lo es, de hecho).³

Estas dos citas yuxtapuestas subrayan la importancia de la precisión conceptual a la hora de comprender la dinámica histórica del racismo. Aristóteles considera que existen diferencias naturales que permiten jerarquizar a los seres humanos y justifican la explotación de unos por otros —lo que sin duda remite a una lógica racista—, pero no refiere esas diferencias a grupos humanos caracterizados por el color, la raza, la cultura, etc. Las diferencias de naturaleza aparecen aquí como justificación de posiciones sociales desiguales entre individuos, y no como jerarquización de las «razas». La «naturaleza» del esclavo o la del hombre libre no está vinculada a la pertenencia a un grupo social definido según un criterio de pertenencia a una «raza», «color», «origen», etc.

Como señala Colette Guillaumin, «el núcleo de todo racismo reside en la creencia en una diferencia natural y en la suposición de que la naturaleza determina los rasgos culturales».⁴ Mientras que el «núcleo» aquí mencionado está claramente presente en el pensamiento de Aristóteles y, más ampliamente en las ciudades griegas de la Antigüedad, el «postulado» está ausente. Para Aristóteles, la «naturaleza» en cuestión está relacionada únicamente con los individuos, y cada grupo social o cultural comprende personas con la «naturaleza» de esclavos o la «naturaleza» de hombres libres. Esto es lo que distingue la esclavitud antigua de la moderna —la iniciada por el capitalismo naciente—: la primera incluye la esclavitud de mujeres y hombres de todos los colores, mientras que la segunda reserva este «estatus» únicamente a los no blancos. Lo que distingue a las dos formas de esclavitud no es su dominación ni su alcance, sino su racismo. En cierto modo, hemos pasado de una forma de explotación esclavista no racista a otra racista. Por supuesto, la idea de una predisposición natural

² Aristóteles, *La métaphysique*, vol.1, París, Vrin, 2000, pp. 572-573 [ed. cast.: *La metafísica*, Madrid, Austral, 2013].

³ Aristóteles, *La politique*, París, Vrin, 2005, p. 40 [ed. cast.: *La política*, Madrid, Gredos, 2022].

⁴ Colette Guillaumin, «Grande Presse» en Claude Duchet y Patrick de Comarmond (coord.), *Racisme et société*, París, François Maspero, 1969, p. 237.

individual a la esclavitud proporciona un terreno fértil para generalizar el razonamiento a grupos sociales enteros definidos por la biología, el color o la cultura. En este sentido, la esclavitud antigua puede considerarse una prehistoria del racismo. Pero para que la prehistoria se convierta en historia, debe surgir una necesidad social de extender la lógica preexistente a pueblos enteros. La sed de fuerza de trabajo sobreexplotada que caracteriza al capitalismo constituye esta necesidad y, lógicamente, da origen al racismo. En diferentes épocas de la humanidad, y en todos los continentes, encontramos situaciones similares en las que están presentes los componentes del racismo, sin que ello produzca un racismo en el sentido estricto de la palabra, tal y como se materializaría con la aparición del capitalismo y su necesidad de legitimar y organizar la esclavitud a gran escala. Existe, en efecto, una prehistoria del racismo que precede a su advenimiento histórico bajo el impulso de una necesidad material sistémica: la de la expansión mundial del capitalismo.

Etnocentrismo, xenofobia y racismo

El etnocentrismo es uno de los componentes del racismo que lo precede históricamente al igual que lo acompaña posteriormente. Propuesto por primera vez por el sociólogo estadounidense William Graham Sumner en 1906, este concepto es definido por su autor de la siguiente manera: «Etnocentrismo es el término técnico para designar el punto de vista según el cual el grupo al que uno pertenece es el centro del mundo y la norma por la que se juzga a todos los demás».⁵ El antropólogo y etnólogo J. Claude Lévi-Strauss considera el etnocentrismo como una de las actitudes casi universales de los grupos humanos: «La actitud más antigua, y que sin duda tiene sólidos fundamentos psicológicos ya que tiende a reaparecer en cada uno de nosotros cuando nos vemos colocados en una situación inesperada, consiste en repudiar pura y simplemente las formas culturales morales, religiosas, sociales y estéticas más alejadas de aquellas con las que nos identificamos».⁶ Esta se origina, según este autor, en el hecho de que la conciencia de pertenencia a la humanidad no es espontánea ni antigua en la historia de nuestra especie:

En efecto, sabemos que la noción de humanidad, que engloba todas las formas de la especie humana sin distinción de raza o civilización, nació muy tarde y tuvo un alcance limitado. Incluso allí donde parece

⁵ William Graham Sumner, *Folkways, a Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores, and Morals*, Boston, Ginn, 1906, p. 13.

⁶ Claude Lévi-Strauss, «Race et histoire» en *Le racisme devant la science*, París, Unesco, 1973, p. 14.

haber alcanzado su más alto nivel de desarrollo, no es en absoluto seguro —como demuestra la historia reciente— que se haya establecido libre de equilibrios o regresiones. Pero para vastas fracciones de la especie humana, y durante decenas de milenios, esta noción parece estar totalmente ausente. La humanidad cesa en las fronteras de la tribu, del grupo lingüístico, a veces incluso de la aldea; tanto es así que un gran número de poblaciones llamadas primitivas se autodenominan con un nombre que significa «hombres» (o a veces —diríamos más discretamente— «buenos», «excelentes», «completos»), dando a entender que otras tribus, grupos o aldeas no comparten las virtudes humanas, o incluso su naturaleza.⁷

Los sentimientos de pertenencia (a una familia, a una clase social, a un pueblo, a una nacionalidad, etc.) no son algo innato, sino el resultado de la socialización, la trayectoria, la vida en común y la experiencia material individual. Aunque la humanidad tiene la misma base biológica que las demás especies vivas, la conciencia de esta especificidad no es inmediata. Para surgir, requiere el desarrollo de intercambios entre grupos humanos que permitan tomar conciencia de esta pertenencia común. Parafraseando a Marx —que lo propuso en relación con la pertenencia de clase—, podríamos decir que la existencia de la «humanidad en sí» no significa la existencia de la «humanidad para sí». Históricamente, el etnocentrismo es inseparable de su base material, es decir, de la larga secuencia histórica en la que el bajo nivel de intercambios entre los grupos humanos y la concentración en la supervivencia de cada uno de ellos tendieron a hacer que los demás grupos fueran percibidos como un peligro potencial. Resulta significativo que las grandes religiones monoteístas (que surgieron en una época en la que los intercambios entre grupos humanos habían alcanzado un nivel diferente) afirmen todas ellas la noción de humanidad. Igualmente revelador es el hecho de que el etnocentrismo tiende a resurgir en épocas en las que las personas se repliegan en los grupos a los que pertenecen más estrechamente con el fin de sobrevivir y resistir a las limitaciones de la existencia material. Por eso, cualquier periodo caracterizado por el aumento de la desigualdad social, la disminución de la redistribución social, la desinversión del Estado, el aumento de la competencia por bienes escasos, etc., tiende a provocar un aumento del reflejo de defensa etnocéntrico. En estas secuencias, esta tendencia compite con la contratendencia de la «solidaridad» implementada a través de acciones concretas entre diferentes grupos sociales, particularmente las iniciadas por colectivos militantes. La situación en cada secuencia histórica depende del estado de la relación de fuerzas entre estas dos tendencias contradictorias.

⁷ *Ibíd.*, p. 15.

La generalidad del concepto de etnocentrismo subrayada por Lévi-Strauss llevó al sociólogo Pierre-Jean Simon a no utilizarlo para dar cuenta de las «relaciones raciales» en general y del racismo en particular. Simon explica: «El etnocentrismo, que tan a menudo se invoca como principio para explicar los antagonismos étnicos y raciales, es de hecho impotente por sí solo para explicarlas, debido a su extrema generalidad, ya que se puede observar en todas las agrupaciones étnicas de los más diversos tipos, modos de relaciones interétnicas —y *a fortiori* relaciones sociales—».⁸ El etnocentrismo, esta lógica de exclusión, no puede confundirse con el racismo, confirma el etnólogo Michel Leiris: «Es cierto que en muchas sociedades [...] existe un orgullo de grupo; pero este grupo, si bien se considera privilegiado en comparación con otros grupos, no se considera a sí mismo como una “raza” [...]; su unidad se basa en intereses comunes y en las diversas actividades realizadas en asociación».⁹

Del mismo modo, el etnocentrismo no significa necesariamente que los «otros» se perciban como «razas» definidas por especificidades biológicas y/o culturales que tienen una esencia ahistórica. No se trata de trivializar el etnocentrismo y la violencia que puede provocar. Como señala el historiador René Galissot:

El etnocentrismo es una lógica de exclusión que ha conducido en el pasado y en muchos lugares a la violencia colectiva y a la esclavitud: en los ejemplos que la etnología cita expresamente, la realidad de las prácticas llega hasta el punto de matar a los enemigos, hacerlos prisioneros y hacerlos trabajar como cautivos, incluso para uso doméstico e integración familiar.¹⁰

Así pues, existen efectivamente elementos de continuidad. Por otra parte, sin dejar de tener en cuenta las invariantes entre etnocentrismo y racismo, es necesario captar la especificidad histórica del racismo como una de las modalidades esenciales de clasificación social dentro del capitalismo. Así como el etnocentrismo desempeñó un papel en la clasificación social de las sociedades humanas —y, por tanto, en la producción y reproducción de la dominación social— antes del capitalismo, el racismo es uno de los vectores clave de esta clasificación para el capitalismo. Como el capitalismo se caracteriza por una polarización extrema de la división de clases, da lugar a una radicalización de las lógicas de exclusión y de la división binaria entre un «nosotros» y un «ellos» ya presente en el etnocentrismo. Como ya

⁸ Pierre-Jean Simon, *Les rapatriés d'Indochine: un village franco-indochinois en Bourbonnais*, París, L'Harmattan, 1981, p. 17.

⁹ Michel Leiris, «Race et civilisation» en *Le racisme devant la science*, *op. cit.*, pp. 89-90.

¹⁰ René Galissot, «Le racisme n'est pas chez l'autre. La synthèse nécessaire: continuité historique et continu social», *L'Homme et la société*, núms. 75-76, 1985, p. 128.

hemos señalado, en el capitalismo la «raza» es un modo de gestión de las relaciones de clase.

El término etnocentrismo se construye por analogía con la palabra egocentrismo, y podemos considerar que el etnocentrismo es al grupo lo que el egocentrismo es al individuo. Lo que tiene en común con el racismo es que, por una parte, adopta la forma del prejuicio y, por otra, establece una dicotomía entre un «nosotros» y un «ellos» o unos «ellos». Además, fue sobre la base del etnocentrismo como se forjó la ideología racista europea en un momento en el que la expansión del capitalismo hizo necesario legitimar la violencia total, primero contra los pueblos de América, luego contra los pueblos de África y después contra el resto del planeta. La transformación del etnocentrismo en racismo exigió unas condiciones económicas específicas. El racismo es, por tanto, un desarrollo particular del etnocentrismo en una configuración social específica. En otras palabras, el etnocentrismo no desaparece con la aparición histórica del racismo. Se convierte en un punto de apoyo. Es una condición necesaria pero no suficiente para el racismo. Todo racismo es necesariamente etnocéntrico, pero el etnocentrismo no es necesariamente racista. De los tres componentes tradicionales del racismo —ideología, prejuicio y discriminación— solo el segundo es sistemático en el etnocentrismo.

No hacemos estas aclaraciones conceptuales en aras del debate teórico. Lo que está en juego en estos debates es la propia definición de antirracismo. Confundir etnocentrismo con racismo conduce a subestimar este último y tiende a limitar la lucha antirracista a una lucha contra los prejuicios. La idea frecuente del poder mágico de la educación para reducir el racismo sin tocar sus bases materiales; la focalización del antirracismo únicamente en las dimensiones individuales, oscureciendo los mecanismos sistémicos que las determinan; la denuncia «moral» del racismo en lugar de cuestionar los intereses sociales que producen y reproducen este racismo, todo esto sigue siendo muy común e incluso constituye el núcleo del antirracismo oficial, esto es, del antirracismo de Estado. Las causas estructurales y las funciones sistémicas del racismo en la producción del orden social y la reproducción de sus desigualdades se eluden así del análisis y de la acción militante. A diferencia del etnocentrismo, el racismo es un «hecho social global», como explica la socióloga Véronique de Rudder, que sitúa el prejuicio como uno de los componentes de un sistema racista:

Un conjunto integrado, en el que podemos aislar, a efectos de análisis: aspectos ideológicos más o menos explícitos, más o menos claros, más o menos organizados en un discurso coherente, una teoría o incluso una doctrina política; elementos cognitivos más o menos conscientes, como imágenes y representaciones, actitudes «espontáneas», opiniones

[...]; prácticas y comportamientos sociales, ya sean ordinarios o cotidianos, ya estén incorporados a normas institucionales o consagrados en la ley, todos los cuales conducen a la «segregación» de diversas maneras, desde la evitación hasta la agresión, desde la segregación hasta el asesinato en masa.¹¹

Además, subestimar la diferencia entre etnocentrismo y racismo también puede llevar a que este último se convierta en una constante ahistórica de la supuesta «naturaleza humana». «El odio racial tiene sus raíces en la naturaleza humana»,¹² afirma el historiador y psicoanalista estadounidense Joel Kovel. Un planteamiento tan idealista transforma el racismo en una maldición contra la que somos impotentes. Una producción humana histórica se transforma en la esencia de la humanidad. Como componente de la naturaleza humana, el racismo puede, según esta lógica, limitarse en el mejor de los casos a sus efectos más monstruosos. En la raíz de esta afirmación idealista está, una vez más, la negación o subestimación de la base material del racismo, es decir, la existencia de un interés material por parte de algunos que da lugar a la producción y reproducción del racismo. Aquí es donde el antirracismo oficial o estatal llega a su límite. Se detiene en las fronteras de estos intereses sociales. No tenemos por qué considerar insincero el discurso antirracista oficial que ha dominado desde la Segunda Guerra Mundial. Lo que ocurre es que la *realpolitik* del beneficio (consistente, por ejemplo, en producir trabajadores indocumentados para sectores económicos que no pueden deslocalizarse) triunfa sistemática y sistemáticamente sobre estas profesiones de fe, por muy sinceras que sean.

Un segundo componente es lo que comúnmente se denomina «xenofobia». Este término se utiliza a menudo para minimizar la gravedad de la observación o del diagnóstico. La sociedad francesa no es racista, sino simplemente xenófoba, lo que constituye un factor de tranquilidad colectiva. Mientras que el etnocentrismo se desarrolla a través del contacto con otros grupos humanos en una secuencia histórica de intercambios limitados, la xenofobia caracteriza una secuencia histórica en la que los intercambios han conducido a la introducción del extranjero en «nosotros». René Galissot resume: «Si el enemigo ya no está en las fronteras, aquí tenemos al enemigo interior, el extranjero, que suscita la simple xenofobia».¹³ La xenofobia desempeña un doble papel en la sociedad contemporánea. En primer lugar, justifica la desigualdad de trato en función de la nacionalidad.

¹¹ Véronique de Rudder, «Racisme» en Smaïn Laacher (coord.), *Dictionnaire de l'immigration en France*, París, Larousse, 2012, p. 366.

¹² Joel Kovel, *White Racism. A Psychohistory*, Nueva York, Columbia University Press, 1984, p. XLVII.

¹³ René Galissot, «Le racisme n'est pas chez l'autre. La synthèse nécessaire: continuité historique et continu social», art. cit., p. 131.

Contrariamente a las apariencias, no se trata de enviarlos «a casa», sino de asignarles una posición subordinada. Así lo ilustra la cuestión de los empleos reservados, es decir, la discriminación legal, que hemos analizado anteriormente. En este primer sentido, la xenofobia es sin duda un componente del racismo. Esto demuestra la inutilidad de los usos del término xenofobia que lo limitan a una simple ignorancia o miedo a la diferencia. Más allá de esto, la xenofobia se apoya, se legitima y se autoriza, en primer lugar, en la existencia de una discriminación legal. En segundo lugar, la xenofobia inicia y trivializa una clasificación que da lugar a una jerarquía legítima de trato en función del origen, que luego puede extenderse más ampliamente. La nacionalidad es, en efecto, planteada por el xenófobo como un signo de naturaleza diferente. La xenofobia «naturaliza» al extranjero», explica René Galissot, remitiendo a los extranjeros «a su origen, para revelar su naturaleza, que procede precisamente de esta diferencia de origen».¹⁴ Una vez establecido como factor de diferenciación y de desigualdad de trato, el origen puede disociarse progresivamente de la nacionalidad y extenderse a los nacionales franceses. Es lo que hemos denominado la «línea de color». Parece una absolutización de la lógica de los orígenes, que la xenofobia restringe literalmente a la nacionalidad. No se trata de un caso de sucesión, sino de concomitancia. La xenofobia —en el sentido restringido a la nacionalidad— da lugar lógica y simultáneamente al racismo basado en el origen. La xenofobia aparece, pues, como uno de los fundamentos de la construcción de un orden social racista. Al igual que en el caso del etnocentrismo, estos recordatorios y aclaraciones conceptuales tienen implicaciones prácticas, sobre todo a la hora de definir el contenido de la lucha contra el racismo. La xenofobia, y *a fortiori* el racismo, no pueden limitarse al «miedo» o la «ignorancia» de los extranjeros o sus descendientes. Ambos tienen un efecto de clase social al legitimar un trato desigual que es legal para los extranjeros e ilegal para sus herederos, pero igual de expoliador para ambos. La lucha por la igualdad de trato, independientemente no solo del origen sino también de la nacionalidad, está lógicamente en el centro de la lucha antirracista.

El etnocentrismo, la xenofobia y el racismo ponen de manifiesto la existencia de un continuo histórico en las formas de dominación, es decir, tanto dimensiones de invariabilidad (vinculadas a la existencia común de la dominación social) como dimensiones de mutación (vinculadas a los cambios en las estructuras sociales y las clases que las componen). Ante todo, son estas estructuras sociales las que se transforman gracias a las luchas de las clases y los grupos dominados. Este movimiento de cuestionamiento de la dominación da lugar a la aparición de nuevas ideologías destinadas a establecer la hegemonía de la nueva clase dominante en formación.

¹⁴ *Ibidem*.

Estas nuevas formas de legitimación no surgen de la nada. Para ser eficaces, toman prestados elementos de las ideologías del pasado, al tiempo que los reconfiguran para ponerlos al servicio de la nueva relación de dominación que se establece. Así, el racismo integró el etnocentrismo y la xenofobia para hacerlos funcionar dentro del nuevo modo de producción capitalista. El mismo proceso se produjo con el patriarcado, que también se reconfiguró para incluirlo en la lógica general del funcionamiento y la reproducción del modo de producción capitalista. La dinámica histórica no se detiene, por supuesto, una vez instalado el nuevo modo de producción y establecidas sus ideologías legitimadoras. La lucha de las clases dominadas da lugar a cambios en la correlación de fuerzas, lo que hace imprescindible actualizar esas ideologías para garantizar su supervivencia. Es por ello que existen «edades del racismo» o «figuras del racismo» que varían según las diferentes secuencias de la relación de fuerzas. A la prehistoria del racismo le sigue su historia. Estas «edades» no son estrictamente secuenciales. Pueden y suelen coexistir varias de ellas. Lo que cambia es la figura mayoritaria o dominante del racismo en cada secuencia histórica. Del mismo modo, no es teóricamente imposible prever que figuras de racismo, que fueron dominantes en su día, puedan volver a serlo, si se dan de nuevo las condiciones para su posibilidad. Dado que la historia nunca se repite de forma totalmente idéntica, la probabilidad de que se produzca este escenario es baja, pero no puede eliminarse por completo. Por tanto, tener en cuenta las «invariantes» entre las distintas figuras históricas del racismo es tan importante como tener en cuenta las mutaciones que caracterizan a cada una de ellas. Contrariamente a lo que todavía se piensa a menudo, no es la idea de una «raza biológica» lo que hace invariante al racismo, sino la doble idea de «diferencia» en esencia y de su inmutabilidad histórica. Siempre que está presente esta doble idea —cualquiera que sea la naturaleza de esta diferencia planteada como invariable: biológica, cultural, civilizatoria, etc.— estamos en presencia de una figura de racismo.

Las figuras históricas del racismo

Nunca antes del capitalismo se había visto en la historia de la humanidad un modo de producción económica que solo pudiera funcionar expandiéndose. Hemos subrayado esta característica, que conduce a una tendencia a la globalización consustancial al capitalismo. El racismo «moderno» se construye históricamente como una consecuencia de esta globalización, como una necesidad de legitimar esta dependencia del resto del planeta, como una ideología destinada a garantizar que se cumplan las condiciones de aceptabilidad de la violencia contra los pueblos sometidos al nuevo modo de producción dominante. Por eso creemos que la primera era del racismo se remonta a 1492 y a Colón:

Las relaciones raciales, los antagonismos raciales, los grupos raciales y el racismo —al menos, esta es la tesis de la llamada «escuela de 1492», que, en nuestra opinión, es la única forma de dar cuenta exacta de los hechos— solo aparecen en épocas recientes, con el desarrollo del capitalismo y del colonialismo occidental. Están vinculadas a situaciones de esclavitud y posesclavitud, coloniales y poscoloniales, tal y como se han desarrollado desde la expansión europea.¹⁵

Señalar este vínculo particular entre capitalismo y racismo no significa negar prácticas anteriores que fueron similares e incluso precedieron a la invención de la palabra «raza». La historia atestigua la existencia de formas particularmente similares —es decir, un trato desigual justificado por la otredad de un grupo social homogeneizado y esencializado—, pero nunca con tal grado de generalización y teorización. De hecho, fue la necesidad sin precedentes de generalización para justificar la esclavitud y la colonización lo que dio lugar a la necesidad de una teorización tan amplia. El antisemitismo y el antigitanismo precapitalistas, de los que hablaremos más adelante, ya eran formas de racismo estrechamente vinculadas al modo de producción feudal. Ambos se caracterizan por una ideología de la diferenciación a través de la esencialización de un grupo social, por los prejuicios ligados a esta pseudo-esencia y por la desigualdad de trato, es decir, por los tres componentes del racismo que serán teorizados, extendidos a otros grupos sociales y generalizados a todos los «otros» con el capitalismo y su extensión mundial. El capitalismo forja la justificación que necesita para esclavizar al resto del mundo reconfigurando los racismos de la época feudal para poder extender el objetivo de la esclavización a todos los «otros» que encuentra en su expansión mundial. Por eso, desde nuestro punto de vista, el capitalismo puede considerarse como el momento histórico del nacimiento del racismo «moderno», es decir, tanto de la globalización a través de la violencia como de la organización social en cada país del centro dominante, haciendo de la «raza» uno de los elementos sistémicos importantes en la gestión de las relaciones de clase.

La primera figura histórica de este racismo «moderno» es la del «biologicismo dominante». Utilizamos esta expresión para subrayar que va acompañado y complementado por otras figuras minoritarias, de base culturalista, que más tarde se convertirían en mayoritarias e incluso hegemónicas. El biologicismo dominante no es simplemente el resultado del estado de los conocimientos científicos. Está ligado a una funcionalidad económica, social y política. «En todos los casos, se trata de justificar la violencia ejercida sobre las razas llamadas inferiores atribuyéndoles una

¹⁵ Pierre-Jean Simon, *Les rapatriés d'Indochine...*, *op. cit.*, p. 19.

inferioridad de “naturaleza”, de la que el color no es más que el signo más visible»,¹⁶ explica la historiadora Michèle Duchet.

No es solo la debilidad del conocimiento científico lo que explica las primeras formalizaciones racistas, sino la necesidad de legitimar una práctica social que motiva y orienta la investigación y sus resultados. Así lo atestigua la existencia de discursos y análisis minoritarios que denunciaban las teorizaciones racistas condenados al ostracismo por el saber oficial. Estos se han desplegado con el mismo estado de conocimiento pero rechazando los postulados de las teorizaciones racistas. Un ejemplo es el libro de Ottobah Cugono, *Réflexions sur la traite et l'esclavage des Nègres* [Reflexiones sobre la trata y la esclavitud de los negros],¹⁷ publicado en 1787. El autor, antiguo esclavo, refuta una a una todas las justificaciones racistas de la esclavitud de su época. También en 1885 se publicó el libro de Joseph Anténor Firmin, *De l'égalité des races humaines: anthropologie positive*¹⁸ [La igualdad de las razas humanas: antropología positiva]. El libro era una respuesta a las teorías racistas de Gobineau desarrolladas en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*,¹⁹ publicado en 1855, que se convirtió rápidamente en la posición hegemónica del saber oficial y académico.

Este enfoque biológico se centraba en las nociones de «diferencia de naturaleza» y «herencia». El resultado fue un sinfín de proyectos de «investigación» destinados a establecer estas dos nociones como base para explicar la diversidad humana. La forma de la cabeza o del cráneo, el color de la piel, la forma de la nariz, el color de los ojos, el tipo de pelo, todo fue «clasificado» para justificar una jerarquía postulada como natural. Otras investigaciones trataban de demostrar el carácter perjudicial de la mezcla —la existencia de mulatos que perturban la clasificación jerárquica— o de evaluar el número de generaciones necesarias para que desaparezca la herencia y la inferioridad que supuestamente transmite.

Sin embargo, la «diferencia de naturaleza» y la «herencia» no son las cuestiones principales. Si se utilizan estas dos nociones es porque satisfacen idealmente las dos necesidades de una clasificación social jerárquica duradera: basar la jerarquía en el postulado de una diferencia de esencia y afirmar su inmutabilidad histórica. Ninguna otra civilización, resume Pierre-Jean Simon, «había establecido hasta entonces una distinción jerárquica entre los pueblos basada en criterios biológicos, o más bien, porque

¹⁶ Michèle Duchet, «Esclavage et préjugé de couleur» en Claude Duchet y Patrick de Comarmond (coord.), *Racisme et société, op. cit.*, p. 121.

¹⁷ Ottobah Cugono, *Réflexions sur la traite et l'esclavage des Nègres*, París, La Découverte, 2009.

¹⁸ Anténor Firmin, *De l'égalité des races humaines: anthropologie positive*, París, Hachette, 2012.

¹⁹ Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, París, Études Ink Book, 2012.

en el racismo el aspecto biológico es en última instancia secundario, en un criterio de superioridad-inferioridad inmutable y definitivo».²⁰

El racismo biológico es solo una de las formas, la primera que se ha impuesto históricamente, del racismo como teoría y como práctica de imposición de desigualdades duraderas mediante la doble afirmación de una diferencia de esencia entre los grupos humanos y de la inmutabilidad histórica de esta diferencia. Esta distinción es esencial a la hora de comprender la aparición y la dominación de una nueva forma de racismo después de la Segunda Guerra Mundial, debido al descrédito del biologicismo por el horror nazi. Los avances de la genética completaron entonces este rechazo del biologicismo. Como ya hemos subrayado, Frantz Fanon fue el primero, que sepamos, en poner de relieve este cambio del racismo o la aparición de una nueva figura histórica del racismo. En *Racisme et culture*, publicado en 1956, Fanon se refiere al paso del «racismo vulgar, primitivo, simplista, [que] pretendía encontrar en lo biológico [...] la base material de la doctrina» al «racismo cultural».²¹ Fanon sitúa el origen del cambio de forma del racismo en la desaparición de las condiciones de «aceptabilidad» del racismo biológico tras su utilización contra los europeos por los nazis, que hasta entonces se había empleado en la esclavitud y la colonización reservada específicamente a los pueblos no europeos.

Para que la «cultura» cumpliera la función desempeñada por la «biología», había que naturalizarla, es decir, transformarla en una esencia inmutable y ahistórica. La antropología cultural estadounidense de posguerra proporcionó la textura y el argumento de esta nueva cara del racismo. Su enfoque estático de las «culturas», por un lado, y su concepción ideológica dominante de estas «culturas» como realidades desvinculadas de sus contextos históricos, económicos y políticos, por otro, la pusieron al servicio de la necesidad ideológica de renovar el racismo. Como explica el sociólogo Roger Bastide, la antropología cultural de este periodo transformó la cultura en un «super-organismo»: «Al principio, permaneció apegada a la noción de “cultura” como una realidad *sui generis*, externa y superior a los individuos, considerada en cierto modo como un “super-organismo”».²² Paradójicamente, las motivaciones de los antropólogos culturales de esta secuencia histórica son «antirracistas». Continuaron el largo proceso de crítica y deconstrucción del naturalismo biológico. Sin embargo, al reducir el racismo a su forma biológica, caen en otra forma de naturalismo, como señala el sociólogo Michel Giraud:

²⁰ Pierre-Jean Simon, *Les rapatriés d'Indochine...*, *op. cit.*, p. 19.

²¹ Frantz Fanon, «Racisme et culture», en *Pour la révolution africaine*, *op. cit.*, p. 40.

²² Roger Bastide, «Acculturation», *Encyclopaedia Universalis*, vol. 1, París, 1984, p. 105.

La antropología cultural norteamericana, para escapar a las explicaciones naturalistas que la precedieron, ha caído paradójicamente en otro naturalismo; de ahí la acusación de «culturalismo» que tantas veces se le ha hecho. En nuestra opinión, esta es la razón por la que los ataques que lanzó contra el racismo y las diversas ideologías coloniales que fueron una de sus principales manifestaciones, a pesar de las buenas intenciones que los inspiraron, resultaron inadecuados para su propósito y, lo que es peor, han reforzado en cierta medida las actitudes que pretendían criticar. [...] El enfoque culturalista [...] contribuye a reproducir los estereotipos y prejuicios que alimentan y se alimentan de la ideología colonial al sustituir su forma racista, en el sentido estricto del término, por una forma más aceptable (culturalista), conservando su lógica. [...] Al hacerlo, la antropología cambia un confinamiento por otro: los colonizados ya no son prisioneros de sus genes, sino de su tradición cultural.²³

El «racismo sin raza», del que hablábamos antes con Étienne Balibar, podría iniciar su conquista de la hegemonía, relegando el racismo biológico a una posición secundaria y luego marginal, sin por ello desaparecer del todo. Durante varias décadas, la cultura esencializada satisfizo las dos necesidades que el biologicismo había satisfecho hasta entonces: basar la jerarquía en el postulado de una diferencia de esencia y afirmar su inmutabilidad histórica. Esta mutación de las figuras históricas del racismo debe vincularse, por supuesto, al contexto económico y político mundial. El cambio se produjo en el mismo periodo histórico que la descolonización y la imposición de nuevas dependencias por parte del neocolonialismo. El racismo culturalista parece ser la forma adecuada de racismo, coherente con el nuevo modelo de dependencia.

Las figuras contemporáneas del racismo

Siguiendo a Frantz Fanon, consideramos que la movilización y las luchas de los dominados son el motor de los cambios en los sistemas de dominación, tanto materiales como ideológicos. Es la relación de fuerzas resultante de estas luchas la que determina la desaparición de un sistema de dominación o, por el contrario, su adaptación en forma de nuevos mecanismos de dependencia, por un lado, y de nuevas configuraciones ideológicas de legitimación —de las que las figuras dominantes del racismo constituyen una dimensión—, por otro. Pero las relaciones de poder también pueden cambiar en detrimento de los dominados. La actual globalización capitalista es

²³ Michel Giraud, «Le culturalisme face au racisme ou d'un naturalisme à un autre: le cas des études afro-américaines», *L'Homme et la société*, núms. 77-78, 1985, p. 144.

un ejemplo de ello. A su vez, tiende a dar lugar a nuevas formas de racismo destinadas a legitimar una mayor explotación y dominación.

En muchos aspectos, la dinámica histórica del capitalismo tiende a devolver al racismo a su forma inicial, la que prevalecía antes de que las luchas sociales impusieran límites a la pura lógica del beneficio. Semejante convulsión no dejará de tener efectos sobre las ideologías que lo legitiman y, en particular, sobre las figuras dominantes del racismo. Sin ánimo de ser exhaustivos, presentaremos tres aspectos de estas reconfiguraciones ideológicas: el discurso sobre la diversidad, el retorno de la «civilización» y el retorno de la «raza».

La diversidad contra la igualdad

El repliegue neoliberal del Estado y el retroceso masivo de su función redistributiva (privatizaciones, políticas de austeridad, grandes equilibrios macroeconómicos como criterio de política económica, etc.) chocan con el tema de la igualdad, aunque se limite a la igualdad de oportunidades, que forma parte de la ideología dominante desde la «igualdad» derrota del nazismo. La tendencia a sustituir el objetivo de la «igualdad» por el de «reconocimiento de la diversidad» no ha dejado de crecer en el discurso de los aparatos ideológicos estatales desde la década de 1990. Tal discurso, por supuesto, ignora los vínculos entre «diversidad» e. Oscurece las funciones de la jerarquización de color de la mano de obra: garantizar la maximización de los beneficios mediante la segmentación por color del mercado laboral. Propaga la ilusión de que el «reconocimiento» es posible sin afectar a la infraestructura económica desigual. Adopta la forma de promoción de una «élite de la diversidad» con el telón de fondo del abandono del objetivo de la igualdad. «El declive del comunismo, el triunfo de los ideales neoliberales y la preeminencia de las visiones esencialistas de lo social [han] contribuido a reducir la centralidad política de los objetivos redistributivos»,²⁴ explica la filósofa feminista estadounidense Nancy Fraser. «La diversidad no es un medio para establecer la igualdad, sino un nuevo método para gestionar la desigualdad»,²⁵ añade Walter Benn Michaels.

La racionalidad neoliberal pretende tener en cuenta únicamente a los individuos, desvinculados de su pertenencia de clase, género o «raza», y es por tanto incompatible con el racismo. Solo reconoce a los individuos «libres» y «autónomos», a los que pone en competencia «libre y no

²⁴ Nancy Fraser, «Penser la justice sociale: entre redistribution et revendications identitaires», *Politique et société*, vol. 17, núm. 3, 1998, p. 10.

²⁵ Walter Benn Michaels, *La diversité contre l'égalité*, París, Liber-Raisons d'agir, 2009, p. 10.

distorsionada», y espera que esto conduzca a la aparición de una jerarquía social que refleje una jerarquía de talentos y méritos. La expresión de Emmanuel Macron «primeros de cordada» resume perfectamente este credo. Los «primeros de cordada», herederos de inmigrantes, son por supuesto bienvenidos y se les hace visibles para dar fe de la pertinencia de la lógica neoliberal. Sin embargo, son una ínfima minoría en comparación con la casi totalidad de los herederos de la herencia inmigrante, que son destinados a puestos subalternos o son víctimas de una degradación masiva en relación con sus cualificaciones. Esto sorprende cuando tenemos en cuenta la base del primer postulado, que es la afirmación de la existencia de individuos «libres». Este postulado solo es posible a partir de una negación inicial: la de las estructuras económicas y políticas en las que están insertos los individuos y los grupos sociales. Esta negación inicial permite ocultar el carácter no libre y distorsionado de la competencia entre las fuerzas de trabajo. El resultado de esta competencia distorsionada tampoco sorprende: un aumento de todo tipo de desigualdades tanto dentro de cada nación como entre naciones, desigualdades de clase así como discriminaciones sexistas o racistas.

El geógrafo británico David Harvey ha propuesto el concepto de «acumulación por desposesión»²⁶ para explicar este proceso de polarización creciente a través de la redistribución al alza de la riqueza. La brecha entre la promesa y la realidad es tal que tiene que justificarse ideológicamente. La respuesta neoliberal consiste en trasladar la responsabilidad de la situación de las estructuras o del sistema a las víctimas. En lo que respecta a las desigualdades de clase, tal lógica se encarna en el discurso de la «responsabilidad individual», que supone que los precarios (desempleados, pobres, etc.) son responsables de su situación por su falta de dinamismo, movilización, fuerza de voluntad, etc. Lejos de ser víctima de la exclusión, la víctima se transforma en responsable de su propia exclusión. El sociólogo Luc Boltanski resume este argumento ideológico neoliberal de la siguiente manera: «Esta forma de “culpar a la víctima” equivale a trasladar la carga de las limitaciones a la “responsabilidad individual”».²⁷ Sin embargo, queda por explicar y justificar la sobrerrepresentación de ciertos grupos sociales en la categoría de «perdedores». A pesar de su discurso sobre la «promoción de la diversidad», la ideología dominante vuelve lógica e inevitablemente sobre la racialización. La sobrerrepresentación se explicará mediante discursos sobre el comunitarismo, el secesionismo, las actitudes replegadas sobre sí mismas, etc., fenómenos y procesos que se postulan como causas

²⁶ David Harvey, «Le nouvel impérialisme: accumulation par expropriation», *Actuel Marx*, núm. 35, 2004/1, pp. 71-90.

²⁷ Luc Boltanski, «Situation de la critique» en Bruno Frère (dir.), *Le tournant de la théorie critique*, París, Desclée de Brouwer, 2015, p. 203.

«culturales» o «religiosas» y que, a su vez, se explicarán por el «racismo» de la ideología dominante.

Analizando los efectos de la elección de Barack Obama —un ejemplo típico ideal del discurso sobre la diversidad y el mérito— la politóloga Sylvie Laurent resume la situación de la siguiente manera:

El entusiasmo generado por la elección de Barack Obama ha enmascarado la perpetuación de las desigualdades raciales en Estados Unidos. [...] La mayoría de los estadounidenses afirman ahora que los blancos y los negros tienen las mismas oportunidades y culpan a las minorías de sus propios fracasos. Según la doxa neoliberal del mérito y la responsabilidad individual que tanto republicanos como demócratas han arraigado en el país, el mercado es neutral e imparcial: daltónico. Pero, ¿significa realmente esta noción indiferencia ante el color de la piel, o más bien ceguera ante el trato discriminatorio que siguen sufriendo los afroamericanos? [...] El triunfo de la doctrina neoliberal está reproduciendo estructuralmente en la sociedad estadounidense un racismo que no se reconoce como tal.²⁸

Sin embargo, el renacimiento del racismo culturalista, surgido por las necesidades ideológicas del orden neoliberal, no podía adoptar las mismas formas que en la secuencia histórica anterior. La amplitud de la degradación social generalizada sufrida —no solo por las clases trabajadoras, sino también por las clases medias— en los países «ricos» en general y por la sociedad francesa en particular, requería un acompañamiento ideológico más poderoso, más eficaz y más atemorizador que el antiguo racismo culturalista antimagrebí o antiárabe. Las condiciones estaban dadas para la aparición progresiva de una nueva forma de racismo centrada en la noción de «valores», que adoptaría la forma de islamofobia. El periodista Thomas Deltombe resume así el proceso de construcción ideológica de lo que denomina «islam imaginario»:

A mediados de los años ochenta, en una pantalla de televisión cada vez más comercial, se produjo una transferencia de responsabilidades perfectamente identificable: la sociedad francesa, incapaz de hacer frente a las múltiples crisis que atravesaba, culpaba a los que designaba como «responsables». A los inmigrantes, antaño víctimas del racismo, se les culpa ahora de la falta de «integración». Con ello, la retórica hostil hacia el islam, considerada hasta ahora como una expresión más de xenofobia, se ha convertido convenientemente en aceptable, y algunos temen que Francia se vea pronto «asfixiada» por la religión musulmana.²⁹

²⁸ Sylvie Laurent, *La couleur du marché: racisme et néolibéralisme aux États-Unis*, París, Le Seuil, 2016.

²⁹ Thomas Deltombe, *L'islam imaginaire...*, *op. cit.*, p. 10.

No se puede dejar de observar la concomitancia histórica de la mutación del racismo «antiárabe» en islamofobia durante la década de 1980 y la adopción de una política económica neoliberal. El llamado «giro a la austeridad» de 1983 fue el punto de partida de un proceso —aún hoy en marcha— de privatizaciones, desregulación de los mercados financieros, recortes del gasto público mediante políticas de austeridad, etcétera. Esta mutación de la figura del racismo ha colocado oportunamente la supuesta amenaza a los «valores» por delante del problema de las desigualdades sociales amplificadas por el nuevo orden neoliberal. No podemos dejar de subrayar la coherencia de este cambio con el nuevo discurso sobre la «civilización» importado del otro lado del Atlántico. La teoría del «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington ha dado un nuevo rostro a la naturalización del «otro», base del racismo. Después de la biología, luego la cultura, es la noción de «civilización» la que se utilizará para reconfigurar el racismo y adaptarlo al nuevo contexto.

La nueva islamofobia o la primera figura del racismo «civilizatorio»

Si bien la ofensiva para imponer el nuevo orden neoliberal comenzó en los años ochenta, se aceleró considerablemente en los noventa con la desaparición de la URSS y del equilibrio de poder surgido de la Segunda Guerra Mundial. Para Estados Unidos, el fin del mundo bipolar brindó la oportunidad de una estrategia de redespliegue global que, en 1990, tomó la forma de lo que el politólogo ultraliberal Joseph Nye denominó «poder blando», que definió como la capacidad de seducir e influir mediante la movilización de múltiples medios «pacíficos»: financiación de ONG, apoyo financiero a la oposición y, más ampliamente, a las organizaciones de la llamada «sociedad civil», identificación y formación de líderes entre los jóvenes, etc.³⁰ Joseph Nye es miembro de la Comisión Trilateral, una organización con varios centenares de miembros³¹ que defiende una política global neoliberal. Para este ideólogo de la globalización capitalista, el poder blando está vinculado al poder duro, es decir, a la injerencia militar y a la guerra, en un enfoque de «palo y zanahoria»: «Un país que busca la popularidad puede ser reacio a ejercer su poder duro cuando debe hacerlo, pero un país que proyecta su poder a su alrededor sin preocuparse por los efectos de esta proyección sobre su poder blando podría encontrarse con que otros Estados pusieran obstáculos a su poder duro».³²

³⁰ Joseph Nye, «Soft power», *Foreign Policy*, núm. 80, otoño de 1990, pp. 153-170.

³¹ Directores generales y accionistas de multinacionales, políticos, responsables políticos e «intelectuales», etc.

³² Joseph Nye, *Soft power: The means to success in World Politics*, Nueva York, Public Affairs, 2004, p. 25.

Frente a la competencia económica de Europa, Japón y los llamados países emergentes, Estados Unidos quiere asegurar a toda costa su dominio sobre el petróleo y el gas. El informe sobre la política energética nacional, publicado por la Casa Blanca el 17 de mayo de 2001, expone así lo que está en juego: «En 2020, los productores de petróleo del Golfo deberán suministrar entre el 54 % y el 67 % del petróleo mundial. Por consiguiente, es casi seguro que la economía mundial seguirá dependiendo del suministro de los miembros de la OPEP, en particular en el Golfo. Esta región seguirá siendo vital para los intereses estadounidenses».³³

Los atentados contra el World Trade Center en septiembre de 2001 proporcionaron el pretexto para desplegar el poder duro en forma de guerras repetidas por el control del petróleo en general y del Golfo en particular. Sin embargo, era necesario producir un efecto ideológico duradero para dar credibilidad a esta secuencia. Esto lo proporcionó la teoría del «choque de civilizaciones», formulada en 1996 por Samuel Huntington.³⁴ Adoptada oficialmente por el gobierno estadounidense antes de ser importada a Europa, esta lectura de los problemas mundiales ofrece un entramado explicativo completamente culturalista que permite enmascarar las cuestiones en juego relativas al petróleo y al gas. Al hacerlo, pone en marcha la rápida construcción de una nueva forma de racismo, esta vez civilizatoria, una de cuyas manifestaciones concretas será la islamofobia.

Samuel Huntington propone una división del mundo en ocho bloques monolíticos que denomina «civilizaciones». En este planteamiento, el concepto de «civilización» no se define por factores materiales: estado de la tecnología, organización económica, tipo de urbanización, etc., ni por factores políticos: régimen político, modelo de organización del poder, ideología política dominante, etc. La civilización, para nuestro autor, se define únicamente por la noción de «cultura», que utiliza de forma particularmente general y abstracta. En su opinión, los seres humanos pertenecen a varias culturas (que, según él, son el pueblo, la región, la etnia, la nacionalidad, el grupo religioso), y la civilización se define como «el modo más elevado de agrupación y el nivel más alto de identidad cultural que los seres humanos necesitan para distinguirse de otras especies».³⁵ Esta definición general le permite dividir las civilizaciones según criterios religiosos (civilización islámica, civilización ortodoxa), geográficos (civilización

³³ National Energy Policy, *Reliable, Affordable, and Environmentally Sound Energy for America's Future, Report of the National Energy Policy Development Group*, United States Presidency, mayo de 2001, pp. 8-4.

³⁴ Samuel Huntington, *Le choc des civilisations*, París, Odile Jacob, 1997 [ed. cast. *¿Choque de civilizaciones?*, Madrid, Tecnos, 2002].

³⁵ Samuel Huntington, «The clash of civilization», *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 3, verano de 1993, p. 23.

africana, latinoamericana, occidental) y nacionales (civilización china, japonesa, india). Más allá de esta variabilidad de criterios, Huntington postula que cada una de estas civilizaciones se caracteriza esencialmente por una «religión» que constituye la «fuerza central que motiva y moviliza a los pueblos». ³⁶ Este postulado definitorio se completa con la afirmación de que la naturaleza de los conflictos internacionales está cambiando con la desaparición de la Guerra Fría. La desaparición de la URSS desplazaría estos conflictos a la esfera cultural.

Los conflictos internacionales se convertirían entonces en conflictos de «valores» a lo largo de lo que el autor denomina las «líneas de fractura» que conforman lo que llama el «choque de civilizaciones». Estas líneas de falla llevan al autor a la conclusión de la existencia de un «complejo islámico-confuciano» que conduce a un conflicto de valores entre Occidente y el resto del mundo. La división de la Guerra Fría queda así sustituida por otra igual de importante y que exige la misma defensa de «Occidente». Edward Saïd resume así el contenido y los objetivos de la noción de «choque de civilizaciones»:

Lo que Huntington aporta en su obra [...] es en realidad una versión reciclada de la tesis de la Guerra Fría, según la cual los conflictos en el mundo de hoy y de mañana seguirán siendo no esencialmente económicos o sociales sino ideológicos. [...] La Guerra Fría continúa, pero esta vez en muchos frentes, con muchos más sistemas de valores fundamentales, como el islam y el confucianismo, que compiten por ascender e incluso dominar a Occidente. No sorprende, pues, que Huntington concluya su ensayo [...] sobre lo que Occidente debe hacer para mantenerse fuerte y mantener a sus oponentes débiles y divididos. ³⁷

En términos geopolíticos, la teorización de Huntington es totalmente coherente con los intereses económicos y estratégicos del imperialismo estadounidense en el mundo multipolar de la post Guerra Fría: el encapsulamiento, el debilitamiento e incluso la desintegración de Rusia («civilización ortodoxa»), la competencia y la rivalidad con China («civilización confuciana») y la obtención de petróleo y gas («civilización islámica»).

Continuando su análisis, Edward Saïd subraya la similitud entre la noción de «civilización» de Huntington y la tesis de la «misión civilizadora de la colonización». En ambos casos, las «civilizaciones» se describen como fundamentalmente «monolíticas y homogéneas», por un lado, y como constitutivas de una «dualidad inmutable entre Nosotros y Ellos», ³⁸ por otro.

³⁶ Samuel Huntington, *Le choc des civilisations*, op. cit., p. 56.

³⁷ Edward Saïd, *The Myth of «the clash of civilizations»*, Northampton, Media Education Foundation, 1998, pp. 2-3.

³⁸ *Ibidem*, p. 4.

La inmutabilidad de la dualidad también forma parte de la «misión civilizadora», que se inscribe en una lógica de jerarquización. El filósofo Marc Crépon sostiene que «lo que la palabra implica es a la vez la idea que Europa tiene de sí misma y su visión de lo que la diferencia de las demás y la convierte en un modelo». ³⁹ Como ocurre con el racismo, tanto en sus formas biológicas como culturalistas, las diferencias se esencializan y se jerarquizan. Un resultado histórico, transpuesto anteayer en «esencia biológica», ayer en «esencia cultural», se transpone hoy en «esencia civilizatoria», pero con el mismo resultado: establecer una jerarquía legítima. Al igual que el racismo culturalista, el racismo civilizatorio sigue teniendo una base cultural. De hecho, es la mutación del racismo culturalista en la era de la globalización y del supuesto «choque de civilizaciones». Sus formulaciones comparten muchas similitudes con el racismo culturalista, así como las diferencias relativas a esta mutación. Lo que tienen en común las tres situaciones es la absolutización y naturalización de las diferencias a la hora de legitimar la desigualdad. Es fácil así comprender por qué la teoría de Huntington ha tenido tanta aceptación en Francia. Llegó en el momento justo, cuando el gobierno francés, ante las demandas de igualdad de los herederos de la inmigración francesa, hacía la transición del racismo «anti-magrebí» al racismo «antimusulmán», para desplazar el debate del ámbito de la protesta social y política al ámbito de la «cultura» y los «valores», en un momento en que estos ciudadanos franceses estaban siendo racializados por el discurso político y mediático dominante.

El marco «civilizatorio» proporciona un marco global coherente para lo que Marc Crépon ha denominado una «sospecha civilizatoria generalizada», ⁴⁰ es decir, la construcción de los inmigrantes y sus herederos franceses como «enemigos internos» que amenazan los «valores» franceses (según el momento y el debate, la amenaza se refiere sin orden particular al laicismo, los derechos de la mujer, la República, la libertad de expresión, etc.) como parte de una guerra civilizatoria global y mundial. El racismo se justifica ahora en nombre de los valores. Por eso, en 2004, propusimos llamar a este «racismo civilizatorio» «racismo respetable». ⁴¹ Cuando Manuel Valls habló en junio de 2015 de una «guerra de civilización», ⁴² no hacía más que expresar el hecho de que desde hace más de una década —es decir, desde el inicio del llamado «escándalo del velo» en 2004— este nuevo rostro del racismo (la islamofobia) se ha ido arraigando, constituyendo una de las principales expresiones concretas del «racismo civilizatorio» en Francia.

³⁹ Marc Crépon, *L'imposture du choc des civilisations*, Mayenne, Pleins feux, 2002, p. 23.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 62.

⁴¹ Saïd Bouamama, *L'affaire du foulard islamique: la construction d'un racisme respectable*, Roubaix, Geai bleu, 2004.

⁴² Grégoire Biseau, «“Guerre de civilisation”: quand Valls contredit Valls», *Libération*, 28 de junio de 2015.

La nueva forma de racismo basado en la «civilización» es a la vez invariable y cambiante en relación con su predecesor. Es invariable porque funciona según el mismo mecanismo descrito por Étienne Balibar para el racismo culturalista o «diferencialista»: «La cultura también puede funcionar como la naturaleza, y en particular puede funcionar como una forma de encerrar *a priori* a individuos y grupos en una genealogía, una determinación originalmente inmutable e intangible».⁴³ Los musulmanes del discurso islamófobo, como los «árabes» o «norteafricanos» del discurso racista culturalista o como los «salvajes» del discurso racista biologista, son construidos como una entidad homogénea y monolítica, inmune a la historia, estática en esencia y radicalmente diferente. Pero este racismo también difiere de las formas anteriores en que se despliega con la intención de construir una base de alianzas racistas más amplia que las formas anteriores, presentándose como el defensor de los valores progresistas (laicismo, derechos de la mujer, libertad para criticar la religión, etc.) a nivel nacional, y como el luchador contra el «terrorismo» y la «barbarie» a nivel internacional, con el fin de construir un consentimiento a la guerra más amplio que en el pasado. El racismo civilizatorio aparece así como una figura apropiada para la globalización capitalista y su política económica neoliberal, como una de sus herramientas para producir legitimidad interclasista, al referirse no a la división de intereses económicos y sociales, sino a pseudo-divisiones de «valores».

Situar la islamofobia como una forma contemporánea de racismo vinculada a la globalización capitalista no significa que no tenga raíces previas. Como todas las justificaciones y legitimaciones de la dominación, especialmente en el caso del racismo, arraiga en respuesta a las necesidades ideológicas contemporáneas, recurriendo a los legados del pasado que le confieren su eficacia e influencia. Aunque recicla representaciones de la antigua oposición entre el Occidente cristiano y el Oriente musulmán, no puede reducirse a una simple persistencia del pasado. Por este motivo, el sociólogo Vincent Geisser propone la expresión «nueva islamofobia»⁴⁴ para describir esta especificidad contemporánea del racismo antimusulmán. Las representaciones estigmatizadoras del islam y de los musulmanes vienen de lejos. El historiador Olivier Le Cour Grandmaison⁴⁵ ha documentado las que caracterizaron el periodo colonial. La obra colectiva *Les Grecs, les Arabes et nous: enquête sur l'islamophobie savante* [Los griegos, los árabes y nosotros: un estudio sobre la islamofobia académica] explora sus raíces

⁴³ Étienne Balibar, «Y a-t-il un néoracisme?» en Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, nation, classe: les identités ambiguës, op. cit.*, p. 62.

⁴⁴ Vincent Geisser, *La nouvelle islamophobie*, París, La Découverte, 2003.

⁴⁵ Olivier Le Cour Grandmaison, *Ennemis mortels: représentations de l'islam et politiques musulmanes à l'époque coloniale*, París, La Découverte, 2019.

medievales.⁴⁶ Sin embargo, estas continuidades no pueden ocultar las diferencias. El enemigo musulmán esgrimido para la reivindicación popular ya no es externo, sino interno. Ahora se trata de la inmigración», afirma el sociólogo Pierre Bourdieu a propósito del primer «escándalo del velo»:

Al proyectar sobre este acontecimiento menor, rápidamente olvidado, el velo de los grandes principios —libertad, laicismo, liberación de la mujer, etc.—, los eternos pretendientes al título de maestros pensadores han revelado, como en un test proyectivo, sus posiciones tácitas sobre el problema de la inmigración: el hecho de que la cuestión evidente —¿aceptar o no el uso del llamado velo islámico en las escuelas?— oculta la cuestión latente de si los inmigrantes de origen magrebí deben o no ser aceptados en Francia. Y permite dar una respuesta a esta última que de otro modo sería inconfesable.⁴⁷

Además, la islamofobia no se limita a los inmigrantes. Extiende su objetivo a sus herederos franceses y construye así una frontera interna dentro de la «nación», esto es, toca la cuestión de la identidad nacional redefinida de forma esencialista. Como señalan los sociólogos Abdellali Hajjat y Marwan Mohammed, la nueva islamofobia se inscribe en una lógica de establecimiento de una nueva frontera desigual legítima: «Consideramos que la islamofobia corresponde al complejo proceso social de racialización / otreización basado en el signo de la pertenencia (real o supuesta) a la religión musulmana, cuyas modalidades varían según los contextos nacionales y los periodos históricos. Se trata de un fenómeno global y de género».⁴⁸

A pesar del aumento de los comentarios y actos antimusulmanes, la negación de esta nueva forma de racismo ha sido masiva y sigue siendo significativa. El alcance de esta negación revela la eficacia de esta figura y su capacidad, aún vigente, de producir alianzas entre la izquierda y la derecha, así como agrupaciones entre las clases sociales. Según el sociólogo Vincent Romani, «la noción de islamofobia está tan ampliamente negada política y científicamente que resulta tentador eludirla».⁴⁹ Refiriéndose a las numerosas controversias en torno al término «islamofobia», Romani habla incluso de la existencia de «retóricas de negación y justificación de la islamofobia». En cuanto al término en sí, señalemos que un debate conceptual

⁴⁶ Irène Rosier-Catach *et al.*, *Les Grecs, Les Arabes et Nous: enquête sur l'islamophobie savante*, París, Fayard, 2010.

⁴⁷ Pierre Bourdieu, «Un foulard peut en cacher un autre» (1999) en Charlotte Nordmann y Jérôme Vidal, *Le foulard islamique en question*, París, Amsterdam, 2004, p. 45.

⁴⁸ Abdellali Hajjat y Marwan Mohammed, *Islamophobia: comment les élites françaises fabriquent le «problème musulman»*, París, La Découverte, 2013, p. 20.

⁴⁹ Vincent Romani, «Rhétoriques de négation et de justification de l'islamophobie», *Bulletin de l'Observatoire international sur le racisme et les discriminations*, vol. 10, núm. 1, verano de 2015, p. 14.

puede enmascarar una negación del fenómeno que pretende describir. Por eso, la línea divisoria no está entre quienes utilizan el concepto de «racismo antimusulmán» o «musulmanofobia» (para subrayar que el racismo en cuestión no ataca al islam como religión, sino a los musulmanes), y quienes prefieren el término «islamofobia», sino entre quienes consideran que el racismo existe en nuestra sociedad, dirigido específicamente contra quienes llevan un signo de pertenencia real o supuesta a la religión musulmana, y quienes niegan esta realidad. En lo que a nosotros respecta, utilizamos el término «islamofobia» porque es el que han adoptado los principales afectados, es decir, las víctimas de esta forma contemporánea de racismo. Ello no nos impide señalar que este racismo no se limita a la «fobia» o a la «intolerancia religiosa».

La eficacia de la islamofobia para ampliar lo que hemos llamado la base de las alianzas racistas difiere según las historias nacionales. Por tanto, la «retórica de la negación» diferirá en escala de un país a otro. En Francia, la escala de estas retóricas es particularmente importante debido a los conflictos sobre el laicismo en la historia reciente de la nación francesa. Por esta razón, Vincent Geisser caracteriza la islamofobia como una forma de «religiofobia» vinculada a una «disputa histórica»: «La islamofobia no es una simple transposición del racismo antiárabe, antimagrebí y antijuvenil de periferia: es una religiofobia. Es cierto que puede combinarse con formas más tradicionales de xenofobia, pero se desarrolla de forma autónoma, lo que explica por qué algunos arabófilos son también potenciales “islamófobos”».⁵⁰

El filósofo Pierre Tevanian va en la misma dirección para explicar la existencia de una islamofobia de «izquierda». El título de su libro sobre el tema es evocador: *La haine de la religion: comment l'athéisme est devenue l'opium du peuple de gauche* [El odio a la religión: cómo el ateísmo se convirtió en el opio de la gente de izquierdas].⁵¹ La «retórica de la negación» más frecuente se refiere a la imposibilidad de tal racismo porque el objetivo no es una «raza» y sus miembros, sino una religión y sus seguidores. Aparte del hecho de que esta línea de razonamiento limita el racismo a su forma biologicista —y, por tanto, oculta franjas enteras del racismo contemporáneo—, reduce la islamofobia a la intolerancia religiosa. Sin embargo, como señala el sociólogo inglés Tariq Modood, en realidad «el grupo objetivo, los musulmanes, se identifica, sobre la base de su ascendencia no europea, con el hecho de que no son blancos».⁵² Al igual que el antisemitismo, la

⁵⁰ Vincent Geisser, *La nouvelle islamophobie, op. cit.*, p. 11.

⁵¹ Pierre Tevanian, *La haine de la religion: comment l'athéisme est devenu l'opium du peuple de gauche*, París, La Découverte, 2013.

⁵² Tariq Modood, «Introduction» en Tariq Modood y Pnina Werbner (dir.), *The Politics of Multiculturalism dans the New Europe*, Londres, Zed Books, p. 4.

islamofobia no se dirige contra una religión sino contra un grupo humano homogeneizado y esencializado en una lógica de diferenciación jerárquica entre «nosotros» y «ellos».

La negrofobia o el retorno de la raza

Entre las «civilizaciones» del cuadro de Huntington figura una «civilización africana», que él precisa no incluye el norte de África ni el Cuerno de África. Consciente de la contradicción entre el carácter multirreligioso de su «África» y su afirmación de la centralidad religiosa en la definición de una «civilización», vacila sin embargo en mostrarse completamente asertivo y añade el paréntesis «(puede ser)» al hablar de la existencia de una civilización africana. «¡No estaba seguro de que África fuera realmente civilizada!»,⁵³ resume el intelectual británico Tariq Ali. En el análisis de nuestro autor, esta falta de unidad religiosa en África distingue al continente de la «civilización islámica», que es vista como un símbolo de diferencia absoluta con Occidente y, por tanto, como un enemigo al que hay que contrarrestar. Por otra parte, en su opinión, hay otra dimensión que los une (junto con América Latina): la ausencia de un «Estado emblemático». En la lectura que Huntington hace del mundo, las «civilizaciones» se unen en torno a un Estado emblemático: Estados Unidos y la Unión Europea para la llamada «civilización occidental», la República Popular China para la llamada «civilización confuciana», Rusia para la llamada «civilización ortodoxa», etcétera. Se dice que las «civilizaciones» musulmana, latinoamericana y africana se caracterizan por la inestabilidad, el peligro, la guerra, etc., por la ausencia de un «Estado faro». Son, en cierto modo, «subcivilizaciones», cuestionándose si África (el famoso «quizás») puede caracterizarse como una «civilización». Al no estar unificada ni por la religión ni por un Estado emblemático, la «civilización» africana solo se define, en consecuencia, por el color.

En otro libro, *Who are we? The challenges to american national identity* [¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense],⁵⁴ Samuel Huntington aborda la cuestión de la inmigración en Estados Unidos. En este libro, el «choque de civilizaciones» se transmuta en un «choque de culturas» que amenaza la identidad nacional. La cuestión de la identidad es, como vemos, central para nuestro autor, identidad civilizatoria a escala internacional e identidad nacional a escala de Estados

⁵³ Tariq Ali, «Au nom du choc des civilisations», *Le Monde diplomatique*, octubre de 2001, p. 18.

⁵⁴ Samuel Huntington, *Qui sommes-nous? Identité nationale et choc des cultures*, Paris, Odile Jacob, 2004.

Unidos. Tanto en el «choque de civilizaciones» como en el «choque de culturas», existe un temor a la inundación vinculado a la demografía y/o a la inmigración. En el «choque de civilizaciones», la demografía de los países musulmanes se analiza como uno de los motivos de preocupación: «El resurgimiento del islam, por su parte, se ha visto alimentado por tasas de crecimiento demográfico igualmente espectaculares. [...] En las sociedades musulmanas, la tasa de crecimiento ha sido casi siempre superior al 2 %, y a menudo incluso del 2,5 % y a veces del 3 %».⁵⁵

Todo el argumento del «choque cultural» se centra en el peligro que la demografía y la inmigración hispanas supondrían para la identidad nacional estadounidense. En cierto modo, se trata de una versión estadounidense de la teoría del «gran reemplazo» que analizamos anteriormente. Resumiendo la tesis del «choque de culturas», el geógrafo y demógrafo Gérard-François Dumont escribe:

La teoría desarrollada por Samuel P. Huntington en *¿Quiénes somos?* es la siguiente: a diferencia de anteriores migraciones, la asimilación de los hispanos en Estados Unidos se ha estancado. Huntington hace especial hincapié en la responsabilidad de los inmigrantes de origen mexicano en este «maremoto latino» que, en su opinión, está superando la capacidad de asimilación de Estados Unidos. En *¿Quiénes somos?* sostiene que «mantener una alta tasa de inmigración mexicana [...] tendría profundas consecuencias para los hispanos, que entonces estarían en América sin ser de América».⁵⁶

La «cuestión hispana» se presenta así como una fuente de peligro o una «amenaza potencialmente grave para la integridad cultural e incluso política de Estados Unidos».⁵⁷ Significativamente, señala que la tasa de fertilidad de los hispanos es superior a la de los blancos y negros nacidos en el país. También expresa su preocupación por el hecho de que el nombre de pila José se dé a los recién nacidos con más frecuencia que el nombre de pila Michael y analiza este hecho como un «indicador [que] parece tener un valor premonitorio».⁵⁸

Mientras Huntington homogeneiza a los musulmanes como una entidad monolítica a nivel internacional, hace lo mismo con los hispanos a nivel nacional. El discurso sobre el «gran reemplazo» procedente de África, que se ha extendido por Europa y Francia, también está homogeneizando

⁵⁵ *Ibidem*, p. 126.

⁵⁶ Gérard-François Dumont, «Huntington, du choc entre les civilisations au choc infranational: un changement d'échelle contradictoire ?», *Anatoli*, núm. 4, 2013, pp. 140-141.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 240.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 251.

a los africanos. El desarrollo contemporáneo del racismo negrofóbico en Francia se basa igualmente en una afirmación similar de la existencia de un peligro de desbordamiento que amenaza la cultura y la identidad francesas. El éxito de las tesis del periodista Stephen Smith, que Emmanuel Macron cita explícitamente en varias ocasiones, es un indicador de ello. Haciéndose eco de las tesis del «choque de culturas» de Huntington, el autor da a la introducción de su libro —elocuentemente titulado *La huida hacia Europa*— un subtítulo evocador: «África, el México de Europa». Según él, «la joven África se precipitará hacia el Viejo Continente»⁵⁹ con la consecuencia de que «en poco más de treinta años, entre una quinta y una cuarta parte de la población europea será de origen africano».⁶⁰

Echemos un vistazo rápido a este autor, que ha sido citado por un presidente francés y tiene micrófonos abiertos en los principales medios de comunicación. Fue periodista en *RFI*, luego en *Libération*, donde dirigió el servicio «África», y finalmente en *Le Monde*, donde coordinó el departamento «África». Cubrió el genocidio de Ruanda, ocultando sistemáticamente la responsabilidad y la implicación francesas en este crimen contra la humanidad. Armado con su imagen de «especialista» en África, en 2004 escribió un libro que supuestamente explicaba las causas de la «muerte» del continente: *Négrologie: pourquoi l'Afrique meurt* [Negrología: por qué África muere].⁶¹ El propio título indica el tenor de las tesis defendidas, que se reducen a un refrito de los peores tópicos coloniales y de la negrofobia que los sustenta.

La presidenta de la asociación *Survie*, Odile Tobner, que dirige desde hace muchos años la lucha contra *Françafrique*,⁶² resume así los diez capítulos de este libro:

1. El apólogo del banquete. No se engañen, no hablamos de Platón, sino de Malthus. En otras palabras: no habrá suficiente para todos. Hay demasiados africanos.
2. La pobreza global: si los africanos son pobres en un continente rico es porque no les gusta trabajar, o son incapaces de hacerlo.
3. El Estado Fénix: sin escuelas, sin cárceles, con funcionarios sin sueldo, con demasiados gastos, el Estado africano es un simulacro inútil.
4. Las puertas del olvido: los africanos se quejan del daño que se les ha hecho, pero la trata de esclavos y la colonización no fueron tan malas; la descolonización a la francesa fue una verdadera oportunidad.
5. Regalos malditos del cielo: los africanos son mendigos. Cuanto más

⁵⁹ Stephen Smith, *La ruée vers l'Europe: la jeune Afrique en route pour le Vieux Continent*, *op. cit.*, p. 15.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 18.

⁶¹ Stephen Smith, *Négrologie pourquoi l'Afrique meurt*, París, Calmann-Lévy, 2003.

⁶² Término que se utiliza para nombrar la relación de Francia con sus antiguas colonias africanas. [N. del T.]

les ayudamos, más pobres son, y además con desagrado. 6. En el paraíso de la crueldad: las guerras en África no tienen sentido, son un desencadenamiento del salvajismo, la embriaguez de la matanza. 7. La tribu encantada: el tribalismo está por todas partes en África, pero ¿qué es una tribu? Una ilusión colectiva. 8. Apocalipsis en plural: entre extremismo islámico y sectas cristianas, África es un caldo de cultivo para las peores aberraciones religiosas. 9. La ética de los naufragos: no hay democracia en África, no forma parte de su cultura, y no la habrá porque los cerebros se marchan. 10. El Cabo de las Tormentas: puede que Sudáfrica haya triunfado sobre el apartheid, pero su futuro es sombrío debido a la pobreza de las masas negras y a los excesos del poder negro.⁶³

La razón por la que nos centramos en este libro y en este autor es que por sí solos resumen la banalización de la negrofobia como forma contemporánea de racismo. Las representaciones y estigmatizaciones que transmite no son aisladas. Cabe citar al historiador Olivier Pétré-Grenouilleau y su banalización de la trata transatlántica de esclavos, a la historiadora Hélène Carrère d'Encausse y su denuncia de la pseudofrecuencia de la poligamia entre los africanos en Francia, al filósofo Alain Finkielkraut y su enfado por el hecho de que la selección francesa de fútbol tenga demasiados jugadores negros, al presidente Jacques Chirac y su problema con el «ruido y el olor» de «musulmanes y negros», al presidente Nicolas Sarkozy y su análisis de los africanos alérgicos a la historia, al presidente Emmanuel Macron y su miedo a la demografía galopante en África, etc. Por supuesto, estos clichés no son nuevos, pero su resurgimiento contemporáneo es específico de nuestra secuencia histórica, que es también la del arraigo en Francia de la inmigración procedente del África subsahariana. Como en el caso de la islamofobia, el racismo contemporáneo se basa en herencias del pasado, e incluso de antaño, que reactiva y actualiza.

El historiador estadounidense William Cohen ha reconstruido la historia y la evolución de esta herencia en Francia entre 1530 y 1880, es decir, incluso antes de la esclavitud. Tal y como explica en las primeras páginas de su libro:

Francia desempeñó un papel muy importante en la expansión colonial europea. Sus experiencias y su concepción de los pueblos negros contribuyeron a configurar la imagen del hombre negro en la cultura occidental. El objetivo de este estudio, dedicado a la actitud de los franceses hacia los africanos desde 1530, fecha de los primeros contactos entre las dos razas, hasta finales del siglo XIX, es describir y explicar el origen y la evolución de esta actitud.⁶⁴

⁶³ Odile Tobner, «Peau noire, discours blanc» en Boubacar Boris Diop, Odile Tobner y François-Xavier Verschave, *Nérophobie*, París, Les Arènes, 2005, p. 12.

⁶⁴ William B. Cohen, *Français et Africains: les Noirs dans le regard des Blancs (1530-1880)*, París, Gallimard, 1982, p. 7.

Al igual que otras formas contemporáneas de racismo, la negrofobia se basa en un enfoque predominantemente culturalista. Esto se refleja en el lugar especial que concede a los temas de la «poligamia» y la «demografía». Sin embargo, se diferencia de ellos por la frecuencia con que combina argumentos culturalistas y biologicistas. «El tema de la “poligamia” entre los africanos, por ejemplo, o el del sida», señala acertadamente el historiador Pap Ndiaye, «son típicos de este registro de cuerpos en el que se entrecruzan consideraciones biológicas y culturalistas para presentar a los negros africanos como social y sexualmente peligrosos. El cuerpo del Otro racializado, el lugar del deseo y del miedo, ha sido un cómodo puente entre lo biológico y lo cultural».⁶⁵ El uso frecuente de referencias biológicas en la negrofobia contemporánea adopta inicialmente la forma de analogías con animales. La publicación por parte de la candidata del Front National, Anne-Sophie Leclerc, de la foto de un *guenon* yuxtapuesta a la de la ministra de Justicia, Christiane Taubira —como el titular de la portada del semanario de extrema derecha *Minute* «*Maligne comme un singe*» [Maligna como un simio]— es una ilustración reciente. Los gritos de «mono» en los estadios de fútbol también lo atestiguan. Los comentarios del Presidente François Mitterrand sobre el genocidio de Ruanda, cuando dijo que «¡en esos países, el genocidio no es demasiado importante!»,⁶⁶ son otro recordatorio. El eco con los discursos de la época de la conquista colonial es ensordecedor: «El espíritu salvaje de estos negros se manifiesta por ciertos elementos como la ferocidad, el parecido con la bestia, la enfermedad, la falta de higiene; todas estas marcas de un estado salvaje exteriorizan la mentalidad supuestamente primitiva y la brutalidad de estos nativos...»,⁶⁷ resume la historiadora María Lancerotto.

La referencia a lo biológico también toma la forma del hombre negro, caracterizado por una sexualidad desenfrenada, coherente con la «bestialidad» y la «animalidad» mencionadas anteriormente. La poligamia, tantas veces mencionada, está por supuesto vinculada a esta pseudosexualidad específica. Los desvaríos demográficos de Stephen Smith y Renaud Camus dan fe de ello. También lo atestiguan las imágenes y los discursos mediáticos sobre los cuerpos negros, ya sea en el deporte, la publicidad o la moda. El historiador Philippe Dewitte, que prefiere la expresión «racismo antinegro», se refiere al «retorno de los viejos clichés» para describir el retorno de «la imagen del negro sexualmente hipertrofiado»

⁶⁵ Pap Ndiaye, *La condition noire: essai sur une minorité française*, París, Calmann-Lévy, 2008, p. 208.

⁶⁶ Patrick de Saint Exupéry, «France-Rwanda: un génocide sans importance», *Le Figaro*, 12 de enero de 1998.

⁶⁷ María Lancerotto, *Voyageurs français en Afrique Equatoriale Française: la Cendrillon de l'Empire 1919-1939*, París, L'Harmattan, 2009, p. 108.

desde los años ochenta: «Es llamativo constatar que el hombre y la mujer negros habían desaparecido casi por completo [...] entre 1960 y 1980; a partir de esa fecha, los diseñadores encontraron el camino de vuelta a África y reutilizaron las imágenes, todas las imágenes, que habían sido “olvidadas” durante un tiempo».

La mujer negra era a menudo una tigresa de belleza animal y el futbolista negro igualmente animal en fuerza y agilidad. La presencia de estas referencias biológicas, combinadas con otras culturalistas, hace de la negrofobia una realidad específica que subraya el hecho de que el racismo biológico nunca ha desaparecido y que su posible retorno en un contexto de cambio de las relaciones ideológicas de poder no es un mero producto de la imaginación. El filósofo Achille Mbembe señala la tendencia al resurgimiento del biologicismo en el discurso de la genética o de las «tecnologías reproductivas» o en «el lenguaje de la planificación de la vida en general»: «Tras un breve paréntesis, el final del siglo XX y el cambio de siglo coinciden con un retorno a una comprensión biológica de las distinciones entre los grupos humanos. Lejos de marcar el fin del racismo, ha surgido un nuevo despliegue de la raza en el pensamiento genómico. [...] El recurso a la genética tiende a confirmar las tipologías raciales del siglo XIX (blanco caucásico, negro africano, amarillo asiático)».⁶⁸

Al igual que otras formas de racismo, la negrofobia hunde sus raíces en el mundo material. Su resurgimiento contemporáneo forma parte de una secuencia histórica en la que han arraigado la inmigración procedente del África subsahariana y sus descendientes. Al igual que los inmigrantes del norte de África y sus descendientes, por un lado, y al igual que los franceses de los llamados «territorios de ultramar», por otro, los segmentos sobreexplotados del mercado laboral sufren una discriminación sistémica. La negrofobia es a la vez reflejo de esta asignación y parte de la relación de fuerzas que la produce y reproduce. El sociólogo Christian Poirer vincula el retorno de la categoría «negro» en el discurso institucional a la construcción de personas así designadas como «peligrosas» en relación con la afirmación del tema del desarrollo de un pseudo «racismo antiblanco»:

La afirmación del carácter criminógeno de los «negros» franceses [...] solo se hizo patente de forma abierta y sistemática a partir de 2005, cuando se rompieron los diques que hasta entonces habían contenido el uso público del registro de la raza. Fue en relación con las bandas de jóvenes que acudieron a «robar» a estudiantes de instituto durante las manifestaciones de marzo de 2005, cuando el tema del racismo «anti-blanco» de «negros» y «árabes» estalló en una especie de pánico moral.

⁶⁸ Achille Mbembe, *Critique de la raison nègre*, París, La Découverte, 2013, p. 40 [ed. cast.: *Crítica de la razón negra*, Barcelona, NED, 2016].

La categoría «negro» apareció primero en los testimonios de alumnos de secundaria, padres y profesores para designar a los agresores, luego fue utilizada no por el hombre de la calle o los políticos populistas, sino por miembros de la élite intelectual, siendo la figura emblemática Alain Finkielkraut, que en marzo de 2005 firmó un llamamiento contra los «disturbios antiblancos».⁶⁹

Así pues, fue en un momento en el que los herederos de la inmigración subsahariana y de ultramar se movilizaban contra el lugar que se les había asignado, cuando apareció este «retorno de la raza» en el discurso institucional, político y mediático. Aunque diferentes, tanto el racismo islamófobo como el racismo negrofóbico expresan la misma llamada al orden y la misma reasignación sistémica.

El ave fénix del antisemitismo

Antes hemos subrayado la existencia de lógicas comunes entre el antisemitismo y la islamofobia. Ya en 1985, Edward Saïd las destacaba de la siguiente manera: «La hostilidad al islam en el Occidente cristiano moderno ha ido históricamente de la mano, procede de la misma fuente y se ha nutrido de la misma corriente que el antisemitismo».⁷⁰ Saïd señala, por ejemplo, la acumulación de estas dos formas de racismo en autores como Marcel Proust y Ernest Renan. Se refiere a los mismos efectos del orientalismo en la construcción del otro como alteridad total. Del mismo modo que tenemos que hacer frente a la racialización e inferiorización de los musulmanes, o supuestos musulmanes, en el caso de la islamofobia, tenemos que hacer frente a la racialización e inferiorización de los judíos, o supuestos judíos, en el caso del antisemitismo. Del mismo modo que los «judíos» son un grupo social heterogéneo homogeneizado y esencializado por el antisemitismo, la islamofobia procede del mismo modo con los «musulmanes».

Las raíces del «antisemitismo» se remontan muy atrás en la historia de Francia, y corren paralelas a las de la islamofobia. «El fatídico verano de 1096, cuando los cruzados de Occidente partieron para reconquistar Jerusalén, vio entre mayo y julio los primeros pogromos generalizados de nuestra historia»,⁷¹ recuerda la historiadora Michèle Duchet. Poco más de un siglo después, en 1215, el Concilio de Letrán impuso el uso de una

⁶⁹ Christian Poirot, «Le retour de la catégorie “Noirs” dans l’espace public français», *Migrations Société*, núm. 131, septiembre-octubre de 2010, p. 77.

⁷⁰ Edward Saïd, «Orientalism reconsidered», *Cultural Critique*, núm. 1, 1985, p. 99.

⁷¹ Michèle Duchet, «Des origines à la fin du 19^e siècle» en Claude Duchet y Patrick de Comarmond (coord.), *Racisme et société*, op. cit., p. 112.

prenda distintiva (precursora de la estrella amarilla) tanto a judíos como a musulmanes: «Para que el crimen de una mezcla tan maldita [las relaciones sexuales] no tenga excusa en el futuro, decidimos que judíos y sarracenos de ambos sexos, en todas las tierras cristianas, se distinguan públicamente de los demás pueblos por su vestimenta».⁷²

Para Europa, las cruzadas fueron un momento clave en el proceso de instauración de lo que muchos autores denominan «antijudaísmo medieval». El discurso legitimador aún no era «racial». Los argumentos eran aún enteramente religiosos. La necesidad de una justificación ideológica y teológica de las cruzadas llevó a la construcción del «judío» como cómplice potencial del enemigo musulmán. Los pogromos de 1096 antes mencionados fueron ante todo obra de los «cruzados» de la primera cruzada en su camino hacia «Tierra Santa», que saquearon los bienes de los habitantes judíos de las ciudades que atravesaban.

Además de su base material —el botín legítimo— y en relación con ella, las cruzadas iban acompañadas de un intento de afirmar un «nosotros» cristiano que excluyera no solo a los judíos sino también lo que la Iglesia romana llamaba «herejías», como explica Maxime Rodinson: «Se trataba de guerras ideológicas, y de la unidad ideológica cristiana, lograda fugazmente, cuando los judíos se vieron excluidos por la fuerza de las circunstancias. Como la lógica de la ideología tiende siempre a una clasificación maniquea de los hechos y las personas, era normal ver a esos no cristianos como cómplices de los anticristianos, los musulmanes, contra los que se hacía la guerra».⁷³

Significativamente, el Concilio de Letrán, que impuso un signo distintivo de vestimenta a judíos y musulmanes por igual, también llamó a la reanudación de la cruzada, condenó la herejía de los cátaros, se movilizó para su erradicación y, más ampliamente, afirmó y definió más estrictamente un «nosotros» cristiano en forma de setenta cánones disciplinarios y dogmáticos. La lucha contra el enemigo exterior musulmán se vinculó a la lucha contra enemigos interiores como los judíos y los cátaros. La «pacificación» interna del mundo cristiano, dividido por múltiples guerras feudales, y las cruzadas formaban parte del mismo proceso global. La primera se veía como una condición para las segundas, y las segundas como una forma de canalizar las guerras feudales de pillaje hacia el exterior. El historiador Alan Tami resume: «La Iglesia quería pacificar toda la cristiandad occidental, controlar a los *milites* (soldados nobles y caballeros) y dirigirlos contra los enemigos de fuera (paganos e infieles) y de

⁷² *Ibidem*, pp. 113-114.

⁷³ Maxime Rodinson, prefacio a Abraham Léon, *La conception matérialiste de la question juive*, París, Études et documentation internationales, 1968, pp. xxxiv-xxxv.

dentro (herejes y falsos cristianos)». ⁷⁴ Añade que las cruzadas pretendían transformar las guerras feudales en «guerras indignas que traicionaban al cristianismo». ⁷⁵ La definición del «nosotros cristiano» y la absolutización esencialista de la frontera con los «otros», tanto internos como externos, caracterizaron el antijudaísmo medieval.

Un segundo momento histórico importante en la redefinición de la identidad del «nosotros» surgió gradualmente con el capitalismo. Con el fin de unificar el mercado nacional, se impulsó la construcción de Estados nación, en tanto superestructuras políticas del nuevo modo de producción. Una vez más, la definición del «nosotros», esta vez nacional, se desplegó en forma de una nueva absolutización de la frontera con los «otros», tanto internos como externos. Como el dios romano Jano, el nacionalismo de esta nueva secuencia histórica adquirió una doble cara: oposición a otras naciones capitalistas competidoras y guerra contra la alteridad interna: judíos, minorías, culturas regionales y, un poco más tarde, los primeros inmigrantes europeos. Fue dentro de este movimiento global generado por el nuevo modo de producción capitalista donde se desarrolló el antisemitismo «moderno». A diferencia del antijudaísmo medieval, ya no definía a los judíos como una comunidad religiosa enemiga, sino como una «raza» biológica. El antijudaísmo tradicional se racializó. Reciclando la vieja herencia del antijudaísmo de siglos anteriores, el antisemitismo «moderno» lo vincula a cuestiones contemporáneas relacionadas con la competencia entre los Estados nación capitalistas por el reparto colonial del mundo. Aquí también tenemos continuidad al servicio del cambio. Aunque no está totalmente divorciado del antijudaísmo anterior, el antisemitismo «moderno» es, no obstante, una nueva realidad que se corresponde con los retos de la era del capitalismo.

El antisemitismo «moderno» forma parte de un marco más general: el de la invención de la «raza» biológicamente definida como fundamento de las naciones. La antropología racial, que se institucionalizó en Francia a partir de 1860 bajo la égida del médico y antropólogo Paul de Broca, inventó y clasificó las «razas», pero no hizo ninguna referencia a una pseudoraza judía. El *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, de Arthur de Gobineau, publicado en 1853, por ejemplo, distinguía tres grupos de «razas»: «Encuentro que estas razas bien caracterizadas solo son tres en número: blanca, negra y amarilla». ⁷⁶ La invención del racismo biológico precedió a la del antisemitismo «moderno».

⁷⁴ Alan Tami, *L'art de la guerre au temps des croisades (491/1098-589/1193): du théocentrisme irrationnel aux influences mutuelles et adaptations pragmatiques dans le domaine militaire*, tesis de historia, Universidad Michel de Montaigne-Bordeaux 3, 2012, p. 92.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 93.

⁷⁶ Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, t. 1, París, Didot, 1853, pp. 245-246.

Arthur de Gobineau completó esta tipología ternaria con una clasificación jerárquica. En el nivel más bajo se encuentra el «negro de frente estrecha y retraída», con un «carácter animal» que «mata voluntariamente por matar». A continuación está la «raza amarilla de frente ancha, huesuda y a menudo saliente», caracterizada por «poco vigor físico y tendencia a la apatía» y que tiene «tendencia a la mediocridad en todo». Por último, en la cima están los «pueblos blancos», con «energía reflexiva», «mayor fuerza física», «un extraordinario instinto de orden» y un «gusto pronunciado por la libertad». ⁷⁷ A continuación, describe los componentes de la raza blanca en tres ramas, utilizando vocabulario de la Biblia: el camita, el semita y el jafetita.

Es a una rama de esta última rama a la que Gobineau llama los «arios», a la que sitúa en la cima de la pirámide racial por haber conservado su pureza mientras las otras ramas de la misma rama, la igual que las otras dos ramas, se mezclaban. Los semitas contemporáneos serían así una mezcla de blancos y negros, los celtas de amarillos y blancos y los malayos de amarillos y negros. Por último, el autor analiza las consecuencias de esta «mezcla de principios étnicos», que resume en el concepto de «degeneración»: «Pienso, pues, que la palabra degenerado, cuando se aplica a un pueblo, debe significar y significa que este pueblo ya no tiene el valor intrínseco que poseía antaño, porque ya no lleva en sus venas la misma sangre, cuyo valor se ha ido modificando por aleaciones sucesivas». ⁷⁸ El resultado final de esta pérdida progresiva de la pureza esencial inicial es la muerte de la nación. Los principios fundamentales del racismo biológico se formulan ahora en forma de un sistema coherente: la definición de «razas» basada en una pseudodiferencia de «naturaleza» y «esencia», una jerarquía de razas y una obsesión por la pureza.

El nuevo enfoque racista se aplicó pronto a los judíos, con la publicación en 1886 del libro de Édouard Drumont *La France juive*, que comenzaba con una «comparación etnográfica, fisiológica y psicológica del semita y el ario»: «Pidamos un examen más atento y serio de los rasgos esenciales que diferencian al judío de los demás hombres, y comencemos nuestro trabajo con la comparación etnográfica, fisiológica y psicológica del semita y del ario, estas dos personificaciones de razas distintas irremediabilmente hostiles entre sí, cuyo antagonismo ha llenado el mundo en el pasado y lo perturbará aún más en el futuro». ⁷⁹

El antisemitismo «moderno» comienza su historia. Nos centramos en Gobineau y Drumont para subrayar las raíces francesas del racismo biológico, por un lado, y del antisemitismo «moderno», por otro. A menudo,

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 351-353.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 39.

⁷⁹ Édouard Drumont, *La France juive devant l'opinion*, t. 1, París, Flammarion, 1886, p. 5.

ambos se siguen atribuyendo únicamente a Alemania debido a la experiencia del nazismo. En Francia como en Alemania, se propusieron otras jerarquías racistas, con un número diferente de «razas» pero siempre con la misma cúspide: la raza blanca o aria. «Drumont tuvo [...] predecesores mucho más “eficaces” que él en la era germánica: Wilhelm Marr, Adolf Stoecker, Heinrich von Treitschke, entre muchos otros»,⁸⁰ recuerda el historiador Grégoire Kaufmann.

El descrédito del racismo biológico tras la Segunda Guerra Mundial afectó *a fortiori* también al antisemitismo. En el contexto de la nueva relación de fuerzas ideológica, condujo a un retroceso temporal de este último y a una reformulación culturalista del primero. Pero el propio antisemitismo se ve afectado por la reformulación culturalista. Para ello, puede inspirarse en muchos de los desarrollos culturalistas del pasado que han ido de la mano del discurso dominante basado en la biología. El antisemitismo culturalista fue incluso defendido en ocasiones como un enfoque opuesto al racismo biológico. Charles Maurras, por ejemplo, defendía un «antisemitismo de Estado» que no era racista en el sentido biológico del término, al que contraponía el «antisemitismo de piel». El teórico de la extrema derecha monárquica condenó repetidamente el antisemitismo biologicista, al que llamó «antisemitismo de piel». «El antisemitismo», explicaba, «es un mal, si entendemos por tal el antisemitismo de la piel que conduce a los pogromos y que se niega a considerar al judío como una criatura humana compuesta de bien y de mal en la que el bien puede dominar».⁸¹ La denuncia por Maurras del «antisemitismo de la piel», que consideraba específicamente «alemán», se inscribía también en el marco de una condena más amplia del racismo biologicista: «El racismo es nuestro viejo enemigo intelectual; ya en 1900, sus maestros franceses e ingleses, Gobineau, Vacher de Lapouge, Houston Chamberlain, habían sido fuertemente señalados por nosotros para sospecha de las mentes serias y de los nacionalistas sinceros»,⁸² escribía en 1939.

Esta condena del racismo biológico en general y del «antisemitismo de piel» en particular se basaba, sin embargo, en la afirmación de la existencia de una «raza francesa» con raíces celtas y, sobre todo, latinas. Es esta «raza» definida como el resultado de la historia, constituida, señala, no «en el sentido *boche* como parentesco físico y unidad étnica o material», sino en el sentido «*francés*» como un «parentesco de lengua» y una «identidad

⁸⁰ Grégoire Kaufmann, «L'héritage de Drumont dans les années 1930», *Archives juives*, vol. 43, núm. 2010/1, p. 16.

⁸¹ Charles Maurras, «La chimère aux finances. – La liberté des bons – La liberté des Juifs», *L'Action française*, núm. 49, 18 de febrero de 1937, p. 1.

⁸² Charles Maurras, «Vers l'Union des français», *L'Action française*, núm. 216, 4 de agosto de 1939.

de educación y tradición»⁸³ que hay que preservar. Aunque el análisis no es totalmente biologicista, es clara y predominantemente culturalista. El resultado es una lógica similar a la que subyace al concepto contemporáneo de «umbral de tolerancia», que combina una exigencia de asimilación, una desconfianza hacia la «naturalización» y una distinción basada en los «orígenes», no solo entre franceses y extranjeros, sino también entre ciudadanos franceses. El autor distingue así entre judíos buenos y malos, los «judíos de nacimiento» y los otros, que son enemigos desde dentro: «Pero hay un antisemitismo político, un antisemitismo de Estado, que es excelente, porque prevé al otro y puede desviar sus desgracias».⁸⁴

Nos hemos centrado en las tesis culturalistas de Maurras porque se hacen eco de muchos discursos contemporáneos sobre los herederos de la inmigración procedente de África y su pseudo «no integración», otros sobre la incompatibilidad entre el «islam» y los pseudo «valores de la República», otros sobre la «gran sustitución y el desbordamiento», otros distinguiendo entre «casos de éxito» y «escoria». Sin embargo, este racismo antisemita cultural, con sus múltiples matices, estaba ampliamente dominado por el racismo antisemita biológico en la sociedad francesa anterior a la Segunda Guerra Mundial. El cambio en el equilibrio ideológico de poder tras la Segunda Guerra Mundial invirtió el orden de dominación entre estas dos formas de racismo, permitiendo al mismo tiempo que ambas persistieran. El antisemitismo biológico quedaría confinado a ciertos grupos de una extrema derecha en reconfiguración, mientras que el antisemitismo culturalista seguiría impregnando las representaciones sociales de una parte importante de la población. Pierre-André Taguieff⁸⁵ resume así la reformulación culturalista del antisemitismo en la posguerra:

Después del régimen de Vichy, que fue su paso definitivo a la política, esta configuración ideológica, en la que se articulaban el nacionalismo xenófobo, el racismo y la judeofobia conspiracionista, se marginó sin desaparecer, al tiempo que se disociaban sus elementos constitutivos. Los componentes nacionalistas y racistas sufrieron una importante transformación: se desbiologizaron en gran medida al mismo tiempo que se «culturalizaron». El nacionalismo etnoracial se redefinió gradualmente como nacionalismo etnocultural. Al mismo tiempo, la judeofobia abandonó el ámbito del racismo biológico para recomponerse en torno al nuevo absoluto de la diferencia cultural, sin dejar de estar estructurada por una visión conspirativa.⁸⁶

⁸³ Citado por Victor Nguyen, «Race et civilisation chez Maurras» en Jacques Vier, *Missions et démarches de la critique*, París, Klincksieck/Université de Haute-Bretagne, 1973, p. 268.

⁸⁴ Charles Maurras, «La chimère aux finances. – La liberté des bons – La liberté des Juifs», art. cit, p. 1.

⁸⁵ En el próximo capítulo examinaremos las tesis de este autor sobre la «nueva judeofobia».

⁸⁶ Pierre-André Taguieff, «L'invention racialiste du Juif», *Raisons politiques*, núm. 5, 2002/1, p. 49.

Como señalamos anteriormente, las secuencias históricas de resurgimiento del antisemitismo son las caracterizadas por convulsiones materiales, crisis económicas, desestabilización social e inseguridad. Este fue el caso del antijudaísmo medieval, y aún más del antisemitismo biológico que acompañó al desarrollo del capitalismo y a su fase imperialista. Comprender el vínculo entre antisemitismo y capitalismo mediado por el nacionalismo solo es posible teniendo en cuenta la violencia masiva que el nuevo modo de producción representó para las sociedades europeas. La acumulación primitiva y luego la revolución industrial se lograron ciertamente a través de la violencia contra las civilizaciones amerindias, a través de la esclavitud y la colonización, pero también a través de la reestructuración total de las sociedades europeas. Aunque no estamos de acuerdo con todas las conclusiones del historiador Moishe Postone, sí lo estamos con su lectura del vínculo entre capitalismo y antisemitismo «moderno». Para Postone, este antisemitismo tiene su origen en la propia relación social capitalista. A diferencia del feudalismo, donde la relación de dominación es directa (legalmente establecida por el vínculo de servidumbre y explícita), el capitalismo establece una relación social entre personas «libres». La relación de dominación es abstracta, es decir, no inmediatamente perceptible o enmascarada por la apariencia de un intercambio entre mercancías. Es lo que Karl Marx denominó «fetichismo de la mercancía». Frente a la violencia económica y física del capitalismo, franjas enteras de la sociedad europea de la segunda mitad del siglo XIX tuvieron la tentación de encontrar una explicación al deterioro de su situación en la existencia de una «mano invisible»:

Un examen detenido del imaginario antisemita moderno revela la existencia de una forma de pensamiento en la que la rápida evolución del capitalismo industrial se personifica en la figura del judío y se identifica con él. Los judíos no solo son vistos como los dueños del dinero, como en el antisemitismo tradicional. También se les hace responsables de las crisis económicas y se les identifica con las reestructuraciones y rupturas sociales que acompañan a la rápida industrialización: la explosión de la urbanización, el declive de las clases y estratos sociales tradicionales, la aparición de un vasto proletariado industrial cada vez más organizado, etc. En otras palabras, la dominación abstracta del capital, que —sobre todo con la industrialización rápida— aprisionaba a las personas en una red de fuerzas dinámicas que no podían comprender, empezó a percibirse como la dominación de la «judería internacional».⁸⁷

Es esta especificidad de la relación de dominación y su carácter indiscriminado, o el hecho de que quede enmascarada por el fetichismo antes

⁸⁷ Moishe Postone, «Antisémitisme et national-socialisme» en Olivier Galtier y Luc Mercier, *Marx est-il devenu muet? Face à la mondialisation*, La Tour d'Aigues, L'Aube, 2003, p. 86.

mencionado, lo que da sentido a la tendencia del antisemitismo a rebrotar en cada periodo de deterioro social significativo. La falta de comprensión de los mecanismos de dominación proporciona una especie de base ideológica para percibir las causas de las dificultades sociales en términos de un «enemigo interno» o una «conspiración internacional». Por tanto, la lógica del «chivo expiatorio», que resurge en estas secuencias históricas, no debe analizarse esencialmente como una instrumentalización política de los miembros de la clase dominante —aunque esta puede existir y existe—, sino como el resultado de la propia relación social capitalista en el doble contexto de una crisis socialmente desestabilizadora y de la debilidad de la conciencia política. Esto es lo que quiso subrayar el dirigente socialista alemán August Bebel con su ya famosa frase: «El antisemitismo es el socialismo de los tontos». Analizando la victoria de los «antisemitas» en las elecciones de «Viena y Baja Austria» de marzo de 1897, el periódico socialista francés *La Petite République* explicaba, por ejemplo: «El antisemitismo fue proclamado “el socialismo de los tontos”. Esta definición es exacta en la medida en que esta doctrina representa las aspiraciones confusas, da contenido y expresión a las quejas de la pequeña industria, del pequeño comercio y de los campesinos que se sienten desposeídos de su trabajo y rechazados por el proletariado».⁸⁸ Otros periodos de degradación social masiva, como el que vivimos hoy con la globalización capitalista, pueden conducir a consecuencias similares, aunque los grupos sociales sometidos a una degradación violenta no sean del todo idénticos. Simplemente, el antisemitismo ya no es la única forma de «socialismo de los tontos». La islamofobia y la negrofobia lo acompañan, pero no lo sustituyen.

El ave fénix del antigitanismo

El antisemitismo no es la única forma de racismo que hunde sus raíces en una historia lejana y que parece renacer una y otra vez. Comparte estas características con lo que llamaremos «antigitanismo» siguiendo a la Alianza contra el Antigitanismo⁸⁹ (ACA), una coalición europea de organizaciones que hacen campaña por la igualdad de derechos de los gitanos. En nuestros escritos anteriores, utilizamos el concepto de «romofobia» para referirnos a esta forma específica de racismo contemporáneo. En coherencia con nuestra elección de tener en cuenta las autodefiniciones dadas por los principales afectados —ya sea de forma espontánea, a través del uso

⁸⁸ Artículo firmado como B., «Lettre d’Autriche: socialistes et antisémites», *La Petite République*, núm. 7642, 17 de marzo de 1897, p. 2.

⁸⁹ *Brochure Antitsiganisme, un texte de référence*, Alliance contre l’antitsiganisme, agosto de 2019.

masivo de un término, o de forma organizada, a través de la elaboración conceptual de grupos activistas—, utilizaremos en lo sucesivo el concepto de antigitanismo definido de la siguiente manera por la ACA:

El antigitanismo es una forma de racismo que se dirige de forma específica hacia las personas romaníes, sinti, travellers, manush y otros grupos sociales estigmatizados bajo la etiqueta comúnmente conocida por el término anglosajón *gypsy* y por el término en castellano «gitano/a». El antigitanismo es un complejo persistente de racismo consuetudinario, históricamente construido, contra los grupos sociales identificados bajo el estigma de «gitanos» u otros términos asociados, y que incluye: 1. una percepción y descripción homogeneizada y esencializada de estos grupos; 2. la atribución de características específicas a estos grupos; 3. estructuras sociales discriminatorias y prácticas violentas que surgen en este contexto, con un efecto degradante y de ostracismo, y que reproducen desventajas estructurales.⁹⁰

Explicando las razones para elegir este término, en lugar de otros términos en circulación en trabajos académicos o escritos activistas, como «racismo antigitano», «rromofobia» o «romafobia», el ACA explica: «El término antigitanismo —en el sentido de que se refiere a las proyecciones de la mayoría de un grupo imaginario exterior de “gitanos” y, simultáneamente, la construcción de un grupo imaginario “interior”, en un círculo cerrado— es más apropiado analíticamente y muestra claramente que otros grupos —gitanos, sinti, manouches, travellers, yeniches— también se ven afectados».

Por último, la decisión de escribir «antigitanismo» sin guión se justifica del siguiente modo: «Con esto último [el guión] se estaría dando a entender engañosamente que existe algo llamado “gitanismo” [...] De hecho, aquello a lo que son hostiles los que encarnan el antigitanismo es en realidad una creación de la imaginación colectiva que ignora por completo las culturas y perspectivas rromaníes».⁹¹

La presencia de «gitanos», en el sentido definido anteriormente, está atestiguada desde hace más de seis siglos.⁹² Sin embargo, para una parte importante de la opinión pública, estas personas siguen siendo percibidas como «extranjeros». Esta doble constatación es indicativa de las profundas raíces del antigitanismo en toda Europa en general y en Francia en particular. Subraya el hecho de que la referencia recurrente al origen real o supuesto se encuentra en el corazón de los procesos de alterización y racialización, y puede ser un fenómeno de muy larga duración. Los grupos humanos que

⁹⁰ *Ibidem*, pp. 5 y 10.

⁹¹ *Ibidem*, pp. 11 y 12.

⁹² Jean-Pierre Liégeois, *Roms et Tsiganes*, París, La Découverte, 2009.

emigraron de la India a partir del siglo X se caracterizaron por la diversidad. Según el lingüista Ian Hancock, hubo al menos tres componentes —los *rroms*, los *doms* y los *loms*— que hablaban lenguas diferentes y abandonaron la India «en momentos y circunstancias diferentes». ⁹³ Fue la visión homogeneizadora que de ellos adoptaron los distintos detentadores del poder en las sociedades europeas (esencialmente la realeza, los señores feudales y la Iglesia) lo que creó inicialmente un grupo «gitano», en lugar de una «esencia», una «identidad», un «origen» o una «cultura» comunes: «Los tres grupos se denominaron “gitanos” [...] y se suponía que habían surgido de la misma migración original procedente de la India», ⁹⁴ explica este autor.

De hecho, estos grupos humanos entraron en Europa, tras varias etapas, a partir de 1280 y a lo largo de un periodo que Hancock estima en más de dos siglos. ⁹⁵ Se encuentran referencias a los «*rroms*» en los Balcanes a partir del siglo XIV, en Europa Central y Occidental a partir del XV, y en Europa del Norte en el XVI. Además, la diversidad de esta «primera oleada» se ve reforzada por las llegadas posteriores. Una síntesis de los conocimientos sobre el tema elaborada para el Ministerio de Infraestructuras, Transportes y Vivienda resume así estas llegadas sucesivas:

Los historiadores distinguen tres periodos principales, abiertos por tres oleadas de movimientos de grupos gitanos: en primer lugar, en los siglos XIV-XV, lo que debe considerarse como movimientos de población (grupos sociales, organizaciones sociales y culturas enteras fueron así desplazadas en su conjunto), después, a partir del siglo XIX, oleadas migratorias (es decir, movimientos de grupos que dejan tras de sí una sociedad y una cultura que perdura en su ausencia) propiamente dichas: primero en la segunda mitad del siglo XIX, después a partir de 1945. ⁹⁶

Lo que predomina es la diversidad y la heterogeneidad, que el sociólogo Jean-Pierre Liégeois resume cuando describe a los «gitanos y viajeros» como un «mosaico de grupos diversos». ⁹⁷ Las llegadas recientes procedentes de Europa del Este no han hecho más que reforzar la diversidad preexistente, que es a su vez el resultado del «circuito de la migración inicial, o de las migraciones sucesivas, y de las influencias culturales encontradas principalmente a lo largo de los siglos». ⁹⁸

⁹³ Ian Hancock, *We Are the Romani People*, Hatfield, University of Hertfordshire Press, 2009, p. 5.

⁹⁴ *Ibidem* p. 6.

⁹⁵ *Ibidem* El primer capítulo resume la historia de esta migración.

⁹⁶ Jean-Yves Blum Le Coat y Christine Catarino, *Bilan critique des études et documents concernant les «Gens du Voyage»*, París, Ministère de l'équipement, du transport et du logement, 2003, p. 26.

⁹⁷ Jean-Pierre Liégeois, *Roms et Tsiganes, op. cit.*, p. 80.

⁹⁸ Daniel Bizeul, *Nomades en France*, París, L'Harmattan, 1993, p. 240.

Los primeros «gitanos» llegaron a una Europa feudal caracterizada por los poderes enfrentados del Estado central, los señores y la Iglesia. La reacción de estos diferentes poderes no fue idéntica. Muchos señores acogieron con satisfacción a los grupos de gitanos que vagaban por sus territorios, interesados como estaban en sus grandes habilidades profesionales en diversos oficios. Muchos hombres también fueron reclutados como soldados para los numerosos conflictos militares feudales. Por último, los líderes de los grupos gitanos se presentaban a menudo como «nobles», «condes» o «duques», obligados a vagar con sus familias y sirvientes por el avance de las tropas turcas. La Iglesia, por su parte, también se mostró inicialmente abierta a estos cristianos que huían del enemigo musulmán. Sin embargo, a partir del Concilio de Trento, que duró de diciembre de 1545 a diciembre de 1563, la actitud de la Iglesia cambió radicalmente. El mismo Concilio que radicalizó su postura frente a los protestantes, creando así el contexto para las Guerras de Religión, se opuso con la misma brutalidad al rito «bizantino» o «griego», acusado de practicar el arte de la adivinación. La Inquisición, que ya había comenzado en Francia contra los cátaros y los *vaudois*, tuvo un impacto significativo sobre las mujeres «egipcias» o «bohemias» acusadas de brujería. La posición cambiante de la Iglesia convergió con la de la monarquía, que intentaba afirmarse frente a la fragmentación del poder en la sociedad feudal y era lógicamente hostil a estos grupos errantes. En consecuencia, el proceso de construcción de un Estado nacional se tradujo rápidamente en hostilidad hacia ellos, en un contexto de lucha general contra los «vagabundos». El historiador Emmanuel Filhol resume así el contexto cambiante que condujo a la estigmatización de los gitanos:

Desde principios del siglo XV, cuando llegaron por primera vez a Francia, hasta la primera mitad del siglo XVII, los gitanos disfrutaron de una edad de oro, intercalada con medidas coercitivas (destierro, galeras y castigos corporales infligidos a los hombres) o sentencias infamantes [...]. Pero a partir de finales del siglo XVII, una serie de factores cronológicamente asociados a la consolidación de los Estados, las crisis económicas, el vagabundeo y la mendicidad que conllevaban, y la estructura del Estado nación moderno en su relación con la nación y los emigrantes, la afirmación de su carácter etnocentrista, el nacionalismo y la xenofobia, y los valores de orden moral y trabajo preconizados por la sociedad burguesa y la Iglesia, condujeron a un cambio de actitud por parte de las autoridades y a la adopción de una legislación especialmente severa y discriminatoria. El destino de la difusa «nación bohemia» dio un vuelco.⁹⁹

Mencionamos aquí estos elementos históricos para subrayar la importancia del discurso político sobre la relación entre el grupo mayoritario y

⁹⁹ Emmanuel Filhol, «Pouvoirs publics et minorités tsiganes en France pendant la Grande guerre», *Recueil Alexandries*, Collections Esquisses, febrero de 2017, consultable en reseau-terra.eu

los grupos minoritarios. Las prácticas estatales hacia los gitanos, que los construían como «enemigos internos» y «asociales», fueron la base jurídica y práctica para el desarrollo de los prejuicios que estigmatizaban a los gitanos. La larga lista de declaraciones reales seguidas de leyes y decretos republicanos, así como las prácticas represivas y el trato excepcional que se derivaron de ellas, están suficientemente documentados como para no tener que extenderse aquí. Recordemos simplemente la propuesta de Jean-Pierre Liégeois de distinguir tres fases en la evolución de las políticas públicas relativas a los gitanos: exclusión, reclusión e inclusión. El fracaso de la primera fase, que consistía en expulsarlos del país, dio paso a la segunda, que consistía en sedentarizarlos o al menos controlar sus movimientos. No fue hasta 1969 cuando esta fase dio paso a la última, con la supresión de la obligación de poseer un documento de identidad específico y excepcional:

Se trataba de la libreta antropométrica, que debía mostrar: la altura de la cintura, la altura del busto, la envergadura, la longitud y la anchura de la cabeza, el diámetro del bizigomático, la longitud de la oreja derecha, la longitud del dedo corazón y del meñique izquierdos, la longitud del codo izquierdo, el color de los ojos; se reservaban casillas para las huellas dactilares y dos fotografías (de perfil y de cara) del portador de la libreta.¹⁰⁰

Las dos primeras fases, que se extienden a lo largo de varios siglos, conducen a la construcción de los gitanos como alteridad absoluta y, lógicamente, a resultados similares a los sufridos por los «judíos» en el mismo periodo histórico. Los gitanos se convirtieron en el chivo expiatorio universal, el enemigo por excelencia, el «extranjero» tanto más peligroso por ser francés de nacimiento. Como en el caso de los judíos, la construcción del «nosotros» esencializado determinó la construcción de los «otros» igualmente esencializados. Tanto los gitanos como los judíos fueron contruidos como alérgicos al orden nacional y, por tanto, como inasimilables, que es lo que el capitalismo necesitaba para desarrollarse. Mathieu Plesiat explica: «En el momento en que se formaban las naciones europeas y surgían nuevas elaboraciones genealógicas, los judíos y los grupos nómadas de Europa entraban en una nueva era de persecución bajo la bandera de la alteridad absoluta».¹⁰¹

Los gitanos no escaparon al racismo biológico surgido en el siglo XIX. Aunque de origen indio, y como tales considerados descendientes de los arios, los gitanos contemporáneos son un «tipo edulcorado por la mezcla

¹⁰⁰ Félix Challier, *La nouvelle loi sur la circulation des nomades: loi du 16 juillet 1912*, París, Librairie de jurisprudence ancienne et moderne, 1913, p. 359.

¹⁰¹ Mathieu Plesiat, *Les Tsiganes: entre nation et négation, op. cit.*, p. 23.

y el mestizaje»,¹⁰² como explicaba en 1931 el antropólogo suizo Eugène Pittard. Son, pues, un ejemplo de «degeneración» en el sentido dado al término por Gobineau. En otras palabras, mientras que el gitano original era un ario, el gitano realmente existente era ante todo un «subhumano».

Por supuesto, fueron los nazis quienes llevaron esta lógica más lejos. Según un decreto de Himmler,¹⁰³ los gitanos se dividían en «gitanos puros» y «mestizos». Pero los nazis no eran los únicos que pensaban así. «Entre 1850 y 1930», explica la historiadora Henriette Asséo, «la Europa científica, dirigida por los alemanes, decidió el destino de los gitanos. Admitió una especie de incorporación vergonzosa a la arianidad y se ocupó de separar a los gitanos idealmente puros pero ilocalizables de la inmensa masa de mestizos (*Mischlinge*), especie de compuesto de castas inferiores que acampaban en las afueras de las ciudades».¹⁰⁴ Pero la tesis de los gitanos como «arios degenerados» no fue la única que influyó en las prácticas nazis. Compitió con la teoría de la «raza nórdica», que Henriette Asséo resume así: «Pero la “búsqueda aria” cambió de sentido cuando la antropología física alentó el desarrollo de una nueva tesis, mucho más perniciosa para los gitanos (y otros), sobre el origen y la localización de la “raza nórdica”. Esto condujo a la idea de que la raza aria era de origen europeo y no asiático. Según estos teóricos, la reserva primitiva y amenazada de la raza blanca pura se encontraba en el norte de Europa».¹⁰⁵ La consecuencia de este cambio de tesis se resume sucintamente en una orden emitida por el Comisariado del Reich para Ucrania el 8 de mayo de 1942: «En general, los gitanos deben ser tratados como los judíos».¹⁰⁶

Si bien en Francia no hay huellas significativas de esta percepción de los gitanos, existen numerosas referencias en la literatura y en el discurso mediático y político relativas a la animalidad y a la herencia del comportamiento «asocial» de los gitanos, desde su llegada a Europa hasta la Segunda Guerra Mundial. Valeriu Nicolae, representante del Secretariado General para Asuntos Gitanos en el Consejo de Europa, señala incluso

¹⁰² Eugène Pittard, «Mémoires. Les Tsiganes et les Bohémiens: recherches anthropologiques dans la péninsule des Balkans», *Le Globe*, núm. 70, 1931, p. 3.

¹⁰³ «Decreto de regulación básica para la resolución de la cuestión gitana sobre la naturaleza de esta raza».

¹⁰⁴ Henriette Asséo, «Contrepoint: la question tsigane dans les camps allemands», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, núm. 3, 1993, pp. 570-571.

¹⁰⁵ Henriette Asséo, «La perception des Tsiganes en France et en Allemagne (1870-1930)» en André Gueslin y Dominique Kalifa (dir.), *Les exclus en Europe entre 1830 et 1930*, París, L'Atelier, 1999, p. 231.

¹⁰⁶ Documento reproducido en Mikhaïl Tyaglyy, «Evolution de la politique anti-Tsigane du commissariat du Reich d'Ukraine au cours du printemps et de l'été 1942» en Catherine Coquio y Jean-Luc Poueyto (dir.), *Roms, Tsiganes, Nomades: un malentendu européen*, París, Karthala, 2014, p. 168.

la persistencia de estas imágenes animales hasta nuestros días. A pesar de que el racismo biológico quedó desacreditado tras la Segunda Guerra Mundial, cree que ha persistido a través de estas representaciones sociales deshumanizadoras. Para él, esta deshumanización continua es un elemento «fundamental» del antigitanismo contemporáneo:

La deshumanización es esencial para el antigitanismo. Entiendo la deshumanización como el proceso por el cual los romaníes son vistos a menudo como un grupo infrahumano más cercano al reino animal que al humano. Incluso los escasos casos de descripciones empáticas de los romaníes parecen describirlos como algo no plenamente humano, en el mejor de los casos como niños. Los romaníes son así descritos como personas de espíritu libre, indiferentes, felices y naturalmente graciosas. Todas estas características se utilizan con frecuencia para describir a los animales.¹⁰⁷

Otra especificidad reside en la amplitud de los argumentos culturalistas sobre los gitanos, mucho antes de que se convirtieran en la forma dominante de racismo para otros grupos racializados. Mientras que estos argumentos también existían para los judíos antes del periodo crucial posterior a la Segunda Guerra Mundial, para los gitanos resultan sorprendentemente extendidos y diversos durante siglos. El carácter «nómada» de los gitanos, elegido o impuesto por las condiciones económicas, por otra parte absolutizado (todos los gitanos se postulaban, contrariamente a la realidad, como «nómadas»), enfrentó a los grupos gitanos con la lógica del control del territorio y de la población de los Estados nación en construcción. A partir de entonces, fue la supuesta «asociabilidad» de los gitanos la que se esgrimió y explicó mediante pseudocaracterísticas o especificidades culturales que venían desarrollándose desde hacía siglos. A su vez, o acumulativamente, se han multiplicado las explicaciones culturalistas que construyen a los gitanos como alteridad absoluta. Estas explicaciones incluyen, entre otras, la idea de una endogamia producida culturalmente que explicaría tanto una pseudo-autoexclusión como una supuesta «consanguinidad» —a veces con la idea de consecuencias genéticas que conducen a un racismo biológico—, la idea del robo y del latrocinio como rasgo cultural, y la idea de una relación específica con la higiene, también resultante de la «cultura», la de una relación específica con la infancia que conduce al rechazo de la escolarización y a la explotación de los niños, la de una alergia cultural al trabajo que conduce una vez más a la criminalidad, la de la ausencia de sentido de pertenencia nacional —supuesta consecuencia del famoso nomadismo de base cultural—, que da lugar a la falta de respeto de la ley y a la incivilidad, etc. Citamos aquí solo algunos ejemplos de interpretaciones culturalistas que han sobrevivido a los

¹⁰⁷ Valeriu Nicolae, *Towards a Definition of Anti-Gypsyism*, documento mimeografiado, p. 2.

siglos y que, combinadas con interpretaciones biológicas, han forjado históricamente un verdadero imaginario del mundo. Como resume la socióloga Annie Cathelin:

El imaginario de la infrahumanidad y de la degeneración racial persiste de forma subterránea y diluida en el discurso médico sobre la consanguinidad de las familias gitanas, y en el discurso de ciertos trabajadores sociales sobre la cultura gitana. Al encerrarlos en una cultura del descuido, la ociosidad y las actividades ilícitas, estos últimos [...] congelan a los gitanos en el exotismo y eufemizan el peso de la discriminación social y económica.¹⁰⁸

Este imaginario ancestral se ha reavivado brutalmente con la llegada, desde la última década del siglo pasado, de «gitanos» procedentes de los países del antiguo bloque del Este. El contexto de la nueva política migratoria europea vinculada a la globalización capitalista —y el tratamiento mediático y político que implica la figura del extranjero— contribuye en gran medida a los actos violentos del Estado, las autoridades locales, los grupos de extrema derecha e incluso los ciudadanos de a pie.

Racismos civilizatorios y enemigos internos

Las diversas formas de racismo contemporáneo coexisten, trabajando juntas para trivializar la idea de un «nosotros» amenazado por «ellos» sobre la base de una frontera «civilizatoria». A ello hay que añadir el «racismo antisasiático» que, en un contexto de feroz competencia económica mundial con China, encuentra un marco propicio para su desarrollo. Así lo ilustran, por ejemplo, los comentarios y agresiones racistas, por una parte, y el carácter implícito de muchos comentarios periodísticos, por otra, que caracterizaron el periodo de la pandemia del coronavirus.

Se trata de una época de una nueva virulencia, más exacerbada, más frecuente, más abierta y más violenta, tanto en lo que se refiere a la reactivación y actualización de viejas formas de racismo, como el antisemitismo y el antigitanismo, como en lo que se refiere a viejas formas reformuladas en un nuevo vocabulario, como la islamofobia que toma el relevo del antiguo racismo antimagrebí, o en lo que se refiere a formas menos presentes en el pasado debido a la presencia cuantitativamente menor de las personas racializadas afectadas, como la negrofobia o el racismo antisasiático. El periodo se caracteriza por un discurso ideológico sobre la civilización amenazada, un

¹⁰⁸ Annie Cathelin, «Imaginaire et réalités de la discrimination chez les Gitans et les Païos», *Esprit critique*, núm. 1, invierno de 2004, p. 111.

tema que vincula a todas estas figuras de racismo. Ya sea de forma explícita y constructiva, como en el caso de la islamofobia, o de forma más indirecta, estos «otros» se presentan como una amenaza para una civilización, sus fundamentos institucionales o sus valores «nacionales». El enfoque culturalista persiste, pero se reformula en el vocabulario de la «civilización» que hay que proteger y defender. Una vez más, el racismo muta para reproducirse. Lejos de ser un vestigio del pasado, el racismo sigue siendo una producción sistémica del funcionamiento social contemporáneo:

Toda reflexión sobre el retorno de la raza exige una reflexión simétrica sobre el futuro del racismo. Mejor aún: de los racismos, ya que el problema es precisamente su multiplicidad. [...] Se trata de poner en tela de juicio una convicción profundamente arraigada en la conciencia del progreso de la razón y de la democracia: que el racismo, y *a fortiori* la idea de «raza», pertenecen al pasado, y que por tanto solo pueden marchitarse antes de desaparecer definitivamente. Frente a esta convicción tranquilizadora (tanto más cuanto que ha tenido un precio extraordinariamente alto en un pasado aún reciente), debemos preguntarnos seriamente si esta representación optimista no es puro prejuicio ideológico.¹⁰⁹

Las mutaciones contemporáneas de las cifras del racismo no se limitan a una dimensión cuantitativa. No son simplemente una diversificación de objetivos. El cambio es también cualitativo. Los enemigos internos son tanto más peligrosos cuanto más se parecen a nosotros. La ausencia de los marcadores antes mencionados no protege contra la sospecha. «El enemigo no es solo el puramente interno y totalmente íntimo, es también el que se desplaza de fuera hacia dentro o el que actúa desde el interior donde está infiltrado»,¹¹⁰ explican los politólogos Ayse Ceyhan y Gabriel Périès. Así pues, no hay nada nuevo bajo el sol racista, aparte de la multiplicación de los objetivos potenciales. A través de la noción de «enemigo civilizatorio», las formas contemporáneas de racismo vuelven a la división binaria entre la «raza blanca civilizada» y las demás «razas». La frontera civilizatoria actual corresponde o renueva la frontera biológica del pasado. Ambas postulan un vértice civilizado constituido por un «nosotros» que se distingue de todos los «otros». A continuación, ambos clasifican a estos «otros» según un orden de peligrosidad que puede variar de un interlocutor a otro, por una parte, y adaptarse a las necesidades de la situación política, por otra. La peligrosidad de estas figuras contemporáneas del racismo es proporcional a la inseguridad social masiva que se extiende por las sociedades

¹⁰⁹ Étienne Balibar, «Le retour de la race», *Mouvements*, núm. 50, 2007/2, p. 163.

¹¹⁰ Ayse Ceyhan y Gabriel Périès, «L'ennemi intérieur: une construction discursive et politique», *Cultures et conflits*, núm. 43, otoño de 2001, p. 5.

«civilizadas». Ello constituye un caldo de cultivo fértil para actos violentos, ya sean cometidos por las «fuerzas del orden» encargadas de la «seguridad interior», por grupos fascistas que se sienten con derecho a defender la civilización y los valores amenazados, o por «el socialismo de los tontos», parafraseando a August Bebel. Lejos de ser un mero vestigio del pasado destinado a desaparecer, el racismo se encuentra en una secuencia histórica de crecimiento provocada por la globalización capitalista:

El desarrollo exacerbado del nacionalismo, tanto en el Norte como en el Sur, y su propensión al etnocidio e incluso al genocidio. La globalización da la espalda a las perspectivas «cosmopolitas» [...]. La intensificación de las comunicaciones, la acentuación de la interdependencia, la relativización del significado de las fronteras y la emergencia progresiva de un espacio político y cultural común no producen un reconocimiento mutuo, ni una conciencia de pertenencia a una misma humanidad, sino una intensificación de la intolerancia, de los impulsos destructivos basados en la reivindicación de identidades colectivas más o menos imaginarias, y por ello mismo prácticamente indestructibles. Por supuesto, se podría sugerir que esta inversión de perspectiva se explica por el hecho de que la globalización sigue siendo inseparable de fenómenos de dominación y competencia que delatan su carácter imperialista.¹¹¹

Concluamos señalando que estas nuevas formas de racismo no son el resultado de un «complot» o de un proyecto enteramente preparado y controlado por un grupo oculto al servicio de la clase dominante. Son el resultado de distintos procesos que, al acumularse e interactuar, acaban dando cuerpo a esas nuevas racionalizaciones racistas. Sin ánimo de ser exhaustivos, se pueden formalizar tres de ellos. En primer lugar, está la necesidad pragmática de justificar una guerra aquí o una política de austeridad en otra parte, lo que da lugar a la necesidad táctica de debates pantalla impulsados mediática y políticamente. En segundo lugar, está el proceso de competencia política, que conduce a una guerra de ofertas para ganarse a un electorado socialmente desafecto. En tercer lugar, están las teorizaciones generadas por los dos procesos anteriores y por agentes ideológicos como los numerosos *think tanks* que florecieron durante el periodo. Estos factores operan sobre el telón de fondo de una herencia racista colectiva ligada a la historia de las sociedades europeas y en un contexto de inseguridad social.

¹¹¹ Étienne Balibar, «Le retour de la race», art. cit, p. 164.

VII

DEBATES Y POLÉMICAS EN EL ANTIRRACISMO. LA FABRICACIÓN DE UNA DESCALIFICACIÓN DEL DISCURSO ANTIRRACISTA

¿Pueden los subalternos hablar?

Gayatri Spivak¹

Esta pregunta planteada por la feminista y comunista india Gayatri Spivak viene de lejos. Su ensayo del mismo título data de hace tres décadas. En este analiza las dificultades a las que se enfrentan los subalternos no para hablar —porque lo hacen, por supuesto—, sino para hacerse oír. El campo «antirracista» francés y los debates y polémicas que lo jalonan lo ilustran perfectamente. Se caracteriza, por un lado, por nuevas expresiones políticas de asociaciones o grupos de herederos de la inmigración poscolonial y, por otro, por diversos intentos de silenciar estas nuevas expresiones políticas. Si bien esta realidad no es nueva, la virulencia y la violencia de los mandatos de silenciar y/o hablar de forma «aceptable» han alcanzado sin duda un nuevo nivel. Todos los debates y reivindicaciones suscitados por este nuevo lenguaje político son, de hecho, objeto de un verdadero bombardeo ideológico. La denuncia de las nuevas formas de racismo en general y de islamofobia en particular ha provocado una contraofensiva virulenta y amenazadora en forma de denuncia de un pseudo «islamo-izquierdismo» y de una supuesta nueva judeofobia gangrenada en los barrios populares. A los desafíos al racismo sistémico y al racismo de Estado se responde con denuncias igualmente violentas de un pseudo «racismo antiblanco» y de una peligrosa «comunitarización» de esos mismos barrios populares. Estos pocos ejemplos ponen en tela de juicio el concepto mismo de «antirracismo». Se está creando una auténtica policía del vocabulario, que prohíbe ciertos términos y trata de imponer otros. Los términos prohibidos tienen en común que se refieren a la dimensión sistémica y política del racismo; los términos promovidos apuntan a interpretaciones individuales y «morales» del racismo.

¹ Gayatri Chakravorty Spivak, *Les subalternes peuvent-elles parler?*, París, Amsterdam, 2009 [ed. cast.: *¿Pueden hablar los subalternos?*, Barcelona, MACBA, 2009].

Del judeo-bolchevismo al islamo-izquierdismo

El término «islamo-izquierdismo» es uno de los más utilizados en todos los debates relacionados de un modo u otro con la inmigración, el islam, el «islamismo», los «barrios populares», el laicismo, la cuestión palestina, etcétera. Es omnipresente y su uso varía según las necesidades de la polémica de que se trate. Entró en el vocabulario de las campañas electorales con Malek Boutih acusando a Benoît Hamon en enero de 2017 de «resonar con la franja islamo-izquierdista» y Manuel Valls acusando a los diputados de France Insoumise de tener «un discurso islamo-izquierdista» en octubre de 2017. La lista de pseudo «islamo-izquierdistas» sigue creciendo con el paso del tiempo, así como la acumulación de polémicas. Veamos brevemente cómo se generalizó este neologismo antes de examinar su contenido y sus funciones.

Génesis de un neologismo descalificador

En los albores del nuevo siglo, Pierre-André Taguieff propuso un nuevo concepto, el islamo-izquierdismo, «para designar las convergencias entre los grupos de izquierda y las organizaciones islamistas, en particular con ocasión de las movilizaciones propalestinas». ² Todo ello en el contexto de la segunda Intifada, que en Francia se caracterizó por la movilización masiva de los herederos de la inmigración poscolonial en manifestaciones de apoyo al pueblo palestino. «El cambio más visible», señala el politólogo Marc Hecker, «es la llegada en gran número de “jóvenes de origen magrebí”. A veces marchan con banderas de países del Magreb, lo que puede irritar a los activistas propalestinos de toda la vida». ³ El propio Pierre-André Taguieff utilizó el término por primera vez en sus conferencias de 2001. Un año más tarde, publicó su libro *La nouvelle judéophobie* [La nueva judeofobia], en el que desarrolla la afirmación de que el antisemitismo está evolucionando hacia una nueva forma, que ahora toma prestado el lenguaje del antisemitismo y del antirracismo. Exponía así la idea central del argumento, que se repetiría en numerosos artículos y entrevistas. Mientras que los portadores de esta nueva judeofobia son, en estas publicaciones, los herederos de la inmigración poscolonial, caracterizados como constituyentes de un «lumpenproletariado», es, sin embargo, según este autor, fomentada por los llamados «islamo-izquierdistas», calificados de «islamófilos»:

² Pierre-André Taguieff, *L'islamisme et nous: penser l'ennemi imprévu*, París, CNRS, 2017, p. 207.

³ Marc Hecker, «Un demi-siècle de militantisme pro-palestinien en France: évolution, bilan et perspectives», *Confluences Méditerranée*, núm. 86, verano de 2013, p. 206.

El fenómeno preocupante [...] no reside ni en la permanencia de las pasiones antijudías (de tradición católica/reaccionaria o de tradición anticapitalista/revolucionaria), ni en el resurgimiento del viejo antisemitismo político de obediencia nacionalista. El fenómeno preocupante reside en la irrupción de la judeofobia por la puerta de atrás, por los suburbios y «barrios sensibles», llevada por el nuevo lumpenproletariado nacido de la inmigración, adoctrinado en el odio a los judíos y a Francia por los predicadores islamistas, alentado en sus acciones violentas por los agitadores del nuevo izquierdismo «anticapitalista» e islamófilo. El rasgo distintivo de este lumpenproletariado emergente es que oscila entre la delincuencia a pequeña y gran escala (de la economía paralela al crimen organizado) y la acción yihadista, es decir, el terrorismo en nombre del islam.⁴

El momento histórico de aparición de la tesis de la nueva judeofobia y el del término islamo-izquierdismo son indisociables del contexto. La amplitud de las movilizaciones de apoyo al pueblo palestino, por una parte, y el lugar que ocupan los herederos franceses de la inmigración, por otra, suscitan un verdadero temor en Israel, por supuesto, pero también entre los que en Francia apoyan a ese Estado. La insistencia en una nueva amenaza antisemita procedente de los barrios populares, en la islamización simultánea de la causa palestina y de los habitantes de esos barrios, y en la complicidad islamo-izquierdista (consciente como estrategia u objetiva como resultado de una ingenuidad que conduce al papel de «tonto útil»), responden en principio a una necesidad de distracción a corto plazo. «¿Por qué esta campaña?», se preguntan el editor Éric Hazan y el filósofo Alain Badiou:

Es importante prender un contrafuego, porque la opinión pública e incluso los medios de comunicación están conmocionados por la brutalidad con la que el ejército israelí está reprimiendo la segunda Intifada. Denunciar el «recrudescimiento del antisemitismo» es una buena manera de desviar la atención de la sangrienta Operación Rampart o, mejor aún, de presentarla como una medida defensiva en el contexto de un «recrudescimiento general del antisemitismo».⁵

La tesis de la nueva judeofobia tiene una formidable eficacia ideológica porque vincula lo nacional y lo internacional, el enemigo exterior y el enemigo interior, Oriente Próximo y los barrios populares de Francia. El peligro ya no es lejano, está en el interior de nuestras ciudades. La «ola global de judeofobia» se extiende a los suburbios, que se presentan

⁴ Pierre-André Taguieff, «Propalestinisme et judéophobie en France, 2000-2012», *Outre-Terre*, vols. 33-34, núm. 3, 2012, p. 170.

⁵ Alain Badiou y Éric Hazan, *L'antisemitisme partout: aujourd'hui en France*, París, La Fabrique, 2011, p. 8.

como plagados de «islamismo». Los ingredientes de la nueva judeofobia se resumen en el título de un artículo de Pierre-André Taguieff: «La emergencia de la nueva judeofobia global: islamismo, antiimperialismo, antisionismo».⁶ En este artículo, el autor enumera los actores de este «islamo-izquierdismo» aliado a los nuevos judeófobos de barrio: neocomunistas, militantes «antiglobalización», trotskistas, anarquistas, militantes del Partido Verde, antiimperialistas, antisionistas, antiamericanistas, José Bové, Arlette Laguiller, Olivier Besancenot, Abbé Pierre, Noël Mamère, Albert Jacquard, etc. Todos estos actores parecen ser, en cierto sentido, las mismas personas. En su opinión, todos estos actores se han instalado en un «conformismo antisionista» que hace el juego al «islamismo»: «La lucidez debe combinarse aquí con la valentía, porque el conformismo “antisionista” y “palestinofílico” no deja de ganar terreno en la escena pública, al mismo tiempo que se pone en marcha un sistema de intimidación para prohibir toda crítica del islamismo (asimilado a la “islamofobia”)».⁷

A raíz de los numerosos debates y polémicas en torno a la cuestión del «velo», que el antropólogo Emmanuel Terray describió en 2004 como una forma de histeria política⁸ —descripción de la que se hizo eco la historiadora estadounidense Joan Wallach Scott en 2007⁹—, el término islamo-izquierdismo invadió los medios de comunicación y las redes sociales, añadiendo a su función inicial de pantalla de debate una nueva: la de neologismo de descalificación. Uno de los autores acusados de islamo-izquierdismo, el sociólogo Raphaël Liogier, describe así las circunstancias de su inculpación:

Quando en 2012 publiqué *Le mythe de l'islamisation*, que yo consideraba un libro de sociología no polémico que aportaba claramente sus fuentes y daba diferentes hipótesis, me vi empujado al foco mediático. Inmediatamente tuve que defenderme —incluso antes de hablar del contenido real del libro— de quienes me acusaban de ser escandalosamente poco realista; de tener malas intenciones; de ser un tonto útil al servicio de la conquista del islamismo; e incluso de ser un *dhimmi* (un no musulmán sometido al dictado del islam). Incluso se me acusó de colaboracionista, ya que el islam se había convertido en la bandera de guerra de un enemigo superpoderoso que ocupaba el territorio. Sitios web antimusulmanes como *Riposte Laïque* se volvieron locos contra mí, al igual que estrellas mediáticas como Caroline Fourest. [...] Así

⁶ Pierre-André Taguieff, «L'émergence de la nouvelle judéophobie planétaire: islamisme, anti-impérialisme, antisionisme», *Outre-Terre*, núm. 3, 2003/2, p. 189-226.

⁷ *Ibidem*, p. 193.

⁸ Emmanuel Terray, «La question du voile: une hystérie politique», *Mouvements*, núm. 32, 2004/2, pp. 96-104.

⁹ Joan Wallach Scott, *La politique du voile*, París, Ámsterdam, 2017.

es como me convertí en islamo-izquierdista: ya no era un investigador normal, ni siquiera un simple testigo, sino el actor recalitrante de una puesta en escena social que me superaba.¹⁰

Citamos este ejemplo, entre muchos otros, porque pone de relieve el escenario en tres etapas, ya bien establecido, de la acusación. El primer acto lo llevan a cabo sitios web, blogs o páginas de Facebook abiertamente islamófobos que se reivindican más o menos explícitamente de extrema derecha. El segundo acto lo transmiten los «intelectuales mediáticos» o los famosos «tertulianos» en sus programas habituales en los grandes medios de comunicación o cuando son invitados a aparecer en televisión. El tercer acto lo pueden poner en marcha los políticos de derechas, por supuesto, pero también los que se proclaman de «izquierdas». Todos los investigadores, autores y personalidades públicas que se muestran críticos con la retórica en torno a la amenaza a la civilización, reclamando con urgencia una respuesta política contundente (la amenaza de la islamización, la amenaza del «gran reemplazo», la amenaza al laicismo, la amenaza de la «radicalización», etc.), han sido o son susceptibles de ser acusados de islamo-izquierdismo. «Lo que todas estas denominaciones tienen en común, más allá de sus desacuerdos o divergencias», se pregunta Edwy Plenel, «es el rechazo a estigmatizar una religión, el islam, y sobre todo la diversidad de humanidades que abarca, con el pretexto del terrorismo que pretende ser su causa».¹¹ La falta de contenido del neologismo le confiere una geometría variable propicia para su función de descalificación del discurso crítico: «En lugar de designar un cuerpo de ideas, se convierte en exclusivamente polémico, sirviendo para desacreditar al adversario en debates sobre algo totalmente distinto. En este caso [...] en debates sobre el significado del laicismo, el tratamiento de las poblaciones musulmanas que viven aquí».¹²

No tiene sentido buscar ninguna «escuela de pensamiento» compartida por los acusados. Aparte de distanciarse, a veces incluso tímidamente o con matices, de los discursos del peligro, no hay nada que les una. Lo mismo ocurre con los acusadores, que se caracterizan por su heterogeneidad política e ideológica, a excepción de su acuerdo sobre la idea de un peligro civilizatorio, atribuido al islam o a los musulmanes según los actores. A pesar de esta heterogeneidad, el hecho de compartir un esquema de lectura culturalista común ha conducido, con el tiempo, a la integración de criterios interpretativos comunes (sobre todas las cuestiones estrecha

¹⁰ Raphaël Liogier, «De quoi l'islamo-gauchisme est-il le nom?», *Revue des deux mondes*, octubre de 2018, p. 58.

¹¹ Edwy Plenel, «Leurs passions tristes, nos causes communes», blog de *Médiapart*, 6 de octubre de 2017.

¹² Raphaël Liogier, «De quoi l'islamo-gauchisme est-il le nom?», art. cit, p. 60.

o remotamente relacionadas con el islam o los musulmanes) y, en última instancia, a un vocabulario compartido. Así pues, no existe ninguna «gran conspiración islamófoba» que vincule a la extrema derecha, a los intelectuales y columnistas de los medios de comunicación, a los periodistas y a la Primavera Republicana. Se trata simplemente de las consecuencias lógicas de una premisa ideológica común. Sin embargo, no por ello las consecuencias políticas son menos graves.

La gravedad política del neologismo reside en el desplazamiento de los límites de la confrontación política que provoca. La confrontación ya no se estructura así a lo largo de líneas divisorias sociales, políticas y económicas, sino a lo largo de una línea divisoria «civilizatoria» con el islam o los musulmanes en su centro. Todos los que se niegan a unirse al «nosotros» propuesto se convierten en cómplices, conscientes o no, del «yihadismo», el «terrorismo» y la «radicalización». Manuel Valls, por ejemplo, nos acusaba en 2016 de «estas capitulaciones, estas ambigüedades con los Indigènes de la République, las discusiones con la Sra. Clémentine Autain y Tariq Ramadan, ambigüedades que se mantienen y que constituyen el caldo de cultivo de la violencia y la radicalización».¹³ Independientemente de la veracidad de los hechos (Clémentine Autain nunca se reunió con Tariq Ramadan e incluso retiró su firma del *Appel des Indigènes de la République* en 2005 porque él era uno de los firmantes), el objetivo no es argumentar sino desacreditar.

Citamos a Manuel Valls entre muchos otros porque sus declaraciones ilustran la última fase de la historia del neologismo de la descalificación: la transición del islamista de izquierdas de ingenuo manipulado por los «islamistas» a cómplice consciente de estos últimos por una cuestión de estrategia política. En los primeros años de su uso, el neologismo se utilizó con frecuencia para describir a los «tontos útiles», en palabras del novelista Jack-Alain Léger. Ya en 2003 diagnosticó el peligro, el islam, y denunció a los «tontos útiles» que permitían su propagación: «Un espectro recorre Francia, y este espectro, ya que hay que llamarlo por su nombre, no es otro que el islam. Desgraciadamente, una cábala de devotos como no se había visto en este país desde Molière trata a toda costa de impedir que las mentes libres pongan nombre al peligro. Excompañeros de viaje comunistas convertidos en tontos útiles del islamismo».¹⁴

El tonto útil es sincero pero está manipulado. «¿Estamos condenados a estar atrapados entre los “tontos útiles” del integrismo inteligente y los defensores de una visión rancia de la nación?»,¹⁵ se preguntaba Caroline

¹³ Samuel Laurent y Raphaëlle Besse Desmoulières, «Les intox de Manuel Valls sur Clémentine Autain et les Frères musulmans», *Libération*, 19 de diciembre de 2016.

¹⁴ Jack-Alain Léger, *Tartuffe fait Ramadan*, París, Denoël, 2003, contraportada.

¹⁵ Caroline Fourest, «Retour de flamme anti-islam», *Le Monde*, 3 de octubre de 2009.

Fourest en 2009, distanciándose de una extrema derecha que tendía a citarla con demasiada frecuencia, mientras la criticaba por no ir lo suficientemente lejos. Con el paso del tiempo y en el contexto de los atentados de 2015, el islamo-izquierdista tendió cada vez más a ser definido no solo como «tonto útil», sino también como cómplice, no solo del «islamismo», sino del terrorismo. El semanario *Marianne* del 22 de mayo de 2015 dedica un dossier de 24 páginas a «los cómplices del islamismo», que afirma en su entrada: «Cuatro meses después de los atentados de enero, han resurgido ciertos argumentos y prácticas que, por cobardía, ideología, cinismo o ingenuidad, allanan el camino al islamismo. Esta es una investigación sobre estas complicidades, no siempre conscientes pero siempre peligrosas».¹⁶

Este giro hacia la acusación de complicidad adopta a menudo la forma de una analogía con el periodo de la colaboración petainista. Se habla mucho de un «nuevo Múnich» e incluso de un «partido intello-collabo»,¹⁷ en palabras del periodista autoproclamado «de izquierdas» Jacques Julliard. En resumen, los islamo-izquierdistas se están convirtiendo en una quinta columna que algún día habrá que erradicar. Ya no se trata solo de desacreditar, sino también de amenazar.

El precedente judeo-bolchevique

La formulación de un neologismo político que articula una población definida por una referencia religiosa y una ideología política tiene un precedente significativo. «En los años treinta, tanto en Francia como en otros países europeos, a los comunistas y a diversas figuras de la izquierda radical se les llamaba con frecuencia “judeo-bolcheviques”»,¹⁸ recuerda el historiador israelí Shlomo Sand. Para él, no se trataba de subrayar una simple similitud lexicográfica, sino de poner de relieve una estructura común entre los dos neologismos, que podía conducir a funciones de la misma naturaleza. Por supuesto, tal afirmación no implica un significado idéntico, ignorando la diferencia de contexto histórico. Shlomo Sand lo aclara al final de su artículo, para evitar cualquier mala interpretación:

Por supuesto, el término «islamo-izquierdismo» no es todavía idéntico o cercano al antiguo nombre de «judeo-bolchevismo». Por el momento,

¹⁶ Éric Conan, «Dossier: Alliés objectifs, compagnons de route, idiots utiles: typologie illustrée des complices de l'islamisme», *Marianne*, núm. 944, 22 de mayo de 2015, p. 44.

¹⁷ Jacques Julliard, «Contre le parti collabo du “pas d'amalgame”», *Marianne*, núm. 1013, 3 de septiembre de 2016.

¹⁸ Shlomo Sand, «Du “judéo-bolchevisme” à “l'islamo-gauchisme”: une même tentative pour faire diversion», *Nouvel Observateur*, 8 de junio de 2016.

pretende clavar sus colores en el mástil y distraer el debate público de otros problemas sociales y políticos más graves. Sin embargo, ¿quién puede decir que el uso del término «islamo-izquierdismo» no tiene un futuro oscuro e imprevisible? Es muy posible que constituya una contribución retórica, y no marginal, al planteamiento de otro agujero negro en la historia moderna de Europa.

Recordemos brevemente en qué consistía la acusación de «judeo-bolchevismo», teniendo en cuenta, por supuesto, la diferencia de contexto histórico. Comencemos, además, con una importante diferencia en el contenido dado a los dos neologismos. El término judeo-bolchevismo se utilizó en el contexto del ascenso del nazismo para afirmar que el bolchevismo era un proyecto judío, que sus partidarios eran judíos que se escondían tras un discurso anticapitalista y que la URSS era un Estado judío. «El gigantesco imperio oriental está maduro para el colapso, y el fin del dominio judío en Rusia será el fin de Rusia como Estado»,¹⁹ declaró Adolf Hitler en *Mein Kampf*. Joseph Goebbels, ministro de Educación Popular y Propaganda, lo confirmó en 1936: «Esta doctrina [el bolchevismo] es una locura patológica y criminal, manifiestamente concebida por judíos, dirigida por judíos con el objetivo de aniquilar a los pueblos cultivados de Europa e imponerles la dominación judaica mundial».²⁰

El antisemitismo y el anticomunismo están estrechamente ligados como dos facetas inseparables. No es el caso del uso actual de la palabra islamo-izquierdista, ya que nadie se atreve a afirmar que los «izquierdistas» sean «islamistas» camuflados. Este uso se refiere o bien a personas ingenuas manipuladas por «islamistas» inteligentes, o bien a una convergencia y alianza estratégica entre dos entidades diferentes, cada una con su propia agenda.

Ernst Hanfstaengl, uno de los amigos más íntimos de Hitler a partir de 1922, atribuye en sus memorias la autoría del neologismo judeo-bolchevismo a Alfred Rosenberg, uno de los principales ideólogos del nazismo y uno de los principales actores en el genocidio de los judíos.²¹ Sin embargo, la idea de una revolución bolchevique como complot judío es anterior a esto. La extrema derecha europea reaccionó a la Revolución rusa de 1917, y después a las revoluciones de Baviera en 1918 y Hungría en 1919, etiquetándolas de «bolchevismo judío». El neologismo aún no se había formulado, pero la idea ya estaba ahí. El historiador estadounidense Paul

¹⁹ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, París, Nouvelle éditions latines, 1934, p. 494 [ed. cast.: *Mi lucha*, varias ediciones].

²⁰ Joseph Goebbels, *Le bolchevisme en théorie et en pratique*, Discurso del Dr. Goebbels, Reichsleiter, Ministro del Reich en el Congreso Nacional del Partido, Nuremberg, Berlín, Müller, 1936, p. 3.

²¹ Ernst Hanfstaengl, *Hitler: les années obscures. Mémoires*, París, Perrin, 2018.

Hanebrink²² ha documentado ampliamente los vínculos entre contrarrevolución y antisemitismo resumidos en el neologismo de Rosenberg. Esto explica que la influencia de esta idea se extienda a un ámbito mucho más amplio que el de la extrema derecha. Winston Churchill, por ejemplo, desarrolló su análisis de los «judíos internacionales» en un artículo de febrero de 1920 titulado «El sionismo frente al bolchevismo». En este elogiaba a los «judíos nacionales» apegados a su patria y a los sionistas que querían regresar a una «patria ancestral», contraponiéndolos a los judíos apátridas que, en su opinión, estaban detrás de la revolución bolchevique:

En violenta oposición a toda esta esfera del esfuerzo judío [la de los «judíos nacionales»] se alzan las conspiraciones de los judíos internacionales. Los partidarios de esta siniestra confederación son en su mayoría hombres que se han criado entre las desafortunadas poblaciones de países donde los judíos son perseguidos por su raza. La mayoría, si no todos, han abandonado la fe de sus antepasados y han desechado de sus mentes toda esperanza espiritual en el Otro Mundo. Este movimiento entre los judíos no es nuevo. Desde los días de Espartaco-Weishaupt hasta los de Karl Marx, pasando por Trotsky (Rusia), Bela Kùn (Hungría), Rosa Luxemburg (Alemania) y Emma Goldman (EEUU), esta conspiración mundial para derrocar a la civilización [...] no ha dejado de crecer.²³

En el mismo artículo se considera que estos «judíos internacionales» están detrás no solo de 1917, sino también de la Revolución francesa y de «toda la subversión del siglo XIX». No había antijudaísmo religioso ni antisemitismo racista en el análisis de Churchill, sino más bien la defensa de un orden social y una «civilización» amenazados por una categoría de ciudadanos percibidos como carentes de vínculos nacionales. Es imposible no pensar en la multitud de discursos sobre los herederos de la inmigración poscolonial (aún no integrados o que rechazan la integración, que odian Francia y la identidad francesa, que pertenecen a una *ummah*²⁴ transnacional, etc.). Estos pseudo-apátridas de nuevo cuño convergerían con los «izquierdistas» en busca de una base social para su proyecto revolucionario, explica Jacques Julliard en una entrevista titulada «El islamo-izquierdismo es el odio a la identidad francesa»: «Él [Marcuse] me dijo algo que nunca he olvidado: “Soy un marxista que ha perdido a su agente histórico”. ¡Y también buscaba a otros! Veo este síndrome de Marcuse en acción. También

²² Paul Hanebrink, *A Specter Haunting Europe: The Myth of Judeo-Bolshevism*, Cambridge, Harvard University Press, 2018.

²³ Winston Churchill, «Zionism versus bolchevism: a struggle for the soul of jewish people», *Illustrated Sunday Herald*, 8 de febrero de 1920, p. 5.

²⁴ Término usado en el Corán para designar a la comunidad del islam. [N. del T.]

las mujeres representan, para algunos, un nuevo proletariado. Para los islamo-izquierdistas, son los musulmanes».²⁵

Ya sean utilizados por racistas explícitos como Rosenberg, o por defensores de un orden social como Churchill o Julliard, los dos neologismos tienen en común que se inscriben en la lógica de la defensa de una civilización amenazada de extinción. Así como el judeo-bolchevismo amenazó ayer a la civilización occidental, el islamismo, apoyado por el islamo-izquierdismo, la amenaza hoy. Ayer la amenaza provenía de los judíos disfrazados de bolcheviques, hoy de la convergencia de «izquierdistas» e «islamistas».

La naturaleza de la amenaza es otra dimensión de la similitud estructural entre los dos neologismos. El término judeo-bolchevismo denuncia la «judaización» o el «ajudiamiento» de la civilización europea, cristiana o aria, según el autor. El término «islamo-izquierdista» advierte de una supuesta «islamización» que amenaza el laicismo, los derechos de la mujer, la democracia, los valores de la República, etcétera. En ambos casos, está presente la idea de una civilización socavada progresivamente por la infiltración de un elemento externo letal. No es de extrañar que se recurra ampliamente al vocabulario médico para describir este proceso, tanto más peligroso por ser, a primera vista, invisible: virus, infección, contaminación, cáncer, peste, bacilos, etc. Hablando de la judaización «en la prensa, en el arte, en la literatura y en el teatro», Adolf Hitler escribió: «Era una plaga, una plaga moral, peor que la peste negra de antaño, que en estos lugares infectaba al pueblo».²⁶

Continuando con su descripción de la enfermedad, pasó a denunciar una «prensa socialdemócrata [...] dirigida por judíos».²⁷ Menos de medio siglo después, el sociólogo Raphaël Liogier calificaba de «obsesión colectiva» el creciente número de referencias a un supuesto proceso de islamización de la sociedad francesa —o a la elección de barrios populares, asociaciones, deporte, transporte público, etc.— en los debates políticos y sociales. «A mediados de los años 2000», escribe, «una palabra extraña empezó a impregnar los debates públicos en la mayoría de las sociedades europeas: islamización. Se decía que los musulmanes, cuyo número crecía peligrosamente, pretendían desbordar y, en última instancia, perturbar las culturas nacionales».²⁸ La demografía y la inmigración no son los únicos

²⁵ Jacques Julliard, «L'islamo-gauchisme c'est la haine de l'identité française», *Revue des deux mondes*, octubre de 2018, p. 13.

²⁶ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, *op. cit.*, p. 117.

²⁷ *Ibidem*, p. 123.

²⁸ Raphaël Liogier, *Le mythe de l'islamisation: essai sur une obsession collective*, París, Le Seuil, 2012, p. 7.

temas abordados. También se trata del poder y el control ideológico, y de la conquista de territorios e instituciones. Un libro con un título evocador, *Les territoires conquis de l'islamisme*, comienza, por ejemplo, con una angustiosa advertencia: «*Los territorios conquistados del islamismo* cuenta la historia de una toma del poder. [...] Así es como las redes militantes han transformado los “guetos urbanos” de las grandes aglomeraciones francesas en enclaves militantes de sabor islamista».²⁹

Es cierto que, a diferencia del «peligro judío» o de los discursos «judeo-bolcheviques» del pasado, el objetivo no es una religión y sus seguidores, sino, como señala el coordinador del libro, las «corrientes ideológicas»: «Este libro no trata, pues, del islam *per se*, sino de su traducción ideológica actual: el islamismo».³⁰ Sin embargo, el impacto de estas corrientes se considera masivo en «barrios y suburbios». La razón que se aduce para esta presencia «islamista» es simplemente el «imaginario islámico» heredado de los padres. La distinción inicial entre «islam» e «islamismo» queda así aniquilada por una rejilla de lectura esencialista y culturalista:

En los barrios y suburbios de las sociedades europeas, la llamada del Estado Islámico ha sido escuchada por amplios sectores de jóvenes procedentes de la inmigración poscolonial norteafricana y subsahariana, así como por algunos europeos étnicos convertidos al salafismo. La razón de ello queda clara al final de esta perspectiva histórica y teológica: este llamamiento tenía un fuerte poder sugestivo porque se hacía eco de forma natural de concepciones, narrativas y afectos profundamente arraigados, bajo formas más o menos eufemísticas, en el imaginario islámico de las generaciones más jóvenes, sobre todo en Francia y Bélgica.³¹

Otros autores o participantes en el debate público no se preocupan de esta distinción entre «islam» e «islamismo» para afirmar la existencia de una peligrosa «islamización». He aquí algunos ejemplos: Philippe de Villiers, *Les cloches sonneront-elles encore demain? La vérité sur l'histoire de l'islamisation de la France* [¿Seguirán sonando las campanas mañana? La verdad sobre la islamización de Francia]; François Pupponi, *Les émirats de la République* [Los emiratos de la República]; Ivan Rioufol, *La fracture identitaire* [La fractura identitaria]; Jean-Frédéric Poisson, *L'islam à la conquête de l'Occident: la stratégie dévoilée* [La conquista de Occidente por el islam: estrategia al descubierto]; Christopher Caldwell, *Une révolution sous nos yeux: comment l'islam va transformer la France et l'Europe* [Una revolución ante

²⁹ Bernard Rougier (dir.), *Les territoires conquis de l'islamisme*, París, PUF, 2020, p. 7.

³⁰ *Ibidem*, p. 7.

³¹ *Ibidem*, p. 43.

nuestros ojos: cómo el islam está llamado a transformar Francia y Europa]. Como ya hemos señalado, uno de los temas recurrentes de esta literatura heterogénea es la denuncia de los islamo-izquierdistas como ingenuos ante el peligro y/o cómplices del mismo. *Les territoires conquis de l'islamisme* [Los territorios conquistados del islamismo] denuncia sin orden particular a los alcaldes e intelectuales partidarios del enfoque «interseccional», antes de añadir: «existen vínculos orgánicos entre los movimientos descoloniales y los movimientos yihadistas».³² La «islamización» no solo se plantea en esta prosa como un hecho probado e innegable, sino que el islamo-izquierdismo explica su desarrollo. Más directamente, el libro *Histoire de l'islamisation française, 1979- 2019*³³ [Historia de la islamización francesa] enumera en un capítulo tras otro los factores que explican el peligro, que convergen en una única figura, el islamista de izquierdas.

«El enamoramiento jomeinista que se apodera de una gran parte de la izquierda francesa»; la búsqueda izquierdista de un «proletariado sustitutivo [que] será la inmigración»; la denuncia por la extrema izquierda del derribo de un albergue para trabajadores inmigrantes que constituye un abandono de la «protección económica de los trabajadores nacionales»; el tratamiento de la poligamia «en la izquierda, en el registro del exotismo simpático o de la compasión curiosa»; el análisis por la «izquierda progresista» de la guerra de Argelia como una «guerra de liberación nacional» cuando se trataba, una vez más, de una guerra de la yihad; la negativa a considerar el «islam» como la causa de los atentados contra Charlie Hebdo: «nada se explica por el islam, sino por lo que se le impone»; el abandono de «la integración por asimilación [...] que daba prioridad a los valores de la sociedad de acogida»; «el acoso “antirracista” a los empresarios que se enfrentan a “cuestiones religiosas en el lugar de trabajo”»; la invención del término «*sans-papiers*» (inmigrantes sin papeles), convirtiendo a los «inmigrantes ilegales con papeles regulares pero extranjeros [...] en víctimas sin papeles regulares»; la «criminalización militante del control de la inmigración»; etc.

A pesar de la gran diferencia que destacamos al principio de esta sección, el punto común estructural entre los dos neologismos resulta netamente evidente: la esencialización de una comunidad religiosa como entidad homogénea caracterizada por ser apátrida —el judío de ayer sin patria y el musulmán de hoy jurando lealtad a una *ummah* transnacional—; anunciando una amenaza inminente para la civilización (judaización ayer e islamización hoy) por parte de un enemigo exterior, pero también de un enemigo interior tanto más peligroso cuanto que es francés (el comunista francés servil a Moscú ayer y el «islamista» servil a Daesh hoy);

³² *Ibidem*, p. 106.

³³ VVAA, *Histoire de l'islamisation française, 1979-2019*, París, L'Artilleur / Toucan, 2019.

denunciando a los adversarios de esta tesis como ingenuos, cobardes o cómplices (los ingenuos demócratas ayer y los ingenuos antirracistas hoy). De esta estructura común se derivan utilidades tácticas similares que, por supuesto, adoptan diferentes formas y tamaños dados los diferentes contextos históricos. La primera utilidad táctica es la función de distracción, siendo la angustia suscitada por el discurso del peligro inminente propicia a la credibilidad de todo tipo de amalgamas y al lanzamiento de debates de múltiples pantallas. La segunda es desacreditar a los adversarios para intimidarlos y hacerlos callar. La tercera es justificar la represión de los objetivos designados. El hecho de que hoy predominen las dos primeras funciones no debe ocultar que la lógica general conduce a la tercera. El hecho de que, por el momento, la represión solo afecte a la palabra, en forma, por ejemplo, de prohibiciones de reuniones o conferencias públicas, no debe impedirnos ver la estructura común de los dos neologismos.

La policía del vocabulario: el ejemplo del racismo de Estado

En noviembre de 2017, el sindicato de profesores SUD-93 organizó un curso de formación, uno de cuyos contenidos anunciados era el «análisis del racismo de Estado en la sociedad francesa y, en particular, en la educación nacional». El ministro de Educación, Jean-Michel Blanquer, anunció inmediatamente su intención de interponer una demanda por difamación. Un mes después, la periodista Rokhaya Diallo fue despedida del Conseil National du Numérique [Consejo Nacional Digital] por haber utilizado el indeseable término. Un año después, Pierre Liscia, diputado del Distrito 18 de París, pidió al ayuntamiento que exigiera la retirada de una subvención a la Fédération des Associations de Solidarité avec Tou-ttes les Immigré-es (FASTI) por su uso de las expresiones «racismo de Estado» y «redadas de refugiados». Además de producir un vocabulario que desacredita y descalifica (comunitarismo, islamo-izquierdismo, indigenismo, etc.), se trata de un intento de prohibir un léxico diferente.

Otros términos son objeto del mismo proceso por brujería, como es el caso de «islamofobia», «blanco», «privilegio», «racializado», etcétera. Lo que todos estos términos tienen en común es que son los que las asociaciones y grupos militantes con raíces en la inmigración y los barrios obreros reconocen como reflejo de sus experiencias de dominación. Otro punto en común es que todos ellos hacen referencia a dimensiones sistémicas y políticas. Se trata, pues, de imponer un marco de debate sobre las cuestiones relacionadas con el racismo eliminando las funciones sistémicas del racismo. Por supuesto, tal operación requiere distorsionar el punto de vista del oponente. Pero, ¿de qué hablamos cuando utilizamos la expresión «racismo de Estado»?

Racismo de Estado y Estado racista

Merece la pena relatar una de las escenas a las que ha dado lugar esta expresión. La LICRA, el Printemps Républicain, el Comité Laïcité République y el Grand Orient de France firmaron inmediatamente una carta conjunta dirigida a los ministros de Educación Nacional y de Enseñanza Superior pidiéndoles que pusieran en marcha «todos los medios jurídicos y políticos contra la deriva identitaria hacia la que algunos quieren conducir nuestras escuelas y universidades». La existencia de tal deriva se argumenta del siguiente modo: «En Seine-Saint-Denis, el sindicato Sud-Éducation propone cursos de formación sindical “monotemáticos” para denunciar cierto “racismo de Estado” y responder a la pregunta “¿Qué es un alumno racializado?” o invitar a los “profesores blancos” a tomar conciencia de sus “posturas dominantes”».³⁴

Los medios de comunicación se hicieron eco inmediatamente de la polémica, invitando a sus «columnistas» y «expertos» a comentar el acontecimiento. Curiosamente, las reacciones mediáticas y políticas no se centraron en la libertad de expresión y el intento de imponer un vocabulario legítimo prohibiendo determinados términos en el debate político, sino en la pertinencia del concepto. Se subraya que el concepto sigue siendo objeto de debate en el ámbito científico —característica que comparte con todos los conceptos—, se pide a los sociólogos que denuncien los límites de la expresión y los columnistas de los medios de comunicación advierten de los peligros de tal término y de los abusos que revela. El sociólogo Michel Wieviorka, por ejemplo, critica la expresión como un reduccionismo peligroso. Utilizar la expresión «racismo de Estado», argumenta, es afirmar que el Estado nazi es de la misma naturaleza que el Estado republicano francés contemporáneo. Hubo un amplio consenso entre los partidos, más allá de la división «derecha-izquierda», para denunciar el uso de esta expresión para caracterizar a la República francesa contemporánea. Escuchemos la formulación de la acusación por parte de Wieviorka, que aprueba la decisión del ministro de presentar cargos:

Hablar de racismo de Estado significa que el Estado practica y admite el racismo. Es poner a Francia al mismo nivel que la Sudáfrica del apartheid. Existe racismo de Estado cuando el fenómeno se eleva al nivel del Estado. Lo que no es en absoluto lo mismo que cuando se trata de mecanismos inaceptables que ciertamente existen en el Estado, un Estado que hace todo lo posible por frenarlos [...] es cierto que si

³⁴ Carta a Jean-Michel Blanquer ministro de Educación Nacional y Frédérique Vidal, ministra de Educación Superior, Investigación e Innovación, firmada por Mario Stasi (LICRA), Amine El Khatmi (Printemps Républicain), Patrick Kessel (Comité Laïcité République), Philippe Foussier (gran maestro del Gran Oriente de Francia), París, 21 de noviembre de 2017.

procedes de la inmigración magrebí tienes más dificultades para encontrar un periodo de prácticas o un empleo al salir de la escuela. Pero no hay voluntad explícita, ni siquiera aceptación de tal lógica por parte del Estado. Al contrario, la República da muestras de movilizarse con fuerza contra el racismo.³⁵

El argumento del sociólogo se desencadena por la imposición arbitraria de una definición de la expresión ofensiva. Solo podríamos hablar científicamente de «racismo de Estado» en situaciones en las que el Estado no solo «practica» el racismo, sino que además lo profesa oficialmente. La postura de autoridad adoptada implica la existencia de un acuerdo sobre la definición de «racismo» cuando, como señala una convocatoria de 2019 de la Agencia Nacional de Investigación francesa: «A pesar de su uso e invocación frecuentes, no hay acuerdo sobre lo que significa racismo. Sus usos son variados y han cambiado con el tiempo».³⁶ La reducción del racismo a su forma explícita, que constituye el núcleo de la postura de Wieviorka, ha sido uno de los puntos de divergencia teórica durante varias décadas. Por ejemplo, todo el campo de la investigación sobre la discriminación que se ha venido desarrollando con fuerza desde la década de 1990, se basa en una ruptura con las dimensiones explícita e intencional —cabe admitir que no absoluta, ya que algunas discriminaciones siguen siendo intencionales— que ha abierto la visión de las dimensiones estructurales o sistémicas. Quienes se han escandalizado por el uso de la expresión «racismo de Estado» y han pedido que se castigue están mezclando —deliberada y conscientemente para algunos e involuntariamente para otros— dos realidades distintas, que llamaremos «racismo de Estado», por un lado, y «Estado racista», por otro. El Estado racista es precisamente aquel que se proclama explícitamente racista. Dicho Estado desarrolla naturalmente prácticas jurídicas, económicas, sociales y educativas coherentes con su ideología racista explícita, es decir, practica lógicamente el «racismo de Estado». Sin embargo, la desaparición de una ideología racista explícita —aunque es un cambio esencial en la medida en que revela un cambio en el equilibrio de poder entre dominantes y dominados— no significa automática e inmediatamente la desaparición del «racismo de Estado». Al igual que la deslegitimación del «racismo biológico» tras la Segunda Guerra Mundial no significó la desaparición del racismo, la deslegitimación de los «Estados racistas», que provocó una tendencia histórica que condujo a la desaparición de estos Estados, tampoco significó automáticamente el fin del «racismo de Estado». El racismo de Estado, que antes se apoyaba en

³⁵ Frantz Durupt y Michel Wieviorka, «Blanquer a eu raison de porter plainte, de ne pas laisser faire», *Libération*, 24 de noviembre de 2017.

³⁶ «Qualifier le racisme», Convocatoria de ponencias para la conferencia del programa ANR «Global Race», ANR, INED, Sciences Po, Universidad París Diderot, 24-25 de junio de 2019

una ideología racista explícita, es decir, en un Estado racista, ahora se basa simplemente en otros fundamentos: la soberanía nacional, la protección de los trabajadores nacionales, la lucha contra la inmigración clandestina, la lucha contra el terrorismo, la lucha contra el comunitarismo, etcétera. Que sepamos, ninguno de los numerosos activistas o investigadores que utilizan la expresión «racismo de Estado» considera que el Estado francés sea similar al nazismo o al régimen del apartheid. Estos actores sociales e investigadores no ignoran su elección de palabras y expresiones. El libro ya clásico del historiador estadounidense George Fredrickson, que analiza las similitudes entre los tres ejemplos «paroxísticos» del siglo XX (los estados del Sur en Estados Unidos durante la época de Jim Crow, 1865-1963; Sudáfrica bajo el apartheid, 1948-1991; y la Alemania nazi, 1933-1945), señala con razón que «la historia del racismo alcanzó una fase paroxística en el siglo XX con el ascenso y la caída de regímenes abiertamente racistas». También advierte de la persistencia de la lógica racista más allá de la desaparición de este tipo de regímenes:

La derrota de la Alemania nazi, la desegregación del Sur estadounidense en los años sesenta y el establecimiento del gobierno de la mayoría en Sudáfrica sugieren que el régimen basado en el racismo biológico o su equivalente esencialista cultural es cosa del pasado. Pero el racismo no requiere el apoyo pleno y explícito del Estado y la ley. Tampoco requiere una ideología centrada en el concepto de desigualdad biológica. La discriminación por parte de instituciones e individuos percibidos como racialmente diferentes puede persistir durante mucho tiempo e incluso florecer bajo la ilusión del no racismo.³⁷

Al describir el «nuevo racismo», el historiador hace hincapié en su carácter culturalista. Cada vez que un Estado utiliza enfoques culturalistas en sus operaciones (en Francia, el discurso sobre la integración, la ley sobre el velo en 2004, el enfoque de la identidad nacional, etc.), inevitablemente da lugar a un «racismo de Estado», aunque no sea «abiertamente racista». En términos más generales, la necesidad de mano de obra barata para maximizar los beneficios da lugar a una segmentación del mercado laboral que produce un trato desigual basado en la diferencia (género, color, origen, edad, etc.) y, en consecuencia, conduce a la producción continua de racismo de Estado, sexismo de Estado, edadismo de Estado, etc. La intencionalidad no es lo mismo que la realidad. La intencionalidad no es una condición necesaria para la existencia de una realidad racista.

³⁷ George M. Fredrickson, *Racism: A Short History*, Princeton / Oxford, Princeton University Press, 2002, p. 4.

Además, para las víctimas, tanto si el racismo es intencionado como si no, las consecuencias son idénticas. La expresión «racismo de Estado» pretende precisamente describir la existencia y producción-reproducción de una relación social racista en Estados cuya intención es exactamente la contraria, es decir, un Estado cuya norma es el antirracismo. Describe la producción sistémica de una realidad racista por parte de un Estado que se define oficialmente como antirracista. La noción de Estado racista, por otra parte, describe Estados que exhiben intencionadamente el racismo como ideología y política. Teniendo en cuenta esta distinción entre racismo de Estado y Estado racista, abundan los ejemplos contemporáneos del primero. Existe incluso una tendencia a que este racismo de Estado aumente como consecuencia de los efectos de la globalización capitalista. El filósofo Jacques Rancière lo explica de la siguiente manera:

Hace unos quince años propuse el término «racismo frío» para describir este proceso. El racismo al que nos enfrentamos hoy es un racismo frío, una construcción intelectual. Es ante todo una creación del Estado. [...] Nuestros Estados son cada vez menos capaces de contrarrestar los efectos destructivos de la libre circulación de capitales en las comunidades de las que son responsables. Son aún menos capaces de hacerlo porque no lo desean. [...] De ahí una utilización del derecho que cumple dos funciones esenciales: una función ideológica, que es dar forma constantemente al sujeto que amenaza la seguridad; y una función práctica, que es reordenar continuamente la frontera entre el interior y el exterior, crear constantemente identidades flotantes, capaces de hacer caer fuera a los que estaban dentro.³⁸

Negar la existencia de este «racismo de Estado», prosigue el autor, tiene como efecto culpar del racismo a los «blanquitos» y desdibujar así el foco de la lucha antirracista al centrarla en la extrema derecha. Al hacerlo, oculta el racismo de arriba abajo. El *tour de force* ideológico, explica, consiste en «oponer las pasiones populares a la lógica universalista del Estado racional, es decir, dar a las políticas racistas de Estado una patente de antirracismo». La fórmula está ya probada y ha sido retomada explícitamente por varios jefes de Estado sucesivos bajo diversas formas: oponerse simultáneamente al extremismo y a la laxitud, practicar una política firme pero humana, cerrar militarmente las fronteras pero ayudar a los refugiados, etc. El discurso antirracista del Estado actúa como un velo para el «racismo de Estado»: «Se ha gastado mucha energía contra una determinada figura de racismo —la encarnada por el Frente Nacional— y una determinada idea de este racismo como expresión de los “blanquitos” que representan a los estratos atrasados de la sociedad. Gran parte de esta energía se recuperó

³⁸ Jacques Rancière, «Une passion d'en haut», *Lignes*, núm. 34, 2011/1, p. 120.

para construir la legitimidad de una nueva forma de racismo: el racismo de Estado y el racismo intelectual de “izquierdas”». ³⁹

La negación del racismo de Estado se basa en una concepción específica del Estado, que dista mucho de ser neutral: la que sitúa al Estado por encima de la sociedad, al margen de los conflictos de intereses que la atraviesan. «El racismo de Estado se produce cuando el fenómeno se eleva al nivel del Estado», dice Wieviorka en la cita anterior. Pero aunque el Estado tiene cierta autonomía, no es independiente de las relaciones de poder sociales. En una sociedad en la que el racismo está permanentemente producido por un sistema económico que exige la competencia entre las fuerzas de trabajo y la segmentación del mercado laboral, el Estado desempeña un papel activo en la producción del entorno jurídico, político, represivo e ideológico, obligando a determinados ciudadanos a «aceptar» posiciones subordinadas (legislación sobre el derecho de residencia y la producción de inmigrantes indocumentados, controles faciales y políticas de lucha contra el «terrorismo» o el «comunitarismo», expulsión de los campamentos romaníes y políticas de seguridad, etc.). Ciertamente, el Estado no es solo el instrumento de las clases dominantes; tiene una cierta autonomía innegable, sin la cual no podría cumplir su función de garante de un determinado orden social, pero tampoco es totalmente independiente de ellas. El filósofo Joseph Pestaïu resume así este vínculo particular entre el Estado y las clases dominantes:

Si el poder del Estado parece indiviso, es porque respeta el equilibrio de las fuerzas sociales, sirve a las que predominan, pero también evita provocar la revuelta de las otras. Solo sirve a las primeras y garantiza el orden que les conviene haciéndose pasar por el árbitro o el amo imparcial de todas ellas, el garante de la paz, la justicia o el desarrollo. Este papel lleva al Estado a ser poco más que un simple instrumento de la clase dominante, a tener en cuenta las reivindicaciones más flagrantes de las distintas clases y a buscar aliados. Como todas las instituciones, tiende hacia un cierto grado de autonomía, tanto más cuanto más aumenta su papel. Sin embargo, aunque el Estado consiga diversificar sus apoyos y ganar así cierta independencia, sigue dependiendo de todos aquellos en los que se apoya. ⁴⁰

Por lo tanto, la expresión «racismo de Estado» no tiene nada de blasfema, sino que es la simple constatación de una relación social de fuerzas en la que el Estado no es neutral. El vocabulario forma parte integrante de esta relación de fuerzas. Contribuye a oscurecer la realidad social o, por

³⁹ *Ibidem*, p. 123.

⁴⁰ Joseph Pestaïu, «Société et politiques avec ou sans État», *Philosophiques*, vol. 6, núm. 2, octubre de 1979, p. 242.

el contrario, a hacerla visible. Así lo atestigua el origen militante de los conceptos ofensivos que algunos querrían prohibir. Este origen atestigua el esfuerzo por nombrar todas las dimensiones del racismo sufrido —en particular las menos perceptibles de forma inmediata— y hacer así visibles las dimensiones oscurecidas por la relación de fuerzas, oscurecimiento que no perdona al ámbito académico.

La búsqueda militante de un vocabulario apropiado a la experiencia racista

En sus *Cuadernos de la cárcel*, Antonio Gramsci señala la necesidad de distinguir entre la actividad intelectual, que es una característica de todos los seres humanos, y la «función intelectual», que está regulada socialmente. «En todo trabajo físico» —explica—, «incluso en el más mecánico y degradado, hay un mínimo de actividad intelectual [...]. Por eso, podría decirse que todos los hombres son intelectuales, pero no todos cumplen la función creadora del intelectual en la sociedad».⁴¹

Como todos los grupos sociales dominados, los inmigrantes, y más tarde sus herederos franceses, se enfrentan a las explicaciones ideológicas dominantes (y a su vocabulario) que justifican la existencia del orden desigual. Esta confrontación ha dado lugar simultáneamente a una actividad objetiva (huelgas, manifestaciones, ocupaciones, «motines», etc.) que significa el rechazo del lugar desigual que se les asignaba, y a una actividad subjetiva, es decir, a una producción intelectual que busca comprender y explicar la opresión sufrida. En esta lucha global, inseparablemente práctica y teórica, se enfrentaron no solo a la represión física, sino también a la hegemonía ideológica y a su vocabulario. Nuevas palabras surgieron como intentos de reconstruir la experiencia de la desigualdad. La realidad social, oscurecida, distorsionada o eufemizada por el léxico dominante, intenta así hacerse visible. Por poner solo un ejemplo, tomemos el término «integración». Rechazado durante décadas por los herederos de la inmigración, este término ha seguido siendo hegemónico durante mucho tiempo en gran parte de la investigación sobre inmigración e incluso durante más tiempo en el vocabulario político y mediático. El término «racismo de Estado» se inscribe así en un movimiento más global para encontrar un vocabulario capaz de describir la experiencia específica del racismo perpetrado por las instituciones, y en particular por las instituciones del Estado como la policía, la educación nacional y los servicios de empleo. De esta investigación han surgido otros términos: racismo institucional, racismo estructural,

⁴¹ Antonio Gramsci, «La formation des intellectuels» en *Gramsci dans le texte*, París, Éditions sociales, 1975, p. 602.

racismo sistémico, etc. La pertinencia de cada uno de estos términos puede sin duda discutirse, y de hecho es necesario hacerlo, pero no deben pasarse por alto las razones de su aparición. Podemos cuestionar legítimamente las insuficiencias de las definiciones propuestas y/o los múltiples significados de los mismos términos en función de los usuarios, pero con la misma condición. Hacer lo contrario es, de hecho, tomar partido contra la exigencia de igualdad que impulsa esta producción lingüística.

En la polémica sobre el concepto de racismo de Estado, Michel Wieviorka reconoce la existencia de un racismo institucional, pero no llega a afirmar la existencia de un «racismo de Estado». Al hacerlo, contraponen dos conceptos que forman parte del mismo esfuerzo teórico y político por dar cuenta de todo el fenómeno social del racismo. No es el único en hacer esta oposición. El historiador Jean-Frédéric Schaub, que también comprende la indignación del ministro Valls, hace comentarios similares:

Hablar de racismo de Estado en Francia es tan pertinente como la noción de apartheid utilizada por Manuel Valls. Aunque sea innegable la existencia de un racismo institucional, desde 1962 o el fin de la legislación sobre los mestizos, es absolutamente falso decir que Francia practica un racismo de Estado. Comprendo que Jean-Michel Blanquer esté molesto, no puede permitir que se insulte a miles de funcionarios que hacen un trabajo fantástico.⁴²

A este respecto, cabe recordar que el concepto de «racismo institucional», ahora reconocido como opuesto al de «racismo de Estado», se negó durante mucho tiempo en Francia. La noción misma de discriminación racista, ampliamente debatida en el mundo llamado «anglosajón», fue durante décadas objeto de un silencio ensordecedor. La discriminación no podía existir en Francia, ya que era inconstitucional desde la Declaración de los Derechos del Hombre. Recordemos también los orígenes militantes del concepto de «racismo institucional» y la realidad social que pretendía captar. Stokely Carmichael y Charles Hamilton, que utilizaron por primera vez la expresión, lo definieron así hace más de medio siglo:

Cuando unos terroristas blancos ponen una bomba en una iglesia negra y matan a cinco niños, es un acto de racismo individual que se deplora en casi todas las esferas de la sociedad. Pero cuando en esta misma ciudad —Birmingham, Alabama— quinientos bebés negros mueren cada año por falta de alimentos, cobijo y atención médica, y cuando miles más quedan marcados para siempre y mutilados

⁴² Jean-Frédéric Schaub, citado en Louise Fessard, «*Racisme d'État*», «*racisé*»: les termes du débat», Resumen de Prensa, 1 de diciembre de 2017, p. 2.

en cuerpo, corazón y mente a causa de las condiciones de miseria y discriminación infligidas a la comunidad negra, entonces se trata de racismo institucional. Cuando una familia negra se muda a un barrio blanco y la echan a pedradas de su casa o se la queman, son víctimas de este racismo individual directo que la mayoría de la gente desaprueba, al menos de palabra. Pero es el racismo institucional el que mantiene a los negros atrapados en barrios marginales ruinosos, sometidos a la explotación diaria de propietarios rapaces, tenderos, prestamistas y agentes inmobiliarios que discriminan. La sociedad, por su parte, finge ignorar esta situación, pero de hecho es incapaz de remediarla eficazmente.⁴³

Se trata de negarse a reducir el racismo únicamente a su dimensión individual, y de tener en cuenta todas sus dimensiones, y en particular la institucional. El vínculo con el Estado es evidente en el pensamiento de ambos autores. Analizan el racismo, tanto individual como institucional, como un producto de la sociedad estadounidense caracterizada por el «poder blanco». Para ellos, el racismo es una producción económica y política del Estado y sus instituciones. Además, la oposición entre el Estado —del que se dice que está libre de racismo— y sus instituciones —que podrían ser el lugar del racismo institucional— carece, en nuestra opinión, de sentido. El Estado es una abstracción que toma forma concreta en sus instituciones. El Estado es, por tanto, una abstracción concreta. El Estado, como explica el sociólogo Max Weber, es «una empresa política de carácter institucional [...] que reclama con éxito, en la aplicación de normas, el monopolio de la coacción física legítima».⁴⁴ No existe el Estado, por un lado, y las instituciones (policía, servicios públicos, etc.), por otro. El racismo institucional no es más que el reflejo o la traducción concreta del racismo de Estado en una institución determinada. Un ciudadano nunca se encuentra con el Estado, o más exactamente se encuentra con él en la forma de un funcionario de Hacienda, un policía, un profesor o un juez. La práctica racista de un policía o de un profesor es, sin duda y ante todo, un acto individual, pero se ve frenada o fomentada por el funcionamiento y los objetivos de la institución (racismo institucional) y por el discurso político, que autoriza o frena los actos racistas (racismo de Estado). Los conceptos de racismo institucional y racismo de Estado no solo no se oponen entre sí, sino que son complementarios en el intento de comprender todo el proceso de producción-reproducción del racismo.

⁴³ Stokely Carmichael y Charles Hamilton, *Le Black Power: pour une politique de libération aux États-Unis*, París, Payot, 1968, p. 38-39.

⁴⁴ Max Weber, *Économie et société*, París, Pocket, 2003, p. 96.

El desprecio por el conocimiento profano y el oscurecimiento de ciertos tipos de investigación

Convocar a sociólogos para dirimir disputas políticas se ha convertido en un ritual mediático. A ello se añade la movilización más reciente de «expertos» de todo tipo que supuestamente ofrecen un punto de vista «objetivo». El conflicto de ideas entre los defensores de dos tesis opuestas se sustituye así por la idea de un saber por encima de la contienda. Sin embargo, esta división binaria entre el saber lego, que se considera subjetivo, emocional o apasionado, y el saber experto, que se supone objetivo, neutro y racional, hace tiempo que se ha puesto en tela de juicio: «La división entre el saber experto y el saber lego no ha esperado al desarrollo de las nuevas tecnologías de la información para ponerse en tela de juicio; el saber experto no es más sinónimo de verdad intangible que el saber lego, enteramente subjetivo y local».⁴⁵

Este recordatorio de la socióloga francesa Cécile Méadel converge con las conclusiones de su colega estadounidense Steven Epstein, que ha estudiado la contribución de los conocimientos de los enfermos de SIDA a los avances científicos sobre el VIH.⁴⁶ La dinámica del conocimiento lego, sus temporalidades y sus procesos de producción son específicos. Nacido de una realidad vivida o de una situación insoportable, este saber se enraíza en la pericia del uso y la experiencia. Desafía el estado del conocimiento científico sobre estas realidades y situaciones. Cuestiona el estado del conocimiento científico sobre las mismas, y se pronuncia contra los productos de ese conocimiento que, consciente o inconscientemente, avalan o legitiman los procesos de dominación. Por eso han servido —junto con las acciones militantes que los acompañan— de motor para la investigación científica. Los conceptos de «racismo institucional» y «racismo de Estado» forman parte de este conocimiento, ya que cuestionan la tendencia hegemónica a limitar el racismo ya a una dimensión puramente ideológica, ya a las acciones de la extrema derecha exclusivamente, ya a actos individuales o ya a la práctica de una institución desvinculada de su sobredeterminación por parte del Estado. Como han argumentado Stokely Carmichael y Charles Hamilton, lo fundamental aquí es el vínculo con el poder político. El desprecio por el saber activista y sus palabras que marcó el tratamiento mediático y político de la polémica sobre el racismo de Estado parece ser un procedimiento que enmascara este necesario debate sobre el poder estatal.

⁴⁵ Cécile Méadel, «Les savoirs profanes et l'intelligence du Web», *Hermès*, núm. 57, 2010/2, p. 111.

⁴⁶ Steven Epstein, *Histoire du sida, t. 2, La grande révolte des malades*, París, Les Empêcheurs de penser en rond, 2001.

Pero el desprecio no fue la única característica del tratamiento mediático y político de la controversia. Otra fue la ocultación de los análisis de los investigadores que utilizan el concepto de racismo de Estado. En filosofía, ya hemos citado las tesis de Jacques Rancière. Su colega Alain Badiou también publicó en 2012 un artículo titulado «Racismo de Estado y racismo intelectual».⁴⁷ En su opinión, ciertas citas de ministros sobre inmigración, las normas que rigen los centros de detención, la política de visados, la fijación de cuotas de deportación, la política hacia los inmigrantes indocumentados y la ley sobre el velo en las escuelas, por ejemplo, son signos «no del Estado de derecho, sino del Estado de excepción, el Estado sin ley». En el mismo artículo, relaciona este racismo de Estado con lo que denomina «racismo intelectual», que desde hace varias décadas adopta la forma de discursos de «intelectuales» sobre el «peligro islámico», el «choque de civilizaciones» y la amenaza al laicismo, en forma de «editoriales incendiarios, libros tortuosos y “encuestas” sociológicas amañadas». Michel Foucault utilizó el concepto por primera vez en 1976, en su análisis de lo que denominó «biopoder», la extensión del poder estatal a los cuerpos individuales a partir del siglo XVIII. La instalación de nuevas «tecnologías de poder» dirigidas a la vida vino acompañada de un discurso ideológico sobre la pureza y la degeneración raciales. Esto condujo al desarrollo de nuevas instituciones (o a la reorientación de las antiguas) encargadas de la segregación y la normalización (cuarteles, escuelas, hospitales, prisiones, etc.), con el fin de defender a la sociedad de sus desviados y degenerados. El biopoder funciona imponiendo una norma a partir de la cual se clasifican los individuos y las «razas». Para Foucault, el concepto de «raza» no se limita a la identificación de las razas biológicas, sino que se extiende a todas las biologizaciones de la diferencia, es decir, a todas las personas que se desvían de la norma (los locos, los anormales, los degenerados, los delincuentes, etc.). El nazismo, prosigue el filósofo, es una generalización paroxística del biopoder y del racismo de Estado que lo acompaña: «El Estado nazi ha hecho absolutamente coextensivo el campo de la vida que organiza, protege, garantiza y cultiva biológicamente y, al mismo tiempo, el derecho soberano de matar a cualquiera, no solo a los demás, sino a los propios».⁴⁸ Olivier Le Cour Grandmaison también considera que el concepto es pertinente en términos históricos. En su libro *La République impériale: politique et racisme d'État* [La república imperial: política y racismo de Estado]⁴⁹ reconstruye la historia de este racismo de Estado y su contribución a la «obra» colonial.

⁴⁷ Alain Badiou, «Racisme d'État et racisme intellectuel», *Le Monde*, 5 de mayo de 2012.

⁴⁸ Michel Foucault, *Il faut défendre la société*, curso en el Collège de France (1975-1976), París, Gallimard / Le Seuil, 1997, p. 232 [ed. cast.: *Hay que defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Madrid, Akal, 2012].

⁴⁹ Olivier Le Cour Grandmaison, *La République impériale: politique et racisme d'État*, París, Fayard, 2009.

En reacción a la polémica contra el sindicato Sud, señala: «El racismo de Estado es perfectamente compatible con un régimen democrático o republicano cuando determinadas categorías de ciudadanos racializados y de extranjeros son víctimas de una discriminación sistémica vinculada a prácticas dominantes en el seno de las administraciones y de las instituciones especializadas, la policía por ejemplo».⁵⁰ Sophie Wahnich considera que este racismo de Estado revela la naturaleza «ambigua» de la República.⁵¹ La historiadora italiana Francesca Bertino también utiliza este concepto para analizar los vínculos entre el racismo contemporáneo y la construcción racial del sur de Italia, por un lado, y la colonización, por otro, mucho antes del periodo fascista: «El discurso moderno sobre la raza y las prácticas afines a lo que hemos llamado racismo de Estado están presentes en Italia durante el periodo liberal, tanto si consideramos el sur de la península, como si nos fijamos en los inicios de la colonización».⁵²

Por supuesto, la sociología también está implicada. Pierre Bourdieu utilizó la expresión en 1997 de la siguiente manera: «Estamos hartos del racismo de Estado que ellos [los “elegidos”] permiten [...] Yo digo que una ley es racista si autoriza a cualquier funcionario a cuestionar la ciudadanía de un ciudadano simplemente por su cara o su apellido, como ocurre mil veces a día hoy».⁵³

Abdelmalek Sayad, por su parte, no utiliza la expresión pero analiza la «doble pena», símbolo por excelencia del trato excepcional por motivos de origen, del siguiente modo: «La noción de doble pena está contenida en todas las sentencias dictadas sobre los inmigrantes (y no solo en las sentencias de los jueces de los tribunales). Está arraigada en el "pensamiento de Estado", la base antropológica sobre la que se asientan todos nuestros juicios sociales».⁵⁴

La socióloga Véronique de Rudder, cuyos trabajos son esenciales en el ámbito de la «sociología de las relaciones interétnicas», señala que, en su opinión, debe distinguirse la sociología de las migraciones y la sociología del racismo, así como también da fe de la existencia de un racismo de Estado. Considera que estamos en presencia de un «orden social racista»

⁵⁰ Olivier Le Cour Grandmaison, «Sur le racisme d'État: brèves remarques à l'attention de Jean-Michel Blanquer et de quelques autres», *blogs.mediapart.fr/olivier-le-cour-grandmaison*.

⁵¹ Sophie Wahnich, «Contre le racisme d'État: travailler avec l'histoire, plis et replis d'une République ambiguë», *Lignes*, núm. 34, 2011/1, pp. 124-134.

⁵² Francesca Bertino, *La naissance du racisme d'État dans l'Italie coloniale*, tesis, Universidad de Génova / Universidad París-Ouest-Nanterre-La Défense, 4 de diciembre de 2015, p. 18.

⁵³ Pierre Bourdieu, «Nous en avons assez du racisme d'État» en *Interventions, 1961-2001: science sociale et action politique*, Marsella, Agone, 2002, pp. 347-348.

⁵⁴ Abdelmalek Sayad, «Immigration et "pensée d'État"» en *La double absence, op. cit.*, pp. 400-401.

que se extiende a todas las esferas de la vida social, un orden en el que el Estado y sus instituciones desempeñan un papel que, si bien no es exclusivo e «intencional», sí es esencial. En un prólogo a un libro póstumo que reedita diecisiete estudios de De Rudder, Étienne Balibar resume su contribución al lugar del Estado en los procesos de racistización —término que ella y sus colegas de la URMIS⁵⁵ fueron de los primeros en utilizar en Francia— y discriminación de la siguiente manera:

De lo que se trata es de un orden *de facto*, no de un orden *de iure* (como en los regímenes de apartheid o de segregación constitucional), aunque es muy raro que el ordenamiento jurídico se oponga totalmente a este (aunque solo sea por no sancionar la discriminación ni prescribir las «acciones positivas» que la harían desaparecer). Se trata de un orden que se fortifica tanto en las representaciones como en las prácticas, y que por esta razón derrama en la vida cotidiana lo que el lenguaje activista (en parte «traducido» del modismo inventado en Estados Unidos por el movimiento de derechos civiles y radicalizado por el Black Power) ha denominado «racismo institucional» o «racismo sistémico». *A fortiori*, esta noción no puede reducirse a la idea de racismo de Estado, que yo mismo he defendido en ocasiones. Es cierto que incluye la presencia del Estado y de sus administraciones en el corazón de los mecanismos de discriminación, su función de intermediario y de actor entre los polos dominante y dominado del proceso de racistización. Pero no cede a la tentación «conspirativa» de imaginar que el orden social racista se deriva de una intención o voluntad del Estado, de la que el resto de la sociedad no es más que el ejecutor (o, a la inversa, el patrocinador).⁵⁶

Si miramos más lejos, a la investigación anglosajona, el concepto similar de Estado racial está aún más extendido. Allí, como en Francia, la distinción entre Estado racial y Estado racista es esencial, aunque algunos autores cuestionan la existencia de una tendencia a pasar del primero al segundo como consecuencia de los cambios en las políticas migratorias. La socióloga irlandesa Ronit Lentin tituló uno de sus artículos «Del Estado racial al Estado racista»⁵⁷ en relación con el referéndum constitucional de 2004 sobre las condiciones para adquirir la nacionalidad. El concepto de «Estado racial», desarrollado por el investigador estadounidense Theo Goldberg, sostiene que la idea de raza ha configurado el aparato estatal y

⁵⁵ Unité de Recherche Migrations et Societé (URMIS), disponible en https://www.urmis.fr/en/home_en/ [N. del T.]

⁵⁶ Étienne Balibar, «Portrait» en Véronique de Rudder, *Sociologie du racisme*, París, Syllepse, 2019.

⁵⁷ Ronit Lentin, «From Racial State to Racist State: Ireland on the Eve of Citizenship Referendum», *Variante*, vol. 2, núm. 20, verano de 2004, p. 7.

sus tecnologías de intervención desde la aparición de los Estados nación capitalistas. En su opinión, el propio Estado sigue siendo un actor en la racialización de las relaciones sociales, incluso después de la adopción de una legislación antirracista.⁵⁸ Uno de los principales fundadores de los estudios culturales, Stuart Hall, que adopta un enfoque marxista, utiliza el concepto de «formación social racialmente estructurada».⁵⁹ El Estado no es ajeno a esta estructuración, sino que es uno de sus engranajes. La contradicción entre ciertas construcciones nacionales históricas basadas en la homogenización cultural y la diversificación contemporánea de las poblaciones da lugar, según Hall, a peligrosas lógicas estatales de reafirmación de identidades nacionales esencializadas: «Muchos de los antiguos Estados-nación, profundamente apegados a las formas más puras de conciencia nacional, se vuelven literalmente locos por su erosión».⁶⁰ Por supuesto, las realidades históricas y sociales son diversas, y hay que tener cuidado a la hora de tomar prestados conceptos forjados para reflejar una realidad específica. Como señala Stuart Hall, el racismo está situado histórica y geográficamente. Por tanto, siempre nos enfrentamos a racismos históricamente específicos. Sin embargo, esta ineludible cautela no elimina la necesidad de tener en cuenta factores generales comunes y, en particular, el lugar que ocupa el Estado en la producción y reproducción de la racialización de las relaciones sociales y, por tanto, del racismo.

Concluiremos aquí este repaso parcial de las investigaciones que movilizan el concepto de «racismo de Estado» o que atribuyen al Estado y a sus instituciones un papel activo en la producción social y política del racismo. No se trata de ser exhaustivos, sino simplemente de recordar lo habitual que debería ser cuestionar el papel del Estado en la producción de un «orden social racista», según la expresión de Véronique de Rudder. Como señala el sociólogo Fabrice Dhume, los gritos de indignación de algunos contra el sindicato Sud parecen «operaciones policiales sobre el lenguaje y el pensamiento. Al controlar la circulación y el uso de determinados conceptos (“islamofobia”, “género”, “raza”, “racismo de Estado”, etc.), estas operaciones equivalen a impedir la acción sobre las normas sociales, al menos sobre aquellas que garantizan el privilegio de los grupos en posición dominante».⁶¹

⁵⁸ David Theo Goldberg, *The Racial State*, Oxford, Blackwell, 2002.

⁵⁹ Stuart Hall, «Race. Articulation and societies structured in dominance» en *Sociological Theories: Race and Colonialism*, París, Unesco, 1980, pp. 305-345.

⁶⁰ Stuart Hall, *Identités et cultures: politiques des Cultural studies*, París, Amsterdam, 2017, p. 475.

⁶¹ Fabrice Dhume, «Le ministre ignorant: cinq leçons sur la polémique à propos du racisme et de l'antiracisme à l'école», disponible en www.cafepedagogique.net.

La lógica de la disolución y la inversión: el ejemplo del racismo antiblanco

Además de la intimidación amenazante, con la polémica sobre el islamo-izquierdismo, y de la policía lingüística, con la del racismo de Estado, desde hace algún tiempo se despliega ampliamente una tercera modalidad de silenciamiento de ciertas palabras. Se trata de movilizar dos procedimientos retóricos que se refuerzan mutuamente: la dilución y la inversión. El primero implica la extensión infinita de un concepto, haciéndole perder todo significado. El segundo consiste en invertir el orden de dominación que un término intenta describir. El primero se materializa en la multiplicación de usos del término racismo: racismo antijuvenil, racismo antirricos, racismo antiblancos, etc. El segundo se observa en el uso de nuevos términos: racismo antiblanco, cristianofobia, ateofobia, blancofobia, etc.

La disolución o negación de lo sistémico

Ya en los años setenta, la socióloga Colette Guillaumin advertía de la creciente polisemia del término «racismo» en el discurso político y mediático. Lejos de ser un movimiento espontáneo, esta ampliación progresiva de los significados del concepto correspondía también a una estrategia ideológica destinada a diluir su contenido político. Al describir esta evolución del significado del término «racismo», Colette Guillaumin lo resume de la siguiente manera:

Ha pasado a significar, en un registro que oscila entre la seriedad y la broma, toda forma de hostilidad o de desprecio asociada a categorías de las que está ausente toda definición consciente o inconsciente de carácter racial. Podemos referirnos en broma a los peluqueros o a los amantes de las casullas como racistas, o menos en broma, pero con la misma astucia inconsciente, a los gendarmes como racistas. [...] Es negar el racismo, borrarlo intentando recuperar para el conjunto del circuito el sello de lo anodino.⁶²

En la derecha del espectro político, la disolución del término racismo tomó la forma de expresiones como «racismo antiblancos», «racismo antipolicías» e incluso «racismo antirricos». En la izquierda, se habla de «racismo de clase» o «racismo de la inteligencia». En ambos casos, sin embargo, se produce la misma disolución en detrimento de la comprensión de la naturaleza específica de la relación social racista. Esta ampliación del concepto es el resultado de varios factores. El primero es el deseo de ciertos actores

⁶² Colette Guillaumin, *L'idéologie raciste: genèse et langage actuel*, París, Mouton, 1972, pp. 70-71.

de trasladar el descrédito histórico del término racista a otras relaciones de dominación (clase, género, edad, etc.). El segundo es el resultado de un enfoque del racismo como característica individual (y no como relación social), que conduce a la percepción de que todo comportamiento de «rechazo» u oposición es racismo. El tercero es ideológico.

Esta extensión infinita del racismo a todas las manifestaciones de «odio» y/o «miedo» no solo es el resultado del lenguaje cotidiano de los ciudadanos de a pie. Se reproduce constantemente en el vocabulario periodístico, en los discursos políticos e incluso en producciones que pretenden ser eruditas. El diccionario *Petit Larousse* ofrece dos definiciones. Mientras que la primera se centra en la noción de «raza», la segunda está redactada de la siguiente manera: «Actitud de hostilidad reiterada o incluso sistemática hacia una categoría determinada de personas».⁶³ «Puede decirse aún más sucintamente: el racismo es el odio al otro como otro. Odio del negro como negro, del policía como policía, del homosexual como homosexual»,⁶⁴ escribe el filósofo Christian Delacampagne en un libro dedicado a la historia del racismo. El autor aporta a continuación otras definiciones más precisas, pero que no concuerdan con esta primera afirmación: «La creencia de que los “defectos” psicológicos o culturales de los miembros del grupo odiado son a su vez el resultado automático de ciertas características físicas que poseen los individuos en cuestión desde su nacimiento. En otras palabras, ciertas características “genéticas” que los convertirían en una “raza”». ⁶⁵ Es difícil ver cómo el pseudo «racismo antipolicial» citado como ejemplo en la primera definición podría quedar cubierto por la segunda. La ampliación es, de hecho, una reducción, e incluso una doble reducción. La primera es la reducción del racismo a algunas de sus expresiones (odio, agresividad, agresión, etc.), que simultáneamente oscurece otras expresiones del racismo.

Si bien es indudable que el racismo se encarna en expresiones de odio, no puede reducirse a ellas. «El carácter hostil del racismo, considerado como obligatorio, arroja a la sombra otras formas de comportamiento racista»,⁶⁶ resume Colette Guillaumin. La autora da numerosos ejemplos de formas «positivas» (las comillas son suyas) como «el filosemitismo particular de los antisemitas», «el apego teórico o real de las grandes familias a sus esclavos», «el enamoramiento de las culturas “exóticas”», etc. Esta reducción al odio es el signo de las tendencias racistas de la época. Esta reducción al odio es

⁶³ Entrada «racismo» en el *Petit dictionnaire de français Larousse* en línea.

⁶⁴ Christian Delacampagne, *Une histoire du racisme: des origines à nos jours*, París, Librairie générale française, 2000, p. 11.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 13.

⁶⁶ Colette Guillaumin, *L'idéologie raciste: genèse et langage actuel*, *op. cit.*, p. 73.

el signo de una definición moral del racismo, prosigue el autor, que tiene importantes consecuencias prácticas: «No considerar estas actitudes “positivas” como parte integrante del racismo en la medida en que es un sistema de relación con el otro, rechazarlas del conjunto, es ignorar hasta qué punto las actitudes son susceptibles de invertirse en cualquier momento, es descuidar ese aspecto fundamental de las formas afectivas que es la ambivalencia».⁶⁷ Toda esencialización de un grupo social definido como «raza», aunque sea «positiva», contribuye a la producción de una red de lectura racista. Por consiguiente, el racismo no puede reducirse a la inmoralidad, el miedo o el odio, aunque cada uno de estos factores (o todos ellos juntos) puedan estar presentes en la palabra, la actitud o el acto racista.

La segunda operación se refiere al grupo designado como blanco de ese «odio» u hostilidad. Y esto supone extender el racismo a todas las manifestaciones de «odio», lo que equivale a hacer que la noción de «raza» sea sinónima de la de «grupo social». Pero si bien el grupo racializado es efectivamente un grupo social, no es un grupo social cualquiera. Es un grupo social definido por dos características específicas. La primera es la construcción de este grupo a partir de marcadores de origen (origen vinculado a la esclavitud, la inmigración, la civilización) que remiten a la noción de «raza» (marcadores biológicos en forma de pseudorasgos físicos o genéticos o marcadores culturales en forma de «especificidades» postuladas como ahistóricas). La segunda es la asociación de estos marcadores con una posición social subordinada. Ser negro, árabe o musulmán significa no solo estar especificado por el propio cuerpo, cultura o religión, sino también tener asignada una determinada posición social. La confusión de vocabulario sirve aquí para ocultar o eufemizar una forma específica de dominación estructural. Por supuesto, otros grupos sociales están sometidos a otras formas de dominación basadas en la esencialización y la asignación por sexo, edad, etc. Esto es lo que nos permite hablar de «exclusión social». Por eso podemos hablar de sexismo o de edadismo, cada uno con sus especificidades históricas, ideológicas y materiales. Esto es habitual en una sociedad basada en la competencia entre todas las fuerzas de trabajo. En este tipo de estructura social, toda diferencia tiende a transformarse en un factor de jerarquización. Y si las diferencias «reales» no bastan, pueden construirse ideológicamente. Rechazar la disolución no significa dar al racismo mayor importancia que a otras formas de dominación y asignación basadas en la clase, el género o la edad. Significa simplemente negarse a ocultar una de las formas de dominación más omnipresentes, la más arraigada históricamente, la más activa cuantitativamente en todas las esferas de la vida social.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 73.

«Hacer hincapié en el color de la piel, el origen, la cultura, la etnia, la “raza”», afirma la socióloga Horia Kebabza, «no significa que sea la única y principal fuente de toda exclusión social». Concluye haciendo un llamamiento a la vigilancia teórica y política: «La necesidad de rechazar tanto la competencia de los sistemas de opresión, como un enfoque “sandwich”, para reflexionar sobre las intersecciones, las imbricaciones, de las categorías de género, clase y raza, y captar toda la complejidad de las relaciones sociales, sacando a la luz sus contradicciones».⁶⁸

La disolución, al igual que su doble invertido, es decir, la negación del vínculo sistémico entre las diferentes relaciones de dominación, impide captar los vínculos entre las dominaciones contemporáneas y la explotación que se deriva de ellas. Las sociólogas Elsa Galerand y Danièle Kergoat resumen proponiendo el concepto de «consustancialidad» para dar cuenta de este entrelazamiento de las relaciones sociales. Las relaciones sociales, aunque distintas, no pueden entenderse por separado, so pena de cosificarlas.⁶⁹

A partir de estas redefiniciones, podemos considerar las relaciones sociales en pie de igualdad, así como su consustancialidad: habiéndose vuelto irreductibles unas a otras, son también comparables entre sí. Cada una es a la vez una relación de dominación simbólica, de opresión física y de explotación material (Dunezat, 2004) que, sobre sus propias bases ideales y materiales, contribuye a dar forma a las demás. De este modo, las relaciones que las unen ya no pueden entenderse como relaciones jerárquicas de sobredeterminación, sino como relaciones recíprocas de co-construcción: las relaciones sociales se reorganizan y recomponen mutuamente.⁷⁰

Por lo tanto, rechazar la disolución no es en absoluto negar otras formas de dominación social o, más ampliamente, otras formas múltiples de trato desigual. La lucha contra la discriminación es un excelente ejemplo de los efectos de la disolución. A pesar de ser un fenómeno reciente en Francia, se caracteriza por un aumento del número de criterios de discriminación prohibidos. «Hoy en día», resume el Defensor de los Derechos Humanos, «solo para el Código Penal y el Código Laboral, existen 25 criterios en Francia, y hasta 30 si consideramos otras codificaciones (Código del Seguro de Enfermedad, Código de Educación, etc.)».⁷¹ El número de criterios ha pasado de ocho en

⁶⁸ Horia Kebabza, *L'universel lave-t-il plus blanc?: «race», racisme et système de privilège*, Zanzara Athée, 2014, p. 24.

⁶⁹ Elsa Galerand y Danièle Kergoat, «Consustancialité versus intersectionnalité? À propos de l'imbrication des rapports sociaux», *Nouvelles pratiques sociales*, vol. 26, núm. 2, primavera de 2014, p. 48.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 54.

⁷¹ Jacques Toubon, «Avant-propos», *Actes du colloque «Multiplication des critères de discrimination. Enjeux, effets et perspectives»*, París, Défenseur des droits, 2018, p. 7.

el año 2000 a una treintena en la actualidad, pero ello no se ha traducido en una reducción de la discriminación. La disolución provocada por la multiplicación de criterios despolitiza la cuestión de la discriminación mediante un triple desplazamiento de lo colectivo a lo individual, del Estado a los agentes privados, y de las medidas correctoras a las reparadoras. La lucha contra la discriminación es indisociable de la noción de desigualdad estructural, que exige una acción de los poderes públicos dirigida a los grupos para corregir estructuralmente la realidad desigual.

El abandono de las ideas de corrección estructural, grupos destinatarios y responsabilidad del Estado constituye un reformateo de la cuestión de la discriminación, aunque el vocabulario siga siendo idéntico. La reformulación neoliberal de la cuestión de la discriminación la transforma así en gestión de la diversidad. «La gestión de la diversidad nació del debilitamiento del movimiento por los derechos civiles [...]. A diferencia del enfoque de la igualdad, que se basaba en la regulación entre grupos, la diversidad se inscribe en una filosofía liberal, individualista y meritocrática»,⁷² explica Anne-Françoise Bender. La disolución de los criterios de discriminación ha allanado el camino a la lógica de la inversión, materializada en Estados Unidos por la campaña política de los conservadores contra la pseudo «discriminación inversa» (es decir, la discriminación de los «blancos»), cuyo objetivo era el abandono puro y simple de los objetivos de corrección de las desigualdades estructurales vinculadas al sexo y al origen. El mismo proceso se está desarrollando en Francia, aunque no haya habido una política declarada de corrección estructural. Los sociólogos Arnaud Alessandrin y Johanna Dagorn examinan la relación entre disolución e inversión: «El vocabulario de la discriminación también es utilizado por las mismas personas que luchan contra la discriminación. [...] Dicho de otro modo, la generalización del campo léxico de la discriminación también debería hacernos cuestionar las recuperaciones, instrumentalizaciones y horizontalizaciones abusivas que salpican la lucha contra la discriminación».⁷³

La retórica de la inversión: el ejemplo del racismo contra los blancos

La retórica de la inversión en relación con la cuestión de la igualdad no es nueva. Ha surgido siempre que un grupo social ha emprendido luchas contra una desigualdad experimentada. Esto se refleja en multitud de términos: masculinismo, racismo antiblanco, heterofobia, cristianofobia,

⁷² Anne-Françoise Bender, «Egalité professionnelle ou gestion de la diversité: quels enjeux pour l'égalité des chances?», *Revue française de gestion*, núm. 151, 2004/4, pp. 207-208.

⁷³ Johanna Dagorn y Arnaud Alessandrin, «Controverses autour de la lutte contre les discriminations», *Les Cahiers de la lutte contre les discriminations*, núm. 9, 2019, p. 12.

discriminación inversa, etc. Como explica la socióloga australiana Alana Lentin en relación con el ejemplo del racismo antiblanco, consiste en «subvertir el significado social y político del racismo, disociándolo de sus manifestaciones históricas, o bien universalizando la experiencia sin límites, como en el caso del llamado racismo “antiblanco” o “inverso”». ⁷⁴ En términos absolutos, el «racismo antiblanco» o la heterofobia pueden, por supuesto, existir. Sin embargo, los usuarios de estos «conceptos» no los movilizan en un sentido absoluto, sino para dar cuenta de nuestras sociedades concretas actuales, es decir, sociedades caracterizadas por una distribución específica del poder y por posiciones socialmente diferenciadas, que pueden medirse utilizando herramientas estadísticas. Dada la importancia que ha adquirido en los medios de comunicación la polémica sobre la pseudoexistencia de un «racismo antiblanco», y el resurgimiento de este concepto por parte de ciertas organizaciones que se proclaman antirracistas (MRAP, LICRA), esta expresión es un excelente analizador de la retórica de la inversión.

Recordemos el contexto. La expresión «racismo antiblanco» surgió con fuerza en el debate político y mediático francés en marzo de 2005, con un llamamiento contra las «cacerías antiblancas» iniciado por el movimiento sionista de izquierdas Hachomer Hatzair y la emisora comunitaria francesa Radio Shalom, y firmado por Alain Finkelkraut, Jacques Julliard, Bernard Kouchner, Pierre-André Taguieff y otros. En el llamamiento se citan dos hechos: «Hace dos años, casi al día siguiente, el 26 de marzo de 2003, algunos de nosotros dimos la voz de alarma. Cuatro jóvenes del movimiento Hachomer Hatzair acababan de ser agredidos al margen de una manifestación contra la guerra de Irak por ser judíos»; «Pero hoy, para algunos, las manifestaciones de los institutos se han convertido en un pretexto para lo que se puede llamar “cacerías antiblancas”». ⁷⁵ El debate cobró fuerza unos años más tarde, en 2012, con Marine Le Pen utilizando la expresión durante la campaña presidencial, y después Jean-François Copé, que afirmó en un manifiesto que quería «romper el tabú del racismo antiblanco». ⁷⁶

El llamamiento, que lanzó la promoción política de la expresión «racismo antiblancos», se basaba en una amalgama de dos acontecimientos en contextos diferentes (la guerra de Irak y las manifestaciones de los institutos), y los relacionaba sin ningún argumento para concluir que se estaba perpetrando una nueva forma de racismo contra los «blancos». El propio

⁷⁴ Alana Lentin, «Postracialisme, déni du racisme et blanchité», *Sociologies*, 2019, pp. 2-3.

⁷⁵ *Appel contre les «rationnées anti-Blancs»*, 25 de marzo de 2005, disponible en www.nouvelobs.com.

⁷⁶ Damien Charrieras, «Racisme(s)? Retour sur la polémique du “racisme anti-Blanc” en France» en Sylvie Laurent y Thierry Leclère (dir.), *De quelle couleur sont les Blancs? Des «petits Blancs» des colonies au «racisme anti-Blancs»*, op. cit.

llamamiento», explica el sociólogo Olivier Esteves, «está lleno de amalgamas de todo tipo. Equipara dos estallidos violentos pero muy disímiles. [...] El primer incidente se dirigió deliberadamente contra los judíos, el segundo fue un acto de delincuencia, incluso cuando los agresores hayan afirmado una pertenencia racial “blanca”. [...] Con ello, exagera la gravedad de los hechos confiriéndoles una dimensión trágica y unilateralmente racial, ya que evoca los linchamientos en Estados Unidos y las matonadas durante el periodo colonial en el norte de África».⁷⁷

Aparte de estos acontecimientos que acompañan el lanzamiento del nuevo producto ideológico, la expresión reaparece regularmente para denunciar el uso de ciertos apelativos analizados como racistas: *cefran*,⁷⁸ galo, *gaouri* [francés en árabe], queso, culo blanco, blanquito, *babtou*,⁷⁹ gringo, aspirina, etc. La reducción del racismo a un hecho lingüístico está en el centro de la retórica. El racismo se define como «hostilidad» u «odio» expresado mediante insultos ofensivos. Uno de los pocos escritos que intentan asentar el concepto relata nueve testimonios de «blancos» que han sido objeto de esos «insultos» y describe la realidad que pretende analizar de la siguiente manera: «Al hablar de racismo, [el entrevistado] se refiere, por analogía con el significado original del término, a la hostilidad hacia el grupo que representa. Este grupo es el de los “franceses nativos”, los “blancos”».⁸⁰

Según este autor, existe por tanto un «significado primario del término», que puede resumirse como «hostilidad hacia un grupo». No se trata de un debate nuevo. De hecho, durante muchas décadas ha estructurado el campo de la investigación en forma de oposición entre dos enfoques del racismo: la corriente idealista y la corriente materialista. Este debate no versa sobre la posible existencia de insultos ofensivos, sino sobre su significado y su clasificación como «racismo». El enfoque idealista define y explica el racismo como un fenómeno situado únicamente en el plano de las ideas, las creencias y las ideologías. Según este enfoque, cualquier afirmación que esencialice a un grupo social puede considerarse «racista». El enfoque materialista, aunque integra este nivel, lo vincula a la sociedad concreta en la que se expresan estas ideas, creencias o ideologías. Esta sociedad se caracteriza por una determinada distribución del poder en función de la pertenencia o no a la clase dominante —dominio en el sentido de poder y no de número—, al sexo dominante y al grupo «racializado»

⁷⁷ Olivier Esteves, «L'énorme ficelle du “racisme anti-Blanc”», *Le Monde*, 1 de octubre de 2012.

⁷⁸ *Cefran* significa francés en verlan: *fran-çais*, *ce-fran*. [N. del T.]

⁷⁹ También en verlan, *babtou* es *toubab*. Término usado en el África Subsahariana para referirse a los blancos. [N. del T.]

⁸⁰ Tarik Yildiz, «Avant-propos» en *Le racisme anti-Blanc. Ne pas en parler: un déni de réalité*, Nîmes, Le Puits de Rouille, 2014.

dominante o mayoritario (en las sociedades marcadas por la desigualdad en función de la pertenencia real o supuesta a una «raza»). Tener en cuenta el poder determina si un comentario o acto puede calificarse o no de «racista», en función de si refuerza o no las desigualdades estructurales entre los grupos implicados. «El racismo de los dominados se queda en el plano de la opinión. [...] El racismo de los pobres suele ser un racismo desdentado»,⁸¹ resume Albert Memmi. Este enfoque materialista no quita nada al carácter escandaloso de un insulto ni al carácter estigmatizador de un comentario esencializador. Simplemente lo sitúa en su verdadero contexto social. La esencialización es ciertamente necesaria para el racismo, pero no es suficiente. Lo problemático no es la denuncia de insultos o actos calificados de «racistas antiblancos», sino el calificativo «racista». Para el enfoque idealista, el racismo se define en la esfera de las ideas, mientras que para el enfoque materialista, es la expresión de la realidad material desigual de la sociedad o el reflejo de las desigualdades estructurales de un sistema social.

La diferencia entre ambos enfoques no es secundaria ni reducible a una simple diferencia de vocabulario. Calificar de «racismo» los insultos —o designaciones— antes mencionados es equipararlos a las desigualdades estructurales producidas y reproducidas por la discriminación sistémica:

Hablar de «racismo antiblanco» es confundir lo que se refiere a las emociones y la ira con lo que tiene que ver con la discriminación. En otras palabras, confunde las relaciones interpersonales con las relaciones sociales. Así, si Fátima, Mohammed o Fatou llaman a Marie y Louis «sucios franceses» (relación interpersonal), se pondrá al mismo nivel lo desagradable del insulto que el hecho de que Fátima, Mohammed y Fatou corran el riesgo de que se rechace su currículum por el color de su piel, que significa un origen «otro», real o supuesto (relación social). [...] Considerar equivalente el racismo contra los blancos es considerar equivalentes las barreras sociales concretas, como la discriminación en la contratación o la vivienda, y los insultos que pueden afectar a los individuos, sin reflejar prácticas estructurales concretas. ¿Te rechazan el currículum en Francia por ser blanco?⁸²

Poner a las personas en pie de igualdad tiene el efecto de ocultar o relativizar el racismo que realmente existe, es decir, el racismo que tiene un impacto duradero y negativo en la vida de quienes lo sufren, al impedirles acceder al empleo, la vivienda o la formación. «El racismo es una lógica de superioridad basada en la capacidad de controlar los privilegios», explica el demógrafo y sociólogo Patrick Simon. «Sin embargo, muy pocas personas

⁸¹ Albert Memmi, *Le racisme*, *op. cit.*, p. 108.

⁸² Joao Gabriel, «De l'urgence d'en finir avec "le racisme anti-Blanc"», 8 de septiembre de 2019, disponible en www.lmsi.net.

de la “población mayoritaria” que se declaran víctimas del racismo dicen serlo también de la discriminación por el color de su piel». ⁸³ En este mismo sentido se expresa el sociólogo Éric Fassin: «Cuando hablamos de racismo contra los blancos, reivindicamos una concepción puramente individualista, mientras que el racismo se basa en las relaciones sociales. El racismo es un fenómeno de dominación social, por lo que, por definición, no puede ser simétrico». ⁸⁴

Equiparar realidades heterogéneas es un recurso retórico muy antiguo utilizado para justificar las desigualdades. Se despliega en cada momento histórico en el que un grupo dominado ha conseguido sacudir el sistema de dominación movilizándolo sus fuerzas. Se ha desplegado como reacción a las revueltas de los esclavos, a las luchas de descolonización y a las movilizaciones feministas. Constituye una especie de contragolpe, por utilizar la expresión acuñada por la periodista estadounidense Susan Faludi para describir la ofensiva conservadora contra la igualdad de género. Entre otras cosas, esta última ha movilizado la afirmación de la existencia de un «sexismo antimacho». ⁸⁵

Una breve mirada a la genealogía de la expresión revela lo político e ideológico implícito en ella. En un artículo conjunto publicado en *Le Monde*, el historiador Gérard Noiriel y el sociólogo Stéphane Beaud rastrean la lógica de inversión encarnada en la expresión «racismo antiblanco» hasta los inicios de la Tercera República: «Todo el argumento racista de Édouard Drumont en *La France juive* (1886) se basa en la inversión de las relaciones de dominación entre la mayoría (“nosotros los franceses”) y la minoría (“ellos los judíos”)». ⁸⁶ También encontramos en Drumont el tema de los franceses que callan por miedo y la llamada a «romper el tabú». Compartimos el análisis sobre Drumont que plantea una analogía de construcción entre el antisemitismo y el discurso contemporáneo sobre el «racismo antiblanco». Por otra parte, creemos que existen raíces que se remontan décadas atrás. Esto es particularmente cierto en el caso del discurso sobre la Revolución haitiana, que en su momento fue calificado de «blancófobo». Más ampliamente, todas las luchas de los colonizados en el Imperio francés se redujeron a la expresión de esta pseudo «blancofobia». El desarrollo de las huelgas del proletariado agrícola negro en Guadalupe y Martinica se reduce así, tras la abolición de la esclavitud,

⁸³ Citado en Benoit Zagdoun, «Peut-on vraiment dire “qu’une personne blanche sur sept” est victime du racisme en France», disponible en www.francetvinfo.fr.

⁸⁴ Citado en Louis Chahuneau, «Une association réveille le débat sur le “racisme anti-Blanc”», *Le Point*, 2 de febrero de 2018.

⁸⁵ Susan Faludi, *La guerre froide contre les femmes*, París, Des femmes, 1993.

⁸⁶ Stéphane Beaud y Gérard Noiriel, «“Racisme anti-Blancs”, non à une imposture», *Le Monde*, 14 de noviembre de 2012.

a una «blancofobia» que apoyaría el proyecto político calificado de «desalojismo». Un «gran reemplazo» antes de que se acuñara el término, consistente en expulsar a los blancos y sustituirlos por negros. En reacción a la tesis de la blancofobia, la federación socialista de las Antillas escribía en 1902: «La gran burguesía capitalista y reaccionaria se complace en incluir a los pequeño-burgueses de color y al proletariado negro en la misma acusación de “blancofobia”. ¿No sería lo mismo en Francia si las clases de allí fueran de color como lo son en las Antillas?».⁸⁷

Unos años más tarde, la revista *Annales coloniales* acusaba a la justicia de «blancofobia» con motivo de la absolución de un negro: «Tenemos, pues, un jurado político en esta colonia, y bastará que un asesino más o menos declarado miembro de la secta blancófoba sea absuelto y llevado al asta de la bandera por los pilares impenitentes de la República de los de color».⁸⁸ Veinte años más tarde, la acusación seguía apareciendo en el mensual *Le monde colonial illustré*. En el número de abril de 1928 aparecía la foto de un perro sudanés con la leyenda supuestamente humorística: «Un buen perrito sudanés. Pero no se deje engañar: no aceptó la ocupación francesa y es fundamentalmente antiblanco».⁸⁹

El desarrollo de la lucha por la independencia dio nuevo vigor a la tesis del «racismo antiblanco». Como había que explicar el apoyo popular a estas luchas, se explicó en términos de fanatismo racista. Antes de la revuelta, el nativo era descrito como un «primitivo»; a partir de ahora, será descrito como un racista congénito. Inesperadamente», resume Frantz Fanon, «el grupo racista denuncia la aparición del racismo entre los hombres oprimidos. El “primitivismo intelectual” del periodo de explotación dio paso al “fanatismo medieval, incluso prehistórico” del periodo de liberación».⁹⁰ La creación en 1958 del Comité d’Action de Défense Démocratique (CADD), presidido por Jacques Soustelle, que se incorporaría a la OAS fascista en 1961, se fijó como objetivo —junto a la lucha contra el «imperialismo soviético» y la defensa del sionismo— «combatir el racismo en todas sus formas». En un manifiesto por una «alianza antirracista mundial» publicado en septiembre de 1960, el CADD especificaba los objetivos de esta lucha: «El racismo antiblanco del panafricanismo». Nkrumah, Nasser, Lumumba y otros fueron objeto de artículos que los estigmatizaban como «antiblanco» en el periódico *Alerte*, órgano del CADD. Reaccionando

⁸⁷ Folleto de la Federación Socialista de las Antillas y del diputado por Guadalupe, *Le cas Gérauld-Richard*, París, Groupe socialiste des Antilles, 1903, p. 14.

⁸⁸ René Liard, «Le jury martiniquais et les crimes», *Annales coloniales*, 6 de octubre de 1910, pp. 2-3.

⁸⁹ «Bêtes et gens du village noir», *Le monde colonial illustré: revue mensuelle, commerciale, économique, financière et de défense des intérêts coloniaux*, núm. 56, abril de 1928, p. 79.

⁹⁰ Frantz Fanon, «Racisme et culture» en *Pour la révolution africaine, op. cit.*, p. 44.

a esta campaña ideológica, el MRAP⁹¹ respondió en noviembre de 1960 explicando las «reacciones negras»:

El último aspecto de esta presentación de los hechos [la del CADD] es que hoy es toda África la que está sacudida por el racismo —es decir, el racismo antiblanco—, del que la explosión congoleña no es más que una manifestación. Una cadena racista une Moscú, El Cairo, Argel y Leopoldville. [...] Por brutales, por odiosas que sean a veces, por condenables que sean en sí mismas algunas reacciones congoleñas, no podemos al mismo tiempo, como M. Bardèche y Gros-Claude, demostrar que la colonización acumula la cólera de los colonizados y llamarles racistas cuando esa cólera estalla. De lo contrario, acabaríamos hablando de racismo cada vez que un pueblo se libera violentamente de la dominación exterior. [...] Si, por lo tanto, la independencia no siguió el mismo curso en Dakar, por ejemplo, que en Leopoldville, tal vez vendría buscar las causas de esta diferencia en las circunstancias concretas del acontecimiento, y en particular en la actitud de los belgas.⁹²

El movimiento estadounidense por los derechos civiles también fue acusado de «racismo antiblanco», al igual que Aimé Césaire, Léopold Sédar Senghor antes que él y Nelson Mandela después. Como señala el historiador François Durpaire, «la construcción del racismo antiblanco es producto del racismo antinegro. Martin Luther King, a pesar de ser pacifista, tuvo que defenderse de él, mientras que Aimé Césaire y Senghor tuvieron que recordar constantemente que la negritud "no es racismo". El uso del mismo término para designar dos fenómenos muy diferentes tiene por objeto mantener la confusión».⁹³ Concluimos este breve repaso histórico señalando dónde y cuándo reapareció esta veta retórica en 1978, en los escritos del teórico de extrema derecha Jean-Yves Le Gallou. El libro que publicó entonces se titulaba *Le racisme anti-français*⁹⁴ [El racismo antifrancés], y sigue siendo una de las obras clave de la extrema derecha autodenominada «identitaria». En ella desarrolla la tesis de que la identidad francesa está amenazada por una guerra racial, una de cuyas expresiones es el «racismo antifrancés». En 2000, otro libro de este autor extrae conclusiones en términos de objetivos políticos: la preferencia nacional. Adaptándose al nuevo contexto de la globalización capitalista, propuso asociarla a una «preferencia de civilización»⁹⁵ (el islam, por supuesto, se considera incompatible con esta civilización). El racismo antifrancés se convierte en racismo antiblanco. El concepto de «racismo antiblanco» no solo ha sido utilizado

⁹¹ Mouvement contre Le Racisme et pour L'Amitié entre Les Peuples (MRAP). [N. del T.]

⁹² Jean Schapira, «Voir clair», *Droit et liberté*, núm. 194, noviembre de 1960, p. 3.

⁹³ François Durpaire, *France blanche, colère noire*, París, Odile Jacob, 2006, p. 206.

⁹⁴ Jean-Yves Le Gallou, *Le racisme anti-français*, G. C. Conseil, 1978.

⁹⁵ Jean-Yves Le Gallou, *Le défi gaulois: carnets de route en France réelle*, París, Æncre, 2000, p. 92.

por la extrema derecha, sino que también ha sido formulado por ella, al menos en su versión contemporánea. Forma parte del mismo léxico que los términos «identidad nacional», «preferencia nacional», «guerra de civilizaciones», «gran reemplazo», etcétera. Antes como ahora, desde la lucha haitiana contra la restauración de la esclavitud hasta los debates contemporáneos, la retórica del «racismo antiblanco» desempeña el mismo papel ideológico: oscurecer o relativizar el racismo realmente existente. Entonces, como ahora, el proceso es el mismo: agrupar los actos de autodefensa, las inversiones de estigma y los insultos esencialistas con el racismo institucional y estatal bajo el mismo paraguas de «racismo». A través de estos procesos ideológicos, el debate público se ve regularmente secuestrado por un racismo que no existe, en detrimento del racismo que sí existe. Lo que tenemos aquí es un mecanismo para silenciar la demanda de igualdad que complementa la retórica y las polémicas sobre el islamo-izquierdismo y el racismo de Estado.

VIII

DEL COMUNITARISMO AL SEPARATISMO. LA CONSTRUCCIÓN DEL MIEDO SOCIAL COMO MODO DE GOBIERNO

El primer paso es identificar un objeto al que el público deba temer, el segundo es interpretar su naturaleza y explicar por qué es peligroso, y el tercero es enfrentarse a él.

Robin Corey¹

Entre la retórica del silenciamiento, la acusación de «comunitarismo» ocupa un lugar destacado. Desde hace varias décadas, hablar del «peligro comunitario» o del «peligro» o «repliegue» del mismo nombre es uno de los temas más recurrentes del debate político y mediático. Periódicamente se emiten declaraciones alarmistas y se difunden «investigaciones» mediáticas igualmente angustiosas. La repetición es tal, la unanimidad tan generalizada y la denuncia del peligro tan consensuada que la existencia de este «comunitarismo» adquiere el estatuto de evidente. Así pues, el caso parece haber quedado claro: ciertas poblaciones caracterizadas por un marcador de color, origen o religión eligen vivir entre ellas en un proceso aceptado de secesión de la República y de sus valores. La recurrencia es tan fuerte que tendemos a olvidar el carácter reciente del término. «Desde 1989, un espectro recorre la República, el espectro del comunitarismo»,² resume el jurista Laurent Lévy. El sociólogo Fabrice Dhume-Sonzogni data de la misma época la banalización del uso de este neologismo: «El término “comunitarismo” entró en el diccionario muy recientemente: en 1997 en el *Petit Larousse* [...]. En los medios de comunicación y en el discurso público, por tanto, el término lleva utilizándose algo más de tiempo. Pero, como demuestra una búsqueda en los despachos de la agencia *France Presse*, el término estuvo prácticamente ausente hasta 1995».³

Sin embargo, este carácter reciente no debe ocultar la larga historia de la acusación contra los inmigrantes de solo buscar el «entre sí».⁴ La

¹ Corey Robin, *La peur: histoire d'une idée politique*, París, Armand Colin, 2006, p. 50.

² Laurent Lévy, *Le spectre du communautarisme*, París, Amsterdam, 2005.

³ Fabrice Dhume-Sonzogni, *Liberté, égalité, communauté: l'État français contre le communautarisme*, París, Homnisphères, 2007, p. 24.

⁴ Véase nota 15 del capítulo 1. [N. del T.]

encontramos en nuestro primer capítulo, en relación con inmigrantes «internos» como los bretones y los auverneses, por un lado, e inmigrantes europeos como los italianos, por otro. Veamos brevemente las principales figuras históricas de estos supuestos «secesionistas» que, entonces como ahora, se presentan como una amenaza para la República y sus valores.

Algunas figuras históricas de la secesión

En su discurso del 18 de febrero de 2020 en Mulhouse,⁵ el presidente de la República proclamó su determinación de combatir el «separatismo», neologismo que prefirió al de «comunitarismo». Volvía así al viejo vocabulario de designar a los grupos sociales como una amenaza para la República a causa de un «entre sí» pseudocultural y/o religioso. Repasando una secuencia histórica más larga, podemos identificar a otras figuras históricas que en su día fueron acusadas de «comunitarismo» o, más exactamente, de «separatismo».

Nos fijaremos en tres figuras históricas que nos ayudan a comprender lo que está en juego en este debate político: imponer una concepción unitaria de la nación, definirla de forma esencialista como una entidad cultural y políticamente homogénea. Bretones, comunistas, judíos, gitanos e italianos han sido acusados de «separatismo» en diferentes momentos.

Los pueblos originarios de Francia

La primera se refiere al proceso de construcción nacional que acompañó a la instauración del modo de producción capitalista en Francia y, en particular, a su necesidad de unificar un mercado nacional rompiendo las múltiples divisiones territoriales asociadas al feudalismo.⁶

La narrativa nacional construida por la clase dominante redujo las luchas sociales del periodo a una lucha binaria entre «republicanos» y «feudales», los primeros vistos como portadores de la «ilustración» y los segundos de la «reacción». Esto oscurecía tanto las luchas populares urbanas —dirigidas por un proletariado embrionario— a la hora de defender sus intereses de clase, como las luchas campesinas contra la esclavización, el sometimiento y la destrucción de las economías campesinas regionales, estas también, por tanto, según sus intereses de clase. La imagen de una «nación» culturalmente homogénea y sin divisiones de clase social

⁵ Mélinée Le Priol, «À Mulhouse, Emmanuel Macron affiche sa fermeté contre le “séparatisme islamiste”», *La Croix*, 18 de febrero de 2020.

⁶ Saïd Bouamama, *La France. Autopsie d'un mythe national*, París, Larousse, 2008.

acompañó ideológicamente la instauración del capitalismo. El capitalismo, subrayó Marx, requería la doble «liberación» de los siervos:

El orden económico capitalista surgió de las entrañas del orden económico feudal. La disolución de uno liberó los elementos constitutivos del otro. En cuanto al trabajador, productor inmediato, para poder disponer de su persona, primero tuvo que dejar de estar atado a la tierra o de estar sometido a otra persona. [...] Por otra parte, estos afrancesados se convierten en vendedores de sí mismos solo después de haber sido despojados de todos sus medios de producción y de todas las garantías de existencia que les ofrecía el antiguo orden de cosas. La historia de su expropiación no es materia de conjeturas: está escrita en los anales de la humanidad con letras indelebles de sangre y fuego.⁷

La acusación de separatismo acompañó ideológicamente a este vasto movimiento violento de expropiación del pequeño campesinado. Contra los bretones, los occitanos, los vascos y otros pueblos indígenas de Francia se utilizaron los mismos torpes conceptos (secesionismo, peligro para la República, unidad nacional, etc.) y las mismas oposiciones binarias (universalismo frente a particularismo, modernidad frente a reacción, ilustración frente a oscurantismo, asimilación frente a comunitarismo, etc.). Los pueblos, lenguas y culturas preeminentes se verán entonces reducidos a la reacción opuesta a la República, a particularismos que amenazan el universalismo, al igual que los «comunitaristas» o «separatistas» de hoy en día. He aquí cómo Bertrand Barrère de Vieuzac, diputado a los Estados Generales y luego a la Convención Nacional, lo expresa en su *Informe de salvación pública sobre los idiomas* en 1794, llamando a la guerra para erradicar esas otras lenguas de Francia: «El federalismo y la superstición hablan vasco-bretón; la emigración y el odio a la República hablan alemán, la contrarrevolución habla italiano y el fanatismo habla vasco. Rompamos estos instrumentos del daño y del error [...]. A la lengua francesa, que desde hace cuatro años leen todos los pueblos [...], le corresponde convertirse en la lengua universal. Pero esta ambición es la del genio de la libertad».⁸

Significativamente, la misma secuencia histórica se caracterizó por un discurso sobre la unidad nacional, reflejado en la ley Le Chapelier, promulgada el 14 de junio de 1791, que estipulaba en su artículo 8 que «las asambleas obreras que tengan por objeto obstaculizar la libertad que la constitución concede al trabajo industrial serán consideradas como asambleas sediciosas».⁹

⁷ Karl Marx, *Le capital*, libro 1, *op. cit.*, p. 680.

⁸ Bertrand Barrère De Vieuzac, «Rapport au comité de salut public», en Michel Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel, *Une politique de la langue: la Révolution française et les patois*, París, Gallimard, 1975, pp. 297-298.

⁹ Léonard Gallois, *Réimpression de l'ancien Moniteur*, marzo de 1789 / noviembre de 1799, t. 8, París, René et compagnie, 1879, p. 662.

La acusación de separatismo también se lanzó explícitamente contra la nueva clase obrera. Este planteamiento desembocó en una auténtica guerra contra la alteridad francesa, que se consideraba «secesionista» desde una perspectiva asimilacionista, abogando por su erradicación. Una de las importantes tareas encomendadas a la escuela republicana fue no solo la aparición de una lengua común, sino también la desaparición de las demás lenguas de Francia. Además de la lengua, se estigmatizó a todo un grupo social como poseedor de un modo de vida reñido con el progreso y la ilustración. «La lengua de los bretones es áspera y difícil de entender. Sus hábitos, costumbres, credulidad y supersticiones apenas les permiten un lugar por encima del hombre salvaje»,¹⁰ describía el geógrafo francés Malte Brun en 1841. En cuanto a los inmigrantes bretones en las grandes ciudades industriales de Francia, no era de extrañar que se les percibiera como una amenaza para la República debido a su comunitarismo congénito.¹¹

Del «judío errante» al judío «apátrida»

El antiguo antijudaísmo medieval se basaba en consideraciones religiosas. Durante varios siglos, el mito del «judío errante» arraigó en la imagen del judío como condenado a la errancia perpetua por el propio Cristo, por haberle negado un momento de descanso camino de su ejecución. Según este mito, Jesús le maldijo entonces: «Tú mismo caminarás más de mil años. El juicio final pondrá fin a tu tormento».¹² La imagen del eterno judío nómada, sin vínculos nacionales, arraigó rápidamente en las sociedades europeas. A través de la literatura y los relatos orales, la canción y el teatro, la pintura y la escultura, esta imagen del judío atravesó los siglos: «Tal plasticidad intrínseca», resume el historiador de las religiones Marcello Massenzio, que no tiene otros ejemplos fuera de la mitología, «es una de las razones por las que la figura del judío errante ha puntuado la trayectoria de la civilización occidental cristiana durante un largo periodo, desde aproximadamente la Edad Media hasta el siglo XX».¹³ Este mito fue acompañado ideológicamente, en mayor o menor medida según las épocas, por diversas políticas sucesivas o acumulativas: conversiones forzosas,

¹⁰ Victor-Adolphe Malte Brun, *Les jeunes voyageurs en France ou la description pittoresque du sol et des curiosités de ce pays, avec l'esquisse des mœurs de chaque province, t. 1*, Paris / Saint-Cloud, Lehubry, 1841.

¹¹ Didier Guyvarc'h, «Un manifeste de 1851 contre les immigrés bretons», *Genèses. Sciences sociales et histoire*, núm. 24, 1996, pp. 137-144.

¹² Adjutor Rivard, *Contes et propos divers*, París, Bibebook, 1944, p. 69.

¹³ Marcello Massenzio, «Le Juif errant entre mythe et histoire. Trois variations sur le thème de la Passion selon le Juif errant», *Annuaire de l'École pratique des hautes études*, núm. 115, 2008, p. 291.

expulsiones, signos distintivos, obligación de vivir en barrios específicos, etc. El IV Concilio de Letrán de 1215, que como hemos visto inauguró la imposición de un signo distintivo, también impuso la segregación urbana. «Pero fue la encíclica de Pablo IV de 1555 la que grabó en piedra la institución al establecer normas precisas (una entrada y una salida únicas para el gueto; un signo distintivo para los judíos, etc.)»,¹⁴ señala el geógrafo Hervé Vieillard-Baron.

La acusación de «comunitarismo» oculta un proceso de «comunitarización» forzosa. El antisemitismo moderno del siglo XIX recicló la imagen del judío errante, adaptándola a la era de la estabilización de los Estados nación. El tema del judío errante adoptó la forma del judío «sin patria» que, debido a su falta de lazos nacionales, era susceptible de traicionar a la nación en cualquier momento. El *affaire* Dreyfus estuvo precedido por un periodo de excitación antisemita centrado en la propensión a traicionar que caracterizaría a los judíos debido a su falta de patriotismo.¹⁵ El mismo argumento se utiliza para afirmar la falta de voluntad de integración de los judíos y su propensión cultural y/o religiosa al separatismo. Aunque la palabra «comunitarismo» aún no existía, los judíos de Francia fueron acusados de negarse a integrarse en la nación francesa en la infame *France juive* [Francia judía] de Édouard Drumont: «Francia, Alemania e Inglaterra nunca serán patrias para los judíos y tienen todo el derecho, en mi opinión, a no ser patriotas en ninguna parte y a seguir una política distinta y personal, la política judía, en todas las latitudes».¹⁶

Drumont considera que este pseudo-separatismo judío constituye un peligro de muerte civilizatoria, tanto más peligroso por su insidia: «Una especie de toma del poder suave, una forma insidiosa de expulsar a los nativos de sus hogares, de sus trabajos, una forma suave de despojarlos primero de sus posesiones, luego de sus tradiciones, de sus costumbres y, finalmente, de su religión».¹⁷ Un verdadero «choque de civilizaciones» y un «gran reemplazo» antes de tiempo, que exigían una respuesta única y viril: la «autodefensa social».¹⁸ Algunas décadas más tarde, en el periodo de entreguerras, la proliferación de panfletos, periódicos y revistas antisemitas hizo de la acusación de comunitarismo uno de sus *leitmotiv*. El historiador Ralph Schor resume así la lógica antisemita de esta secuencia histórica en Francia:

¹⁴ Hervé Vieillard-Baron, «Le ghetto: réflexion sur la notion et ses représentations», en René Galissot y Brigitte Moulin, *Les quartiers de la ségrégation: tiers-monde ou quart-monde?*, París, Karthala, 1995, p. 34.

¹⁵ Sobre este respecto, Marc Angenot, *Ce qu'on dit des Juifs en 1889: antisémitisme et discours social*, Saint-Denis, Presses universitaires de Vincennes, 1989.

¹⁶ Édouard Drumont, *La France juive devant l'opinion*, op. cit., p. 60.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 8-9.

¹⁸ *Ibidem*, p. 51.

Esta nación errante, supuestamente inmutable a lo largo de los siglos, estaba ante todo unida por una mentalidad particular, una comunidad de pensamiento y voluntad cuidadosamente descrita por los antisemitas. Reunida en torno a sus leyes, su moral talmúdica, su calendario, su lengua, su escritura, sus fiestas, reacia a los matrimonios mixtos, replegada voluntariamente en guetos, barrios prácticamente cerrados a los no judíos, obedeciendo tal vez a un gobierno secreto, la nación judía rechazaba «con horror» toda idea de asimilación.¹⁹

La homogeneización de una población heterogénea, la inmutabilidad de su relación con el mundo y con la sociedad, la negación de las interacciones con el resto del entorno social, la elección deliberada de un «entre sí»: he aquí todas las características del esencialismo aplicadas hoy a las poblaciones contemporáneas acusadas de comunitarismo. Como hoy, este comunitarismo congénito lleva a algunos a exigir una «desnaturalización». En 1938, por ejemplo, el futuro comisario de Vichy para asuntos judíos defendió un plan para anular inmediatamente todas las naturalizaciones concedidas desde 1918. Otros proponen retirarles ciertos derechos: el derecho de voto, el derecho a ocupar cargos públicos, etc. Resumiendo las numerosas posturas de la extrema derecha sobre la «naturalización», el filósofo e historiador Fernand Tanghe describió su núcleo común de la siguiente manera: «En cualquier caso, tanto si quitamos la nacionalidad a los judíos como su ciudadanía, el objetivo es siempre desnaturalizarlos, es decir, excluirlos del destino de la nación».²⁰ Es imposible no pensar en los numerosos debates contemporáneos sobre el derecho de sangre/derecho de suelo, sobre la pérdida de la nacionalidad, sobre la doble nacionalidad, sobre la identidad nacional, etc.

El separatismo comunista

Al proponer rebautizar la acusación de «comunitarismo» con el término «separatismo», Emmanuel Macron revela la visión de la sociedad que transmiten estas expresiones. Se trata de imponer una representación de la sociedad que niega los intereses divergentes y las divisiones y jerarquías sociales basadas en la clase, el sexo o el origen. Cualquier grupo social que desafíe esta construcción ideológica es susceptible de ser acusado de «separatismo» y/o «comunitarismo». Así pues, la sociedad se compone

¹⁹ Ralph Schor, *L'antisémitisme dans l'entre-deux-guerres: prélude à Vichy*, Bruselas, Complexe, 2005, p. 75.

²⁰ Fernand Tanghe, «La particularisation de la nature dans l'idéologie raciste d'hier et d'aujourd'hui», en Philippe Gérard, François Ost y Michel Van de Kerchove (dir.), *Images et usages de la nature en droit*, Bruselas, Publications des facultés universitaires de Saint-Louis, 1993, p. 332.

únicamente de individuos que pueden o no estar de acuerdo en integrarse y/o que pueden o no ser capaces de hacerlo. No es de extrañar, por tanto, que la guerra contra el «comunitarismo» de las minorías nacionales francesas se librara al mismo tiempo que se prohibía la organización colectiva de los trabajadores mediante la ley Le Chapelier. Unas décadas más tarde, serían los «comunistas» quienes serían acusados de negarse a integrarse en la nación, de ser un «cuerpo extraño» o servil a los extranjeros, de ser separatistas. Uno de los autores a los que el historiador de las ideas Daniel Lindenberg llama «los nuevos reaccionarios», Philippe Muray, analiza el vínculo entre «comunismo» y «comunitarismo» de la siguiente manera:

No es un juego de palabras constatar que entre comunismo y comunitarismo solo hay algunas letras de diferencia, y que ambos tienen el mismo origen latino, *communis*. Tampoco es caer en abusos historicistas constatar la perfecta sincronía con la que hemos visto el fin del comunismo y, casi inmediatamente, la aparición de los desvaríos del comunitarismo y sus primeras acciones fulgurantes. Como si de las ruinas de uno hubieran surgido los otros. [...] Al mismo tiempo, se restablece la vieja noción bolchevique de «sospechosos», indispensable en toda situación de terror, y se designan nuevos «enemigos del pueblo» (homófobos, sexistas, islamófobos, etc.).²¹

La nación y su unidad, amenazadas ayer por lo que Muray llama el monstruo comunista, estarían amenazadas hoy por el monstruo comunitarista. Al totalitarismo del primero sucedería un totalitarismo igualmente peligroso del segundo. La negación del individuo y de la nación sería común a ambos. Así, por ejemplo, señala el autor, las militantes feministas son comunitaristas porque quieren «imponer la defensa de las reivindicaciones feministas a todo el movimiento altermundialista [que] curiosamente se hace eco [del] islamista radical que dice sin decirlo nunca realmente que quiere la islamización de la modernidad».²² Como señala el sociólogo Fabrice Dhume-Sonzogni, esta escisión ideológica entre comunidad valorada y comunidad menospreciada sirve para reproducir las jerarquías sociales y las dominaciones que las producen: «Es el nombre de la asignación asimétrica de las posiciones sociales, al mismo tiempo que se presenta como igualitaria. Al atribuir lo impropio a la minoría, hace de la relación con la propiedad el principio de la distinción social».²³ Muray establece así una división entre una comunidad legítima portadora de progreso (la

²¹ Philippe Muray, «Le communautarisme ? Un monstre», *Marianne*, 15 de marzo de 2004, pp. 34-35.

²² *Ibidem*, p. 35.

²³ Fabrice Dhume, «Commun, communauté(s), “communautarisme”: les frontières de la socia(bi)lité», en Sylvain Pasquier (dir.), *Qu'est-ce qu'une communauté?*, París, L'Harmattan, 2009, p. 87.

nación como conjunto homogéneo representada por el Estado) y comunidades ilegítimas portadoras de barbarie (comunidades de clase, de origen, de género, etc.). Analizando las distintas formas de valorar las «comunidades», Fabrice Dhume elabora la siguiente tipología de usos del término en el discurso dominante: la comunidad (europea, nacional, municipal, etc.) que se da por supuesta, la comunidad indecible (el Terror, la Comuna de París, el comunismo, Mayo del 68, etc.) y la comunidad arcaica (la de los grupos sociales «minorizados»). «La asimetría de estas tres figuras retóricas indica que la frontera de la legitimación procede de una lectura estatista: la comunidad como Estado y el Estado nación como forma legítima de la comunidad»,²⁴ comenta este autor, subrayando la consecuencia de tal lógica: la «construcción de un enemigo a la vez interno y externo». Todos aquellos cuyas reivindicaciones amenazan la jerarquía social corren el riesgo de ser estigmatizados como «comunitaristas» o «separatistas».

No es de extrañar, pues, que los comentarios de De Gaulle se hagan eco de la acusación de separatismo lanzada contra los comunistas a finales de los años cuarenta. Este pseudoseparatismo se opone, como es lógico, a la unidad nacional y a la comunidad nacional y, al igual que el pseudocomunitarismo islamista actual, está vinculado a la sumisión a un «Estado extranjero»:

Pero si la unidad nacional pudo mantenerse a pesar de los que aceptaron la ley de Hitler, todo el mundo piensa que de nuevo hoy está en peligro. Yo digo que está en peligro por culpa de un grupo de hombres, cuyos dirigentes ponen por encima de todo el servicio a un Estado extranjero. Lo digo con más fuerza aún porque yo mismo, como era mi deber, he intentado, hasta los límites de lo lícito y de lo posible, atraerlos al servicio de Francia. Sí, en el momento de la Liberación, yo, al igual que toda la Resistencia, pensaba que había que dar a esos «separatistas» la oportunidad de integrarse en la comunidad nacional.²⁵

Tampoco nos sorprenderá que el General concluya con una división entre «verdaderos franceses» y «falsos franceses»: «Al decir esto, me dirijo a todos los verdaderos franceses, incluidos aquellos que, hasta ahora, han creído poder escuchar a los demás, pero que, viendo ahora que nuestra patria está en juego, no pueden seguir por el mismo camino».²⁶ La misma retórica sobre el separatismo y la unidad nacional fue utilizada por François Mitterrand durante la guerra de Argelia contra los independentistas, a los que metía en el mismo saco que a los comunistas. Además, esta

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ Charles de Gaulle, «Discours de Rennes du 27 juillet 1947», en *Discours et messages: dans l'attente*, febrero de 1946 / abril de 1958, Ginebra, Édito-service, 1970, p. 100.

²⁶ *Ibidem*, p. 105.

determinación antiseparatista se remite a una especificidad racial: «Cuando se trata de mantener la unidad nacional [...], existe el deber permanente e histórico, la fuerza secular. No se puede tolerar la secesión, el separatismo, este tipo de escisión dentro de la misma nación. No puede haber compromiso, ni discusión. Esto es algo que pertenece a nuestra raza, a nuestro propio tronco, lo aprendimos cuando nacimos, forma parte de la historia de Francia».²⁷

El «entre sí» de unos, el «comunitarismo» de otros

Centrar el foco mediático y político en el pseudocomunitarismo de carácter «étnico» o religioso tiene como efecto inmediato la invisibilización de otro grupo social. La denuncia del comunitarismo sirve así de pantalla al comunitarismo social de las clases dominantes. Así pues, no es baladí constatar que el retorno del discurso sobre el peligro del comunitarismo se produce en un momento de polarización social y económica sin precedentes desde la Liberación. Haciendo balance de «diez años de investigación entre familias acomodadas de la aristocracia y la vieja burguesía», los sociólogos Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot destacan las fuertes interacciones entre el espacio social y el geográfico: «La ciudad opone sus bellos barrios a los suburbios obreros. Los contrastes son lo suficientemente marcados en la región de Île-de-France como para que, de Neuilly a Aubervilliers, se pueda pasear por las calles como si se pasara de directores de empresa a obreros cualificados, de inspectores de finanzas a empleados de bajo nivel».²⁸ Lejos de ser una característica de las clases trabajadoras y/o de sus descendientes de inmigrantes, la tendencia a socializarse con los demás es una banalidad social en cuanto a espacios de vida, tipos de vivienda, condiciones ambientales, modos y contenidos de socialización, etc.

La banalidad del «entre sí»: de los «guetos del Gotha»²⁹ a los barrios gentrificados y las viviendas suburbanas

Los dos autores citados hablan deliberadamente de «guetos del Gotha» y de comunitarismo.³⁰ Explicando su elección del título, los sociólogos afirman:

²⁷ François Mitterrand, «Débats au Conseil de la République», *Journal officiel*, 25 de noviembre de 1954, p. 1909.

²⁸ Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot, *Voyage en grande-bourgeoisie: journal d'enquête*, París, PUF, p. 15.

²⁹ Término utilizado para referirse a la realeza y aristocracia europea, y por extensión, a las élites. [N. del T.]

³⁰ Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot, *Les ghettos du Gotha: comment la bourgeoisie défend ses espaces*, París, Le Seuil, 2007.

El «entre sí» gran burgués es decisivo para la reproducción de las posiciones dominantes, de una generación a otra, en tanto es un educador eficaz. Favorece que se eviten los desencuentros y permite cultivar y enriquecer las relaciones heredadas. [...] Los privilegiados por la fortuna buscan sistemáticamente la compañía de sus semejantes. Actúan para preservar su entorno social con tal pragmatismo, que dan por sentado, que su apartheid invertido hace olvidar a los habitantes de Neuilly que viven en los «suburbios», en un «gueto» (para ricos) y en un intenso «comunitarismo» (entre personas del mismo nacimiento), expresiones todas ellas que se refieren espontáneamente al 9-3, a Saint-Denis, a Aubervilliers y a Clichy-sous-Bois.³¹

Los mismos autores afirman en otro libro que el «entre sí» residencial burgués no es más que un elemento de un «entre sí» más amplio. En particular, citan la educación de los niños, las instituciones escolares, los centros de vacaciones, los mítines, el control de las relaciones, etc.³² Estamos pues en presencia de un «comunitarismo de los dominantes» real, voluntario y elegido, que corresponde a la defensa de los intereses sociales y a una estrategia de clase. Por supuesto, esto no se traduce en barrios totalmente homogéneos desde el punto de vista social, ni en una ausencia total de contacto con miembros de otras clases sociales. Se trata solo de que la heterogeneidad social que existe en estos espacios y las interacciones sociales que tienen lugar están estructuradas por una relación de poder. «Tanto los espacios públicos como los privados», explica la socióloga Sylvie Tissot, «son siempre en realidad más o menos heterogéneos». A pesar de los intentos de privatización de los espacios públicos, o a pesar de las vallas físicas de las urbanizaciones cerradas, por ellos circulan «otros», entre ellos las distintas categorías de sirvientes que los mantienen. Por tanto, el control del espacio implica también el control de los lugares y los movimientos.³³

Esta guetización de las clases altas sociales, residenciales, sociales y culturales es una tendencia que no se limita a las clases medias altas estudiadas por los Pinçon-Charlot. Mientras que las demás fracciones de la burguesía, en su relación con el mundo y con los demás, siguen la misma lógica que la descrita anteriormente, las «capas medias», por su parte, inician otras formas de «entre sí». Cabe mencionar tres de ellas. La primera se refiere a los altos directivos y, más ampliamente, a las clases medias altas, que también tienen una innegable tendencia a congregarse en determinados barrios y eligen conscientemente vivir entre ellos. El sociólogo Bruno Cousin, por

³¹ *Ibidem*, p. 28.

³² Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot, *Sociologie de la bourgeoisie*, París, La Découverte, 2007, p. 52.

³³ Sylvie Tissot, «Entre-soi et les autres», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 204, 2014/4, p. 8.

ejemplo, describe así la composición social y las aspiraciones de los residentes en los «nuevos barrios de Hauts-de-Seine»: «Los nuevos barrios de Hauts-de-Seine son [...] elegidos por residentes que rechazan explícitamente la mezcla social local y la exposición a la alteridad. Les gustan porque los consideran barrios homogéneos, cuyos miembros comparten no solo el mismo nivel social, sino también aspiraciones similares en términos de movilidad ascendente».³⁴

Las viviendas suburbanas son otra expresión de la tendencia a buscar el «entre sí», esta vez para las fracciones inferiores de las clases medias y para las fracciones superiores de la clase trabajadora. Los habitantes de estas zonas se caracterizan por una movilidad social ascendente y un origen social obrero. El escritor Jean-Luc Debry describe estas zonas como un medio para pasar «de la lucha de clases a la pacificación del proletariado».³⁵ El geógrafo Christophe Guilluy recuerda, por su parte, el soporte ideológico dado a las urbanizaciones periurbanas de clase media a lo largo de los «treinta gloriosos»:

La casa unifamiliar era el símbolo del ascenso social de una pequeña clase media que accedía a la propiedad. Era la encarnación de todo lo que odiaba la izquierda: alguien que abandonaba el bloque de pisos, el movimiento social y el colectivo en favor de la casa unifamiliar. Esto ha dado lugar a un imaginario muy zafio: «Tengo una casa unifamiliar, así que tengo un pastor alemán, y estoy destinado a convertirme en racista porque estoy en la esfera privada y tengo miedo de los demás».³⁶

Sin embargo, al hablar de «sueño truncado», Christophe Guilluy insiste en la degradación y la reciente precarización de estos residentes, transformando estos barrios en zonas de relegación. Analiza los resultados del Front National en estos barrios como el resultado de estos dos factores: el aislamiento social y la degradación. El sociólogo Jacques Donzelot habla incluso de un proceso de «secesión urbana», dividiendo la ciudad en tres componentes: urbanizaciones obreras, suburbios de clase media-baja y barrios gentrificados de clase media-alta. «Cualquiera que sea el lugar de una zona suburbana», explica [...] «la preocupación por un “entre sí” protector sigue siendo el constituyente básico, la característica invariable de todas las figuras».³⁷ Los barrios gentrificados también se caracterizan por un «entre sí», pero con motivaciones diferentes: «En lugar de un “entre sí”

³⁴ Bruno Cousin, «Les quartiers refondés de Hauts-de-Seine et l'entre-soi des cadres d'entreprise», *Sociologie du travail*, vol. 55, núm. 2, abril de 2013, p. 50.

³⁵ Jean-Luc Debry, *Le cauchemar pavillonnaire*, París, L'Échappée, 2012.

³⁶ Christophe Guilluy, «Lutte des places», *Vacarme*, núm. 42, enero de 2008, p. 17.

³⁷ Jacques Donzelot, «La ville à trois vitesses: relégation, périurbanisation, gentrification», *Esprit*, núm. 3-4, marzo-abril de 2004, p. 27.

protector», resume, «aspiran a un “entre sí” selectivo que es el producto natural del mercado».³⁸ El «entre sí» de la gentrificación puede aceptar una «mezcla» de yuxtaposiciones e incluso potenciarla, pero sobre la base de una doble lógica de conquista del espacio y de dominación del mismo. El sociólogo y economista Éric Maurin habla de «separatismo social», que resume de la siguiente manera:

El problema de la segregación urbana en Francia no se limita a algunos centenares de barrios devastados por el fracaso y la pobreza. Estos no son más que la consecuencia más visible de las tensiones separatistas que atraviesan toda la sociedad, empezando por sus élites. En este juego, no son solo los obreros los que huyen de los inmigrantes en paro, sino también los asalariados más acomodados los que huyen de las clases medias altas, las clases medias altas las que evitan las profesiones intermedias, las profesiones intermedias las que se niegan a mezclarse con los asalariados, etc.³⁹

Los datos estadísticos sobre ingresos fiscales permiten comprender esta tendencia generalizada a una distribución espacial de la residencia por estratos de renta. Por supuesto, son los hogares cuyos recursos influyen más en su elección de residencia los que impulsan esta estratificación socioespacial. «Para aquellos que disponen de medios, sus elecciones residenciales les llevan a congregarse entre sus iguales. [...] La tendencia a la agrupación espacial de los hogares por estratos de renta o categoría social contribuye poderosamente al aumento de las desigualdades de renta intermunicipales»,⁴⁰ resume el economista Laurent Davezies. También se podrían haber mencionado otros estudios, como la búsqueda del «entre sí» en la educación⁴¹ o en las actividades de ocio, culturales o deportivas.⁴² Por supuesto, los estudios e investigaciones citados son objeto de desacuerdos y debates. Se les ha reprochado su «tendencia a aplastar tanto la diversidad de estas categorías [las clases o capas medias] como la complejidad de las formas en que se insertan en este espacio [el espacio urbano]».⁴³ La crítica

³⁸ *Ibidem*, p. 32.

³⁹ Éric Maurin, *Le ghetto français: enquête sur le séparatisme social*, París, Le Seuil, 2004, p. 98.

⁴⁰ Laurent Davezies, «Les inégalités en France: une réalité multiforme. La fracture territoriale contre les facteurs de cohésion: le bras de fer», *Cahiers français*, núm. 351, julio-agosto de 2009, p. 44.

⁴¹ Georges Felouzis, Françoise Liot y Joëlle Perroton, *L'apartheid scolaire: enquête sur la ségrégation ethnique dans les collèges*, París, Le Seuil, 2005.

⁴² Philippe Gombert y Agnès Van Zanten, «Le modèle éducatif du pôle “privé” des classes moyennes: ancrages et traductions dans la banlieue Parisienne», *Éducation et sociétés*, núm. 14, 2004/2, pp. 67-83

⁴³ Marco Oberti y Edmond Préteceille, «Cadres supérieurs et professions intermédiaires dans l'espace urbain entre séparatisme et mixité sous contrôle» en Paul Bouffartigue, Charles Gadea y Sophie Pochic, *Cadres, classes moyennes: vers l'éclatement?*, París, Armand Colin, 2011, p. 202.

es pertinente, pero no cuestiona la observación de un «entre sí» elegido. El desacuerdo es sobre el alcance de este, no sobre su existencia. Los dos autores de la crítica citada prosiguen su análisis del siguiente modo: «Si bien la búsqueda del “entre sí” y el distanciamiento del mundo obrero e inmigrante son, en efecto, importantes motores de la segregación, estas preocupaciones no tienen el mismo grado de prioridad o intensidad para todas las clases medias». ⁴⁴ La segregación residencial, cultural y educativa no se limita a los barrios obreros o a las urbanizaciones. Es una característica de nuestra sociedad en su conjunto, en todas las clases sociales. Sin embargo, estos diferentes «entre-sí» no se mencionan con la misma intensidad o frecuencia, ni con el mismo tono en el discurso político y mediático. Cada uno de ellos es objeto de un tratamiento específico y de un vocabulario igualmente distinto: comunitarismo, separatismo, mezcla social, etc.

Del «entre sí» al «comunitarismo»

En el texto citado anteriormente, Jacques Donzelot destaca un rasgo específico del «entre sí» estigmatizado como «comunitarismo». Mientras que la agrupación social de otros grupos sociales, si bien presenta dimensiones de coacción, esencialmente la vinculada al nivel de renta, es en gran medida una elección y el resultado de estrategias, la agrupación calificada de «comunitarista» está casi totalmente coaccionada: «Los residentes de los *grands ensembles* ⁴⁵ forman una sociedad particular marcada por el carácter constreñido de las relaciones intersociales que caracterizan su relación, en el sentido de que la libre elección desempeña un papel mínimo en la constitución de su barrio». ⁴⁶

La acusación de «comunitarismo» traslada una cuestión social —un campo restringido de posibilidades en términos de trayectoria residencial— a una cuestión identitaria: el deseo de estar con otros de la misma cultura, identidad, lengua y religión. Es pasar de la restricción a la elección. La geógrafa Brigitte Moulin sugiere que, para tener en cuenta esta diferencia de «entre sí», deberíamos distinguir entre dos categorías, que ella denomina «segregación activa» y «segregación pasiva». «Los procesos subyacentes a estas segregaciones nos obligan evidentemente a reflexionar sobre las nociones de segregación activa y pasiva. Así como la población

⁴⁴ *Ibidem*, p. 202.

⁴⁵ Urbanizaciones formadas por unidades habitacionales de tipo grandes bloques, construidas en Francia para resolver la crisis habitacional de las décadas de 1950 y 1960. Destinadas a alojar a las poblaciones obreras en un primer momento, desde hace años son sinónimo de la segmentación y relegación urbanas de las poblaciones migrantes o descendientes de migrantes. [N. del T.]

⁴⁶ Jacques Donzelot, «La ville à trois vitesses: relégation, périurbanisation, gentrification», art. cit, p. 19.

de los barrios de lujo se encuentra en una situación de elección, la gran mayoría de la población de los barrios desfavorecidos se encuentra en una situación de restricción»,⁴⁷ explica. Tener en cuenta esta distinción revela la función ideológica del discurso del comunitarismo: justificar la segregación que sufren las personas presentándola como activa. Esto permite a la vez reconocer la realidad de la desigualdad y explicarla en función de los comportamientos y las elecciones de quienes la sufren. La socióloga Véronique de Rudder explica: «Para disgregar, y seguir haciéndolo, hay que justificarlo, porque existe un referente más general que legitimaría el tratamiento englobante y unitario».⁴⁸

Las estrategias de búsqueda del «entre sí» de algunas personas dan lugar a un «entre sí» impuesto a otras, pero a diferencia de aquellas, este no es elegido sino, más exactamente, impuesto por el campo de posibilidades. El sociólogo Cyprien Avenel señala que «segregación y agregación son las dos caras de una misma moneda. La contrapartida del distanciamiento de los demás es la búsqueda de la propia identidad».⁴⁹ Así pues, lo que tenemos aquí no es un deseo de secesión, sino una comunitarización forzada. Para las poblaciones que son objeto de la acusación de «comunitarismo», existe objetivamente una tendencia a la concentración en determinados empleos, determinados sectores y determinadas zonas, pero no es el resultado de una elección. Es en este nivel donde, en nuestra opinión, debería introducirse la cuestión del origen, el color o la afiliación religiosa como factor adicional en la distribución socioespacial. La discriminación racista sistémica, que afecta a todos los sectores de la vida social, complica la estratificación de la sociedad y su traducción territorial, y produce una comunitarización impuesta:

En la Francia actual, el «comunitarismo» funciona como un espanto que se blande en cada ocasión, incluso cuando no viene al caso. Porque la discriminación es precisamente la causa principal. En un intento de erigirse en la única comunidad legítima, los xenófobos y racistas rechazan a quienes no muestran un origen francés, cristiano y un fenotipo «blanco».⁵⁰

Aunque estamos de acuerdo con este análisis de los sociólogos Véronique de Rudder y François Vourc'h, también creemos que su relevancia se

⁴⁷ Brigitte Moulin, «Processus ségrégatif dans l'espace Maghreb-Europe», en René Galissot y Brigitte Moulin (dir.), *Les quartiers de la ségrégation...*, op. cit., p. 7.

⁴⁸ Véronique de Rudder, «Les quartiers de la ségrégation», en *ibidem*, p. 11.

⁴⁹ Cyprien Avenel, «La mixité dans la ville et dans les grands ensembles: entre mythe social et instrument politique», *Informations sociales*, núm. 125, 2005/5, p. 63.

⁵⁰ Véronique de Rudder y François Vourc'h, «Quelles statistiques pour quelle lutte contre les discriminations», *Journal des Anthropologues*, núms. 110-111, 2007, p. 2.

extiende más allá del simple círculo de «xenófobos y racistas» para abarcar todo el funcionamiento de nuestro sistema social. En nuestra opinión, la discriminación es producida y reproducida por las políticas de educación, vivienda, gestión del mercado laboral, «seguridad», etc. Esto no cambia el hecho de que se está imponiendo la comunitarización. Para la mayoría de las personas de origen inmigrante, los factores de clase y raza se entrelazan para conformar un destino social caracterizado por la desigualdad de trato. La segregación social racial es una realidad objetiva sobre la que el discurso sobre el «peligro del comunitarismo» injerta una construcción social fantasmática en expresiones de angustia como los famosos «territorios perdidos de la República».⁵¹ Este proceso somete a los residentes de estas zonas a un verdadero mandato paradójico, es decir, a dos limitaciones contradictorias e incompatibles. La discriminación sistémica les asigna determinadas zonas y determinadas posiciones sociales, lo que significa que se ven obligados a vivir entre ellos. Al mismo tiempo, la retórica sobre el peligro del comunitarismo implica otro mandato, exactamente el contrario: demostrar que se niegan a vivir entre ellos. «Los habitantes de las urbanizaciones dominadas por minorías étnicas se encuentran atrapados en un doble mandato, uno tácito, de mantenerse entre ellos, y otro explícito, de evitar formar un “nosotros” que delataría demasiado lo que tienen en común»,⁵² explica Jacques Donzelot. Antes que él, Véronique de Rudder había destacado la violencia del mandato paradójico de la siguiente manera: «Este es el doble vínculo al que se enfrentan tantos “inmigrantes”: llamados a asimilarse a los “nativos”, se encuentran con el persistente rechazo, por parte *de ellos*, a ser asimilados *a ellos mismos*».⁵³

La secuencia histórica del surgimiento del discurso sobre el comunitarismo es significativa a este respecto. La negativa a reconocer la discriminación sistémica como causa esencial de la concentración en determinadas zonas de poblaciones especificadas por una marca de origen ha obligado a elaborar una nueva oferta explicativa en un momento en que el carácter insostenible de la situación multiplica las demandas de igualdad y las explosiones sociales. No es baladí señalar que el discurso sobre el comunitarismo surgió y luego se desarrolló en gran medida en la misma secuencia histórica que la multiplicación de las famosas «revueltas urbanas», por un lado, y la de los movimientos políticos antirracistas, por otro. La *Marcha por la Igualdad y contra el Racismo* de 1983 puede considerarse el punto de partida de esta secuencia histórica, por la forma en que

⁵¹ Emmanuel Brenner (dir.), *Les territoires perdus de la République*, París, Fayard, 2015.

⁵² Jacques Donzelot, «La ville à trois vitesses : relégation, périurbanisation, gentrification», art. cit p. 19.

⁵³ Véronique de Rudder, «Les quartiers de la ségrégation», en René Galissot y Brigitte Moulin (dir.), *Les quartiers de la ségrégation...*, op. cit., p. 27.

hizo visible a una generación de franceses descendientes de inmigrantes que sufrían una discriminación sistémica, a pesar de su nacionalidad y de haber nacido en Francia. Esta visibilidad vuelve ineficaz el discurso sobre el «modelo francés de integración», que es parte integrante de la narrativa nacional oficial. El discurso sobre el comunitarismo permite así explicar el «fracaso de la integración» culpando a las víctimas de la discriminación sistémica. Invertir el orden de causas y consecuencias es una de las constantes conocidas de las situaciones de dominación. Para desempeñar esta función ideológica de justificación, el discurso del comunitarismo solo puede adoptar la forma de una «crisis» («crisis en los suburbios», «crisis de la integración», «crisis del laicismo», etc.). Con este discurso, estos barrios y sus habitantes se convierten en sinónimos de peligro, ansiedad y miedo. En nuestra opinión, la analogía con el antiguo miedo del siglo XIX a las «clases peligrosas» no es excesiva. En su libro, que se ha convertido en un clásico, el historiador Louis Chevalier reconstruyó el discurso dominante de la época, construyendo a las «clases trabajadoras» como «clases peligrosas». Señala que la inmigración, ya fuera «interna» o procedente de otros países, estaba en el centro de esta construcción ideológica: «A los recién llegados se les suele denominar con palabras que evocan diferencias que hoy calificaríamos de raciales o étnicas. [...] Más miserables que nunca, bárbaros, salvajes, nómadas, estos recién llegados son ajenos a las costumbres y leyes de la comunidad».⁵⁴

Se acusa a estas «clases peligrosas», prosigue, citando a la escritora Marie d'Agoult,⁵⁵ de «formar una clase aparte, como una nación dentro de otra nación».⁵⁶ Entonces, como ahora, el remedio propuesto no es la igualdad ni la justicia, sino la educación, con la amenaza añadida de la represión para los recalcitrantes. Analizando las reacciones mediáticas y políticas a las revueltas de los barrios populares en noviembre de 2005, Didier Lapeyronnie destaca las similitudes entre las dos épocas:

Ha resurgido con fuerza una «economía moral», basada en la vieja asociación del miedo de las clases medias frente a las clases peligrosas y en la distinción entre pobres «buenos» y «malos» o inmigrantes «buenos» y «malos», entre «los que intentan salir adelante» y «los que se niegan a hacerlo» o entre «los que quieren integrarse» y «los que prefieren el comunitarismo o la afirmación identitaria» y optan por la violencia. La responsabilidad individual está en el centro de esta filosofía social de clase media: la pobreza se entiende como un acto de voluntad personal, que puede explicarse éticamente y no sociológicamente. [...] Como

⁵⁴ Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses*, París, Perrin, 2002, p. 454

⁵⁵ Más conocido por el pseudónimo Daniel Stern.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 456.

pensaban los burgueses de Londres y París del siglo XIX, los pobres son pobres porque beben, y no al revés. Por tanto, hay que evitar que beban, enderezarlos moralmente, educarlos o reprimirlos, orientarlos o integrarlos.⁵⁷

La mezcla social o la nueva misión civilizadora

Entonces, como ahora, la educación se presenta como la solución al problema de la desigualdad. Por supuesto, el contenido de esta educación cambia y se adapta al contexto contemporáneo. Mientras que en el siglo XIX el contenido se definía como «educación para la patria»,⁵⁸ hoy en día se describe como educación para la ciudadanía, para los valores de la República, para la «convivencia», etc. Entre las herramientas de esta necesaria labor educativa, la «mezcla social» ocupa un lugar central. El uso del término es tanto más inflacionista cuanto que el concepto carece aún de definición oficial. «Aunque la noción de diversidad es omnipresente en las políticas públicas, el concepto no ha sido definido en ningún texto»,⁵⁹ señala el sociólogo Thomas Kirszbaum. Este autor también destaca la discrepancia entre los resultados de la investigación en ciencias sociales, por un lado, y el uso generalizado de esta expresión en el vocabulario de las políticas públicas, por otro: «En particular, el debate científico en Francia ofrece un contraste sorprendente entre la denuncia casi unánime de las políticas de mezcla social por parte de la comunidad investigadora y la fe de los responsables públicos en su necesidad y sus virtudes». ⁶⁰ A pesar de esta indefinición, o precisamente a causa de esta vaguedad conceptual, la diversidad social se ha convertido en un elemento esencial de la «política urbana» que, contrariamente a su nombre, no actúa sobre «la ciudad» sino casi exclusivamente sobre determinadas zonas, precisamente las amenazadas por el «comunitarismo».

Las representaciones de estas zonas y de sus habitantes revelan, en nuestra opinión, una lógica «civilizadora» comparable —y por supuesto no totalmente idéntica— a la lógica de la misión civilizadora de la época colonial: una población indígena construida como portadora de tradiciones, ignorante y manipulable; una explicación de las dificultades sociales

⁵⁷ Didier Lapeyronnie, «Le social ignoré ou le point aveugle de la République», en Joseph Confavreux, Jade Lindgaard y Stéphane Beaud (dir.), *La France invisible*, París, La Découverte, 2008, pp. 520-521.

⁵⁸ Sobre este punto ver la parte «Le compromis sur la moralisation des questions sociales» de nuestro libro *Vers une nouvelle citoyenneté: crise de la pensée laïque*, op. cit., pp. 138-146.

⁵⁹ Thomas Kirszbaum, *Mixité sociale dans l'habitat. Revue de la littérature dans une perspective comparative*, París, La Documentation française, 2008, p. 39.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 7.

encontradas basada en hipótesis culturalistas; la afirmación de la necesidad de «educación» para sacar a estos habitantes de sus culturas o tradiciones a fin de que puedan entrar en la modernidad y alejarse del comunitarismo; etc. No obstante, cabe señalar una diferencia importante: el carácter explícito de la «misión civilizadora» de la época colonial contrasta con el carácter principalmente implícito de la lógica «civilizadora» de la época de la mezcla social.

El primer lugar donde hay que buscar esta lógica es, por supuesto, en la escuela, que también debe luchar contra el comunitarismo promoviendo activamente la diversidad social. La socióloga Dominique Glasman observa, por ejemplo, el uso generalizado del término «familia» para designar a los «padres» en los textos relativos a las políticas educativas para los barrios populares. En los textos más generales sobre la educación nacional, el término utilizado no es «familia» sino «padres». Para medir esta diferencia de vocabulario, Mathieu Ichou comparó treinta y nueve textos dirigidos a los «barrios desfavorecidos» con treinta y tres textos de política educativa general entre 1981 y 2008. «Los resultados —explica— son indiscutibles: los tutores legales de los alumnos se denominan "padre(s)" en los textos generales, mientras que en los textos sobre los barrios populares se denominan "familias". Incluso cuando se examina en detalle, la distinción sigue siendo clara: en el primer caso, los sustantivos y adjetivos sobrerrepresentados son "padres", "padre" y "parental"; en el segundo, son "familias", "familiares" y "familiar"». ⁶¹ Analizando el significado de esta diferencia de vocabulario (padres de alumnos para las clases medias y familias para las clases populares), Dominique Glasman identifica una lógica comparable a la de la «misión civilizadora»:

Para el colonizador, las «familias» son a los «padres» lo que el «salvaje» es al «civilizado». O, desde el punto de vista de las exigencias de la escuela, las «familias» representan el estado de naturaleza, mientras que los «padres» encarnan el estado de cultura. En el caso de ciertas familias, la escuela recuperaría un papel civilizador. [...] En un caso que, a grandes rasgos, concierne esencialmente a la población escolar de la ZEP, el término «familia» cubre una entidad cultural cuyas connotaciones son menos «padres» que «tribu». La «familia» evoca un mundo exterior, indistinto y ajeno a la escuela. Es como si el personal de la escuela se distanciara de las «familias» en una actitud casi «etnológica», reduciéndolas a sus determinaciones culturales, reales o imaginarias. ⁶²

⁶¹ Mathieu Ichou y Agnès Van Zanten, «Rapprocher les familles de l'école: analyse sociologique d'un lieu commun», *Dossiers d'étude*, núm. 125, febrero de 2010, p. 37.

⁶² Dominique Glasman, «“Parents” ou “familles”: critique d'un vocabulaire générique», *Revue française de pédagogie*, núm. 100, julio-agosto-septiembre de 1992, p. 23.

Esta «mezcla social» inicial, entre profesores de clase media y «familias» de clase trabajadora, dista mucho de ser el único ejemplo de esta lógica. Implícita, y a veces explícita, en la mayoría de las referencias a la «mezcla social» en las políticas de vivienda está la idea de que la presencia de «clases medias» en el barrio tiene un efecto educativo sobre los inquilinos de clase trabajadora en general y sobre los inmigrantes y sus descendientes en particular. En cierto modo, se trata de educar con el ejemplo. El mito de la «civilización por el ejemplo» ha sustituido al ya obsoleto de la «civilización por la arquitectura» que prevaleció hasta los años setenta. Recordando que uno de los orígenes de la vivienda social fue «combatir la revolución y la tuberculosis», los sociólogos Jean-Michel Léger y Benoîte Decup-Pannier subrayan este apuntalamiento ideológico:

La contraparte de esta consideración [el acceso a la vivienda social] era un derecho a observar las prácticas populares que había que corregir en el marco de un proyecto educativo de «civilización de las costumbres», según la célebre expresión de Norbert Elias. Hasta no hace mucho, «enseñar a vivir» era una consigna compartida por muchas almas buenas, empezando por los arquitectos más convencidos de la misión civilizadora de la arquitectura.⁶³

Estos dos mitos, el de la civilización por la arquitectura y el de la civilización por el ejemplo, han estado presentes a lo largo de la historia de la vivienda popular, con diferente peso en cada momento. Alain Faure señala que «durante mucho tiempo, Haussmann tuvo mala prensa entre los historiadores profesionales, precisamente porque era el responsable de la separación de clases provocada por los grandes proyectos de construcción [...] Se decía que la deshabitación de ricos y pobres había esclavizado de algún modo a estos últimos».⁶⁴ Thomas Kiszbaum recuerda también la larga historia del argumento educativo y moralizador: «A mediados del siglo XIX, los pioneros del urbanismo moderno diseñaron proyectos destinados a ciertas formas de diversidad social, a menudo inspirados en el modelo de aldea y movidos por una preocupación más o menos evidente de educar y moralizar al proletariado urbano».⁶⁵ Philippe Genestier, urbanista, subraya la continuidad entre la civilización del pasado y la actual que transmite el omnipresente discurso sobre la mezcla social, que analiza como «una voluntad de normalización de los comportamientos y de dominación

⁶³ Jean-Michel Léger y Benoîte Decup-Pannier, «La famille et l'architecte: les coups de dés des concepteurs», *Espaces et sociétés*, núms. 120-121, 2005/1-2, p. 16.

⁶⁴ Alain Faure, «La ségrégation, ou les métamorphoses historiques du baron Haussmann», en Marie-Christine Jaillet, Evelyne Perrin y François Ménard (dir.), *Diversité sociale, ségrégation urbaine, mixité*, París, PUCA, 2014, p. 53.

⁶⁵ Thomas Kiszbaum, *Mixité sociale dans l'habitat: revue de la littérature dans une perspective coopérative*, op. cit., p. 11.

cultural de las clases medias y, por la misma razón, una negación de la identidad social de las capas dominadas». ⁶⁶ Lejos de ser insignificante, la referencia constante a la mezcla social forma parte del proceso de dominación, transmite expectativas y revela una perspectiva tan antigua como el propio capitalismo. Como señala el sociólogo Cyprien Avenel, las expectativas que transmite el tema de la diversidad social son las siguientes:

Quando se habla de diversidad social en los barrios pobres, no se trata tanto de mezclarse como de atraer a las clases medias, consideradas como el vector de un modelo de normas y valores al que pueden ajustarse las poblaciones «excluidas». Este objetivo se basa en la idea de que los barrios pobres se volverán desviados y socialmente destructivos, en cierto modo como un eco del viejo temor del siglo XIX a las «clases peligrosas». Desde este punto de vista, el llamamiento a restablecer la diversidad social no es nada nuevo en política urbana. Al contrario, revive una vieja historia de moralización de los grupos obreros en barrios definidos por las clases altas. Antes como ahora, el suburbio pobre es una amenaza para la ciudad rica. En resumen, se trata, aunque de forma atenuada, de «civilizar» a las clases populares excluidas y de hacer que los «otros» se conviertan en «nosotros» enseñándoles, en el sentido escolar del término, a «vivir juntos». ⁶⁷

Lo «social» explícito y lo «étnico» implícito

¿A quién se dirige hoy el nuevo discurso civilizador? La asociación casi sistemática de «mezcla social» y «comunitarismo», presentado el primero como antídoto del segundo, deja entrever la respuesta a esta pregunta. Ya hemos mencionado el carácter racista de la teoría del «umbral de tolerancia». Su denuncia política mediante la movilización de los inmigrantes y sus herederos franceses, por una parte, y la demostración de su incoherencia científica mediante numerosos estudios de investigación, por otra, han obligado a esta lógica de las «cuotas étnicas» a disfrazarse para conservar la legitimidad, a transformarse en apariencia para sobrevivir, a pasar de lo explícito a lo implícito. Se trata de la misma estrategia argumentativa que Bourdieu puso de relieve en relación con el debate y la polémica en torno a la prohibición del velo en las escuelas: «Porque la cuestión evidente

⁶⁶ Philippe Genestier, «Le vocable “ségrégation” et ses connotations: entre dénonciation des inégalités et invocation d’un idéal holiste», en Marie-Andrée Buisson y Dominique Mignot (dirs.), *Concentration économique et ségrégation spatiale*, Bruselas, De Boeck, 2005, pp. 19-37.

⁶⁷ Cyprien Avenel, «La mixité dans la ville et dans les grands ensembles: entre mythe social et instrument politique», art. cit, p. 69.

—¿aceptar o no el uso del llamado velo islámico en las escuelas?— oculta la cuestión latente —¿hay que aceptar en Francia a los inmigrantes de origen magrebí?— pueden dar a esta última una respuesta de otro modo inconfesable». ⁶⁸

Al analizar el significado y los efectos del término indefinido «mezcla social» en el discurso de las autoridades públicas, la socióloga y urbanista Christine Lelévrier señala que «la ambigüedad más criticada y destacada por los investigadores es, sin duda, la de la llamada mezcla social que, de hecho, en el discurso, la práctica y la política, se refiere la mayoría de las veces a una "mezcla étnica"». ⁶⁹ Formalizando las posibles consecuencias de esta ambigüedad, afirma:

Puede conducir a fuertes pero invisibles políticas de exclusión y discriminación en el acceso al empleo y a la vivienda. Puede conducir a una situación paradójica en la que los agentes locales ajusten sus prácticas y formateen sus acciones de manera que puedan utilizarse, sin decirlo, para dirigirse a determinados grupos. Para los grupos afectados, este no reconocimiento de la diversidad y la discriminación es una forma de negación difícil de aceptar, una cuestión subyacente en los disturbios de 2005. Esta ambigüedad de una supuesta mezcla social, cuando el discurso y las prácticas hablan sin decirlo de una mezcla étnica, es tanto más criticada cuanto que el modelo republicano, a menudo invocado para justificarla, es cada vez más cuestionado por sus deficiencias. Muchos de los comentarios realizados en las contribuciones a este informe ilustran estos cambios y ambigüedades. ⁷⁰

En la práctica, y como era de esperar, el discurso sobre la diversidad social ha tenido efectos negativos sobre el derecho a la vivienda de los inmigrantes y sus herederos franceses. El primero de ellos es lo que el científico social Cyprien Avenel denomina la «obsesión por el reequilibrio social», es decir, ante todo por el reequilibrio étnico, que se traduce en políticas municipales y de las oficinas de vivienda social centradas en atraer a las clases medias. La tan cacareada política de «gestión de la población» del parque de viviendas sociales conduce en realidad a la eliminación de ciertas familias consideradas como repelentes para estas clases medias. Al analizar las políticas de vivienda de nueve municipios franceses —con características y mayorías políticas diferentes—, Thomas Kirszbaum destaca la concepción

⁶⁸ Pierre Bourdieu, «Un foulard peut en cacher un autre», en Charlotte Nordmann y Jérôme Vidal, *Le foulard islamique en question*, op. cit., p. 45.

⁶⁹ Christine Lelévrier, «Mixité sociale: Pourquoi tant de controverses?», en VVAA, *Regards sur la mixité sociale: comment les villes construisent le vivre ensemble*, Langres, Habitat et Humanisme, 2018, p. 44.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 45.

ampliamente común que tienen de la diversidad social: «En conjunto, y a pesar de la variedad de contextos socio-urbanos, las estrategias locales de diversidad parecen diferir poco en las seis ciudades estudiadas. El diagnóstico es el mismo en todas partes: los barrios tienen desventajas y la naturaleza de la población presente es su principal desventaja. En todas partes, la diversidad social es un punto de referencia central para los proyectos de renovación urbana, y tiene un significado inequívoco: sustituir una población por otra con el objetivo tácito de favorecer el "retorno de los blancos"». ⁷¹

La tesis de ciencias políticas de Noémie Houard sobre el papel de la «diversidad social» en las prácticas de asignación de viviendas en dos departamentos de Île-de-France confirma este resultado discriminatorio. La «diversidad social» tiende a estar cada vez más reñida con el derecho a la vivienda, reconocido actualmente como derecho fundamental. Tal y como explica, los «estándares» de mezcla social de los agentes locales «se producen a partir de un recuerdo nostálgico de las clases medias, que se considera se han marchado de lugares donde la vivienda de bajo coste (HLM) se ha empobrecido; en el temor a crear guetos, se trata de atraer a las clases medias, o incluso acomodadas, a barrios de vivienda social, defendiendo una determinada imagen de marca». ⁷²

El segundo efecto se deriva del primero y adopta la forma de una tendencia a la gestión étnica del parque de viviendas sociales, asignando a personas de origen real o supuesto a segmentos degradados o valorizados del mismo. El deseo de mantener el atractivo de ciertos segmentos para las clases medias conduce a la exclusión de los «solicitantes pobres». En su tesis, Valérie Sala Pala analiza los criterios de selección utilizados por los organismos de vivienda social de la ciudad de Marsella:

El inquilino «normal», deseable o potencial se designa en el discurso de los actores de la vivienda social con diversas expresiones que revelan la fuerte dimensión étnica de la construcción social del «buen inquilino»: «francés nativo» (director de la ARHLM), «francés perfecto» (director de la URCIL Provence-Alpes-Côte d'Azur), o «empleado medio, muy europeizado» (jefe del departamento de asignaciones de la SAPL). En términos más eufemísticos, también se habla de «candidaturas tradicionales» o, simplemente, de «buenas candidaturas». ⁷³

⁷¹ Thomas Kirszbaum, *Les élus, la République et la mixité. Variations discursives et mise en débat de la norme nationale de mixité dans neuf communes franciliennes*, Informe de investigación, Puca, 2007, p. 205.

⁷² Noémie Houard, *Droit au logement et mixité: les contradictions du logement social*, París, L'Harmattan, 2009, p. 166.

⁷³ Valérie Sala Pala, *Politique du logement social et construction des frontières ethniques une comparaison franco-britannique*, tesis doctoral, Universidad de Rennes 1, 2005, p. 470.

Al explorar la lógica de esta clasificación étnica, la autora destaca dos argumentos dominantes: «La visión del mundo que tienen los implicados en la vivienda social está muy etnizada. [...] la presencia muy clara de dos registros principales que remiten a ciertos grupos a su alteridad: los de la “inadaptación cultural” y el “choque cultural”». ⁷⁴

El «entre sí» denunciado por el discurso del comunitarismo se produce aquí institucionalmente mediante un trato diferenciado en función del origen real o supuesto, ya sea por las incapacidades culturales de los solicitantes (registro de inadaptación cultural), ya sea por una visión esencialista de la cultura y de la «diferencia cultural» (choque cultural). En efecto, estamos en presencia de una comunitarización impuesta. Los mismos que no dudan en invocar la «mezcla social», plantean aquí la idea de que es imposible por razones culturales.

El tercer efecto se refiere a la desigualdad de trato en cuanto a las condiciones de vida y el medio ambiente, según el segmento del parque de viviendas sociales: mantenimiento y reparaciones, zonas comunes, ascensores, espacios verdes, etc. «Los efectos más problemáticos de la falta de mezcla social», explica el sociólogo Michel Bonetti, «se deben a la poca atención que prestan los poderes públicos a la calidad y el mantenimiento de los espacios urbanos y de las viviendas, dado que estos barrios están habitados principalmente por familias con dificultades, y más aún cuando son de origen extranjero. Los poderes públicos prestan más atención a los barrios con una elevada proporción de residentes de clase media, porque tienen capacidad para hacer oír su voz». ⁷⁵ Además, el grado de subordinación de estos dos grupos no es el mismo. El desigual abanico de posibilidades en cuanto a trayectorias residenciales repercute en la atención que los propietarios y los ayuntamientos prestan al entorno vital. Algunos se ven obligados a quedarse a pesar del deterioro de su entorno, mientras que otros amenazan con marcharse si no están satisfechos. Asistimos así a discriminaciones vinculadas al origen real o supuesto en tres frentes: el acceso a la vivienda, la asignación a determinados segmentos del parque de viviendas sociales y la desigualdad en el entorno de vida. El discurso sobre el «comunitarismo» y su pseudoantídoto, la «diversidad social», enmascaran ideológicamente una comunitarización de la asignación, un «entre sí» de base étnica impuesto institucionalmente.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 490.

⁷⁵ Michel Bonetti, «L'injonction paradoxale faite aux bailleurs sociaux de loger les plus démunis et de favoriser la mixité sociale», en VVAA, *Regards sur la mixité sociale: comment les villes construisent le vivre ensemble*, op. cit., p. 215.

Una lógica de demonización

La combinación de comunitarismo y diversidad social funciona como un imperativo categórico. Para ello, el primer término —y con él la noción misma de comunidad— debe ser acusado de todos los males sociales y el segundo de todas las virtudes sociales. «La acusación de comunitarismo», explica el sociólogo Stéphane Dufoix, «es lo que podríamos llamar diabolismo, la creación del enemigo absoluto mediante la formulación de un anatema que divide el mundo en dos campos».⁷⁶ Esta demonización solo puede ser eficaz si se basa en una doble operación: construir la imagen de una sociedad amenazada por un peligro vital y atribuir este peligro a determinadas «comunidades» definidas de forma esencialista. La construcción de una supuesta amenaza para el «laicismo», los «valores de la República», la «identidad nacional» y el «modelo francés» es una constante en las numerosas polémicas mediáticas y políticas que se han desarrollado en Francia en las últimas cuatro décadas sobre el tema del islam y el «islamismo», los barrios populares y su «secesión», sus habitantes y su negativa a «integrarse», etc. La segunda invariante es el culturalismo como rejilla explicativa de esta supuesta amenaza. La demonización es un arma política al servicio de intereses sociales que el sociólogo Fabrice Dhume resume de la siguiente manera: «El comunitarismo se refiere a “comunidades” que se presumen distintas y más o menos legítimas en función de estas jerarquías sociales, y el propósito del discurso del comunitarismo es producir estas “comunidades”, defender al grupo mayoritario y mantener a la minoría en “su” lugar».⁷⁷

La demonización de las afinidades de los subalternos

La acusación de comunitarismo tiene como efecto desacreditar cualquier referencia a la «comunidad». La demonización del «comunitarismo» es, de hecho, una demonización de los lazos «comunitarios» formados bien por herencia (la acogida de los inmigrantes que llegan a Francia por miembros de su pueblo ya instalados, por ejemplo), bien por el hecho de compartir una misma condición social. Estos vínculos son a menudo uno de los únicos recursos que pueden movilizarse para hacer frente a los prejuicios causados por la discriminación que sufren, en términos de inseguridad cotidiana y también de salud física y mental. «Esta relegación a la ilegitimidad y la desigualdad incita a las personas a replegarse en grupos de iguales,

⁷⁶ Stéphane Dufoix, «Communautarisme: une formule diabolique», en Marwan Mohammed y Julien Talpin (dir.), *Communautarisme?*, París, PUF, 2018, p. 23.

⁷⁷ Fabrice Dhume-Sonzogni, *Communautarisme: enquête sur une chimère du nationalisme*, París, Demopolis, 2016, pp. 17-18.

que a veces proporcionan cierta seguridad y solidaridad»,⁷⁸ señalan acertadamente Véronique de Rudder y François Vourc'h. Más ampliamente, el discurso del comunitarismo hace ilegítimo recurrir a un recurso vital en una situación de desigualdad:

Para resistir al racismo, para integrarse en la sociedad sin perder su orientación familiar, tradicional o religiosa, hay que inventar una identidad colectiva y, para ello, crear una comunidad en la que apoyarse, pero que no sea necesariamente un lugar de repliegue identitario, aislado del resto de la sociedad. Los individuos procedentes de culturas marginales, dominadas e incluso estigmatizadas construyen así afiliaciones plurales.⁷⁹

Toda la historia de la inmigración, empezando por la «inmigración interior», da testimonio de ello. Al analizar la inmigración bretona en París, el historiador Thomas Perrono destaca, sin orden particular, una «rica sociabilidad bretona en París», una «vida comunitaria rica y diversa» y «la importancia de la prensa comunitaria», cosas que hoy serían estigmatizadas como signos de repliegue comunitario. El autor señala la existencia en el siglo XIX de «sociedades de ayuda mutua, que se propusieron ayudar a los recién llegados a la región Parisina, e incluso ofrecer una especie de protección social antes de tiempo».⁸⁰ En este caso, el vínculo comunitario actuaba como amortiguador de los costes de la migración (materiales, emocionales, psicológicos) y de las dificultades cotidianas a las que se enfrentaban los recién llegados. No es de extrañar, pues, que en la inmigración europea se den procesos similares de solidaridad comunitaria. También ellos movilizaron redes familiares y aldeanas con el fin de soportar la dura prueba de la migración. También ellos desarrollaron sociedades de ayuda mutua, «fraternidades» y asociaciones comunitarias para satisfacer sus necesidades cotidianas. El historiador Stéphane Mourlane señala que, desde el siglo XIX hasta los años sesenta, la «solidaridad formal e informal» permitió la «redistribución» a través de la «solidaridad dentro del grupo».⁸¹ Por supuesto, no tiene sentido buscar ningún tipo de modelo ni para los italianos ni para los bretones. La realidad de este apoyo comunitario ante la adversidad era heterogénea y dependía de muchos factores: el tamaño de la «comunidad» presente en la zona, el periodo histórico, las reacciones de la sociedad

⁷⁸ Véronique de Rudder y François Vourc'h, «Quelles statistiques pour quelle lutte contre les discriminations», art. cit, p. 2.

⁷⁹ Marie-Cécile Naves, «Les études culturelles pour penser le communautarisme en France depuis le début des années 1990», *Médiation et information*, núm. 24-25, 2006, p. 112.

⁸⁰ Thomas Perrono, «Les Bretons de Paris face au concept de diaspora», *En Envoy*, núm. 6, verano de 2015, p. 7.

⁸¹ Stéphane Mourlane, «Solidarités formelles et informelles: les associations d'Italiens en France depuis 1945», *Cahiers de la Méditerranée*, núm. 63, 2001, p. 4.

circundante, etc. Lo mismo ocurría con los inmigrantes procedentes de las antiguas colonias. La proximidad de la guerra de Argelia también hizo que el racismo fuera más frecuente. En consecuencia, el «entre sí» desempeñó un papel protector frente al racismo. Uno de los entrevistados por Abdelmalek Sayad, en su artículo «Les trois âges de l'immigration», explica esta «autosegregación» o «comunitarismo» de la siguiente manera:

Este racismo tiene remedio: te quedas en casa, dentro de tus límites, te mantienes en guardia, eso es todo; estamos acostumbrados. [...] ¿Por qué andar con ellos [los franceses]? ¿Por qué mezclarse con ellos? [...] Cuanto menos, mejor. [...] El racismo siempre ha existido, pero no existe cuando estamos entre nosotros. Quédate en tu habitación, entre tus hermanos, que son todos como tú, así no tienes nada que temer. [...] Ven a vivir entre nosotros, ven a vivir conmigo, con toda la gente que ves aquí, te aseguro que no sabrás lo que es el racismo. Cuando no quieras tener nada que ver con ellos [los franceses], ya no te las verás con el racismo.⁸²

El artículo de Sayad data de 1977. Casi medio siglo después, seguimos encontrando actitudes similares en nuestras investigaciones sobre la discriminación. El centro de atención ya no son los inmigrantes, sino los franceses de origen, y el entorno protector ya no es el del pueblo o el hogar, sino el del barrio. En nuestro estudio de 2000 *La discriminación en el empleo y su impacto* en la ciudad de Roubaix, ya distinguíamos tres posturas reactivas ante la violencia de encontrarse con una discriminación racista: interiorizar la imagen negativa, eludirla y desvincularse. Con respecto a la segunda, explicamos: «La elusión consiste en alternar entre la “resignación” y la “rabia”. Esta actitud lleva a las personas a recurrir al entorno al que pertenecen o al grupo étnico para encontrar los recursos que necesitan para eludir la responsabilidad de la situación, protegerse de los efectos negativos del estigma y proteger su autoimagen».⁸³ Antes como ahora, la inversión en la «comunidad» como recurso es un lugar común en la historia de Francia y en la historia de sus inmigrantes. Lo que ha cambiado es la estigmatización recurrente de esta banalidad como «comunitarismo» sobre ciertos grupos de color.

«La inmigración siempre ha estado presente de forma comunitaria [...] el Estado francés se ha acomodado en gran medida a esta realidad. Incluso la ha utilizado para subcontratar toda una serie de cuestiones»,⁸⁴ como

⁸² Abdelmalek Sayad, «Les trois âges de l'émigration», en *La double absence*, op. cit., p. 81-82.

⁸³ Ahmed Benyachi y Saïd Bouamama, *Les discriminations dans l'emploi...*, op.cit., p. 88.

⁸⁴ Jean-Michel Belorgey et al., «De l'usage politique du “communautarisme”», *Mouvements*, núm. 38, marzo-abril de 2005, p. 68.

explica la socióloga Nacira Guénif-Souilamas. «Nunca he oído calificar las acciones de los grupos de viticultores o de presión como un fenómeno de comunitarismo. Nosotros decimos que son grupos de interés»,⁸⁵ añade Jean Michel Belorgey, antiguo presidente del Fondo de Acción Social (FAS).

La referencia religiosa agrava la acusación de comunitarismo. El pseudo «comunitarismo musulmán» constituye una realidad en Francia que desafía al laicismo, en tanto parte de una estrategia de conquista a pequeña escala. A los musulmanes franceses se les pide regularmente que demuestren que son diferentes. El «yihadismo» y la «radicalización» se presentan como consecuencias de este comunitarismo. La denuncia del comunitarismo en general suele ir acompañada de una denuncia específica del comunitarismo en tanto musulmán. Con el «comunitarismo» ocurre lo mismo que con todos los demás temas ideológicos propuestos para construir el problema de la inmigración. Todos ellos están sujetos a una invariabilidad de la lógica y a una mutación de las formas. Ayer como hoy, funciona la misma lógica, consistente en explicar a partir de la esencia de un grupo social (biológico, cultural, religioso) lo que es resultado de un funcionamiento social desigual. Solo que desde la mutación ideológica estratégica de la teoría del choque de civilizaciones —y su importación a Francia desde el debate de Sarkozy sobre la «identidad nacional»— la referencia movilizada ya no es la «cultura», sino la religión. Cuatro décadas de construcción mediática y política del islam como problema y peligro, complementadas por una década de agitación ideológica sobre una pseudoamenaza a la «identidad nacional», bastan ahora para que el adjetivo «musulmán» resulte superfluo. Cuando los medios de comunicación y los políticos hablan de «comunitarismo», ya nadie se equivoca: se trata de «comunitarismo musulmán». El paso de denunciar el «comunitarismo» en general o los «comunitarismos» a apuntar específicamente a los «musulmanes» no resulta insignificante. Da la sensación de que la amenaza y el peligro se exageran por asociación explícita o implícita con otras cuestiones políticas contemporáneas («yihadismo», Daesh, terrorismo, etc.), que también son tratadas de forma culturalista por los actores dominantes de la escena mediática y política. Ya no se trata simplemente de una dificultad de «integración» vinculada a factores culturales, como en el caso de los comunitarismos étnicos o de origen nacional, sino de una estrategia global y multiforme de conquista del poder desde dentro vinculada a una agresión desde fuera. El discurso sobre el «comunitarismo musulmán» se apoya en una lógica conspirativa, tal y como analiza el sociólogo Raphaël Liogier:

La sospecha de conspiración se centra primero en determinadas organizaciones y figuras, luego, a partir de ellas, se extiende como un rumor

⁸⁵ *Ibidem*, p. 70.

que afecta a todos los musulmanes, necesariamente comunitaristas. «Comunitaristas» significa que forman una excrescencia del cuerpo social europeo, una población que no solo es culturalmente alógena en sí misma, sino que también persigue sus propios objetivos, en colaboración con los enemigos absolutos que son los Estados musulmanes. Estos son a la vez ocupantes, en tanto extranjeros en esencia, sean o no legalmente europeos, y en tanto traidores a su país de acogida.⁸⁶

Una vez establecida esta lógica, cualquier referencia al islam, cualquier signo visible de pertenencia musulmana, cualquier signo religioso «musulmán» puede interpretarse como un indicador de esta conspiración. Esto facilita la comprensión del reciente cambio en el discurso sobre el comunitarismo, que ha pasado del comunitarismo étnico o nacional al «comunitarismo musulmán». En un periodo histórico marcado por la salida de la invisibilidad de los musulmanes franceses, la reorientación del discurso hacia el comunitarismo musulmán resulta más eficaz desde el punto de vista táctico. Esta mayor visibilidad del islam y de los musulmanes, que revela su «integración» en la sociedad francesa, se transforma paradójicamente en la prueba de un proyecto de secesión. En tanto signo de la transición de inmigrante a ciudadano —el primero adopta una postura de discreción, porque no se considera ni en su casa ni destinado a quedarse a largo plazo, el segundo exige igualdad de trato en todos los ámbitos, incluido el de la fe—, la visibilidad musulmana se presenta en los medios de comunicación como la prueba de un comunitarismo peligroso. De este modo, en nuestra opinión, el término «comunitarismo» constituye un medio de deslegitimar la realidad comunitaria que surge inevitablemente de la experiencia común, de los intereses compartidos y de la solidaridad indispensable frente a la adversidad. Lejos de ser reducible a un «repliegue», el recurso a la comunidad es a la vez una estrategia de supervivencia, una socialización de los costes, un factor de resiliencia y un punto de apoyo para la resistencia a las desigualdades. La acusación de comunitarismo pretende precisamente desacreditar el paso de la resistencia a la reivindicación política que surge recurrentemente de compartir la misma experiencia desigual. Los movimientos activistas colectivos acusados de comunitarismo se refieren todos a una reivindicación de igualdad de trato y no a una reivindicación particularista. Sin embargo, se les estigmatiza como portadores de una lógica secesionista que amenaza a la República. El descrédito provocado por la acusación de comunitarismo apunta y neutraliza a las organizaciones, movimientos y asociaciones que los grupos sociales dominados crean para luchar contra las desigualdades que sufren.

⁸⁶ Raphaël Liogier, *Le mythe de l'islamisation: essai sur une obsession collective*, op. cit., p. 97.

El crimen supremo: la «no mezcla»

En la lista de las demonizaciones contemporáneas de los actos de comunitarismo, las prácticas no mixtas ocupan a menudo un lugar privilegiado. Varios eventos activistas —un campamento de verano descolonial en el verano de 2016, un festival afrofeminista en julio de 2017, un curso de formación dirigido por el sindicato Sud-Éducation 93 en octubre de 2017, un taller de discusión como parte de la ocupación del campus de Tolbiac en abril de 2018— han sido la ocasión para polemizar sobre el significado político e ideológico de la «no mezcla». El escenario es similar cada vez, y puede resumirse en cuatro actos: 1) una asociación anuncia un evento en el que está previsto que los espacios de tiempo o los talleres sean «no mixtos»; 2) varios grupos y sitios web de extrema derecha denuncian el «comunitarismo» y el «racismo antiblanco»; 3) la polémica se convierte en un asunto mediático, con cada vez más emisiones, los «cronistas» famosos toman la palabra y se pide a todo el mundo que se posicione; 4) los líderes políticos piden que se prohíba el evento.

La ministra de Educación dijo del curso de Sud que era «inconstitucional e inaceptable» porque «clasificaba a los miembros en función de su origen». «Nos negamos a etiquetar a los niños de las escuelas de la República y a sus profesores según criterios dignos de una exposición colonial», dijo indignado el LICRS sobre la misma iniciativa. La cuestión está clara: existe un peligro «comunitario» real planteado por los grupos militantes que amenazan a la República. La polémica no versa sobre el debate estratégico y táctico, es decir, sobre la pertinencia y la eficacia políticas de la «no mezcla», sino sobre el principio mismo de la no mezcla. Este último sería, por su propia naturaleza, portador de una visión y un proyecto comunitarios.

No se trata de un debate nuevo. Ha acompañado toda la historia de la organización de los grupos sociales dominados, desde la clase obrera hasta el movimiento feminista, pasando por el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y el movimiento por la igualdad de derechos de los inmigrantes en Francia. A todos se les ha acusado, utilizando un vocabulario diferente en cada momento, de «secesionismo», «separatismo», «racismo antiblanco», «comunitarismo», etc. Veamos algunos ejemplos históricos. La sociedad francesa en la que surgieron las primeras organizaciones obreras fue escenario de una aguda lucha entre «republicanos» y «monárquicos». Los primeros reclamaban una organización que reuniera a todas las clases interesadas en la abolición de la monarquía. Cualquier reunión y/o agrupación específica de la clase obrera, por un lado, y cualquier énfasis en las reivindicaciones sociales, por otro, se oponían por considerarlos divisorios, por debilitar al «combate principal», por dividir a la nación en la lucha contra la monarquía. Las revoluciones populares de

1830 y 1848 fueron dolorosas experiencias de desilusión que condujeron a la toma de conciencia de la necesidad de un «grupo interno de trabajadores». El movimiento obrero nació del distanciamiento de esta negación de las clases sociales al servicio de la burguesía.

El historiador Maurizio Gribaudi señala que:

No creo que los obreros fueran republicanos en el sentido en que lo entendía la comunidad académica de la época, por decirlo sin rodeos. Existía el movimiento republicano, impulsado por círculos burgueses enraizados en las tradiciones montañesa y carbonaria. Y estaba el movimiento obrero, que se desarrolló paralela e independientemente, sobre la base de reivindicaciones de mejoras sociales.⁸⁷

Ya en 1850, Karl Marx extrajo lecciones del fracaso de la revolución de 1848, advirtiendo de la crítica de la «división» de la siguiente manera:

Esta asociación [entre «republicanos» y «obreros»] debe, pues, rechazarse con la mayor firmeza. En lugar de rebajarse una vez más a servir de coro de aplausos a los demócratas burgueses, los obreros [...] deben actuar de tal manera que [...] hagan de cada comuna el centro y el núcleo de los clubes obreros donde la posición y los intereses del proletariado se discutan independientemente de las influencias burguesas. [...] Cuando se trata de luchar contra un adversario común, no hay necesidad de un sindicato particular. En cuanto sea necesario luchar directamente contra tal enemigo, los intereses de los dos partidos coincidirán por el momento y, como en el pasado, esta alianza [...] surgirá espontáneamente.⁸⁸

No recordamos este episodio histórico para afirmar una cierta similitud. No se trata solo de una cuestión de «trabajo no mixto», sino de autonomía organizativa. Solo queríamos señalar que la cuestión del «entre sí» táctico o estratégico no es nueva. Resurgió unas décadas más tarde en relación con la cuestión colonial. En el momento de su creación, la Internacional Comunista estableció como condición para ser miembro el «deber de denunciar sin piedad las proezas de “sus” imperialistas en las colonias, de apoyar, no de palabra sino de hecho, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la Francia metropolitana».⁸⁹ La sección francesa (el PCF) fue escenario

⁸⁷ Gabriel Porne, «En 1830, le mouvement ouvrier se développe de manière autonome», entrevista del historiador Maurizio Gribaudi, *Libération*, 25 de julio de 2019.

⁸⁸ Karl Marx, «Adresse du comité central de la Ligue des communistes» (marzo de 1850), en Karl Marx, *Œuvres, Politique I*, París, Gallimard, La Pléiade, 1994, p. 552-553.

⁸⁹ «Conditions d'admission des partis dans l'Internationale communiste», en *Manifestes, thèses et résolutions des quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale communiste*, 1919-1923, París, François Maspero, 1975, p. 40.

de una intensa lucha entre posiciones chovinistas opuestas a esta condición o que consideraban que no se habían cumplido las condiciones para la descolonización. A pesar de estas oposiciones y luchas internas, la posición anticolonial prevaleció en el seno del nuevo partido. Esto llevó a la creación de dos plataformas políticas de movilización, una «mixta» y otra solo para los trabajadores «coloniales», por utilizar el vocabulario de la época para los trabajadores inmigrantes de las colonias. La primera se denominó «Comité de Estudios Coloniales» y su misión era «reunir documentación sobre cuestiones coloniales, para proporcionar a los congresos del Partido y, entre congresos, al Comité de Dirección, conclusiones que permitieran tomar las decisiones adecuadas en materia de doctrina, propaganda y táctica». La misma resolución por la que se creaba este comité precisaba que estaba compuesto por comunistas de «todas las razas».⁹⁰ La segunda organización se llamaba «Union Intercoloniale» (UIC) y estaba formada exclusivamente por miembros de muchas de las colonias francesas: Indochina, Madagascar, África del Norte, Reunión, Guadalupe y Martinica, y desempeñó un papel clave en la formación de muchos líderes independentistas. En 1922, el Manifiesto de la UIC afirmaba que «con la ayuda de camaradas metropolitanos simpatizantes de nuestra causa, reúne a todas las personas de las colonias que viven en Francia». Significativamente, este manifiesto redactado por Hô Chi Minh parafraseaba los estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores antes mencionados: «Aplicando la fórmula de Karl Marx, os decimos que vuestra emancipación solo puede venir de vuestros propios esfuerzos». Lejos de concebirse como una «división», la no-mixticidad organizativa estaba vinculada a un llamamiento a los «oprimidos de la metrópoli»: «Engañados por vuestra burguesía, fuisteis los instrumentos de nuestra conquista; practicando la misma política maquiavélica, vuestra burguesía pretende ahora utilizarnos para suprimir cualquier atisbo de emancipación por vuestra parte».⁹¹

La cuestión de la «no mezcla» resurgió en el mismo periodo en relación con la cuestión de cómo organizar al resto de la población inmigrante, es decir, a los inmigrantes europeos. La cuestión se planteó primero en el seno de la Confederación General del Trabajo Unitario (CGTU) y después en el PCF. A nivel sindical, se creó la «mano de obra extranjera» (Main-d'œuvre étrangère - MOE), sujeta a los mismos órganos de dirección que todos los afiliados al sindicato y que adoptaba la forma de «secciones étnicas». He aquí lo que escribió al respecto el activista polaco Tomasz Olszański,

⁹⁰ PCF, «Résolution sur le communisme et les colonies. Premier congrès national, Marsella, 25-30 décembre 1921», *Bulletin communiste*, núm. especial, 14 de febrero de 1922, p. 23.

⁹¹ Hô Chi Minh, «Manifeste de l'Union intercoloniale. Association des indigènes de toutes les colonies», en Hô Chi Minh, *Écrits 1920-1969*, Hanoi, Éditions en langues étrangères, 1976, p. 17.

responsable del MOE a nivel confederal: «La CGTU creó una oficina de la MOE ya en 1923 [...]. El objetivo de esta nueva estructura era centralizar y coordinar todas las acciones relativas a la MOE. Durante su primer año de existencia, la oficina unitaria creó comités intersindicales en todos los niveles de la organización. [...] Todas las secciones étnicas quedaron [...] totalmente sometidas a los órganos regulares de la central unitaria».⁹²

El congreso de Burdeos de la MOE de 1927 decidió las siguientes «propuestas prácticas de organización»: «Secciones étnicas y comités intersindicales en los distintos niveles, creación de cursos de francés para los trabajadores inmigrantes, cursos de lenguas extranjeras para los militantes franceses, distribución de la prensa sindical en lenguas extranjeras a través de las federaciones y los sindicatos, servicio jurídico, etc.».⁹³ La articulación de la especificidad de la explotación de los trabajadores extranjeros y la unidad de clase, así como su traducción organizativa en espacios mixtos y espacios específicos, constituyen el núcleo de la resolución adoptada por este congreso. Su adopción unánime no significa que no hubiera obstáculos y resistencias. El ponente de la MOE, Julien Racamond deploró, por ejemplo, el hecho de que «la indiferencia casi general por la organización y la propaganda entre los trabajadores extranjeros sigue siendo la regla en la CGTU».⁹⁴ La misma lógica prevaleció en este congreso con respecto de la Mano de Obra Colonial (MOC)⁹⁵ y a la Mano de Obra Femenina (MOF).⁹⁶ La persistente indiferencia fue también, a grandes rasgos, la misma.

Una lógica similar prevaleció en el seno del PCF durante el mismo periodo. Adoptó la forma de «grupos lingüísticos» que «agrupaban a militantes emigrados [...] según su nacionalidad». Al igual que en la CGTU, estos espacios unipersonales no se consideraban contradictorios con la igualdad de participación en todos los demás espacios del partido: «Los militantes extranjeros tenían los mismos derechos que los miembros nacionales del PCF en todos los órganos, desde la célula, pasando por el comité, la Federación y hasta el Comité Central, al mismo tiempo que participaban en los grupos lingüísticos».⁹⁷

⁹² Tomasz Olszański, *Un militant syndicaliste franco-polonais: la «vie errante» de Tomasz Olszański, 1886-1959*, Lille, Presses universitaires de Lille, 1993, p. 350.

⁹³ CGTU, *Congrès national ordinaire*, Burdeos, 19-24 de septiembre de 1927, París, 1927, p. 477.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 475.

⁹⁵ Ali, «La main-d'œuvre coloniale», intervención en nombre de la MOC, en CGTU, *Congrès national ordinaire*, *op. cit.*, p. 365-368.

⁹⁶ Alice Brisset, «La main-d'œuvre féminine», intervención en nombre de la Conferencia Femenina, en *ibidem*, pp. 352-357.

⁹⁷ Loris Castellani, «Un aspect de l'émigration communiste italienne en France: les groupes de langue italienne au sein du PCF (1921-1928)», en Pierre Milza (dir.), *Les Italiens en France de 1914 à 1940*, *op. cit.*, p. 2-03.

La práctica de los «grupos lingüísticos» no era una realidad marginal, según el historiador Loris Castellani, que estimó su número para la inmigración italiana en 1924 del siguiente modo: cuatro comités regionales, 25 comités de zona, 295 grupos y 5.000 afiliados.⁹⁸ La organización en «grupos lingüísticos» no estuvo exenta de contradicciones y tensiones, pero estas no estaban relacionadas con el principio en sí, sino con el liderazgo de estos grupos y el contenido de sus acciones. Así lo ilustra, por ejemplo, esta circular del buró político del PCF de octubre de 1925, en la que se deplora la tendencia de los inmigrantes comunistas italianos «a preocuparse más de los asuntos de su país que de un trabajo serio y eficaz entre los obreros sin partido de su nacionalidad residentes en Francia».⁹⁹ La misma lógica y organización prevalecieron para los grupos lingüísticos de trabajadores coloniales «creados», recuerda el historiador Pierre-Jean Le Foll-Luciani, «por el PCF en el periodo de entreguerras a la hora de agrupar, por colonia de origen, a los comunistas que luchaban por las cuestiones propias de los colonizados».¹⁰⁰ El autor también llama la atención sobre la dimensión reductora de la expresión «grupos lingüísticos». Casi todos estos militantes dominan perfectamente el francés. En consecuencia, las funciones sociales y políticas de estos grupos son mucho más amplias, ya que implican identidad, socialización y apoyo mutuo, por un lado, y un programa de lucha específico, por otro. Pierre-Jean Le Foll-Luciani resume así los testimonios recogidos de los participantes en el grupo de lengua argelina:

Así, los testigos comparten con los demás coloniales no solo condiciones de vida objetivas, sino también referencias, reacciones, afectos y, en definitiva, una estrecha relación con el mundo que hacen de ellos un grupo específico. [...] Aunque estuvieran vinculados al PCF a través de su sección colonial, y siguieran en general su línea, estos grupos lingüísticos centraron su acción política enteramente en la lucha anti-colonial, que distaba mucho de ser la prioridad del PCF.¹⁰¹

Dejemos aquí los ejemplos históricos. Nos hemos limitado deliberadamente a la «no mezcla» vinculada al origen y a la historia franceses por dos razones. También podríamos habernos referido al movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos o a la no mixticidad en la historia del movimiento feminista en Francia. La elección de ejemplos exclusivamente

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 213.

⁹⁹ Citado en Loris Castellani, «Un aspect de l'émigration communiste italienne en France: les groupes de langue italienne au sein du PCF (1921-1928)», *op. cit.*, p. 219.

¹⁰⁰ Pierre-Jean Le Foll-Luciani, «Des étudiants juifs algériens dans le mouvement national algérien à Paris (1948-1962)», en Karima Dirèche, Frédéric Abécassis y Rita Aouad (dir.), *La bienvenue et l'adieu, t. 2, Migrants juifs et musulmans au Maghreb (15e-20e siècles)*, Rabat, Centre Jacques Berque, 2012, p. 76.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 77.

franceses responde a la frecuente acusación de que se han importado indebidamente y descontextualizado debates y prácticas del otro lado del Atlántico. La elección de ejemplos vinculados al origen permite apuntar al verdadero debate y a la verdadera controversia. No se trata de la no mezcla social o de género, sino de la no mezcla «racial». El contenido de las acusaciones así lo atestigua. No solo se refieren al argumento de la división, como ha ocurrido con otros experimentos de no mixticidad, sino también a la caracterización de estas prácticas como constitutivas de «racismo anti-blanco» y «discriminación racial».

Una confusión deliberada: no mezcla forzada y no mezcla elegida

Todos los ejemplos citados anteriormente corresponden a la no mezcla elegida. Los militantes inmigrantes o procedentes de las colonias no están obligados a afiliarse a la Unión Intercolonial, a las «sectas étnicas» de la CGTU o a un grupo lingüístico del PCF. Muchos activistas optan simplemente por afiliarse a una célula o sección sindical tradicional del PCF. Sin embargo, es precisamente esta confusión deliberada entre la no mezcla forzada y la elegida lo que está en la raíz de la lógica de inversión que conduce a la acusación de «racismo anti-blanco». Esta confusión deliberada oscurece la dimensión de la igualdad al postular que toda coeducación es por naturaleza igualitaria y que toda no coeducación es por esencia desigualitaria. Esto no es nada nuevo. Hace unas décadas, fue el movimiento feminista el que fue acusado de promover el sexismo antihomosexual como consecuencia del desarrollo de prácticas no mixtas. Denunciar la trivialidad de la no mixticidad impuesta es uno de los fundamentos de las luchas feministas. Las desigualdades y discriminaciones sexistas producen e imponen permanentemente espacios no mixtos reservados a los hombres. Estos espacios reflejan relaciones sociales desiguales y son también herramientas para reproducirlas. Los espacios no mixtos son producidos y producen relaciones de dominación. La socióloga Christine Delphy explica: «La no mixticidad es ante todo una institución del sistema patriarcal, que excluye a las mujeres por principio, considerándolas no formar parte de la sociedad política *de iure* —en Francia hasta 1945—, o *de facto* en la actualidad».¹⁰² Un estudio de la Direction de l'Animation de la Recherche, des Études et des Statistiques, dedicado a la distribución de las ocupaciones por sexos, utiliza acertadamente el término «segregación profesional» para describir la situación en Francia: «Algo más de la mitad de las mujeres (o de los hombres) tendrían que cambiar de empleo para lograr una distribución

¹⁰² Christine Delphy, «Rapports de sexe et universalisme», en *Un universalisme si particulier: féminisme et exception française (1980-2010)*, París, Syllepse, 2010, p. 307.

equitativa de mujeres y hombres en las distintas profesiones». ¹⁰³ Se pueden hacer observaciones similares en todas las esferas de la vida social: actividades deportivas y de ocio, uso del espacio público, acceso a responsabilidades, etc. La no mezcla impuesta sigue siendo la regla.

Esta no mezcla impuesta tiene, por supuesto, consecuencias concretas en términos de trato. Ya sea en términos de remuneración, flexibilidad, condiciones de trabajo, etc., va en detrimento de las mujeres. En otras palabras, la no diversidad impuesta es estructuralmente desigual. Es una de las muchas herramientas de la jerarquización social, que por tanto es también una jerarquización de género. La lucha para reducir la no mezcla impuesta es, por tanto, una parte esencial de la lucha por la igualdad. Esto no significa que la coeducación sea igualitaria en sí misma. La coexistencia de los sexos no significa que se les trate por igual. Por eso, desvincular la coeducación del objetivo de la igualdad equivale a perpetuar la dominación sexista mutándola para mantenerse y reproducirse mejor. La idea y las experiencias de la no mezcla elegida surgen precisamente como respuesta a las situaciones de mezcla desigual. Pierre Tevanian resume así el doble rechazo necesario de la no-mixticidad impuesta y de la mezcla desigual:

La segregación, es decir, la separación impuesta, el acceso reservado a determinados lugares o espacios sociales, es una de las principales formas de dominación. [...] Pero no es la única: muchos mecanismos de dominación persisten incluso en los espacios sociales mixtos, a pesar de la mezcla, o incluso a veces gracias a ella. Esto es lo que nos recuerda Christine Delphy: la coeducación no es en sí misma un bien que deba oponerse indiscriminadamente a un entorno no mixto, necesariamente «confinante» y «asfixiante». La no mezcla solo es opresiva cuando se sufre, del mismo modo que la mezcla sufrida o la proximidad pueden ser opresivas. ¹⁰⁴

Pierre Tevanian utiliza la expresión «las virtudes de la no mezcla». Entre ellas figura, en primer lugar, la posibilidad de expresar las experiencias de dominación sin verse obstaculizado por las reacciones de quienes no están sometidos a ellas. Resumiendo la historia de la no mixticidad elegida en el movimiento feminista de los años setenta, la socióloga Liane Mozère recuerda que surgió «para evitar que los hombres monopolizaran la palabra y para que las mujeres, descubriendo un espacio de libertad entre iguales,

¹⁰³ Julie Argouarc'h y Joana Calavrezo, «La répartition des hommes et des femmes par métiers», *Analyses*, núm. 79, Direction de l'animation de la recherche, des études et des statistiques, 2013, p. 1.

¹⁰⁴ Pierre Tevanian, *La mécanique raciste, op. cit.*, p. 110.

pudieran expresarse sin la aprensión de estar “fuera de lugar”». ¹⁰⁵ Una segunda virtud reside en los efectos de concienciación sobre el carácter sistémico de la dominación sufrida, que fomenta la no mezcla elegida.

La antropóloga Nicole-Claude Mathieu señala que «es precisamente entre los oprimidos donde la opresión se niega con más fuerza». ¹⁰⁶ Salir de esta negación tiene un coste que se ve aliviado por el hecho de sentirse en un espacio que se percibe como protegido, y presupone unas condiciones que se ven favorecidas por el hecho de compartir experiencias comunes. Salir de la negación, por ejemplo, es un proceso que suele ir acompañado de la expresión de emociones fuertes o de ira, formas de expresión generalmente consideradas no bienvenidas en los espacios militantes.

La tercera virtud se deriva de las anteriores y se refiere al control sobre el orden de prioridades y exigencias en las agendas activistas. No es de extrañar, pues, que Christine Delphy, una de las principales teóricas del feminismo materialista, sea quien mejor resume la constante reinención o redescubrimiento de la no mixticidad por parte de los grupos sociales dominantes, y la igualmente constante reaparición de las mismas acusaciones contra estas prácticas por parte de los grupos sociales dominantes:

La práctica de la no-mixticidad es simplemente la consecuencia de la teoría de la autoemancipación. La autoemancipación es la lucha de los oprimidos por los oprimidos. Parece que cada generación política tiene que redescubrir esta sencilla idea. En los años sesenta, la redescubrió por primera vez el movimiento por los derechos civiles estadounidense que, tras dos años de lucha mixta, decidió crear grupos de negros cerrados a los blancos. Esta era, y sigue siendo, la condición: para que su experiencia de discriminación y humillación pudiera expresarse, sin miedo a herir los sentimientos de los buenos blancos; para que el resentimiento pudiera expresarse, y debe expresarse; para que la admiración que los oprimidos, incluso los sublevados, no pueden evitar tener por los dominantes —los negros por los blancos, las mujeres por los hombres— no haga el juego a los representantes del grupo dominante. ¹⁰⁷

El redescubrimiento de la «no mezcla» en el seno de las estructuras políticas antirracistas se inscribe hoy —como en el pasado lo fue para el feminismo o el movimiento por los derechos civiles— en una reflexión estratégica sobre las condiciones en las que pueden oírse las voces y las

¹⁰⁵ Liane Mozère, «“Du côté” des jeunes enfants ou comment appréhender le désir en sociologie?», en Gilles Brougère y Michel Vandembroeck (dir.), *Repenser l'éducation des jeunes enfants*, Bruselas, Peter Lang, 2007, pp. 166-167.

¹⁰⁶ Nicole-Claude Mathieu, *L'anatomie politique, catégorisations et idéologies du sexe*, París, Côté des femmes, 1991, p. 60.

¹⁰⁷ Christine Delphy, «La non-mixité: une nécessité politique», disponible en lmsi.net.

reivindicaciones de los subalternos, sistemáticamente silenciadas incluso en el seno de los movimientos militantes. Lejos de constituir una práctica homogénea, estas experiencias son múltiples y variadas, suscitan debates y contradicciones y reflejan opciones ideológicas y políticas diversas y a veces contradictorias. Sin embargo, todas son víctimas de la acusación de comunitarismo o incluso de separatismo. Los que han sido objeto de campañas mediáticas violentas tienen, sin embargo, una cosa en común: todos enmarcan sus acciones en un análisis político de la dominación sistémica. Por ello, ninguno de los colectivos o asociaciones acusados de comunitarismo, por practicar una no mixticidad «racial» elegida, rechaza la idea de momentos de lucha mixtos. Al contrario, la conciencia de la necesidad de atacar no a los individuos o a las prácticas individuales, sino al sistema de dominación que los sobredetermina, lleva a estos colectivos a concebir la no mixticidad elegida como una condición para la mezcla igualitaria.

La función sistémica del discurso sobre el comunitarismo

La acusación de comunitarismo, ya se trate de una población concreta, de territorios y sus habitantes o de estructuras y prácticas militantes, redobla su intensidad en la actual secuencia histórica neoliberal. Esta se caracteriza por un aumento significativo de las desigualdades sociales y de las discriminaciones sexistas y racistas, por una cólera social creciente en busca de canales de expresión política y por sucesivos movimientos sociales sin precedentes en varias décadas: la revuelta de los barrios populares de 2005, los chalecos amarillos, el movimiento contra la reforma de las pensiones, las manifestaciones contra la violencia policial, etc. Tener en cuenta estas características de contexto es necesario a la hora de comprender las funciones sistémicas del discurso sobre el peligro comunitario.

Acoso a los militantes del centro de la ciudad

En el epílogo del libro de Pierre Tevanian, *La mécanique raciste* [La mecánica racista], subrayábamos el carácter reactivo del discurso sobre el comunitarismo:

La necesidad del Estado de reafirmar, formalizar y solemnizar el mandato de invisibilidad es algo así como una admisión de debilidad. Responde a la práctica social de los subalternos que han tenido la audacia de ocupar espacios, esferas y niveles hasta ahora reservados a los demás. [...] La pretensión de estar presente en las «primeras filas» de nuestra sociedad se expresa ahora de forma ostensible e indiscreta a diario.¹⁰⁸

¹⁰⁸ Saïd Bouamama, «De l'intégration compassionnelle à l'assimilation autoritaire», en Pierre Tevanian, *La mécanique raciste*, op. cit., p. 151-152.

El discurso del comunitarismo es, en nuestra opinión, uno de los medios de un proceso de reasignación violenta de un orden social debilitado por el rechazo creciente de los lugares asignados en el seno de las clases populares y de los barrios en general, y entre los herederos de la inmigración en particular. Este rechazo es a la vez un proceso sociológico objetivo y el producto de iniciativas militantes. Desde un punto de vista sociológico, expresa simplemente el hecho de que los descendientes de inmigrantes están arraigados en la sociedad francesa y se niegan a ser considerados como «franceses totalmente aparte», según la expresión de Aimé Césaire. En nuestra opinión, el giro sociológico puede remontarse a la *Marcha por la Igualdad y contra el Racismo*, que refleja la emergencia y la afirmación de una generación de personas procedentes de la inmigración poscolonial, que son francesas por nacimiento y socialización. En el plano militante, las cuatro décadas que siguieron a la Marcha fueron una época de movilización y experimentación constantes: de la *Mémoire Fertile* al Comité Adama, pasando por el MIB, los Indigènes de la République, la FUIQP y la multitud de asociaciones y colectivos militantes. A pesar de sus carencias, limitaciones e incluso fracasos, estas numerosas iniciativas son la expresión organizativa de la reivindicación de igualdad que está generando la transformación sociológica simbolizada por la *Marcha*. En nuestra opinión, la reacción de la clase dominante ante este avance en la toma de conciencia y en la lucha puede resumirse en el título que dimos al epílogo de *La mécanique raciste*: «De la integración compasiva a la asimilación autoritaria». El discurso del comunitarismo acompaña ideológicamente este proceso de reafirmación violenta de un orden social debilitado. La historia ha conocido otros episodios de este tipo. Por citar solo uno, mencionemos el violento llamamiento al orden del gobierno estadounidense en respuesta al avance de las luchas de los negros estadounidenses en general y de los Panteras Negras en particular. Contra los Panteras Negras se puso en marcha un programa especial del FBI llamado *Cointelpro*, cuyos objetivos son enunciados como sigue: «La intención es desenmascarar, desarticular, desorientar, desacreditar o al menos neutralizar las actividades de las organizaciones nacionalistas negras que predicán el odio».¹⁰⁹ El resto es bien conocido: 38 militantes asesinados solo en 1970, infiltración y agentes dobles, cartas anónimas, escuchas telefónicas ilegales, campañas mediáticas, etc.

Por supuesto, en Francia no tenemos este nivel de represión. Pero está claro que las prácticas represivas contra militantes o estructuras colectivas van en aumento. Lo que tienen en común es que se justifican por la lucha contra el comunitarismo. En su libro, el sociólogo Julien Talpin

¹⁰⁹ Marie-Agnès Combesque, «Comment le FBI a liquidé les Panthères noires», *Le Monde diplomatique*, agosto de 1995, p. 4.

documenta los numerosos métodos de «represión discreta» utilizados para desalentar el activismo y «amordazar» a los barrios populares:

¿Por qué las clases trabajadoras no se rebelan más a menudo? Para responder a esta pregunta, tenemos que analizar las formas de represión que disuaden a la gente de implicarse, dados los costes y riesgos personales y a veces físicos que conlleva la lucha. La policía y el poder judicial, instituciones regias del Estado, están en primera línea a la hora de garantizar el mantenimiento del orden social. La represión por sí sola nunca es suficiente, o solo durante un tiempo. El poder siempre necesita una legitimación simbólica, una forma mínima de asentimiento: la represión rara vez puede prescindir de la justificación. De este modo, la represión de los opositores oscila entre la descalificación simbólica de un enemigo interior («escoria», «movimiento anarco-autónomo», «hermanos musulmanes» [...]) y las coacciones físicas y materiales. Estas últimas rara vez pueden prescindir de las primeras, ya que la dura represión a menudo necesita legitimarse mediante el ostracismo simbólico de los oponentes.¹¹⁰

La primera función sistémica del discurso sobre el comunitarismo es acallar una vez más a quienes han alzado la voz para reclamar la igualdad de trato. El sociólogo Fabrice Dhume explica que «actúa como una coacción sobre los que son su objetivo, a los que se priva del derecho a hablar en público».¹¹¹ Marwan Mohammed está de acuerdo y señala que la acusación de comunitarismo permite «estigmatizar» para desplegar mejor «la represión política a escala local».¹¹² Genera consentimiento para un tratamiento de excepción.

La producción de consentimiento a través del tratamiento de excepción

Sin embargo, esta «represión discreta» no es suficiente, habida cuenta de la magnitud de la cólera social que caracteriza a los barrios populares y a sus habitantes. Una simple ojeada a los datos estadísticos sobre los «barrios sensibles» revela la amplitud del empobrecimiento masivo y de la inseguridad, en un contexto de creciente discriminación racista, todo lo cual constituye una base material para un malestar social importante. Por citar solo una

¹¹⁰ Julien Talpin, *Bâillonner les quartiers: comment l'État réprime les mobilisations populaires*, Ronchin, Les Étaques, 2020, pp. 11-12.

¹¹¹ Cédric Polere, «Communautarisme: une chimère du nationalisme français», entrevista de Fabrice Dhume, en *M3. La prospective de la métropole de Lyon*, 15 de diciembre de 2016.

¹¹² Marwan Mohammed, «Stigmatiser pour “mieux” gouverner la ville. Accusation de “communautarisme” et répression politique à l'échelle locale», en Marwan Mohammed y Julien Talpin, *Communautarisme?, op. cit.*, pp. 69-83.

estadística, destaquemos la relativa al desempleo: «La tasa de desempleo en los barrios prioritarios es dos veces y media superior a la de los demás barrios de las unidades urbanas circundantes: 24,7 %, frente a 9,2 % en 2017»,¹¹³ resume un documento del Observatoire National de la Politique de la Ville.

Una mirada más atenta a los jóvenes revela una tasa de desempleo superior al 40 %. Si bien la pobreza se extiende a todas las clases trabajadoras, adquiere dimensiones de miseria en estas zonas, que albergan a casi el 10 % de la población nacional. Lo que los medios de comunicación denominan «disturbios urbanos» se ha convertido en una característica recurrente de la vida social de estos barrios. Comenzaron a principios de la década de 1980 y desde entonces no han dejado de ser noticia, aunque su duración y magnitud varían considerablemente. «Con excepción de los “sucesos de mayo de 1968”, e independientemente de la actividad de los movimientos por la autonomía (principalmente en Córcega), la V República fue relativamente tranquila desde finales de los años cincuenta hasta finales de los ochenta»,¹¹⁴ explican los sociólogos Laurent Mucchielli y Abderrahim Aït-Omar.

Además de la diversidad de factores desencadenantes, con predominio de la violencia policial, la verdadera causa de lo que llamamos «revueltas sociales» es esta base material. Como señalan los sociólogos Stéphane Beaud y Michel Pialoux, estas explosiones sociales son «síntomas» de los procesos de empobrecimiento, inseguridad y discriminación.¹¹⁵

Frente a una pobreza tan persistente, se presentan dos consecuencias lógicas. La primera es la descomposición y la autodestrucción (violencia contra uno mismo o su entorno inmediato, drogadicción, etc.) y la segunda es la revuelta social. Estos dos aspectos coexisten en los barrios populares, prevaleciendo en mayor o menor medida uno sobre el otro según el contexto. Desde la revuelta generalizada de noviembre de 2005, el temor a un estallido general es una de las preocupaciones de todos los gobiernos, y su anticipación ha sido objeto de una intensa producción ideológica, cuyo eje central es la construcción del peligro comunitario.

Esta producción ideológica tiene al menos tres componentes. El primero es la vieja receta culturalista de achacar las revueltas no a causas sociales y políticas, sino a supuestas características culturales de los insurgentes. El 15 de noviembre de 2005, por ejemplo, el entonces ministro de

¹¹³ Stéphanie Mas, *Emploi et développement économique dans les quartiers prioritaires*, Informe anual de 2018 de l'OPNV, p. 19.

¹¹⁴ Laurent Mucchielli y Abderrahim Aït-Omar, «Les émeutes de novembre 2005: les raisons de la colère», en Véronique Le Goaziou y Laurent Mucchielli (dir.), *Quand les banlieues brûlent: retour sur les émeutes de novembre 2005*, París, La Découverte, 2006, p. 5.

¹¹⁵ Stéphane Beaud y Michel Pialoux, *Violences urbaines, violence sociale: genèse des nouvelles classes dangereuses*, París, Fayard, 2003, p. 16.

Trabajo, Gérard Larcher, mencionó la poligamia como una de las causas de la revuelta. Bernard Accoyer, presidente del grupo de la UMP, coincidió al día siguiente, afirmando que era «sin duda una de las causas».¹¹⁶ Ante ellos, el 10 de noviembre, el primer ministro Nicolas Sarkozy explicó que «hay más problemas para los hijos de inmigrantes del África negra o del Norte de África que para los hijos de suecos, daneses o húngaros. Por su cultura, por la poligamia, por sus orígenes sociales, tienen más dificultades».¹¹⁷ Hélène Carrère d'Encausse, de la Académie Française, está de acuerdo: «¿Por qué los niños africanos están en la calle y no en la escuela? ¿Por qué sus padres no pueden comprarse un piso? Está claro por qué: muchos de estos africanos, se lo digo yo, son polígamos».¹¹⁸

En términos más generales, los discursos políticos y los artículos de prensa evocan problemas de integración, carencias educativas por parte de los padres o jóvenes que pierden el norte. La socióloga Valérie Sala Pala escribe que las reacciones políticas y mediáticas a los disturbios «muestran un claro predominio de las lecturas culturales y étnicas de los problemas, ocultando las verdaderas causas sociales y políticas de los disturbios».¹¹⁹

El segundo componente es la atribución de la explosión al «islamismo» que, según se dice, asola estos barrios. Los sociólogos Gilles Kepel y Antoine Jardin sostienen que el detonante de la revuelta no fue la muerte de dos adolescentes, Zyed Benna y Bouna Traoré, sino la «profanación» de la mezquita de Bilal, en Clichy-sous-Bois: «La racionalización de la revuelta como reacción a la profanación deliberada de un lugar de culto islámico por el Estado y su policía se produce en un contexto internacional favorable».¹²⁰ El 18 de noviembre de 2005, Alain Finkielkraut habló de «una revuelta étnico-religiosa».¹²¹ La explicación «islamista» es tan habitual que incluso los Renseignements Généraux [el servicio de inteligencia francés] se ven obligados a desmentirla: «Los islamistas no tuvieron ningún papel en el desencadenamiento de la violencia ni en su propagación»,¹²² afirma un informe sobre la revuelta fechado el 23 de noviembre de 2005. El mismo

¹¹⁶ Luc Bronner, «M. Larcher fait le lien entre polygamie et violences urbaines», *Le Monde*, 16 de noviembre de 2005.

¹¹⁷ Nicolas Sarkozy, intervención en *France 2* del 10 de noviembre de 2005, citado en *ibidem*.

¹¹⁸ Lorraine Millot, «Invitée en tant qu'expert à la télé russe, l'académicienne Hélène Carrere d'Encausse dérape», *Libération*, 15 de noviembre de 2005.

¹¹⁹ Valérie Sala Pala, «Novembre 2005: sous les émeutes urbaines, la politique», 26 de abril de 2010, disponible en www.archives-ouvertes.fr.

¹²⁰ Gilles Kepel y Antoine Jardin, *Terreur dans l'Hexagone: genèse du jihad français*, París, Gallimard, 2015, p. 40.

¹²¹ Sylvain Cypel, «La voix "très déviante" d'Alain Finkielkraut au quotidien *Haaretz*», *Le Monde*, 23 de noviembre de 2005.

¹²² «Selon les RG, les émeutes en banlieue n'étaient pas le fait de bandes organisées», *Le Monde*, 7 de diciembre de 2005.

informe refuta también el tercer componente, culpando del estallido social a las bandas mafiosas organizadas para sacar provecho de los desórdenes. «No toleraremos más *cités* cerradas a la circulación donde reina el tráfico mafioso», declaró Nicolas Sarkozy el 10 de noviembre, antes de afirmar en la Asamblea Nacional una semana más tarde: «Entre el 75 y el 80 % de los detenidos por estos actos de violencia urbana eran conocidos por numerosos delitos menores y tenían antecedentes penales».¹²³ Marwan Mohammed y Laurent Mucchielli afirman que «los disturbios de octubre-noviembre de 2005 fueron sin duda el acontecimiento más intenso de la acusación de “pandillerismo”».¹²⁴

Ya sea cultural, religioso o obra de «bandas», el comunitarismo aparece como un espectro cuya peligrosidad se reveló a plena luz del día en noviembre de 2005. En los años siguientes, esto llevó a un importante endurecimiento de la política de seguridad hacia los barrios populares, que se tradujo en la introducción de un tratamiento de excepción para sus residentes. La violencia policial y las tragedias que la acompañan son una consecuencia lógica de este tratamiento de excepción.

¹²³ Jacquy Durand y Patricia Tourancheau, «Sécurité: leurres du bilan», *Libération*, 22 de abril de 2009.

¹²⁴ Marwan Mohammed y Laurent Mucchielli, *Les bandes de jeunes: des «blousons noirs» à nos jours*, París, La Découverte, 2007, p. 13.

IX VIGILAR Y CASTIGAR: LA VIOLENCIA POLICIAL SISTÉMICA

La violencia policial no tiene nada de accidental; está racionalmente producida y regulada por el Estado.

Mathieu Rigouste¹

El lugar especial que ocupa la inmigración en la dinámica del capitalismo da lugar inevitablemente a protestas y movilizaciones por parte de los sucesivos grupos de inmigrantes. La asignación a una posición subalterna sobreexplotada puede aceptarse o soportarse durante un tiempo, pero luego se vuelve inevitablemente insoportable. La asignación se produce principalmente por la ideología, la presión y el miedo ejercidos por el discurso político y mediático dominante, por un lado, y por el marco jurídico —falta de derechos, amenaza de deportación, etc.—, por otro. También lo crean otros dos factores. El primero es la anticipación en forma de vigilancia policial. El segundo es la represión por parte de la institución policial, que solo puede conducir a la violencia sistémica. Aunque las formas de vigilancia y represión varían según los contextos históricos, los hechos puestos de relieve por numerosos estudios subrayan su continuidad. El libro colectivo *Police et migrants: France, 1667-1939*² ofrece una visión general de estas continuidades y cambios en la relación entre la policía y los inmigrantes. Por supuesto, la inmigración no fue la única categoría de población sometida a este tipo de vigilancia y represión. Muy pronto, sin embargo, se pusieron en marcha instituciones, prácticas e instrumentos específicos. En muchos aspectos, los conocimientos y las innovaciones que produjeron se generalizaron después a todas las poblaciones denominadas «peligrosas», es decir, a todos los que desafiaban el orden social. La violencia policial, a una escala nunca vista en varias décadas, experimentada por los *gilets jaunes* o los manifestantes contra la reforma de las pensiones subraya que esta función experimental continúa hasta nuestros días. En

¹ Mathieu Rigouste, *La domination policière: une violence industrielle*, París, La Fabrique, 2012.

² Marie-Claude Blanc-Chaléard et al (dir.), *Police et migrants: France, 1667-1939*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2001.

muchos sentidos, de hecho, estas prácticas habían sido habituales en los barrios obreros durante décadas.

Vigilancia y represión policial

En 1666, Luis XIV y su ministro Colbert inician una reforma de la policía de París que desemboca, entre otras cosas, en la creación de un «teniente general de policía de la ciudad, prebostazgo y vizcondado de París», cuyas atribuciones y poderes irán en aumento. Se pone fin así a la multiplicidad de tribunales y cuerpos de policía que operaban en la capital. A partir de esta época, comienza a surgir la lógica de una vigilancia específica de los extranjeros, que abarca no solo a los «no regnícolas» (los que no eran «naturales» de un reino), sino también a los «regnícolas», que eran «extranjeros» en la ciudad. Pronto se extendería el mismo modelo a todas las grandes aglomeraciones urbanas. Los informes del marqués de Argenson, teniente general de la policía de París entre 1697 y 1718, utilizan la rúbrica «policía de extranjeros» junto a las de «policía de cabaret», «policía nocturna», «policía de habitaciones amuebladas», «policía de los mercados y salones de París», «vigilancia de los protestantes», etc. Bajo el epígrafe «policía de extranjeros», el documento del 13 de enero de 1701 describe la vigilancia policial efectuada a la llegada a la ciudad: «Desde principios de mes ha llegado aquí un número bastante grande de sajones y, siguiendo el nuevo orden que creí conveniente establecer para la policía de las habitaciones amuebladas, fui informado de su llegada al día siguiente. Los *baigneurs* y los *chirurgiens* aún se resisten a observar esta regla, pero será fácil hacer que lo hagan cuando al Rey le plazca ordenarlo».³

En las décadas siguientes, cada una de las grandes ciudades introdujo el mismo tipo de vigilancia policial. La Revolución francesa y los enfrentamientos que la caracterizaron pusieron en el orden del día el control de los movimientos de toda la población. Esta preocupación condujo a la introducción de un «salvoconducto interno» para todos los desplazamientos y para todos los habitantes. El historiador Gérard Noiriel resume la lógica de la vigilancia que, si bien se aplica a todos, adquiere progresivamente una dimensión específica para los extranjeros en general y los refugiados en particular, llegados en gran número como consecuencia de las revoluciones que sacudieron varios países europeos:

La ley del 23 de Messidor Año III [11 de julio de 1795], recogida en la Instrucción de 1816, que teóricamente estuvo en vigor hasta mediados

³ Marc René de Voyer (Marqués d'Argenson), *Notes de R. d'Argenson, lieutenant général de police*, París, Larchey et Mabile, 1866, p. 55.

de siglo, obligaba a todos los franceses que salieran de su departamento a solicitar un «pasaporte interior» al alcalde de su municipio. [...] En el siglo pasado, el pasaporte era un instrumento fundamental, destinado no a identificar a los individuos, sino a canalizar sus movimientos. Controlar los flujos humanos era una cuestión decisiva para los gobiernos. Seguimos viviendo en un mundo en el que es el número de combatientes acumulados en un punto dado lo que determina el resultado de las luchas por el poder. [...] La vigilancia constante de los movimientos de refugiados es, por tanto, solo una ilustración de esta política general, no una medida específica. Solo adquirió una importancia particular debido al gran número de refugiados que afluyeron a Francia en una época en la que los «viajeros» eran todavía poco frecuentes.⁴

A pesar de estos antecedentes, hasta el siglo XIX seguía habiendo muy pocas diferencias entre la vigilancia y la policía de las clases trabajadoras, por un lado, y la de los inmigrantes, por otro. En términos más generales, la necesidad permanente de nuevas fuerzas de trabajo llevó a considerar la inmigración esencialmente desde un ángulo social, es decir, como parte de la «cuestión social», la «cuestión de las clases peligrosas» y la «cuestión obrera», expresiones todas ellas que reflejaban el temor a la revolución social que caracterizaba a la clase dirigente francesa a raíz de los movimientos sociales de 1830, 1848 y la Comuna de 1871. Como señala el historiador Gérard Noiriel, en la «literatura social» de la época, «si bien existía una “cuestión obrera”, no había un “problema de los extranjeros”». ⁵ El autor hace la misma observación en términos jurídicos: «Hasta la década de 1870, los términos “inmigración” e “inmigrantes” estuvieron prácticamente ausentes de la literatura jurídica y sociológica». ⁶ Estos términos no aparecen en el vocabulario político, jurídico y sociológico en uso hasta 1876, añade el autor: «Tampoco aparecen en el primer número de *Littré*, pero sí en el suplemento fechado en 1876». ⁷ Así pues, fue después de la Comuna de París, el gran temor de la clase dirigente, cuando se impuso un discurso sobre la inmigración, seguido de un tratamiento de excepción para la inmigración y, por último, de prácticas políticas concretas. La participación activa de muchos inmigrantes en esta revolución tuvo mucho que ver. La teoría de que la revolución fue fomentada por agitadores extranjeros permitió a la clase dominante ocultar las verdaderas causas del levantamiento popular y justificar la sangrienta barbarie de la represión. El general Crémier declaró ante la comisión parlamentaria de

⁴ Gérard Noiriel, *La tyrannie du national: droit d'asile en Europe, 1793-1993*, París, Calmann-Lévy, 1991, pp. 51-52.

⁵ Gérard Noiriel, *Le creuset français: histoire de l'immigration, 19e-20e siècle*, París, Le Seuil, 1988, p. 72.

⁶ *Ibidem*, p. 78.

⁷ *Ibidem*.

investigación de la sublevación del 18 de marzo: «Lo más terrible en París fueron los extranjeros. Estoy seguro de que la gente que luchó con tanta tenacidad estaba guiada por extranjeros. En aquella época, a París llegaban bandas de polacos y garibaldinos, sobre todo».⁸

El escritor y periodista Philibert Audebrand escribió algo parecido en su libro *Histoire de la révolution du 18 mars* [Historia de la revolución del 18 de marzo]:

Entre los instigadores del movimiento, había hombres de todos los orígenes, y la sangre francesa, a nuestro favor, solo era minoritaria. Así, en el comité central, había muestras de alemanes, rusos e italianos. Durante la organización de la resistencia militar, el ejército de Versalles, exclusivamente nacional, tuvo que enfrentarse, como bien han contado muchas veces nuestras murallas, a polacos, rusos, valacos, piamonteses, griegos, en resumen, a aventureros de todo el continente.⁹

Tras la Comuna de París, el tratamiento de excepción dispensado a los trabajadores inmigrantes inició una larga historia que se prolonga hasta nuestros días:

Tres actos marcan este fin de siglo. El decreto de 2 de octubre de 1888 obligaba a los extranjeros que pretendían instalarse en Francia a hacer una declaración en los quince días siguientes a su llegada, en el ayuntamiento del municipio donde pretendían establecerse, especificando, entre otras cosas, su ocupación o medios de subsistencia; esta declaración debía renovarse cada vez que cambiasen de lugar de residencia. Como esta medida se consideró ineficaz, fue reforzada por la ley de 8 de agosto de 1893. En adelante, los extranjeros [también] deberán hacer sellar un certificado de registro cada vez que cambien de municipio. [...] Por último, los tres decretos promulgados el 10 de agosto de 1899, conocidos como los decretos Millerand, permitieron imponer un porcentaje máximo de trabajadores extranjeros para los contratos de obras públicas.¹⁰

Por importantes que fueran estos cambios, aún no afectaban a las relaciones cotidianas con la policía. Todavía no han dado lugar a la práctica de «controles de identidad» arbitrarios. La historia de los controles de identidad comenzó con la ley de 16 de julio de 1912, que obligaba a los viajeros

⁸ Citado en Marcel Cerf, «Universalité de la Commune», *Droit et liberté*, núm. 300, marzo de 1971, p. 26.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Jeanne Singer-Kerel, «“Protection” de la main-d’œuvre nationale en temps de crise: le précédent des années 1930», *Revue européenne des migrations internationales*, núm. 2, 1989, pp. 9-10.

de comercio y nómadas franceses y extranjeros a «llevar un carnet antropométrico». Esta libreta, que reunía todas las técnicas de identificación física utilizadas en la época —medidas antropométricas, huellas dactilares, firmas, marcas particulares y fotografías—, representó la primera forma de documento de identidad, expedido por las prefecturas, a la vez nacional y oficial, portátil, individual y, en el caso concreto de los nómadas, familiar.¹¹ El nuevo documento introdujo y banalizó una relación específica entre una parte de la población y la policía: el control de identidad.

En abril de 1917, dos decretos obligan a los extranjeros residentes en Francia a estar en posesión de un documento de identidad, extendiendo así a una población mucho más amplia el trato excepcional que se había instaurado para los feriantes ambulantes y los nómadas. Un decreto de 1929 endureció las condiciones de concesión del documento de identidad a los extranjeros: debían demostrar que habían entrado legalmente en el país, solo podía expedirse tras una investigación, debían estar avalados por dos ciudadanos franceses, su validez se limitaba a dos años y, en caso de denegación o retirada, debían abandonar Francia inmediatamente.¹² «La ampliación de los controles de identidad», explica Ilse About, «permitía a la policía efectuar controles de identidad fuera de los casos de flagrante delito, en circunstancias generalmente dejadas a la sola discreción de los agentes».¹³ Hay que recordar que, hasta ahora, la posesión de un documento de identidad no era obligatoria para los nacionales franceses. Exigir a algunas personas la posesión de un documento de identidad y a otras no, basándose únicamente en la nacionalidad, solo podría conducir a la práctica de controles faciales, que dan lugar a numerosas humillaciones y son escenario de una gran violencia policial. Los controles de identidad impuestos a los feriantes y nómadas, ampliados a todos los extranjeros, se extienden inevitablemente a todos los que tienen una marca física de origen. Es, en consecuencia, inevitablemente racista.

Junto a la vigilancia policial estará la lógica de la represión policial. Asignados a trabajos sobreexplotados, los distintos grupos de inmigrantes han producido lógicamente muchas vocaciones militantes, por un lado, y luchas colectivas por la igualdad, por otro. Para estos militantes, la represión adoptó la forma de la posibilidad permanente de deportación, legalizada por la ley de 3 de diciembre de 1849, que permitía deportar a cualquier

¹¹ Ilse About, «Identifier les étrangers: genèse d'une police bureaucratique de l'immigration dans la France de l'entre-deux-guerres», en Gérard Noiriel (dir.), *L'identification des personnes: genèse d'un travail d'État*, París, Belin, 2007, p. 126.

¹² Pierre Guillen, «L'évolution du statut des migrants en France au 19e-20e siècle», en Pierre Milza (dir.), *L'émigration politique en Europe aux 19e et 20e siècles*, Roma, École française de Rome, 1991, p. 39.

¹³ *Ibidem*, p. 127.

extranjero considerado indeseable sin tener que motivar la decisión ni oír al interesado, y castigaba con pena de cárcel a los que no cumplían la orden de deportación. Muchos activistas políticos y sindicales fueron expulsados de este modo durante todos los periodos de inmigración. Al analizar las expulsiones de huelguistas y militantes comunistas de la ciudad de Reims en 1921-1923, el historiador Élie-Benjamin Loyer subraya su papel en el restablecimiento del «orden político, social y racial», por una parte, y el carácter arbitrario de las razones aducidas, por otra: «Frente a huelguistas y comunistas, el Comisario Especial necesitaba muy poco para formarse una opinión. Recibir y poseer periódicos y folletos revolucionarios, marchar el Primero de Mayo, frecuentar la bolsa de trabajo o cantar canciones revolucionarias en las reuniones sindicales bastaban para que los funcionarios encargados de la vigilancia política presentaran una propuesta de expulsión al prefecto».¹⁴

En agosto de 1934, los mineros polacos de la mina de Escarpelle, en Nord-Pas-de-Calais, se declaran en huelga contra sus condiciones de trabajo. Inauguran así una forma de lucha inédita en Francia: permanecer en el fondo de la mina y bloquear el ascensor para impedir la intervención de la policía. Al final de la huelga y en violación del acuerdo de fin de conflicto, todos los miembros del comité de huelga y sus familias fueron expulsados, como recuerda en sus memorias Thomas Olszanski, sindicalista de la CGTU: «Inmediatamente después del final de la huelga, los miembros del comité de huelga fueron detenidos durante la noche y enviados a la prisión de Béthune, y al día siguiente, las autoridades francesas ordenaron a ciento cincuenta familias de mineros polacos que abandonaran Francia en un plazo de 24 horas».¹⁵

El propio Thomas Olszanski, nacionalizado francés desde 1922, fue desposeído de su nacionalidad francesa en 1932 por haber criticado a la patronal Houillères y al Estado francés, lo que en el vocabulario jurídico de la época significaba «haber realizado actos contrarios a la seguridad interior y exterior del Estado francés». La medida de inhabilitación no tenía precedentes desde el asunto Dreyfus. Fue denunciada por un comité de apoyo formado por Henri Barbusse, Paul Nizan, André Malraux y otros. El objetivo era claramente poner fin a la creciente participación de los inmigrantes polacos en las huelgas. «Si Olszanski fuera deportado, mañana sería mucho más difícil conseguir que los mineros polacos se unieran a sus camaradas franceses en la lucha», resumía el periódico comunista *Nord, L'Enchaîné*.¹⁶ A pesar de la movilización, fue deportado el 16 de octubre de 1934.

¹⁴ Élie-Benjamin Loyer, «Expulser les indésirables: un aspect de la gestion des populations immigrées sous la 3^e République (1880-1939)», *Diasporas*, núm. 33, 2019, pp. 55-72.

¹⁵ Thomas Olszanski, *Un militant syndicaliste franco-polonais...*, *op. cit.*, p. 372.

¹⁶ «Thomas Olszanski, quand l'État usait de la déchéance de nationalité», *L'Humanité*, 4 de marzo de 2016.

La guerra de Argelia y la policía de inmigración

A estas herencias lejanas que conciernen a todos los inmigrantes, se añaden las del periodo colonial en general y de la guerra de Argelia en particular. Existen numerosas conexiones, circulaciones, transferencias e influencias entre las prácticas policiales en las colonias y las instituciones policiales en Francia. Como explican los historiadores Emmanuel Blanchard, Quentin Deluermoz y Joël Glazman, «las conexiones entre estos espacios [Francia y las colonias] han dado lugar a la circulación de prácticas, actores y marcos de referencia».¹⁷

La imagen de que la colonización tuvo poco impacto en las instituciones francesas es simplista. La colonización no solo modeló a las sociedades colonizadas, sino también a las sociedades colonizadoras y sus instituciones. Aunque las dos situaciones, francesa y colonial, son incomparables en términos de prácticas policiales, no están desvinculadas. La guerra de Argelia intensificó este movimiento de ida y vuelta de «conocimientos» (de vigilancia, archivo, etc.), «imágenes» del nativo (que determinan los comportamientos en los momentos de contacto) y prácticas de control individuales y colectivas. La guerra de Argelia también se desarrolló en Francia, sometiendo a la policía de las grandes ciudades francesas a una tensión constante durante muchos años. Este legado colonial ha sido subestimado e ignorado. Como consecuencia, ha servido de caldo de cultivo para la integración sistémica a largo plazo, extendiéndose más allá de los inmigrantes argelinos a todos los inmigrantes poscoloniales, así como a los hijos franceses de estos inmigrantes.

Peligrosos por naturaleza, dóciles ante la firmeza

«No es posible esclavizar a los hombres sin hacerlos lógicamente inferiores hasta la médula. Y el racismo no es más que la explicación emocional, afectiva, a veces intelectual, de esta inferiorización», escribió Frantz Fanon en su artículo «Racismo y cultura».¹⁸ En consecuencia, la colonización de Argelia fue acompañada de la difusión masiva de la imagen del «árabe», el «bereber» o el «musulmán» como intrínsecamente violentos y peligrosos.

«Nuestra memoria colectiva de nuestra relación con el Otro, un cierto Otro», explica Gabriel Périès, «está marcada por una forma de representación en la que predominan las imágenes de violencia, brutalidad y

¹⁷ Emmanuel Blanchard, Quentin Deluermoz y Joël Glasman, «La professionnalisation policière en situation coloniale: détour conceptuel et explorations historiographiques», *Crime, histoire et société*, núm. 2, 2011, p. 34.

¹⁸ Frantz Fanon, «Racisme et culture», *op. cit.*, p. 47.

destrucción. [...] El árabe se embosca, cuchillo en mano, tendiendo astutamente una trampa con el fin de degollar a nuestros hijos y nuestros compañeros».¹⁹

Esta imagen se difundió durante décadas mediante discursos militares y policiales, canciones y películas, chistes de bar y artículos periodísticos. Las ciencias también fueron llamadas a contribuir a la construcción y difusión de esta imagen, y en general respondieron positivamente a esta misión. La psiquiatría, por ejemplo, quedó ejemplificada en la figura de Antoine Porot, líder de la Escuela Psiquiátrica de Argel, que escribió en 1918 en sus *Notes de psychiatrie musulmane*: «El musulmán norteafricano fanfarrón, mentiroso, ladrón y perezoso se define como un imbécil histérico, que además es propenso a impulsos homicidas imprevisibles».²⁰ Porot siguió desarrollando esta tesis, que se enseñaba en todas las facultades de psiquiatría y se presentaba en todos los manuales sobre el tema con el nombre que le dio en 1932: *L'impulsivité criminelle chez l'indigène algérien* [La impulsividad criminal del indígena argelino].²¹ La tesis sobrevivió a la independencia. Apareció sin cambios en 1969 en la cuarta edición del *Manuel alphabétique de psychiatrie clinique et thérapeutique*²² escrita por este autor. En la página 425, por ejemplo, afirma que la «paleofrenia» es «un término acuñado en 1955 por Pierson, de Casablanca, para designar las tendencias ancestrales de los nativos marroquíes hacia las reacciones impulsivas y criminales». Las ciencias sociales desarrollaron tesis similares, al igual que la literatura. Resumiendo la imagen del árabe o indígena norteafricano en la literatura y en la prensa, la investigadora Fatima Zohra Lalaoui-Chiali pinta el siguiente cuadro:

Este indígena musulmán es brutal, violento y sanguinario: «Su pecado favorito era cortar la cabeza a los cristianos», «degüella» a sus enemigos, «deja atrás a los niños cortados en pedazos» y maltrata a sus monturas. Individualista y salvaje, no tiene sentido de la familia ni de la patria. No hay «cohesión» entre él y sus congéneres. Para unirlos, tuvo que «predicar la guerra santa»: «Abdelkader solo pudo convertirse en un gran general porque era un morabito». Esta categorización (buenos frente a malos, nativos frente a argelinos, raza superior frente a inferior, etc.) continuó en periódicos ilustrados como *Le Petit Parisien* y *Le*

¹⁹ Gabriel Périès, «L'Arabe, le musulman, l'ennemi dans le discours militaire de la "guerre révolutionnaire" pendant la guerre d'Algérie», *Mots, les langages du politique*, núm. 30, 1992, p. 53.

²⁰ Antoine Porot, «Notes de psychiatrie musulmane», *Annales médico-psychologiques*, núm. 9, vol. 74, 1918, pp. 377-384.

²¹ Antoine Porot y Don Côme Arrii, «L'impulsivité criminelle chez l'indigène algérien; ses facteurs», *Annales médico-psychologiques*, vol. 90, núm. II, 1932, pp. 588-611.

²² Antoine Porot, *Manuel alphabétique de psychiatrie clinique et thérapeutique*, París, PUF, 1969.

Petit Journal. Las publicaciones científicas, los discursos políticos, los zoológicos humanos y, sobre todo, las escuelas francesas y coloniales contribuyeron a fijar esta imagen estereotipada del Otro en el imaginario francés.²³

Resumiendo el impacto de estas imágenes en nuestra actualidad, el filósofo Cornelius Castoriadis opina que «entre el argelino y el francés hay un cuchillo. Y ese cuchillo es todo el imaginario francés sobre los magrebíes, los argelinos en particular, tanto en lo que se refiere al asesinato como al sexo».²⁴ La policía, como la sociedad francesa en su conjunto, no podía sustraerse a esta imagen del árabe y el musulmán como intrínsecamente violentos. Ella, más que ninguna otra institución en Francia, era porosa y portadora de esta imagen, tanto porque era responsable de la vigilancia política de los inmigrantes argelinos durante la guerra de Argelia, como porque estaba enfrentada a los nacionalistas argelinos que habían decidido hacer de Francia uno de los campos de batalla de la guerra para aliviar al *maquis* argelino. La persistencia de este imaginario colonial es tanto más fuerte cuanto que la extrema derecha lo acabó por reinvertir estratégicamente para salir de su larga marginalidad desde 1945. Primero la galaxia de la extrema derecha, y luego desde 2011 el Frente Nacional, han construido su estrategia sobre el tema de la «invasión árabe», a la que atribuyen todos los males sociales: inseguridad, delincuencia, crimen, violaciones, prostitución, pornografía, inmoralidad, drogas, etc. En el centro de la nueva estrategia está el tema de la guerra de Argelia que ahora continúa con la colonización argelina de Francia. Para ello se reciclaron imágenes coloniales. Como explica Todd Shepard:

Entre 1962 y 1968, ciertos autores ultranacionalistas y compañeros de viaje habían explicado que la pérdida de Argelia era el primer signo de la supuesta desvirilización de los franceses, quizás incluso su causa. Después de 1968, sostenían que la guerra de virilidad entre árabes y franceses continuaba. Francia era el nuevo frente. Era necesario estudiar la batalla perdida de la Argelia francesa para extraer de ella las principales lecciones.²⁵

Pero la imagen colonial del indígena norteafricano no se limita a construirlo como portador de una violencia congénita. Otra dimensión recurrente atribuida a veces a la cultura, a veces a la religión, es la de los

²³ Fatima Zohra Lalaoui-Chiali, «Stéréotypes, écrits coloniaux et postcoloniaux: le cas de l'Algérie», *Itinéraires*, núm. 1, 2010, pp. 162-163.

²⁴ Citado en Todd Shepard, *Mâle décolonisation: «l'homme arabe» et la France de l'indépendance algérienne à la révolution iranienne (1962-1979)*, París, Payot, 2017, pp. 229-230.

²⁵ *Ibidem*, p. 78.

pueblos que solo respetan y se someten a la fuerza. Aquí encontramos el vínculo con el tema de la virilidad evocado por Shepard. Así lo explicaba en 1958 el escritor Pierre Fontaine:

El musulmán, y esto es una observación, no un juicio, es esencialmente un hombre que solo respeta a los más fuertes que él. Tan pronto se une a la más mínima posibilidad de éxito como se aleja a la primera señal de debilidad. Fue por ignorar deliberadamente este aspecto de la metafísica coránica por lo que los gobernantes franceses tuvieron que desprenderse del norte de África pedazo a pedazo.²⁶

Con una metafísica así, los lenguajes de la razón y del derecho son ineficaces. Los únicos lenguajes que cuentan son los de la firmeza y la sumisión. Es fácil comprender el efecto de tales imágenes en las prácticas policiales en un momento en el que decenas de miles de policías y gendarmes que trabajaban en Argelia estaban siendo repatriados a Francia. En cierto modo, la continuidad de las imágenes se apoya en la continuidad del personal.

La memoria incorporada

Emmanuel Blanchard, que dedicó su tesis al estudio de estas continuidades coloniales en la policía de París, subraya su presencia y su importancia en todos los niveles jerárquicos. También señala que en los años cincuenta se produjo una importante renovación del reclutamiento policial, debido tanto a las jubilaciones como a un aumento significativo de la plantilla para hacer frente a las actividades de la federación francesa del FLN en la región parisina. Al mismo tiempo, los primeros reclutas regresaron a Francia. Muchos reclutas procedían de la policía de París, que privilegiaba sus «competencias». Trajeron consigo hábitos, representaciones y prácticas. En 1956, se puso en marcha el mismo movimiento «para “integrar” a los funcionarios repatriados de las policías cherifiana y tunecina. En 1961-1962, [la prefectura de policía de París] también absorbió en sus filas a funcionarios procedentes de los departamentos argelinos, que habían sido destinados masivamente a las comisarías, crónicamente escasas de personal, sobre todo en los suburbios de las grandes ciudades».²⁷

²⁶ Pierre Fontaine, *Abdelkrim: origine de la rébellion nord-africaine*, París, Sept couleurs, 1958, p. 183.

²⁷ Emmanuel Blanchard, *Encadrer des «citoyens diminués»: la police des Algériens en région parisienne (1944-1962)*, tesis doctoral de historia, vol. 1, Université de Bourgogne, 2008, p. 185.

El autor cita el ejemplo de la comisaría de Argenteuil, a la que solo en el segundo semestre de 1962 se destinaron una treintena de agentes repatriados de Argelia, de un total de un centenar. De manera más general, miles de agentes fueron destinados a la colonia durante periodos más o menos largos a lo largo de la guerra. Estos nuevos miembros de la policía de la región parisina y de las grandes ciudades donde había inmigrantes argelinos heredaron una socialización de guerra y se caracterizaron por trayectorias marcadas por la violencia de la guerra de Argelia. «En aquella época», explica la socióloga Françoise de Barros, «una gran parte de los nuevos guardianes de la paz parisinos, que a su vez iban en aumento, tenían probablemente una experiencia no tanto de Argelia como de la guerra de independencia y, por tanto, de su extrema violencia».²⁸

A este primer factor se añadían los efectos de la experiencia policial particular de la guerra de Argelia para todos los agentes, incluidos los que nunca habían pisado la colonia. Además de las tareas de vigilancia y control asignadas a los agentes, estos tuvieron que hacer frente a la confrontación armada con la federación francesa del FLN. A partir de agosto de 1958, los independentistas argelinos decidieron abrir un segundo frente, cuyos objetivos fueron resumidos de la siguiente manera por uno de los dirigentes de la federación francesa, Ali Haroun: «El objetivo de esta nueva forma de lucha era debilitar el potencial económico del Estado colonial, mantener una parte del ejército francés en suelo francés, reduciendo así la importancia del contingente frente a los *muyahidines* del *maquis* argelino y, por último, concienciar al pueblo francés de los horrores de la guerra de reconquista que se libraba en su nombre».²⁹ Sabotaje de depósitos de combustible, ataques a locales de la policía, enfrentamientos con patrullas policiales, ejecuciones de policías acusados de tortura... el número de acciones aumentó. Aunque no fueron de la misma magnitud que los combates que se desarrollaban al mismo tiempo en Argelia, esta experiencia y este «ambiente» no pueden dejar de haber tenido un impacto duradero en la institución y en la relación de sus agentes con los inmigrantes argelinos. El sociólogo Mathieu Rigouste da un ejemplo concreto de las continuidades entre el periodo colonial y la institución policial contemporánea encarnadas en trayectorias individuales:

El comisario François Le Mouel, que se presenta como el creador del concepto de «anticriminalidad», es un antiguo oficial de las brigadas especiales nocturnas, prototipo de las actuales BAC. Su trayectoria resume bastante bien el proceso de reconversión de los repertorios de la

²⁸ Françoise de Barros, «La police et les Algériens: continuités coloniales et poids de la guerre d'indépendance», disponible en metropolitiques.eu.

²⁹ Ali Haroun, «Une date occultée: le 25 août 1958», *Liberté*, 25 de agosto de 2014.

guerra colonial en el control de los pobres y la reestructuración de la violencia policial. Destinado como oficial a varios distritos de París y sus suburbios antes del estallido de la guerra de Argelia, pasó los tres primeros años del conflicto (1954-1957) en la secretaría del director de la policía judicial, responsable en particular de la «criminalidad norteafricana». Dirigió la comisaría de Bonne-Nouvelle de 1957 a 1960, antes de ser destinado a la quinta brigada territorial en 1961. De este modo, estuvo al mando de los policías de París durante toda la guerra de Argelia. En 1964, se convirtió en el primer jefe de la sección de investigación e intervención, que más tarde se convirtió en la brigada de investigación e intervención (BRI). Fue en este puesto, que ocupó hasta 1971, donde desarrolló el concepto de «anticriminalidad».³⁰

Los mismos hombres y directivos que habían participado en la guerra de Argelia, tanto en la colonia como en Francia, fueron llamados a diseñar y aplicar una política «policial» para determinados territorios franceses y determinadas poblaciones. Su experiencia bélica se consideró una baza y una competencia útil. Por supuesto, hay grandes diferencias entre los dos periodos, pero también hay continuidades que deben tenerse en cuenta en el análisis. En este contexto, no debe sorprender que las imágenes coloniales del argelino violento se reprodujeran y amplificaran, y que ya estuvieran ampliamente presentes en la institución antes del estallido de los combates en 1954. Citemos un ejemplo tomado del director de cine y documentalista Daniel Kupferstein, extraído de un informe del director de la Policía Judicial fechado el 22 de noviembre de 1951:

Los síntomas de inferioridad son ante todo agresivos: reacciones, brusquedad, negativa a colaborar. ¿Por qué esta inestabilidad? En primer lugar por razones fisiológicas: alimentación e higiene inadecuadas. [...] Mucho más importantes son las diferencias culturales, caracterizadas por un retraso en la maduración y el desarrollo mental. [...] Su espíritu crítico parece reavivar el odio ancestral hacia el «roumi». Esta desafortunada tendencia, que le llevará del disimulo a la mentira, hace imposible cualquier mejora. [...] El norteafricano presenta a menudo un estado exterior de ansiedad e inseguridad; no sin razón se le ha comparado con una fiera cazada. [...] Fisiológicamente, este estado conduce a reacciones de cólera, lágrimas y violencia repentina sin motivo aparente, o más bien desproporcionadas con respecto al pretexto que las originó. [...] Parece que el magrebí no ha alcanzado la edad adulta que permite a un individuo concebir y llevar a cabo sus propias acciones.³¹

³⁰ Mathieu Rigouste, *La domination policière, op. cit.*, p. 12.

³¹ «Le problème nord-africain», informe del director de la Policía Judicial del 22 de noviembre de 1951, citado en Daniel Kupferstein, *Les balles du 14 juillet 1953*, Paris, La Découverte, 2017, pp. 137-138.

El tono del informe es el de un especialista que hace observaciones objetivas y las analiza científicamente. Como señala Daniel Kupferstein, «cuando los “especialistas” vinculados a la jerarquía policial desarrollan este tipo de argumentos, entendemos que están destinados a influir en el policía que está en contacto con esta población estigmatizada».³² El racismo colonial ya estructuraba el cuerpo de policía en los años cincuenta. A este cuerpo se sumaron todos los policías repatriados del norte de África y los nuevos agentes reclutados, a menudo tras haber sido llamados a filas en Argelia. La guerra de Argelia también fue lo suficientemente larga como para que estas transferencias de imágenes y prácticas coloniales se coagularan en una operación sistémica, cuyos efectos perduraron mucho después del fin de la colonización del norte de África. Los oficiales reclutados en décadas posteriores tendrían que elegir entre adaptarse a este racismo colonial, permanecer en silencio para no ser marginados o abandonar la profesión. Así pues, los mecanismos de reproducción estaban en marcha.

Estos mecanismos de reproducción se afianzaron tanto más cuanto que se injertaron en la secuencia anterior, la de la ocupación y la colaboración nazis. Hoy en día se ha convertido en un lugar común rendir homenaje a la participación de la policía en la resistencia antinazi. Así, el ministro del Interior, Christophe Castaner, declaró el 8 de mayo de 2019: «Honor, valor, abnegación. [...]. Estos son los valores de la policía. En toda Francia, los policías han pasado a la clandestinidad. En toda Francia, los policías han vigilado al enemigo, han cazado el odio y han luchado contra la opresión. En toda Francia, los policías han optado por resistir».³³

Esta presentación de la realidad histórica es limitada y parcial. Oculta la colaboración masiva de la policía en la represión petainista y nazi, así como la colaboración en la deportación. «Si los policías se unieron a la Resistencia, fue desobedeciendo a sus superiores y a la política gubernamental. [...] Lo que se puede decir es que una minoría de policías se unió a la Resistencia, al igual que el conjunto de la población. Pero esta minoría de policías se topó también con una cultura profesional de obediencia»,³⁴ corrige el historiador Christian Chevandier. Raymond Gurême, una de las figuras clave de la resistencia gitana, recientemente fallecido, recuerda en las primeras líneas del prólogo de sus memorias que «los funcionarios franceses estaban a cargo de los campos de internamiento para “nómadas”, y no había alemanes a la vista».

³² *Ibidem*, p. 139.

³³ Christophe Castaner, «Déclaration en hommages aux policiers morts pour la France du 8 mai 2019», disponible en www.vie-publique.fr.

³⁴ Entrevista de Christian Chevandier, «Un historien nuance les propos de Christophe Castaner», disponible en www.francetvinfo.fr.

Maurice Rajsfus, que también fue testigo de la época, confirma las mismas prácticas para la deportación de judíos, tal y como se desprende de los títulos inequívocos de dos de sus libros.³⁵ Esta participación masiva solo dio lugar a sanciones menores en la Liberación. El historiador Jean-Marc Berlière da las siguientes cifras para la prefectura de París, cuyos agentes llevaron a cabo las siniestras redadas: el 20 % de los agentes fueron sancionados, es decir, 3.939 policías, y solo 770 despedidos.³⁶ En conjunto, la institución policial salió del periodo sin cambios. Los hábitos, las representaciones, las rutinas y las prácticas pueden reproducirse fácilmente sobre esta base material y humana adaptándose a la nueva relación ideológica de fuerzas. Tal herencia sería la base de una predisposición a obedecer durante la guerra de Argelia, es decir, durante una secuencia institucional que banalizaba la vigilancia y los controles aleatorios, por una parte, y la tortura y la represión a gran escala, por otra.

De hecho, las prácticas vigentes en Argelia entre 1954 y 1962 se importaron en gran medida a Francia mientras duró la guerra. En su excelente libro, Emmanuel Blanchard³⁷ describe la relación especial entre la policía y los «Musulmanes Franceses de Argelia» [Français Musulman d'Algérie] (FMA) en territorio francés: en agosto de 1953 se volvieron a crear estructuras policiales específicas (se habían disuelto en la Liberación), es decir, un cuerpo de policía especial denominado «Brigadas de Agresiones y Violencias» (BAV), redadas y cierres regulares de las zonas donde residían los FMA, fichajes específicos, detenciones preventivas, controles de rostros, toques de queda reservados exclusivamente a los FMA en 1958 y de nuevo en 1961, etc. Describiendo estas prácticas policiales, el historiador Jean-Marc Berlière recuerda: «Mientras que las compañías de intervención “de distrito” ejercían sus funciones policiales con una “brutalidad errática” y una violencia que eran una constante de los policías de la Prefectura [...] la policía municipal, en la tradición de la Ocupación, ejercía toda una labor de policía “preventiva”».³⁸

La masacre del 17 de octubre de 1961 no puede separarse de este contexto global. Fue a la vez un resultado, la cumbre y el indicador de una operación sistémica profundamente arraigada. «Debemos reconocer que

³⁵ Maurice Rajsfus, *La police de Vichy: les forces de l'ordre françaises au service de la Gestapo, 1940-1944*, París, Le Cherche midi, 1995; y *Drancy, un camp de concentration très ordinaire, 1941-1944*, París, Le Cherche midi, 2005.

³⁶ Jean-Marc Berlière, «L'épuration de la police parisienne en 1944-1945», *Vingtième siècle*, núm. 49, 1996, p. 66.

³⁷ Emmanuel Blanchard, *La police parisienne et les Algériens, 1944-1962*, París, Nouveau-Monde, 2011.

³⁸ Jean-Marc Berlière, «Policiers et pouvoir politique en période de crise: l'exemple de la guerre d'Algérie (1958-1962)», en Jean-Marc Berlière (dir.), *Métiers de police: être policier en Europe, 18e- 20e siècle*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2008, p. 534.

"la masacre de Estado [...] se cierne sobre nuestro horizonte" y que debe ser parte integrante de cualquier consideración sobre la labor policial. Sin embargo, no debe considerarse separadamente del resto de sus actividades»,³⁹ resume Emmanuel Blanchard.

La continuidad de las prácticas tiene una base material, estructural y cultural arraigada a largo plazo e impregna el conjunto de la institución, aunque de forma diferente según las regiones, pero es especialmente frecuente en las grandes aglomeraciones urbanas. La «cultura» profesional, la relación con determinadas poblaciones, el *habitus*, la concepción de la profesión y los objetivos de la profesión, el contenido de la formación, etc., no pueden dejar de estar influidos por esta «memoria incorporada», es decir, como explica el sociólogo y antropólogo Didier Fassin, por la inscripción de la «historia [...] en los intersticios de la vida cotidiana, en el discurso y en las acciones, en las representaciones y en las prácticas».⁴⁰

Sin embargo, semejante legado no puede sostenerse durante tanto tiempo únicamente mediante la reproducción institucional sistémica. Es también el vínculo con el contexto político global lo que explica por qué un legado perdura o disminuye, se reproduce o muta, resulta duradero o disminuye con el tiempo. Al legado racista de la colonización, exacerbado durante la guerra de Argelia y encarnado en la socialización guerrera de los agentes, se han unido las políticas de seguridad contemporáneas dirigidas a los barrios obreros.

El control de las «clases peligrosas»

Históricamente, las nuevas políticas de seguridad surgieron en relación con la aparición del tema de la «inseguridad» en el debate político electoral a partir de mediados de los años setenta, es decir, al mismo tiempo que emergía la reivindicación de igualdad de los franceses herederos de la inmigración poscolonial. Esta nueva generación, hasta entonces invisible e invisibilizada como sus padres, empezó a rebelarse contra las discriminaciones racistas que descubrieron al salir de la infancia en los distintos mercados de bienes escasos. A través del arte, y en particular de la canción y el rap, a través de la protesta pacífica (que culminó en la *Marcha por la Igualdad* de 1983), a través de la rebelión social individual (a través de actitudes y comportamientos reivindicativos ante las instituciones), a través

³⁹ Emmanuel Blanchard, *La police des Algériens en région parisienne (1944-1962)*, op. cit., p. 20.

⁴⁰ Didier Fassin, *Quand les corps se souviennent: expériences et politiques du sida en Afrique du Sud*, París, La Découverte, 2006, p. 332.

de la rebelión grupal (en forma de los «rodeos»⁴¹ de los años ochenta) y a través de la rebelión colectiva (en forma de revueltas vecinales que culminaron en el levantamiento de noviembre de 2005), estos franceses exigieron la igualdad de trato. Las opciones económicas neoliberales iniciadas en 1983 cerraron la puerta a cualquier respuesta política estructural a estas desigualdades y discriminaciones masivas. El ciclo de las políticas de seguridad dirigidas a los barrios populares se desarrolla en la derecha, por supuesto, pero también en una parte importante de la izquierda, que ahora considera que ya no se puede hablar de «causas sociales» y que hay que dejar de «dar a los delincuentes excusas absolutas por la pobreza o la inmigración»,⁴² en palabras de Chevènement. Esto solo deja una dirección posible, resumida por el título del libro coordinado por Laurent Mucchielli en 2008: *La frénésie sécuritaire: Retour à l'ordre et nouveau contrôle social* [El frenesí securitario: vuelta al orden y nuevo control social].⁴³ La lógica discursiva y práctica dominante adopta la forma de cinco tendencias que este autor denomina: dramatización, criminalización, deshumanización, disciplinamiento y desocialización.

El modelo de «conquista territorial»

Al antiguo modelo de sobrevigilancia de ciertas poblaciones, que ya conducía a repetidos controles faciales y a la violencia policial, se añade ahora un modelo de «conquista territorial», que conduce lógicamente a un aumento de esa misma violencia. Esa voluntad de controlar a una población y las zonas en las que vive presupone nuevas misiones para los agentes del orden. Lo demás viene a continuación, creación de nuevas unidades especializadas: brigadas regionales de investigación y coordinación (BREC), brigadas antidelincuencia (BAC), aumento de los controles de identidad, exceso de armas, militarización del armamento policial, operaciones de redadas, registros y cacheos banales, etc. En el discurso político y mediático dominante, los barrios que antes se denominaban «desfavorecidos» se han convertido progresivamente en los «territorios perdidos de la República» que hay que recuperar por todos los medios. La territorialización de prácticas policiales excepcionales está multiplicando las interacciones conflictivas

⁴¹ Los «rodeos» son reuniones de jóvenes de las *banlieues* para hacer exhibiciones acrobáticas y de potencia con motos y coches de alta cilindrada, en muchas ocasiones robados. Esta práctica ha sido, y sigue siendo, amplificada de forma sensacionalista y estigmatizante por los medios de comunicación franceses. [N. del T.]

⁴² Jean-Pierre Chevènement, «Discours de Vincennes du 9 septembre 2001», folleto del comité de apoyo «Chevènement 2002».

⁴³ Laurent Mucchielli (dir.), *La frénésie sécuritaire: retour à l'ordre et nouveau contrôle social*, París, La Découverte, 2008.

entre agentes y residentes: «Las interacciones cotidianas y conflictivas entre los agentes de policía y los jóvenes de estos barrios representan para estos últimos una condensación y un resumen de la violencia social y política que viven».⁴⁴

Una encuesta publicada en 2006, en la que se analizaban los disturbios en la ciudad de Saint-Denis, también señalaba «experiencias dolorosas» con la policía: «Las relaciones conflictivas con la policía están muy presentes en los relatos que hacen de su vida cotidiana. Las repetidas detenciones y las humillaciones que sufren por ello son omnipresentes en todas las conversaciones que mantenemos. Esta tensión entre los jóvenes y la policía aparece muy pronto como central en la relación de estos jóvenes con la sociedad».⁴⁵

La lógica de la «conquista territorial» acentúa la elaboración de perfiles raciales o étnicos, es decir, «la utilización por la policía, sin justificación objetiva y razonable, de motivos como la raza, el color, la lengua, la religión, la nacionalidad o el origen nacional o étnico en las actividades de control, vigilancia o investigación».⁴⁶ Como es lógico, la identidad de las víctimas de la violencia policial también se ve afectada. Las víctimas son identificadas por el color de su piel, su lugar de residencia y su edad. Un informe de ACAT [Acción Cristiana para la Abolición de la Tortura] que abarca el periodo 2005-2015 resume el perfil de las víctimas de la siguiente manera: «Según los datos recogidos por ACAT, los miembros de minorías visibles siguen representando una proporción significativa de las víctimas. Este es particularmente el caso de las muertes. De las 26 muertes en operaciones policiales o de la gendarmería examinadas por la ACAT, al menos 22 implicaban a personas pertenecientes a minorías visibles».⁴⁷ El mismo informe indica que el 38 % de las víctimas tienen menos de 25 años y el 75 % menos de 35. Si bien la violencia sufrida por los *gilets jaunes* ha sensibilizado sobre la existencia de estas prácticas escandalosas, no es más que la prolongación de prácticas banalizadas que sufren los jóvenes de los barrios populares en general, y los negros y árabes en particular.

Además de la violencia policial directa, existen otras prácticas destructivas «indirectas», es decir, que no implican el uso de la fuerza física. Desde

⁴⁴ Marwan Mohammed y Laurent Mucchielli, «La police dans les quartiers populaires: un vrai problème!», *Mouvements*, núm. 44, marzo-abril de 2006, p. 58.

⁴⁵ Michel Kokoreff, Pierre Barron y Odile Steinauer, *Enquête sur les violences urbaines: comprendre les émeutes de novembre 2005. L'exemple de Saint-Denis*, informe final, noviembre de 2006, p. 12.

⁴⁶ Commission européenne contre le racisme et l'intolérance, «Recommandation de politique générale núm. 11 sur la lutte contre le racisme et la discrimination raciale dans les activités de la police», Consejo de Europa, Estrasburgo, 4 de octubre de 2007, p. 4.

⁴⁷ Action des chrétiens pour l'abolition de la torture, *L'ordre et la force. Enquête sur l'usage de la force par les représentants de la loi en France*, informe de investigación, 2015, p. 16.

el trato familiar y el tuteo hasta los controles faciales repetidos, las multas abusivas, el acoso, las humillaciones y los insultos racistas o sexistas, esta violencia «atmosférica» forma parte ya del proceso de socialización de los jóvenes de los barrios populares. Forma parte de su vida cotidiana. Tiene un impacto duradero en su relación con el mundo y con la sociedad. Se integra en su subjetividad. Determina sus reacciones. Y produce una sensación de inseguridad cuando interactúan —o incluso cuando simplemente se cruzan— con representantes de las «fuerzas del orden». Estas prácticas están tan bien documentadas como la violencia policial directa. Como señala el sociólogo Didier Lapeyronnie, esta experiencia particular del trato con la policía se describe de forma abrumadora en muchas encuestas:

La policía y, más en general, las instituciones represivas ejercen una fuerte presión sobre su existencia cotidiana, no para protegerles, sino para reprimir su modo de vida o mantenerles encerrados en el gueto. En la mayoría de las urbanizaciones de la *banlieue* de Francia, los controles de identidad repetitivos y arbitrarios crean una gran tensión. El uso sistemático de lo familiar y el tuteo, los insultos y amenazas, la actitud general de los policías, los controles faciales, el gran número de redadas brutales en vigor, todo ello crea una tensión casi permanente. Todos los jóvenes de barrio, estén o no implicados en la delincuencia, tienen una imagen extremadamente negativa, cuando no violentamente hostil, de la policía. La policía encarna el poder arbitrario, brutal y cínico. También en todos los testimonios se acusa a la policía de hacer comentarios racistas.⁴⁸

Este «ambiente», que forma parte de la vida cotidiana en los barrios populares, es subestimado en gran medida por quienes no viven allí o no han vivido nunca y, por consiguiente, no lo han experimentado en carne propia. Es una cuestión de «carne», es decir, de daños en el cuerpo, y de «alma», es decir, de daños en la propia imagen. Por ejemplo, el uso del trato familiar y el tuteo, sin consentimiento por supuesto, que no puede reducirse a una dimensión lingüística, se percibe como lo que realmente es: un proceso de inferiorización y un recordatorio de un lugar asignado.

El sociólogo Alex Albert, que ha trabajado sobre las funciones de tutela en las relaciones laborales a partir del concepto de «dominación cercana»,⁴⁹ señala el estado de la investigación sobre este aspecto: «Las investigaciones

⁴⁸ Didier Lapeyronnie, *Ghetto urbain: ségrégation, violence, pauvreté en France aujourd'hui*, París, Robert Laffont, 2008, p. 262.

⁴⁹ Desarrollado inicialmente por la socióloga Dominique Memmi para describir las relaciones de dominación en el ámbito doméstico (ayuda a domicilio, servicio doméstico, relaciones de pareja, etc.), el concepto de «dominación cercana» se extendió rápidamente al estudio de otras relaciones sociales caracterizadas por una relación jerárquica. Ver Dominique Memmi, *Mai 68 ou la crise de la domination rapprochée*, en Dominique Damamme, Boris Gobille, Frédéric Matonti y Bernard Pudal (dir.), *Mai-juin 68*, París, L'Atelier, 2008.

etnográficas muestran que los policías y gendarmes utilizan el tuteo como marcador de una relación de fuerza a su favor, y lo utilizan en particular durante los interrogatorios como instrumento de presión y símbolo de «dominación».⁵⁰ Los llamados cacheos de «seguridad» son un atentado contra el cuerpo y la dignidad de las personas. Observando que esta práctica se ha convertido en habitual y generalizada, el Défenseur des Droits subraya: «Los cacheos de seguridad efectuados sistemáticamente durante los controles de identidad [...] constituyen un atentado a la dignidad humana desproporcionado con respecto al objetivo».⁵¹

En efecto, nos encontramos ante presiones que denotan una voluntad de imponer un control físico y psicológico por la fuerza. Un solo ejemplo cuantitativo basta para ilustrar la magnitud de esta violencia atmosférica: los hombres jóvenes «percibidos como negros o árabes» tienen «veinte veces más probabilidades que los demás de ser parados»,⁵² según un estudio del mismo Défenseur des Droits publicado en 2016. Es imposible entender las actitudes y los comportamientos de los jóvenes de origen inmigrante en los barrios populares (huir sin motivo cuando se les acerca la policía, actitudes reactivas de desafío para significar el rechazo del lugar que se les ha asignado, tutearse con la policía para restablecer simbólicamente una relación igualitaria, etc.) si ignoramos esta «atmósfera». Estas actitudes y comportamientos son tanto una huida del riesgo y el peligro reales, como demuestra el número de delitos policiales de las últimas décadas, como una resistencia a la humillación o una reafirmación de la dignidad amenazada. Human Rights Watch ha titulado acertadamente uno de sus informes sobre la elaboración de perfiles raciales en Francia: *La base de l'humiliation* [La base de la humillación].⁵³ La impactante imagen de estudiantes de secundaria obligados por la policía a arrodillarse con las manos en la cabeza en diciembre de 2018 provocó, con razón, una manifiesta indignación pública. Tal situación solo fue posible porque el hábito de la humillación ya está arraigado y es polifacético en los barrios obreros. Analizando los resultados de dos encuestas realizadas en Vitry-sur-Seine y Grigny, la periodista e investigadora Hacène Belmessous resume el resultado de la lógica de conquista territorial con esta fórmula: «Es, pues, una policía en guerra la que actúa en estos barrios».⁵⁴

⁵⁰ Alex Albert, «Tutoyer son chef: Entre rapports sociaux et logiques managériales», *Sociologie du travail*, vol. 61, núm. 1, enero-marzo de 2019, p. 3.

⁵¹ Decisión MDS-2010-34, de 4 de enero de 2012, relativa a las circunstancias de un billete expedido por agentes de la brigada de redes ferroviarias, consultable en la página del Défenseur des droits

⁵² Défenseur des droits, *Relations police / population: le cas des contrôle d'identité*, París, 2016, p. 17.

⁵³ Human Rights Watch, *La base de l'humiliation. Les contrôles d'identité abusifs en France*, 2012.

⁵⁴ Hacène Belmessous, *Sur la corde raide: le feu de la révolte couve toujours en banlieue*, Lormont, Le Bord de l'eau, 2013, p. 112.

¿Una lógica de guerra?

Cuando se trata de misiones policiales en los barrios populares, el modelo aceptado es cada vez más el de la «guerra interna». Mathieu Rigouste resume esta lógica de guerra:

La represión de las revueltas del otoño de 2005 condujo del mismo modo a la intensificación y diversificación de mecanismos ya iniciados y probados desde hacía una década. Desde los disturbios de Villeurbanne a principios de los años noventa, los barrios obreros segregados han servido de campo de pruebas para la adaptación de la guerra urbana y el control de multitudes a la actuación policial. La cobertura mediática y política de estos sucesos legitimó la emulación de un proceso de fusión de técnicas policiales y militares en la vigilancia de zonas de excepción. Esta dinámica ya formaba parte de la redefinición y el redespliegue de la gendarmería —una estructura con estatuto militar— y la superposición de redes de seguridad y defensa en zonas grises.⁵⁵

La territorialización, es decir, la distinción de la actividad policial en función del espacio, es una primera característica fuerte de lógica de guerra. La geógrafa urbana Mélina Germes explica: «Las diferenciaciones espaciales [...] introducidas por la policía tienden a distinguir entre espacios amenazantes y amenazados, del mismo modo que tienden a distinguir entre personas amenazadas y amenazantes entre la población, simplemente por su aparente pertenencia a un grupo social. En nombre del espacio público, a las personas identificadas como desviadas se les prohíbe la entrada a determinados lugares».⁵⁶ A partir de entrevistas semidirectivas con policías municipales, policías nacionales a nivel de comisaría, direcciones departamentales y direcciones centrales, la autora analiza el discurso policial sobre los barrios populares, destacando el hecho de que el discurso sobre el espacio es un discurso sobre residentes racialmente especificados: «La categoría espacial (aquí, el barrio, la urbanización) permite designar grupos sociales sin tener que nombrarlos —o cómo el nombre de un lugar puede sustituir a la designación de un grupo social—».⁵⁷

Observando el lugar específico de la violencia en el discurso policial, la autora pone de relieve los efectos violentos de la lógica de conquista territorial. Desde el principio, la violencia se legitima como una necesidad para esta conquista, como un requisito para el restablecimiento del orden:

⁵⁵ Mathieu Rigouste, «L'ennemi intérieur, de la guerre coloniale au contrôle sécuritaire», *Cultures et conflits*, núm. 67, otoño de 2007, p. 169.

⁵⁶ Mélina Germes, «Récits de conflit et territoire: les quartiers sensibles dans les discours policiers», *Justice spatiale / spatial justice*, núm. 4, 2011, p. 1.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 7.

Es la presencia policial [...] la que parece desencadenar actos de violencia que se presentan como normales, incluso necesarios, porque son catárticos. De este modo, la violencia pasa a formar parte del sistema territorial. El equilibrio de poder se presenta como el fin último del sistema, que debería permitir erradicar la violencia preexistente para redefinir el equilibrio de poder y el orden simbólico.⁵⁸

En este sentido, las revueltas de los barrios populares de noviembre de 2005 no supusieron tanto una ruptura, como una aceleración de la lógica anterior de «conquista territorial». El sociólogo Fabien Jobard lo explica así: «Los disturbios de 2005 supusieron una ruptura en el concepto de policía en Francia, ya que la policía francesa (policía nacional y gendarmería nacional) cree y afirma haber salido victoriosa de la dura prueba a la que se enfrentó durante las tres semanas del otoño de 2005».⁵⁹ La publicación en 2002 del libro colectivo *Les territoires perdus de la République* [Los territorios perdidos de la República], y sobre todo el renacimiento masivo de este tema en la escena mediática y política, indican la progresión de la lógica de «conquista territorial». Ya no se trata solo de «mantener el orden», sino de «recuperar territorios». Ya no se trata de reprimir las infracciones de la ley, sino de emprender acciones ofensivas contra las zonas consideradas propensas a la delincuencia y las poblaciones ahora percibidas como peligrosas más que como socialmente desfavorecidas. La retórica de la «victoria» tras las revueltas de noviembre de 2005 subraya el monismo securitario que prevalece en el análisis de los problemas de estas zonas «perdidas» y, en consecuencia, en las respuestas que deben aportarse. El uso de armas de fuego durante las revueltas de Villiers-le-Bel en 2007 rompió todas las barreras lingüísticas. La lógica de la conquista territorial está dando paso, progresiva pero lógicamente, a la de la «pacificación». Este término, que tiene connotaciones coloniales, se está convirtiendo en un lugar común. Quince años más tarde, por ejemplo, volvemos a encontrarlo en el contrato municipal de Toulouse Métropole, donde una de las prioridades estratégicas para el distrito de Izard se formaliza de la siguiente manera: «Continuar con los esfuerzos de pacificación del barrio».⁶⁰ La militarización de la policía es la segunda característica de la lógica de la guerra.

El sociólogo Laurent Bonnelli explica que la «gestión securitaria de la “desafiliación social”» conduce a una militarización de la policía: «Algunos policías no dudan en denunciar una militarización de las relaciones, como lo demuestran los atuendos («asalto», «operaciones puñetazo») y uniformes

⁵⁸ *Ibidem*, p. 11.

⁵⁹ Fabien Jobard, «La police en banlieue après les émeutes de 2005», *Mouvements*, núm. 83, 2015, pp. 75-76.

⁶⁰ Contrat de Ville Toulouse Métropole 2015-2020, délibération núm. 1-2 del 19 de junio 2015, p. 388, disponible en www.deliberations.toulouse.fr.

adoptados por las unidades especializadas que trabajan en estos barrios: monos negros, acompañados de numerosos accesorios (porras, bombas lacrimógenas, etc.), cascos, armas (escopetas de balas de defensa, escopetas de bombeo). El vocabulario se inspira cada vez más en el registro guerrero». ⁶¹

El autor cita varios testimonios de policías que ilustran la lógica de la pacificación. Tomemos prestado uno de un comisario de seguridad pública de división:

Esto es Kosovo. Estamos en una misión de pacificación. Tenemos que mantener las posiciones en terreno elevado, como los militares mantienen los puntos altos... Estamos viendo una escalada en el equipo utilizado. Ya no usamos las granadas, que eran las mejores hace cinco años. Los guardias tienen granadas disuasorias, que son granadas de alto poder explosivo, y utilizan escopetas de bombeo. Las balas pueden ser de goma, pero para el policía, el gesto principal está hecho: disparar a alguien con una escopeta de bombeo. Antes, estas armas colectivas no salían de las armerías, o solo para misiones muy específicas y supervisadas. [...] Esto viene de las instrucciones de mantener las posiciones a toda costa, incluso cuando falta personal. Y hay que aguantar, pero bien. ⁶²

El sociólogo Mathieu Rigouste constata también la militarización de la policía, que define como el resultado de un «largo proceso de importación de técnicas militares en el ámbito policial». Tomando como ejemplo las revueltas de Villiers-le-Bel, describe así la intervención de las fuerzas del orden:

Utilizaron una serie de técnicas y equipos claramente extraídos del repertorio de la guerra urbana: drones de reconocimiento (pequeños aviones no tripulados), helicópteros, francotiradores y visión nocturna. En los días siguientes, con la ayuda de las brigadas antiterroristas (RAID y GIGN), la policía puso en marcha una estrategia de saturación y bloqueo (un millar de agentes peinando las calles para impedir cualquier circulación) destinada a organizar una cuadrícula del barrio basada en los principios de la guerra de contraguerrillas en un entorno urbano. ⁶³

⁶¹ Laurent Bonelli, «Insécurité(s), marginalité sociale et exclusion politique des quartiers populaires français: quelles résistances et alternatives», en Forum 2003 del Consejo de Europa, *Cohésion sociale ou sécurité publique: comment l'Europe peut-elle répondre au sentiment d'insécurité collective?*

⁶² *Ibidem*.

⁶³ Mathieu Rigouste, «La guerre à l'intérieur: la militarisation du contrôle des quartiers populaires», en Laurent Mucchielli (dir.), *La frénésie sécuritaire: retour à l'ordre et nouveau contrôle social*, op. cit., p. 88.

La descripción recuerda ciertas escenas coloniales. Incluso se movilizó la acción psicológica en forma de llamamiento a la delación: «La distribución de octavillas llamando a la delación anónima en el territorio sigue perteneciendo al ámbito de la acción psicológica, parte integrante de los métodos de pacificación militar».⁶⁴ Aunque Fabien Jobard no comparte esta conclusión de que la gestión policial se basa en la lógica de la guerra, sí constata una «militarización»: «El uso de armas de fuego por parte de los manifestantes en 2005, y más aún en 2007 en Villiers-le-Bel, ha provocado sin embargo cambios en los métodos de organización y en el arsenal policial. El aumento de la militarización de la policía en nuestros suburbios es una de las consecuencias, pero la realidad es plural y contradictoria, y abre muchas vías de interpretación. Ninguna de ellas concluye que exista un estado de guerra en la *banlieues*».⁶⁵

Hacène Belmessous también centra su análisis en la militarización de la policía, que considera el resultado de «reconfiguraciones urbanas organizadas bajo la influencia de la policía».⁶⁶ Destaca el punto de inflexión que representa el *Libro Blanco sobre Defensa y Seguridad Nacional* de 2008, que propone una reorientación parcial del papel del ejército hacia misiones internas. Los anteriores Libros Blancos solo se referían a la «defensa nacional». La nueva denominación fusiona dos conceptos hasta ahora distintos, allanando el camino a la idea de una guerra desde dentro, es decir, contra determinadas zonas y determinadas poblaciones. En su opinión, el concepto de «seguridad nacional» introducido en la legislación por la Ley de Planificación Militar de 29 de julio de 2009 concreta este nuevo papel asignado al ejército. La introducción de las preocupaciones de seguridad en las políticas de renovación urbana va en el mismo sentido de instaurar una lógica de guerra en los barrios populares. El fomento de la videovigilancia, el estrechamiento de los vínculos entre la policía y la gendarmería, la formación militar en «guerra urbana» o «control de multitudes», la «cooperación en materia de seguridad entre arrendadores urbanos y la policía nacional» y la militarización del armamento policial apoyan este enfoque.

Basándose en numerosos testimonios de militares y policías, la autora llega a una conclusión que se resume en el subtítulo de su libro: «Cómo el Estado impide la guerra urbana en las *cités* francesas». En la introducción resume los resultados de sus investigaciones: «¿Qué he descubierto en la masa de hechos y testimonios recogidos? Que, desde 2002, se está gestando una guerra de conquista de estas *banlieues* a raíz del trampantojo de

⁶⁴ *Ibidem* p. 88.

⁶⁵ Fabien Jobard, «La police en banlieue après les émeutes de 2005», art. cit., p. 75.

⁶⁶ Hacène Belmessous, *Opération banlieues: comment l'État prépare la guerre urbaine dans les cités françaises*, París, La Découverte, 2010, p. 12.

las nuevas formas urbanas. En el Ministerio del Interior, en el Ministerio de Defensa [...], pude observar las estrategias y los mecanismos operativos de esta guerra en curso». ⁶⁷ Estemos o no de acuerdo con la conclusión de que existe una lógica de guerra, la militarización de las fuerzas del orden es evidente.

Desde 1995, señala Hacène Belmessous, los galones de la policía se han asemejado a los del ejército. Asimismo, se han creado nuevas unidades con nombres significativos. En 1994 se crearon las Brigadas Antidelincuencia, equipadas con armas de guerra y, en particular, fusiles de asalto. Si bien estos fusiles de asalto permanecen en los maleteros de los coches camuflados de las BAC, otras armas como las escopetas de defensa, las granadas de triple efecto (lacrimógeno, sonoro y explosivo) y los *tasers* (pistolas de impulsos eléctricos) forman parte ahora del equipamiento de aquellos a quienes los jóvenes de los barrios populares llaman *cowboys*. La violencia ejercida por los agentes de la BAC, puesta de manifiesto por las numerosas muertes de jóvenes en las últimas décadas, no puede disociarse de los métodos de intervención. Son simplemente el resultado lógico de estos últimos. El objetivo es «mantener la posición en el territorio», no reaccionar ante una infracción. Tal objetivo solo puede alcanzarse mediante operaciones de comando, controles de identidad discrecionales y posturas viriles.

A partir de un estudio basado en 400 horas de observación directa y 60 entrevistas con policías de dos grandes ciudades francesas, el magistrado Jean de Maillard y el investigador Mathieu Zagrodzki explican:

Los controles de identidad son una forma que tienen los policías de mostrar su presencia, de hacer saber a los jóvenes que «mandan», que «con ellos no se meten» y que vigilan a los alborotadores potenciales o reales. Es una forma de mantener una relación de superioridad con su «clientela» recordándoles periódicamente, en una lógica desvinculada de cualquier delito, que tienen poderes coercitivos que pueden utilizar a su antojo. La mayoría de las veces, estos controles se llevan a cabo sin ninguna necesidad real de seguridad, investigación o identificación, sobre individuos que ya son conocidos por los agentes. ⁶⁸

Por lo tanto, es fácil comprender por qué se percibe a la BAC como una fuerza invasora en los barrios populares, y a sus agentes como provocadores. El vocabulario oficial utilizado es coherente con esta percepción así, por ejemplo, la denominación «barrios de la reconquista republicana». Supuesta para denotar «la ambición de volver a poner la República en el

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 11-12.

⁶⁸ Jacques de Maillard y Mathieu Zagrodzki, «Styles de police et légitimité policière: la question des contrôles», *Droit et société*, núm. 97, 2017, p. 490.

corazón de los barrios», según el ministro del Interior, Gérard Collomb, o para «situar el servicio al ciudadano en el corazón de la profesión policial», según el presidente Emmanuel Macron, estas expresiones recuerdan más a una lógica bélica destinada a liberar territorios invadidos por un enemigo.

Aunque la BAC es la más denunciada, no es la única policía específica creada para esta «reconquista republicana». El sociólogo Laurent Bonelli destaca las especificidades de estas policías, es decir, su territorialización y su armamento, orientados hacia un determinado tipo de intervención:

Se ha dado prioridad [...] a la territorialización de estos dispositivos con servicios específicos. [...] La más «famosa» se llama Brigada Anticriminalidad (BAC), pero hay toda una serie de este tipo de dispositivos, las Unités Mixtes Spécialisées (UMS), las Compagnies Départementales d'Intervention (CDI), las Brigades de Recherche, d'Enquête et de Coordination (BREC), a las que se añade la fidelización de las fuerzas del orden en los barrios. Desde hace año y medio, las BREC o gendarmes móviles pasan seis meses en un barrio. Los CRS, por ejemplo, disponen de armas que no tienen los demás, a excepción de las unidades antiterroristas: chalecos antibalas, flash-balls, fusiles que disparan balas de goma o granadas disuasorias.⁶⁹

Se trata de una policía específica para una población específica. Por tanto, es imposible no pensar en precedentes históricos, en primer lugar la Brigada Norteafricana, que funcionó de 1925 a 1945, y cuyas misiones, como su nombre indica, eran controlar y vigilar la inmigración, esencialmente procedente de Argelia, por una parte, y reprimir a los independentistas, por otra.⁷⁰ Tanto entonces como ahora, las consecuencias de la existencia de una policía de excepción no son sorprendentes y sí previsibles. La primera es, sin duda, el desarrollo masivo de los perfiles étnicos de los que hablábamos antes, es decir, controles e intervenciones vinculados a la apariencia de las personas y no a sus actos. Los controles de identidad están pasando de un enfoque reactivo, es decir, en respuesta a un comportamiento delictivo, a un enfoque proactivo, es decir, sin justificación y en previsión de un posible delito. Aunque ya existían en el pasado, se han generalizado en determinadas zonas como las estaciones de ferrocarril (oficialmente para luchar contra la llamada inmigración «ilegal») y se han convertido en un elemento de la vida cotidiana en los barrios populares. Interrogado por la Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia sobre el desarrollo de los perfiles raciales, el gobierno francés reaccionó con una negación

⁶⁹ Laurent Bonelli, «Questions autour de l'idéologie sécuritaire», *No Pasarán*, núm. 3, noviembre de 2001, p. 7.

⁷⁰ Emmanuel Blanchard, «La dissolution des Brigades nord-africaines de la préfecture de police: la fin d'une police d'exception pour les Algériens de Paris», *Bulletin de l'IHTP*, núm. 83.

total: «Contrariamente a lo que se indicó a la ECRI, conviene subrayar que la apariencia étnica como tal carece de interés en la lucha contra la delincuencia y que, por lo tanto, no desempeña ningún papel en la decisión de controlar a una persona determinada».⁷¹

Esta negación contrasta con los resultados de numerosas investigaciones. Emmanuel Blanchard resume la generalización de los controles aleatorios como «un claro indicio de una experiencia diferencial de las relaciones con la policía»,⁷² experiencia que califica de «ceremonia de degradación»:

Francia es sin duda uno de los países europeos donde la soberanía policial sobre los controles de identidad es mayor. Los controles de identidad tienen, pues, una función mucho más política que estrictamente policial. Exigir a las personas que cumplan un requerimiento discrecional y exigirles que justifiquen su identidad es una forma de negar la evidencia y la legitimidad de su presencia y condición. Tomando prestado el vocabulario del sociólogo Harold Garfinkel, lo que tenemos aquí es una «ceremonia de degradación».⁷³

La segunda consecuencia de la actuación policial excepcional es el desarrollo de prejuicios racistas. La degradación o humillación es tanto mayor cuanto que los controles de identidad suelen ir acompañados de registros o cacheos. Estas prácticas, que tienen lugar en la vía pública, alimentan las representaciones sociales racistas en el seno de la población. Refuerzan la imagen de poblaciones propensas a la delincuencia por su color u origen: «Cuando los ciudadanos ven que la policía controla constantemente a miembros de minorías visibles, a menudo llegan a pensar que la policía debe tener buenas razones para hacerlo, y que todos esos individuos deben ser delincuentes o peligrosos. Esto perpetúa estereotipos discriminatorios que conducen a la estigmatización de grupos enteros y alimentan el racismo y la xenofobia».⁷⁴

Además del impacto que los controles repetidos tienen en los testigos, también lo tienen en las personas controladas y en sus hijos. Como hemos subrayado, una práctica regular de excepción tiene efectos y produce daños invisibles en la relación con uno mismo, con la sociedad y con la vida cotidiana de quienes se ven sometidos a ellos. Uno de los primeros y principales efectos de estos controles faciales es la anticipación de su posibilidad dentro del discurso educativo de los padres. Incluso antes de

⁷¹ «Observation des autorités françaises» en *Rapport de l'ECRI sur la France*, junio de 2010, Estrasburgo, p. 51.

⁷² Emmanuel Blanchard, «Contrôle au faciès: une cérémonie de dégradation», *Plein Droit*, núm. 103, diciembre de 2014, p. 12.

⁷³ *Ibidem*, p. 13.

⁷⁴ Open Society Justice Initiative, *L'égalité trahie: l'impact du contrôle au faciès*, 2013, p. 13.

enfrentarse a estas prácticas excepcionales, los niños están informados de su existencia y preparados para enfrentarse a ellas. El niño entra así en la adolescencia con una carga adicional que no experimenta un niño blanco o un niño que vive en otro territorio. Como explica el sociólogo Didier Fassin, reciben una «educación cívica muy especial»:

Pensé que sería una buena idea empezar una educación cívica bastante especial con mi hijo y su amigo, explicándoles —no sin profunda vergüenza— que, en la Francia actual, su color de piel significaba que estaban expuestos a frecuentes controles de identidad y que, si se enfrentaban a este tipo de situaciones, debían permanecer irreflexivamente impasibles, independientemente de cómo les tratara la policía. No era muy original: más tarde me enteré de que los padres del barrio vecino decían lo mismo a sus hijos. Tener que enseñar a los hijos lo banal de la discriminación y la docilidad ante la injusticia: uno no alcanza a cuestionarse realmente lo que supone semejante concesión obligatoria al Estado de derecho.⁷⁵

Esta «educación cívica» no es solo obra de los padres. También se transmite a través de la memoria colectiva del barrio sobre estos controles de identidad. Las nuevas generaciones crecen conociendo la relación de sus mayores con la policía. Por lo tanto, cualquier acto de violencia perpetrado por la policía tiene un impacto a largo plazo, que afecta no solo a los implicados, sino también a las generaciones futuras. El temor a que una situación degenera en violencia o tragedia tiene el efecto de una profecía autocumplida. Anticipándose a la arbitrariedad del control y a los riesgos en términos de violencia o humillación, muchos jóvenes de barrios populares huyen cuando se acerca la policía, aunque no tengan nada ilegal que reprocharse. «Théo y Adama nos recuerdan por qué huían Zyed y Bouna», se leía en los muros de Seine-Saint-Denis en el momento en que se publicó el informe policial de la IGPN que se negaba a calificar de violación la violencia sufrida por el joven Théo.

Pero la anticipación también adopta la forma de enfrentamiento colectivo cuando la relación de fuerzas lo permite. Percibidas como agresiones que pueden desembocar, en el peor de los casos, en violencia arbitraria o, en el mejor, en humillaciones, las intervenciones policiales de «mano dura», que se han convertido en habituales en los barrios populares dan lugar a enfrentamientos percibidos como «resistencia» o «defensa de la dignidad» por los jóvenes que participan en ellos. La lógica de la guerra en los barrios populares aumenta el número de interacciones violentas con la

⁷⁵ Didier Fassin, *La force de l'ordre: une anthropologie de la police des quartiers*, París, Le Seuil, 2011, p. 26 [ed. cast.: *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016].

policía. Son consecuencias de la lógica de la guerra. Los medios de comunicación y la política las presentan como causas. Invertir el orden de causas y consecuencias es uno de los mecanismos de dominación.

Una extrema derecha activa en la policía

La herencia de la época colonial, por una parte, y las opciones de seguridad tomadas en relación con determinados territorios habitados por una población determinada y la lógica de guerra que los caracteriza, por otra, son los dos factores clave de la violencia policial sistémica. A ellos se añade la existencia de una estrategia explícita por parte de la extrema derecha para controlar la policía. Si bien la centralidad del tema de la inseguridad no puede resumirse en las acciones de la extrema derecha, esta ha desempeñado, no obstante, un papel importante en su instauración.

Un legado de larga data

Utilizar a la policía como parte de una estrategia para conquistar el poder no es algo nuevo para la extrema derecha. Fue teorizado por el filósofo fascista italiano Julius Evola en su libro de 1953 *Los hombres y las ruinas*.⁷⁶ Evola fue, y sigue siendo, una figura clave en la galaxia fascista europea, y en la extrema derecha italiana y francesa en particular. Según él, la decadencia que caracterizaba a la sociedad era desigual. Existirían «cuerpos sanos» en los que apoyarse para la toma del poder. El objetivo estratégico era, pues, influir en esos «cuerpos sanos», que, según él, eran la policía, los paracaidistas y los veteranos. Teorizado en 1953, este enfoque es sin embargo previo en la práctica de la extrema derecha europea. Jean-Yves Camus, especialista de la extrema derecha francesa, dice lo siguiente sobre la situación francesa:

[La extrema derecha francesa] no ve en el poder un obstáculo esencial para alcanzar el orden que desea. Históricamente, ha tenido una relación demasiado estrecha con las clases dirigentes, el ejército y la policía, y las élites en general, como para considerar normal eludir la autoridad del Estado. La historia de la extrema derecha está, pues, llena de hombres que luchan simultáneamente contra el «sistema», contra un orden que juzgan decadente, corrupto o simplemente contrario al «orden natural», y que, sin embargo, nunca dan el paso de la insubordinación, prefiriendo trabajar dentro de las estructuras establecidas.⁷⁷

⁷⁶ Julius Evola, *Les hommes au milieu des ruines*, Grez-sur-Loing, Pardes, 1984 [1953].

⁷⁷ Jean-Yves Camus, «L'extrême droite française et l'insoumission», en David Hiez y Bruno Villalba (dir.), *La désobéissance civile: approche politique et juridique*, Villeneuve d'Ascq, Septentrion, 2008, p. 120.

La figura de Jean Chiappe es ejemplar de este antiguo vínculo entre la extrema derecha y la policía. De 1900 a 1934, Chiappe ocupó diversos puestos de responsabilidad (director de la Seguridad General, jefe de Estado Mayor de la Secretaría General del Ministro del Interior, prefecto de la Policía de París, etc.) y no ocultó sus simpatías por la extrema derecha. Su destitución como prefecto por Daladier en febrero de 1934, con la esperanza de conseguir votos socialistas para su investidura, desencadenó el intento de toma del poder por los fascistas, que desembocó en los disturbios del 6 de febrero de 1934. «Salpicado por el escándalo Stavisky»,⁷⁸ explica el historiador Olivier Dard, «el gobierno Chautemps dimitió el 28 de enero. El nuevo gobierno, presidido por Édouard Daladier, debía presentarse a la Asamblea el 6 de febrero. Sin embargo, antes de esa fecha límite, Daladier había destituido al prefecto de policía Jean Chiappe, reputado cercano a las ligas de extrema derecha, lo que provocó la furia de estas y su llamamiento a las manifestaciones».⁷⁹ El papel de los exmilitares, y más concretamente de la Croix-de-Feu, en estos disturbios es también indicativo de la estrategia de infiltración en los «cuerpos sanos» que defendía Evola. El principal dirigente de esta liga de veteranos pasó a fundar en 1936 el más importante movimiento fascista de las décadas de 1920 y 1930, el Parti Social Français (PSF).

Todavía se subestima mucho el impacto del periodo de Vichy en la policía. Los fascistas en el poder dieron forma a la policía y dejaron una huella duradera en ella. El mito de una policía que resistió unánimemente a la colaboración de una minoría de políticos impide medir el impacto ideológico del periodo en la institución. El deseo de Pétain y de Darlan de ganarse a los policías les llevó a adoptar muchas de las reivindicaciones corporativas de los sindicatos policiales de los años treinta, y que habían sido rechazadas repetidamente por el Parlamento. «La ley del 23 de abril de 1941 [la ley Darlan] [...] retomaba casi en su totalidad las propuestas presentadas por el sindicato de comisarios de policía a lo largo de los años 1920 y 1930»,⁸⁰ recuerda el historiador Jean-Marc Berlière. Existía, pues, una base material para la colaboración policial, que el autor resume de la siguiente manera: «Hechos poco mencionados en una profesión que sintió cierta benevolencia —al menos hasta 1943— hacia un régimen que la trataba como “un cuerpo de élite” y que por fin le concedió las ventajas materiales, la consideración, el prestigio, las carreras unificadas, el estatus, los salarios, la centralización y la formación a los que aspiraba y que llevaba décadas reclamando en vano».⁸¹

⁷⁸ Estafador vinculado a varios diputados y a una muerte dudosa.

⁷⁹ Olivier Dard, «Le 6 février 1934, un “mythe fondateur” de l’extrême droite», entrevistado por Dominique Albertini, *Libération*, 6 de febrero de 2014.

⁸⁰ Jean-Marc Berlière, «La loi du 23 avril 1941», *Cahiers de la sécurité intérieure*, núm. 25, verano de 1996, pp. 167-168.

⁸¹ *Ibidem*, p. 168.

Sin embargo, las redadas racistas, las detenciones arbitrarias y los fichajes masivos no pudieron llevarse a cabo impunemente durante años, sin que ello tuviera consecuencias en la relación con la profesión, los hábitos y *habitus* laborales, la forma de interpretar la realidad o las representaciones de los enemigos a combatir. Además, durante los años de colaboración se produjo un reclutamiento masivo de nuevos oficiales. Lo hacían atraídos por las recompensas que se les ofrecían (salarios, ascensos, medallas, etc.), pero también por razones ideológicas. Muchos militantes fascistas se convirtieron en policías durante este periodo. Es el caso, en particular, de numerosos agentes de los grupos móviles de reserva, creados por la Ley Darlan y que contaban con cerca de 12.000 miembros durante la ocupación. El investigador Alain Pinel, él mismo antiguo CRS, defiende la idea de continuidad entre los antiguos GMR y los CRS⁸² contemporáneos. Rechazando la idea de que las prácticas policiales puedan explicarse enteramente en función del contexto y de los hechos que lo caracterizan, defiende la hipótesis de factores de herencia histórica forjados en particular durante el periodo de Vichy:

Algunos sociólogos han creído que la policía es una especie de sismógrafo social. ¿Existe, de forma tan evidente como sugiere esta metáfora, una relación causal casi mecánica entre los problemas de la sociedad y las reacciones de esta institución? ¿O no sería mejor [...] apartar por un momento la mirada de la actualidad y fijarse en factores menos inmediatos, más profundos, pero también menos evidentes de observar? En este caso, ¿no podríamos considerar que, más allá de la simple influencia del contexto, la acción policial se explica ante todo por factores socioculturales constituidos por un conjunto variable de referencias históricas? A partir de ahí, la comprensión de la actitud de los policías ante la acción estaría vinculada no tanto a los hechos en sí mismos, como a la forma en que los perciben, sienten y evalúan, a través de sus múltiples rejillas de lectura.⁸³

Los GMR se disolvieron por decreto en la Liberación, el 8 de diciembre de 1944, y el mismo día se crearon las compañías móviles de seguridad (CRS). La disolución fue, pues, una reconversión. El autor subraya que la creación de los GMR se inscribe en un proceso más amplio de reclutamiento de un gran número de nuevos agentes para todos los cuerpos de policía. La desorganización provocada por la guerra y la ocupación, y sobre todo las nuevas tareas asignadas a la policía por las fuerzas de ocupación, hicieron necesario un nuevo reclutamiento. Cita las quejas del prefecto de

⁸² Compagnies Républicaines de Sécurité (CRS). Cuerpos especializados en el mantenimiento del orden, antidisturbios de la policía francesa. [N. del T.]

⁸³ Alain Pinel, *Une police de Vichy: les Groupes mobiles de réserve (1941-1944)*, París, L'Harmattan, 2004, p. 11.

Yonne, que describe estas nuevas tareas para obtener personal suplementario: «Racionamiento, control de los precios, represión de los saqueos, control de las acciones de los antiguos miembros del Partido Comunista, elementos dudosos, tanto franceses como extranjeros, que se mezclan con los inmigrantes».⁸⁴

Del mismo modo, el prefecto de Meurthe-et-Moselle abogó por despedir a los agentes insuficientemente celosos y sustituirlos por nuevos reclutas. El historiador Jean-Marc Berlière habla incluso de una «purga encubierta»: «Esta nueva estructura, el cambio de estatuto del personal de las antiguas policías municipales y el importante aumento de efectivos resultante plantean la cuestión crucial de la continuidad del personal entre las policías de la III República y las del Estado francés. El reclutamiento de nuevo personal [...] tenía por objeto librar a la policía de personas que se habían comprometido demasiado con la República».⁸⁵

Aunque muchos de los nuevos reclutas solicitaron estos empleos policiales por los beneficios materiales que ofrecían o para escapar del Servicio Civil Obligatorio (STO), otros los eligieron por razones ideológicas. Activistas del Parti Populaire Français de Jacques Doriot, de la Rassemblement National Populaire (RNP) de Marcel Déat y, más ampliamente, participantes en los *chantiers de jeunesse* [encuentros de juventudes], se incorporaron al cuerpo de policía.

Ya hemos señalado los límites de la depuración de la policía durante la Liberación. No fue el resultado de la incompetencia, sino del tira y afloja entre el general De Gaulle y el Partido Comunista que caracterizó este periodo. El general De Gaulle, explica Jean-Marc Berlière, estaba motivado por «la preocupación constante de no debilitar al Estado mediante una depuración demasiado radical de la función pública y su clara percepción de la necesidad de una policía fuerte, lo que implicaba una depuración real pero rápida, sin excesos, respetuosa con las formas de la ley y limitada a los elementos más comprometidos, y por tanto cuantitativamente modesta».⁸⁶

El reclutamiento masivo de nuevos agentes durante el periodo de Vichy, su adoctrinamiento, la depuración de 1940 y las deficiencias de la depuración de 1944 son factores que apoyan la idea de una cierta continuidad en la institución policial, fundamento de una auténtica cultura institucional. Alain Pinel explica: «El conocimiento de esta parte de nuestra historia, suprimida durante mucho tiempo por nuestra memoria colectiva, parece que puede facilitar el descubrimiento de ciertos sistemas

⁸⁴ *Ibidem*, p. 37.

⁸⁵ Jean-Marc Berlière, «La loi du 23 avril 1941», art. cit, p. 172.

⁸⁶ Jean-Marc Berlière, «L'épuration de la police parisienne en 1944-1945», art. cit, p. 74.

de relaciones significativas que siguen estructurando el universo mental de la institución policial incluso hoy en día». ⁸⁷

Una estrategia de infiltración continua

Al recordar estos hechos, se trata simplemente de rechazar el relato, escrito en 1945, de una institución policial solo marginalmente afectada por algunas manzanas podridas colaboracionistas. Este mito gaullista correspondía a la relación de fuerzas entre De Gaulle y los comunistas. La necesidad de una policía fuerte para oponerse a un Partido Comunista influyente por su participación en la Resistencia hizo necesaria «una relegitimación basada en exaltar el papel de la policía en la Liberación y poner entre paréntesis el papel menos glorioso que había desempeñado durante la Ocupación», ⁸⁸ tal y como resume Jean-Marc Berlière. La misma razón condujo a otra «purga» en 1947, esta vez para frustrar un complot pseudocomunista. Afectó a las compañías de CRS que no habían sido lo bastante celosas a la hora de reprimir las huelgas y manifestaciones que sacudían Francia. En Marsella, en particular, el juicio de cinco manifestantes desembocó en la ocupación del Palacio de Justicia con, según el ministro del Interior Jules Moch, la complicidad de los CRS. Muchos de los CRS de la región eran antiguos miembros de la resistencia *Francs-Tireurs et Partisans Français* (FTP) en general y antiguos resistentes comunistas en particular, que se habían incorporado a la policía tras los acuerdos de disolución de las *militias patriotiques*, las fuerzas armadas creadas en 1943 por el Partido Comunista para participar en la insurrección nacional, y que estaban acusados de participar en un intento comunista de desestabilizar la República. El nuevo contexto de Guerra Fría provocó el despido de policías considerados comunistas. La disolución por decreto de once compañías del CRS y el despido de sus agentes, el 7 de enero de 1948, demostró que los sucesos de Marsella habían servido de pretexto para excluir a los agentes fuertemente sindicados en la CGT, uno de cuyos principales objetivos era defender una «policía al servicio del pueblo». ⁸⁹ 800 policías fueron despedidos y 2.200 trasladados. En este contexto, la extrema derecha, desangrada por la Segunda Guerra Mundial, retomó la idea de una gran alianza anticomunista que la volvería a poner en pie.

La misma orientación surgía en una parte de la derecha, convencida o que pretendía estar convencida del peligro inminente de invasión soviética. El anticomunismo iba a ser un caldo de cultivo para la influencia

⁸⁷ Alain Pinel, *Une police de Vichy...*, *op. cit.*, p. 24.

⁸⁸ Jean-Marc Berlière, «L'épuration de la police parisienne en 1944-1945», *art. cit.*, p. 74.

⁸⁹ Maurice Agulhon y Fernand Barrat, *La police au service du peuple, 1944-1947*, París, Armand Colin, 1971.

de la extrema derecha en el estamento policial. Podía apoyarse en antiguos policías vichyistas que habían escapado a la purga y algunos de los cuales incluso se habían unido al FPR de De Gaulle sobre la base de este anticomunismo. «La extrema derecha, no sin razón, nunca renunció a la esperanza de utilizar a los "elementos sanos" de la policía francesa para derrocar al régimen vilipendiado, esperanza recurrente desde la crisis de los *boulangistes*»,⁹⁰ resumen Jean-Marc Berlière y Denis Peschanski.⁹¹

El contexto de la guerra de Argelia, tanto en la colonia como en la Francia continental, favoreció esta estrategia de influencia de la extrema derecha, apoyada por figuras como Maurice Papon y Jean Dides, colaboradores de Vichy y torturadores que habían escapado a la purga. No es de extrañar, pues, que la policía dedicada a luchar contra la Organización Armada Secreta (OAS) al final de la guerra de Argelia fuera poco eficaz, aunque no tuviera reparos en implicarse en la represión del 17 de octubre de 1961 y, más ampliamente, en la represión de los independentistas. Fue incluso esta reticencia y pasividad lo que llevó al general De Gaulle a crear en Argelia una estructura policial paralela en forma de los llamados *barbouzes*: «En su lucha a muerte contra la OAS, las autoridades francesas recurrieron a hombres y métodos que ni el ejército, ni la policía judicial, ni los servicios de inteligencia podían emplear. Además, las autoridades estaban motivadas por el hecho de que la lealtad de estas instituciones a la política del general De Gaulle no era absoluta».⁹²

Paralelamente, en Francia se creó una estructura equivalente, denominada Service d'Action Civique (SAC). Oficialmente al servicio de orden público del FPR, el SAC se caracterizó por utilizar métodos violentos durante las campañas electorales. Al final de la guerra de Argelia, muchos activistas de extrema derecha se unieron al SAC. El anticomunismo unió dentro del SAC a algunos de los que habían estado divididos por la cuestión argelina. En 1969, la periodista Marcelle Padovani describió a los miembros de esta policía paralela de la siguiente manera:

Antiguos legionarios, mercenarios, ocasionalmente expresidarios, «sicilianos que se hacían pasar por corsos», y también militantes de derechas o de extrema derecha al borde del activismo anticomunista. A veces, más sencillamente, gaullistas incondicionales que prefieren el músculo a la palabra. ¿Su táctica? Cuando se enfrentan a militantes

⁹⁰ El *boulangisme*, llamado así por su líder el general Boulanger, es una tendencia política populista del siglo XIX en Francia, de discurso militarista y golpista. [N. del T.]

⁹¹ Jean-Marc Berlière y Denis Peschanski, *La police française, 1930-1950: entre bouleversements et permanences*, París, La Documentation française, 2000, p. 18.

⁹² Jérôme Poirot, «Barbouze», en Jérôme Poirot y Hugues Moutouh, *Dictionnaire du renseignement*, Paris, Perrin, 2018, p. 77.

contrarios, al principio intentan evitar el contacto. Si hay la menor resistencia, no se descarta sacar cuchillos o revólveres.⁹³

El SAC colaboró con otras asociaciones que contaban con numerosos militantes de extrema derecha, como la Union Nationale Interuniversitaire (UNI) creada en 1968 en los locales de la SAC, la Confédération Française du Travail (CFT) y los Comités pour la Défense de la République (CDR). También contaba con numerosos miembros que trabajaban como agentes del orden y se beneficiaban de la complicidad y colaboración de la policía. Aunque el historiador François Audigier se niega a calificar al SAC de fuerza policial paralela, describe sus numerosos vínculos con la policía del siguiente modo: «Algunos policías se incorporaron al SAC (a veces más con la esperanza de ascender que por convicción), [...] ciertos departamentos parecían haber sido “infiltrados” (como el GR de la Jefatura de Policía de París) y [...] parece haber existido una colaboración *de facto* entre los policías y el personal del SAC en materia de inteligencia contra la “subversión marxista”». ⁹⁴

En los años setenta, se produjeron varios atentados reivindicados por un grupo autodenominado Honneur de la Police: voladura del coche de Maurice Lourdez, jefe del departamento de orden público de la CGT; asesinato del militante de extrema izquierda Pierre Goldman; tiroteo contra Jean-Pierre Vigier, investigador del CNRS; atentado contra el domicilio del presidente de la Ligue des Droits de l’Homme (LDH); amenazas de muerte contra Coluche y Bernie Bonvoisin, del grupo musical Trust. En la misma secuencia histórica, otro grupo terrorista, el Comando Delta (el uso del nombre del brazo armado de la OAS indica la filiación histórica autoproclamada) reivindicó el atentado contra una librería comunista en Toulon, el atentado contra albergues de trabajadores inmigrantes en Marange-Silvange, Estrasburgo y La Garde, el asesinato del conserje de la sede de la Amicale des Algériens en Europe en París, el asesinato del militante anti-imperialista Henri Curiel, etcétera. Todos estos casos siguen sin resolverse a día de hoy. Por tanto, no es posible concluir que hubiera policías implicados. Sin embargo, el simple hecho de que Honneur de la Police legitime sus actos según el argumento de una pseudolaxitud por parte del Estado y la justicia a la hora de hacer frente a la violencia «izquierdista», lo que hace necesaria la autodefensa policial, indica que creían que el tema podía ser prometedor dentro del estamento policial. Audigier destaca la continuidad de la estrategia de influencia e infiltración de la extrema derecha dentro del

⁹³ Marcelle Padovani, «1969: le SAC bat le rappel des hommes de muscle», *L’Express*, 12 de mayo de 1969.

⁹⁴ François Audigier, «Ce qu’était vraiment le Service d’action civique», entrevista en Figarovox, 25 de julio de 2018.

cuerpo policial. «Hoy, jueves 20 de octubre a las 12:30, Pierre Goldman ha pagado por sus crímenes. La justicia en el poder ha mostrado una vez más su debilidad y su laxitud, nosotros hemos hecho lo que nuestro deber nos exigía», resume el comunicado de prensa que describe el asesinato. La supuesta laxitud del Estado y de la justicia fue también el argumento esgrimido tanto por la extrema derecha como por algunos sindicatos policiales para justificar las manifestaciones públicas de policías en 2016.

Indicadores preocupantes

El auge y la radicalización de las luchas sociales caracterizan la década actual. Desde el movimiento de los *gilets jaunes* hasta el movimiento contra la reforma de las pensiones, la respuesta del ejecutivo ha pasado sin duda por la opción de la represión policial, ilustrada por el número de heridos durante las manifestaciones públicas. Prácticas, formas de violencia y posturas hasta ahora generalmente reservadas a los barrios populares han tendido a generalizarse. El largo historial de actividad de la extrema derecha dentro de la policía ha reforzado su disposición a la hora de llevar a cabo este tipo de acciones represivas, que ya forman parte del legado de larga data mencionado anteriormente. Algunos indicadores permiten, si no medir, al menos aproximarse al impacto de la extrema derecha en la policía actual. Este impacto está creciendo tanto ideológica como organizativamente. Se aprecia en las tendencias de voto en las distintas elecciones políticas, en las elecciones sindicales y en otras expresiones públicas preocupantes.

Una encuesta de Cevipof de 2016 mostró que el 51,5 % del personal policial y militar dijo haber votado al Frente Nacional en las elecciones regionales de 2015, en comparación con el 30 % en las elecciones presidenciales de 2012.⁹⁵ Las cifras de la primera y la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 son comparables: el 54 % de los policías votaron a Marine Le Pen en la primera vuelta, frente al 41 % de los militares y el 16 % del conjunto de la población, y en la segunda vuelta votaron el 64,5 % de los policías, frente al 57,7 % de los militares.⁹⁶

En cuanto a los sindicatos, solo la *Fédération Professionnelle Indépendante de la Police (FPIP)* suele clasificarse como de extrema derecha, lo que, dados sus resultados (1,2 % en las elecciones profesionales de 2018), parece indicar que tiene poca influencia. Tal conclusión subestima la realidad de la influencia de la extrema derecha. «Dado que la tasa de

⁹⁵ Luc Rouban, «Les fonctionnaires et le Front national, l'enquête électorale française: comprendre 2017», Note, núm. 3, Cevipof, diciembre de 2015, p. 3.

⁹⁶ Luc Rouban, «Le vote des fonctionnaires», *Revue politique et parlementaire*, núm. 10836-1084, enero de 2018.

sindicación es muy alta en la policía, y dado que los sindicatos desempeñan un papel importante en los ascensos [...] muchos policías abiertamente de extrema derecha se han afiliado a un gran sindicato central en lugar de a un sindicato minoritario de extrema derecha», explica un artículo del sitio web *Quartiers libres* dedicado a la «radicalización policial».⁹⁷ Los sindicatos Alliance y Synergie-Officiers, que suelen clasificarse como de derechas, atraen los votos de estos agentes de extrema derecha, como demuestran sus declaraciones y posiciones públicas. El sindicato Alliance, por ejemplo, no duda en amenazar: «Si nuestros compañeros son injustamente condenados, sabremos lo que tenemos que hacer... y nadie podrá contener nuestra ira».⁹⁸

Pero hay otros factores, menos cuantificables, que permiten medir la infiltración de la extrema derecha en la policía. El primero es la práctica de mítines públicos, como el de mayo de 2016, en el que tomaron la palabra Marion Maréchal Le Pen y Gilbert Collard, seguidos de manifestaciones callejeras «salvajes» como las de octubre de 2016, en las que policías marcharon encapuchados y armados. Estas manifestaciones no son inéditas. Sin embargo, recuerdan episodios sistemáticamente ultrarreaccionarios. Merece la pena recordar algunos ejemplos. En plena guerra de Argelia, el Sindicato General de Policía convocó una concentración para el 13 de marzo de 1958 en el patio de la prefectura para reclamar un subsidio de peligrosidad. De los 5.000 policías presentes, un tercio decidió ignorar las instrucciones del sindicato y marchó hacia el Palacio Borbón, coreando consignas antiparlamentarias y antisemitas que recordaban a las Ligas de 1934. El historiador Emmanuel Blanchard describe así los acontecimientos frente a la Asamblea Nacional:

Los diputados más comprometidos con la defensa de los intereses profesionales de la policía (J. Dides, Ch. Hernu, B. Lafay) o los más interesados en avivar su cólera contra el Parlamento y el gobierno (en particular Jean Dides y Jean-Marie Le Pen) acudieron a las puertas del Palacio Borbón para desempeñar diversos papeles de mediación o apoyo. Los dos últimos aprovecharon estas interrupciones de la sesión para arrancar los vítores de una multitud que, desde su salida de la isla de la Cité, había desarrollado considerablemente su repertorio de eslóganes: las invectivas antiparlamentarias ocupaban ahora un lugar central («¡Los diputados al pozo!», «¡Abajo los diputados!», «¡Vendidos! Lanzaremos una granada contra el Palacio Borbón»). Esta consigna fue lanzada por un agente de paisano que se encaramó a las puertas del Palacio Borbón y fue retomada a coro por varios centenares de

⁹⁷ «Radicalisation policière: le poids de l'extrême droite dans les forces de l'ordre», *Quartiers libres*, 26 de junio de 2017, disponible en www.quartierslibres.wordpress.com.

⁹⁸ Véanse los ejemplos que muestra la revista *Bastamag*, «Les syndicats de police, combien de divisions», disponible en www.bastamag.net.

manifestantes. Este repertorio antiparlamentario incluía insultos anti-semitas («¡Muerte a los judíos!») que, gracias a la conjunción entre el poujadismo y el activismo de la «Argelia francesa» (encarnado especialmente por el grupo Jeune Nation), habían reaparecido en las calles y en los muros de París.⁹⁹

No se adoptó ninguna sanción y el único resultado de estos acontecimientos fue la destitución del prefecto y su sustitución por Maurice Papon. En junio de 1983, los funerales de dos policías asesinados por ladrones degeneraron en manifestaciones que exigían el fin de la «laxitud». Esta vez, fue el Ministerio de Justicia el blanco de los gritos de «Badinter dimisión», «Badinter asesino» y «Deferre estás jodido, tus policías están en la calle». La abolición de la pena de muerte y la supresión del Tribunal de Seguridad del Estado y de los tribunales militares fueron igualmente vistas por los manifestantes como signos de laxitud que fomentaban la violencia contra los agentes de policía. Esta vez fue un sindicato policial de extrema derecha, el FPIP, el que estuvo al frente. Jean-Marie Le Pen encabezaba la marcha. Los vínculos del sindicato con un partido neonazi, el Parti Nationaliste Français et Européen (PNFE), son bien conocidos. Cinco miembros del FPIP fueron procesados en 1990 por participar en dos atentados contra albergues de trabajadores inmigrantes y un tercero contra el periódico *Le Globe*. Entre ellos estaba Serge Lecanu, secretario general del FPIP y tesoroero del PNFE.

«¿Reclutamiento en la policía? La policía se vuelve parda. Cerca de la muy preocupante Fédération Indépendante de la Police (Federación independiente de la policía), surgen asociaciones que son caldo de cultivo para el lepenismo»,¹⁰⁰ resumía un artículo del *Nouvel Observateur*. Los últimos acontecimientos han demostrado que la situación apenas ha cambiado desde entonces. Numerosos ejemplos recientes (el más reciente, la manifestación de policías ante la Asamblea Nacional a la que asistieron el ministro del Interior y varias personalidades políticas el 19 de mayo de 2021) ponen de manifiesto el peso de los sindicatos policiales, su influencia en el Estado y la tendencia al aumento de la autonomía de la policía como cuerpo. Del mismo modo, varios «casos» han venido a ilustrar el peso consecuente del racismo en el seno de esta institución: una investigación abierta sobre un grupo de WhatsApp de policías en el que se vertían comentarios racistas en octubre de 2020, una sanción contra el sargento Amar Benmohamed por denunciar la frecuencia de casos de malos tratos y racismo en los calabozos

⁹⁹ Emmanuel Blanchard, «Quand les forces de l'ordre défilent le palais Bourbon (13 mars 1958). Les policiers manifestants, l'arène parlementaire et la transition de régime», *Genèse*, núm. 83, 2011/2, pp. 60-61.

¹⁰⁰ «Noyautage dans la police», *Le Nouvel observateur*, 12 de abril de 1990.

del tribunal de París en enero de 2021, o una denuncia de cuatro policías contra diez de sus colegas de la BAC de Nancy en septiembre de 2021 por «insultos no públicos de carácter racista».

Por último, las manifestaciones de los *gilets jaunes* y contra la reforma de las pensiones han visto aumentar el uso de símbolos de extrema derecha en los uniformes (insignias, distintivos, pegatinas, etc.). «Nazis en la policía», titulaba en 2014 el periodista Aziz Zemouri, recordando que «en varias ocasiones, agentes de policía han informado a sus superiores de que sus colegas exhibían carteles alusivos al nazismo. Sin resultado».¹⁰¹ Estas nuevas prácticas son ciertamente minoritarias, pero ponen de manifiesto la existencia de una extrema derecha policial que se considera lo suficientemente sólida como para atreverse a ser políticamente visible.

Herencia colonial, opciones políticas basadas en la seguridad como única respuesta a las reivindicaciones de igualdad de los habitantes de los barrios populares, estrategia de control de las «clases peligrosas» y de las zonas en las que viven según el modelo de una «guerra interna», impunidad policial, discurso político y mediático estigmatizador de los barrios populares, infiltración de la extrema derecha, etc., todos estos ingredientes se han ido acumulando e interactuando a lo largo del tiempo para reforzarse mutuamente, es decir, para formar un sistema. La violencia policial es lógica y previsible, es el resultado de un sistema construido históricamente.

¹⁰¹ Aziz Zemouri, «Des nazis dans la police», *Le Point*, 28 de noviembre de 2014.

CONCLUSIÓN

Hoy en día, la lucha contra la discriminación, que ha sustituido a la lucha contra la desigualdad y la cuestión fundamental de la igualdad, tiene como objetivo fundamental dejar la estructura social, y por lo tanto la distribución de los recursos, tal como es, para centrarse únicamente en el respeto de las «identidades de las personas» (su origen, cultura, raza, etnia, etc., según la elección y el estado de ánimo ideológico del momento). Como si la cuestión de la desigualdad (y por tanto de la igualdad) ya no fuera un problema, una preocupación moral, ética y política. Como si las cosas se entendieran en este ámbito: todos somos iguales. Esto nos dejaría con el problema último, el más apasionante intelectualmente para los mejor dotados de una cultivada cultura: el del respeto a los pobres y a su cultura.

Smaïn Laacher¹

Como todas las demás cuestiones sociales, la inmigración —y las demás cuestiones que se derivan de ella— solo puede pensarse y comprenderse si se sitúa en todos sus contextos. Más que muchas otras cuestiones, esta banalidad metodológica a menudo se olvida. Como resultado, vemos oposiciones binarias en lugar de un análisis de una realidad histórica, económica y políticamente situada. Así, se contraponen los análisis en términos de clases sociales con los de «razas», los de discriminación «étnica» con los de igualdad social, la toma en consideración de los legados coloniales con el análisis de clase, la afirmación de la invariabilidad de toda inmigración con la de la existencia de una especificidad relativa a la inmigración poscolonial, etc. Lo que emerge aquí es el vínculo particularmente fuerte entre estas cuestiones —más fuerte que para muchas otras— y la política y el Estado. En este sentido, las cuestiones relacionadas con la inmigración desempeñan un papel en el análisis del Estado, de las políticas públicas y, más allá, de la sociedad francesa. Por «analizador» entendemos los acontecimientos (la Comuna de París o la revuelta de los barrios populares en noviembre

¹ Smaïn Laacher, «Faits migratoires: de l'opinion à la connaissance », Centre de ressources politiques de la ville en Essonne, 2010, p. 18, disponible en www.crpve91.fr.

de 2005), los grupos sociales (inmigrantes, mujeres, trabajadores precarios, etc.) y las instituciones (empresas, sistema sanitario, etc.) que aglutinan todas las contradicciones sociales y relaciones de poder, y cuyo análisis puede desvelarlas. Así pues, la inmigración no es el único analizador social, pero es innegablemente uno. Intentar explicarla implica inevitablemente resituarla en sus interacciones con las cuestiones económicas, sociales y políticas globales. Por eso, hay que tener en cuenta la dimensión sistémica. Si, por ejemplo, los inmigrantes o sus descendientes franceses no son los únicos explotados de la sociedad francesa, no es menos cierto que, por una parte, constituyen una parte sustancial de esa sociedad y que, por otra, son objeto de fórmulas institucionales, estatutos, condiciones de trabajo y de vivienda y discursos ideológicos cuya lógica tiende a aplicarse a todos los explotados, aunque de forma menos exacerbada. Así pues, no se trata de una cuestión de clase, por un lado, y de inmigración, por otro, sino de dos cuestiones indisociables. Es imposible comprender el estado de la cuestión de clase en una secuencia histórica sin tener en cuenta las cuestiones de inmigración, y viceversa.

Del mismo modo, es ilusorio intentar explicar el desarrollo de la islamofobia contemporánea sin vincularla a los acontecimientos internacionales: las guerras de Irak, Siria, Libia, Somalia, Afganistán, etcétera. A fin de cuentas, estas guerras solo fueron posibles gracias a la producción de una islamofobia que actuó como productora de un cierto consentimiento a la guerra. Es igualmente inútil intentar comprender las políticas migratorias contemporáneas sin tener en cuenta sus vínculos con la globalización económica capitalista y sus efectos. A la inversa, esta globalización no puede explicarse sin tener en cuenta la búsqueda de mano de obra sobreexplotada mediante la deslocalización en lugar de la importación. Igualmente es poco heurístico afirmar que la inmigración poscolonial es totalmente diferente de la inmigración anterior, o que es totalmente similar, ya que la invariabilidad de las funciones económicas, políticas e ideológicas está ligada a los cambios en las formas con el fin de legitimar la sobreexplotación. La separación arbitraria entre la cuestión de la igualdad social global y la de la discriminación racista es igualmente falsa. La discriminación racista es solo un factor de desigualdad, y abordarla de forma aislada de los demás factores equivale a plantearla como una anomalía en un sistema por lo demás igualitario. Como era de esperar, el discurso liberal sobre la discriminación la plantea como una realidad individual y marginal sin base económica, fundada únicamente en prejuicios. Por el contrario, negarse a tener en cuenta la naturaleza específicamente desigual de la discriminación racista significa oscurecer una de las formas más importantes de los procesos desigualitarios contemporáneos.

Las cuestiones sociales que sirven como analizadores sociales y políticos son siempre objeto de una batalla por el vocabulario, que solo sirve para expresar el exceso de ideologización que se lleva a cabo para ocultar las cuestiones económicas, sociales y políticas que están en juego. La sobrea-bundancia de nuevas expresiones es significativa en lo que se refiere a la inmigración. Revela el reto que supone imponer una lectura y rechazar otra. Todas las expresiones que se han sucedido en las últimas décadas tienen algo en común: toman la «cultura» —y ahora la religión— como punto de entrada. Integración, doble cultura, *beur* o «segunda generación», comunitarismo, separatismo, asilvamiento, «choque de civilizaciones», etc., son términos que conducen a una percepción y a un análisis culturalistas de las cuestiones de inmigración. La imposición de este vocabulario y la rejilla de lectura que transmite alejan de la realidad las causas económicas, sociales y políticas fundamentales. Es mucho lo que está en juego, porque al imponer estas rejillas de lectura a los que se plantean como «otros», se imponen las fronteras del «nosotros» nacional.

Esto no es nada nuevo. Sin embargo, lo que es específico de nuestra secuencia histórica es el intento de imponer una policía del vocabulario, es decir, de utilizar la demonización, la distorsión y las amenazas para prohibir el uso de determinados términos a la hora de describir las realidades de la inmigración y/o a sus herederos franceses. Todos los términos utilizados por esta policía del lenguaje tienen también dimensiones comunes. Intentan captar la dimensión sistémica de una realidad desigual. «Racismo de Estado», «islamofobia», «indígenas de la República», etc., todos expresan el hecho de que el racismo no puede reducirse a una práctica individual, sino que debe entenderse como el resultado de una operación social global. Por supuesto, estas expresiones pueden y deben ser discutidas. Sus limitaciones o insuficiencias merecen ser debatidas. Lo que es significativo y problemático es el intento de prohibir este debate mediante una lógica prohibicionista. Otra característica común de estos términos es que todos proceden de una dinámica militante. En cierto modo, expresan un intento de encontrar términos que expresen una desigualdad sufrida. Una cosa es que este intento de crear un vocabulario sea imperfecto, inadecuado y potencialmente plagado de callejones sin salida o de aberraciones, que el debate puede contribuir a superar, y otra muy distinta es contentarse con intentar prohibirlos autoritariamente.

La aparición de estos términos solo forma parte de una realidad más amplia compuesta por diversas expresiones (artísticas, asociativas, políticas, etc.) y múltiples actos (posturas y actitudes individuales y militantes, etc.) que significan la ausencia de resignación ante la desigualdad. Antes como ahora, los inmigrantes y sus descendientes franceses no han permanecido pasivos ante las desigualdades que sufren. Ni antes ni ahora hay

indicios de consentimiento a la desigualdad ni de resignación a ser asignados a posiciones subordinadas. Históricamente, esta lucha por la igualdad se ha apoyado en dos vectores, que siguen siéndolo en la actualidad: el movimiento sindical y, más ampliamente, el movimiento obrero, por una parte, y una dinámica de organización autónoma, por otra.

El primer vector expresa el lugar social que ocupan los inmigrantes y sus hijos en la estructura social francesa. Nunca ha habido «integración» en la nación, pero la «integración» en la clase obrera, o para ser más precisos, la «integración» en la nación se consigue a través de la mediación de la clase. Incluso hoy, a pesar de ser una minoría en ascenso, la gran mayoría de las personas de ascendencia inmigrante trabajan en los empleos más precarios y flexibles. En consecuencia, estas personas también se encuentran en las estructuras y luchas sindicales.

El segundo vector expresa el trato específico al que se ven sometidos los inmigrantes y sus descendientes, además de la opresión de clase que comparten con los demás trabajadores: perfiles raciales, violencia racista y policial, discriminación en la vivienda, situación jurídica, etc. Lógicamente, estas especificidades han dado lugar a la aparición constante de tendencias organizativas particulares destinadas a hacer frente a estas formas específicas de opresión. Por tomar solo como ejemplo a los inmigrantes más recientes procedentes de las antiguas colonias, estos dieron lugar a la aparición sucesiva de organizaciones independentistas, que fueron uno de los espacios de socialización militante de los inmigrantes durante más de medio siglo, asociaciones por nacionalidad de origen agrupadas a partir de 1983 en el Conseil des Associations Immigrés en France (CAIF); el Mouvement des Travailleurs Arabes (MTA), que desarrolló su acción en el doble frente antirracista y antiimperialista al tiempo que afirmaba una identidad de clase durante los años setenta; una multitud de asociaciones más o menos efímeras a raíz de la *Marcha de la Igualdad* de 1983 (con reivindicaciones diversas que reflejaban el hecho de que la discriminación racista se reproducía para los descendientes de inmigrantes); el Mouvement de l'Immigration et des Banlieues (MIB) en los años noventa y dos mil, que se movilizaba contra la violencia policial y el tratamiento de excepción, en particular la «doble pena»; y la Association Mémoire Fertile, cuya ambición era dar una expresión política común a las redes asociativas de inmigrantes y sus herederos.

Transversal a todas estas secuencias históricas, la existencia de formas de organización para exigir verdad y justicia frente a los crímenes racistas y policiales es otro rasgo llamativo y permanente. Los movimientos más recientes —el Front Uni des Immigrations et des Quartiers Populaires (FUIQP), el Mouvement des Indigènes de la République (MIR) luego el Parti des Indigènes de la République (PIR), la Brigade anti-Nérophobie

(BAN), el Collectif contre l'islamophobie en France (CCIF), la Coordination contre le Racisme et l'islamophobie (CRI), la Coordinadora Nacional «Pas sans nous» [No sin nosotros], etc.— siguen una tendencia que viene de lejos. Estos grupos representan la continuación de una tendencia transversal en la búsqueda de herramientas activistas para sensibilizar y combatir opresiones específicas, que reflejan en sí mismas una adscripción a posiciones sociales subalternas.

A pesar de su fragilidad, la precariedad social de su base militante, sus divisiones y los diversos grados de represión que han soportado, estos movimientos y organizaciones no han carecido de éxito. Se han planteado cuestiones ocultas, se ha producido una socialización política que ha dejado huella en muchas trayectorias, se han combatido los discursos y conceptos ideológicos dominantes y se han producido grandes movilizaciones (marchas por la dignidad, movilizaciones masivas contra la violencia policial, manifestaciones nacionales contra la islamofobia, etc.) que han dado lugar a una mayor visibilidad. Además de estos éxitos relativos, se ha producido un aumento cuantitativo de la participación sindical (y de la asunción de responsabilidades sindicales) de jóvenes procedentes de la inmigración poscolonial en sectores sobreexplotados. Muchas de sus carreras han estado marcadas por un doble compromiso sindical y asociativo. Lo veo personalmente en la vida de mi asociación, la FUIQP, donde cada vez hay más militantes con un doble compromiso sindical y asociativo.

Con ello, estamos volviendo a una situación clásica de antes de los años noventa, cuando el doble compromiso era habitual. Aunque los dos vectores siguen yuxtapuestos en general, el desconocimiento mutuo está disminuyendo. Así lo atestiguan diversas iniciativas y declaraciones conjuntas, foros contra la discriminación racista en el lugar de trabajo, posiciones adoptadas por algunos sindicatos sobre la violencia policial y el laicismo, etc.

Como en otros momentos anteriores de la historia, que hemos abordado en este libro, los dos vectores históricos de expresión militante de la inmigración tienden con el tiempo a pasar de la ignorancia a la complementariedad. Este lento movimiento no es una línea recta. Está sembrado de escollos, de malentendidos que conducen al reduccionismo y de intentos de división. Sin embargo, existe y se refuerza a medida que se hacen más visibles y concretas las consecuencias sociales de las políticas neoliberales vinculadas a la globalización capitalista.

Desde mediados de los años ochenta se está produciendo un verdadero terremoto social. En pocas palabras, de 1945 a los años ochenta el equilibrio de poder entre las clases sociales consiguió imponer una redistribución de arriba a abajo, pero la dirección de la redistribución ha cambiado con

las políticas económicas neoliberales. Ahora las políticas estatales redistribuyen la riqueza de abajo a arriba.

Del mismo modo, mientras que en el periodo anterior, el derecho laboral se orientaba hacia la estabilidad y la reducción de la inseguridad social, ahora se orienta hacia la inestabilidad, la precariedad y la incertidumbre. No solo se deteriora considerablemente el nivel de vida, sino también la posibilidad misma de proyectarse al futuro. La radicalización de los movimientos sociales en los últimos años es el resultado lógico de la radicalización de las políticas redistributivas en favor de las clases sociales dominantes. Del mismo modo, la reciente radicalización de la violencia policial, que de hecho es generalizada, en el sentido de que ahora se aplica a todo el mundo prácticas, métodos y armas que antes solo se utilizaban contra los barrios obreros y sus habitantes, es la consecuencia previsible de la radicalización de los movimientos sociales. En pocas palabras, los últimos años han revelado una creciente crisis de legitimidad, cuyos signos más importantes son, sin ningún orden en particular: la radicalización de las luchas obreras, el movimiento de los *gilets jaunes* —como forma de lucha de aquellos que ya no están socializados de forma sostenible en el lugar de trabajo—, la radicalización de las luchas de los inmigrantes y sus herederos mencionada anteriormente, el establecimiento a largo plazo de una abstención electoral masiva, el avance electoral de France Insoumise y de la Rassemblement National —que, aunque diferentes, expresan no obstante la misma crisis de legitimidad—, el colapso del Partido Socialista, etc.

Los momentos históricos de crisis de legitimidad son siempre periodos en los que la historia se acelera. Las clases dominantes solo pueden responder a esta crisis de dos maneras, que interactúan entre sí: la represión y la ideología. Es lo que hemos llamado en escritos anteriores un proceso de fascistización, con sus aspectos ideológicos (la construcción de un chivo expiatorio para desviar la ira social), sus aspectos jurídicos (la incorporación al derecho común de medidas hasta ahora limitadas a situaciones excepcionales) y sus aspectos de política de seguridad (la doctrina del mantenimiento del orden).

Llegados a este punto, es necesario aclarar el concepto de «fascistización» para evitar posibles interpretaciones «conspirativas» y «reduccionistas» de la expresión. La fascistización no es fascismo, que es un régimen de dictadura abierta cuyo objetivo es la destrucción violenta y total de los oponentes. El proceso de fascistización tampoco es una intención o un «complot» de la clase dominante. Es el resultado de la acumulación de sucesivas respuestas autoritarias para gestionar la protesta social en un contexto de crisis de legitimidad. La falta de legitimidad obliga a la clase dominante y a sus representantes a gestionar el conflicto social a corto plazo, crisis a crisis, movimiento social a movimiento social, utilizando los tres vectores

antes señalados: ideológico, jurídico y represivo. Se va instaurando así un modelo autoritario que refleja la crisis de la hegemonía cultural de la clase dominante. Concluyamos subrayando que la fascistización no conduce sistemáticamente al fascismo, y que esta no es inevitablemente su antesala. El proceso de fascistización expresa secuencias históricas particulares en las que los dominados ya no creen en el discurso ideológico dominante, sin constituir todavía un «nosotros» capaz de imponer una alternativa. El resultado de tales secuencias depende de la relación de fuerzas y de la capacidad de producir ese «nosotros».

En este contexto se produjo la pandemia, que como toda perturbación duradera del funcionamiento social y económico, reveló dimensiones que la ideología dominante aún trataba de ocultar: la escasez de mascarillas, de personal sanitario y de material médico muestra las consecuencias de la destrucción de los servicios públicos; el hambre que aparece en algunos barrios populares actúa como un espejo de aumento del empobrecimiento masivo y de la precariedad, que ya habían desencadenado la revuelta de los barrios populares en noviembre de 2005 y el movimiento de los *gilets jaunes*; la gestión autoritaria del encierro y su política de multas revelan a plena luz del día el modelo de ciudadanía infantilizadora y desconfiada que se ha impuesto como consecuencia de la crisis de legitimidad; etc. La crisis de legitimidad, ya muy avanzada antes de la pandemia, se ha visto considerablemente reforzada por esta. El desconfinamiento se produce en un contexto de indignación social masiva, de disgusto entre el personal sanitario, de barrios obreros a punto de estallar, etc. El reconfinamiento aumenta aún más la desconfianza social y política que se está generalizando.

En este contexto general hay que situar el rápido auge, en el verano y otoño de 2020, de los temas ideológicos del separatismo y el asilvajamiento, seguidos de la explotación ideológica de las emociones suscitadas por el espantoso asesinato de un profesor en Conflans-Sainte-Honorine y el ataque con cuchillo en la basílica de Niza, en el que tres personas fueron asesinadas por «fanáticos religiosos» o «desequilibrados mentales». Estos actos odiosos fueron vistos inmediatamente como una bendición y utilizados para difundir una política del miedo sobre la que las clases dominantes esperan construir una «unidad nacional» capaz de contrarrestar la crisis de legitimidad antes mencionada. En efecto, hay que remontarse a los debates sobre la ley de símbolos religiosos en las escuelas en 2004 para encontrar una secuencia de histeria política y mediática semejante dirigida contra una parte de la población. Si bien el discurso oficial se cuida de precisar que se dirige a los «islamistas», los ejemplos tomados amplían el objetivo a todos los musulmanes o a los que se supone que son musulmanes. Por poner solo un ejemplo, el ministro del Interior afirmó que la existencia de

lineales *halal* en los supermercados es un signo de comunitarismo, que a su vez es una base para el «islamismo» que conduce al terrorismo.

Los viriles puñetazos en la mesa del ministro del Interior son, por supuesto, retransmitidos y amplificadas por los «columnistas» de los medios de comunicación y otros «expertos» cuyos ilustrados consejos y propuestas convergen en el mismo objetivo. Y basta con echar un vistazo a algunas de estas propuestas para despejar cualquier duda sobre quién es ese objetivo: prohibir el velo en el espacio público, deportar a los menores no acompañados, desnaturalizar a los que figuran en la lista «S» o a las mujeres que llevan velo, prohibir las tiendas *halal*, reinstaurar la pena de muerte, etc.

Lo que estamos presenciando como resultado de la elección del gobierno de explotar la emoción ante las recientes tragedias —y su retransmisión y ampliación por parte de la derecha y la extrema derecha— es innegablemente una radicalización de la lógica de convertir en chivo expiatorio a un sector de la población que ya estaba presente antes. Esta lógica va acompañada de otra, la demonización de aquellos que se niegan, aunque sea parcialmente y con vacilaciones, a apoyar esta instrumentalización o que rechazan la «unidad nacional» propuesta. Estos últimos se convierten en islamo-izquierdistas, cómplices de los asesinos. Por último, se intenta acallar la voz de asociaciones como el Collectif Contre l'Islamophobie en France (CCIF), a quien también se acusa de apoyar los actos asesinos.

En una sociedad debilitada por cuatro décadas de regresión y degradación social, no hace falta ser clarividente para comprender las posibles consecuencias de esta histerización: un aumento de los actos islamófobos y un aumento simultáneo del número de actos cometidos por personas que sufren un desequilibrio psíquico, que encuentran en la «defensa del islam y de los musulmanes» una salida a su sufrimiento mental, al tiempo que representan un terreno fértil para los grupos religiosos fanáticos que buscan personas para poner en práctica sus planes y estrategias violentas.

Parece estar en marcha una carrera entre una lógica de lucha social que ofrece una solución económica y social a la crisis actual —es decir, detener e invertir la actual redistribución al alza de la riqueza— y una lógica reaccionaria que encubre el empobrecimiento programado bajo el manto de un peligro pseudo «musulmán» que amenaza nuestra «civilización». En este contexto, las cuestiones de inmigración ocupan un lugar central, constituyen uno de los últimos fundamentos ideológicos sobre los que las clases dominantes pueden construir un consenso antinatural entre los beneficiarios del neoliberalismo y sus víctimas. El repaso que se hace en este libro de algunos de los fundamentos históricos, económicos, políticos e ideológicos de las cuestiones de inmigración pretende ser una modesta contribución a la primera solución.

